
WIDENER LIBRARY
HX 5ZBI X



LA ARGELIA

Y

EL IMPERIO DE MARRUECOS.

— MADRID —

IMPRENTA DE DON MANUEL DE ANCOS,

CALLE DE FOMENTO, NUMERO 40.

LA ARGELIA

ANTIGUA Y MODERNA,

DESDE LOS PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS DE LOS CARTAGINESES, HASTA LA ESPEDICION DEL GENERAL RANDON, EN 1853,

por

M. LEON GALIBERT,

Y

EL IMPERIO DE MARRUECOS,

ESCRITO POR LOS HISTORIADORES DE MAS FAMA, TRADUCIDO Y CONTINUADO CON TODOS LOS ACONTECIMIENTOS A QUE PUEDA DAR LUGAR LA CUESTION HOY PENDIENTE ENTRE ESPAÑA Y DICHO PAIS.

por

DON ANTONIO ROTONDO,

Caballero de la Real y distinguida Orden española de Cárlos III.

CON UNA INTRODUCCION ESCRITA POR

DON MANUEL MARIA FLAMANT.

Obra ilustrada con magníficas láminas por los mejores artistas españoles, en negro é iluminadas, que representan batallas, trages, retratos, vistas, etc.

TOMO PRIMERO.

MADRID:
DON JOAQUIN SIERRA, EDITOR
CALLE DE SEGOVIA, NUMERO 38, PRAL.
1859.

INTRODUCCION.



La atencion del mundo cristiano y civilizado vuelve á fijarse con preferente interés en esas comarcas situadas al otro lado del famoso Estrecho, límite y medida un dia, de los conocimientos geográficos de Europa, y donde, como asombrada ante la magestad del Occéano Atlántico, escribió la antigüedad, creyéndose en la insuperable barrera del mundo habitable, el altivo Non plus ultra. Pocos paises, en efecto, pueden, con tanta razon como los que se dilatan al frente de Calpe y al otro lado del Abila, por la costa septentrional del Africa, aspirar á la gloria de servir de objeto á los estudios del historiador, del geógrafo, del literato y del filósofo.

Todo, en esa dilatada zona que, bañada por el plácido Mediterráneo, ese mar consagrado por la historia y poetizado por la mitología, se estiende desde el Estrecho de Gibraltar hasta la desembocadura del Nilo; todo, en esa magnífica region, abre á la mente investigadora un mundo inmenso de recuerdos, fecundos en enseñanzas de gran provecho para el que estudia en la historia de los imperios que fueron, la causa de su grandeza, decadencia y ruina; y otro mundo tambien de agradables é infinitas impresiones, abre á la vista de los que, en las revoluciones que cambian, con los destinos de los pueblos, la faz de la tierra, siguen los progresos literarios, científicos ó artísticos, que forman, en épocas dadas, la fisonomía moral ó intelectual de las naciones, y sirven en todo caso, para señalar las diferentes fases del providencial desarrollo de la humanidad.

Basta saber que en ese estenso litoral figuraron un dia los Estados de Cartago, la Numidia y la Mauritania, tan enlazadas con la historia de Roma, la antigua reina del mundo, para que desde luego y á fondo se conozca la importancia de toda publicacion encaminada á presentar el inmenso y variado panorama de acontecimientos de que aquellos paises fueron grandioso y sangriento teatro. Allí, en aquellas costas, en aquel hoy mudo suelo, se debatieron cien veces las rivalidades de los pueblos, se confió cien veces la fortuna del mundo á los azares de guerras en que brillaron ó se eclipsaron los nombres mas ilustres que la humanidad registra en sus anales.

Las generaciones presentes hallan muy poco que escite su curiosidad, ó estimule su entusiasmo, ó cautive su admiracion, en los nombres de Marruecos,

Argel, Túnez y Trípoli; y, sin embargo, ¡qué tesoros de recuerdos, de maravillosos hechos, de sorprendentes peripecias y estraños caprichos de la fortuna, no se encierran en esos hoy oscuros nombres! Cambiad las poco poéticas denominaciones del Africa septentrional de nuestros dias, y os vereis súbita y como mágicamente trasladados á los feraces campos de Cartago, á las orillas del Bagradas, célebres por el arrojo de Régulo, y harto mas célebres aun por el pais que regaban, emporio de la grandeza mercantil del mundo antiguo.

Allí hallareis á Útica, la mas antigua colonia fenicia en aquella costa, y á que dió tan triste celebridad el trágico fin de Caton; á Cartago, la que enseñó á Roma el camino, á entrambas igualmente fatal, de las conquistas, del orgullo y la ambicion: Cartago, teatro de los amores de la reina Dido y Eneas, inmortalizados por la lira de Virgilio; Cartago, patria de Anibal y de Terencio, que de humilde colonia de fundacion tiria, debia llegar á tanta altura que sus guerreros llevasen, con sus victorias del Tesino, del Trebia y del lago Trasimeno, la consternacion y el espanto hasta las puertas de Roma, su implacable enemiga, anticipándosele en la dominacion de nuestra patria; á Tapso, célebre por una señalada victoria de César; y tambien, sombrio teatro de una grande y merecida espiacion, hallareis á Zama, sepulcro abierto al terminar la segunda guerra púnica, por la espada de Escipion, vencedor de Anibal, á la soberbia cartaginesa; hallareis, en fin, en la animada Tunetum, esa hoy oscura Túnez, que ocupa, sin embargo, una de las mas notables páginas de nuestra historia moderna.

Cambiad el nombre de la Regencia de Argel, hoy *Africa francesa*, por el de Numidia, y habreis evocado las sombras de los Massinisa, Sifax, Yugurta y Juba. ¡Qué nuevo teatro de estraordinarios acontecimientos, y qué caractéres tan dignos de estudio descuellan en esta colosal escena! ¿Quién no ha oido hablar alguna vez de aquellos númidas, tan célebres por sus singulares costumbres, por su vida nómada y su destreza en el arte de domar caballos para la guerra? ¿Y cómo separar de la historia de Roma, es decir, de la historia del mundo antiguo, la de ese pueblo, tan íntimamente enlazada con aquella? Allí, en esos campos sometidos desde 1830 al dominio de la Francia; en esa colonia de Argel, moderno plantel de los guerreros de que con tanta razon se envanece ese pais, y brillante escuela de sus generales, se ostentaban las dos naciones en que se dividia la Numidia: los Masilienos, que poblaban la parte oriental del pais, y los Massesilienos, que se estendian por la occidental. Vasallos eran estos de Sifax, cuando Escipion el Africano le despojó de su reino para entregarlo á Massinisa, rey de los primeros y fiel amigo de los romanos. Pero este pais, de cuyos destinos así disponia Roma, no podia eximirse de la suerte comun entonces á todos los pueblos: la Numidia fue atada á su vez por Julio César al carro de triunfo del Imperio, siendo nombrado para gobernarla el ilustre historiador Salustio.

Trocad, en fin, el nombre moderno del Imperio marroquí, y vereis dilatarse desde el Oeste de la Numidia hasta el Occéano Atlántico, la poderosa Mauritania; la Mauritania, cuya feracidad era proverbial entre los antiguos, y cuyos habitantes, los propiamen-

te llamados *moros*, nómades en su mayor parte, como los númidas sus vecinos, habian hecho de su lanza el terror de sus enemigos, y marchaban al combate defendidos con escudos fabricados de pieles de elefante, y cubiertos con los despojos de leones y panteras.

Tambien este pais se enlaza íntimamente con la historia general, al ser asociado á la fortuna de Roma. Cuando el nombre de *Mauritania* se hizo estensivo á una parte de la Numidia, fue preciso distinguir estos paises con nombres particulares: la parte situada al Poniente, que era la Mauritania propiamente dicha, tuvo por rey á Bogud, contemporáneo de César, al paso que la otra era tan solo una desmembracion de la Numidia. En ella reinaba Bocchus, que entregó en manos del feroz Sila al desventurado Yugurta. Pero al fin todo este rico pais quedó agregado al Imperio romano en tiempo de Claudio, y formó dos provincias, que separadas por el Mulvia, recibieron los nombres de *Mauritania Cesárea*, la oriental, y *Mauritania Tingitana*, la occidental; debiendo estas denominaciones á sus dos mas importantes ciudades: Cesarea y Tingis, la moderna y disputada Tánger.

Y finalmente, bajo el punto de vista de los estudios histórico-religiosos, ¿puede acaso ser indiferente el conocimiento de unos paises donde tan viva y esplendorosa brilló la antorcha de la fé cristiana en los cinco primeros siglos, antes que fuese estinguida por las tempestades del fanatismo, desencadenadas por la irrupcion, en el siglo VIII, de los ciegos adoradores de Mahoma? En esas comarcas, en que la barbárie musulmana ha borrado hasta los recuerdos, y con ellos toda nocion de grandeza moral, florecieron San Cipriano y San Agustin; allí se alzaban á la par de

Cirta, la famosa córte de los reyes númidas (la moderna Constantina) las ciudades de Tagaste é Hipona, cuna la primera, ennoblecida la segunda por el episcopado de este santo doctor.

Hemos creido conveniente, aun á riesgo de parecer prolijos, presentar este rápido bosquejo histórico, con relacion á la antigüedad, para que desde luego, y sin inoportunos elogios por nuestra parte, se comprenda toda la importancia de la obra que anunciamos con el título de *La Argelia y Marruecos*.

El cuadro, como ha podido verse, aun cuando en él no nos propusiéramos intercalar hechos de la mas palpitante actualidad, y hacer figurar nombres harto familiares á la presente generacion, seria tan inmenso como interesante, tan rico en lecciones saludables al político, al filósofo y al guerrero, como abundante en episodios dramáticos, de que pueden reportar provechosa instruccion é inspiracion entusiasta, el poeta, el artista y el viajero.

Pero, tratándose del Africa, en cuyo litoral septentrional se alzaron un dia imperios tan poderosos, y entre los cuales figuró el Egipto, cuna de la civilizacion europea; ese misterioso Egipto, emporio de las ciencias que debian mas tarde irradiar su luz por la Europa, sumida en la barbárie; tratándose del Africa, y habiendo de tratar de ella bajo el punto de vista español, hombres que descienden de aquellos que, tan guerreros como artistas, edificaron la Alhambra y la mezquita de Córdoba, y cubrieron nuestro suelo de monumentos en que tan felizmente se asocia la idea del poder con el elevado sentimiento de la belleza artística, no pueden prescindir de dar á una obra como la que hoy se anuncia, las convenientes

proporciones en la parte que interesa á la nacion española, que en ocho siglos de constante lucha con las huestes mahometanas, escribió las mas brillantes páginas de su historia, para presentar, digno ejemplo de su perseverancia, de su fé y amor á su independencia, esa asombrosa epopeya que, en un dia de infortunio nacional, abre un puñado de valientes en las cuevas de los montes asturianos, y termina un brillante ejército en los soberbios alcázares de Granada.

La Argelia y Marruecos ofrecerá además un vivo interés de circunstancias. La nacion española, herida una y otra vez en su dignidad y en sus intereses por las salvages hordas pobladoras de las costas inmediatas al Estrecho de Gibraltar, esto es, por los moros riffeños, ha resuelto salir á la defensa de su honra, cual cumple á un pueblo pundonoroso y animado de la inspiradora conciencia de su buen derecho, de su honor y de su fuerza. La espada de Castilla brillará pronto, émula del rayo, en esas playas africanas, donde políticos tan consumados como el cardenal Cisneros, y monarcas tan poderosos como Cárlos V supieron rodear con una aureola de gloria el pabellon español. El corazon de los hijos de España late hoy henchido de noble entusiasmo, á la idea de la rehabilitacion de la patria, tras largos dias de tristes discordias civiles y de terribles quebrantos; y ante la grata esperanza de probar al mundo, aunque lo contrario suponga y propale la malquerencia de envidiosos estranjeros, que el español de hoy es aun el digno descendiente de los Pelayos y los Cid, de los heróicos defensores de Tarifa y de los afortunados vencedores de Lepanto, San Quintin y Pavia, esta nacion pundo-

norosa está pronta á derramar gustosa su sangre y sus tesoros en las costas de la antigua Mauritania.

De la importancia, bajo todos conceptos, del pais destinado á ser el teatro de una guerra que de dia en dia parece mas inevitable y próxima, creemos haber dicho lo bastante por nuestra parte; pero por si acaso de nuestros recuerdos históricos no resultase demostrada cual deseamos esa importancia, creemos oportuno trasladar aquí las siguientes líneas, recientemente estampadas en las columnas del mas autorizado periódico de la Gran Bretaña:

«El Africa, en tiempos remotos, habia sido uno de los principales centros de civilizacion, y los moros españoles se hallaban tan avanzados, respecto de los demás europeos, que les debemos en su mayor parte la instruccion científica de la edad media. Córdoba y Granada eran ciudades civilizadas, cuando Lóndres y Paris eran semi-bárbaras...»

Esto, por lo que respecta al pais: en cuanto á lo que á nuestras diferencias con el gobierno marroquí se refiere, ¿qué pudiéramos decir á lectores españoles, que saben todo lo que acerca del particular les importa saber, esto es, que en aquellas inhospitalarias playas va á vengarse la honra nacional lastimada, y obtenerse una reparacion tan lata y satisfactoria cual á nuestro buen nombre cumple?... Y quién sabe? Tal vez allí se asentarán las bases de una rehabilitacion política, tan brillante para nuestra patria, como largo y perjudicial le ha sido el completo aislamiento á que la ha condenado un deplorable y nunca bastante deplorado conjunto de circunstancias.

Si, pues, como á toda costa lo procuraremos, logramos dar á la obra, hácia que nos atrevemos á lla-

mar la atencion del público, todo el interés que reclaman, asi los paises como los hechos que describiremos, el aprecio que á nuestras humildes tareas dispensen nuestros conciudadanos, habrá satisfecho completamente nuestro patriótico deseo.

Al referir los acontecimientos á que dé lugar la proyectada espedicion al Riff, para reparar anteriores ofensas y hacer imposible su reproduccion, seremos algo mas que unos frios narradores, ó escritores que, acaso luchando con el tédio, cumplen con el impuesto deber ó el aceptado compromiso: seremos españoles amantes de la gloria, que trasladaremos fielmente al papel, con los hechos que á la descripcion se presten, las entusiastas emociones que en nuestro corazon despierten las victorias que alcancen y el prestigio de que se rodeen las armas de nuestra patria al otro lado de las Columnas de Hércules, en esos campos donde un tiempo lucharon los Aníbales y los Escipiones, y se decidió la fortuna de los mas poderosos imperios.

Manuel María Flamant.

CAPITULO PRIMERO.

DESCRIPCION FÍSICA DE LA REGION DEL ATLAS.

El Africa, en otro tiempo parte de Europa.—Las costas de la Argelia.—El monte Atlas y sus ramificaciones.—Suelo de la Argelia.—Minerales.—Rios, curso de sus aguas, lagos, manantiales.—Estaciones, temperatura, vegetacion, plantas y selvas-animales.



Antes de emprender la narracion de los acontecimientos históricos de que ha sido teatro el Africa septentrional; antes de poner en relieve el sinnúmero de guerras y de invasiones que tantas y tantas veces han transformado la faz de aquel territorio, destruyendo é influyendo de mil maneras en la existencia de sus moradores, creemos será muy conveniente hacer un rápido bosquejo de este pais. Treparemos con este objeto por sus montañas; recorreremos sus llanuras y sus valles en otro tiempo tan fértiles, y que aun hoy dia tan grandes recursos ofrecen á la industria moderna: señalaremos las diversas zonas de la rica vejetacion africana, así como los animales

que allí se encuentran; daremos á conocer cuantos fenómenos climatológicos tienen allí lugar, los vientos que reinan, los grados de calor que se esperimentan, y hasta las lluvias que la fertilizan. Este sucinto pero concienzudo trabajo, para cuya ejecucion hemos tenido que recorrer y aun estudiar gran copia de documentos auténticos, redactados por viajeros y sábios antiguos y modernos; este trabajo, repetimos, nos proporcionará por lo menos la mas exacta nocion del Africa septentrional, ahorrándonos de este modo el fárrago de enojosos detalles con que hubiéramos tenido que recargar nuestra narracion.

Los geógrafos del Oriente llamaban Isla Occidental (magrab Insula) á la salida que los terrenos planos del Africa septentrional forman hácia el Nordeste mas allá de los 30° de latitud Norte (1). El orígen de este grandioso método de considerar aquella importante parte africana, se encuentra

---

(1) El Africa, segun dice Malte Brun en su magnifica obra *Historia de la Geografia*, fue muy mal apreciada por griegos y romanos. Hablando de la Libia dice Homero que es un pais en el que los corderos nacen con cuernos y las ovejas paren tres veces al año (Odisea, libro IV).—Si consultamos á Herodoto, poco ó nada hallaremos en sus obras que pueda darnos una idea luminosa acerca del Africa occidental.—Al hablar Estrabon de esta parte del Africa, prueba hasta la evidencia que los conocimientos de su tiempo apenas pasaron de las orillas del Níger, puesto que nos dice, afirma y repite que el Africa, bien se considere por las costas del Occéano, bien en su parte interior, por todas termina en desiertos, y que los romanos poseen todos los puntos habitados.—Los romanos de la época de Plinio apenas conocian una tercera parte del territorio africano; y una prueba evidente de esto es que el mismo sábio naturalista tiene tan escasas nociones sobre esta parte del mundo, que coloca el nacimiento del Nilo en las montañas de la Mauritania. Fácilmente comprenderá el lector que al contemplar tanto error y tanta fábula, debemos desde luego descartarlas de nuestra obra, de suyo concisa; y echando á un lado atrevidos asertos, nos ocuparemos tan solo de los trabajos que nos suministran los viajeros y geógrafos modernos, cuyos estudiados escritos se hallan fuera de los tiros de la crítica. Cuando nos ocupemos de otras partes, entonces nos valdremos de la geografía antigua, donde acaso hallemos documentos irrefragables.

en la naturaleza misma de sus primitivos tiempos; y asi es en efecto, pues vemos que la proyeccion del Continente africano entre el Mediterráneo, el Océano Atlántico y el gran desierto de Sahara, la presta al primer golpe de vista el aspecto de una verdadera isla circundada en todas sus partes por un Océano de agua y de arena.

El Atlas no es como muchas personas creen, y no pocos geógrafos antiguos lo han dicho, un grupo de montes aislado y sin ramificaciones: antes por el contrario, es una completa série de elevaciones que se estiende desde el Mediterráneo hasta el Océano, separando completamente esta parte septentrional africana del resto del Continente. Comienza el Atlas cerca de los golfos de la grande y pequeña Syrta, desde donde va elevándose en forma de mesetas hasta Túnez. Por la parte Norte y Sur, y cerca de las lisas llanuras de Sahara, va degradándose en varias montañas bajas pero muy escarpadas. Precipítase por su parte occidental hácia Marruecos, y estendiéndose hasta el Océano Atlántico, forma en sus bajadas multitud de planos montuosos, rocas en forma de cuestas, y muchos escollos que hacen no poco peligroso el paso de las orillas del Mediterráneo desde Agadir hasta el Estrecho de Gibraltar. Pero circunstancia notable es, y que aumenta, á no dudarlo, el interés que ofrecen los primeros estudios de la naturaleza en Africa, la de que la gran cadena del Atlas se halla íntimamente ligada con el sistema geológico de nuestro Continente. Los escelentes trabajos hidrográficos practicados por Smith han demostrado que el Cabo Blanco de Biserta y la Sicilia se hallan unidos entre sí por una cadena de montañas submarinas, como lo demuestran las cordilleras de roca que se ven á la superficie del agua, asi como en las diversas veces que se ha echado la sonda en el Estrecho de Gibraltar, ha quedado evidentemente probado que si fuese posible desaguar ese canal, se hallaria unida la cadena del Atlas con las montañas de la Península Ibérica, de todo lo cual pode-

mos naturalmente inferir que en tiempos remotos la Europa y el Africa formaron un solo Continente (1).

Ambas cuentan en sus montañas profundas cavidades, ricos prados y escelentes pastos: así mas allá como mas acá del Mediterráneo se observa la misma disposicion de terreno, elevándose por gradacion en terraplenes sobrepuestos sobre el nivel de la costa: en ambos paises, y esto caracteriza aun mas su semejanza, se observa el encajonamiento de casi todos los rios entre altos ribazos, así como el desecamiento periódico de sus aguas. Aun hay mas, y es un hecho demostrado por los mas célebres geógrafos, que la altura de los conos mas altos del Atlas corresponde en un todo á la de *Sierra Nevada*, situada frente por frente en el reino de Granada, diferenciándose tan solo ambos sistemas en sus depresiones. El terraplen de España tiene sus principales descensos en las vastas llanuras del Oeste hácia el Océano Atlántico; siendo mucho menos prolongado y mas escarpado por el lado del Mediterráneo. En Berbería por el contrario, las grandes llanuras de la principal depresion del terraplen son bastante lisas y se dirijen por el Este hácia el Mediterráneo, mientras que las que van á unirse al Océano son mucho mas caprichosas aunque mas pintorescas.

La fisonomía general de las costas del Africa septentrional desde el Estrecho de Gibraltar hasta el Cabo Bueno de Túnez, donde se forma la gran cuenca ocidental del Mediterráneo y da principio la grande escotadura de las Syrtas, es bastante igual: allí terminan cual numerosos promontorios los últimos picachos del Atlas, separados tan sólo por bahias de corta profundidad. La tierra carece de salidas

---

(1) Ritter, Malte-Brun, Humboldt, D' avezac, los capitanes Berard y Sander-Rang, asi como casi todos los geógrafos abundan en ésta opinion.—En 1824 han comprobado los franceses la existencia de estas asperezas submarinas.

considerables en el mar: este no recorta con anchura la tierra, y la corriente de los rios es harto débil para poder abrir de por sí anchas embocaduras.

Tal es el aspecto de las costas: su estension desde Tabarca á Milonia, es decir, del Este al Oeste, ofrece un desarrollo de 250 leguas de á 25 por grado. Muchos son los puertos que hay sobre esta costa, pero poco importantes, como acontece en cualquier parte donde los valles son cortos y están empotrados. Los golfos de Bugía, de Koll, de Stora, de Bona, de Arzeu, de Areschgoum (Rasgum) brindan á la navegacion con escelentes abrigos, asi como con seguras y espaciosas radas; pero el mejor fondeadero es á no dudarlo Orán, llamado por los latinos *Portus magnum*, y por los árabes Mers-el-Kebir, ó sea el gran puerto. Menos generosa ha sido la naturaleza para con Argel, cuya posicion militar y marítima es la mas importante en toda la costa, y su puerto necesita, como mas adelante se dirá, grandes obras para adquirir toda la estension que la importancia de su plaza reclama. Ahora que ya conocemos el litoral, penetremos en el interior y veamos por dé pronto la inmensa cadena de montañas que constituye el carácter principal de aquel territorio.

El monte Atlás era para los antiguos un héroe convertido en piedra, y sus robustos miembros otras tantas rocas; llevaba sobre sus espaldas y sin trabajo nada menos que todo el Olimpo acompañado de un sinnúmero de estrellas; coronada su cabeza con una selva de pinos, hallábase siempre rodeada de nubes, ó batida por los vientos y las tempestades; cubria sus anchos hombros una soberbia capa de nieve, y de su vetusta barba surgian rápidos torrentes (1).

(1) Segun la idea popular de la antigua geografía, el Atlas era la columna que sostenia al cielo, y al mismo tiempo los límites del mundo. Los geógrafos de la antigüedad decian que el Atlas era un santuario impenetrable, lleno de desórdenes, de misterios y de horrores.



Tan magestuosa y poética personificacion de una de las mas notables montañas del mundo antiguo, está en parte justificada por la poca anchura que presentan las bases del grande Atlas. Lo cierto es que, segun dice Humboldt, mirada esta cadena de perfil, se presentó á los ojos de los antiguos navegantes como una columna aérea y aislada, que parecia sostener la bóveda celeste: fácil es, pues, comprender que de esta configuracion á la tradicion mitológica que acabamos de citar solo hay un paso, y sin duda á esto se debe el haberse conservado intacta de generacion en generacion hasta nuestros dias. Y tampoco es menos cierto que ninguna caravana por lenta que camine, emplea mas de tres dias para trasladarse desde los llanos del Nordeste á los del Sudoeste.

En el sistema atlántico se incluyen todas las montañas que rodean al Océano y al Mediterráneo desde las llamadas montañas negras, cerca del cabo Bojador, hasta el desierto de Barcah. Lo que realmente se conoce con el nombre de Atlas es un grupo de varias cadenas paralelas que los geógrafos han designado con diversos nombres. El *Grande Atlas* circunda el imperio marroquí; el pequeño Atlas comienza en Tánger, cerca del Estrecho de Gibraltar, y se prolonga hasta el golfo de Sidra; allí se ven los montes Gharian, de los que parten varios ramales conocidos por los montes *Harudjé*, que los árabes llaman *Harudjé-el-azuad* ó sea Daroudjé negro, y *Haroudjé-el-abiad* ó sea el blanco: otros ramales son conocidos por los montes *Tiggerendumma*, *Tibesty* y *Haifat*, que son los que terminan en los desiertos de la Libia y de Sahara. Forman la tercera cadena del Atlas los montes *Ammer* en la Argelia, que son los que unen al grande y pequeño Atlas con las montañas negras, y cuyos ramales circunscriben al Fezzan (1). El Atlas llega á su mayor altura en la parte Este de la ciudad de Marruecos y en la su-

(1) Malte-Brun, revisado por Huot, *Descripcion general del Africa*, tom. V, pág. 593.

doeste de la de Fez, y aquel es tambien el punto dondo se concentran constantes las nieves. Despues á medida que el Atlas avanza hácia el Este, va degradándose con tal uniformidad que las cumbres que se hallan sobre el territorio argelino, son mas altas que las de Túnez, y estas á su vez sobrepasan á los picos de la regencia de Trípoli. Apesar de que hasta hoy no hay una medida exacta de estos picos, puede sin embargo asegurarse que los puntos mas culminantes del grande Atlas, en el imperio marroquí, no pasan de cuatro mil metros, y los de Argel de tres mil.

Prolóngase el Atlas en Argelia paralelo á la costa, atravesando en toda su longitud la provincia; llegado á su punto culminante desarróllase, ó mejor dicho se desvanece en una vasta cadena, cuya masa complexa é imponente separa el territorio de Argel, propiamente dicho, del de Sahara, protegiéndole contra las influencias de los vientos del desierto. Hácia el Norte, mas allá de los terraplenes apoyados sobre este inmenso antemural cual si fuese una série de azoteas, aparece otra segunda cadena que es el pequeño Atlas, que sigue paralelo á la otra de Este á Oeste, festoneando el litoral en toda su estension. De aquí parte una multitud de ramificaciones que van á unirse á la gran línea de Sahara, desde donde se dirigen caprichosamente en direccion del Mediterráneo y á veces se dejan lamer por sus aguas.

Dibújanse varios desfiladeros de aspecto pintoresco y salvaje entre las infinitas cadenas del Atlas: los turcos los llaman *Demir-capy* (puertas de hierro), porque en realidad son otras tantas puertas formidables cortadas como á propósito y que pueden ser defendidas con un puñado de hombres. La mas ocidental de estas gargantas, en el Grande Atlas, es la conocida por *Bal-el-Sondan* ó sea (Puerta del Sultan). Las mas notables de la Argelia son los Bibianes y el Teniah de Monsaiah, las

cuales fueron ambas á dos pasadas por el ejército francés á las órdenes del Duque de Orleans (1). Donde la desviacion de las montañas ha dejado mayor hueco, vense desarrollar preciosos valles y vastas llanuras. Cítanse hácia la parte Este de Argel las llanuras de Constantina y la de Bona conocida tambien por *Bujimah*: al Oeste los estanques de Chelif y de Habrah dan la mejor idea de lo feraz del suelo africano. En los alrededores de Mostaganam, de Mazagran, de Arceu, de Mascara, de Tlencem y de la Cala, no faltan tampoco valles y prados dignos de ser cultivados, y finalmente, á no larga distancia de la capital se halla la Metidja que es el llano mas estenso de toda la Argelia. La constitucion geonóstica del Grande Atlas apenas ha sido apuntada por los viajeros europeos que han visitado aquellos sitios: sábese tan solo que se halla formado de una roca de cuarzo y mica llamada genis, que sobre esta se distingue una piedra caliza de sedimento inferior, y que las capas de esta última, antes horizontales, se presentan hoy perpendiculares de resultas de un levantamiento cuya época no es fácil designar. La mayor parte de las colinas que se ramifican entre el grande y el pequeño Atlas, parecen ser formadas de rocas cuarzosas, de piedra arenisca y de un tosco y ferruginoso calizo. Las colinas que terminan en el desierto de Barcah son masas de calizo blanco, entre las que se distingue el Harudjé blanco, pues respecto del Harudjé negro, que se cree sea el monte *Ater* de los antiguos, si bien en su núcleo existe algo de calizo; en todas sus demás partes por lo menos, segun lo indica Herman, solo ofrece picos de basalto,

El segundo suelo de los llanos en Argel es por lo regular arcilloso ó calizo, en Bona silizoso, y en Orán calcá-

(1) Octubre do 1837.—Mayo 1839. Mas adelante daremos cuenta de estas espediciones con todos sus pormenores.

reo ó esquistoso. El suelo de la Metidja está formado en su totalidad de un terreno de aluvion; en todo él se ven capas horizontales de marga arcillosa ó gris con restos de diversas clases de piedras. Háse observado asimismo que en Harrach hay mármoles blancos y venosos, piedra arenisca, espatos calcáreos, piedras ferruginosas, estaláctitas y trozos de hierro, siendo dignos de notarse los muchos vaciados que sobre estas sustancias han dejado hechos los troncos de muchos árboles y hasta las hojas de no pocas plantas. El humus ó sea la superficie de la tierra vejetal que cubre el globo, es mucho menos abundante en Orán que en Metidja, donde á pesar de eso nunca pasa de siete pulgadas de espesor. En algunos parajes no es mas que marga amarilla, y en otros una arcilla roja ó blanca. En cuanto á la tierra vegetal de los llanos de Bona no se puede negar que es muy recomendable, así por su profundidad como por su escelente calidad.

Los romanos descubrieron toda clase de minas en su provincia africana, y tenian en mucho aprecio los mármoles de Numidia que eran de un color amarillo precioso y á veces salpicado de varios colores. Diez siglos de vicisitudes y abandono han sido mas que suficientes para haberse perdido por completo el conocimiento de estas esplotaciones, y si á esto añadimos el constante descuido del gobierno argelino, prohibiendo toda tentativa que diera por resultado el descubrimiento de tan importantes trabajos, aun estrañaremos menos el verse borrado hasta el mas pequeño vestigio de aquella riqueza. Y téngase entendido que la prueba de estos tesoros subterráneos existe hoy á la superficie del terreno africano, porque allí alternan los calizos grises y negros con la marga esquistosa y fillade, y las esquistas talcosas del pequeño Atlas y del macizo de Argel han dado y pueden continuar dando piedra arenisca, mármol blanco,

pizarra y barro para hacer tejas, ladrillo, baldosa, etc. En los valles del Arba y de Hued-el-Akhra se han hallado varias canteras de piedra de cal, y mas lejos, en la garganta del Atlas se han encontrado mármoles estatuarios de singular belleza, alabastros, ocre amarillo, tierra de pipa y carbonato de cal ó sea blanco de España. El calizo de Orán ha sido aplicado en todo tiempo á la construccion de casas, y tres grandes canteras en plena esplotacion, llamadas de San Andrés, proporcionan magníficos sillares.

El hierro abunda en toda la Argelia. «Desde Tabarga hasta mas allá de Bona, dice el abate Poiret, preséntase el hierro bajo toda clase de formas: unas veces se presenta mezclado con la greda que tiñe de un fuerte color rojo, otras con arcilla, á la que dá un color amarillo oscuro, y otras finalmente, con la arena que vuelve enteramente negra. Deposita cierto ocre pulverulento y de color de sangre en los quebrados, y las hendiduras de las gredas se ven cuajadas de cierta sustancia negra ferruginosa que tambien se nota en las piedras.» En los montes cercanos á Bugía se esplotan desde tiempo inmemorial por los Kabilas algunas minas de hierro cuyos productos sirven para la fabricacion de cañones de fusil, instrumentos de labranza y otros utensilios. Aquel suelo montañoso les dá tambien el plomo necesario para la guerra y la caza. Como á cinco ó seis leguas de Mascara en las montañas de Tesca hay una mina de cobre cuyo filon está á flor de tierra, su direccion es de Este á Oeste, y en algunos parajes se acerca de tal modo á la superficie que dá al suelo un color verdoso.

Las noticias de Plinio acerca de la existencia del oro y del diamante en el norte de Africa, y que por tantos años se consideraron como erróneas, han sido reconocidas como verdaderas despues de la conquista francesa. Entre las arenas auríferas del *Ued-el-Bame* (rio de

arena), en Constantina, se han hallado diamantes, y el nombre de *Ued-el-Dzchel* (rio del oro), que juntándose con el Ued-el-Rame constituye el *Su-e-Gemar*, ó sea rio de Constantina, demuestra sobradamente que las aguas de este rio arrastran consigo partículas de oro, y otros indicios semejantes á estos demuestran bien á las claras la probable existencia de minas de plata. Las piedras preciosas que mas abundan en el Atlas, son los granates, las calcedóneas y los cristales de cuarzo.

Innumerables son los manantiales que hay en las montañas y en medio de las colinas del territorio argelino: precipítanse unos de roca en roca, y corren otros con lentitud por medio de las llanuras. Corrientes y rios henchidos por las lluvias engruésanse con rapidez desde noviembre á mayo, y esto sucede con tal esceso que á veces se desbordan, para luego por el contrario, disminuir á veces hasta la sequedad en los meses del calor. Bien sea porque el Atlas se halla muy cerca del mar, bien porque sus vertientes hayan desaparecido, ó que los rayos del sol absorvan con fuerza la humedad de la tierra, lo cierto es que la Argelia no cuenta con un curso de agua corriente bastante á mantener un regular sistema de navegacion interior, puesto que lo mas que consigue es atender á las necesidades del riego agrícola.

Entre todas las corrientes que tiene el territorio argelino, solo la del Ued-el-Kerma puede decirse que nace de los macizos que circundan á la ciudad, porque las del Harach, el Chiffa, el Ued-Boffarick, el Ued-Jer y el Hamise, todos ellos nacen del pequeño Atlas. A pesar de la estrechez de su lecho, el Harach es una de las corrientes mas importantes de la Argelia; corre serpenteando por el hermoso llano de Metidja y solo se engruesa en tiempo de copiosas lluvias, siendo vadeable durante todo el resto del año. Tambien el Chiffa surca con sus aguas aquel precioso llano, y juntándose con él

Ued-el-Kebir y el Ued-Jer, pierde su primitivo nombre, toma el de Mazafran, se dirige hácia el Nordeste, donde tambien se junta con el Ued-el-Buffarick, y por último, da la vuelta por todo el macizo de Argel para horadar las colinas de Sahel y descargar en el mar como á dos leguas de Sidi-Ferrondj. La corriente del Mazafran no deja de ser rápida; pero si bien su lecho presenta en algunos puntos hasta cuatrocientos métros de ancho y sus ribazos cuarenta métros de altura, sus aguas son poco profundas.

Los principales rios de la provincia de Orán son el Ued-el-Maylad, llamado tambien Rio Salado, el Kabra, el Ued-Hammam, el Tafna y el Chelif, los que en su mayor parte descienden del Atlas. El Tafna, cuyo nombre ha servido para el tratado hecho entre el general Bugueaud y Abd-el-Kader, es uno de los rios mas grandes y caudalosos de la provincia de Orán, el cual despues de recorrer unas treinta leguas, en cuyo trayecto se engruesa con las aguas del Sickack y otras, va á parar al mar por el estremo oriental del golfo de Harchgum. El Ued-el-Maylah, ó sea el *Salsum flumen* de los romanos, cuyo curso apenas ha sido estudiado; justifica su nombre por la calidad de sus aguas, y se lanza al mar no lejos del cabo Figalo: el Habrah reunido con el Ued-el-Hammam y el Sig forma cerca de Arzeu una especie de laguna que va á desaguar al mar. Mas allá hácia el Este corre el Chelif, que es el rio mas natable de toda la Argelia, asi por la cantidad de aguas que arrastra como por lo largo de su curso, puesto que naciendo en el Sahara al Sud de la provincia de Titteri atraviesa la cadena del Jurjura, y va á parar al mar por el golfo de Bugia debajo del cabo de Carbon. Si desde este punto nos dirigimos al Este, hallaremos el Ued-el-Kebir (rio grande) cuya corriente es una de las mas importantes de aquella provincia. Este rio toma su

rumbo en la cadena del grande Atlas como á unas cinco jornadas de Constantina. El Ued-el-Kebir, llamado tambien Ued-Rummel, corre de Norte á Sud sobre un plano elevado, atraviesa varios contrafuertes del pequeño Atlas, va lamiendo los muros de Constantina, y vierte por último sus aguas en el mar entre Djigeli y el cabo de Bujaron. Si dejamos atrás el Ued-Zure y el Led-Zeamah, nos hallaremos en las riberas del Zefzaf, que nace en la vertiente Nordeste del Djebel-el-Uache, y despues de recorrer como unas doce leguas va á parar al golfo de Stora cerca de Skikida. Si despues nos dirigimos hácia el Este tropezaremos con el Seybusa, cuyo desigual curso abraza una estension de cuarenta leguas: resultado de la union del Ued-Zenati y del Ued-aligah, las aguas de este rio son muy profundas en toda la dilatada llanura que recorre, hasta tal punto que cuando emboca en el golfo de Bona recibe barcos de cabotage, y hasta las chalupas pueden subirle en no corta distancia del mar.

La bajada meridional del Atlas argelino es en lo general mas árida que la opuesta; pero apesar de que por esta misma razon presenta menos aberturas, produce sin embargo dos rios muy considerables, que son el Medjerdah, ó sea el *Bagradas* de los romanos, que mas que á Argel pertenece á la regencia de Túnez, y el Ued-el-Gedy (rio del Cabrito) que dirigiéndose al Este llamábase en la antigüedad Triton, y paraba en el golfo de la pequeña Sirta, hoy golfo de Cabes: piérdese en la actualidad en el lago de Melgig, á la estremidad meridional de la provincia de Constantina. Muchos lagos ó lagunas hay en el territorio de Argelia, cuyo exámen no carece de interés: son casi todos salados, ó cuando menos salobres, y solo se llenan en tiempo de lluvia, secándose durante los calores. Al Sud de Constantina se halla la laguna Chott, que mas bien es una gran char-

ca fangosa, donde se corrompen durante la lluvia todas las aguas salobres. La llamada Sebkha de Orán es una enorme masa de agua que tiene dos mil métros de ancho, y cuya estension parecida á un brazo de mar se pierde de vista hácia el Oeste. Sin embargo, es tan activa su evaporacion en tiempo del calor, que por el mes de julio los camellos y cabalgaduras de los árabes la vadean casi sin mojarse los pies. Tanto en el llano Metidja cerca de Argel, como en Bona y en Arzeu hay no pocas lagunas por este estilo, que aunque de menos importancia presentan los mismos accidentes. La cualidad salada de estos lagos es tan comun en aquel territorio, que el mismo Desfontaines asienta de una manera absoluta que en toda la Argelia abundan mucho mas las aguas saladas que las dulces, opinion que se confirma en el mismo pais, donde el nombre de *Ued-el-maleh* (arroyo de sal) se reproduce con frecuencia en la nomenclatura topográfica de los árabes. No son menos comunes las aguas termales; verdad es que en su mayor parte son tibias; pero tambien las hay cuya temperatura se eleva á 76° de Reaumur, como son Hammam-Meskutin y Hammam-Merigah (1).

Sin embargo, no porque abunden tanto las aguas saladas y minerales, habremos de sentar que el territorio de Argel se halla desprovisto de aguas dulces, porque estas se consiguen con la mayor facilidad á poco que se ahonde la tierra, y aun á veces las hemos visto surtir

(1) Tambien hay en Hammam-Merigah, llamado por los antiguos *Aqua Calida Colonia*, algunos restos de arquitectura y civilizacion romanas. Otro manantial hay á quince leguas de Bona, en el camino de Constantina, llamado Hammam-Berda, que probablemente será el *Agua Tibilitana* de los romanos, cuya agua tiene una temperatura de 80° Reaumur, y á cuyo lado se ha construido una bonita piscina. Cítanse igualmente á quince kilómetros de Sétif las aguas termales de Hammam-Staissa.

espontáneas á la manera de un pozo artesiano: así lo practica desde tiempo inmemorial la tribu llamada Eruagah, que reside en la parte estrema meridional de la regencia, y rara vez ha visto fallidas sus esperanzas (1). Encuéntrase por lo regular agua dulce á los cinco metros de profundidad, y la mayor á que se halla es á ochenta metros.

El movimiento de las estaciones, asi como las variaciones atmosféricas nunca son estremadas en Argelia, como acontece en los demas puntos de la tierra, acercándose y hasta confundiéndose entre sí los fenómenos metereológicos á veces mas opuestos. Las estaciones en Argelia están muy regularizadas: ni se siente un escesivo calor en el verano ni un frio glacial en el invierno, y las transiciones de una estacion á otra son tan suaves que apenas se perciben. Su cielo ostenta por lo general una pureza admirable, y el aire es sumamente sano, pues si bien es cierto que en algunos parages las aguas corrompidas producen peligrosas emanaciones, fácilmente se comprenderá que todo ello depende de causas puramente locales que el arte no tardará en destruir (2). Las lijeras nieblas que se forman á la salida del sol disípanse pronto en las alturas, y aunque en los llanos suelen persistir, nunca fueron causa de la menor perturbacion. En Argel no se conoce enfermedad alguna endémica; y una de las mejores pruebas en favor de la propiedad higiénica del aire, es que en el recetario público no se ve sentada una enfermedad cuya duracion haya escedido de veintidos dias.

---

(1) Esa tribu se estiende hácia el Sahara y al Sud del Ued-el-Gedy. El pueblo de Uerquela, estacion de las caravanas y última plaza habitada por los argelinos, la pertenece por el lado del gran desierto, y está situada á 150 leguas de Argel.

(2) En 1837 la direccion del puerto de Argel ha declarado 233 dias buenos y 270 en 1839.



Segun el capitan Rozet no puede ser mas agradable la temperatura de Argel. Los calores del verano, añade, no hay duda que son fuertes; pero no rinden como en otros paises, y los estranjeros los aguantan con facilidad. Viven y prosperan en su atmósfera multitud de plantas de la Europa templada y aun de los alrededores de París, porque aunque cálida no es abrasadora, y por esta misma razon favorece en alto grado el crecimiento de los productos naturales de su suelo (1).

La estacion de lluvias dura seis meses, desde noviembre hasta mayo, y á cada paso se ve interrumpida por hermosos dias; pero las aguas que en otra época del año solo duran una ó dos horas, son muy copiosas, y casi siempre producidas por los vapores marinos que el viento Norte roba á la superficie del Mediterráneo y empuja hácia el Sud (2). A medida que estos vapores van acercándose á los confines del desierto, se ven interceptados por la gran muralla del Atlas y tienen que volverse hácia el litoral, trocándose por un portentoso trabajo de la naturaleza en fecundante lluvia.

Suelen verse algunas escarchas en los meses de diciembre y enero, y como las tempestades son muy raras graniza muy pocas veces, siendo no menos notable que la nieve en aquel pais es un incidente metereológico que solo tiene lugar una ó dos veces al año. No así en las montañas del pequeño Atlas, donde suele nevar con mas frecuencia, pero casi siempre se derrite en el mismo mes en que cayó.

Tiene además otra ventaja la Argelia comparada con

---

(1) La altura ordinaria del termómetro en los meses de junio, julio, agosto y setiembre, que constituyen la estacion calurosa, es de 19 á 25°, y la de los meses de noviembre, diciembre y enero, varía de 14 á 15°, lo cual en Europa viene á ser una temperatura primaveral.

(2) En 1837 hubo 68 dias de lluvia, y en 1839 solo fueron 43.

otros paises meridionales, y es que al cesar las lluvias la humedad que dejan cambia súbitamente de forma, y templa la accion fuerte del calor. Muchas veces sucede que durante el dia halla uno su cuerpo humedecido por el vapor acuoso que reina en la atmósfera, y media hora despues de puesto el sol es tan abundante el rocío, que traspasa las tiendas del soldado, y refresca los campos lo mismo que si hubiese descargado una nube de tempestad.

Así en toda la costa como en el puerto de Argel desde noviembre á abril reinan los vientos Nordeste, y haciendo bajar el termómetro producen lluvias y causan tempestades, cuyo peligro suele exagerarse. Menos frecuentes son los vientos Sud y Sudoeste, sobre todo el Oeste, causando todos tres un ascenso termométrico y dejando raso el cielo.

El viento del desierto, llamado por los árabes *simoum*, no deja de ejercer su funesta influencia en la parte Norte del Africa. Anúnciase en Argel por una especie de niebla que aparece en el pequeño Atlas, auméntase el calor, y el viento comienza en seguida. Hombres y animales, debilitados y sin casi poder respirar, se apresuran á buscar un albergue: la atmósfera es candente y si, lo que no suele acontecer, este fenómeno durase mas de algunas horas, de seguro que daria orígen á un sinnúmero de desastres (1).

En los alrededores de Orán el clima es sano: verdad es que es cálido, pero las brisas periódicas que reinan todo el verano le hacen muy llevadero. Desconócense en esta provincia los principios que en otros paises desarrollan la terciana tan persistente que á veces es mortal,

(1) En 1829 desde el 7 de mayo hasta el 26 de agosto, solo se presentó ocho veces el viento del desierto.



sin embargo, son de temer los repentinos cambios de temperatura, así como el uso inmoderado de la fruta y de la bebida, lo cual dá origen muchas veces á enfermedades peligrosas. Los vientos que mas reinan y que, dicho sea de paso, deben temerse, son el Noroeste y el Nordeste. Los aires fuertes solo se hacen sentir en el invierno: en el verano hay calmas de mucha duracion, interrumpidas tan solo por algunas horas de brisa que de dia vienen del mar y de tierra durante la noche. En cuanto al Simoum ó sea el Klamsim es muy raro.

En la provincia de Constantina, por su misma configuracion, se observan temperaturas opuestas en puntos que á veces están muy cercanos: así acontece que mientras en su terraplen hay nieves en el mes de mayo, en Bona se siente un calor de 25 grados. Los vientos soplan por lo general de Norte á Nordeste, menos en la época de los equinoccios, que varian de repente cambiando de Sudoeste á Noroeste, y dando origen á fuertes ventarrones, nieblas, grandes nublados y copiosas lluvias. Estas intempéries se presentan de ordinario en otoño, prolongándose á veces desde los últimos dias de setiembre hasta fines de diciembre, siendo digno de notarse que los tres meses de invierno casi siempre son secos, lo cual contribuye á que la primavera sea buena.

Obsérvase en Bona que á una noche húmeda sigue un dia abrasador, y que la aguja del higrómetro señalando de dia la mayor sequedad, se inclina de repente al retirarse el sol hácia la humedad, alcanzando el máximum á las once de la noche (1).

(1) Se ha calculado que en Bona hay ciento cuatro dias de lluvia al año. La salubridad de aquel punto era proverbial antes de la detencion de las aguas del Bujimah, pues á él se dirigian los enfermos ó valetudinarios de todo el interior del Africa en busca de la salud, ni mas ni menos que hoy lo efectuan en Francia dirigiéndose á veces Dando.

Aunque la fama de una gran fertilidad pertenece esclusivamente al *Africa propia* de los antiguos (1), ó sea la parte que hoy llamamos Estado de Túnez, puede muy bien decirse otro tanto del suelo argelino. Ya Plinio y Estrabon celebraron en sus tiempos la feracidad de las regiones del Atlas, porque lo mismo antes que ahora se desplegaba la vejetacion con una fuerza y una magnificencia estremadas. En prueba de ello nos bastará citar una autoridad reciente, que por cierto es de muchos quilates en la presente materia. Aludimos al general Bugueaud (2): «Durante el poco tiempo que permanecí en Argelia, dice, por los años de 1836 y 37 llegué »á formar una idea muy desfavorable acerca de la fer»tilidad del suelo africano, en atencion á las repetidas »y ampulosas alabanzas que sobre el particular le han »dirigido los antiguos. No habiendo yo visitado mas que »la peor parte de la provincia de Orán, desde luego acusé »de hiperbólicos á los historiadores romanos, cuando leí »en sus obras que la Argelia era el granero de Roma; pero »tan luego como hube recorrido el pais en todas direccio»nes, mudé de opinion, y no tan solo me convencí de »que la Argelia produce mucho grano y abundante »ganado, sino que es susceptible de mayor produccion, »puesto que puede dar abundante cosecha de aceite y »seda. Repetidas veces este año y el anterior hemos »atravesado las llanuras del Habra, Illil, Mina, Cheliff »y Egris: asimismo hemos recorrido los valles de Beni»Amer, Flittas y otros, y por todas partes hemos visto

---

tan solo curso á aquellas aguas estancadas, podria hoy devolverse á Bona su primitiva salubridad. (*Dictámen sobre la colonizacion de Argel*

(1) Esta tierra, siempre alterada, *sitientes afros*; esta árida madriguera de los leones, *leonum arida nutrix*; como la apellidaban los antiguos, solia representarse bajo el emblema de una muger coronada de espigas, rodeada de pámpanos y á la sombra de espesas palmeras.

(2) *Medios de conservar y utilizar la Argelia*, obra francesa, 1842,

»abundantes cultivos de trigo y cebada. No menos ricas »son las montañas cubiertas por lo general de una gruesa »capa de tierra; y si en estos puntos no abunda tanto »el cultivo, no por eso dejan de ser muy especiales sus »productos (1).»

La espontaneidad es uno de los caractéres mas asombrosos de aquella poderosa naturaleza: trasplantados al suelo africano los árboles de Europa y de América, agárranse y se propagan sin cultivo, cual si fuesen productos indígenas. Entre los infinitos vegetales que crecen naturalmente en Argelia, citaremos en primer término los lentiscos, la palmera chamérope, el madroño, la retama macho, la pita, el arrayan y la adelfa: todos ellos crecen en forma de maleza, y no contentos con invadir las bajadas de las montañas y las colinas del litoral, suelen presentarse tambien en las llanuras. Crece en la parte superior de las cadenas del Atlas una infinidad de alcornoques, robles cargados de dulce bellota que los árabes comen con estraordinario gusto, álamos blancos y enebros feniceos, sobre los que dominan, con no escasa frecuencia, los decantados pinos de Jerusalen, ostentando su verde y magestuosa copa. Considéranse como producciones espontáneas de aquel suelo el olivo, la viña, el nogal, el azufaifo, el naranjo amargo, el li- [illegible]

[illegible]

(1) Plinio dice que el intendente del emperador Augusto remitió á su soberano un tallo de trigo nacido en Bizacena (regencia de Túnez) del que salian mas de 400 brancas, hijás todas de un grano solo. El intendente de Neron le envió tambien 360 espigas producidas por un solo grano. Shan y Desfontaines citan hechos semejantes, y el general Bugeaud dice que una hectárea (dos fanegas y media de tierra) produce de 25 á 30 hectólitros de trigo (de 40 á 50 fanegas), y 40 á 50 de cebada (50 á 60).—Podrá consultarse para todo lo respectivo á la economía agrícola de Argel, así en lo antiguo como en lo moderno, la escelente obra de Mr. Arístides Guilbert, titulada: *De la colonizacion del Norte africano*, obra indispensable á todo el que quiera adquiri una idea exacta de los recursos de la Argelia

monero, el granado, el cáctus y el ajenjo, todo lo cual se presenta en las montañas, en los valles y en los campos unas veces entre la confusion del vallado, otras en medio de la maleza y en los sotos. Delicioso é indescriptible es el aroma que despiden los innumerables naranjos y limoneros que cubren aquel suelo con su precioso y casi eterno fruto, y es tal su abundancia que aparecen en el mismo Atlas á una altura de seiscientos metros, ostentándose el azahar en armonioso maridage con los cáctus y las pitas. Hállanse higueras por el lado Sud, que se estienden en un espacio de mil y cuatrocientos metros. Tambien hay tamarindos en aquellos valles y colinas, y á veces cual erguida palmera véselos alzarse á manera de columnas formando muy lindos peristilos ante las tumbas de los morabitos; pero solo dan dátiles los que ocupan la parte Sud, ó sea la inmensa comarca de Biledulgerid (*pais de las palmeras*), no por falta de calórico en el terreno, sino por la incuria de los árabes.

La naturaleza en Argelia nunca se estaciona en su inconcebible y asombroso trabajo de produccion: puede decirse mas bien que recorre un perpétuo círculo de concepcion y reproduccion desde la primavera hasta los primeros dias de invierno. A tan admirable marcha se debe el ver en aquel pais vestirse de hojas los árboles en el mes de enero, cubrirse los campos de trigo, cebada, zulla, alfalfa y otros pastos; florecer casi á un mismo tiempo los manzanos, los naranjos y limoneros, cuyo desenvolvimiento demanda no pocos grados de calor, así como los almendros y los guindos; y cogerse poco despues en las huertas abundante cosecha de fresa, guisantes, espárragos y otras legumbres. Cáese la flor del albaricoquero en febrero y tambien la del cerezo: la higuera florece en marzo, el granado y el mirto en abril; la viña en mayo, y hay muchos árboles que durante todo el año aparecen cargados de flor.

Estraordinarias por demas son las proporciones que adquiere la fruta bajo el influjo del sol africano: de esta suerte vemos que el riccino, ó sea la higuera infernal, que en Europa es tan solo un débil arbusto, en Argelia es casi un árbol; el hinojo, la zanahoria y demas umbelíferos alcanzan en aquel pais un desarrollo colosal; la planta del nabo suele crecer hasta tres metros de elevacion; los membrillos parecen calabazas pequeñas; hay coliflor que mide tres pies de diámetro, y los tallos de las malvas se asemejan á los de los albaricoqueros. El forraje espiga con tal vigor y alcanza tanta elevacion, que á veces oculta á un caballo y su ginete, como pudieran hacerlo en Buenos-Aires las pámpas del Sacramento ocultando á los hospitalarios gochos. Las flores silvestres con sus atractivos, sus diversas formas y variados colores, templan, digámoslo así, en todas las estaciones el aspecto algun tanto severo de la naturaleza africana. Multitud de árboles olorosos como el arrayan, el torvisco, el espliego y el *espino bérberis* cubren el campo africano, y aromatizan el aire con los mas esquisitos olores. Destácanse cual brillantes asteriscos sobre la maleza misma de los vallados el azulado cáctus, así como el granado y el rosal silvestre, retozando por todas partes la ponzoñosa adelfa que engalana las orillas de los rios, y forma una preciosa orla que dibuja del modo mas pintoresco la corriente de sus aguas. Aquellos ribazos en vez de tener en el invierno una capa lisa de nieve que siempre ofrece al observador un monótono colorido, ostentan por el contrario un bordado en cañamazo, cuyo brillante colorido le constituyen las amapolas, los tulipanes, las anémonas y las francesillas. En la primavera aparecen el ornitógalo, el medicinal gamon, el lirio y el altramuz idéntico al que nace en el suelo valenciano, y en el otoño se ven las cebollas albarranas, y la multitud de plantas que constituyen esta especie en su numerosa familia;

No se halla la Argelia tan desprovista de maderas como no ha mucho se ha querido decir. Algunos navegantes franceses han esplorado con detencion sus costas y han podido reconocer que la madera abunda: merecen, pues, mencionarse bajo este punto la costa de Mazafran, entre Coléa y Argel, la del Mascara entre el llano de Ceirat y Mostaganam, la de la Estidia ó sea la Macta entre Mazagran y la embocadura del Habrah, así como los terrenos del Ued-el-akral y del Ued-Nugha. El valle del Chelif abunda en maderas de olor y de no pequeñas dimensiones. Cítanse igualmente las selvas de Muley-Ismail y de Ensila en la provincia de Orán, como fecundas y poderosas aglomeraciones de árboles, y no son menos notables las que están situadas entre Buja y el cabo de Hierro hácia el camino de Bona, dentro del territorio de Djib-alah. Mas allá de las colinas de la Cala y no lejos del mar, se estienden mas de cincuenta mil fanegas de tierra, cubierta con tupidos bosques, enmarañadas selvas, caprichosos lagos y pintados prados. Las clases que con mas abundancia se hallan en las regiones cercanas al Africa septentrional, son el carrasco, el olivo, el alcornoque, el olmo, el fresno, el pino, el aliso y el *tuya articulata* (1).

Han desaparecido de la region del Atlas todos los

(1) «Hay en Argelia, dice el general Bugeaud, selvas cuajadas de una especie de alcornoques que no se conocen en Europa, y de otros árboles de distintas clases muy útiles para diversos usos. Estos terrenos que han sido estudiados, así por el ejército francés como por la comision científica y otros agentes, abrazan por lo menos una estension de mas de 175,000 fanegas.» (Medios de conservar ó utilizar la Argelia, 1842).—Me parece, dice Amanton, inspector general de las aguas y bosques en Argelia, despues de haber visto los alrededores de la Calla, que aquel punto pudiera por sí solo dar el sufiente corcho para el consumo de toda Europa, y estoy persuadido de que la marina pudiera surtirse de maderamen, porque he medido árboles que tenian mas de tres metros y medio de circunferencia.»

mónstruos del desierto, y los gigantescos reptiles que en las primitivas edades invadian su zona ecuatorial; unos y otros dejaron de existir de muchos siglos atrás y nuestros soldados no han tenido que hacer armas contra ellos, como los romanos hubieron de dirigir sus máquinas de guerra contra la serpiente Piton. No se crea, sin embargo, que las fieras todas han desertado de aquellos parages: aun se oyen de vez en cuando los rugidos del leon repetirse por entre las gargantas del Atlas y de Túnez, aun la moteada pantera se oculta entre los espesos jarales, y se la vé siempre dispuesta á devorar al desgraciado é inerme pasajero; aun hay tigres, onzas, linces y caracales, ó sean gatos monteses que devastan los valles argelinos, y hasta el oso (*ursus numidicus*), se presenta alguna que otra vez, por lo mas elevado del Grande Atlas. La repugnante hiena disputa los cadáveres á los buitres: los chacales caminan en grupos errantes por medio de aquellos campos: el javalí hace su cubil entre los juncos de los pantános: la gacela y el búbalo pisan ligeros las arenas del pais de las palmeras, mientras que las diversas familias de monos de que abundan los alrededores de Collo y de Estora, se introducen atrevidos hasta en los jardines y huertos con el objeto de comerse la fruta.

Por lo que toca á los animales domésticos demasiado célebre es desde antiguo el caballo de raza árabe. Oppien coloca á los corceles moriscos entre las clases mas apreciadas en su tiempo, y Nemesiano, poeta cartaginés del siglo III, nos ha dejado un retrato de estos caballos muy parecido al que hoy pudiera hacerse en Argelia. Segun este autor el caballo de pura raza mora, nacido en el Jurjura, carece de formas elegantes, su cabeza tiene fea forma, el vientre aparece hinchado, y sus crines aunque largas son toscas, pero en cambio es tan noble y dócil que se deja manejar sin freno. Nada puede compararse

con su velocidad, y á medida que vá calentándose en la carrera adquiere nuevas fuerzas y con ellas mas rapidez; y esto es tanto mas sorprendente cuanto que hay caballos árabes que á una edad avanzada hacen otro tanto, y cualquiera que ignorase esa bella circunstancia, creeria que eran otros tantos potros. Así, pues, no es estraño que los antiguos apreciasen tanto esta raza, dando ya á cada cual un nombre, conservando la genealogía de todos ellos y erigiéndoles á su muerte lujosas tumbas con no menos pomposos epitafios. La raza de los caballos de la Mauritania ha degenerado bastante hoy dia, y es muy difícil, como dice el coronel Pelissier (1), hallar uno que sea del todo hermoso, lo cual no impide que examinados con detencion sea fácil conocer que á poca costa pudiera regenerarse la raza. La causa primordial de esta degeneracion provenga acaso, como lo apunta Poiret, de que prefiriendo los árabes el jumento al caballo, desprecian á este y le sujetan á los trabajos mas rudos, amen del mal trato que les dan. Por larga que sea su carrera, dice Baude (2), los árabes nunca van despacio, sino al trote largo ó al galope: de aquí resulta que al terminar su viaje el pobre animal tiene la boca ensangrentada y destrozados los hijares á impulso del aguzado acicate.

Segun dice Solin los númidas siempre domaban sus caballos en lo alto de las montañas. Bekri ensalza el poder y la lijereza de los del monte Auras. Desfontaines dice haber visto magníficas razas en las llanuras que se estienden hácia la parte Este del Jurjura entre esta cadena de montañas y Constantina; y tan cierto es esto que aun hoy dia, desde que se destruyó la yeguada

(1) Anales de Argel, tom. II.
(2) La Argelia por el baron Baude.

de Rassauta; en los alrededores de aquella ciudad es donde se hallan los mejores caballos.

El animal mas útil á los árabes, despues del caballo, así por su fuerza y flexibilidad como por su velocidad, resistencia, frugalidad casi milagrosa y estremada paciencia, es el camello. Oriundo de la Arabia, de donde las primitivas colonias asiáticas le llevaron á Argelia, háse aclimatado de tal manera en aquel punto, que son incalculables los servicios que presta en los Estados Berberiscos, como igualmente en Túnez, Marruecos, Tánger y Mogador, donde Jackson, Shan y Dampierre dicen haberle visto. El camello no sirve para el tiro; pero en cambio es tan útil, que no tiene igual para el trasporte de viajeros y mercancías. La clase de camellos andarines ó corredores, llamada *heirie*, se divide en tres especies ó familias, segun la superioridad respectiva de su paso: la *talaya* solo hace tres jornadas de hombre al dia; la *sebaya* hace siete, y finalmente la *tasaya* hace nueve. Para pintar los árabes la estraordinaria ligereza de sus cuadrúpedos dicen, cual si hablasen de un camino de hierro, que los ginetes no tienen tiempo para saludarse cuando se cruzan montados cada cual en su camello (1).

En Argelia existen dos clases de asnos, y una de ellas los produce tan grandes y robustos como los de Egipto y Persia: los carneros (2) y las cabras abundan

(1) Jackson:—Hoest, *Relacion de Marruecos*.—Shaw, *Travels in Barbaria*.—Lampriere, *Voyage de Gibraltar*.—Jackson dice: un camello árabe va del Senegal al Mogol en siete dias. (Téngase presente que hay mil y cien millas inglesas).

(2) En el Africa septentrional hay dos especies de carneros, la una pequeña y comun, y la otra mayor y menos generalizada. Segun opinan los mejores agrónomos, esta última produce lana de mejor calidad, razon por la que es de suponer que tan luego como nuestras relaciones con el pequeño Atlas se hallen establecidas de un modo completo, el comercio de lanas podrá llegar á ser muy importante.

sobremanera, pero la raza bovina es de poca alzada, flaca y de escasa leche. Allí abunda toda clase de ganado lanar y cabrio; pero reina en todo él una especie de bastardeamiento, resultado inevitable del país; porque los animales domésticos viven del dudoso resultado de los pastos cuando los escesivos calores, y en el invierno se hallan espuestos á toda la intempérie de la estacion.

Hagamos alto en nuestra narracion, y digamos algo, aunque á la lijera, del elefante; de ese intelijente, noble y valeroso animal, que tantos y tan grandes servicios prestó á los númidas en sus combates. En el punto mas septentrional del Africa, es decir, en *Bournon*, es donde se crian los mejores elefantes, aunque los antiguos autores nos dicen que los ha habido en la Bizacena y en la Mauritania, y hasta añaden que los cartagineses los sacaban de los bosques interiores del Africa septentrional (1).

De serpientes especiales en Argelia solo pueden citarse el *tseban*, el *zarygh* y el *leffah*; y aun estas solo pertenecen á la region del Sur. Encuéntranse camaleones en los arroyos, y tambien varias especies de lagartos y tortugas de agua dulce. En cuanto á los pájaros puede decirse que con cartas variantes son lo mismo que en Europa. La pintada, por otro nombre gallinácea de Indias y que es oriunda de Numidia, existe con mucha abundancia, sobre todo en las cercanías de Constantina.

---

(1) A las pruebas que ha reunido Dugaste, estableciendo este hecho en su *Memoria sobre los elefantes*, han añadido otras no, menos importantes los señores Dureau y La Malle. «En la última batalla que dió Mario cerca de Cirta contra las fuerzas reunidas de Yugurta y de Bocus (Bocchus), componíase el ejército moro y númida de sesenta mil hombres, y todos ellos llevaban rodelas hechas con piel de elefante. Calcúlese, pues, por este guarismo la cantidad de elefantes que habria entonces en las selvas de la Numidia y de la Mauritania.»

La avutarda habita los sitios áridos y solitarios, y finalmente, el avestruz solo suele verse en los desiertos.

Entre los insectos ofrece la aveja al hombre su precioso producto, como queriendo imdemnizarle de la plaga de malévolos bichos que tanto abundan en aquel pais. La langosta, enemigo mas terrible que los músticos el escorpion y las arañas, suele descender cual nube devastadora sobre el suelo africano ; pero sus funestas irrupciones, mas temidas en los pueblos del Mediodia que nosotros tememos el granizo y el huracan, son bastante raras en las regiones del Atlas.

Los pescados de mar y de agua dulce en el Africa septentrional son de igual especie que los de las costas y rios de Provenza, y el coral y la esponja, que tanto abundan en Bona y en La Calle, son los únicos zoofitos que distinguen á las playas argelinas.

CAPITULO II.

TIEMPOS PRIMITIVOS.—DOMINACION CARTAGINESA.

(860.—146 antes de J. C.)

Razas primitivas.—Sus costumbres.—Fundacion de Cartago.—Cyrene.—Luchas de los cartagineses contra los romanos y los indígenas.—Establecimientos coloniales de Cartago en el litoral del Africa Septentrional.—Influencia de los cartagineses sobre las tribus del Atlas y sobre los Númidas.—Su parte activa en la guerra.—Masinisa.—Sus empresas contra los cartagineses.—Destruccion de Cartago por los romanos

Cuantos escritores antiguos se han ocupado de los primitivos moradores de la region del Atlas, todos lo han hecho de una manera vaga, confusa é imperfecta. Herodoto cita los nombres de una infinidad de colonias que en otro tiémpos habitaron el África septentrional y se limita á narrarnos los fabulosos relatos de que fueron objeto; y aun siquiera es menos vasta la nomenclatura que trae. Estrabon, puesto que se circunscribe á citarnos al célebre oasis de *ammonium* y la nacion de los *nasamones*. Mas hácia el Occidente y detrás de la region de los cartagineses y númidas, hace mencion de los *Gétulos* y despues de los *Garamantes*, colocándolos en un parage que parece tener de largo como unas mil *estadas*, y que debe corresponder al territorio de Fez. Segun Salustio, en cuyas obras vemos citar al historiador cartaginés Hiempsal como de grande autoridad, la parte Norte del Africa debió

ser ocupada en un principio por los Líbicas y los Gétulos, pueblos bárbaros, sin ningun género de gobierno ni religion y que solo vivian de yerbas y de carne cruda que cazaban como agregacion heterogénea de individuos de distintas razas. Y esto es tan cierto, que entre ellos habia negros del Africa interior, y blancos de orígen semítico, los cuales constituian la gran familia dominante, y algun tiempo despues en época enteramente desconocida, una nueva tribu de asiáticos compuesta segun dice Salustio de Medas, Persas y Armenios, invadió las comarcas del Atlas y siguiendo las huellas de Hércules, llegó hasta España (1).

Mezclábanse los Persas con los primeros habitantes del litoral, el pueblo Númida, (provincia de Constantina y reino de Túnez) y unidos los Medas y los Armenios á los mas cercanos á España, produjeron la raza mora. En cuanto á los Gétulos, confinados en los valles del alto Atlas, rehusaron toda alianza y dieron orígen el núcleo principal de las tribus rebeldes á la estrangera civilizacion, designándolos hoy como en otro tiempo lo hicieron los romanos y los árabes con el nombre de Bárbaros ó bérberos, (*Barbari*, *bereben*) de donde salió el nombre de estados berberiscos (2).

Presentánse bajo todos estos grupos comprendidos en

---

(1) Plinio el viejo, confirma la tradicion mencionada por Salustio: «Marco Varron, dice, asegura que los Iberos, los Persas, los Fenicios los Celtas y los Cartagineses, se estendieron por todo el territorio español.» (Plinio, lib. III, cap. 2.°)

(2) La raza de los *Bérberos*, distinta en un todo de la árabe y de la moruna, parece ser indígena del Africa septentrional; comprende los restos de los antiguos *Getulianos* por el lado del Occidente y de los Libeyos por el del Oriente del Atlas. Hoy dia constituye cuatro distintas naciones á saber: los *Amazygh*, llamada por los moros *Chillah* ó *Choullah* en las montañas de Marruecos; 2.° los *Kabyles* ó *Kabailes* en las de Argel y de Túnez: 3.° los *Tibbones* en el desierto entre el territorio de Féz y en el de Egipto y 4.° los *Tuaris* en el gran desierto. (Malte-Brun).

la denominacion general de Líbicas, algunas tribus asociadas de menor importancia: tales fueron, marchando, sobre todo del E. al O. los *Maxias*, los *Masaesilianos*, los *Macenos* y los *Maurasianos*; reuniéndose despues en las áridas y tristes orillas del mar que rodean ambos Sirtas. Estas naciones de suyo estravagantes se tornaron en salvajes, *Lotófagos*, (que solo comian el fruto del loto) y finalmente los *Psylles* y los *Nasamones*.

Despues de los Medas y de los Persas, las revoluciones del Asia occidental inundaron de emigrados las playas atlánticas. Eran segun dice Procópio, los malhadados restos de los hijos de Canaan, aherreojados de su pátria por las armas vencedoras de los hebreos. Y aun hay mas: ese mismo historiador vizantino del siglo VI, ese mismo Procópio, para quien ya no existian las tradiciones anteriores conservadas por Salustio y Varron, quiere tambien que los habitantes de Canaan sean los primeros pobladores del Africa septentrional, y afirma que en su tiempo aun existia la famosa columna de Tedgis, con la siguiente inscripcion en lengua fenicia: «nosotros somos los que en otro tiempo huimos ante el bandido Josué, hijo de Navó (1). Sin embargo, por atrevido que aparezca este aserto, estamos muy lejos de creer inverosímil la emigracion cananeana, puesto que la vemos confirmada en las tradiciones de los árabes y berberiscos, y no faltan tribus que se dicen oriundas, bien sea de los cananeos, bien de los amalecitas y de los primitivos árabes de la rama de Cham (2).

Pero cualquiera que sea el orígen de estas hipótesis mas ó menos controvertibles, lo cierto es, que el Africa

---

(1) Procópio, *de Bello vandálico*, (lib. 2.° cap. 10).

(2) El historiador berberisco Ebn-Khal-Doun que escribió en el siglo XIV dice que todos los berberiscos descienden de un tal Ber, hijo de Mazigh y nieto de Chanaan.



septentrional en su constitucion geognóstica presenta las dos zonas que de Oriente á Occidente motivaron la emigracion de los pueblos agrícolas y de Sudeste á Nordeste produjeron los pueblos nómadas. De esta suerte vemos que en todo tiempo las razas de los nómadas y la de los sedentarios se tocan ambas sin confundirse. En lo antiguo se distinguen todas estas innumerables tribus con el nombre genérico de númidas, hoy las llamamos árabes.

Las repetidas y frecuentes invasiones de estraños pueblos, pudieron muy bien modificar algunas de sus costumbres, pero nunca contaron con el influjo suficiente para cambiar el carácter especial de ambas razas, engrosando, afiliándose los advenedizos en cualquiera de aquellos bandos. Hé aquí el por qué despues de trascurridos nada menos de 2000 años, hallamos hoy en los dos grupos principales que habitan el Africa septentrional, las propias costumbres que en otros tiempos los caracterizaban. Los Kabailos de nuestros dias así como los Bérberos de la antigüedad, son agrícolos é industriosos, y si bien viven aislados, tienen residencia fija; se distingue en ellos una denodada aficion al suelo pátrio, son muy inclinados al trabajo, y su pasion dominante es el producto metálico que de él sacan. Apesar de sus discusiones con las demás tribus, siempre han respetado mejor la propiedad que los pueblos nómados; cultivan los campos con la misma aficion que sus abuelos, y construyendo una especie de muros de sostenimiento, convierten en gradas cultivadas todas las pendientes de sus montañas.

Los númidas en nada han cambiado. En ellos se vé aun aquellas tribus de intrépidos ginetes, flacos y de tez morena y curtida, montados en pelo sobre caballos de poca apariencia pero rápidos é infatigables, y guiados tan solo con una cuerda de esparto á guisa de rienda: de esta suerte se presentaron ante los romanos hace 2000 años, de la misma se mostraron al ejército francés en

1830, cuando el rey de Argel los llamó á las armas y se les vió en las riberas del Sidi-Ferroudji, y aun hoy dia existen con el nombre de españoles en algunas de nuestras provincias meridionales.

«Es una raza dura y avezada á la fatiga, dice Salus»tio, duermen sobre el suelo y se aglomeran en sus *ma»palias*, que son una especie de tiendas de campaña he»chas de lona vasta, cuyo techo á manera de cimbra, se »asemeja mucho á la quilla de un barco vista al revés. »El modo que tienen de pelear llegó á confundir á los ro»manos, porque su táctica militar es arrojarse en tumul»to sobre el enemigo, de modo que mas que un comba»te regular y ordenado, es un ataque de bandidos. Ape»nas llegaba á su noticia un movimiento cualquiera de los »romanos y sabian el punto á donde estaban, corrian allí »presurosos, destruian los forrages, envenenaban los ví»veres y ahuyentaban el ganado, las mujeres, los niños y »los viejos: y reunida toda la gente disponible se dirigian »hácia el cuerpo del ejército, unas veces atacando á la »vanguardia, otras provocándole, otras atropellando las »últimas filas y hostigándole siempre; jamás se presentaron »en leal batalla, ni dejaron quieto al enemigo: ocultando »sus marchas, se arrojaban de improviso sobre los des»tacamentos aislados, desarmaban á los soldados, los ase»sinaban ó los cojian prisioneros, y antes de que pudiese »llegar el auxilio se fugaban y desaparecian entre los fra»gosos montes. Cuando sufrian una derrota algunos gi»netes de la Guardia Real acompañaban al rey: los de»más soldados se dispersaban completamente cada cual »por su lado sin que esta desercion fuese considerada »como delito militar.» (1) Ahora bien, ¿habrá quien al oir el anterior relato, no crea estar oyendo uno de los boletines franceses de la guerra de Africa? En vez de

(1) Historia de las guerras de Yugurta.

usar el nombre de Yugurta, úsese el de Abd-el-Kader ó el de cualquiera de sus generales, y se verá que los árabes de hoy son los númidas de otro tiempo en cuerpo y alma: solo han mundado de nombre.

Esta fijeza del caráter y de las costumbres nos ha parecido de mayor importancia que muchas interminables disertaciones sobre el orígen y las diferentes aglomeraciones cuya huella es imposible descubrir. Estos moros, estos gétulos, estos númidas, estos pueblos errantes y sin nombre que precedieron y han sobrevivido en Africa á todas las dominaciones estranjeras, ni adoptaron espontáneos la civilizacion de los cartagineses, ni la de los romanos, ni menos la de los griegos del Bajo Imperio, ni aun la de los árabes, cuyas costumbres, hábitos y organizacion política y guerrera tanta analogía parecian tener con las suyas. Fuerza es confesarlo: esas razas siempre han eludido el gérmen civilizador, y si alguna vez ha podido observarse un efecto contrario, tan feliz metamórfosis solo ha durado mientras sus dominadores pisaron el país; y una vez alejada la accion estraña, aquellos pueblos han tornado á sus añejas costumbres. En otras naciones las revoluciones de los imperios han dejado fecundante semilla, y llegando á formar un solo cuerpo vencedores y vencidos, produjeron grandes pueblos que mas tarde participaron de las cualidades que las distintas razas les habian inculcado. Pero en Argelia nada de eso se observa, antes por el contrario, y es digno de notarse, desde la decadencia del romano imperio solo se han visto ruinas hacinadas sobre ruinas. Allí falta por completo todo elemento de progreso; ¿y cuál podrá ser la causa de esta falta? De seguro no habremos de achacarlo al clima, ni menos á la inconstancia de carácter tan decantada en los africanos; creémosla dependiente mas bien de la continua division en tribus, conservada en aquellos habitantes desde los

mas remotos siglos, de donde nacen y se alimentan sin tregua los continuos odios, las discordias, el instinto del robo, prohibiendo á aquellos pueblos el formar reunidos un verdadero cuerpo de nacion capaz de repeler el yugo estranjero y de doblegarse á toda civilizacion estraña.

Definiendo Apiano el estado político de las tribus líbicas, las llama *autónomas* (de gobierno propio), y revestidos sus gefes de un aparente poder absoluto estuvieron siempre, como despues los Beyes de Argel, á la merced del mas fuerte ó del mas ambicioso. Por lo que toca al punto religioso, es evidente que tanto los libios, como los gétulos, los númidas y los maurisianos, profesaban iguales creencias: todos ellos adoraban al sol, á la luna y á las estrellas; todos consumaban sacrificios humanos, y alimentaban todos en sus mal perjeñados templos el fuego eterno; rudimentos de un culto tosco debido á las primeras colonias asiáticas que se establecieron en el litoral del Africa septentrional.

Tal ha sido la condicion física y moral de las poblaciones en que se hicieron sentir las civilizaciones fenicia y griega. Cartago y Cirene.

FUNDACION DE CARTAGO.

La cronología mas verosímil coloca la fundacion de Cartago hácia el año 860 antes de J. C.; época en que Dido, hija de Belo, pisó por primera vez la tierra africana huyendo de la tiranía de su hermano Pigmalion, rey de Tiro, el mismo que mandó asesinar á su esposa por hacerse dueño de sus riquezas. La tradicion ha conservado hasta nuestros dias la singular estratagema de que se valió esta desgraciada amante del gefe de los troyanos, segun la llama Virgilio, para conseguir hospitalidad en las playas africanas : dícese que solo pedia la

cantidad de terreno que pudiese cubrir una piel de buey, ofreciendo sumas considerables en cambio de tan corto favor; pero es el caso que cortada la piel en muchas y delgadas tiras, llegó á ocupar un terreno inmenso sobre el que no tardó en levantarse en Birsa una imponente fortaleza, que dominaba por completo todos los alrededores (1). Jarbas, gefe de los magies y de los gétulos, fue quien la concedió aquel favor, y prendado de su belleza y acaso de sus riquezas, solicitó su mano; pero Dido lejos de acceder á tal demanda y de unir su suerte á la del bárbaro, prefirió darse muerte, desdeñando de este modo sus proposiciones.

Apenas termina la historia de contarnos esta catástrofe, enmudece por completo y su silencio dura tres siglos. Nadie ignora que la literatura cartaginesa pereció por completo, y que si algo conocemos de ella es por el relato que nos han hecho sus enemigos, manantial por cierto no muy puro. Verdad es que cuando ocurrió la destruccion de Cartago (146 años antes de J. C.), se hallaron algunos libros que contenian ciertos anales; pero tambien lo es que los romanos, dotados del orgullo nacional mas exagerado, se curaron poco de orígenes estranjeros, y entregaron todos aquellos cronicones á Micipsa, rey de los númidas. De sucesion en sucesion llegaron á manos de Hiempsal II, que reinaba en Numidia 105 años antes de J. C., y ocho despues el célebre Salustio hizo que se los tradujesen, ó por lo menos que se los esplicasen, sacando no escasos datos sobre aquel pais para la formacion del prefacio en su obra titulada *Guerra de Yugurta*. De deplorar es que por la indiferencia de su autor sea este trabajo incompleto,

(1) Algunos historiadores dicen que Dido no fundó á Cartago; que lo que hizo fue ensancharla, porque la fecha de su fundacion está consignada poco despues de la famosa espedicion de Hércules.



privándonos de una infinidad de datos históricos que hoy fueran para nosotros de grande estima. Acerca de las primeras épocas de la colonia fenicia no sabemos mas sino que colocada en un punto muy ventajoso y amparada por la fortaleza de Birsa, Cartago creció con rapidez, y que su gobierno, de orígen monárquico, tornóse en republicano, sin que de manera alguna pueda esplicarse ni la época ni la causa de este cambio. Pero merced á la sabiduría de sus fundadores, esta modificacion política en nada alteró la marcha de su progreso: asi es que en apoyo de esto mismo Aristóteles dice que hasta su tiempo, es decir, en el espacio de quinientos años, en aquella república ni se conocieron revueltas ni tiranos.

Dividíase el gobierno de Cartago entre los *sufetos*, ó sean los magistrados supremos elegidos cada año por el pueblo, y el senado emanado del seno de la aristocracia mas numerosa y potente. Agregóse despues á estos poderes otro formado acaso para contrarestar las tentativas de la tiranía: era este el temible tribunal de *los Ciento*, cuyo principal objeto era vigilar los actos militares. La autoridad del senado cartaginés era tan lata como la del senado romano, y en su seno se discutian todos los negocios del Estado: allí se daba audiencia á los embajadores; allí se espedian órdenes á los generales, y finalmente, allí se trataba de la paz y de la guerra. Irrevocable era el dictámen de este cuerpo legislador tan luego como una cuestion alcanzaba unanimidad en la votacion; pero la oposicion de un solo senador, un solo voto en contra era lo suficiente para que el asunto pasase á la asamblea popular. Largo tiempo disfrutó este senado de tan prepotente autoridad; pero, lo mismo que en Roma, llegó un dia en que el pueblo fue aumentando sus exigencias, y acabó por apoderarse de la mayor parte del mando. Magon y Hanon, aristócratas por esce-

lencia, eran á la vez los representantes del genio comercial y de la política esterior de Cartago. Amilcar y Anibal por el contrario, representaban la espresion del partido popular, al propio tiempo que fueron los ilustres guerreros que supieron dignamente contrabalancear la suerte de Roma.

Sabido es que el comercio cónstituia la principal base del poder cartaginés, en cuya empresa tomaban una buena parte los altos funcionarios, los generales y los magistrados. «Iban, dice Rollin, por todas partes com»prando en cada nacion lo supérfluo, convirtiéndolo des»pues para otras naciones en objeto necesario que pa»gaban grandemente. Asi es que de Egipto sacaban el »cáñamo, el papel, el trigo, las velas y los cables para »sus bajeles: de las costas del mar Rojo, especias, in»cienso, perfumes, oro, perlas y piedras preciosas; de »Tiro y de Fenicia, púrpura y escarlata, ricas telas, lu»josos muebles, alfombras y otros tegidos delicados, »dando en cambio de todo esto hierro, estaño, plomo y »cobre, que sacaban de Numidia, Mauritania y España.» Tambien recogian ámbar en el Báltico, y no poco polvo de oro hácia las costas de Guinea.

Con el objeto de mantener este inmenso comercio y de resguardar sus flotas, preciso era que Cartago llegase á ser una potencia militar y conquistadora; y conocida es de todos la perseverancia que desplegó, el valor y la estrategia de que hubo menester para realizar estos proyectos, razon por la que nos abstendremos de enumerarlos, circunscribiéndonos tan solo á la indicacion de este movimiento. Estendiose con rapidez la dominacion de Cartago en todo el litoral del Africa occidental desde el pequeño Sirta, ó sea el golfo de Cabes, hasta mas allá de las columnas de Hércules. Dirigióse hácia Europa, y sus armas sometieron todas las costas meridionales de España hasta los Pirineos, asi como Cerdeña

Córcega y las islas Baleares, y no solamente dominaron estos puntos con sus armas, sino que establecieron su comercio, su política y sus costumbres. Mientras se limitó á domar pueblos belicosos pero aislados, cuyos moradores vivian agrupados en cortas federaciones y por consiguiente de fácil sumision, ó pueblos contaminados con las discordias civiles, todo marchó á las mil maravillas, y el genio cartaginés se paseaba orgulloso y vencedor por dó quier; pero tan luego como tropezó con colonias griegas en las playas de Syrta, cambióse la faz de las cosas, porque los dos estremos del imperio cartaginés luchaban contra una civilizacion materialmente igual y considerada moralmente muy superior á la suya.

Algunos siglos hacia ya que existian colonias griegas en la costa de Africa; pero en 675 antes de J. C. es cuando una fuerte espedicion de dorios, espulsados de su patria, entraron en la Libia, donde despues de haber andado errantes por algun tiempo, se fijaron por último en la parte del litoral comprendida hoy bajo el nombre de Barka en la regencia de Trípoli, donde fundaron la villa de Cirene. En 631 les llegó un refuerzo de su madre patria, y declarando la guerra á los indígenas, conquistaron muchas ciudades y estendieron grandemente sus relaciones de comercio (1). De conquista en conquista, de triunfo en triunfo, fue tal la audacia de Cirene, que osó medir sus fuerzas con los sátrapas de Egipto. Preciso era que tal desarrollo de fuerzas, de prepotencia y de prosperidad, llegase á despertar los celos de Cartago, resucitando añejas y nacionales antipatías:

(1) Estos confines de la árida Libia, aunque verdes, tristes y fértiles á la vez, encerraban cinco ciudades griegas, por cuya razon se llamaba *Libia Pentápola*. Singularizábase entre estas ciudades *Bedinia*, antiguamente *Hesperis* y hoy Bernik. (Malte-Brun, Historia de la geografía.)



y no podia suceder otra cosa, si atendemos á que Cartago tanto por su orígen como por sus tradiciones, siempre estuvo de parte de las razas semíticas, cuya arraigada y permanente enemistad contra la raza helénica ha sido confirmada por una lucha de muchos siglos sobre el doble litoral de Grecia y de Asia.

Harto floreciente eran sin embargo Cirene al Mediodia y Marsella al Norte, para dejarse intimidar con demostraciones hostiles: así es que conociendo eso mismo Cartago, lejos de amenazarlas dirigió sus pasos hácia la Sicilia como base designada hábilmente para las operaciones y punto central, así del Mediterráneo, como de las colonias griegas del Occidente. Tres años lo menos duraron los preparativos que en esta ocasion hizo Cartago, y si hemos de dar crédito á relatos que, dicho sea de paso, se nos antojan no poco exagerados, armáronse dos mil galeras y tres mil barcos de trasporte con cuatrocientos mil hombres y el material necesario á tan prodigioso armamento. Harto conocido es de todos el resultado de esta lucha nunca bastantemente celebrada: atacadas á la vez la Grecia y la Sicilia, y sin que ambas pudiesen mútuamente socorrerse, se defendieron de por sí, y el mismo dia en que el numeroso ejército de Xerjes caia hecho pedazos en las Termópilas contra el heroismo de Leónidas, el ejército cartaginés perdia sus soldados en Sicilia y se dió por muy satisfecho pudiendo ocultar su vergüenza y sus desechos pelotones tornando con no poco trabajo á Africa.

Vencida ya, Cartago solicitó la paz, y esta le fué concedida pero con unas condiciones que demostraban bien á las claras la superioridad del vencedor. Aquí vemos á Gelon, al célebre héroe de Siracusa, introducir en sus tratados la abolicion de los sacrificios humanos, echando con ellos los primeros fundamentos y las principales bases de la religion fenicia.

Sin embargo, téngase presente que al firmar estas bases los cartagineses solo trataban de recobrar sus perdidas fuerzas; es decir, que las consideraban como una tregua, como un respiro que les permitiera acometer de nuevo la conquista de Sicilia. De este modo vemos que oprovechando una ocasion favorable de guerra, penetran por fin en aquella isla y la talan y saquean, y aprovechándose poco tiempo despues del terror que en los naturales habia infundido aquel proceder, plantean establecimientos permanentes en Agrigento, en Himera, en Gera y en Camarino, hasta que finalmente les fueron cedidas todas las comarcas que habitaban los Sinaniacos, mediante cierto tratado que dividia en partes casi iguales la Sicilia entre Siracusa y Cartago. Esta cesion que parecia satisfacer de suyo las exigencias de los cartagineses, escitó por el contrario su codicia, y encendiéndose de nuevo la guerra, aunque sin ventaja de una ni otra parte, duró hasta que los romanos engrandecidos lo bastante mientras se sostuvo esta lucha de dos siglos, se apoderaron de aquel país só pretesto de proteccion y acabaron por hacerse dueños absolutos de él.

Desplégase aquí un magnífico drama: ábrese el palenque en que las dos repúblicas mas poderosas que puede registrar la historia, ván á luchar cuerpo á cuerpo, no ya para disputarse la codiciada Sicilia, sino para disputarse el Mediterráneo, cuya posesion ha de dar al vencedor nada menos que el imperio del mundo. Cartago, república comerciante posee grandes flotas y multitud de espertos marinos, mientras que Roma, república agrícola, no cuenta un solo bajel y sin embargo, la veremos vencer á la rival, tal será su energía y el infatigable teson de sus esfuerzos.

Veamos el pretesto que hubo para que estos dos Estados se encarnizaran. Divididos en dos distintos bandos los habitantes de la Sicilia, demandó el uno socorro á los

romanos y el otro á los cartagineses. En esta época casi toda la Italia dependia ya de los romanos: y llamáranse Sabinos, Volscos ó Samnitas, ó como fuere, todos eran tributarios de la república, cuando Pirro acababa de ser derrotado por las águilas romanas. Sin embargo, Roma aun no estaba decidida. El Senado niega los recursos que se le piden, pero habiéndose consultado con el pueblo, este accedió á la peticion, declarose la guerra y las legiones romanas, fueron trasportadas á Sicilia en unos cuantos malos bajeles prestados por sus aliados. Tal fué el orígen de la primera guerra púnica.

Menos célebre que la que vino despues por no figurar como en aquella los nombres de Anibal y Escipion, no dejó allí de ser esta guerra mas larga y sobre todo mas cruel. Contrajeron los romanos la heróica paciencia que tan invencibles les hizo al luchar con un pueblo de navegantes mercaderes, cuyos barcos cubrian la superficie del mar, conocieron la necesidad de crearse ellos mismos una marina propia con que contrarestar los daños que sus enemigos hacian en todas las costas italianas. Hallábanse sin ingenieros y sin carpinteros inteligentes en la construccion naval, pero su génio y su perseverancia suplieron aquellas faltas. Sirviósles de modelo una galela apresada en un puerto de Sicilia, y trabajando sin descanso y tomando parte en el trabajo cuantos romanos podian ser de alguna utilidad, despues de los mas duros sacrificios y del trabajo mas asíduo, pocos meses se tardaron en fletar una escuadra de ciento veinte galeras. Fácilmente se comprenderá que los primeros combates de esta marina improvisada no podian ser felices: faltábales la pericia de sus contrarios, faltábales saber luchar contra los elementos, y faltábales sobre todo la perfeccion de que carecian aquellos vasos construidos sin conocimientos y sin práctica; asi es, que casi toda la flota fué destruida; pero este revés, en vez de intimidar á los

romanos, solo sirvió para aumentar su energía, y derrotados por tierra los cartagineses, así en Sicilia, como en Cerdeña, fueron tambien batidos por mar, es decir, en medio de su imperio y de su elemento, obligándoles los romanos á replegarse hasta Africa.

La espedicion de Régulo es la mas célebre de todas las que hubo durante la primera guerra púnica. Las virtudes morales y guerreras de este grande hombre, sus primeros triunfos, facilitados á no dudarlo por el acendrado ódio de los pueblos africanos contra la soberbia dominadora, sus faltas, su derrota, su cautiverio y hasta su muerte llena de heroismo, todo contribuyó de un modo positivo á la inmortalidad de este período, de la historia romana: sábese tambien que dos prisioneros cartagineses, entregados á la viuda de Régulo y á sus hijos, perecieron en Roma en medio de los mas crueles súplicios; resultando de estas bárbaras venganzas represalías aun mas crueles que imprimieron á aquella guerra un sello de atrocidad que hasta entonces no tenia. Esta guerra tenia apariencias de una lucha comun entre dos pueblos, pero en realidad era un verdadero duelo á muerte entre dos adversarios decididos ambos á morir antes de dejar el campo; pudo ya mas en esta ócasion Roma y Cartago se vió obligada á implorar la paz. Una vez hecha la primera cesion, preciso fué otorgar la segunda, despues otra y despues otra, de modo, que de cesion en cesion, llegó á verificar su propia ruina. Por el contesto del tratado que finalizó la primera guerra púnica, Cartago hubo de evacuar la Sicilia, devolvió sin rescate todos los prisioneros que tenia y abonó además los gastos de la guerra: es decir, que á todo accedía y nada recibia en cambio; su humillacion no pudo pues ser mas completa, ni el orgullo de los romanos mas satisfecho, puesto que la superioridad de estos últimos fué altamente reconocída.

No bien se habia concluido de poner las firmas al pié de estos trabajos, cuando amenazando devorarla se encendió una guerra intestina en los mismos muros de Cartago, y como esta guerra, evidencia una buena parte de las instituciones políticas de la república fenicia, no creemos que esté fuera de su lugar, el dedicar algunas líneas á tan interesante asunto.

Los ejércitos de Cartago se componian de auxiliares y de mercenarios, porque considerando aquella opulenta república al hombre como una mercancía, en vez de despoblar las ciudades y robar brazos á la agricultura para adquirir soldados, los compraba fuera de su territorio; así es, que escogiendo en todos los paises la gente mas aguerrida, sacó de Numidia una intrépida caballería impetuosa é infatigable; de las Islas Baleares los mas diestros honderos; de España una invencible infantería; de las Galias, guerreros á toda prueba, y de Grecia, los mas entendidos ingenieros y los estratégicos mas consumados. De esta suerte Cartago sin haber de despoblar ciudades, ni interrumpir su comercio, ponia en pié numerosos ejércitos y contaba con los mejores soldados de Europa y de Africa; y esta organizacion, que á primera vista parece tan ventajosa, fué sin embargo, una causa incesante de revueltas para la república, que mas tarde produjo su ruina. Ningun lazo moral unia á aquellos mercenarios, así es, que si prestaban sus servicios con celo cuando se veian vencedores y estaban bien pagados, sublevábanse fácilmente; abandonaban sus banderas y hasta se pasaban al enemigo, tan luego como no recibian corriente su soldada. De esta suerte vemos, que uno de los mejores timbres de Anibal, es el haber permanecido en Italia por espacio de 16 años con un ejército compuesto de veinte pueblos diversos, sin haber de reprimir una sola insurreccion y sin que la menor rivalidad haya surgido en un conjunto de elementos tan heterogéneos.

Mas no asi sucedió despues de la malhadada espedicion de Sicilia, porque agriados los mercenarios asi por sus derrotas como por el atraso en sus pagas, se sublevaron, y asesinando á sus gefes los reemplazaron con oficiales subalternos. Abrumadas de impuestos las ciudades marítimas y los pueblos agrícolas del interior, quisieron aprovecharse de esta insurreccion para sacudir el yugo harto pesado que se les imponia, y hasta las tribus mas lejanas cuyos ganados se apacentaban en las vertientes del Atlas, escitadas al propio tiempo por la esperanza del botin, engrosaron en un momento las filas de los insurgentes. El asesinato y el incendio precedia á está multitud feroz, y no tardó Cartago en verse rodeada por un círculo de hierro y de fuego. Reducida al estrecho límite de sus muros, sin tropas y sin bastimentos, la metrópoli africana aparecia amagada de muerte; y en verdad que su posicion nunca habia sido mas crítica; pero el mismo esceso del peligro reanimó las perdidas fuerzas de los cartagineses. Contaban aun con dos generales célebres, que eran Hannon y Amilcar, ambos aleccionados en la escuela de la adversidad en medio de la gran lucha que habia abrasado á Europa y á Africa: asi es que para salvar la patria hubieron de poner en juego la franqueza y la astucia, las armas y la política; y aunque gefes ambos de partidos contrarios, se reconciliaron entre sí, sacrificando gustosos sus intereses particulares. Esta buena y acertada conducta aseguró sus triunfos y finalizó la guerra. Desorganizáronse los mercenarios, y vencidos en dos grandes batallas fueron totalmente dispersados y destruidos: las ciudades pronunciadas se rindieron unas, otras fueron tomadas á la fuerza: Africa toda se sometió al yugo y Cartago respiró. Pero ambos bandos se escedieron en crueldad, y el hacha del verdugo segó millares de cabezas.

Apagóse en efecto esta lucha de tres años (240-237

antes de J. C.), y encendióse de nuevo la guerra de los mercenarios en Cerdeña, donde para los cartagineses fue mucho mas funesta, porque hubieron de habérselas con los romanos. Cada vez que Cartago trataba de rehacerse, siempre se lo estorbaba Roma: en Africa proporcionó armas y víveres á los sublevados; en Cerdeña intervenia entre los habitantes y los mercenarios, concluyendo por apoderarse de la isla; y viéndose tan apurada Cartago, hizo preparativos para tomarla á su vez; pero Roma amenazó con romper los tratados, y no queriendo Cartago renovar contienda con una potencia que en sus mejores dias de gloria la habia avasallado, compró el sostenimiento de la paz, cediendo de sus pretensiones sobre la Cerdeña y dando mas de mil doscientos talentos de plata.

Pero tan desastrosa paz y á tanto precio adquirida no podia ser duradera. El comercio, es decir, la existencia misma de los cartagineses, se veia minada en sus cimientos con la pérdida de sus colonias: ya no poseia el imperio del Mediterráneo, que pertenecia á las flotas enemigas; las plazas fuertes de Sicilia y de Cerdeña tenian guarnicion romana, y las costas de Italia se hallaban en un estado formidable de defensa. Viendo, pues, que no tenian entrada por mar, tomaron el único camino que les quedaba, que era por España, á cuyo efecto enviaron un ejército mandado por Amilcar.

El buscar una compensacion por medio de conquistas continentales, era desde luego cambiar la faz de la política que tanta grandeza habia dado á Cartago; y sin embargo, fuerza es confesar que esta revolucion fue llevada á cabo con estremada destreza. Al propio tiempo Amilcar era á la vez hábil capitan y gran político, denominaciones ambas que habia adquirido en las célebres guerras de Sicilia contra los romanos, y en las de Africa contra los mercenarios y las colonias de la Numidia; por

esta razon sus ejércitos se cubrieron de laureles con una rapidez sorprendente. Los pueblos vencidos por la fuerza material de las armas fueron conquistados de nuevo por la clemencia y la justicia del vencedor, estableciéndose de esta suerte la dominacion cartaginesa, y con bases sólidas y estables en casi toda la Península. La disciplina mas severa, y una buena y sábia administracion conquistaron para el general cartaginés todo el aprecio y la confianza de los iberos.

Muerto Amilcar en una refriega, le sucedió su yerno Asdrubal, quien trató de imitar á su antecesor asi en la guerra como en la política. Fundó este general la colonia de Cartagena en la costa meridional de España; hizo estensivas sus conquistas, y llevó sus armas vencedoras hasta las orillas del Ebro, cuyo límite no le era dado pasar, segun un tratado con los romanos. Asesinado por un galo á quien habia provocado, dejó heredero del mando supremo al hijo de Amilcar, que á la sazon apenas contaba veintidos años. Grande fue el entusiasmo que infundió en el ejército la simpática figura del jóven, y apenas le divisaron los soldados, sonó un grito unánime de alegria. Recordaban sin duda al padre; pero no sabian que este valia mas que aquel, porque se llamaba Anibal!...

Tanto Amilcar como Asdrubal dejaron á su sucesor un ejército sóbrio, sufrido, disciplinado y casi invencible por el hábito que habia adquirido en las victorias: dejáronle una base de operaciones, producto de conquistas sólidas, y una política sábia que les habia hermanado con todos los pueblos; y por último, dejáronle un gran proyecto que realizar, capaz él solo de inflamar el alma de un héroe de sus años. Este proyecto era nada menos que la conquista de Roma.

Dueño de España desde Cádiz hasta el Ebro; vencedor de Sagunto; aliado con Roma que al caer encendió

la guerra de Europa y Africa, parte Anibal de Cartagena, despues de veinticuatro años de una paz vacilante, y dirije su paso á Italia al frente de cien mil infantes, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Demasiado conocidos son los resultados de tan gigantesca empresa. Los obstáculos que su genio pudo preveer de antemano, adquirieron sobre el terreno formas gigantescas: pero nada fue bastante á arredrarlo. Opusiéronle alguna resistencia á su paso los pueblos que median entre el Ebro y los Pirineos; pero fácilmente fueron vencidos, y despues de haber consolidado el poder de Cartago en todos los puntos que habia ocupado, Anibal mejora y arregla sus tropas, y baja á las Gaulas con sus elefantes, nueve mil caballos y cincuenta mil infantes, todos ellos antiguos compañeros de armas de Amilcar y Asdrubal. Sublevados aquellos pueblos por la marcha conquistadora de este numeroso ejército que atravesaba su territorio, intimidose á la vista de tal poder, y aun se dejó engañar por su astucia: no faltaron generales enemigos que corrieron por mar y tierra con el objeto de cortar el paso á Anibal; pero como este no queria combatir mas que en Italia, y reservaba sus fuerzas para aquel punto, evitó todo encuentro con aquellos generales; y finalmente, á pesar de la rápida corriente del Ródano y la inmensa altura de los Alpes, el territorio romano fue invadido.

No menos sorprendente es la permanencia de Anibal en Italia, que la audaz marcha que allí le llevó. Diezmado su ejército al pasar los Alpes, donde quedaron mas de diez mil combatientes, la figura de Anibal marchando sobre Roma con tan débiles recursos, no puede ser mas grande, porque la ciudad eterna, el núcleo de todo el poderío de la época, y á sus muros despues de mil victorias acercó sus tropas. Veintiseis años contaba nuestro héroe cuando entró en Italia, permaneciendo

allí hasta que tuvo cuarenta. Ni los redoblados esfuerzos de los romanos, ni los desaciertos de sus lugartenientes en España y en las Galias, ni la obstinacion de su patria rehusándole los mas urgentes socorros, nada le hizo soltar su presa. Atacándole frente á frente no era posible vencerle: para ello era necesario trasportar el campo de batalla á un sitio donde él no estuviese.

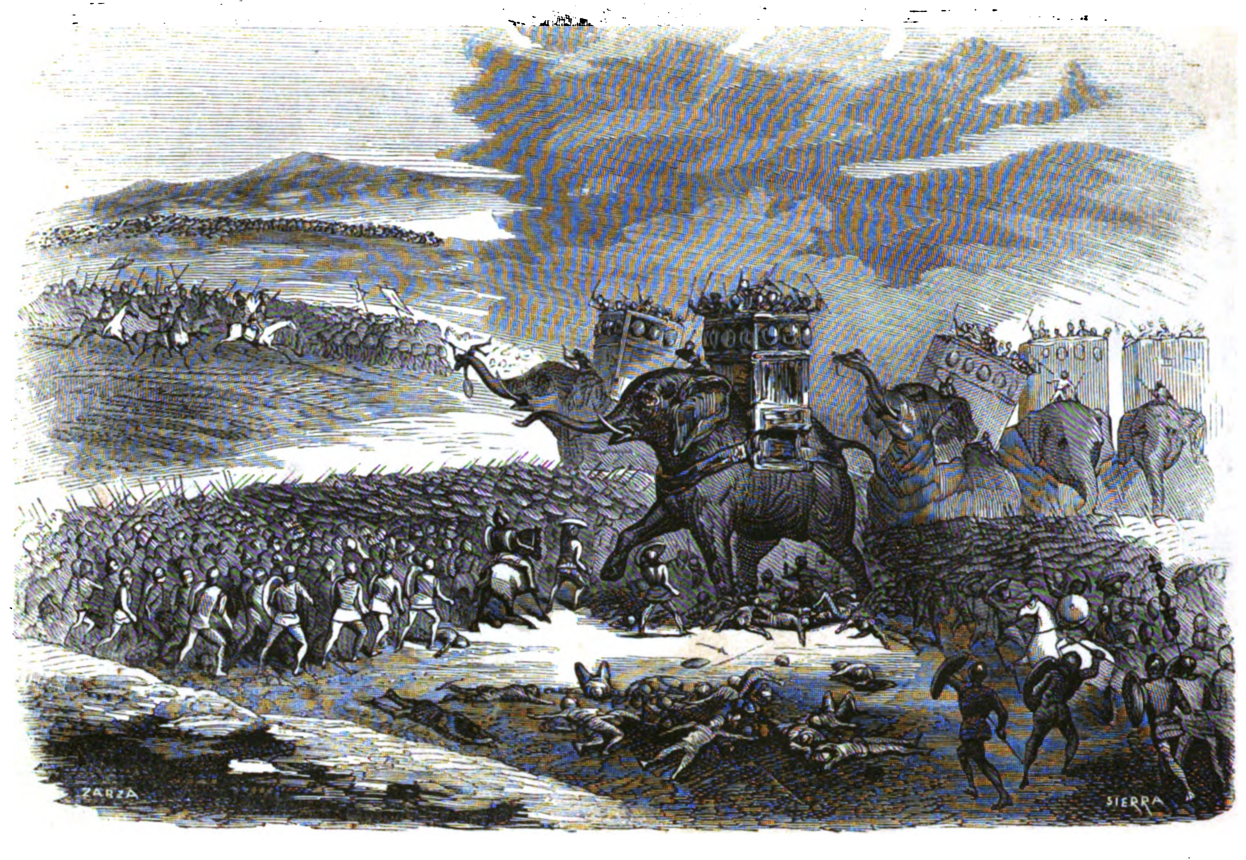
Llegó empero un momento de prueba, momento en que las desgracias de su pais exigian su presencia, y entonces Anibal cediendo á tan honroso instinto se embarcó; pero su corazon estaba traspasado, y cuando en aquella hora suprema tornó su vista hácia aquella Italia, cuyo suelo dejaba anegado en sangre, y cuyos moradores temblaban al solo nombre de Anibal, manifestó el sentimiento que llevaba de no haber puesto sitio á Roma despues de la batalla de Canas, aun cuando hubiese muerto á los pies de sus abrasados murallones. Sin duda que en aquellos instantes recordaba con sentimiento el juramento que prestó á la edad de nueve años á su padre y á los pies del altar, en el que prometió aborrecer á los romanos, y combatir con ellos durante toda su vida.

Al desembarcar Anibal en su patria con las gentes que le quedaban, la halló próxima á perderse y cercada por romanos y por númidas. Concede á sus tropas unos cuantos dias de descanso, y en seguida avanza hasta Zama, ciudad situada en el interior, y distante de Cartago como unos cinco dias. Largas, acaloradas y de mala índole eran las discusiones que por aquella época reinaban entre el senado y el pueblo; pero todas desaparecieron al presentarse Anibal, y viendo todos en él su última esperanza, no tan solo le declaran su libertador, sino que le conceden ámplias facultades para solicitar la paz y formular un tratado. De esta suerte, y aunque por una justicia tardía, cae en sus manos la suer-

te de su patria; pero ya los errores de sus conciudadanos habian alejado de aquel pais toda esperanza de salvacion.

Tal era, pues, la situacion de Cartago cuando Anibal imprimió su huella sobre el suelo africano: halló un pueblo inconstante, un senado débil, un tesoro exhausto, y un ejército indisciplinado y avezado á la fuga, contándose tan solo entre estos un corto número de veteranos, en cuyos pechos aun vivia el entusiasmo de sus antiguas glorias, la memoria de sus heróicos hechos. Pronto conoció Anibal que si en aquellos corazones fermentaba por un momento el odio ó el orgullo, era tan solo para desvanecerse al primer contratiempo, para desaparecer al primer revés, reemplazándole el mas vergonzoso desfallecimiento: sabíalo muy bien, y asi es que siendo él el hombre mas apropósito para la guerra y el mas versado en todas sus peripecias, era tambien acaso el único que pronunciaba en alta voz la palabra paz. Trató, pues, de conseguirla, y para ello solicitó una entrevista con Escipion; pero habiéndole hecho este proposiciones onerosas, prefirió esponerse á los azares de la lucha, y ambos generales se separaron con ánimo resuelto de aprestarse á ella.

En la célebre batalla de Zama, tanto el héroe Cartaginés como sus veteranos, sostuvieron aunque con desgraciado éxito, su bien merecida fama de bizarros. Poco aguerrida y mucho menos numerosa su caballería que la de los Romanos, fué rota al primer empuje y emprendió la fuga dejando descubierto el centro y debilitado por el desórden que ella misma habia introducido. Entonces la veterana infantería de Anibal, presentó sus picas á los fugitivos obligándoles á huir por los flancos y salvándose de una completa destruccion; aquella denodada infantería restableció de esta suerte el combate y sostuvo por sí sola la lucha hasta que acometida por los lados y re-



BATALLA DE ZAMA.

El ejército romano mandado por Escipion derrota en Africa á los cartagineses guiados por Anibal.

taguardia por la caballería romana no tuvo mas remedio que morir. Allí era de ver á los intrépidos elefantes escitados por una lluvia de flechas, azagayas y venablos precipitarse audaces en el foso mismo de la pelea, pero todos sus esfuerzos fueron impotentes, porque lejos de intimidarse los romanos por aquellas enormes masas de carne, huian de ellas con destreza y no descansaron hasta tener asegurada la jornada. Veinte mil cartagineses quedaron tendidos en el campo y otros tantos fueron hechos prisioneros, mientras que la pérdida de los romanos no pasó de dos mil. (203 años antes de J. C.)

Despues de tan cruel revés Anibal se retiró á Adrumete acompañado de unos cuantos caballos, pero la ansiedad de sus compatriotas no le permitió estar mucho tiempo en aquel retiro. Obedeció á una orden que recibió del Senado y se presentó en Cartago, de donde faltaba hacía 25 años. Rodeábanle todos y todos le estrechaban con preguntas, tratando de saber su opinion sobre el estado de las cosas, y entonces él con la franqueza que le era propia y á la vista del desfallecimiento en que veia sumida su pátria, no titubeó en declarar que todo estaba perdido, proponiendo al mismo tiempo como triste pero indispensable necesidad, la mas completa sumision á las condiciones del vencedor. Motivó esta opinion no pocos debates en el Senado, pero despues de una acalorada discusion se aprobó su proposicion (1).

Las condiciones de este tratado no desmintieron ciertamente del acreditado tino de Roma y desde entonces data el célebre dicho de *¡desgraciado del vencido!* Los car-

(1) Anibal llegó á ser el primer magistrado de la república de Cartago, pero no tardó en verse perseguido por el ódio de sus conciudadanos; se amparó de Antioco, rey de Siria, despues acudió á Prusias, rey de Bitinia, y temiendo por último que este le entregase á sus enemigos se envenenó. (183 años antes de J. C.)

tagineses segun aquellas bases, debian devolver los prisioneros de guerra y los prófugos, entregar á los romanos todos sus bajeles largós, escepto diez galeras y sus muchos elefantes. Desde aquel momento se les prohibia emprender guerra alguna sin prévio permiso de Roma: tenian que devolver á su aliado Massinisa cuantos terrenos y pueblos le habian pertenecido ó á sus antepasados: habian de suministrar víveres al ejército por espacio de tres meses y abonar el pré á la tropa hasta que volviese de Roma la contestacion de aquel tratado, pendiente desde aquel momento de la sancion senatorial. Y finalmente se obligaban á satisfacer la cantidad de diez mil talentos en el término de cincuenta años, dejándoles en rehenes como garantía de esta obligacion, cien jóvenes escogidos entre las mejores familias de la nobleza. Aceptado en todas sus partes este tratado, el ejército romano comenzó sus preparativos para regresar á Italia, pero antes de verificarlo incendió todas las naves que los cartagineses les habian entregado, y que pasaban de quinientas. Las llamas de este lúgubre incendio vistas desde Cartago parecian ser el siniestro preludio de las que cincuenta años despues debian devorarla á ella misma. De esta suerte terminó la segunda guerra púnica, que duró diez y siete años. (Año 551 de Roma 201 antes de J. C.) (1).

Trascúrre medio siglo entre esta segunda guerra y la tercera y en tan largo intérvalo de tiempo la decaida reina

---

(1) El Africa occidental estaba dividida en esta época en tres estados, á saber: la Mauritania, la Numidia y la Libia. El rio Mulucha separaba los dos primeros, y el Tusca los otros dos. La Libia constituia el territorio de Cartago. La Numidia estaba dividida en dos partes y gobernada por distintos jefes. Los Masilos del lado de la Libia y los Massesilianos del de la Mauritania. El rio Ampsaga los separaba. (*Division territorial establecida en Africa por los romanos*, publicada por el gobierno francés en 1842).

del Africa forcejea entre los dolores de la mas cruel agonía. Y esto acontece porque la cruel prevision de Roma habia introducido en su último tratado de paz el gérmen de una guerra que quedaba á su arbitrio y puede encender cuando bien le plazca: la familia de ambiciosos y poderosos reyes númidas que colocó á las puertas mismas de Cartago, era la mas á propósito para despedazar á su víctima tan pronto como recibiera la mas ténue escitacion.

Llegamos al período en que debe presentarse la situacion de las colonias fundadas por Cartago en el litoral africano, esponiendo al propio tiempo las relaciones que la república fenicia habia establecido con los indígenas del interior.

Conforme fué creciendo su poderío, Cartago fundó villas y estableció puertos y fortalezas que sobre ser los puntos mas importantes de la costa formaban como una especie de cadena no interrumpida de estaciones comerciales desde los las Syrtas hasta el estrecho de Gibraltar: tales fueron Ubbo (Boñe), Igilgiles (Gigel), Saldo (Bugia) y Jol, llamada despues Julia Cæsarea (Cherchel): á los que algunos añaden á Jomnium ó sea el Argel de nuestros dias (1). El escritor Scylax dice en su *derrotero del Mediterráneo* que todas las factorías y establecimientos coloniales (que pasaban de 300 puestos en la costa de Africa desde cerca de las Hespérides hasta las columnas de Hércules, pertenecian á los Cartagineses).

Formáronse estas colonias de un modo pacífico, es decir mas bien por ocupacion que por invasion. Siempre fiel

---

(1) Algunos geógrafos dan á Argel, el nombre de Icossium, haciendo remontar su fundacion á los viajes de Hércules. El nombre griego de esta villa, consagra segun ellos, el número de los héroes que acompañaron á Hércules que eran veinte. Mas adelante hablaremos de este origen así como de los demás de las otras villas de Argel.



á su origen, preséntase en un principio Cartago á los indígenas menos como conquistadores que como comerciantes: así es que adunando desde luego todos sus esfuerzos en formar factorías, estaciones y escalas parecia desear mas bien colocar sus géneros en cambio de otros, que querer fundar un dominio sobre el pais. De esta suerte se la vió estenderse con rapidez por las costas sin estralimitarse de aquellos puntos ni penetrar jamás en el interior ni desflorar el terreno ya ocupado. Nunca desposeyó á los indígenas sino en el corto rádio de la muralla, es decir lo bastante tan solo para asegurar la subsistencia de la poblacion colonial, y si mas allá de este límite imponia tributos á sus súbditos nunca fué sin dejarles un equivalente. Mas afanosa en dominar á las tribus de la Libia por la astucia y la política que por el dolo y la falacía, fomentaba sus intestinas reyertas y manteniales vivas y encarnizadas, con cuya conducta consiguió por último atraerse á su servicio todo lo mas escogido de aquellas gentes: tal era su codicia y tan grande la sed del oro y del botin que los devoraba.

Los Senadores, de Cartago en época señalada del año, visitaban á los gefes de las tribus interiores tratando de seducirlas con dones, promesas y hasta con ventajosas alianzas para que les proporcionasen reclutas. Tenian además los cartagineses la táctica de mezclar la gente de estas tribus en las infinitas colonias de emigrados que su política establecia do quier pudiesen penetrar sus flotas. El relato de Pericles de Hannon que Cartago mandó colocar en el templo de Kronos y que la historia ha conservado hasta nuestros dias nos ofrece el curioso ejemplo de la manera que tenia la república de establecer estas colonias. (1). Encar-

(1) Memoria sobre los descubrimientos y establecimientos, planteados en las costas de Africa, por Hannon, almirante de Cartago, escrita por Bougainville. Tomos XXVI y XXVIII de las memorias de la academia de inscripciones y bellas letras.



gado el gefe cartaginés de plantear las colonias en el litoral atlántico se hace á la vela con treinta mil hombres en 60 navíos y los reparte en seis distintos puntos á cinco mil habitantes cada una. Eran estos colonos en su mayor parte libio-fenicios, es decir africanos educados ya en la civilizacion fenicia.

Y no vaya á creerse que ocupando el comercio y la industria un lugar preferente en el rango de las preocupaciones políticas de Cartago, descuidara en modo alguno la agricultura, nada de esto, y en no pocas ocasiones puso cuanto estubo de su parte para dar á sus súbditos indígenas sanas nociones de cultivo, desviándoles á pesar suyo de sus bárbaras rutinas sobre esta materia; de aqui se siguió que sin salir de su propio recinto en un terreno de 75 leguas de largo y 60 de ancho en los distritos de *Zeugitania* y *Bizacium*, organizó colonias agrícolas compuestas de indígenas y fenicios, cuyo objeto era formar un plantel de labradores y agrónomos que despues pudieran dirigir otros nuevos establecimientos.

Bajo el punto de vista comercial Cartago sabia sacar de los indígenas un partido no menos ventajoso, porque además de los elementos de colonizacion que proporcionaba á los puntos marítimos, como poblacion colonial, no cabe la menor duda que fueron los mejores intermediarios que pudiera haber el comercio interior de Africa. Por denso que haya sido el velo conque los cartagineses trataron de ocultar sus operaciones comerciales, (1) por mas cuidado que en todo tiempo pusieron para ocultar á los romanos y demás pueblos contemporáneos sus conocimientos geográficos lo cierto es que mantenian con el Africa central un considera-

(1) Los fenicios hicieron cuanto pudieron por que los demás pueblos no siguiesen sus huellas, y los cartagineses hasta llegaron á arrojar al mar á cualquier navegante estrangero que se acercaba á las costas de Cerdeña. (Estrabon XVII).



ble comerçio cuyos principales artículos eran el oro en polvo ó en grano, los dátiles y sobre todo los esclavos negros. Estos últimos eran todos remeros y formaban el alma de su temible marina.

Los cartagineses abrieron ciertas vias de comunicacion para su tráfico interior, las mismas que aun esisten hoy y que recorren las caravanas. Tres veces atravesó Magon el desierto: los Nasamones, naturales de la region sírtica se alargaron en sus escursiones hasta las orillas del Niger y los Garamontes (habitadores del Fezzan) llegaron á verificar caza de esclavos en Etiopia. Tan familiar les era la Sicilia como la España, la Galia y las costas de Bretaña, siendo digno de notarse que Hannon llegó á verificar reconocimientos hasta el cabo Formosa.

Tanto los establecimientos coloniales que Cartago fundó en el litoral africano como las ciudades que radicaban en su territorio propio gozaban de gran libertad y se gobernaban en lo general por consejos cuya organizacion recuerda los de la madre pátria. Por una especie de agradecimiento, si bien de suyo conforme con sus intereses las colonias cartaginesas conservaron las leyes fundamentales de su metrópoli; pero siempre con una dependencia voluntaria y no sometiendo á mas leyes que las que sus magistrados sancionaban. Por lo que dejamos dicho se comprenderá sin dificultad la poca consistencia de los lazos que unian las tribus líbicas con Cartago y cuan fácil era para un enemigo cualquiera desatar aquellos vínculos y seducir á sus dudosos aliados para que obraran en contra de su señor feudal.

Y esto es cabalmente lo que hicieron los Romanos.

Ya hemos dicho que entre las tribus líbicas las de los Masilienses y Massesilienses eran las mas numerosas y mas temibles; pues bien, las primeras contaban como centro de sus fuerzas ó si se quiere como capital á Zama, situada á unas cinco jornadas de Cartago y cuando la segunda guerra púnica, Galla padre de Massinisa era quien

mandaba aquellas fuerzas y los Massesilienses que ocupaban la parte occidental, llevaban á su frente á Siphax, y tenian por capital Siga, ciudad hoy arruinada no muy distante de Orán.

Despues de la toma de Sagunto por los cartagineses, Escipion que mandaba las tropas romanas en España, entabló relaciones secretas con Siphax, con el objeto de tener un enemigo de Cartago en su misma frontera y hasta llegó á enviarle á Ostatorius uno de sus tenientes para que le organizase un cuerpo de númidas jóvenes que aprendiesen á pelear á la usanza de los romanos. Viéndose Syphax ayudado por tan poderoso aliado, atacó á Galla y le arrojó de sus estados y hallábase no menos dispuesto á sitiar á Cartago, cuando el Senado le ofreció la mano de la hermosa Sofonisbe, hija de Asdrúbal y prometida antes á Massinisa. Entónces Siphax, aceptó la oferta con entusiasmo y como precio de tan alto favor abandonó la causa de los romanos. Apénas llegó á noticias de Massinisa este sangriento ultrage, abrazó el partido de los romanos y desde España, dónde estaba se trasladó á Africa con ánimo resuelto de vengar tamaña injuria. Pero durante la ausencia del jóven númida casi todos los estados de su padre habian sido invadidos por los enemigos y como Galla muriese en medio de la pelea, habiánse apoderado sus tios de todo lo demás: y sin embargo fué tal el arrojo de Massinisa que sin ejército y sin recursos quiso reconquistar la herencia de sus mayores y poniendo manos á la obra y con algunas tropas del rey de la Mauritania, y unos cuantos auxiliares, consigue lanzar del puerto á los usurpadores. Pero tanto arrojo y tanto denuedo hubieron de estrellarse contra las aguerridas falanges de Siphax y batido en varios encuentros, sus aliados le abandonaron, no quedándole mas recurso que esperar la llegada de Escipion. Desde aquel mismo momento formó causa comun con los romanos, lucho bajo sus ban-

deras y con su auxilio llegó á hacerse dueño de Cirta, (Constantina) dónde volvió á ver á su amada Sofonisbe, esposa del viejo Siphax.

Incapaz de resistir á los encantos de la bella cartaginesa casó el rey númida con ella para librarla de la esclavitud de los romanos á quienes pertenecia por derecho de conquista; pero habiendo desaprobado Escipion este enlace, preciso fue que Massinisa sacrificase su amor á sus aliados. Muere encadenada poco tiempo despues Sofonisbe y queriendo Escipion consolar á su amigo, le colmó de distinciones y regalos, dándole ante su mismo ejército el título de rey y una corona de oro. Estos honores y además la esperanza de hacerse pronto dueño de la Numidia, hicieron que este ambicioso príncipe olvidase del todo á su esposa: declaróse fiel aliado de los romanos y quedó de hecho el mas acérrimo partidario de Escipion. El fué quien en la jornada de Zama aunque herido, rompió el ala derecha del ejército cartaginés, él quien personalmente persiguió á Anibal esperando coronar sus proezas con la prision de tan insigne capitan. Finalmente, Escipion antes de abandonar el Africa, dejó de nuevo á Massinisa en posesion de sus estados hereditarios, á los que; con la autorizacion del Senado agregó todo cuanto habia pertenecido á Siphax en Numidia. Absoluto dueño Massinisa de todo el pais desde la Mauritania hasta Cirene, llegó á ser el príncipe mas poderoso del Africa, y aprovechándose hábilmente del bienestar que produce la paz, introdujo la civilizacion en su vasto reino, é hizo al propio tiempo que los númidas errantes aprendiesen á utilizar la fertilidad de su territorio. Sesenta años de una administracion enérgica é ilustrada, fueron suficientes para cambiar por completo la faz de aquel pais. Los campos, incultos hasta entonces, no tardaron en cubrirse de lozana vejetacion y doradas y abundantes mieses; renováronse las ciudades con manzanas de casas nuevas y cómodas, y por todas partes crecia la poblacion. Pero esto no satisfacia aun

la ambicion de aquel príncipe en cuyo cerebro germinaban tantas ideas de conquista y tantos planes dignos de otra cabeza mas jóven. Ejecutaba con sus tropas frecuentes incursiones en el territorio cartaginés y hasta él mismo, á pesar de sus noventa años, se puso al frente de un crecido ejército con la firme intencion de apoderarse de aquel punto (159 años ántes de J. C.) Coronóse su marcha con frecuentes victorias y hubiera llevado sin duda á feliz término todas sus ideas de conquista á no estorbárselo el temor de disgustar á sus aliados, pues tiempo hacia ya que habia llegado á sus oidos el proyecto que tenian los romanos de realizar aquella empresa. Los cartagineses llegaron á manifestar á Roma sus quejas sobre las hostilidades de Massinisa; pero habiendo sido escuchadas con desden, no quedaba á los vencidos mas recurso que las armas. Roma no aprobaba, sin embargo, que Cartago repeliese la fuerza con la fuerza, y acusándole de haber faltado á los tratados, la declaró la guerra: guerra que en realidad fue la última, porque los fáciles triunfos de Massinisa hicieron sin duda que los romanos se propusieran acabar de una vez con Cartago.

Poco faltó para que esta inícua agresion, este odioso abuso de la fuerza hallase castigo en sus escesos mismos. Comunícase de unos á otros con la velocidad del rayo, y corre por todas las ciudades púnicas la indignacion y la desconfianza: los ciudadanos de Cartago, tanto hombres como mujeres, viejos y niños, juran perecer entre las ruinas de su patria antes que abandonarla. Cuantos materiales contenian los arsenales y las casas particulares son convertidos como por encanto en armas, en bajeles, en máquinas de guerra, truécanse en talleres las plazas públicas y los templos de los dioses. Faltaba cañamo para hacer cables y cuerdas, pero las cartaginesas no se apuran y todas se cortan el pelo ofreciéndole para tan piadoso objeto. Uno era el fuego que herbia en todos los corazones, uno el entusiasmo que

exaltaba todas las almas: todo anunciaba que Cartago antes de morir queria ser digna de sí misma.

Sin embargo considerando los cónsules que nada habia que temer de una poblacion desarmada, por cuya razon se iban acercando muy poco á poco como para mejor posesionarse de su presa, esos mismos cónsules sufrieron un cruel desengaño: porque donde creyeron hallar tan solo esclavos sumisos y abatidos, hallaron con no poca sorpresa ciudadanos exasperados y bien provistos de armas. Obligados pues á sitiar una villa que siempre creyeron tomar sin oposicion, admíranse ante tanta resistencia, se aturden, se confunden en conjeturas y no cometen sino desaciertos. Todos sus multiplicados ataques son desgraciados y animados por el resultado, los sitiados verifican frecuentes salidas, y aunque no siempre con fortuna, todas sangrientas y teribles; consiguieron replegar las cohortes romanas, terraplenaron los fosos, inutilizaron comestibles y forrajes y quemaron cuantas máquinas de guerra hubieron á las manos. De esta suerte pasó un año entero invertido en vanos esfuerzos, al cabo del cual los cónsules hubieron de desistir de la empresa en medio de la vergüenza y la confusion.

No fueron mas felices las armas romanas en el año siguiente. El sitio proseguia con igual encarnizamiento y fué sostenido con igual valor: los nuevos cónsules fueron derrotados en varios encuentros y por esta vez tambien tuvo mas valía el ánimo desesperado de los Cartagineses que el mayor número y el poder de sus enemigos. Pero desgraciadamente para Cartago, aquel era el último respiro que la suerte deparaba á su denuedo; la destruccion, el peligro de aquella poblacion era inminente. Nadie ignora ni las hazañas ni los esfuerzos de Escipion-Emilano, pero tampoco se ignora la tenaz resistencia que se le opuso hasta el último momento. La ciudad se tomó efectivamente, pero fue despues de dos grandes batallas una en tierra y otra en mar, y despues de un postrer combate que duró seis dias y seis noches sin tre-

gua de ninguna especie, y de calle en calle y de casa en casa. En una palabra: Cartago sucumbió, pero fue despues de un sitio que duró tres años y de haber sido atacada por un grande hombre, no de otra manera podia ser.

Escipion, segun órdenes que tenia del Senado, redujo Cartago á cenizas y durante muchos dias el voraz elemento destruia los templos, los almacenes, los arsenales y fulmináronse las mas crueles amenazas contra cualquiera que tratase de estorbarlo. Dispersáronse los setecientos mil habitantes que constituian la poblacion de la metrópoli africana: enriquecióse Roma con sus despojos y repartióse su territorio entre los vencedores y sus aliados. Tal fue la agonía de aquella orgullosa república cuyo inmenso poderío la hizo dueña por espacio de seis siglos no tan solo del Africa setentrional sino de todos los mares hasta entónces conocidos.



CAPITULO III.

DOMINACION ROMANA.

La República (149-31 años antes de J. C).—Política de los romanos respecto de los indígenas.—Micipsa y el reino de los númidas.—Yugurta: sus guerras con los romanos.—Su muerte.—Nuevas divisiones del Africa.—Guerras civiles de los romanos.—Mario, Sila, Pompeyo.—César.—Muerte de Caton.—César triunfante destruye el reino de Numidia.

Verificada la destruccion de Cartago Roma no volvió inmediatamente á su imperio por que conociendo desde luego las muchas dificultades que habia de oponerle la administracion directa de un pais donde el prestigio de su nombre carecia de importancia y de valía prefirió circunscribirse á egercer un elevado patronazgo sobre el Africa. Cuantas ciudades tributarias ó coloniales de la costa, se distinguieron por su adhesion á la metrópoli, todas fueron destruidas ó desmanteladas, mientras que las otras, como Utica, llegaron á enriquecerse con los despojos de aquellas, apoderándose de su comercio. No tardaron en formarse colonias italianas y al poco tiempo pudo Roma reclamar como suyo el dominio de aquellos mares á los que su orgullo designaba con el nombre de *mare nostrum*. En cuanto á los demás principillos númidas que durante la lucha de ambas repúblicas se inclinaron á una ú otra parte Roma usó con ellos una conduta muy semejante á la que en otro tiempo habia usado Cartago; es

decir que les concedió cierta parte de autoridad sin por eso renunciar ella al derecho de soberanía que la conquista la daba.

Desde que Roma dió sus primeros pasos sobre el suelo africano, recompensó con largueza á sus aliados: pero conforme vió consolidarse su poder, sus liberalidades fueron menos frecuentes y concluyó por negar á los hijos lo mismo que algunos años antes habia otorgado á los padres. Esto cabalmente fué lo que aconteció con los descendientes de Massinisa.

Micipsa, hijo de este valeroso gefe, cuyas contínuas agresiones en contra de Cartago aceleraron el triunfo de los romanos, prosiguió el plan civilizador que su padre habia inaugurado. De esta suerte vemos que bajo el gobierno de este gefe, Cirta (Constantina) se embelleció con multitud de nuevos edificios, establecióse allí una colonia de emigrados griegos y romanos, y no tardaron sus habitantes en familiarizarse con las artes de Europa. Era tal en esta época la importancia y la riqueza de Cirta, que segun dice Estrabon, podia á cualquier hora disponer de diez mil soldados de á caballo y el doble de infantes.

De esta suerte puede asegurarse que los treinta años que Micipsa ocupó el trono, fueron un poderoso auxiliar á la positiva prosperidad del reino numídico. La agricultura sobre todo, adquirió un desarrollo estraordinario, muchos ramos de la industria fueron cultivados con brillante éxito, y no faltaron dignos intérpretes de la literatura griega é italiana. Pero fuerza es confesar tambien que con la persona de Micipsa desaparecieron todas estas fuentes de prosperidad.

Muere en efecto Micipsa despues de haber dividido su trono entre sus dos hijos Hiempsal y Adherbal, dejando además una parte no escasa á un sobrino suyo, si bien esto lo hizo mas por temor que por cariño. Este último, cuyo nombre llegó á ser célebre en la historia, era Yugurta, muy conocido de los romanos con quienes habia servido en España

bajo las órdenes de Escipion (1). Su rara belleza, su prodigiosa fuerza, su ánimo esforzado, y su grande imaginacion viva y ardiente le conquistaron el cariño de los númidas, creyendo ver en él la colosal figura de Massinisa, fundador de su imperio. Pero como su ambicion no conocia ni escrúpulo ni temor, á la par que acarreó su ruina produjo la de su patria: y habiendo de compartir el trono con dos príncipes mas jóvenes que él, desprovistos de talento y de esperiencia, poco trabajo le costó deshacerse de ellos empuñando solo el cetro. Hiempsal el mayor de los hijos de Micipsa, murió asesinado en su palacio de Termida: y Adherbal que tomó las armas para vengar la muerte de su hermano, fué derrotado por su montaraz competidor y arrojado de sus Estados: viéndose pues, humillado y batido, no creyéndose seguro en el suelo africano, fué á Roma, donde solicitó un refugio implorando al Senado.

Pero ya habia cundido la mas profunda desmoralizacion entre los envanecidos patricios, ya sabia Yugurta que el oro era su principal móvil de todos los disturbios. Partiéron algunos embajadores númidas con órden espresa de conciliar el favor de todos los miembros mas influyentes de la república, y los espléndidos obsequios que recibieron, pesaron de tal modo en la balanza de su justicia, que en muy poco tiempo se ahogaron los lamentos del príncipe desgraciado. Los mismos Senadores que con mayor encarnizamiento le habian acusado, fueron los que con mas ardimiento le defendieron y si algunos de ellos, solicitaran fieles á sus principios que se castigase á Yugurta, socorriendo á Adherbal, los emisarios del usurpador los redujeron y sofocaron su noble impulso. En vez de enviar sin pérdida de tiempo, un ejército á Africa, contentáronse con enviar diez comisarios,

(1) Yugurta se distinguió sobre todo en el sitio de Numancia así como en la campaña que se siguió á la toma de esta plaza.

con objeto de dividir entre los dos competidores el suelo numídico, pero viciados ya en Roma por las promesas de Yugurta, y corrompidos por su largueza, hicieron que en el reparto le tocase los mas fuertes y guerreros distritos de la Mauritania. Dieron á Adherbal los de la parte oriental mas brillante que positiva, puesto que fueron muchos puertos sin la menor defensa.

Apenas se retiraron los emisarios, y persuadido como estaba Yugurta de que con el dinero se conseguia todo de Roma, atacó á Adherbal, le batió en varias ocasiones, y por último le hizo replegar hasta Cirta (Constantina) que era su capital, en cuyo punto le tuvo estrechamente sitiado, y esto lo hizo con tal ardor, que apenas quedó á este desgraciado príncipe el tiempo necesario para pedir nuevos socorros á Roma. Presentáronse en Africa otros comisarios, y tambien se vendieron á Yugurta, tales fueron las promesas y los presentes que este les hizo. Esto sin embargo no estorbó la continuacion del sitio Cirta, antes bien continuó con toda la energía del que se cree próximo á conseguir su objeto. Era una plaza demasiado fuerte para poder ser tomada por asalto, así es que hubo que estrechar el sitio y cortar la entrada de las provisiones. Los mercaderes italianos y los soldados estrangeros que eran los principales defensores de la plaza, cansados de lo mucho que duraba el sitio, aconsejaron á Adherbal que se rindiese, siempre que se les concediese la vida: el imprudente gefe dió oidos al consejo, y burlándose Yugurta del derecho de gentes, y de su palabra solemnemente comprometida, dió muerte horrorosa á Adherbal, y mandó en seguida degollar á los mercaderes y á los númidas.

Fué tal la indignacion que este crímen atroz escitó en Roma, que los amigos de Yugurta en el Senado, trataron de alejar de su cabeza la tempestad que se le venia encima, pero todo fué vano. Un ejército romano invade la Numidia, y se apodera de varias ciudades: pero si bravos y disciplinados eran sus soldados, no eran menos codiciosos y ava-

ros, así que esta vez el cónsul y sus principales oficiales, se dejaron tambien corromper ni mas ni menos que antes lo habian sido los Senadores y los comisarios. Así consiguió Yugurta de ellos, que mediante un corto tributo le dejaran dueño de todo el reino, dándoles de presente como por via de señal unos cuantos elefantes, algunos caballos, y cierta cantidad en metálico, lo cual bastó para que el cónsul emprendiese su retirada y tornase á la provincia romana. Sin embargo, indignado el pueblo á la vista de tan vergonzosa paz, y escitado además por la elocuencia de uno de sus tribunos, á pesar de la abierta oposicion del Senado, se despachó un plebiscito para que intimase á Yugurta la órden de presentarse en Roma á la mayor brevedad. Obedece este príncipe, y cuando con sus intrigas y su oro profusamente distribuido entre el pueblo y el Senado, estaba próximo á asegurar su impunidad, el reciente asesinato de otro príncipe númida, Masiva, nieto de Massinisa, competidor que estorbaba los planes de Yugurta, vino á hacer rebasar la indignacion popular algun tanto amortiguada por su quietud de los últimos tiempos. Declarósele otra vez la guerra, y el Senado le mandó desalojar la Italia. Cuéntase que al marcharse esclamó Yugurta volviendo su vista hácia la ciudad eterna: «¡oh ciudad venal, tu existencia terminará el dia que haya un hombre bastante rico para comprarte!» Envióse á Africa otro cónsul, adquiriendo las hostilidades en aquella ocasion un carácter mas serio: y esta guerra numídica fué en efecto la primera que los romanos sostuvieron en aquel territorio. Cartago se defendió con mas tibieza tras de sus propios muros que lo habia hecho en Sicilia, en España, en Italia y aun en el Mediterráneo: cuando cayó no dejó en manos de los vencedores mas que el sitio que habian ocupado sus murallas y un derecho de supremacia sobre las mas cercanas provincias, derecho disputado en mas de una ocasion y que de contínuo era preciso sostener con las armas en la mano. La insurreccion de Yugurta fué por decirlo así, mas

bien una guerra nacional que á tener mejor resultado, de seguro hubiera llegado á comprometer el poder de Roma en Africa. Sabíalo muy bien el Senado, y nada omitió que pudiera coadyubar á su triunfo. La historia de esta guerra es de grande importancia por los muchos puntos de contacto que tiene con la actual situacion de la Francia respecto de Argel.

Siete años no interrumpidos duró la guerra contra Yugurta y seis ejércitos poderosos fueron enviados uno tras otro y reforzados á tal punto, que puede asegurarse fueron renovados. Si bien dueños de las costas y alguna pequeña parte del pais y contando con no pocas tribus númidas y moras que se habian pasado á sus filas, necesitaban llevar de Italia los romanos cuanto material reclamaba el sostenimiento de sus tropas, de modo que de ninguna manera puede decirse que vivian sobre el pais, lo cual era para Roma de no escasa importancia. El genio pertinaz del príncipe númida sabia sacar partido de todo y así esplotaba el tiempo, como los sitios y hasta la estacion. Habíase dejado ganar el primer cónsul que enviaron contra él, llamado C. Besta y desde luego accedió á firmar un tratado vergonzoso: Albino fue el segundo que enviaron, el cual fluctuando entre el deseo de seguir aquel mal ejemplo y el temor del castigo, dió lugar á que en esta indecision espirase el año de su consulado y tornar á Roma sin haber adelantado nada. Marchó un hermano suyo llamado Aulo y engañado por las falaces promesas de paz y de sumision fue bastante incauto para dejarse llevar con su ejército á una emboscada donde por la espesura de los bosques y sus muchos desfiladeros, le arrollaron completamente y viéndose ya vendido por algunos de sus oficiales y soldados, que imitaban el ejemplo contagioso de los generales, no tuvo mas remedio para salvar el resto de sus gentes que comprometerse á evacuar en seis dias todo el territorio numídico quedando bajo su yugo, lo cual en aquellos tiempos era sinónimo de la mayor ignominia para el vencido.

Irritado con esto el pueblo romano, sublevóse contra los inícuos factores de Yugurta; y habiéndose enviado el nuevo cónsul Metelo con intencion de reparar el ultraje que acababan de sufrir las armas romanas, consiguió en efecto, devolverlas todo el brillo que habian perdido: mas no le fue posible dar feliz cima á la guerra, á pesar de ser tan hábil general como buen patricio. Venció en muchos combates, apoderóse de plazas tenidas por inespugnables y empleó á la vez la fuerza y la astucia; pero todo fue inutil porque nunca pudo haber al príncipe númida. La gloria de llevarle encadenado al Capitolio estaba reservada á su teniente Mario: el mismo á quien despues de sometido el departamento africano se le confirió el mando del ejército el año 646 de Roma.

Sin embargo, á pesar de las victorias de Metelo que parecian no dejar nada que desear, á pesar de su indisputable capacidad militar y de las diestras negociaciones de su teniente Sila, la guerra se prolongó aun por espacio de tres años. Viéndose privado Yugurta de medios dentro de su reino, apeló á su suegro Bocus rey de la Mauritania, consiguiendo que las fuerzas de aquel príncipe vecino se uniesen á las suyas; de modo que cuando los romanos creian que la guerra tocaba á su fin, hubieron de medir sus fuerzas con sus enemigos mas de una vez, y aun así y todo no bastó la fuerza en esta ocasion y hubo que echar mano de la traicion, de la misma arma que tantas veces habia empleado el príncipe númida. Viéndose inquietado el suegro de Yugurta por las posiciones de los generales romanos, y habiendo agotado todos sus esfuerzos en pró de su aliado y yerno, temió perder sus estados en tan prolongada lucha contra las fuerzas todas de la república, y abandonó completamente á Yugurta en poder del enemigo. El rey de Numidia preso y conducido á Roma, fue el principal ornamento de los triunfos de Mario: allí fue aherrojado en un húmedo y fangoso calabozo donde murió de hambre y en medio de las mas horribles angustias.

Tal fué el fin de este príncipe á los cincuenta y cuatro

años de su edad, y que á pesar de sus muchos crímenes llegó merced á su valor y á su genio, á ser una de las mas preclaras glorias del suelo africano; y fue tanto lo que dió que hacer á los Romanos para vencerle que llegaron á compararle con Anibal. Muerto este guerrero, dividiéronse sus estados, en cuya particion no dejó Roma de apropiarse lo mas escogido y selecto. Al rey Bocus tocó la parte occidental en justo premio de su traicion, hízose un pequeño reino de la parte central que el Senado adjudicó á Hiempsal II; eleccion hecha mas bien por consideraciones á lo servicios prestados por su abuelo Massinisa que por ocultar los designios secretos de su política invasora. Y lo demás se unió á la provincia proconsular, es decir al antiguo territorio de Cartago aumentado con algunos cantones limítrofes de los que antes habian pertenecido á la Numidia.

La conquista de este último reino aseguró el dominio de los romanos en Africa; y si la caida de Cartago les dió el imperio de las costas, la derrota de Yugurta les abrió las puertas del interior. Inmensas regiones que nunca habian obedecido á los cartagineses se sometieron á la autoridad romana; y aun casi puede fijarse en esta época el establecimiento de la gran série de colonias europeas que en muy corto tiempo llenó el espacio comprendido entre Tánger y el Ejipto: de aquí resultó que el litoral vino á ser una sola colonia romana y tanto allí como en todo el occidente, el elemento nacional se vió sofocado por el elemento latino y todo con una rapidez prodigiosa. Sin embargo aun quedó en los valles del Atlas y aun entre la misma cadena de sus montañas una considerable masa de nómadas que sufrian las leyes de la civilizacion sin que pudiera domarlos.

Si este pais deseado por tantos siglos de barbarie se presenta aun hoy á nuestra vista tan bello y rozagante, ¡cual seria su aspecto en los bellos dias de Cartago y de Roma! aquella feracidad, que ningun pais del mundo tiene derecho de sobrepujar, secundada por el génio industrioso de los car-

tagineses producia inmensas riquezas naturales. Hallábase su suelo cubierto por trescientas ciudades entre las cuales se contaba Cartago que sola encerraba setecientos mil habitantes. Esta prosperidad que de seguro mirariamos como fabulosa si no se hallara consignada en los mas rancios pergaminos, creció mucho mas con la dominacion romana, porque aferrada Roma en su sistema y admirable instinto de asimilacion, por el cual adoptaban para sí todo lo bueno que encontraban en los pueblos conquistados, al colonizar el Africa siguieron el mismo sistema y consiguieron fortalecer su poderío valiéndose de los medios que antes habian empleado los Cartagineses. Lo mismo que sus rivales Roma hizo cuanto estuvo de su parte por ligar por medio del comercio y la agricultura los intereses de los indígenas: de esta suerte consiguió dominarlos y esplotarlos con mas seguridad. Dió la mayor importancia al producto del trigo, y llevando á Africa sus métodos de cultivo, puede decirse que estendieron las luces de su antigua esperiencia sobre la naciente industria de los vencidos: desaguaron los pantanos y las lagunas, construyeron puentes y acueductos, abrieron canales de riego y formaron vías de admirable y conocida solidez; ayudado pues, aquel páis por el trabajo del hombre, su suelo llegó á ser un prodigio y hasta el granero de Roma. Bajo el reinado de Augusto, cuando el lujo de los grandes privaba á la Italia de los brazos que la cultivaban, y el Africa se vió trocada en un inmenso y voluptuoso jardin cubierto de multitud de palacios, entonces la metrópoli pidió á las mieses africanas la mitad de sus productos y el puerto de Cartago espedia anualmente á Roma el grano necesario para su manutencion de seis meses por lo menos. De esta suerte se vió que por efecto de la influencia del trabajo en el carácter de los pueblos y sus costumbres, muchas tribus númidas y gétulas adoptaron la vida sedentaria de los colonos prefiriendo los trabajos tranquilos de la agricultura á las pesadas fatigas de una existencia nómada. Los estragos, las rapiñas, los robos y las guerras de

tribu á tribu fueron poco á poco desapareciendo. Desde Augusto hasta el primer Antonino, es decir, en el espacio de cerca de dos siglos una sola legion fue bastante en tiempos normales para conservar el órden en todo el pais desde Tánger hasta Cyrene. Mas no así sucedió tan pronto como el imperio comenzó á debilitarse, resultando que á cada revuelta, Roma se veia amagada de hambre. Por esta gradacion puede muy bien seguirse paso á paso la accion del Africa sobre la Italia. Y si á esta série de acontecimientos nos dedicáramos, veríamos al emperador Severo deshechar las pretensiones de Niger á la púrpura de los Césares y enviar sobre la marcha sus legiones á Cartago, tan solo porque su competidor no pudiese apoderarse de aquel punto causando á Roma una época mas ó menos larga de hambre. Veríamos al prefecto Symmaque oponerse en el Senado á la espedicion meditada contra la rebelde Gildon por temor de que no llegando los granos de Africa pudiese esta falta ocasionar un grave conflicto y por último veriamos á Alarico apoderarse del puerto de Ostie, donde los primeros Césares habian construido inmensos graneros en que se guardaban los tributos de trigo y aceite que enviaba la colonia africana, preludiando en esta conquista nada menos que la toma de la capital de mundo.

Las guerras civiles, encendidas por las rivalidades de Mario y de Sila, de César y de Pompeyo dividieron de nuevo el suelo africano. Al establecerse allí y en varios puntos algunas pequeñas colonias romanas y algunos municipios, se dió orígen á un aumento de poblacion, que en la época de que hablamos tomó una parte muy activa en la lucha, y hasta los mismos reyes indígenas se mezclaron en ella con no escaso entusiasmo, segun sus añejos compromisos ó sus particulares afecciones. De esta suerte vemos que durante esta larga guerra, el fugitivo Mario implora un asilo en aquella tierra, testigo de sus primeros triunfos. Habiendo desembarcado cerca de Cartago, paróse ante sus ruinas y las con-

templó con una uncion que le trasladaba respetuosamente á los tiempos pasados, cuando descubierto por el gobernador de la provincia, el pretor Sextilio que al ver al ilustre proscrito temió que su presencia pudiera comprometerle, le dió órden para que se alejase sin demora, sopena de ser tratado como enemigo del Senado y del pueblo romano. «Pues dí á tu amo, contestó al lictor el vencedor de los Cimbrios y de los Teutones, que has visto sentado á Mario sobre las ruinas de Cartago.»

Al propio tiempo que Mario ofrecia al mundo entero un sorprendente ejemplo de la instabilidad de las mas elevadas fortunas, su hijo con unos cuantos adeptos suyos, halló un albergue en otro punto de las costas africanas, donde Hiempsal, rey de Numidia le prestó un asilo. Pero no tardaron en conocer que el huéspede abusaba del favor hospitalario, puesto que consideraba á los naturales mas bien como otros tantos rehenes que la fortuna le habia deparado, que como verdaderos aliados; y aun fué tal su audacia y su ingratitud, que por reanudar sus relaciones amistosas con Sila, concibió el proyecto de vender á los que le habian amparado, y acaso lo hubiera efectuado á no ser por una de las concubinas del rey, con quien el jóven Mario mantenia secretas relaciones, que menos tierna que patriota, reveló todos los proyectos, y hasta propuso los medios de contrarestar tan diabólicos planes. Unióse el hijo con el padre que aun andaba errante por aquellas riberas, donde ambos se vieron abandonados de todos sus partidarios. Entonces fué cuando aconsejados por su propia desesperacion, resolvieron probar otra vez la suerte de las armas, y embarcáronse de nuevo para Italia, donde vieron coronada su audacia del mejor éxito. Mario murió siendo dueño de Roma.

Con esta muerte consiguió Sila hacerse dueño del mundo, y el partido plebeyo fué vencido otra vez. Derrocado en Italia este partido, Domicio yerno de L. Cinna, trató de reproducirle en Africa, y para ello se dirigió á Hiertal, rey de

una parte de la Numidia, consiguiendo de este príncipe poderosos recursos con que invadir la provincia romana, mas apercibido de ello el dictador, trató de sofocar en su cuna este movimiento. Como en Espara era Sertorius uno de los conjurados, y al propio tiempo el gefe de la Península preciso era impider á todo trance que otro gefe del partido vencido llegase á establecerse en el atlas, porque haciéndose dueños de estas dos provincias de suyo ricas y belicosas, ambos gefes hubieran podido acometer la empresa con grandes probabilidades de buen éxito, y aun tal vez puestos de acuerdo y reunidos todos sus esfuerzos, hubiéranse acaso vengado de la Italia. Así fué que Pompeyo recibió órden apremiante de trasladarse á Africa desde Sicilia, embarcándose sus legiones en ciento veinte galeras, y ocho cientos barcos de trasporte, de la cual una parte puso el pié en Utica, y la otra en Cartago bajo las órdenes del jóven general. Acampadas las tropas en las ruinas de esta última ciudad, la prueba que en esta ocasion dieron de codicia y de indisciplina, vino á poner en relieve toda la decadencia del carácter romano. Corrió por las masas la noticia de que cabando la tierra unos soldados habian tropezado con un inmenso tesoro, ocultado sin duda en la rápida fuga de los cartagineses: esto bastó para que soldados y oficiales abandonasen las armas en busca de las imaginarias riquezas. De nada sirvieron para aquellas cabezas exaltadas con el atractivo de la ganancia ni los consejos de Pompeyo ni sus órdenes mismas, continuaron todos los militares cabando la tierra con un entusiasmo sin igual, hasta que cansados de no hallar lo que buscaban, y avergonzados de su locura, ellos mismos pidieron atacar al enemigo.

No tardaron Pompeyo y su ejército en dár con Domicio, el cuàl por su parte ardia en deseos de terminar la guerra, por lo mucho que cundia en sus filas la desercion. Al saberse entre sus soldados que Pompeyo habia desembarcado, le abandonaron mas de 7000 hombres; érale pues indispensa-

ble conseguir una victoria, como único medio de adherir á su causa aquellos génios inquietos y volubles; pero la suerte le negó este favor.

Un profundo barranco separaba ambos ejércitos enemigos, y no queriendo pasarlo ninguno de los generales, estuvieron mirándose unos á otros por espacio de algun tiempo. A todo esto sobrevino un fuerte temporal de lluvia y viento como sucede con frecuencia bajo el cielo africano, y viendo Domicio que nada hostil podia entablarse, mandó tocar retirada, movimiento que se efectuó con no poco desórden. Visto esto por Pompeyo, se aprovecha de tan imprudente maniobra, atraviesa el barranco y manda el ataque con el mayor vigor, bastando cortos instantes para que las tropas de Domicio se vieran arrolladas por todas partes, y su derrota fuese tan completa como sangrienta. De los 20,000 hombres que componian su ejército, solo unos 3,000 escasos pudieron volver á su campo. Domicio pereció en aquella lucha y en un solo dia se finalizó la guerra. De las villas que habian abrazado su causa, rindiéronse las unas sin oponer la mas leve resistencia, tomáronse las otras á viva fuerza, y toda la comarca se sometió: en cuanto á las tribus de gétulos y númidas, presas del mayor espanto, levantaron sus tiendas y huyeron despavoridos hácia el desierto.

De regreso Pompeyo á Utica se halló con una órden para permanecer allí con una de sus legiones, hasta que llegase el general que habia de sucederle, y á quien deberia entregar el mando de la provincia ya pacificada, tornándose él á Italia al frente de su ejército victorioso. Tanta ingratitud hubo de irritarle, y no menos á sus soldados quienes segun decian, no querian de modo alguno esponerle al capricho de un tirano. La sedicion no pudo ser mas completa, y sabida en Roma, no se dudó en acusar de complicidad al mismo Pompeyo. No dejó Sila de dar asenso á esta especie, y hasta llegó á decir sin rebozo que se arrepentia haber tenido en su vejez que batirse con chiquillos, queriendo

aludir con esto á los pocos años de Mario, que con tanto tesón le disputó el triunfo. Pero mientras en el Foro y en el Senado, se trataba de hacer aparecer á Pompeyo, como mo delicuénte y rebelde, luchaba él contra sus amotinadas tropas haciéndoles ver que se quitaria la vida si por mas tiempo se negaban á obedecerle, y consiguiendo en fuerza de tal decision que se embarcaran para Italia. De esta suerte obtuvo rehabilitarse para con Roma, destruyendo los falsos rumores de traicion que sobre su cabeza se habian fulminado, y despues de haber hecho formal entrega del mando en manos de su sucesor, tornó á Roma seguido de sus tropas. Allí recibió la mas completa ovacion, y saliendo todo el pueblo á recibirle, el mismo Sila le abrazó con el mayor afecto, saludándole con el sobrenombre de *Grande*, título con que se le designó desde aquel momento.

En el intervalo que divide la primera guerra civil de la segunda, las colonias africanas permanecieron tranquilas; pero hubieron de sufrir otro azote aun mas cruel que la guerra misma, que fue la pretoría de Catilina, cuyos escesivos tributos y repetidas é inauditas violencias llegaron á ser tan inaguantables, que se levantó un grito unánime contra su administracion. Llegaron repetidas quejas á Roma y algunos senadores opinaron que debia formársele causa á lo que se opusieron los muchos amigos con que contaba en el Senado ahorrándole así aquella vergüenza. Espiró su cargo y tantas fueron las riquezas que acumuló al regresar á su pátria, que á ellas se deben sin duda el fomento de la famosa conjuracion que amagó la existencia de la república.

Sucediéronse casi sin interrupcion las convulsiones políticas de la república, refluyendo de un modo positivo sobre la colonia africana, sin por eso estacionarse el impulso dado á su prosperidad. Aumentábanse los tributos que Roma la imponia en granos, en aceite y en frutas de toda especie, y como prueba de la prosperidad de que ahora poco hablábamos, citaremos la época del hambre que se esperimentó en

Roma pocos años despues de la conjuracion de Catilina. Así el pueblo como el Senado, encargaron á Pompeyo el remedio á tamaño mal, y recurriendo este á los tres grandes graneros de la república, que eran Ejipto, Sicilia y Africa, al poco tiempo tuvo á su disposicion mas géneros de los necesarios para disipar la carestía de los víveres y tranquilizar por consiguiente los ánimos.

No tan solo espiró en Africa el partido plebeyo, sino que buscaron tambien allí su tumba el de Pompeyo y el de la aristocracia republicana. Estos grandes sucesos atestiguan á la vez la importancia y el génio belicoso de una provincia á la que demandaban asistencia todos los restos de los partidos vencidos. Gozó el de Pompeyo y por algun tiempo de preponderancia en aquella provincia. Arrojado por César de Italia despues del paso del Rubicon el pretor A. Varron que ya en otro tiempo la habia gobernado, hubo de refugiarse en Utica donde llegó suplicante y fugitivo y donde sus antiguas relaciones le devolvieron su perdida influencia. Gobernando por Pompeyo en nombre del Senado, hizo estrecha alianza con Yuba, rey de Numidia y de la Mauritania, á quien la prevision de César confió el gobierno de las poblaciones que no estaban bajo la inmediata administracion de la metrópoli. De esta suerte contaban con una buena parte de Africa y viendo César, que no podia ir personalmente á quitársela, envió á su teniente Curion con algunas tropas; pero ocurrió que careciendo este general de los conocimientos necesarios del pais, al verificar el sitio de Utica se dejó sorprender bajo sus muros, su ejército quedó deshecho y él mismo pereció en la refriega.

Mientras se debatia en los campos de Grecia la gran contienda entre César y Pompeyo, habíase quedado Varron en Africa, donde reclutaba gentes, armas y municiones de guerra: preparativos que tomaron mayor vuelo con la llegada de Metelo-Escipion librado del desastre de Farsalia, y con la union de las tropas del rey de Juba con las de estos

dos generales. Pero no tardó la discordia en encender su antorcha entre los tres jefes y Dios sabe hasta donde hubieran llegado aquellas desidencias, si la prudencia de Caton nó los hubiera reconciliado. Dió el mas evidente ejemplo de abnegacion, rehusando el mando que á una voz querian conferirle y haciendo que se le diese á Escipion á pesar de que su rango era ya superior al suyo. Caton, Varron y Libieno antiguos tenientes de César en las Galias y ardorosos como buenos trásfugas sirvieron bajo las órdenes de Escipion: Juba conservó el mando esclusivo de su ejército.

Lo primero que hicieron estos generales fue asegurarse del país y prevenir los movimientos de los partidarios de César. Parecia que Utica se inclinaba á su favor, lo cual no dejaba de ser un grave peligro, pues el número de sus habitantes, la comodidad de su puerto y la resistencia de sus murallas, le daban la superioridad sobre las demás ciudades de la provincia. Yuba propuso su destruccion, pasar á cuchillo á sus habitantes y arrasar hasta los cimientos, sus edificios y defensas; proposicion que á decir verdad no era del todo desinteresada, pues que toda tendencia á debilitar los conquistadores de Africa favorecia su interés personal. Escipion admitia la propuesta, pero Caton la rechazó lleno de indignacion y ofreció responder de la plaza quedándose en ella para contener á la poblacion. Algo mejor hubiera sido, puesta á un lado la cuestion de humanidad, conservar á Utica que destruirla. Hizo pues numeroso acopio de municiones de boca y guerra, fortificó las murallas y construyó líneas de circunvalacion con profundos fosos concluyendo por mandar entregar las armas á los que no le inspiraban confianza. (1) Lo acertado de estas medidas puso en estado de defensa una ciudad que estaba llamada á ilustrar en breve con eterna celebridad su estóica muerte.

No tardaron en llegar á Roma las noticias de estos pre-

(1) Plutarco. Vida de Platon.

parativos, lo cual reanimó las esperanzas del partido republicano, consternado aun con la derrota de Farsalia y muerte funesta de Pompeyo. Indignado el pueblo por la conducta de los tenientes de César parecia próximo á sublevarse; las rapiñas de Dolabela así como los escándalos de Marco Antonio, le eran cada dia mas odiosos é insufribles.

Asegurábase que la tan ponderada actividad de César, estaba algun tanto amortiguada, que una loca pasion por cierta reina estranjera, le habia hecho perder un tiempo muy precioso en una espedicion inutil, sin resultados favorables, permitiendo respirar á los enemigos que por todas partes se levantaban en su contra: subleváronse en España á las órdenes del hijo de Pompeyo y en Africa bajo el mando de Caton, Varron y Escipion. Tales quejas no destituidas de fundamento en su mayor parte, causando la inquietud de sus partidarios y alegría de sus contrarios, lograron reanimar la actividad de César, que los amigos de la causa republicana se complacian en creer agotada segun su costumbre: el plan y la ejecucion fueron simultáneos. Resuelto á llevar la guerra á Africa, partió para Sicilia en lo mas crudo del invierno, no parando hasta Lilibea; y sin contar por entonces mas que con una legion de nueva leva, compuesta de seiscientos caballos á lo sumo, mandó levantar su tienda próxima á las orillas del mar. A pesar de los vientos contrarios y la estacion desfavorable, los bagajes fueron embarcados en las galeras dispuestas á partir á la primera señal; y entonces César aprovechó esta tardanza involuntaria para espedir órdenes y proclamas que habian de reanimar el celo de sus partidarios. Llegáronle pronto galeras de todas partes, luego tropas que hizo embarcar en ellas, mientras que la caballería lo estaba en las de transporte. Reunidas así todas estas gentes de armas, sonó la señal de partida y todos se hicieron á la vela para Africa. (1)

(1) César. De Bello Africano, cap. 1.



No fué muy feliz el principio de la campaña, y no siendo dueño de puerto alguno en la costa contraria, no pudo señalar sitio de reunion á la flota, recomendando solo á los pilotos aproximarse lo mas posible al punto de partida. Pudo serle fatal esta circunstancia, pues gran número de los transportes naufragaron ó fueron cojidos, yéndose á pique varias galeras, dispersándose muchos navíos y los que lograron volver á Sicilia tuvieron que navegar largo tiempo por los vientos contrarios. El dia que desembarcó contaba solo con tres mil infantes y ciento cincuenta caballos. La ciudad de Adrumeta á cuya vista lo verificó y que estaba defendida por una poblacion numerosa con dos legiones y tres mil moros, no podia ser tomada por sorpresa, y convencido de ello trató de parlamentar con el gobernador; pero este mandó asesinar al parlamentario y se vió obligado á retirarse, perseguido muy de cerca por un cuerpo de caballería númida que á duras penas pudo rechazar. Por fortuna suya el grueso del ejército enemigo aun á bastante distancia, le dió tiempo para recibir los refuerzos que le traian los navíos que se habian rezagado. Labieno le atacó á los pocos dias en campo raso á la cabeza de numerosa caballería mora y númida, sostenida por ciento veinte elefantes, y la batalla que duró hasta entrada la noche y cuya victoria quedó indecisa (1) merced á la táctica concebida por Labieno, la caballería númida mezclada á la infantería lijera que cargaban y se retiraban juntas, llevaba la confusion entre los soldados romanos acostumbrados á batirse á pié quieto; los reclutas de que se componia el mayor número de las legiones de César estaban aterrorizados de la muchedumbre enemiga, y aun los veteranos se asombraban de tan estraño modo de combatir que lo mismo entonces

(1) Este encuentro tuvo lugar en los campos de Rimpina hoy Suca en la regencia de Tunez, (47 años antes de J. C.) la ciudad está situada cerca de la costa.



que hoy, consistia en atacar y retirarse con igual rapidez. Preguntábanse unos á otros de que manera habian de vencerse enemigos inabordables.

En tan difícil situacion dió muestras César de poseer todos los talentos de un gran general, decidió no aceptar el combate hasta recibir nuevos refuerzos de Sicilia y de Italia, encerróse en su campo, y mientras sus enemigos le creian retenido en él por temor, preparaba en silencio la victoria haciendo sus posiciones inexpugnables por medio de grandes obras, levantando dos líneas atrincheradas, una desde la ciudad de Ruspina, en cuya proximidad se hallaba, hasta el mar, y otra desde este á su campamento, asegurando así su comunicacion con ambos puntos de igual importancia. Aprovechó la política para robustecer sus recursos militares, escitando bajo mano á la revuelta á los moros y númidas cuya inconstancia le era bien conocida, así como las rivalidades que existian entre sus tribus y su indisciplina para el mando, removiendo toda el África y estando presente en todas partes al propio tiempo que encerrado en sus trincheras.

No tardaron en conocerse estas maniobras hasta en el reino de Yuba. Aprovechándose un Riman llamado Sitio del desorden, que siempre originan las guerras civiles, habia levantado á su costa un cuerpo de mercenarios que dejaba á las órdenes de los gefes númidas ó moros para sostener sus particulares querellas. Ganado por los enviados de César, abrazó su partido invadiendo los estados de Yuba indefensos por la partida de este jefe y sus tropas. Uniósele Bogud rey de parte de la Mauritania, saquearon juntos la campiña, atacaron luego las ciudades, cayendo en su poder Cirta capital de Numidia y plaza fuerte de primer órden. A tales nuevas, Yuba reunió su ejército volando al socorro de sus estados y dejando tan solo á Escipion treinta elefantes.

Sirvió felizmente á César este movimiento porque

aguardaba con impaciencia los convoyes que tanto necesitaba y se veia espuesto á una sorpresa por parte de Escipion que dominaba la campiña. Estrechado de dia en dia, temia no sin razon verse encerrado en el pequeño recinto de su campamento si le llegase á faltar el forraje. Acostumbrados sus veteranos á estas pruebas, para proveer el pienso de los animales, tuvieron que recojer el alga marina de las orillas del mar, lavándola antes en agua dulce, y á pesar de tan duros trabajos no pudieron conmover la constancia de César, quien sufria con paciencia los insultos y bravatas del enemigo. Presentábale Escipion la batalla á cada momento, pero prudente hasta el estremo, la rehusaba César no creyendo nunca que se atreveria á atacarle en sus mismas trincheras y constante en su idea y con la vista fija en el mar, demandaba á los vientos y tempestades la llegada de sus veteranas legiones, ocultando lo posible á las miradas de los suyos la cruel incertidumbre y mortal impaciencia que le devoraban.

Llegaron por fin dos convoyes considerables de hombres y víveres al campo de Ruspina, y con ellos llegó tambien la alegría y la abundancia. Saliendo entonces de sus líneas César, desplegó las legiones en la llanura á orillas del mar, á cuya vista las de Escipion formadas en batalla á corta distancia entraron atemorizadas en su campamento.

Dueño ya del campo no quiso César, llevar adelante su ventajosa posicion, porque queria antes de tomar la ofensiva aguerrir sus tropas, inspirándolas completa confianza.

Sin embargo, aunque encerrado Caton en Utica, recibia con inquietud las noticias que de todos los puntos le llegaban, y temeroso de la suerte propicia de César, escribió á Escipion que no empeñase ninguna accion decisiva, debiendo por el contrario llevar la guerra con lentitud; ofrécese á pasar en persona á Italia para llamar la atencion de aquel á favor de la causa republicana, por lo muy próxima que conceptuaba la ruina de su partido; ruina inevitable á pesar de

sus esfuerzos (1). La prudencia de César y la vuelta de Yuba, vencedor de Setuis, acrecieron la ciega vanidad de Escipion y del rey númida, y creyeron llegado el momento de terminar la lucha por medio de una gran batalla, á la que César se hallaba admirablemente preparado. Durante la noche levanta el campo para poner sitio á Thapsus (2), plaza importante en la que Escipion desde el principio de la lucha tenia almacenadas las provisiones de boca y guerra, contando además con la fidelidad de sus moradores. Marcha al saberlo Escipion con toda premura al socorro de la ciudad sitiada, y la batalla que debia decidir de la suerte de la guerra, se dió á la vista de sus murallas, en ella sufrieron Yuba y Escipion la mas completa derrota, y su ejército quedó disperso y deshecho en breve tiempo. El vencedor solo tuvo de pérdida cincuenta hombres, desproporcion que parece inverosímil si no la mencionasen unánimes Hurtu y Plutarco, historiadores que generalmente se contradicen en otros puntos.

Aprovechó el triunfo César con su acostumbrada celeridad, y dejando la infantería en el sitio de Thapsus y ordenada la activa persecucion de Escipion y Yuba, marchó con la caballería á Utica. Allí reinaba la mayor consternacion, sus habitantes todos andaban por las calles pidiéndose unos á otros noticias y prorrumpiéndo en gritos de dolor. En efecto los restos de los dispersos habian llegado durante aquella misma noche y fué tal su número, que infundieron mas temores aun que el ejército victorioso. Asegurábase que al huir la caballería de Escipion habia atacado la ciudad de Paxada y despues de haberla saqueado y quemado hasta los cimientos se habia dirigido al campamento de Caton y atacádole en sus propias líneas so pretesto de

(1) Plutarco vida de Caton.

(2) César de *Bello africano*. Plutarco. Vida de César. Thapsus. Hoy Demass pertenece á la regencia de Tunez.

que los habitantes se mostraban partidarios del vencedor: pero no tardó en saberse que César se acercaba ya con sus legiones.

Ocupábase Caton con toda tranquilidad en medio de aquel conflicto, en salvar á los habitantes y emigrados romanos. Inclinados los primeros á su patria por nacimiento é intereses, les aconsejó la mas estrecha union, bien fuese para continuar la defensa, bien para demandar merced al vencedor, acompañándolos hasta el puerto y despidiéndose de los otros en su mayor parte senadores y palrecies, y viendo en seguida perdida su causa, abrazó el partido de suicidarse, resolucion fatal inspirada tan solo por debilidad de ánimo, ó si se quiere por un estóico error, pero que no por eso pudo manchar su vida (1). Los magistrados de Utica celebraron por el alma de este consecuente romano, magníficos funerales, á que asistió toda la poblacion sin distincion de partidos, y apesar del temor que causaba la aproximacion del enemigo. Se le erigió un sepulcro á orillas del mar, viéndose aun en tiempo de Plutarco su estátua con la espada desnuda en la mano; memorias materiales que han desaparecido con el tiempo, y hoy solo nos queda su nombre.

Al entrar César victorioso en Utica, manifestó gran sentimiento por la muerte de su enemigo, pero esto no le estorbó para echar fuertes contribuciones á sus habitantes, lo cual prueba bien á las claras la riqueza de Africa.

Impuso dos millones de sestercios pagaderos en tres años á las ciudades romanas de Utica, (2) y confiscó y vendió en pública subasta los bienes de los que habian tenido mando. A la ciudad de Thapsus le cupo otros dos millones y tres á su territorio; á Adrumeta tres millones y cinco á su término. Leptis y Cisdra, ciudades menos ricas ó menos culpa-

(1) Opinion de Napoleon.

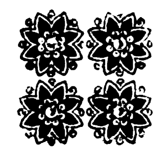
(2) El sestercio representa 20 céntimos, 5 décimos de nuestra moneda.

bles á juicio del vencedor, solamente contribuyeron con trescientas mil libras de aceite la primera, y con una cantidad de trigo la segunda, medidas todas que no hallaron la menor resistencia en aquel sumiso y callado pais. No quedaba pues ni un solo gefe de los que habian tomado las armas contra César, entonces Escipion se embarcó para España, y arrojado á la costa por los vientos y tempestades, pereció cerca de Hipona; Caton falleció en Utica; Yuba abandonado de los suyos y rechazado por la capital se dió muerte: sobrevivióle su hijo que figuró en el triunfo de César al lado del Galo Vercingetorix y de la hermana de Cleopatra. No cupo mejor suerte á los generales de los ejércitos combinados, pues unos se quitaron la vida, otros la hallaron en el campo de batalla, ó en la huida, algunos se rindieron, y solo un corto número logró ganar las costas de España.

A la caida de Yuba, Numidia fué incorparada á la provincia romana, formándose de ella un gobierno administrado segun órdenes de César por el Pretor Salustio, conducta rapaz que no se halla muy conforme con las máximas que revela en sus obras. Finalmente, César se embarcó para Roma. En menos de seis meses habia comenzado y terminado la guerra, destruido dos poderosos ejércitos, y aumentado la provincia romana con un vasto reino, que hoy es el que las tribus árabes disputan á la Francia, pues Yuba reunia á casi toda la Numidia, la Mauritania Oriental (Argel y Oran.)

Poco despues de trascurridos estos sucesos ocurrió la muerte de César. Las perturbaciones que causó esta pérdida, la caida de la república, y sobre todo el despotismo de los triumbiros llevaron al Africa un sin número de proscriptos que el procónsul Cornificio acogió con humanidad. Pero sobrevienen nuevas sublevaciones en los indígenas: proclámase rey uno de sus gefes llamado Aracion, y aun cuando desposeyó á Bogud y Sitius, antiguos aliados de César, no por eso dejó de adherirse al partido de Octavio. Verdad es

que logró ganar una batalla al procónsul que dominaba en Africa en nombre de la república, pero dirigidos estos encuentros por gefes subalternos, muy lejos estuvieron de influir en los asuntos de Roma, pues solo en la batalla de Actium fué donde se decidieron los destinos del mundo.



CAPITULO IV.

DOMINACION ROMANA.

Los emperadores.—Primera época, (32 años antes de J. C. 297 de J. C.)—Aumento de posesiones romanas en Africa.—Yuba, II rey de Numidia; su reinado.—Cartago reedificada por los romanos.—Ptolomeo hijo de Yuba su sucesor, su carácter.—El moro Tacfarinas; insurreccion que provoca y organiza.—Su resistencia y derrota.—Ptolomeo asesinado de órden de Caligula.—El Africa se subleva; es sometida y organizada.

La reciente organizacion que César habia dado al gobierno de Africa, solo fué una organizacion provisional; recibió y hubo de esperimentar radicales modificaciones por muerte de los reyes Bocchus y Bogud que gobernaban en ambos paises, llamados despues Mauritania Cesárea, y Mauritania Tingitánea. Estos príncipes legaron sus estados al pueblo romano, que los redujo á una sola provincia, y algun tiempo despues un reino que Augusto dió á Yuba II, príncipe ilustrado, cuya educacion romana aseguraba la sumision. Señaló este su reinado fundando en el sitio de la antigua Iol una nueva ciudad á la que dió el nombre de Cesárea (Cherchell), en memoria de los beneficios que recibiera del emperador, Enriquecida aquella ciudad con suntuosos edificios, llegó á ser la capital del reino, y aun hoy dia nos dicen bastante claro sus ruinas cual pudo ser la importancia que llegó á adquirir.

El restablecimiento del reino de Numidia en favor del heredero legítimo fué á la vez un acto de generosidad y de política, que le atrajo hácia sí el afecto de los númidas, avezándoles poco á poco á que confórmanse con los gefes enviados por Roma, y no desmembrado el territorio inmediato al imperio, sino para fortificar realmente la dominacion imperial. No habia concedido Augusto la propiedad á Yuba, sino tan solo el usufructo de su reino, disponiendo del territorio, dividiéndole y subdividiéndole á su antojo, y todo ello sin esperimentar nunca la menor resistencia.

El largo y pacífico reinado de este príncipe duro 45 años. Político lo bastante para jamás pensar en combatirles nada temió de los romanos, dedicó á las artes útiles de la paz la natural actividad africana, desplegada ya de tiempo inmemorial en la guerra por sus ascendientes. Los ratos de ócio que le dejaba la administracion de su reino, los consagraba al estudio, y no tardó de este modo en adquirir gran renombre en las ciencias y en las letras. Desgraciadamente no han quedado de sus obras mas que cortos fragmentos y los títulos de ellas: (1) trabajos todos que llevados á cabo por el monarca y en un pais cuyo ardiente clima estimulaba las pasiones, prueban cuán felices debieron ser las disposiciones de aquel príncipe. Fueron por tanto tan rápidos los progresos que los númidas hicieron en la civilizacion, que celoso Augusto de estender y propagar el movimiento volvió á tomar á Yuba aquel país uniéndole de nuevo á la provincia romana, cediéndole en cambio varios distritos de la Getulia (2) y de la Mauritania. Gracias á tan hábil política, la influencia civilizadora no tardó en manifes-

(1) Eran una historia de la Arabia, otra de las antiguedades de Asyria de los romanos, de la pintura, en fin otra de la naturaleza y propiedades de diferentes animales. Existen tambien varias medallas de un reinado.

(2) El gran Atlas y el Beled-el-Djered.

tarse por toda aquella otra parte del Africa, porque imitando los indígenas á un rey de su raza y de su sangre no creian copiar al estrangero y en ello satisfacian su amor propio. Tan querido fué Yuba de los bárbaros como de los greco-romanos: Atenas le erigió en vida varias estátuas; y á su muerte fué colocado en el rango de los dioses, levantándole altares.

El restablecimiento de Cartago, no tuvo tanta influencia como el reinado de Yuba para la prosperidad del Africa, aquella gran ciudad habia sido arrasada doscientos años antes, arado y sembrado de sal el sitio que ocupaba, proferiéndose al verificarlo imprecaciones terribles y solemnes contra el que osare reedificarla: así que puede asegurarse que si la república romana hubiera continuado con sus formas políticas, su religion esclusiva, sus costumbres y sus preocupaciones, jamás se hubiera verificado aquel restablecimiento: y una prueba fehaciente de esta verdad es el inutil ensayo de reconstruccion intentado por Cayo Graco. (1) Una colonia de 6,000 ciudadanos guiados por tan célebre tribuno, dió margen á algunos trabajos preparatorios, pero pronto el terror superticioso los paralizó, pues apareciendo entre los trabajadores segun se afirma algunas manadas de lobos emblema vivo del pueblo de Rómulo, destrozaron por completo los cimientos comenzados, quedó pues la obra interrumpida y como el Senado habia visto con disgusto aquella empresa tan contraria á los instintos nacionales, regresó Cayo Graco á Roma y los colonos que habia conducido se establecieron en las demás posesiones romanas del Africa.

El renacimiento efectivo de Cartago, está indicado confusamente por los historiadores, atribuyéndole unos á Julio César, otros á Augusto.

---

(1) Tuvo lugar el año 122 antes de J. C.

La nueva Cartago no fué pues reedificada sobre el mismo sitio que la antigua: con cuya variacion quiso sin duda Augusto desvanecer la repugnancia de los romanos, haciendo aparecer como maldecido tan solo el terreno y consiguiendo que los materiales abandonados que no estaban anatematizados por aquella reprobacion fuesen empleados en la reedificacion. Y solo de este modo puede comprenderse la rapidez con que fué llevado á cabo la ejecucion. Creció pues la nueva ciudad y preponderando sobre Utica, no tardó en llegar á ser la residencia de los procónsules de Africa; alcanzando por su poblacion y comercio la categoría de la tercera ciudad del imperio despues de Roma y Alejandría, rango que conservó hasta la fundacion de Constantinopla (1).

La sábia administracion del emperador Augusto contribuyó en gran manera á la prosperidad del Africa y sus veleidosos é indómitos pueblos parecian sumisos y contentos. El único que entre sus gefes merecia el título de rey tan prodigado entre los romanos era Yuba, y mas bien parecia ser un vasallo del emperador, que un soberano independiente: ni nunca se estentó mas robusto el poder de Roma, hasta que sobrevenida la muerte de Augusto, uniéronse los defectos del heredero de Yuba á la ambicion de un soldado, y surgiendo nuevos disturbios, se encendió una guerra devastadora que duró 7 años.

Phtolomeo sucesor de Yuba, no heredó en efecto las virtudes de su padre; y cuanto aprendió de la civilizacion ro-

(1) La Cartago de los Fenicios duró 600 años. La romana subsistió 7 siglos. Tunez la ciudad musulmana levantada sobre las comunes ruinas, sin igualar su esplendor, ha sido siempre en los tiempos modernos, la ciudad mas rica y floreciente de la costa. Esta constancia de prosperidad comercial en aquel sitio privilegiado, prueba completamente la inteligencia y estudio que los fenicios aplicaban para la eleccion de sus colonias.



mana, que fué la indolencia y un desenfrenado amor al lujo, tan solo le atrajo el desprecio de su pueblo, mientras que encerrado en su palacio se entregaba á vergonzosas voluptuosidades, dejando á los libertos orgullosos la administracion del reino; sus súbditos correspondian á su laxitud, con el ultraje y el desprecio. Sabido es que del insulto á la rebelion no hay mas que un paso, y solo aguardaban una ocasion faborable para darle: ocasion que no tardó en proporcionar cierto moro llamado Tacfarinas, como pronto veremos.

Desconocido hasta entonces, aquel moro se alistó en el ejército romano, no para combatir á su favor, sino estudiar con detenimiento y provecho su táctica y organizacion. Cuando se creyó instruido lo bastante, abandonó sus banderas y regresó á su pais, enriquecido ya con unos conocimientos que tanto ascendiente debian darle entre los suyos. Reunió alguna gente y comenzó saqueando las colonias aisladas; conducta que reanimó el espíritu turbulento y guerrero que constituye el carácter distintivo de las tribus africanas; y de esta suerte se aumentó su jente con desertores romanos, moros y númidas descontentos del gobierno del rey; llegando pronto á formar un ejército dispuesto á entrar en campaña. Tacfarinas organizó la infantería por legiones ó compañías; la caballería por escuadrones, cuyo mando dió á oficiales adiestrados ya en las maniobras europeas; la numerosa tribu de los Musulons, lindante con el desierto, le reconoció como suprema autoridad; Masipa gefe de otra tribu mora no desdeñó su alianza, tratándole de igual á igual á pesar de ser un soldado aventurero, y finalmente consiguió reunir fuerzas formidables atendido su número. Tacfarinas tomó el mando del cuerpo de ejército que debia sufrir el choque de las tropas romanas; y encargándose por su parte Masipa con la caballería irregular de asolar el pais. Sus correrías combinadas llevaron el espanto entre los indígenas, teniendo en constante alarma al Africa.

La única legion de guarnicion en la provincia no se hallaba dispuesta á rechazar á tan numerosos enemigos, y aunque el proconsul que la mandaba, Funo Camilo, pasaba por ser un hombre del todo estraño al arte de la guerra, demostró una energía digna de sus antepasados. Confiando en la superioridad de la disciplina y sabedor de que nada habia mas peligroso para los bárbaros, que darles á conocer el menor temor, engrosó su legion con otras que reclutó á toda prisa, y marchó sobre el enemigo; aceptó Tacfarinas el combate, pero á pesar de su valor personal sufrió una completa derrota. Aquel simulacro de ejército regular creado á tanto costa, no pudo resistir al empuje de las legiones romanas como igualmente la caballería de Masipa, pereciendo un gran número en la batalla ó en la dispersion. Tacfarinas se ocultó en el desierto, donde parecia confinado para siempre, pero preveyendo que un solo revés no bastaria para destruir los proyectos ambiciosos del audaz aventurero, Tiberio mandó al Africa otra legion sacada del ejército de Pannonia.

En efecto á los tres años, (771 de Roma), Tacfarinas salió súbitamente de su retiro, y despues de haber devastado una buena parte del país, puso sitio á una cohorte que ocupaba un fuerte aislado en las orillas del rio Pagida. (1). El oficial Decio que la mandaba, sin contar mas que con su arrojo y mirando como la mayor humillacion el ser sitiado por los bárbaros, salió imprudentemente de sus líneas, pereciendo en la accion con varios de los suyos; resultando de este revés, que los restantes hubieron de retirarse precipitadamente al fuerte, y abandonar al enemigo los cadáveres mutilados de sus camaradas y de su gefe.

A la nueva de tan inesperado contratiempo, el emperador mandó marchar ganando horas al nuevo procónsul Apro-

---

(1) Este rio vá desde Constantina hasta Gigeri.

nio, antiguo teniente de Germánico, cuya severa disciplina rayaba en crueldad. A su llegada hizo diezmar la cohorte, sufriendo la muerte de baquetas, los que la suerte designó. Tal castigo inspiró un saludable escarmiento, pues habiendo atacado á los pocos dias Tacfarinas la villa de Thala (1) fué rechazado por cincuenta veteranos. Aquellos bravos preferian morir bajo los dardos del enemigo que bajo los crueles golpes del palo de los lictores. Desde aquel momento la guerra fué dirigida con mayor actividad, y convencido Tacfarinas de que las sucesivas derrotas; de su impotencia para apoderarse de los puntos fortificados y de combatir en campo raso eran infructuosas, cambió completamente de plan. Dejó de atacar á las ciudades, y rehuyendo todo encuentro regular, incendiaba la campiña, degollaba á sus habitantes y llevaba la muerte, el esterminio y el pillaje por todas partes donde los romanos no le esperaban. Si estos le presentaban algunas fuerzas, huia picándoles la retaguardia en retirada y procuraba siempre no aproximarse para evitar su captura. De esta suerte, logró largo tiempo burlarse de sus perseguidores, fatigándoles; pero rodeado al fin por el hijo del procónsul en un sitio que le cerraba la salida cargado como estaba de un copioso botin que le embarazaba, hubo de aceptar el combate á pié firme, logrando á duras penas salvar su persona, y dejando tendida en el campo la flor de sus mejores tropas.

Al procónsul Apronio relevó Bleso, tio del célebre Sejano, general de un mérito reconocido y bajo su direccion cambió totalmente de aspecto la guerra. La reciente derrota de Tacfarinas, no habia desanimado á este intrépido partidario, pues retirado á su acostumbrada guarida del desierto, no tardó en reunir por su nombradía un ejército mas

(1) Thala fué una ciudad de bastante consideracion situada no lejos de Constantina. En ella se educaron los hijos de Yugurta.

numeroso que los anteriores. Tuvo entonces la audacia de enviar á Roma embajadores con mision especial de pedir una parte del territorio africano para establecerse él y sus aliados, y en caso de negativa, que amenazasen con una guerra sin término. Irritado Tiberio á la vista de un ultraje que inferido por un rebelde desertor, ofendia su dignidad y la del nombre romano, á mas de que faltaba á todas las formas ordinarias de guerra, su respuesta fué dar al procónsul la órden de su persecucion á toda costa hasta su completo esterminio, dirigiendo proclamas por toda el Africa poniendo á precio la cabeza de Tacfarinas y ofreciendo el perdon á cuantos se entregaran.

Esperando el efecto de tales proclamas, no perdió momento alguno Bleso para poner en práctica su plan. Demasiado comprendia en su anterior esperiencia la necesidad de hacer frente por todas partes, abrazando en el círculo de sus operaciones la mayor estension posible de terreno, asi es que dividió su ejército en tres cuerpos, el ala izquierda en órdenes de proteger el territorio de Septes, el ala derecha bajo el mando de su hijo cubriendo la Numidia y la importante ciudad de Cirta; y finalmente el del centro bajo el suyo; combinados todos estos movimientos, marcharon lenta pero seguramente sin dejar huecos entre sí, levantaron fuertes en los sitios que la naturaleza del terreno ó la proximidad de los rios lo permitian y dejando en ellas guarniciones que no tardaron en tomar la ofensiva, apoyándose mutuamente. Seguido aquel plan con perseverancia, desconcertó á Tacfarinas cuando intentó atravesar las líneas del ejército, y obligándole á volver sobre sus pasos, lo encerró entre él y los fuertes guarnecidos, haciéndole perder en estas evoluciones sus mejores soldados. El procónsul aumentó los peligros de su adversario cubriendo el país de pequeñas columnas que podian reunirse á la menor señal; y llegada la estacion de los frios, en vez de retirar sus tropas á cuarteles de invierno, las destinó á los fuertes

que acababa de construir, confiando á la caballería la persecucion de los rebeldes hasta sus últimas guaridas. De esta suerte, logró libertar al país de la presencia del enemigo, y aunque este sistema llevaba la guerra con lentitud, el Atlas y el Desierto protegian la rebelion, y cansado de tan tenaz lucha, buscaba un pretesto para proporcionarse un sucesor. Y por cierto que la ocasion no tardó en presentársele, pues en una de las salidas de la caballería fué hecho prisionero el hermano de Tacfarinas; anunció Bleso su captura como un suceso de la mayor importancia para la terminacion de la guerra, y volvió á Roma á solicitar los honores del triunfo. Tio de Sejano, á la sazon ministro omnipotente, logró su deseo saludándole con el nombre de *Imperator*; pero mientras el procónsul triunfaba en Roma, la guerra se reanimaba en Africa con mas ardor que nunca.

Aprovechando la intempestiva ausencia de Bleso, el hábil moro reorganizó sus tropas con pasmosa celeridad, juntó á los prófugos perseguidos por la justicia, á los hombres turbulentos, á los perdidos por deudas y perseguidos por crímenes; que todos volaron á alistarse bajo su bandera, como así mismo los descontentos del rey Tolomeo. Consiguió tambien nuevas alianzas y nuevos tratados. El rey de los Garamantes, pueblo getúlico que habitaba la parte oriental del desierto, se afilió con Tacfarinas, proporcionándole una caballería numerosa y temible por su sed de saqueo; y ofreciéndole seguros depósitos para el botin. Pero aun mas: por una circunstancia de que supo valerse el gefe rebelde, aumentó sus recursos; consistió esta en que creyendo Tiberio por las noticias de Bleso concluida del todo la guerra, ordenó la vuelta de la legion que habia enviado: lo que llegado á noticias de Tacfarinas, hizo propagar entre sus tribus con la mayor celeridad que los romanos, con motivo de sostener una gran guerra en Europa, tenian que abandonar sus principales fortificaciones y aun tal vez toda el Africa. Esto le

proporcionó el logro de sus deseos; pues la mayor parte de las que eran aliadas de Roma, abandonaron aquella union proporcionándole tropas y víveres; aumentaron sus fuerzas y disminuidas de este modo las del enemigo, tornó á su primitivo plan de ataque poniendo sitio á la ciudad de Thubusca (1).

Mientras que la guerra continuaba en Africa, erigíanse en las plazas de Roma estátuas triunfales á los pretendidos vencedores de Tacfarinas; manifestaciones que mas bien que un testimonio de honra eran para ellos un padron de acusacion, pues en vez de haber procurado la destruccion del enemigo, solo trataron de lograr los medios de conseguir los laureles del triunfo. Dolabella sucesor de Bleso, no se atrevió á reclamar la legion de Panonia tan importunamente retirada, temiendo irritar á Sejano, desengañando al emperador. Pero la audacia de Tacfarinas que sitiaba vigorosamente á Thubusca disipó sus incertidumbres. No pudiendo resolverse á permitir de modo alguno que cayera en poder del rebelde, ciudad de tal importancia, reunió Dolabella los recursos de que podia disponer; escribió á Ptolomeo reclamando su cooperacion, y marchó con su legion y el contingente que pudo reunir de las tribus que aun permanecian fieles. Advertido que los gefes de una de estas conspiraban para abandonarle, mandó cortar la cabeza á los culpables para que sirviese de saludable escarmiento; y siguiendo la táctica de su antecesor, dividió su ejército en cuatro columnas, distribuyendo las tropas de Ptholomeo en escuadrones al mando de gefes indígenas, y dirigiendo por sí mismo las operaciones por medio de comunicaciones personales que ejecutaba con rapidez. De este modo cerró la salida á Tacfarinas, quien apenas supo la llegada de los romanos levan-

(1) Thubusca parece ser las Thubusaptus Acrurerarco. Aquella plaza fortificada estaba á 21 millas de Saldece, la Tedales actual.

tó el sitio retirándose á toda prisa á su natural guarida del desierto. Por sus espías supo Dolabella que los enemigos se hallaban acampados en el bosque próximo á las ruinas del fuerte de Auzea, (1) y resolvió aprovechar la confianza que aquel sitio debia inspirarles, para sorprender su posicion y obligarles al combate. Reunió pues sus columnas prohibiendo llevar mas bagaje que las armas, combinando sus medidas, y guardóse de tal suerte el secreto por todos, que marchando con el mayor silencio por la noche, llegaron al amanecer á la vista del campamento de Tacfarinas donde le atacó de improviso. Hallábanse los rebeldes todos en sus tiendas entregados al sueño, sus caballos pacian sueltos por la campiña, de modo que sorprendidos en aquel estado de confianza por los gritos de los sitiadores y el ruido de las trompetas, apenas tuvieron tiempo de correr á las armas, desvandándose en una espantosa confusion. Todo el trabajo de los soldados del procónsul se redujo en aquella ocasion á cojer y matar á diestro y siniestro, é irritados por el recuerdo de sus fatigas, y dichosos además por haber logrado tener en su poder aquellos bárbaros que tantas veces se les habian escapado de las manos, á nadie dieron cuartel, y la sangre se derramó á torrentes. Viéndose Tacfarinas cercado por todos lados, y no queriendo sobrevivir á su derrota, opuso por algun tiempo una resistencia desesperada; pero los romanos que le conocian personalmente, le buscaban con afan, halagados por la gran recompensa prometida á quien le entregara vivo ó muerto. Su hijo habia sido hecho prisionero á su vista, sus amigos, sus gefes mas valientes habian caido muertos á su lado, y no vislumbrado ya ningun medio de salvacion, se

(1) El sitio donde estuvo este fuerte reconocido por Shan, es cerca de Bordj-el-Hamza, ciudad en que los deys de Argel tenian guarnicion.



arrojó valerosamente entre las filas enemigas, donde encontró la muerte honrosa que buscaba. Este suceso produjo la mayor alegría en la provincia y la noticia fué recibida en Roma en medio del mayor entusiasmo.

Libre ya el Africa de Tacfarinas siguió tranquila por espacio de diez y siete años, en cuyo intérvalo falleció Tiberio, sucediéndole Calígula. La insensata locura del nuevo tirano hizo echar de menos á los romanos la fria é hipócrita crueldad de su predecesor, basada por lo menos en los intereses y en la política Uno de los infinitos crímenes cometidos por Calígula influyó notablemente en el destino de Africa. Ptolomeo tuvo una parte muy activa en la derrota de Tacfarinas, y por ella fué espléndidamente recompensado por Tiberio, y además el advenimiento del nuevo emperador, parecia deber estrechar con nuevos vínculos al rey de Mauritanias por el parentesco de su madre, y la mujer de Calígula, descendientes de Marco Antonio, pero muy lejos esto de escudar á Ptholomeo del furor del tirano; bien fuese que pensase tratar al príncipe honrosamente, ó que hubiera resuelto su muerte, lo cierto es que le mandó llamar á Roma donde le mostró la mas síncera amistad. Varia y contradictoria es la manera con que se ha esplicado esta recepcion por los historiadores. Unos dicen que las riquezas desplegadas por el rey moro escitaron la avaricia del emperador; otros que solo fué el creerse rebajado con la brillantez de sus galas. Es lo cierto cualquiera que fuese el pretesto, que despues de una fiesta en que Ptholomeo se presentó con un manto brillante de púrpura, Calígula mandó que le asesinase la misma guardia que le dió de escolta, decretando la confiscacion de sus bienes é incorporando al imperio sus estados.

Este doble crímen llevado á cabo por un tirano furioso, despertó la indignacion general de la Mauritania. Ptholomeo era mas bien débil que malo; su muerte hizo olvidar sus defectos para recordar tan solo las virtudes de su padre, y ha-

cer sentir el yugo que la prudencia de Augusto y Tiberio habian hecho llevadero. Las naturales inclinaciones del pais á la revuelta, inspiraron á un tal Edemon libertode Ptholomeo; el atrevido designio de heredar su sucesion; so pretesto de vengarle sublevó el pais, levantando un ejército y saqueando la provincia romana; pero Lucio Paulino salió á combatirle derrotándole en varios encuentros, y atravesando vencedor la Mauritania; flaqueando por último la doble cordillera del Atlas, cuya marcha triunfal mas allá de los Alpes Africanos, fué mirada como un hecho estraordinario; porque ningun general se habia atrevido á llevar tan lejos sus armas. No obstante, no pertenece á Paulino sino á su sucesor Haudio Geta la honra de haber terminado bajo el reinado del débil Claudio, la guerra que el furor de Calígula encendiera, añadiendo un reino mas al vasto poder de Roma. Quedaba el Africa septentrional subyugada, desde el valle del Nilo hasta el Occéano: y para asegurar la conquista el emperador dividió la Mauritania en dos provincias; la 1.ª tomó el nombre *Tingitana* de Tingis, hoy Tánger, (Marruecos; y la 2.ª el de *Mauritania Cesárea*, de su capital Julia Cesárea, residencia de los reyes númidas, (hoy Cherchell), y comprenden las provincias hoy francesas de Argel, Orán y Titery. La Cesárea fué elevada á la categoría de colonia romana, por Claudio el año 43 de J. C., así como Tinges lo habia sido anteriormente por Augusto.

La nueva de un suceso que parecia garantizar para siempre la seguridad del poder de Roma en Africa, se propagó con la rapidez del rayo por todo el imperio. Muchos se apresuraron á aprovecharse de la parte de riqueza que el fecundo suelo de Africa proporcionaria á los que se dedicasen al comercio y á la agricultura, y afluyeron no pocos emigrantes voluntarios de Italia, España, y de las Galias, resultando de todo esto, un positivo crecimiento de la poblacion, merced á la grande emigracion que hubo. En la Mauritania Tingis principalmente, recibió un gran impulso con la afluen-

cia de estrangeros; los historiadores citan tambien á Lixes, ciudad mercántil, situada mas allá del Estrecho sobre el Océano Atlántico, sin dejar heredera de sus riquezas ni de su nombre.

Las causas interiores que en varias ocasiones pusieron trabas á la prosperidad africana, desaparecieron gradualmente; y cuantos males esperimentó aquel pais, en lo sucesivo fueron nacidos tan solo de la metrópoli, es decir, de la ambicion y de la codicia de los gobernadores impuestos por Roma. Si las contribuciones fueron pesadas en tiempo de los Calígulas y Claudios, aun lo fueron mas bajo el yugo de Neron, quien llevó á tal estremo su barbarie, que mandó degollar á seis ricos propietarios tan solo por apoderarse de sus bienes, y agregarlos á los del dominio imperial. La anarquía que siguió á la tiránica dominacion de Neron, pudo haber sido aun mucho mas fatal para el Africa; pues muerto este, quedaba el Bajel sin gobernalle, y el Senado opinaba por el restablecimiento de la república: los ejércitos pedian á voz en grito un emperador; y divididos en bandos cada uno de ellos, se arrogaba el derecho de eleccion, mientras que por otro lado los gobernadores de las provincias sin freno por parte de la autoridad central, se abandonaban sin rebozo á todos los caprichos de la ambicion mas desmedida.

Viendo el Africa que en los últimos tiempos del reinado de aquel mónstruo, se habian sublevado la España y las Galias, quiso tambien sublevarse. Escitado el propretor Macer que era el gefe militar de aquel punto por una concubina de Neron llamada Crispinilla, alzó tropas de su cuenta é inauguró un pronunciamento, no dejando salir de Africa los granos y demás subsistencias que bajo forma de subsidio se remesaban anualmenle á Roma. Ignoramos si las intenciones de Macer en esta ocasion fueran las de abrirse un paso hácia las gradas del trono imperial ó solo crearse un poder independiente, pero cualesquiera que hayan sido; lo cierto es que

en lugar de atraerse al pueblo disminuyendo los impuestos que le agobiaban, los aumentó haciendo que toda la provincia gimiese bajo una tiranía mucho mas pesada que la anterior. Fácilmente se comprenderá que este estado de cosas debia producir una sublevacion general; y queriendo Galba no perder los estados africanos, no tuvo mas remedio que trasladarse sin demora á aquel punto. Su nombre era muy popular en aquella provincia por haberla gobernado ya en otra ocasion; distinguióse pues por su apego al órden y á la disciplina; y conociendo los cortos medios de que Galba podia disponer, escribió á Trebonio intendente de la provincia para que reprimiese el movimiento. Hízolo así aquel, y engrosando sus filas todos los habitantes oprimidos, poco tiempo hubo de durar la lucha: los soldados abandonaron á Macer, y de esta suerte contribuyeron todos, así colonos que indígenas á su pronta ruina: de modo que su muerte puede decirse que no hubo menester del menor esfuerzo por parte del vencedor. (Año 68 de J. C.)

Disputábanse el imperio del mundo el año siguiente, y en medio de la mas cruel anarquía tres emperadores Galba, Othon y Vitelio, y pereciendo todos ellos de muerte violenta, los reemplazó Vespasiano dueño por fin de la ambicionada púrpura. El punto culminante de la cuestion, era siempre la posesion del Africa como base principal del sosten material de Roma: allí se refugiaron los partidarios de Vitelio, donde fraguaron no pocos complóts sin mas resultado que costar la vida al procónsul Pison, cuya egecucion fué dispuesta por Vespasiano, incidente que no tuvo ulteriores consecuencias sobre la prosperidad del pais, perfectamente cimentada por la sabia administracion del emperador. Al principio de este reinado solo la Mauritania Cesárea, contaba con trece colonias romanas y tres municipios libres: la Numidia y la antigua provincia romana, ó sea el Africa propiamente dicha, (regencias de Túnez y de Trípoli), las contaban aun en mayor escala. Los habitantes de estas ciudades gozaban

del derecho de ciudadanos romanos, y por cierto que alguno de estos privilegios databan del tiempo de la antigua república; y la república imperial los aumentó. De esta suerte en vez de hallarse concentradas las fuerzas del imperio en una sola ciudad, hallábanse diseminadas en colonias civiles y militares, y tan acertadamente distribuidas unas sobre la costa y otras en el interior, que podian socorrerse mútuamente con la mayor facilidad. De este modo se esplica el como bastase una sola legion para mantener el órden en tan vasto territorio. Defendíase cada una de estas colonias por sí sola por que contaba con los elementos necesarios para ello, y solo se ayudaban unas á otras, cuando los bárbaros invadian algunos terrenos á la vez y con cuadruples fuerzas.

De poca monta fueron los sucesos ocurridos en Africa, durante los tres apacibles reinados de Tito, Nerva y Trajano, incluso tambien el del malvado Domiciano, es decir, desde el año 70 hasta el 117 de Jesu-Cristo. Destruida la patria de los judíos, refugióse en Africa gran cantidad de ellos en calidad de esclavos, encontrándose con muchos compatriotas que despues de la ruina de Jerusalen 50 años antes, habia desterrado Tito. Grande era el comercio que hacia Judea con Africa; y mucho antes de acontecer la gran dispersion judía, se habian establecido en Cyréne y otros puntos; muchas familias de esta religion, lo cual dicho sea de paso, favoreció grandemente el desarrollo de las poblaciones primitivas llegando á adquirir grande influencia. Propagóse el mosaismo con la mayor rapidez entre los indígenas y han mantenido hasta nuestros dias á pesar de las numerosas vicisitudes porque ha pasado aquel pais: ni hubo príncipe alguno que mostrase mas interés ni mas constante y esclarecida actividad que Adriano, por la prosperidad general del imperio. En los 21 años que ocupó el trono recorrió casi de contínuo sus vastos estados, esmerándose en destruir abusos y cimentar sobre bases sólidas, la buena administracion de justicia; en el décimo año de su reinado vi-

sitó el Africa (año 129 de J. C.), proporcionando grandes mejoras en el gobierno de aquella provincia, y conquistándose el afecto de todas las poblaciones así por su discrecion, cuanto por lo acertado de sus reformas. Un incidente casual hizo que todos aquellos supersticiosos pueblos le bendijesen, y fué, que habiéndose casi esterelizado el Africa por falta de lluvias, las nuevas cosechas morian apenas aparecian sobre su suelo, los graneros estaban vacíos, y el hambre mas espantosa la consumia; llega el emperador y apenas pone su pié en aquel territorio, el cielo se cuaja de nubes y cae el agua á torrentes; no fué pues necesario mas para que los indígenas mirasen aquel hecho como proteccion de los dioses, y honrasen desde luego la divinidad cesárea. Hubo alguna insurreccion morisca durante el gobierno de Adriano; pero de tan poca importancia, que su sucesor disminuyó las tropas y entregó al brazo civil toda la autoridad. Esta reforma cuyo objeto era el de aligerar las cargas de la provincia, produjo el efecto contrario de lo que se apetecia, y estallando en la Mauritania una formidable revolucion, necesario fué recurrir de nuevo á la autoridad militar. Las escursiones de los bárbaros se habian concretado hasta entonces á los paises limítrofes y sus montañas, pero bajo el reinado de Marco Aurelio, y á despecho de la vigilancia del ejército romano, pasaron el estrecho; y despues de haber asolado las costas de España, tornaron á Africa cargados de botin. Llegaron los fugaces reinados de Cómodo, Pertinax, Didio Juliano, Setimio Severo, Caracalla y Geta, Heliogábalo y Alejandro Severo; y el Africa continuó tranquila, pues no puede darse el nombre de turbulencia al movimiento de Furio Celso, quien apropiándose el título de rey, fué asesinado á los 7 dias de su exaltacion. Todos estos reinados llenan un espacio de 50 años (desde 180 al 235 de J. C.)

Acaso la provincia de Africa, fué la única que no vió surgir de su suelo un pretendiente al imperio; circunstancia que tiene su esplicacion en la debilidad misma del cuerpo

de ejército que la ocupaba, (1) no pudiendo una sola legion seguir el ejemplo de los ejércitos de Yliria, de Galias ó de Siria, eligiendo ella misma sus emperadores; fuerza le era aceptar los dueños que se la enviaban: obediencia que desde luego recelaba todo el carácter de la fuerza, pero que al propio tiempo evitaba los estragos de toda guerra civil.

El advenimiento del feróz Maximino puso término á esta pasagera tranquilidad. El intendente de Africa, digno ministro de aquel tirano, imponia multas á su antojo y hacia manditas confiscaciones, tan solo por aumentar la renta del imperio, despojó de todos sus bienes á una porcion de jóvenes de las familias mas ricas; lo cual dió lugar á que estos resolviesen evitar su ruina ó que fuera mas completa. Habíales dado el plazo de 3 dias para que verificasen la entrega formal, y en este corto tiempo juntaron muchos esclavos que ocultando las armas debajo de sus vestidos se presentaron en audiencia al intendente, y le cosieron á puñaladas en su mismo tribunal. Al salir del palacio les siguió una multitud de gentes, y ellos se trasladaron entonces á Thysdrus, pueblo situado en el fértil territorio de Bysacium á 150 millas de Cartago. Dueños de esta plaza que sin dificultad les abrió sus puertas, levantaron el pendon de la revolucion donde sin gefe de ninguna clase, cifraban todas sus esperanzas en el odio general que inspiraba Maximino; y habiendo menester de un hombre que siendo digno competidor de aquel, pudiese al mismo tiempo conciliar el aprecio de las poblaciones, y prestar á su rebelion la autoridad moral y la consistencia de que hasta entonces carecia, fijaron sus ojos en el procónsul de Africa Gordiano. Pertenecia este á una de las mas ilustres familias del Senado romano; por su padre

(1) Setimio Severo que reinó desde el 193 hasta el 211 de J. C., habia nacido en Africa, pero su elevacion al trono imperial, fué obra de las legiones que mandaba en Yliria, las cuales le sostuvieron con feliz éxito contra los esfuerzos de su competidor.



descendia de los Gracos y por línea materna del emperador Trajano, á lo que hay que añadir que su genial noble y espléndido, le hacia digno de tan ilustre prosapia. Contaba ya 80 años, y se resistió con todas sus fuerzas á admitir aquel cargo; pero fué tanto lo que le rogaron, que al fin y al cabo le aceptó; y llevando en su compañía á su hijo, ambos fueron reconocidos por el Senado.

Ahora es el Africa la que á su vez dá un emperador á Italia; pero es una soberanía efímera, porque al mismo tiempo que se derrocaban en Roma y en mil pedazos las estátuas de Maximino, poniendo en su lugar las de ambos Gordianos, el gobernador de la Mauritania, Capelanio, decidido partidario de Maximino levantaba un cuerpo respetable de ejército que habia de combatir con los nuevos emperadores. Estos, rodeados de amigos fieles; pero nada duchos en el ejercicio de las armas, salieron á su encuentro: Gordiano el joven mostró en esta ocasion un valor sin igual y murió en la pelea, su anciano padre apenas supo esta desgracia, no pudo resistir á tanto dolor y se dió muerte. (1) Viéndose pues Cartago sin elementos de defensa, abrió de par en par sus puertas sin por ello sacar el menor fruto: degolló el feroz Capelanio á todos los partidarios de los Gordianos y saqueó los edificios públicos y casas particulares, porque sabia muy bien que el mejor medio de complacer á su amo era presentarse con las manos llenas de oro y teñidas en sangre.

El Senado, sin embargo, continuó la guerra contra el tirano, oponiéndole á la vez tres emperadores que fueron Máximo, Balbino y Gordiano, nieto del suicida. Maximino abandonado de sus soldados, fué asesinado en su propia tienda por un partido de pretorianos y Máximo y Balbino no tardaron en esperimentar igual suerte á manos de las mismas tropas que despreciaban á los gefes no elegidos por

(1) Sus reinados solo duraron 36 dias.

ellos. De esta suerte vemos que en menos de seis meses el puñal homicida habia acabado con la existencia de seis príncipes. Quedó pues la púrpura para el tercer Gordiano, quien á su vez fué muerto por el árabe Filipo su inmediato sucesor y asesino.

Síguense á las guerras civiles grandes reveses como resultado de los desórdenes interiores. El emperador Decio perece en las orillas del Danubio vencido por los bárbaros del norte, (251 años de J. C.), el emperador Valerio cae vivo en poder del rey de Persia, (260). Desgájase el imperio, pronunciándose los gobernadores de las provincias, el pro-pretor de los galos llamado Póstumo despoja de las Galias al hijo de Valerio y finalmente la España y la Bretaña y las hordas teutónicas penetran por todas partes en el seno del mundo romano.

Resiéntese tambien el Africa al empuje de estos contratiempos: numerosas bandas de francos errantes é indisciplinados despues de haber esparcido el terror en las Galias, atraviesan el Pirineo y caen sobre la provincia tarraconense, (Cataluña y Valencia), saquean muchos pueblos y apoderándose de cuantos navíos hallan en sus puertos, invaden la Mauritania y asolan por espacio de doce años las costas de Africa y de España sin tropezar con el menor obstáculo.

Algunos años despues, (297), los africanos parecian levantarse al toque de llamada que les daban los bárbaros estranjeros, súbito se efectua un movimiento de insurreccion, y mientras Juliano se proclama emperador de Cartago, decláranse independientes las gentes que habitan la parte central y escabrosa de la Argelia actual. Esta doble intentona se presenta de tal gravedad á los ojos de Maximiano Galerio, heredero presunto del trono imperial, que se decide á reprimirla él mismo en persona. Muy lejos estan los partidarios de Juliano de querer medir sus fuerzas con las tropas de Maximiano y viéndose abandonado el usurpador se suicidó. Protegidas las tribus insurrectas por la naturaleza

misma del terreno que ocupan, defiéndense por el contrario con ardimiento tal, que Maximiano no pudo vencerlos sino mediante sérios tratados hasta que con el objeto de evitar luego nuevos trastornos, los diseminó por distintos puntos del territorio.

Dividióse despues de esta espedicion la antigua provincia proconsular en dos partes: llamóse la una Bisacena y la otra conservó el título de Proconsular ó sea Africa. Agregada la Numidia á la Bisacena, gobernóse como aquella lo habia sido antes, por medio de un cónsul y ocupó el segundo rango despues de la provincia africana. La Mauritania Cesárea se dividió en dos provincias bajo la direccion de un *præses*: conservó una de ellas el nombre de Cesarea, tomando la otra de su lugar principal Sitifis el nombre derivado de Sitifiena. La parte comprendida entre ambos Syrtas conservó la denominacion de tripolitana siendo gobernada tambien por un prases, su capital era Æa, (Trípoli). En cuanto á la Mauritania, Tingitana llamada asi por Tingis, (Tánger), su capital era aneja á España, de la que formaba la sétima provincia.

A pesar de hallarse fundada esta nueva organizacion en el verdadero conocimiento de la situacion del país no debia ser por largo tiempo mantenedora de la tranquilidad, preparábase para lo sucesivo una poderosa causa de disturbios que habian de sublevar el Africa y hasta la importancia de los acontecimientos políticos y militares desaparecerá ante el vivo interés que vá á escitar la revolucion religiosa que de pronto ha de verificarse en el mundo todo. Comienza la era cristiana y el Júpiter romano que supo derrumbar de los templos africanos la ensangrentada divinidad, (Moloch) de Cartago vacila tambien sobre su pedestal. Los gastados símbolos y las embriagadoras sensualidades del politeismo van á desaparecer para siempre ante una fé mas sublime y mas pura, y los propagadores irresistibles de esta reciente religion van á llamarse San Cipriano, Tertuliano, Lactancio y San Agustin.

CAPITULO V.

DOMINACION ROMANA.

Los emperadores (251-439 de J. C.)—Decadencia del Imperio.—Introduccion del Cristianismo en Africa.—Persecuciones.—Martirio de San Cipriano.—Los maniqueos.—Los circunceliones.—Cae Africa bajo el dominio de los emperadores del Occidente.—Insurreccion del moro Firmo.—Teodosio le bate y derrota.—Confíase el gobierno á Gildon.—Declárase independiente.—Estilicon le somete.—Nace San Agustin.—Incesantes disturbios en Africa.—Aecio.—El conde Bonifacio liberta al Africa del poder de los vándalos.

A pesar de que el Africa en razon á sus licenciosas costumbres parecia no hallarse aun preparada para recibir las severas doctrinas del cristianismo, este sin embargo, contó con notables progresos al finar el siglo II, y ya el célebre Tertuliano habia dado no poco brillo á las iglesias que en aquella época acababan de erigirse. Los límites de nuestro libro no nos permiten relatar la vida y hechos de este sacerdote cartaginés, á quien Chateaubriand llama el Bossuet africano y bárbaro, como queriendo espresar el vigor meridional y el poder inculto de aquel genio impetuoso que supo establecer entre el mundo y la carne una lucha tan encarnizada cual pudiera existir entre las pasiones y sus goces. De esta suerte vemos que cansadas hasta la saciedad muchas personas cuyo temple de alma las hacia odiar ya la relajacion hasta entonces observada, abrazaban con entusias-

mo los principios de la nueva religion. Cuando florecia Tertuliano, ya la iglesia africana se distinguia por su pureza y su constancia en la fé, que puesta á prueba por las mismas persecuciones, se levantaba de nuevo mas brillante y numerosa. La historia nos ha conservado los nombres ilustres de los primeros mártires que pronunciaron el nombre de Cristo, (1) dando el ejemplo á Perpétua y Felicitas, que despues sufrieron el martirio con no menor resignacion. Rayaba á tal altura en aquella época el entusiasmo, que la crueldad de los gobernadores romanos llegó á ser vencida por la cantidad escesiva de las víctimas. «¿Qué pensais hacer, decia Tertuliano de tantos miles de hombres y mujeres presentando sus muñecas á vuestras cadenas? ¿De cuántas hogueras y de cuántos puñales no habreis menester para tanta mortandad? ¿Pensais acaso diezmar á Cartago?» Bajo tan poderoso influjo, cubrióse toda la provincia africana de iglesias y obispados. El número de cristianos se multiplicaba durante las épocas de tolerancia, y el celo y la fé se exaltaban en los dias de persecucion; alternativa que favorecia grandemente el impulso del nuevo culto. En tiempo de San Cipriano, es decir, hácia la mitad del siglo III, la iglesia africana contaba mas de doscientos obispos al frente de la sociedad y adquiria un incremento admirable. Quiso el emperador Decio paralizar sus progresos por medio de la persecucion y lo que consiguió fue mudar de sitio su orígen, es decir, que desde entonces, tanto las grutas como los ardientes arenales y hasta los mas espantosos desiertos, todo se llenó de cristianos huyendo de la crueldad de sus verdugos. Solo en las minas de Numidia, se encerraron nueve obispos y muchos sacerdotes y fieles. El incansable Cipriano, á quien desde luego debe considerarse como el verdadero organizador de la iglesia africana, los sostenia con sus

(1) Nanzal, Esperat, Citino, Segunda y Vestina.

exhortaciones, alababa su perseverancia y los consolaba en su amargura, y regresando despues á las ciudades prodigaba iguales auxilios á cuantos se hallaban próximos á perecer. En una de estas escursiones fué detenido por unos soldados romanos y presentado ante el tribunal del procónsul. Intimósele que tributara sacrificio á los falsos dioses, y habiéndose negado fué pronunciada sobre la marcha su sentencia concebida en los siguientes términos: «Taicio Cipriano será inmediatamente decapitado como enemigo de los dioses y de Roma, y como cabeza de una asociacion criminal y sacrílega contra los muy sagrados emperadores Valerio y Galiano.» (año 258 de J. C.) El suplicio del ilustre obispo de Cartago, solo sirvió para acrecentar el movimiento enérgico de sus adeptos, contra el cual se estrellaron todos los esfuerzos de Diocleciano y Magencio.

No menos grande era el influjo que por sus mismas persecuciones esta religion ejercia en el ánimo de aquellos pueblos entusiastas y ávidos de emociones; pero desgraciadamente no tardaron en dividir la nueva luz las disputas y las desidencias. «En ninguna parte, dice el elocuente apreciador de San Agustin, se suscitaron mas controversias sobre el dogma y algunos puntos de disciplina que en África. (1) La secta principal fue la de los donatistas, especie de rigoristas y místicos sanguinarios, cuyas máximas y cuyos furores no carecen de puntos de contacto con las de los anabaptistas y las de los independientes.

Estas sectas no eran las únicas que escitaban la ardiente imaginacion de aquellos habitantes, uníanse á ellas otras muchas que no tenian la mas absoluta relacion con el cristianismo. La de los maniqueos, que siendo originaria de los confines de Persia, habia sido una sombra de nuestra religion, estableciéndose por todas partes donde se predicaba

(1) Villemain. *Los oradores sagrados.*

el Evangelio, no carecia de adeptos y hábiles misioneros; adoptando en parte los dogmas del culto cristiano, remedaba su gerarquia, y no era raro encontrar hasta en un pequeño pueblo de Africa, un obispo católico, otro donatista y otro maniqueo, trabajando cada cual por su cuenta, animando á sus sectarios; disputándose la credulidad del pueblo y repartiendo libros y símbolos.

«Los maniqueos no eran mas que místicos ó iluminados, y se privaban de comer todo lo que habia gozado de vida. Casi todos sus ensueños eran inocentes, y aunque perseguidos por los crueles edictos de Teodosio y sus hijos, nunca usaron represalias; no así los donatistas, pues mucho mas numerosos y de irascible genio, mas de una vez fueron causa de que el suelo africano se tiñese en sangre. Constaba como casi todas las sectas de dos partidos: los moderados y los furiosos: componíanse los primeros de algunos curas y ricos propietarios que alimentaban las discusiones, escribian libros y procuraban eludir los edictos imperiales que les quitaba el derecho de testar bajo pena de multa ó destierro. Los otros, llamados *circonceliones*, eran casi todos campesinos de la Mauritania y de la Numidia: adustos, fanáticos sostenidos tan solo por las peroratas de sus sarcedotes aun mas adustos que ellos. De vez en cuando abandonaban en tropel sus habitaciones y echándose á andar á la ventura por el campo, asolaban cuanto encontraban perteneciente á la secta dominante, y hasta asesinaban á cuantos sacerdotes católicos caian en sus manos. Al practicar tales atrocidades, creíanse inspirados por el divino espíritu, y conceptuaban á sus asesinados como otros tantos sacrificios ofrecidos en holocausto á su Dios.

De nada sirvieron para estos hombres ni el rigor de las leyes, ni la crueldad misma de los soldados romanos; nada era capaz de conmoverlos; hacian alarde de contar entre ellos á muchos santos, y á veces ellos mismos se daban la muerte; bien con hierro, bien arrojándose en algun precipi-

cio tan solo por decir que habian adelantado su martirio.»

Mientras se agitaban estas revueltas de religion en el Africa, poseidos de la mayor ambicion los hijos de Constatino destruíanse unos á otros. Juliano su sobrino, designado con el sobrenombre de *Julian el apóstata*, acertó á reunir y llevar con gloria todo el peso del gobierno romano; pero cuando este y su sucesor Joviano faltaron, Valentiniano fué elegido por la milicia, y en union con su hermano Valens se dividieron el imperio, reinando uno en Occidente y otro en Oriente, fatal division que aceleró mas y mas la caida de la potencia romana.

En esta particion (365 de J. C.) Valentiniano á quien habia cabido la parte de Occidente, (1) fijó su residencia en Milan.

---

(1) Las posesiones romanas de Africa, se estendian en aquella época desde Alejandría hasta el Cabo Blanco, pero estaban muy lejos de haber aceptado en todo su vasto dominio la sumision á la metrópoli. Así es, que mientras las provincias del Este recibian en cambio de su docilidad, paz, artes y riquezas, la Mauritania embutida en sus ásperas montañas, conserva por largos siglos sus instintos de independencia salvaje, y siempre se la halló dispuesta á empuñar las armas contra la imposicion de un yugo que aborrecia de todo corazon cualquiera que fuese. Estalla pues la insurreccion, y desarróllase en su seno mismo todo el encarnizamiento montaráz que puede proporcionar el amor patrio; de modo que para librar á la villa Cesárea, (Cherchel), de los desastres de los moros, hubiera sido necesario circundarla de una gruesa y alta muralla.

No dejó sin embargo, de echar ondas raices en Africa la civilizacion que aportaron los vencedores, y hasta la misma Cartago puede decirse que se trocó en una ciudad romana cuya magnificencia y riquezas llegaron á rivalizar con Antioquía y Alejandría. Conservando bajo la autoridad proconsular libertades municipales, un Senado ó consejo público reverenciando en toda la provincia, llegó á desplegar todo el genio comercial que caracterizaba á la antigua colonia fenicia. Su puerto, sus malecones y sus edificios, causaban admiracion á los estrangeros. Esta nuevo Cartago tampoco descuidaba las letras, puesto que contaba con muchas y notables escue-

Desde allí mandaba la Iliria, la Italia, la España, la Galia, la Bretaña y el Africa; pero no fueron escasas las calamidades que estas provincias esperimentaron bajo su reinado; los germanos invadieron las Galias: los pueblos del

. . . .

---

las donde se enseñaba la elocuencia y la filosofía; y en las plazas públicas se apresuraban por oir á cualquier sofista ó á cualquier afamado orador, como acontecia con el ingenioso Apuleo que disertaba ante el pueblo sobre las fábulas y la literatura griega, ansiando los aplausos de aquellas estudiosas é instruidas masas. Aquellas imaginaciones africanas se apasionaban por las artes con admirable ardor, y un entusiasmo que si bien era menos ilustrado que el de los pueblos de la Grecia, era por lo menos tan vivo y espresivo.

Cartago, llamada en aquel tiempo el museo del Africa, tenia teatros donde se representaban las mejores producciones dramáticas de la antigua Roma, así como las mejores imitaciones de la tragedia griega. Las comedias que el africano Terencio esclavo en la Italia, habia visto admirar por sus maestros, fueron estraordinariamente aplaudidas en su patria, ya romana así por el idioma, como por las costumbres.

El mapa de la antigua Africa nos demuestra cubiertas las provincias del Este, por multitud de caminos en todas direcciones. Sétif, Cyrtha, Lambese, Hippône, Théonte y Cartago, eran otras tantas redes donde se cruzaban las comunicaciones. Diez caminos conducian á Sétif, seis á Cyrtha, cinco á Lambese, seis á Hippône y siete á Théonte. Del centro de Cartago partian seis haces que fuera de sus muros se ramificaban en distintas direcciones. Pero todos estos caminos así como las estaciones militares diseminadas en todas las comarcas no bastaban para contener el arraigado instinto de reaccion que alimentaban los indígenas contra la estrangera civilizacion. Las tribus solo podian ser domadas por la fuerza: transportábanse los vencidos á parajes lejanos, pero apenas veian una ocasion favorable abandonaban el sitio de su destierro, y animados por la sed de venganza, tornaban á sus montañas despues de haber destruido cuanto habia caido bajo sus manos. «Así es, dice el general Duvivier, que en todas épocas la ocupacion romana no pudo menos de ser precaria, y solo pareció consolidarse cuando los reyes esclavos, (*reges inservientes*) mandaron en las provincias indígenas, y las doblegaron á la obediencia estrangera.

norte infestaron el Occéano con sus piraterías: los pictos y los celedonios se sublevaron en Bretaña, y la Italia toda se vió anegada en sangre á ciencia y paciencia de su emperador, y si dirigimos una mirada hácia el Africa, la veremos aun mas desgraciada, porque ligándose en secreto el conde Romanus con las tribus del desierto, persiguió á las mismas provincias, siendo su deber el protegerlas.

Las tres villas conocidas con los nombres de Oca, Leptis y Sabrata, formaron entonces bajo el título de distrito de Trípoli, una confederacion rica y poderosa. Con la semi-libertad de que gozaron durante la proteccion de los gobernadores romanos, consiguieron tener un vasto territorio cuajado de fértiles campos, y un comercio bastante estenso. Y esto era mas que suficiente para escitar á los gétulos al pillage: así es que escudados con la impunidad por la connivencia del conde Romanus, se presentaron armados cuando menos se les esperaba sobre aquellas florecientes ciudades, y sorprendiendo á muchos de sus moradores, los asesinaron cruelmente. Aterrorizados los ciudadanos á la vista de tal atropello, pedian auxilio al autor oculto de aquellas maquinaciones y cómplice de sus enemigos, quien no se la negó abiertamente, pero los términos en que lo hizo, equivalía á una negativa, puesto que exigia nada menos que cuatro mil camellos y una escesiva cantidad de dinero. Recurrieron pues los tripolitanos al tribunal del emperador, quien engañado por los falsos informes que se le habian dado, consideró sus quejas como calumniosas, y contestó con un mandato de proscripcion. Cinco de los principales ciudadanos fueron ejecutados en Utica: á otros dos se les arrancó la lengua. El conde Romanus se quedó desempeñando su destino.

Toda Africa vió con la mas profunda indignacion semejante acto de barbarie: y la rápida declinacion del poder romano, despertando el valor de los moros, hizo que estos se pronunciaran llevando á su frente á Firmo, no era este un gefe de los de las tribus del desierto, era un príncipe

tributario al que obedecian las poblaciones agrícolas medio civilizadas que habitaban la zona intermedia entre las colonias romanas y las tribus nómadas. Su desenfrenada ambicion, su talento malicioso y fecundo en estratagemas, su vida y su muerte parecian querer reflejar en este personaje una pálida imagen de Yugurta. Dirigidos sus primeros esfuerzos contra un gobernador desprestigiado y aborrecido, viéronse por todas partes coronados del mejor éxito. Despues de haber derrotado á Romanus en varios encuentros, puso sitio á la importante villa Cesárea; y luego que la hubo tomado la incendió. Del terror que llegaron á infundir sus armas y del espíritu del pueblo, nació el deseo de recobrar su independencia; y la Numidia y la Mauritania se les unieron. Hubo pues un dia en que creyéndose ya dueño del Africa entera, vacilaba su eleccion entre la diadema de un rey moro y la púrpura de un emperador romano.

Comprendiendo Valentiniano toda la gravedad del peligro, dispusó que pasase á Africa el célebre Teodosio el mismo que con el tiempo habia de constituir la rama de una dinastía imperial. Acababa este general de someter la Gran Bretaña, y por lo mismo fué elegido para pacificar el Africa. En muy corto tiempo juntó una flota, y con ella y con un escaso número de veteranos partió desde la embocadura del Ródano y se trasportó cerca de Igilgilis donde verificó su desembarco: pocas fuerzas le acompañaban como hemos visto, y la flota habia sido improvisada; pero su reputacion y nombradía valia mucho. Avezados los moros á los ardides y la falsía, sucedió que Firmo dió palabra de rendirse y entregar las armas, Teodosio aceptó las proposiciones de paz; pero ni uno de sus soldados abandonó el puesto, ni alteró en lo mas mínimo sus operaciones militares; y por cierto que el resultado no tardó en justificar la prudencia y desconfianza de Teodosio, pues en el momento mismo en que Firmo parecia dispuesto á entregar las armas y enviar los rehenes convenidos, se presentaron de re-

pente y le protegieron sus dos hermanos Mascizel y Mazuca á la cabeza de un considerable ejército.

Pero Teodosio no les dió tiempo de maniobrar y desde luego comenzó por marchar sobre Mascizel. Aceptada la lucha por los moros, estos sostuvieron con firmeza el primer embiste de las tropas romanas, mas no tardaron en verse arrollados y hecha trizas su vanguardia, el resto tomó la fuga. Esto dió lugar á que aprovechándose Teodosio de estas ventajas dispusiera á internarse mas en el país, cuando llega á sus oidos la noticia de que los moros de Mascizel reunidos otra vez bajo su gefe, avanzan hácia él; espéralos á pié firme y cuando se le hubieron acercado, los atacó con tal denuedo que otra vez los derrotó y de modo que no pudieran rehacerse mas. Asustado Firmo con este segundo revés, pidió un salvo conducto y se presentó en el campo romano, donde hincando su rodilla ante el vencedor, solicitó con toda humildad la paz; Teodosio accedió, pero sin dejarse alucinar por vanas promesas y exigiéndole garantías mas sólidas que su sola palabra de honor. Púsole por condicion: «que Firmo se comprometeria á proporcionar víveres para el ejército, que dejaría en rehenes desde luego algunos parientes suyos, que soltaría á todos los prisioneros que tuviese desde el principio de las revueltas, que devolvería todos los estandartes y demás enseñas que tuviese pertenecientes al imperio, y por último que licenciaría á todos sus soldados, entendiéndose que si faltase á la menor de estas estipulaciones no podria volver á la gracia del emperador.» Firmo pareció aceptar su perdon con agradecimiento y forzado por las circunstancias, en el corto término de dos dias casi llegó á cumplirlas todas; pero mientras proporcionaba víveres á sus enemigos, esparcia el oro á manos llenas por el campo romano, con el objeto de ganar á los soldados y espedia emisarios á larga distancia para atraerse á los gefes mas poderosos de la comarca y levantar si le fuese posible hasta las tribus independientes del desierto,

No dejaron de producir efecto estos manejos, pero Teodosio no era hombre que se dejara sorprender por las astutas maniobras de su contrario, y aunque la sedicion habia dado por resultado el levantamiento de un cuerpo de arqueros y la audacia de un tribuno militar que á guisa de diadema puso en el pescuezo del rebelde su propio collar, quiso Teodosio escarmentar á los traidores y lo consiguió, sorprendiéndolos, derrotándolos y dejando abandonados sus soldados á su propia venganza. Cortóse la mano derecha al tribuno y despues se le degolló; los oficiales fueron todos decapitados y los soldados perecieron casi en su totalidad á manos de sus mismos compañeros. Terminado este acto de útil severidad, dirigióse Teodosio hácia una fortaleza en que se habian refugiado los moros, tomóla por asalto, pasó á cuchillo toda la guarnicion, derribó las murallas y arrancó hasta sus cimientos. Encáminose despues á Tingitana, (Tánger) amenazada por la antigua tribu de los Maziques, y atacando á los bárbaros sin darles tiempo de defenderse les obligó á implorar su clemencia.

A pesar de que las armas romanas se enseñoreaban victoriosas por todas partes, los moros lejos de desmayar por tan repetidos reveses, parecian estimulados por un constante ardor belicoso; asi es, que habiéndose internado Teodosio acaso algo mas de lo que convenia á su seguridad, aprovecharon los moros aquella ocasion favorable y le cortaron la salida. Viéndose tan de cerca amenazado por la morisma, y contando tan solo con mil quinientos caballos y escasas fuerzas de infantería, en tan crítica posicion hubo de efectuar la retirada, pero la hizo con mucho órden y apoderándose de los mejores puntos de defensa. De esta suerte pudo contener el fogoso empuje de aquellas hordas indisciplinadas; pero llegó un momento en que se vió á pique de ver cortada su retirada: todas las salidas estaban tomadas á pesar suyo, se veia forzado á pelear, lo cual contrariaba grandemente sus planes, y acaso le hubiera sido funesto si

un accidente inesperado no le hubiera sacado de aquel apuro. Apareció de lejos el contingente de tropas que los Maziques vencidos enviaban á Teodosio y venian como de costumbre escoltados por soldados romanos, y apenas divisaron los moros aquel grueso peloton de gente de armas, creyeron fuese un ejército entero que venia á socorrer á Teodosio y apoderándose de ellos el pánico mas espantoso, se estendió la alarma entre los bárbaros. Aprovéchase Teodosio de aquella circunstancia, se abre paso por entre las filas enemigas, las deshace y conduce su pequeño ejército bajo los muros de Taves donde se hace dueño de una ventajosa posicion. Desde allí trabajó en la desunion de las tropas enemigas, lo cual le produjo muy buenos efectos: prometiendo á unos honrosas capitulaciones y á otros decorosas recompensas en dinero, consiguió que la mayor parte de los partidarios de Firmo le abandonasen, y él mismo viéndose vendido por sus gentes, dejó á los pocos que le habian quedado fieles y huyó despavorido á sus montañas. Tan pronto como los moros, se vieron sin el gefe ellos mismos se desbandaron.

Esta guerra, lo mismo que las de Yugurta y de Taofarinas, puede servir de ejemplo á los actuales generales que mandan en Africa. No hay triunfo seguro mientras subsista el gefe y aunque á este se le logre vencer, tampoco le hay, porque aun le sirve de ligazon para todas aquellas poblaciones desunidas, concentrase de nuevo la vaga nacionalidad africana y personificase en un solo hombre. Necesario es pues buscar desde luego á ese hombre y apoderarse de su persona. Todo esto lo sabia muy bien Teodosio y si no pudo impedir la repentina fuga de Firmo hácia sus escabrosas madrigueras, emprendió desde luego y sin descanso su persecucion y no tomó aliento hasta que la muerte del enemigo puso término á la guerra.

Firmo, Mazuca hermano suyo y sus principales partidarios se habian refugiado en los dominios del rey de los isá-

flienos (1) parodiando en esto la conducta de Yugurta que halló proteccion cerca del rey Boco. Estos pueblos salvages que desde largos años habitaban el *país de las palmeras*, habian llegado á olvidar en aquellos áridos confines del desierto el poderío del nombre romano y Teodosio trató de que supieran de nuevo respetarle y temerle. Marchó, pues contra ellos y habiéndose negado á la intimacion que les hizo de descubrirle el sitio donde estaba el gefe se adelantó sobre ellos y al primer encuentro los destrozó; Mazuca cayó herido y Firmo perdió los pocos soldados que le restaban.

Sin embargo el gefe de los isaflienos llamado Igmazen, se adelantaba al frente de 20,000 hombres y tan luego como hubo divisado á Teodosio se le aproximó con una pequeña escolta. «¿De dónde eres y qué vienes á hacer aquí? le dijo con arrogancia.

—Soy respondió el conde, el general de Valentiniano, monarca del Universo, quien me ha enviado para perseguir y castigar á un bandido. Entrégame ese bandido, y sino quieres obedecer las órdenes de mi invicto soberano, puedes contar con que tú y tu pueblo desaparecereis de la haz de la tierra.» Lejos de acobardarse el gefe bárbaro por estas palabras, no tardó en presentarse al frente de sus veinte mil combatientes en batalla campal, y ocultando tras sus soldados una masa confusa, que era un cuerpo de reserva, compuesto de muchos caballos para cargar á una señal dada sobre el reducido ejército de Teodosio. Desigual en estremo era este combate para los romanos, pero supieron sostenerlo dignamente durante todo el dia y sin esperimentar descalabro de consideracion, hasta que echándose encima la noche, y redoblando sus esfuerzos los bárbabros, se presentó Firmo sobre una eminencia cercana. Vestia un rico manto de

(1) Los isaflienos ocupaban las montañas situadas al sud de Tittery.



púrpura y hallándose bastante próximo á los soldados romanos les gritaba: «Entregad vuestro general al rey Igmazen, sino no habrá cuartel para vosotros, por todas partes vais á ser cercados y sereis deshechos.» La presencia de Firmo en esta ocasion no dejó de producir desaliento en el ejército romano ya rendido de fatiga, pero pudo por fin retirarse despues de entrada la noche.

No tardó Teodosio en tomar la revancha, pues reforzado con nuevos destacamentos obligó á los bárbaros á que dividiesen sus fuerzas, causándoles no pocas pérdidas. Asustado Igmazen á la vista de tanto revés, fatigado ya de una lucha en la que jugaba su reino y su cabeza en defensa de un gefe estrangero, solicitó en secreto la paz, ofreciendo entregar á Firmo tan pronto como las tribus que le servian llegasen á comprender todos los males que acarrea la guerra. Esto bastó para que Teodosio apresurara aquel momento, quemando ciudades enteras y mortificando lo mas que podia á los isaflienos. Persuadido Firmo de la tibieza de sus aliados, trató de huir otra vez á las montañas, pero Igmazen se lo prohibió y le apresó: entonces el moro, antes que sufrir la humillacion de servir de triunfo á los romanos, prefirió darse muerte y se ahorcó aquella misma noche. Cogió Igmazen su cadáver y puesto sobre un camello, lo mandó á Teodosio quien despues de estar seguro de su autenticidad y de que la guerra habia por fin terminado, siguió con sus victoriosas tropas el camino de Setif. Grandes y entusiastas eran las aclamaciones que se le dirigian durante toda su travesía, y puede asegurarse que le recompensaron sobradamente del servicio que acababa de prestar á aquellas desgraciadas provincias, unas veces arruinadas por la avaricia de los gobernadores, martirizadas otras por la crueldad de los rebeldes. La conclusion de esta guerra dió á conocer que los indígenas nunca hubieran podido derrocar por sí solos la dominacion romana.

El Africa estuvo á punto de perderse en manos de Ro-

manus, y Teodosio se la devolvió. El modo que tuvo la córte imperial de premiar al uno y castigar al otro, caracteriza al gobierno de aquella deplorable época. Cuando Teodosio llegó á Africa suspendió en sus funciones al conde Romanus, y aunque en lugar seguro hasta la conclusion de la lucha, se le trataba con cierta deferencia. Sabidos eran sus crímenes, y probados hasta la saciedad; grande era la impaciencia del pueblo aguardando el condigno castigo: pero protegido por algunos cortesanos, recusó sus legítimos jueces y consiguió tantas dilaciones que valiéndose de testigos falsos y otros ardides, tuvo el tiempo suficiente para aumentar el número de sus crímenes, y mientras las leyes enmudecian ante la farsa y la impostura, en Cartago rodaba en el suelo la cabeza del libertador de Bretaña y de Africa. Ya no existia Valentiniano y pudo imputarse á sus hijos el asesinato de Teodosio, y la impunidad del conde Romanus.

La muerte de Firmo no destruyó en Africa el influjo de su familia; antes por el contrario, su hermano Gildon que militaba en las legiones romanas, cuando este gefe alzó el pendon de la revolucion; no tan solo heredó sus riquezas sino su rango como recompensa debida á su fidelidad. En el reinado del sucesor de Valentiniano fué investido con el título de conde militar; y el emperador Teodosio, el hijo del mismo á quien su hermano habia vencido, le confió el mando de Africa. Tal era en aquel desordenado siglo la política imprudente y tirante de los mas esclarecidos emperadores, apuntalada siempre por el ausilio de los príncipes bárbaros: y aniquilando de esta suerte el porvenir en cambio del presente, y alejando el peligro de su cabeza para hacerlo recaer sobre la de su sucesor.

La tiranía de Gildon que pesaba sobre las cinco provincias que constiyentes del gobierno africano, solo puede ser puesta en parangon con las de Neron y Calígula en Roma. Lo mismo que aquellos abándonabase sin rebozo á la mas impúdica prostitucion, al egercicio de los mayores y

mas atroces crímenes. Su mayor diversion era la de atemorizar á los convidados que admitia en su mesa y apenas daban á conocer el menor recelo los mandaba degollar: á las madres las robaba sus hijos, á los maridos sus mugeres y cualquiera que fuese su categoría despues de haberlas deshonrado, las entregaba á la brutalidad de unos cuantos satélites que habia reclutado entre las hordas salvages del desierto. Doce años duró esta terrible tiranía: ocurrió la muerte del gran Teodosio, cuando se disponia á libertar el Africa de tan odioso gobernador y la autoridad de Gildon se robusteció por la debilidad de los hijos de Teodosio, ó mejor dicho, por las discordias de sus ministros. Gildon no era ya un vasallo del imperio sino todo un soberano á quien bastaban las realidades del poder sin ostentar su investidura ni sus insignias. Autorizado por la impunidad detuvo la salida de los granos para Roma, lo cual venia á ser la manifestacion acostumbrada de los procónsules de Africa cuando trataban de declararse independientes. El débil Honorio que á la sazon reinaba en el Occidente, no era capaz de infundir temores á Gildon, pero su ministro Estilicon, tan distinguido capitan cuanto hábil político se hacia respetar mas. Con el objeto de conjurar la tormenta que se le venia encima, trató el rebelde de acrecentar las divisiones que de atrás existian ya entre ambos imperios, brindando al soberano de Bizancio nada menos que el homenage que debia al emperador de Occidente.

Confióse la espedicion preparada por Estilicon contra el tirano de Africa, á un general que tenia ofensas personales que vengar. Era este Mascizel, hermano de Gildon, el mismo que vimos no ha mucho peleando al lado de Firmo, y que congratulado despues con los romanos, atrajo sobre sí la enemistad del usurpador. Obligado á dejar el Africa huyendo de la venganza de su hermano, dejó allí á sus dos hijos de corta edad, y habiéndoselos asesinado Gildon, claro está que entre ambos hermanos debia existir el odio mas acen-

drado. Embarcóse en Pisa un cuerpo escogido de veteranos galos á las órdenes de Mascizel, espedicion que constaba, además de las legiones *Joviana*, *Hercúlea* y *Augusta*, de otras auxiliares llamadas *nervianas*, soldados en cuyas banderas se veía un leon como símbolo de la fuerza y nobleza, y finalmente otras legiones distinguidas con los bonitos nombres de *Afortunada* é *Invencible*. Sin embargo, tan decaido se hallaba ya el imperio que estos siete cuerpos escogidos no pasaban de 5,000 hombres efectivos. (1) Gildon por su parte esperaba al ejército romano puesto al frente de 70,000 combatientes, pero sus tropas eran poco seguras y solo esperaban la ocasion de poder desertar pasándose á las filas del hermano. Asi es que á pesar de aquella numerosa caballería que segun dijo Gildon debia envolver en una nube de polvo á los guerreros que llegaban de las frias regiones germánicas, apenas se vieron ambas legiones frente á frente, un suceso de la mayor insignificancia decidió su ruina. En el momento de empeñarse el combate, Mascizel se puso delante de sus legiones para ofrecer á las tropas del usurpador el perdon de su sublevacion, cuando un porta-estandarte de Gildon quiso detenerle pero al darle Mascizel con su espada sobre el brazo, fué tal el dolor que sintió que soltó el estandarte y se vino al suelo; movimiento que observado por toda la línea, fué interpretado como una señal de sumision. De aquí el mayor desórden entre la gente bárbara, de aquí el ponerse en deshecha fuga y de aquí por último la proclamacion de Honorio. Tomó el moro rebelde uno de los puertos de la costa, donde se embarcó

(1) La legion en tiempo de Rómulo constaba de 3,000 peones 300 caballos: cuando la reunion de los sabinos y los romanos se duplicó: en tiempo de la república unas veces tenia 4 y otras 5,000 hombres con 200 ó 300 caballos: En la época de los primeros emperadores llegó á 6,000 y aun 6,200 infantes con 300 caballos. (Tito-Livio.)

apresuradamente en el primer bajel que hubo á la mano, pero conducido por el viento contrario á Tabarca, apoderáronse de él los habitantes, encerrándole en un calabozo hasta dejarle en poder de los ministros del emperador, cuya autoridad habian ya reconocido. Gildon hizo lo mismo que Firmo, es decir que se libró del suplicio por medio del suicidio.

Pero estaba decretado que el Africa habia de gozar largo tiempo de su libertad, asi es que apenas trascurrieron treinta años entre la caida de Gildon y la invasion de los vándalos. El reinado del estúpido Honorio que llenó casi todo este intervalo, representa la época de la postrer agonia del imperio. Derrúmbase este cuerpo colosal y todas las partes que le componian van á parar de grado ó por fuerza bajo el yugo dominador de los bárbaros. Alarico sitia á Roma, hácese dueño de ella y no se atreve á permanecer allí porque su jigante silueta le causa espanto, porque su sombra le amedrenta: los godos asolan la Italia: los francos y los borgoñones se arrojan sobre las Galias; los alanos, los suevos, los vándalos y los godos penetran en España; y los sajones invaden la Gran Bretaña. Al emperador del occidente no le queda ya mas que el inseguro asilo de las lagunas de Ravena.

En esta calamitosa época fué cuando en medio del conflicto de tantas opiniones religiosas presenció Africa el nacimiento del hombre que acaso sea su mayor gloria; este fué Agustin, cuyo genio no pertenece tan solo á su patria, porque pertenece á la humanidad toda, y es el mismo cuyo nombre resalta en la historia de la filosofía cristiana. Su madre era fervorosa católica, su padre pagano ó indiferente y de la ciudad de Tagaste, pasó de la secta de Donato á la comunion de Roma.

Estudió Agustin en la villa de Madora, despues en Cartago, pero el estudio de las letras era harto estrecho para él, su tierna y espansiva alma habia menester de creencias, así

es que por todas partes buscaba la verdad. Creyó encontrarla en la secta de los maniqueos cuya sútil metafísica cuadraba grandemente con su imaginacion siempre ansiosa de nuevas emociones. Su madre detestaba esta secta y suplicaba á todos los obispos cristianos que apartasen de ella á su hijo. «Marchaos en paz de aquí, le contestó uno de ellos, y continuad llorando por él, que nunca perece un hijo por quien tantas lágrimas se vierten.» Cuando Agustin volvió al lado de su madre, se dedicó á la enseñanza de la retórica, pero la afliccion que se apoderó de su ánimo por la muerte de un amigo suyo, le hizo abandonar por segunda vez la villa natal y tornó á Cartago donde prosiguió siendo un diestro profesor de elocuencia, maniqueo de escasas convicciones y filósofo inclinado á los placeres.

Cansado de todo regresó á Roma y pasó despues á Milan donde conmovido por las palabras de San Ambrosio, á la sazon obispo de aquella diócesis, se retiró á la soledad, y halló en el cristianismo un término á las largas inquietudes de su espíritu y de su corazon. Recibió el bautismo de manos de aquel prelado y decidió volver á Africa con su familia y sus amigos á cuyo efecto se embarcó en Ostia, cayendo enferma su madre y muriendo á los pocos dias. Tan intenso fué el dolor que aquejó á Agustin con este suceso que renunciando al viaje proyectado, se detuvo algun tiempo en Roma donde escribió un tratado sobre las costumbres de la iglesia católica y por la vez primera combatió las ideas de los maniqueos cuyas creencias habia profesado largos años.

La victoria de Teodosio contra Máximo produjo la pacificacion del imperio y entonces Agustin volvió á Africa. Despues de haber permanecido un corto tiempo en Cartago se retiró á una propiedad que tenia cerca de Tagaste con el objeto de mejor dedicarse con sus amigos á la meditacion de las escrituras y á la oracion, sin que en medio de tantas y tan religiosas contemplaciones, el nuevo convertido aspirase de modo alguno al sacerdocio. Sin embargo hallán-

dosé por casualidad en Hipona el obispo de aquella ciudad llamado Valero que era griego y no sabia predicar en latin, resolvió ordenar de cura á Agustin para mejor salir de su apuro con su ayuda. Negóse al pronto el neófito; pero fueron tantas las instancias del pueblo que ansiaban verle pastor, que así como Crisóstomo reemplazó á Flavio en la iglesia de Antioquia, así Agustin reemplazó al obispo Valero. Era tal la uncion de sus discursos, que á veces se enternecia hasta el punto de llorar; lleno de imágenes y de fogosa verbosidad conseguia dominar el espíritu de sus oyentes, cautivándolos en fuerza de su persuasiva elocuencia. De esta suerte logró abolir los festines sobre la tumba de los mártires y lo consiguió entreteniendo á los fieles en la iglesia cuando debian celebrarse aquellas licenciosas bacanales. Ocupábase igualmente en la educacion de los niños, dulcificaba la suerte de los esclavos y mantenia correspondencia con todas las sociedades cristianas del Africa. Llegado Valero á la edad provecta le hizo nombrar su coadjutor con el título de obispo, y así pudo Agustin continuar dirigiendo la Iglesia de Hippona, predicando siempre la union y la caridad, y manifestando en todos los instantes de su vida la prueba de su fé. Fundó un hospicio para los forasteros, estableció la religiosa costumbre de dar todos los años un traje nuevo á los pobres y hasta llegó á vender los vasos sagrados para emplear su producto en el rescate de cautivos. No abandonó su redil sino para trasladarse á Cartago cuyos habitantes eran casi todos partidarios del paganismo.

Ni desde su modesto asilo dejaba de dirigir sus miradas hácia las distintas iglesias cristianas, y nada puede ser comparado con la ardiente abnegacion de este apostolado: en el que entre la predicacion, las obras de filosofía, las controversias con los paganos y cismáticos y con los doctores de su comunion, apenas le quedaba un momento de descanso, y era de ver su exaltacion al luchar contra los maniqueos y los donatistas cuyos principios erróneos aborrecia de cora-

zon. Habíase convertido la pequeña ciudad de Hippona en un anfiteatro escolástico donde se agitaban las mas importantes cuestiones promoviéndose discusiones en las que tomaban igual interés todas las clases de la sociedad, aun las mas ínfimas. El espíritu indomable de las sectas religiosas sobrevivió en Africa á los males del imperio y aun diremos mas: se creó un alimento en aquellas desgracias mismas.

Hastiado ya de tanta obstinacion, el débil Honorio adoptó el partido de castigar á los sectarios con todo rigor, pero el destierro, las confiscaciones y la muerte, lejos de abatirlos, aumentó su resistencia. No se veía por doquier mas que sangre, tumultos y desesperacion, y para que nada faltase á aquella desgraciada tierra, el conde Heraclio que la gobernaba, alzó el estandarte de la rebelion, titulóse emperador y habiendo conseguido armar una flota que los historiadores de aquellos tiempos comparan con ridícula exageracion á las de Xerges y Alejandro, arribó sin oposicion á Italia y echó el áncora en la embocadura del Tiber, pero fué vana su idea porque al marchar sobre Roma fué atacado y vencido por uno de los generales de Honorio: solo le quedó un vagel en el que huyó á Africa ya sometida á las leyes del emperador, y donde sus mismos cómplices le entregaron á los magistrados de Cartago, quienes dispusieron se le cortase la cabeza.

Tal era el estado de las cosas cuando despues de muerto Honorio y bajo el gobierno del célebre Placidio que reinaba en occidente á nombre de su hijo Valentiniano III (1) nacieron los mútuos celos de Accio y Bonifacio, y fué entregada el Africa á los vándalos. A reunir sus esfuerzos estos dos grandes hombres, á quienes un célebre historiador denomina *los dos últimos romanos*, hubieran podido sostener por algun tiempo el vacilante imperio; pero sus deplorables discusiones le pre-

---

(1) Hubo tres emperadores llamados Valentinianos. El último Valentiniano III, hijo de Constancia y de Placidio, permaneció largo tiempo bajo la tutela de su madre.



cipitaron. Aecio se inmortalizó en la derrota de Atila sobre los llanos de la Champaña, y aunque menos deslumbradoras las proezas del conde Bonifacio y cubiertas con el espeso velo del tiempo, demuestran mas nobleza y mas generosidad que por la parte de su rival. Aecio llamó diferentes veces hácia su imperio á los bárbaros, haciendo casi siempre traicion á sus amos, mientras que Bonifacio por el contrario, defendió su patria con intachable fidelidad, y empleó las tropas y los tesoros del Africa que gobernaba, unas veces contra los bárbaros y otras contra los revolucionarios sin dejarse doblegar por ningun género de atractivo.

Pero llegó el momento en que habiendo sido envuelto en una enredosa maquinacion, se apartó de aquel honrado proceder, y fué necesaria toda la autoridad de su soberana para hacerle volver al buen camino; conducta que fué recompensada con el reconocimiento de su inocencia y secundada por él, reparando en cuanto le fué posible los daños que habia causado.

Y por cierto que si sus esfuerzos fueron infructuosos y si por último el Africa fué presa de los vándalos, la historia no deberá arrojar esclusivamente la responsabilidad sobre la frente de este hombre, sino mas bien demandarla á su rival cuya traicion le forzó á pedir socorro nada menos que á los bárbaros.

La traicion de Aecio es digna de ser algun tanto esplicada, aun cuando no sea mas que por las funestas consecuencias que produjo. Mientras Bonifacio mandaba en Africa, unidos los vándalos con los alanos, devastaron la España y se establecieron en la tan fértil cuanto rica Bética. Ordena Placidio al conde que se presente cuanto antes al rey Gonderico con el objeto de poner término á sus invasiones, y este viaje fué la causa primordial de su pérdida; porque habiéndose prendado de una jóven vándala, solicitó su mano y la obtuvo sin dificultad por lo mucho que importaba al rey una alianza que podia refluir en pró de su nacion. La

jóven se llamaba Pelagia y profesaba la religion arriana, pero Bonifacio era católico, lo cual producia una dificultad que solo pudo ser vencida abrazando ella la religion ortodoxa. Esta conversion no hubo de ser muy síncera, porque apenas llegó á Africa, abusando del ascendiente que tenia sobre su esposo, llenó su palacio de arrianos, añadiendo con esto nueva fermentacion á las discordias religiosas que de tiempos atrás habian trastornado aquella desventurada region. Católicos, arrianos y donatistas se detestaban tanto entre sí como pudieran detestar á los moros paganos ó á los vándalos.

El enlace de Bonifacio con una princesa vándala, así como la introduccion del arrianismo en Africa, abrian ancho campo á las intrigas de Aecio, al propio tiempo que le proporcionaban la mejor ocasion de turbar la paz doméstica de su rival. Para esto último dió á entender á Pelagia que al unirse á ella Bonifacio no habia respondido á los impulsos del amor, sino mas bien á los de la ambicion, puesto que no le guió mas objeto que el de asegurarse el apoyo de los bárbaros y constituirse independiente. Con mentido celo por los intereses de la verdadera religion, deploraba el acrecentamiento que iba á tener la heregía, harto fatal ya para el imperio: causando en el mundo cristiano mas víctimas que todas las guerras juntas, y presentando por último todo un capítulo de razones, terminaba suplicando á la emperatriz que retirase la confianza que habia depositado en aquel hombre, y de la que tanto habia abusado, y se le llamase á su gobierno: añadiendo estas notables palabras. «Su desobediencia pondrá de manifiesto la justicia de mis acusaciones, y antes le vereis alzar el pendon de la revolucion que abandonar sus proyectos de usurpacion. Es pues de grave urgencia arrancar la máscara con que se cubre ese traidor.» La profecía de Aecio no estaba hecha como suele decirse á tontas y á locas, era una profecía verdadera y realizable porque las hebras que la tegian habian sido hiladas por él

mismo, y nada tenia de estraño que un hombre de tan negro y malvado doblez, sorprendiese la credulidad de una débil mujer y de un leal caballero mucho mas cuando ellos nada sospechaban. Veámos cuales fueron los resultados de tan maquiavélico plan.

Al mismo tiempo que merced á muchas estratagemas, mantenia vigentes el temor y las dudas de la emperatriz, sostenia Aecio correspondencia secreta con Bonifacio, ocultándole sus pérfidos designios bajo el manto de la mas falsa amistad: aquel llamamiento era en opinion del conde hasta una sentencia de muerte, y para Plácidio era la desobediencia un indicio cierto de trastornos, y por cierto que las tales tramas produjeron todo el efecto que su autor apetecia. Bonifacio no quiso obedecer la órden del llamamiento, y entonces envió Plácidio contra él un ejército mandado por tres generales, Mavórcio, Gálvio y Sinox, espedicion que fracasó por las muchas rivalidades que surgieron entre estos tres gefes disputándose cada cual el mando, resultando de aquí que Sinox hizo asesinar á sus dos compañeros, y cayendo él á su vez bajo la férula de los emisarios de Bonifacio la lucha hubo de cesar. Pero este primer triunfo no deslumbró al conde porque estaba muy lejos de creerse con fuerzas bastantes para hacer frente á las del imperio occidental, y además porque conocia sobradamente las intenciones de su rival. Apenas supo que una nueva espedicion se dirigia contra él y despues de haber luchado consigo mismo, cual si escuchara el postrer acento de la conciencia y del deber, marchó á España con la firme intencion de brindar á los vándalos con la particion del Africa, lo cual no tan solo era vender á su patria sino á su religion. De esta suerte estipuló con Gonderico, que los vándalos tomárian posesion de las tres Mauritanias que eran la Tingitania (Marruecos y Fez) la Cesariana (Oran, Argel y Titteri) y la Sitifiana (provincia de Sétif) quedando todo lo demás del pais para Bonifacio. Ofreciéronse ambos aliados fiel y comun auxilio contra toda agre-

sion posible, y así concluyó el tratado que habia de producir la ruina del poderío romano en Africa. «Nada hay mas interesante para la historia, dice Mr. Villemain, que el lenguaje de Agustin á este general romano cuando por un fatal resentimiento fué traidor á su patria.—Ten siempre presente, le dijo, quien has sido tú mientras vivió tu primera mujer de feliz memória y aun poco despues de haber ella muerto: acuérdate hasta qué punto llegáste á odiar las vanidades humanas y cuanto anhelabas servir á Dios. ¿Quién habia de suponer, quien podia temer que ocupando Bonifacio tan vasta provincia, al frente de un numeroso y aguerrido ejército y llamándose conde del Palacio y del Africa pudiera consentir que envalentonados los bárbaros avanzasen como lo han hecho, asolasen tantas tierras y trasformasen en yermo tantos sitios habitados? ¡Contempla tú ahora hasta donde han salido fallidas las esperanzas de los hombres! y además, al engalanarte con la investidura de conde, contando con tanta pujanza y poderío ¿quién habia de dudar ni un solo instante, que los bárbaros dejáran de recibir una severa leccion y que no tan solo habian de ser subyugados, sino que como consecuencia inmediata de su humillacion no llegáran á ser tributarios del romano poder? Has de saber que al recibir tú del imperio romano tanto beneficio y tanta honra, no debes pagar el bien con el mal, y si por el contrario recibiste de él injustos tratamientos, en ese caso no debes pagar el mal con el mal. Cualquiera que sea de estas dos proposiciones la que exista, no me meteré á examinarla, porque no puedo juzgarla. Hablo á un cristiano y le digo: No pagues nunca el bien con el mal, ni el mal con el mal.

Pero por esta vez fué impotente la elocuencia de Agustin, porque el conde Bonifacio solo escuchó la voz de su resentimiento, y cuando hubo reconocido la gran falta que habia cometido, era ya tarde: los vándalos eran ya dueños del Africa.

CAPITULO VI.

DOMINACION VANDÁLICA.

(429-535 DE J. C.)

Origen de los vándalos: penetran en Africa.—Sitio de Hippona.—Muerte de San Agustin.—Toma de Cartago.—Armamento de Roma y de Bizancio contra los vándalos.—Saco de Roma.—Organizacion política y administrativa de los vándalos en Africa.—Triunfos de Genserico sobre los imperios de Oriente y Occidente.—Los vándalos dueños de toda el Africa.—Persecuciones religiosas.—Muerte de Genserico.—Decadencia de la dominacion vandálica.—Espedicion de Belisario.—Destruccion del imperio de los vándalos.

Nacidos en las riberas del Báltico y mucho antes de la era cristiana, habíanse diseminado los vándalos por toda la alta Alemania: convertidos despues al cristianismo en Pannonia, no tardaron en abrazar la herejía de Arrio y el fanatismo que emplearon para su pronta propagacion llegó á ser para los católicos ortodoxos una causa incesante de desgracias y persecuciones. En 406 invadieron las Galias y de allí vinieron á España; pero inquietados aquí por los suevos, los visigodos y los romanos, tornaron su vista hácia la verde Africa, cuyas lozanas ciudades podian casi distinguir al través del estrecho y aceptaron desde luego y con entusiasmo las proposiciones de Bonifacio.

A pesar de que la provincia africana siguió el movimiento de decadencia impreso al imperio, ni se aminoró su poblacion ni menos disminuyó su comercio de caldos y granos. Cartago no desmintió nunca el sobrenombre de *Roma africana* por la magnificencia de sus edificios (1) la estension de sus murallas y la multitud de sus habitantes, pues Hippona, Utica y Cirta ostentaban como antes, aunque en menor escala, las mismas riquezas y el mismo lujo. Verdad es, que Bonifacio nunca ofreció á los vándalos aquellas populosas y opulentas ciudades, dejándoles tan solo dominar la parte mas incivilizada del país, pero tampoco lo es menos que aquella gente bárbara no se hallaba dispuesta á contentarse con la tal cesion.

Bonifacio firmó con Gondérico tan funesto pacto y habiéndole puesto en práctica con Genserico, bastó este cambio de persona para ser perjudicial á los romanos: á un príncipe de mediana capacidad, sucedió uno de los mas temibles genios que haya podido producir el mundo bárbaro. El retrato físico y moral de este hombre célebre nos ha sido trasmitido por Fornandes. Oigamos al historiador: «su estatura era regular y parecia deforme; cojeaba de resultas de una caida de caballo; pero en aquel cuerpo tan pequeño y contrahecho se encerraba una ambicion desmesurada: dotado de un valor fascinador y de profundo disimulo, despreciaba el lujo y odiaba la relajacion; era breve en sus discursos, rápido en obrar, siendo la cólera la única de sus pasiones que no pudo vencer. Todo tenia en él esa grandiosidad salvaje que asombra y subyuga á la imaginacion y su arma mas poderosa era su propia fama. Por ella agitaba los pueblos que ocupaban vastos territorios, por ella haciase

(1) Una de las calles que en lo antiguo se llamaba *calle celestial*, estaba cuajada de suntuosos templos y otra llamada calle de los *banqueros* deslumbraba de mármol y oro.

sentir la accion constante de su ambicion y por todas partes arrojaba semillas de turbulencia y de espanto; de divisiones y de odios. Apenas concebia un proyecto lo ponia en práctica con mas prontitud que otro pudiera emplear para pensarlo. » Tal era pues, el temible y perjudicial aliado que el conde Bonifacio llamó á Africa.

Termináronse en breve los preparativos para la partida de los aliados y Genserico citó á toda la nacion al pié del monte Calpe (Gibraltar), con el objeto de verificar un recuento. Vióse que ascendia á unos 80,000 hombres, sin contar una multitud de mujeres y niños que les seguian. Entre ellos habia godos, alanos y otros bárbaros que se les habian unido. Atravesó el estrecho toda esta muchedumbre, en bajeles casi todos proporcionados por Bonifacio, y no dejaron mas que su nombre á la encantadora provincia que habian poseido en la península. De aquella época data el nombre de Andalucía, (Vandalucía). Llegaron á Africa donde saquearon toda la costa de la Mauritania y avanzando en seguida y sin interrupcion hácia la Numidia, rasgaron el velo que cubria las intenciones secretas de su gefe, cual era la posesion de Cartago. A pesar de aquella política destructora y sanguinaria, fué tal la maña de Genserico que se hallaron de repente con multitud de auxiliares; llegaron arrianos, donatistas, moros y sobre todo gérulos, los cuales hicieron causa comun con ellos convirtiéndose en otros tantos vándalos. El gobernador romano echó de ver entonces, aunque algo tarde, que aquellos nuevos afiliados, á la corta ó á la larga habrian de imponerle leyes.

Habiendo entrado en esplicaciones, Bonifacio y Placidio, ambos conocieron el mútuo error en que les habia hecho caer la trapacería de Aecio. Despedazado por los remordimientos y excitado además por la amistad del obispo de Hippona, trató el conde de reparar los daños que habia causado al Africa; pero Genserico, tenia ya en sus garras la presa y nada era capaz de hacérsela soltar. Inútiles fueron

los cuantiosos ofrecimientos que Bonifacio le hizo para que regresase á España; inútiles las amenazas de persecucion que le pronosticó, porque el orgulloso vándalo despreció con desden asi sus promesas como sus amenazas, é increpando al mismo que poco antes le habia recordado su falta de fé, le obligó á pelear.

Desgraciadamente para Bonifacio, el terreno de las armas le era poco favorable, porque si bien es verdad que contaba con guarniciones romanas, no lo era menos que hallándose todas las poblaciones completamente fraccionadas por causa de las discordias de religion, casi todas ellas eran hóstiles á su causa y al acercarse el enemigo, los partidos renacieron con nuevo ardor.

Los sectarios que estaban del lado de los invasores paralizaban los esfuerzos de los católicos y una nube de salvajes medio desnudos brotaba como siempre de los desiertos y de los bosques del grande Atlas para saciar su sed de venganza en los que decian ser los usurpadores de su pais natal. Todo parecia adecuarse en aquel momento para arrebatar el Africa civilizada á los emperadores romanos.

Tan horroroso es el cuadro que los escritores contemporáneos han hecho al hablar de las desgracias de aquel país, que todos ellos han sido tenidos por visionarios exageradores; mas ¡harto reales son por desgracia sus lamentos, ni tampoco hay esceso ni maldad que puedan ponerse en duda, tratándose de vándalos y moros reunidos! Habiendo logrado vencer á Bonifacio en el primer encuentro puesto que este solo contaba con un corto número de veteranos, se diseminaron cual un torrente desbordado por toda la provincia. Por do quiera que hallasen la menor resistencia, desde luego no daban cuartel y la muerte de uno solo de sus individuos era lo bastante para destruir pueblos enteros donde habia sucedido el caso; los que tenian la desgracia de caer cautivos suyos, esperimentaban los mas feroces tratamientos sin distincion de sexo ni categoría, tan

solo por inquirir el sitio donde pudiesen estar los tesoros que suponian haber sido escondidos; y aun la pluma se cae de la mano al referir que los vándalos cuando sitiaban á una ciudad, y esto no lo hicieron una vez sola, degollaban en masa centenares de prisioneros al pié de los muros para que con la putrefaccion de tanta carne humana, se declarase la peste en el interior de la plaza sitiada. Semejante atrocidad es mas que suficiente para dar una idea de las que se cometieron mientras duró aquella guerra de esterminio.

Despues de este quebranto, Bonifacio se retiró á Hippona donde no tardó en ser sitiado por los vándalos que encarnizados contra él por la oposicion que les manifestaba, estrecharon á tal punto el cerco que de allí á poco se declaró el hambre en la plaza; pero tan dura prueba solo sirvió para poner mas en relieve la fé y el valor del ilustre obispo de Hippona, quien aunque avanzado en años, desplegó en aquellas circunstancias la misma energía que hubiera pedido tener en la primavera de sus dias. Colocado en la sede episcopal predicaba cuotidianamente valor y resignacion á los soldados, caridad á los ricos, paciencia á los pobres y constancia á todos, pidiendo para él solo á Dios que le librase pronto de presenciar las desgracias que afligian á su grey. Oyólo el altísimo y cuando se cumplian cuatro meses del horroroso sitio, espiró lleno de sobresalto y de afanes, con el corazon rasgado á la vista de tanta desventura y clavados los ojos en aquella *ciudad celeste* cuya maravillosa historia acababa de escribir. Agustin fué la última celebridad africana y el postrer personaje cuyo nombre no haya sido borrado de su historia. Los moros de hoy ignoran la existencia de Massinisa, de Yugurta y de Yuba y hasta la colosal figura de Annibal es cosa estraña para los indígenas; pero no hay uno solo que ignore que existió un Agustin amigo de Dios y de los hombres.

Por dolorosa que esta pérdida debiera ser para los si-

tiados; no por eso se desanimaron, sino que continuaron defendiéndose con una perseverancia digna de mejor suerte. Momento hubo en que se conceptuaron libres, porque despues de haber asolado los vándalos todas las cercanías y estenuados por el hambre que tambien entre ellos reinaba, practicaron una retirada; pero casi al mismo tiempo llegó un socorro que Teodósio II emperador de Oriente enviaba á Placidio desde Constantinopla; y entonces Bonifacio salió de Hippona y uniéndose á los vizantinos persiguió á los vándalos; de modo que la suerte del Africa pendia por la centésima vez del éxito de una batalla, que por cierto perdieron los romanos. Por un lado Bonifacio amparaba á los desgraciados habitantes de Hippona en sus mismas naves y alejábase con ellos: dueños entonces los vándalos de la ciudad abandonada, la redujeron toda á cenizas, salvándose tan solo del incendio la iglesia de San Agustin, á cuyo providencial acontecimiento debemos hoy la conservacion de casi todos sus escritos y su notable biblioteca.

La victoria de Genserico no produjo inmediatos frutos; la larga duracion del sitio de Hippona habia fatigado á los vándalos y Bonifacio á pesar de sus pérdidas contaba con algunos recursos para la defensa de Cartago. Genserico manifestó en aquella ocasion estraordinaria prudencia, pues en vez de proseguir la conquista de Africa, entró en negociaciones y parecia darse por satisfecho con las provincias que se le habian cedido, reconociendo por tributo la supremacia del emperador de Occidente y dando por garantía de sus promesas cuantiosos rehenes entre los cuales se hallaba su hijo Hunérico. Aceptadas con júbilo estas bases por la córte de Rávena y por Bonifacio, que solo deseaba vengarse de Aecio, apenas pudo dejar el Africa se trasladó á Italia para batir á su rival en las llanuras cisalpinas, pero habiendo sucumbido despues de la mas brillante victoria, Genserico se vió libre del único hombre que podia estorbarle en sus desmesurados proyectos de ambicion.

Nuevas concesiones acarreó la muerte de Bonifacio; siendo causa la debilidad de Valentiniano de que se devolviese el hijo á Genserico, y aun además se le cediesen varios distritos de la Numidia, gozando á tal precio las demás posesiones romanas de algunos años de tranquilidad. Aprovechóse el vándalo de aquel período para consolidar su poder, porque no tan solo temia el odio que á los africanos católicos inspiraba un gefe arriano, sino tambien las tramas de los que querian colocar la corona sobre las sienes de los hijos de Gonderico, el mismo hermano suyo á quien habia el destronado para ocupar el sólio y que segun opinion habia asesinado. Para mayor seguridad el cruel Genserico concibió un infernal proyecto y le puso en ejecucion: consistia este en mandar asesinar á sus dos sobrinos, ahogar á la madre en el rio Ampsaga y pasar á cuchillo á todos sus partidarios. Persuadido además de que todos los católicos se pondrian del lado del imperio y en contra de él, resolvió sofocar el catolicismo por medio del terror, y comenzó internando á los obispos que abjuraran de su fé: pero habiéndose estos negado, los arrojó de sus templos sustituyéndolos con sacerdotes arrianos, (437) y no hay porque decir que las hogueras se encendieron. Genserico tenia un corazon de roca, y queriendo desde luego inspirar mas terror, comenzó por escoger sus primeras víctimas en su propia casa, es decir, que los primeros que se sacrificaron fueron todos amigos y servidores suyos. El relato que de estos horrorosos pormenores nos han dejado todos los historiadores profanos y eclesiásticos, no puede ser mas terrorífico: todos los bienes de las víctimas, sus tributos y sus honores, todo fué repartido entre sus verdugos, en una palabra ni habia ya calabozo bastante profundo, ni asilo bastante oculto que pudiesen librar de la muerte á los confesores de la fé católica.

Sin embargo, el respiro que Genserico habia dado al imperio, no podia ser muy largo porque ambicionaba el dominio del Mediterráneo por la posesion de Cartago. Para

conseguirlo fingió por espacio de cuatro años la mas cordial armonía, y reuniendo de repente todas sus fuerzas, se introdujo de golpe en la provincia romana, marchando derecho á la capital, la sorprendió indefensa y desamparada. El 24 de octubre de 439 fué el dia en que los vándalos, ministros de los castigos tantas veces anunciados sobre aquella corrompida ciudad entraron en Cartago. Los vencedores intimaron órdenes á sus moradores para que sobre la marcha entregasen cuanto oro, plata y alhajas poseyesen. Con el objeto de atraerse á los paganos y donatistas, Genserico empleó cierta indulgencia para con ellos, mas no así con las ciudades en que el catolicismo y las costumbres romanas se hallaban mas avivadas y habiendo hecho demoler todas las murallas, conservó tan solo las de Cartago que eran una verdadera fortaleza (1). Finalmente la poblacion vandálica si se esceptuan algunas guarniciones, evacuaron todas las Mauritanias para reconcentrarse en la region cartaginesa: la eleccion de este establecimiento en el centro de las costas que baña el Mediterráneo, es una prueba mas de la gran política del invasor.

Sorpréndense Roma y Bizancio al saber la noticia de la toma de Cartago, y ya creían ver á los vándalos escalando

(1) Entre las medidas que adoptó Genserico las hubo muy estrañas y características. A las cortesanas, cuyo escesivo numero patentizaba la relajacion de las costumbres africanas, las obligó á casarse cerrando á piedra y lodo las casas de prostitucion. Los bárbaros del norte afectaban en medio de su violencia salvage cierta castidad que les hizo estar bien quistos con todos los escritores eclesiásticos apesar del horror que estos tenian á todo lo que era arrianismo. La diversidad de religion fué el mas poderoso obstáculo que halló la dominacion vandálica; á no ser así fácilmente hubiera sido aceptado Genserico en Africa como Elovis lo fué en las Galias, pero levantó una barrera de sangre entre él y los ortodoxos. Muchas familias distinguidas emigraron ó se dejaron desterrar ó condenar al trabajo minero antes que apostatar, y el resto casi todo católico, so-

sus murallas: llamóse un ejército galo á Italia, compusiéronse los desperfectos de las murallas y ciudades fortificadas, y todos los ciudadanos hubieron de empuñar las armas, pero aquellas vanas demostraciones estaban muy lejos de desconcertar á Genserico, puesto que mientras en Roma se organizaban los medios de defensa, él se apoderaba de la Sicilia é introducia en Calabria un cuerpo de ejército. Entonces fué cuando Teodosio se decidió á socorrer al imperio de Occidente. Una numerosa flota compuesta de 30,000 hombres de desembarque dió á la vela en Constantinopla y abordó á Sicilia bajo el mando de varios generales. Por entonces hubo necesidad Genserico de la astucia para alejar de si el peligro, y para ello despachó una diputacion á los gefes bizantinos, proponiéndoles que esperasen en aquella isla el regreso de los embajadores que habia enviado á Constantinopla con el objeto de negociar la paz. Cuando se le hubo aceptado esta proposicion, supo dar largas al negocio, y nada absolutamente se habia hecho cuando entró á su invitacion en los estados de Teodosio al frente de sus formidables hunos, obligándole á que alejase sus tropas de Sicilia. Con esto los generales del imperio tuvieron que firmar una paz humillante con Genserico, en la que se reconocian como buenas las conquistas de los vándalos en África, dedicándose esclusiva-

---

bradamente purgado por las desgracias y persecuciones vino á ser aun mas hóstil á los conquistadores. Cartago habia presenciado con asombro á su obispo y casi todo el clero hacinados en completa desnudez sobre viejos bajeles y abandonados á merced de los vientos y las olas, los cuales por una feliz casualidad llegaron ilesos á Nápoles. Vió completamente abolido el ejercicio de la religion católica hasta las esequias fúnebres: vió sus templos unos en poder de los arrianos y otros reducidos á escombros, y estendiéndose el furor de los vándalos desde Cartago á las cinco grandes provincias de que era metrópoli; incalculables fueron las devastaciones, hasta que al cabo de algunos años el catolicismo fué tolerado, si bien siempre sometido á no pocas restricciones.

mente desde aquel momento á la formacion de un poderoso ejército de mar y tierra, con el cual pudiere llevar á cabo todas sus planes.

Trece años despues de estos sucesos y despues de diez siglos de la mas completa estagnacion, el puerto de Cartago vió de nuevo lanzarse al Mediterráneo sus numerosos bajeles. Era una verdadera embriaguez salvage la que arrastraba á los vándalos á la navegacion, y cuéntase que cierto dia, y antes de dar la vela preguntó el piloto á Genserico adonde habia de dirigir el rumbo, y él le contestó *á donde Dios quiera llevarnos*. Sin embargo, en 455 demasiado sabia el rey bárbaro *á donde le llevaba Dios*. Aecio, acaso el único hombre temido por Genserico, acababa de perecer asesinado por Valentiniano, y este á su vez moria á manos del senador Máximo, cuya mujer habia deshonrado. Consumado el asesinato del marido, y queriendo Máximo llevar al último estremo su venganza, obligó á la viuda á casarse con él, pero desesperada Eudojia de semejante conducta, llamó en secreto á Genserico y le reveló el desórden que reinaba en Roma desde la usurpacion de su nuevo y detestado esposo. El ambicioso vándalo no hizo esperar sus interesados auxilios, y desembarcando en la embocadura del Tiber, marchó sobre Roma con la mayor actividad. Revolucionáronse los soldados de Máximo al saber tan inesperada nueva, y le asesinaron cruelmente cuando acababan de cumplirse tres años de su reinado. La antigua capital del mundo civilizado, la reina de las naciones contaba aun con muchos habitantes, pero no con ciudadanos, y por segunda vez se abrieron de par en par sus puertas para dejar libre paso á los bárbaros. Pero si Alarico acaso por un profundo respeto ó por una emocion inesplicable á la vista de tanto infortunio, fué bastante generoso para evitar el pillage en su conquista, Genserico en cambio se desnudó de toda piedad, y Roma vió incendiados todos sus edificios, profanados todos sus templos, sus habitantes degollados ó hechos cautivos, y mutilados y hechos

pedazos todos los tesoros del imperio y de las iglesias, todas las obras maestras del arte, las estátuas de los dioses, y los monumentos de su antigua grandeza, trasportados y hacinados en bajeles africanos.

Saciados de oro y de sangre emprendieron los vándalos el camino de Africa, pero antes de volverse á embarcar recorrieron las ciudades de la costa, así como la abertura de Ostia y el cabo Antium, y habiendo huido de allí todos sus habitantes se apoderaron de sus riquezas y las juntaron en las galeras de Genserico con las de Roma. En esta ocasion no perdonó el vencedor á la que le proporcionó ocasion de ir á Italia pues la emperatriz Eudogia figuró entre los cautivos llevados á Africa y con ella las dos hijas que hubo de Valentiniano. Estas tres mugeres constituían el único resto de la familia del gran Teodosio. La piedad pública siguió á las jóvenes princesas hasta en su cautiverio el que no duró mucho merced á la política de Genserico. Casó á la mayor con su hijo Hunnerico y poco tiempo despues envió á la segunda con su madre á Constantinopla.

El saco de Roma que conmovió á toda Europa como la señal de la destruccion del imperio de Occidente, no solo valió á Genserico prodigiosas riquezas, sino que le proporcionó una gran cantidad de bastímentos, sin contar toda clase de materiales para sus construcciones navales y sus armamentos; á todo lo cual hay que añadir la influencia y el prestigio moral que la toma de aquella capital daba. Así es que despues del formidable Atila, el vándalo se presentaba á la imaginacion de los pueblos como el héroe del mundo bárbaro y supo darse tal maña y recabar tal partido de este prestigio, que por espacio de algunos meses toda el Africa septentrional, desde el Occéano hasta la grande Syrta, todos reconocieron y acataron su dominacion. Comenzó por subyugar la provincia de Trípoli y despues fué invadiendo una por una las islas del Mediterráneo, las Baleares, la Cerdeña, la Córcega y parte de la Sicilia, en una pala-

bra, de allí á pocos años llegó á ser el verdadero emperador de Occidente.

Mientras Genserico se ocupaba en la organizacion de su imperio (1) y se mecia en el placer de nuevas conquistas, el heróico Mayoriano, el último romano que fué digno de ese nombre, concibió al recibir la púrpura el noble proyec-

(1) Segun dice Procopio, Genserico no comenzó á regularizar su establecimiento en Africa hasta despues de verificado el saco de Roma. Bajo este supuesto aquí es donde debemos ocuparnos de la organizacion interior del imperio de los vándalos.

Entre los paises que Genserico conquistó por resultado de la paz de 442 con Valentiniano, conservó para sí la Bizacena, la Abaritania, la Getulia y una buena parte de la Numidia que le habia cedido el emperador romano. Dejo á sus guerreros la Zeugitania y dividió con ellos las tierras hereditariamente. En cuanto á las comarcas conquistadas despues de la paz por el rey vándalo fueron declaradas todas de su pertenencia, de modo que los vándalos solo poseian cortos terrenos del imperio aunque en realidad eran los mas fértiles. Estendíanse por lo largo del mar desde el promontório de Mercurio, (hoy Cabo Bueno), hasta la embocadura del rio Tusca.

Segun dice Procopio, Genserico dividió los vándalos y los alanos en ochenta cohortes, dando á cada una un gefe; llamó á estos *chiliarcos* ó sea *comandantes de mil hombres*, como para mejor demostrar que tenia á su disposicion un ejército de ochenta mil hombres, pero en realidad el cuerpo de espedicion, segun lo dejamos ya dicho no escedia de cincuenta mil combatientes. Verdad es, que despues se aumentó prodigiosamente este número no tan solo por la multiplicacion de los vándalos, sino por la conjuncion de los vencedores con los bárbaros indígenas, porque siendo todos de pura raza mora, no tardaron en confundirse con sus nuevos dueños.

Esta organizacion feudal indica que si bien los vándalos parecian construir una sola y única nacion, tambien podian ser considerados como miembros de un grande ejército permanente. El rey era el comandante en gefe de este ejército, los condes ó gefes de algunos miles de hombres, los chiliarcos ó gefes de mil hombres: los centuriones ó gefes de cien hombres y los decuriones ó gefes de diez hombres que tambien formaban parte de la magistratura.

to de librar al Africa del yugo vándalo. La primera batalla que ganó contra el cuñado de Genserico en las llanuras de la Campania, redobló su ánimo para proseguir su empresa sin la cooperacion de las poblaciones romanas, harto enervadas para poder segundarle con eficacia y puede decirse que todo el ejército con que se propuso Mayoriano salvar al imperio, compuesto de bárbaros auxiliares, gépidos, ostrogodos, rugianos, borgoñones, alanos y suevos, acudió todo en tropel y se reunió en las llanuras de la Liguria. Traspasa el emperador los Alpes en lo mas crudo del invierno, se apodera de Lion, bate á Teodosio rey de los visigodos, somete á los badogos, y restablece el órden en la Galia sublevada. Lejos de arredrarse en tan magna empresa, hace que la España incline por última vez su frente ante las águilas romanas, llega á Cartagena y en su puerto reune cuantos elementos necesita para asegurar el resultado de su espedicion, produciendo como por encanto los bosques del Apenino mas de trescientas galeras y el correspondiente número de barcos de trasporte. El génio de este solo hombre, rejuvenecia en aquella completa época de postracion, los prodigios de actividad de los antiguos romanos. Procopio refiere un rasgo especial de este personage por el que se colige perfectamente hasta donde rayaba el valor aventurero de Mayoriano. «El emperador, dice, no queriendo fiarse de nadie para conocer las verdaderas fuerzas enemigas, se tiñó de negro sus caballos que eran rubios claros y asi disfrazado se presentó ante Genserico fingiendo ser un embajador, y habiéndole introducido el vándalo en el arsenal de Cartago, todas las armas que allí habia, chocaron unas con otras sin que nadie las tocase.» Cuando ya tarde supo Genserico quien era aquel embajador (1), no pudo menos de hacer justicia á su atrevimiento y destreza y se aprestó á resistirle.

(1) Procopio, *De bello vandálico* lib. I, c. VII.

Hallábase ya por fin reunida la flota que con tanto trabajo habia improvisado Mayoriano y pronto hubiera emprendido su rumbo á Africa, si una odiosa traicion no hubiese desbaratado todos los planes; esta trama fué urdida por unos cuantos oficiales godos al servicio de Mayoriano y sobornados por Genserico para destruir la flota. En una sola noche se destruyó todo el trabajo de tres años; no pocos bajeles fueron apresados, otros echados á pique y otros quemados. Con el alma rasgada de dolor firmó Mayoriano paces con su afortunado adversario y regresó á Italia donde le dieron muerte sus mismos soldados sobornados por el traidor que desde aquel momento quedaba dueño absoluto del Africa y de casi toda la concha del Mediterráneo. (459-460) Sicilia fué la única que se defendió bajo las órdenes de un capitan llamado Marcelino.

Ya tocaba á su fin el imperio de Occidente; trabóse la lucha entre Genserico y el imperio de Oriente y queriendo restablecer Leon en Italia la autoridad romana, reprimiendo al propio tiempo las devastaciones periódicas de los vándalos, lanzó Genserico su piratería sobre el Archipiélago hasta en las costas del Asia menor y el emperador de Grecia para responder á este ataque juntó cien mil hombres de ejército y además una flota compuesta de cuantos bajeles pudo reunir. Gastó en estos preparativos mas de 50,000 libras de oro, tal fué la largueza con que regaló á los soldados y marineros. Habíase combinado el ataque por tierra y por mar de un modo imponente y mientras la gran flota imperial mandada por Lasilisco se dirigia hácia el Cabo Bueno, (promontorio de Mercurio) donde anció, otro ejército de Ejipto y bajo las órdenes del prefecto Heraclio se hacia dueño de Trípoli; pero el atraso inoportuno de los romanos les hizo en esta ocasion perder ventaja. Los contemporáneos atribuyen este revés á cobardía ó mas bien impericia por parte de Basilisco y tambien á traicion de sus tenientes; pero lo cierto es que esta no era la primer vez

que Genserico ponia en juego su oro ántes de desenvainar la espada. Bajo este supuesto debemos creer que los gefes godos y los gefes arrianos que servian á aquel príncipe le vendieron ni mas ni menos que en otra ocasion lo habian hecho sus compatriotas y correligionarios con Mayoriano. Mas sea como quiera Genserico prometió hacer entrega formal de su persona y de sus estados al emperador de Oriente pidiéndole una tregua de cinco dias que le fué otorgada; durante estas negociaciones, avanzaba su flota lentamente seguida de infinidad de barcas henchidas de materias inflamables. Preséntase el viento apetecido, los vándalos sueltan las velas y enderezan sus brulotes sobre la flota romana, que descansando en la palabra de los hombres y en la fé de los tratados, no tan solo se hallo de repente envuelta en llamas cuando quiso dispertar, sino que hasta el propio movimiento de inquietud que causó aquel incidente en la flota fué causa de que chocando los vasos unos con otros se destruyeran mas pronto prestando doble pábulo al voraz elemento. Tal fué el fin desastroso de la grande espedicion que por un momento amenazó al vandálico poder. Los restos que pudieron salvarse de la flota tornaron á Sicilia y Heraclio ejecutó una penosa retirada atravesando el desierto de Barca; y Basilisco de regreso á Constantinopla se refugió en la iglesia de Santa Sofía donde solo su hermana mujer del emperador pudo salvarle de una muerte segura (467).

Esta victoria puso el sello á la fama de Genserico que continuó mandando con su armada en todo el Mediterráneo arrasando las costas de España y de Africa, amenazando al Ejipto y aleccionando á los moros en el ejercicio de la piratería que con tanta destreza supieron ejercer por espacio de largos siglos. Habia ya conseguido su principal objeto; ya no existia el imperio de Occidente, y un rey bárbaro llamado el Hércules Odoacro reinaba en Italia; con él entabló tratados Genserico y algun tiempo despues, conociendo Zenon emperador de Oriente la esterilidad de sus esfuerzos

contra el dueño del Africa, consintió en la division del Mediterráneo. Reconoció la dominacion de Genserico en toda la region del Atlas, con Trípoli, Sicilia y todas las islas de la cuenca occidental. El vándalo por su parte se comprometió á tolerar el culto católico que por cierto fué el postrer acto de su vida, porque de allí á poco murió en Cartago, (25 enero 477). Sucedióle en el trono su hijo Hunnerico.

Cerca de medio siglo hacia que los vándalos habian bajado á Africa y treinta y ocho que ocupaban á Cartago. Genserico dejó dispuesto que su cetro pasase de generacion en generacion al mayor de sus descendientes varones y esto lo hizo con el objeto de que el gobierno no pudiese recaer nunca en manos de un niño incapaz de reinar; encargo inútil y que ninguno de sus descendientes respetó.

La terrible fama de los vándalos, debida al génio de un solo hombre desapareció con él. La paz del 476 tan gloriosa al parecer para los pueblos, se trocó en la causa de su decadencia, pues no contando ya enemigos que combatir, espediciones aventuradas que emprender, ni ricas presas de que apoderarse, hubieron de sucumbir bajo las seducciones de una ociosa opulencia, y á impulso de la accion debilitante del clima africano. Verdad es que perdieron su primitiva rudeza, pero fué para trocarla por los vicios de la civilizacion: el deseo del lujo reanimó por un momento cual fugitiva claridad, el comercio esterior de Cartago y algunas ciudades, pero este movimiento, puramente material, no produjo el menor elemento de progreso capaz de recompensar los males ocasionados por la barbarie. Aun habia mas: borrada de dia en dia la poderosa organizacion militar que contuvo en tiempo de los romanos á los indígenas, resultó que que las tribus nómadas dominadas por Genserico empleando unas veces el temor, y usando otras del atractivo de la ganancia, se mostraron abiertamente hóstiles bajo el reinado de su hijo: y lo cierto es que no mejor supieron Hunnerico y sus

sucesores reprimir á los bárbaros que captarse las simpatías de los pueblos civilizados. Debieron hacerles mas tolerantes los inútiles esfuerzos que Genserico puso en planta para ahogar el catolicismo, mas no fué así porque su ciego fanatismo suscitó por el contrario contra los ortodoxos un sin número de persecuciones tan insensátas como crueles. Hubiérase dicho que adunaban todos sus esfuerzos por hacer la fusion impracticable entre *vándalos* y *romanos* como único medio de mejor robustecer su poder (1).

No contentos con oprimir á sus nuevos súbditos, los príncipes vándalos se combatian entre sí encarnizadamente. Hunnerico hizo perecer á una gran parte de su familia, sin perdonar al mismo gefe espiritual de su comunion, el patriarca de los arrianos, á fin de asegurar la corona á Hilderico, hijo de este.

Crímenes inútiles: Gundamundo, *el primogénito de la raza de Genserico*, le sucedió en el trono. Mostróse este príncipe menos sañudo con los católicos; pero bajo el reinado de su sucesor Thrasamundo volvieron á encenderse las persecuciones, con nuevo furor, y duraron veinte y siete años. Y sin embargo, no menos débil con sus enemigos armados que implacable con los sacerdotes y poblaciones indefensas, el gobierno de los vándalos retrocedia de año en año ante los moros, los númidas y gétulos. La Mauritania toda, á escepcion de Cesarea (Cherchell) y alguno que otro punto del litoral, sustráese la primera á su poder; en Numidia déjanse sus generales rechazar hasta el norte del pequeño Atlas; y el Africa, en fin, propiamente dicha, y la fértil provincia

(1) Aun existian en Africa en tiempo de Hunnerico 466 obispos católicos, de los cuales 120 pertenecian á la Mauritania Cesárica, 42 ó 44 en la provincia de Setif, y 123 ó 125 en Numidia, de donde se infiere que muchos de aquellos prelados debieron contar con pequeñas diócesis.—Cuando la caida definitiva de la monarquía vandálica solo habia 217 obispados.



de Byzacena (al medio dia de Túnez) vénse sin cesar devastadas por las irrupciones de las tribus nómadas.

El imperio de Oriente seguia poco á poco y con mal encubierta complaciencia este rápido desmoronamiento de la monarquía fundada por Genserico, y creíase ya en vísperas de someter el Occidente á su dominacion. Reinaba á la sazon Justiniano, y manifestábase entre los greco-romanos una grande actividad política y un notable progreso, así en las artes como en la legislacion. Los acontecimientos de que era entonces teatro el Africa, depararon al emperador un instrumento de que supo servirse con suma habilidad: tal fué el jóven Hilderico, el cual, muerto su padre, habia ido á buscar un asilo en Constantinopla. Cuando Thrasamundo descendió al sepulcro, fué llamado á ceñir su corona como primogénito de la raza de Genserico. Dulce y débil por carácter, y educado en las ideas y costumbres bizantinas, la conducta de este príncipe fué menos la de un monarca independiente, que la de un sumiso lugar-teniente del emperador. Su correspondencia, no interrumpida con Justiniano, le impuso como un deber el seguir sus inspiraciones, devolviendo á los católicos la entera libertad de su culto, y permitiendo la reunion en Cartago de un concilio ortodoxo (1). Esta tolerante política, que habria podido asegurar en sus sienes la corona; inspirada por el estranjero no produjo otro resultado que el de perder á Hilderico y precipitar la ruina de la monarquia fundada por sus predecesores.

Ofendidos con semejante condescendencia que calificaban de una verdadera traicion, se insurreccionaron al fin los ván-

(1) En tiempo de la dominacion romana, y sobre todo desde principios del reinado de Constantino, Cartago llegó á ser la cabeza del distrito africano; y como tal fué el sitio elegido para la reunion de los 31 importantes concilios celebrados desde 215 al 644 de J. C. bajo la dominacion vandálica. El que en este momento nos ocupa fué presidido por el obispo Bonifacio.

dalos y los moros hicieron con ellos causa comun. Poco diestro Hilderico en achaques de guerra, dió á su sobrino Oamer el encargo de sofocar la rebelion, pero fué rechazado aquel por Antatas, caudillo de los moros bizantinos, el cual se apoderó de muchos pueblos, los entró á saco y diezmó los habitantes. En tan apurado trance apelóse á los talentos militares de Gelimer, que era el príncipe mas cercano al trono. Este nuevo general habia ya derrotado á los insurgentes en muchos encuentros, cuando por un movimiento al parecer espontáneo, pero que indudablemente habia sido preparado de antemano, vióse á los dos ejércitos enemigos confundir en uno solo sus filas y proclamarle rey. Marcha sin detenerse la vuelta de Cartago; destrona á Hilderico; aprisiónalo con toda la familia, y estermina á sus parciales.

Apresuróse Justiniano á mediar entre los dos príncipes, intimando al usurpador que restableciese en el trono al rey legítimo; pero Gelimer despidió por toda respuesta con harto poco concedimiento á sus enviados, y aherrojó aun mas estrechamente á su prisionero. Empeñado á la sazon el emperador en una guerra contra la Persia, disimuló su disgusto limitándose á exigir que Hilderico fuese enviado á Constantinopla, si bien tuvo cuidado de añadir que en caso de negativa apelaria á la fuerza. Pero como estas amenazas no produjeron el efecto que se esperaba, resolvióse la guerra. Una victoria que alcanzó poco despues contra los persas, permitió á Justiniano disponer de sus tropas, y en su consecuencia llamó á Constantinopla al general que las mandaba en Asia, y comenzó á hacer los preparativos necesarios para enviar al Africa un ejército.

Este proyecto encontró al principio en el consejo una fuerte oposicion: algunos magnates tímidos traian á la memoria los desastres de las espediciones dirigidas contra Genserico, y presagiaban otros análogos; pero Belisario apoyó el dictámen del emperador, haciendo observar que los vándalos distaban ya mucho de ser tan temibles como en otro

tiempo. «Bajo el influjo abrasador del sol de Africa, decia, ha penetrado la malicia en el corazon y en las costumbres de estos hombres del Norte. Habitan en quintas ó casas de recreo, circundadas de jardines magníficos, en las cuales sostienen á gran costa estanques y fuentes. Al salir diariamente del baño hacen cubrir la mesa con los manjares mas esquisitos: ricos bordados de oro adornan sus largas túnicas de seda, flotantes como la de los medos: el amor y la caza son las únicas ocupaciones de su vida, divirtiendo sus ocios, ó por mejor decir, el tedio que los abruma, con espectáculos de toda clase, tales como pantomimas, carreras de caballos, músicas y danzas. Connaturalizados con los placeres, los vándalos han olvidado las artes de la guerra, hallándose además profundamente divididos.»

Entretanto Gelimer redoblaba sus rigores con el desgraciado Hilderico. Dos príncipes de su familia, cautivos con él, fueron entregados al verdugo, condenado el uno á perder la vista y el otro la vida en un patíbulo. Empero este lujo de crueldad no hizo mas que avivar el resentimiento de los pueblos romanos y católicos. En efecto, bien pronto estalló una insurreccion. Un caballero romano llamado Pudencio apodérase de Trípoli, llama en su auxilio á las tropas imperiales, y solo necesita algunos dias para arrojar de la provincia á los vándalos; Bizancio se conmueve y la Cerdeña declárase independiente; defeccion esta última la mas sensible de todas para Gelimer. Habia enviado á dicha isla en clase de gobernador á un aventurero por nombre Godas, godo de orígen, y unido solo á su gefe por el reconocimiento, vínculo harto quebradizo para un ambicioso. Imitando al católico Pudencio, Godas el arriano ofreció la soberanía al emperador, reconociéndose su vasallo. Justiniano se apresuró á aceptarla, enviando tropas que tomasen de ella posesion. Entregado á una cruel perplegidad, dudaba Gelimer hácia qué lado acudir, si á Trípoli ó Cerdeña. El deseo de castigar á Go-

das le decidió. Prometíase que reconquistada aquella isla le quedaría aun tiempo suficiente para revolver su ejército en socorro de Cartago. Púsose pues en marcha la flor de sus tropas á las órdenes de uno de sus hermanos llamado Tzazon, impremeditacion funesta que habia de convertirse en una de las principales causas de su ruina.

Aprestábanse, pues, unos y otros para la guerra, y la empresa de Justiniano iba á emprenderse bajo favorables auspicios. Notábase grande movimiento en Constantinopla, en donde el odio contra Cartago habia vuelto á renacer mas vivo de lo que fuera nunca en la antigua Roma. Los aprestos de ahora no fueron ciertamente indignos de tan grandes recuerdos, y pareció que los Scipiones volvian á animarse en el invencible y virtuoso Belisario.—Cinco mil ginetes, diez mil peones entre greco-romanos y bárbaros; quinientos navios, tripulados por veinte mil marineros y cargados de armas y municiones de toda especie; noventa y dos buques de un solo banco de remeros, pero sólidos y cubiertos, á fin de que los soldados quedasen al abrigo de los tiros de los enemigos, que llevaban á su bordo, dos mil hombres escogidos entre los mas bravos jóvenes de Constantinopla; tal fué la importante espedicion dirigida contra los vándalos.

En el año séptimo del reinado de Justiniano, en la época del solsticio de verano, (22 de junio de 533), el navio almirante que montaba Belisario salió del puerto y se dirigió hácia el palacio imperial para recibir solemnemente ante el pueblo reunido, la bendicion del patriarca; en el mismo instante subió á bordo un soldado recientemente bautizado, á fin de que su inocencia atrajese sobre la espedicicion la proteccion del Todopoderoso. Esta era la señal de la partida. Los numerosos buques que componian la escuadra desplegaron á la vez sus velas y se alejaron en medio de las aclamaciones de una inmensa muchedumbre. Abria la marcha majestuosamente el navio almirante que se distinguia durante el dia

por el color rojo de la estremidad de su velámen, y durante la noche por flameros colocados en lo alto de sus mástiles. La flota imperial ganó primero á Heráclea, y despues á Abydos, (1) desde donde un viento favorable la condujo á Sigea, entre los cabos Malea y Ténaro, paso angosto y difícil que salvó sin el menor accidente, y en seguida costeando el Peloponeso, se dirigió á Sicilia. Belisario se detuvo algunos dias en las inmediaciones de Siracusa con el objeto de hacer aguada y de tomar lengua acerca de las verdaderas posiciones ocupadas por los vándalos, los cuales ignorando la aproximacion, se hallaban lejos de imaginar tan cercano el peligro. Despues de este corto descanso, levó de nuevo ancla la flota, y bien presto, perdiendo de vista la Sicilia, descubrió los promontorios de Africa. Fondeó frente al de *Cabo Vada*, hoy Capudia, á cinco jornadas (cerca de 160 kilómetros), al Sur de Cartago. La travesía no duró menos de tres meses. Belisario dispuso que se efectuase en el acto el desembarco. La inesperada adquisicion de un copioso manantial que brotó al abrir una zanja, fué considerada por los soldados como un feliz augurio; el cielo indudablemente se ponia de parte de los vengadores de la fé católica.

---

(1) Durante este descanso forzado, daba Belisario á sus tropas una buena leccion de disciplina: leccion que la historia no debe desoir. Ocurrió que dos hunos ó masagetas hallándose ébrios asesinaron á un compañero suyo, é interrogados por el general, si bien no negaban el hecho, trataban de evadirse de la jurisdiccion romana acogiéndose á sus propias leyes que castigaban con una multa á todo el que vertia la sangre de sus semejantes. Estas reclamaciones fueron apoyadas por los muchos compañeros de los criminales, y los romanos por su parte hubieran celebrado aquel cambio de leyes por la cuenta que les tenia; pero Belisario se mantuvo firme y las dos cabezas de los asesinos fueron puestas en unos palos y colocados estos en una altura; y en ello aprendió el ejército silencioso que la bondad no escluye la severidad, y que en aquellos momentos era esta última muy necesaria para la comun salvacion.

Esta tierra en que las tropas greco-romanas acababan por lo mismo de desembarcar tan felizmente, era una tierra amiga; y convenia probar á sus habitantes que su venida solo tenia por objeto libertarlos de la tiranía de los vándalos, escusándoles al efecto y hasta donde fuese posible los males de la guerra, respetando las personas y propiedades y no permitiendo la mas leve infraccion de la disciplina. A todas estas necesidades proveyó Belisario. Habiendo algunos merodeadores asaltado unas huertas cercadas y apoderádose de los frutos, mandó prender y castigar á los culpables y reuniendo las tropas les demostró en una enérgica alocucion que el éxito de la empresa estribaba casi esclusivamente en la antipatía que los romanos de Africa esperimentaban hácia los vándalos. «Vosotros, añadió, con vuestra indisciplina, llegareis á destruir tan fundadas esperanzas. Deteneos, pues, que aun es tiempo en tan fatal camino; dejad de buscar en el pillaje un lucro peligroso y criminal que habria de causar vuestra ruina: mirad no os enageneis imprudentemente la amistad y la confianza de estos pueblos que nos han saludado como sus libertadores, y á quienes sin embargo, pondriamos bien pronto en el forzoso trance de tratarnos como á verdaderos enemigos.»

Estas sabias exortaciones produjeron el efecto apetecido: abstúvose en adelante el ejército de todo acto de violencia, y los naturales, viéndose protegidos en sus personas y bienes, se apresuraron con la mejor voluntad á facilitar vituallas y noticias que se les reclamaron. La pequeña ciudad de Sylecta, cuyas obras de defensa habian sido destruidas por Genserico, pero cada una de sus casas fortificada para mejor resistir á los rebates ó entradas de los moros, era capaz de sostener un sitio, abrió gozosa las puertas á un destacamento enviado por Belisario. Lempsis, (Lempta), y Adrumeto (Hammamet), poblaciones importantes situadas á la inmediacion del camino que seguia el ejército, imitaron este ejemplo, acogiendo con alegres de-

mostraciones al magnánimo lugar-teniente de Justiniano. Mantenidos por él en sus funciones los empleados civiles, continuaron en sus puestos en nombre del emperador de Oriente, y el clero católico, siguiendo á la vez las inspiraciones de su conciencia y de su interés, se apresuró á apoyar con todas sus fuerzas la causa de un príncipe cuyos triunfos habian de restituir á la religion su antigua preponderancia. Desde Adrumeto se trasladó Belisario á Grasse, (Jerada), quinta ó sitio de recreo de los reyes vándalos. Allí concedió algunos dias de descanso á sus soldados, en medio de las hermosas fuentes y á la sombra de los árboles colmados de esquisitos frutos que embellecian aquel lugar; volviendo en seguida á ponerse en marcha en direccion de Cartago por la base de la península terminada por el Cabo Bon.

Entretanto sorprendió á Gelimer en el centro de la Byzacena la noticia de la llegada de los greco-romanos, y corrió en defensa de la capital. Su situacion se hacia mas crítica de momento en momento, pues reinaba entre los suyos la mayor consternacion y las poblaciones se mostraban por do quiera favorables á los invasores. No poseia ninguna plaza fuerte que pudiera servirle de punto de apoyo; solo Cartago habia conservado sus murallas, pero en estado tan ruinoso, hacia largo tiempo, que apenas eran susceptibles de defensa. La incuria de los reyes vándalos entregaba, pues, su imperio á los azares de una sola batalla y Gelimer veia, no sin terror, que era perdido irremisiblemente si no lograba llevar la mejor parte en el primer encuentro. En medio de sus vacilaciones, tan pronto pensaba en prolongar la guerra y aguardar la vuelta de sus veteranos que permanecian aun en Cerdeña, como se inclinaba á interponerse entre su capital y el ejército conquistador. Por fin, fijándose en este último plan, divide las tropas de su inmediato mando en tres cuerpos ó divisiones; la primera á las órdenes de su hermano Ammatas, tomó po-

siciones frente al barrio ó sub-urbio de Décimo, punto ante el cual debia desde luego presentarse el enemigo, con objeto de detenerle en los desfiladeros inmediatos: la segunda acaudillada por su sobrino Gundamundo y compuesta únicamente de caballería, recibió órden de situarse en la costa y atacar por el flanco á los greco-romanos, cuando se hubiesen ya separado de la flota. Gelimer á la cabeza del tercer cuerpo, ocupó las alturas, pronto á caer sobre la retaguardia. Estas disposiciones estratégicas no dejaban de ser acertadas; pero por desgracia y en tales circunstancias la política del monarca vándalo no correspondió á sus disposiciones militares; pues hizo morir á Hilderico y á los que le eran afectos, y semejante crueldad no produjo otro resultado que el de escitar la compasion del pueblo y fortificar sus simpatías hácia Justiniano.

Puntualmente obedecido en la ejecucion de tan sangrienta órden, Gelimer fué menos feliz sobre el campo de batalla. Ammatas era jóven y fogoso; arrebatado por su ardor, olvidó que del conjunto y simultaneidad de los movimientos dependia la victoria, y prescindió completamente de la hora señalada para el ataque. Dueño del barrio de Décimo, en vez de atrincherarse en él y aguardar al enemigo, se adelantó á su encuentro con una pequeña parte de sus tropas, arrojándose temerariamente sobre la vanguardia greco-romana. Compuesta esta de trescientos ginetes escogidos, comandados por Juan el Armesico, uno de los mejores cabos de Belisario, hubo de padecer bastante en el primer momento, y el príncipe vándalo que combatía con rara bravura en la primera fila, habia ya muerto con su propia mano doce hombres, cuando cayó herido mortalmente. Viéndose huérfanos de su caudillo los soldados apelaron á la fuga, arrastrando consigo á los que avanzaban para sostenerlos, y todos en confuso tropel fueron perseguidos por el camino de Cartago. En la izquierda los dos mil caballos mandados por Gundamundo esperimentaban la

misma suerte, pues atacados por seiscientos masagetas fueron completamente deshechos. Sin embargo, este doble encuentro no decidia la jornada, y Gelimer con el grueso de sus fuerzas podia aun disputar el triunfo á los greco-romanos. Ignorante de lo acaecido, se adelantaba al través de las cordilleras de cerros que ocultaban á su vista la llanura en que el imprudente Ammatas permanecia aun tendido sin vida entre los doce soldados sacrificados por su propia mano. Ante este lamentable espectáculo y poseido de cólera y dolor al mismo tiempo, suspendió el rey su marcha para tributar los últimos honores á su desdichado hermano, lanzándose en seguida sobre el enemigo para vengar su pérdida. Tan no esperada acometida intimida y desconcierta á los destacamentos del ejército greco-romano que se hallaban á su paso, y se ven obligados á replegarse apresuradamente al cuerpo principal, en donde siembran por un momento la alarma. Pero por su parte Belisario al frente de su caballería avanzaba en buen órden y con su circunspeccion habitual. Su primer cuidado fué el de reunir los dispersos, los cuales pudieron reorganizarse á su espalda. Tan luego como supo la muerte de Ammatas se arrojó sobre los vándalos y poseidos estos á su vez de un pánico indefinible, huyeron en desórden, acogiéndose á la montaña. Gelimer se retiró á Hippona, pasando los vencedores la noche en el campo mismo de batalla junto á la décima piedra miliaria del camino de Cartago.

Al siguiente dia, continuó su marcha el ejército greco-romano, llegando ya entrada la noche á las puertas de la ciudad que halló abiertas; pero Belisario se abstuvo de penetrar dentro de sus muros. En vano salieron de tropel los vecinos con antorchas en las manos y lanzando exclamaciones de alegría; el prudente general persistió en su resolucion y supo resistir á los halagos del triunfo. Sea que sospechase alguna celada, ó mas bien, que no quisiese exponer á la ciudad á los desórdenes que son consiguientes á

una ocupacion nocturna, mandó acampar y establecer puntos y centinelas todo al rededor, como si se hallase aun al frente del enemigo. Solo la escuadra, cuyos movimientos habian sido hábilmente combinados con los del ejército, recibió órden de fondear en el puerto.

Llegó por fin la aurora y penetraron las tropas en Cartago con sus insignias alzadas, tan tranquilamente como si regresasen de un ejercicio militar. Ni el menor esceso deslustró el brillo de su triunfo: el Africa no hacia mas que cambiar de señor. El comercio de la ciudad no se interrumpió por un instante siquiera; los paseos públicos aparecieron no menos concurridos que de ordinario. Solo se notaba un movimiento desacostumbrado á la entrada de las iglesias, á las cuales corrian los vándalos en busca de un refugio y los católicos con el objeto de dar gracias á Dios por la recuperada libertad. Uno de estos templos, dedicado á San Cipriano, se levantaba á la orilla del mar. Por una feliz coincidencia celebrábase aquel dia la festividad del glorioso mártir y los cristianos ortodoxos, tras una cruel opresion de noventa y cinco años, pudieron con inesplicable alborozo postrarse al pié de sus altares para tributar al Altísimo el homenaje de su reconocimiento. El sabio general que presidia á todos estos acontecimientos se alojó en el palacio de los reyes vándalos, tantas veces manchado por el asesinato y los escesos de estos príncipes.

Aunque dueño de la capital, Belisario no creyó serlo aun de la provincia: no pudiendo persuadirse de que una sola batalla bastase á destruir una dominacion de tan profundas raices, aguardaba de parte de los vencidos un terrible y último esfuerzo; por lo que se dió priesa á asegurar su conquista. Las fortificaciones de Cartago se hallaban por tierra casi en su totalidad; las hizo reparar, levantando nuevas torres y defensas y circunvalando la plaza de un ancho foso que la ponia constantemente á cubierto de todo ataque. Soldados y marineros, ayudados por una pobla-

cion de doscientas mil almas, tomaron parte en estos trabajos con tal ardor, que en menos de dos meses se halló Cartago en situacion de sostener un largo sitio.

La nueva de esta prodigiosa actividad esparcida por toda el Africa sembró el mas profundo desaliento en el corazon de los vándalos. Por su parte los moros, ese pueblo cuya imaginacion tan fácilmente es subyugada por los hechos estraordinarios, inclinaron la frente ante semejante signo de grandeza y poderío; así es que muchos de sus caudillos, vasallos ó enemigos de Gelimer, vinieron á solicitar la amistad de los greco-romanos. Acogiólos Belisario con benevolencia y distincion, y resucitando una antigua práctica les entregó por su propia mano los distintivos de la autoridad real, que consistian en un cetro de plata sobredorada en una diadema, un manto con su presilla de oro, una túnica blanca y unos ricos borceguíes. A todo esto añadió otros regalos de valor (1).

Toda el Africa septentrional tenia pues fijos los ojos sobre los greco-romanos, y se disponia á reconocer su dominacion. Otra victoria, y se habia llevado á cima y feliz remate la empresa, al ménos hasta donde era realizable la conquista de un pais en que solo es posible establecerse á condicion de luchar sin tregua. Pero por de pronto lo que importaba era arrojar á los vándalos, sin perjuicio de someter despues á los indígenas. Tal fué el plan del general griego, siempre imitado posteriormente por las naciones que han

(1) Aun subsiste esta añeja costumbre en todo el Oriente, si bien solo se considera bajo el punto de vista de un mero ceremonial. La pelliza de honor con que el Sultan de Constantinopla vestia en otro tiempo á sus beys, á sus ministros y á sus generales á manera de investidura feudal se concede hoy como distintivo honorífico á los representantes de las potencias aliadas y de vez en cuando á algunos de los distinguidos estrangeros que logran ser recibidos en audiencia particular.

aspirado á la posesion de Africa, y siempre contrariado por los mismos obstáculos.

Refugiado hácia las fronteras de la Numidia y de la Bizacena, en donde habia logrado reunir á su alrededor casi entera la nacion vándala, aguardaba Gelimer para probar de nuevo la suerte de las armas, á que su hermano regresase de Cerdeña y se le incorporase con sus veteranos. En efecto, Tzazon, á la primera noticia de los triunfos de los imperiales, embarcó sus tropas, y despues de una feliz navegacion llegó al Africa, reanimando el valor y las esperanzas de sus compatriotas. Despues de haber ambos hermanos celebrado varias conferencias, se decidieron á levantar el campo para aproximarse á Cartago. Belisario, saliendo sin pérdida de tiempo de su prolongada y calculada inaccion, marcha en derechura á su encuentro, y dispersa sin grandes esfuerzos sus tropas, las cuales abandonaron sobre el campo de batalla el cadáver del hermano de su rey, de Tzazon, el último apoyo de la raza de Genserico. La jornada fué poco sangrienta; pues solo perecieron en ella ochocientos vándalos y cincuenta romanos. Nueva demostracion de que los grandes desastres de la guerra reconocen menos por causa la pérdida material que el desaliento. Antes de terminar el combate se refugió Gelimer segunda vez á la Numidia, dejando por despojo del enemigo los restos de su pueblo, mujeres, niños y ancianos, con todos sus tesoros. Los greco-romanos recogieron, sin encontrar la menor resistencia, un inmenso botin en el campamento, donde reinaba un desórden espantoso; pues sobrecogidos de espanto aquellos bárbaros, solo pensaban en huir, no en defenderse. Allí el oro y la plata y los objetos preciosos de todo género que los vándalos habian amontonado en sus numerosas espediciones ó arrancado al Africa por medio de impuestos ó depradaciones, veíanse esparcidos por el campo y fueron á su vez presa del vencedor.

Esta batalla que dió en tierra bajo el punto de vista po-

lítico con el poder de los vándalos en Africa, tuvo lugar hácia mediados de diciembre de 533, á los tres meses de la toma de Cartago y á los seis de haber salido de Constantinopla el ejército greco-romano.

Para completar la victoria solo restaba apoderarse de la persona de Gelimer. Este príncipe habia hallado asilo en una tribu mauritana de las montañas de Pappua (Djebel-Edugh) no lejos del orígen del rio Seybus, en donde arrastraba la existencia mas miserable. Sus huéspedes, de costumbres aun mas salvajes que las kabilas de nuestros dias, habitaban en lóbregas cavernas, abiertas en roca viva en que se cobijaban durmiendo amontonados sin distincion sobre el húmedo suelo, hombres, mujeres, niños y ganados. Usaban durante todo el año una misma túnica y un mismo manto, y una especie de tortas de harina de cebada, avena ó centeno medio cocidas al rescoldo, constituia todo su alimento y el único con que podian brindar al rey fugitivo. ¡Estraños cortesanos y vianda mas estraña todavía para un príncipe sentado en otro tiempo á la mesa mas suntuosa del universo! No le quedaba sin embargo otra alternativa que la de resignarse á vivir en su horrible retiro, ó la de rendirse, porque el monte, casi inaccesible y el fuerte de Chidenos, (1) que lo coronaba, se hallaban circunvalados por Pharos, uno de los lugartenientes de Belisario. Despues de algunas inútiles tentativas de asalto se decidió de hecho oficial á convertir el sitio en simple bloqueo.

Entretanto el general victorioso volvia á Cartago á fin de someter el país y sustraerlo á la influencia de los vándalos. Césarea de Mauritania; Ceuta, llamada entonces el fuerte de los Siete ó *Septem*; Trípoli, la primera ciudad de Africa

---

(1) Tambien este fuerte se reducia á una pequeña ciudad habitada en algunas épocas del año. Hoy no queda de ella ni el mas leve vestigio.

que habia reconocido el poder de Justiniano, recibieron guarnicion romana. En cuanto á la escuadra no permaneció inactiva sino que sometió la Cerdeña, la Córcega y las islas Baleares, dependientes del vasto imperio fundado por Genserico.

Tal era la situacion de los negocios en Africa, cuando Justiniano recibió las cartas de su general en que le participaba el feliz éxito de la empresa. Pero bien pronto al alboroto público vinieron á mezclarse intrigas de todo género, porque eran muchos los que anhelaban ir á ser partícipes de los despojos del vencido. Una nube de empleados de todas categorías se derramó por la provincia, llevados mas del deseo de esplotar en provecho propio la conquista, que del de asegurarla. Iban allí á enriquecerse, sin reparar en los medios. El emperador mismo exageraba las medidas que le sugerian algunos palaciegos, encaminadas á sacar á sus nuevos vasallos las mayores contribuciones posibles; de manera que las codiciosas sutilezas del fisco imperial reemplazaron á las estersiones de los vándalos. Los descendientes de los antiguos propietarios romanos quedaron autorizados para revindicar las casas y campos de que habian despojado ásus antepasados, los soldados de Genserico. Con semejante ley, á que se agregaron deportaciones en masa, se concibe fácilmente como pudieron desaparecer del suelo de Africa sus antiguos invasores, hasta el punto de que apenas quede vestigio de ellos en el dia.

Entre tanto continuaba el bloqueo de la montaña Papua, debilitándose visiblemente la constancia de Gelimer, ante la incansable y tenaz vigilancia de Pharos. Fiando en la promesa que este le habia hecho de ser generosamente tratado por Justiniano, varias veces estuvo decidido á entregarse, pero lo contenia siempre la vergüenza. Hacia seis meses que carecia de todo, durante los cuales habia visto sucumbir á los rigores del hambre á todos sus parientes y allegados, hasta que en fin, viendo cierto dia á un sobrini-

to suyo disputar encarnizadamente á un rico moro la posesion de una miserable torta de cebada medio cruda, sintió desfallecer su valor, resolviéndose á capitular. Conducido á Cartago fué tratado con distincion por Belisario, á quien causó tanta mas alegría semejante prisionero, cuanto que ansiaba regresar á Constantinopla, en donde sus enemigos difundian rumores injuriosos á su gloria: decíase que intentaba proclamarse rey del Africa, y el carácter naturalmente celoso y suspicaz del emperador le hacia temer que este príncipe llegase al fin á dar fé á tales calumnias.

El vencedor de los vándalos embarcó, pues, sin pérdida de tiempo sus guardias, sus cautivos y tesoros. La navegacion fué tan feliz, que antes se tuvo noticia de su llegada que de su partida. La calumnia enmudeció, desvaneciéndose las sospechas á vista de tan inequívoca prueba de lealtad.

El anciano general fué recibido con estraordinarios honores, y tras un intérvalo de seis siglos, volvieron á resucitar las pompas triunfales de la Roma republicana para honrar el valor y la virtud de un gran ciudadano. Jamás la ciudad de Constantino habia presenciado tan magnífico espectáculo.

Despojos los mas ricos, atestiguaban la importancia de la conquista; tales eran vestidos de seda de los reyes vándalos; carros de guerra; piedras preciosas, vasos preciosamente cincelados, y montones de plata y oro acuñados, restos del pillage de Roma é Italia. En pós de los carros que conducian estos tesoros marchaban lentamente, formando una larga hilera, los nobles vándalos y su rey cautivo: notables los primeros por su aspecto de fiereza y por su alta estatura, y el segundo cubierto con un manto de púrpura y repitiendo con frecuencia las palabras de Salomon: *vanidad de vanidades y todo vanidad!* Sin embargo, quebrantóse un tanto su estoicismo, cuando llegado al escabel del trono del emperador, se le desnudó de su traje real, *obligándole* á

hincar la rodilla. La espresion subrayada de que usa el historiador griego, indica bien á las claras que el desgraciado monarca opuso á la última humillacion una inútil resistencia.

En el mismo dia en que tuvo lugar esta imponente ceremonia, fué Belisario nombrado cónsul para el siguiente año, celebrándose nuevos festejos en su honor, que vinieron á ser un segundo triunfo. En el primero el héroe habia marchado modestamente á pié, á la cabeza de sus bizarros compañeros de armas, confundiéndose por decirlo así, entre la muchedumbre, temeroso de despertar la vidriosa susceptibilidad de su señor: en este otro creyó no deber rehusar cómo magistrado las ovaciones que habia rehuido como general. Llevado por esclavos á través de la ciudad en su silla de márfil el nuevo cónsul arrojaba al pueblo con sus victoriosas manos una parte de las riquezas conquistadas á los vándalos, tales como copas de oro, cinturones, plata y otras alhajas, fruto de una conquista cuya gloria le pertenecia esclusivamente.

Pero la recompensa mas agradable á los ojos del héroe fué la de ver que el emperador cumplia al monarca cautivo las promesas que él mismo le hiciera en Africa. Es verdad que Gelimer habia perdido el trono; pero se le concedieron vastas posesiones para sí y su familia en la provincia de Galacia, y solo su obstinada resistencia en abjurar el arrianismo impidió que se le revistiera de la dignidad de patricio. Vivió en adelante hasta su muerte como simple particular, y sin dejar hijos. Asi concluyó la raza de Genserico y el reino que habia fundado.

De un pueblo tan justamente célebre solo nos resta ya un nombre odioso que las naciones modernas consideran como una injuria aplicable solo á los enemigos reconocidos de las artes y de la civilizacion; y siquiera apenas hayan llegado á manos de los sabios algunas contadas medallas que puedan servir de prueba material para justificar el

testimonio de los historiadores. Sin embargo, seamos justos con esos mismos bárbaros; los vándalos, una vez establecidos en Africa, no permanecieron absolutamente estraños á las pacíficas ocupaciones de los romanos, sino que se dedicaron con sus nuevos conciudadanos al cultivo de los campos y á la esplotacion de diversas industrias, á las cuales agregaron un ramo totalmente desconocido antes de la conquista y que se perpetuó despues en el país, esto es, la fabricacion de sables y espadas que cortaban los metales mas duros y cuya bruñida superficie en nada difiere del mejor espejo. Tambien ejecutaron muchos é importantes trabajos hidráulicos, ya para el riego general de las tierras, ya para proporcionar á los jardines surtidores de simple adorno.

Digamos tambien que si los autores griegos y latinos juzgaron harto severamente á los vándalos bajo el punto de vista intelectual, fue porque rechazaba este pueblo la mayor cultura de los idiomas estranjeros y se daba por satisfecho con el propio; sin embargo, un sobrino de Genserico pasaba por muy versado en lengua latina y en las ciencias que á la sazon se cultivaban en Roma. Segun confesion de varios autores contemporáneos, el rey Thrasamundo fué el hombre mas sabio del Africa, y tenia suma aficion á disputar con los sacerdotes católicos sobre puntos de filosofía y teología. Compuso tambien en dicho idioma un tratado en favor del arrianismo, que á lo que se dice, no carecia de mérito, tanto por la elegancia del lenguaje como por la fuerza de raciocinio.

Se ve, pues, que las tradiciones á veces mas autorizadas no siempre son las mas exactas. Inferiores en un principio á los romanos en civilizacion, los vándalos adelantaron mucho en cultura con su trato, y los hábitos de lujo que contrajeron en muy poco tiempo, nos revelan harto claramente que no carecian de aptitud para las artes y la poesia. Hasta se asegura que hallándose Gelimer estrechamente

bloqueado en las montañas de Pappua, cantó sus desventuras en versos heróicos que llevaban el sello de una graciosa y melancólica inspiracion. Pero nada ha llegado hasta nosotros de lo que escribieron los vándalos; merced á las devastaciones de la edad media, ni siquiera se han salvado sus armas, no quedándonos tampoco de su idioma mas que alguno que otro vocablo y simples nombres propios. Esta completa destruccion de sus monumentos es la que ha justificado y sancionado en cierto modo el general anatema con que la posteridad agovia aun á tan desdichada raza.



CAPITULO VII.

DOMINACION GRECO-BIZANTINA.

(538 Á 630 DE J. C.)

Salomon gobernador de Africa.—Insurreccion de los indígenas.—Son batidos en la Bizacena.—Conspiracion dirigida contra Salomon; vése obligado á huir.—Stoza jefe de los insurgentes.—Germano, sobrino de Justiniano es nombrado gobernador.—Dispersa á los insurgentes.—Su administracion.—Salomon recibe por segunda vez el mando de las tropas.—Su espedicion á los montes Aureos.—Su muerte.—Decadencia de la dominacion greco-bizantina en Africa.

Las victorias de Belisario volvieron á dejar el Africa poco mas ó menos en el estado mismo en que se hallaba al ser conquistada por los vándalos; estos desaparecieron como por encanto de su superficie, y la oligarquía que habian constituido fué á perderse en las filas del ejército greco-romano. Pero ello no obstante, y bajo otros respectos, los representantes del emperador de Oriente, es decir, los *exarcas*, (título que recibian sus delegados, investidos del poder civil y militar), iban á verse en una situacion mucho menos favorable aun que los últimos gobernadores enviados por los emperadores de Occidente, porque tenian ahora que habérselas con nuevos enemigos, algo mas tenaces que los vándalos, esto es, con los indígenas, cuya sumision no se lo-

gra jamás sino momentáneamente. Saliendo de sus guaridas, descendiendo de sus fragosos montes durante el desastroso período que media entre Genserico y el último de sus sucesores, estos habitantes nómadas apacentaban sus rebaños y levantaban sus tiendas en las llanuras mismas de donde los colonos italianos sacaban en otro tiempo la subsistencia de la metrópoli. De los seiscientos noventa obispados que existian bajo los emperadores romanos en las siete provincias, (desde Tánger á Trípoli), no quedaban ya mas que doscientos diez y siete; todas las demás ciudades episcopales habian sido arruinadas, bien por los vándalos, bien por los moros, ó desaparecian oscuramente bajo la dominacion de los jefes de las tribus bárbaras á quienes los triunfos alcanzados contra invasores feroces habian ofrecido como una presa segura todo el territorio del Africa septentrional. Así es que la mayor parte de estos jefes no pudieron menos de mirar con disgusto las victorias de Belisario. De este disgusto á la insurreccion solo habia un paso y no tardaron en darlo.

El sucesor que se dió á si mismo Belisario fué el eunuco Salomon. Capitan esperimentado y administrador entendido; este general en nada se parecia á aquella clase de seres despreciables y abyectos que tan importante papel han solido representar siempre en las intrigas de las córtes de Oriente. Tan activo como valeroso y no menos prudente que justiciero, captóse pronto la confianza de las tropas y las simpatías de los habitantes del país; pero sus virtudes y sus talentos no impidieron que despues de muchos años de incesantes fatigas y de sangrientos combates sucumbiese como tantos otros sin ver terminada la obra tantas veces acometida y siempre inutilmente; la sumision de las tribus del Atlas.

Aunque los jefes moros continuaban mostrando la misma pueril aficion á las túnicas bordadas de oro y plata que á sus ojos representaban las insignias del mando, Bizancio

no hallaba en ellos sumision real ni verdadera adhesion. Antes de la partida de Belisario, los moros-gétulos, á quienes vimos reconocer la supremacia de Justiniano, habian empezado ya á rebelarse, y bien pronto las tribus todas, dando de mano á sus enemistades particulares, se coaligaron para lanzar de su país á los greco-romanos. Obedeciendo á un mismo impulso, sobre los fértiles llanos de la Numidia y de la Bizacena, incendian las ciudades y aldeas y llévanse cautivos á sus habitantes. Un nuevo triunfo vino á aumentar su audacia; dos valientes oficiales que mandaban un destacamento de caballería perdieron la vida en una emboscada que les prepararon casi á las puertas de Cartago y sus cabezas paseadas triunfalmente entre las demas tribus fueron la señal de una general insurreccion.

En vano los lugar-tenientes de Salomon con el objeto de reprimir el belicoso ardor de estos fanáticos les recordaron las desgracias que les ocasionaría la dominacion de los vándalos, las palabras de sumision que ellos mismos ó sus jefes habian empeñado á Belisario, y en fin, los rehenes que habian entregado como garantía de su fidelidad, pues á estas conciliadoras observaciones respondieron con fiereza: «el ejemplo de los vándalos no nos espanta; porque si los vencisteis, fué por haberlos nosotros debilitado antes con una lucha sin trégua. En cuanto á las amenazas de matar á nuestros rehenes con que pretendeis intimidarnos, no tenemos como los romanos una sola mujer para que nos inquiete la vida de los hijos, podemos, si queremos, tener cada uno cincuenta mujeres, y no abrigamos por lo mismo temor alguno de ver estinguida nuestra posteridad.» . . . .

Perdida ya toda esperanza de obtener cosa alguna por las vias de la persuacion, Salomon se dirigió rápidamente á la Bizacena y ocupó esta rica provincia, granero en otro tiempo de Roma, ahora inculta y despoblada. Los insurgentes aguardaban en la llanura de Manimea, al pié de una larga cordillera de montañas, punto desde el cual si queda-

ban vencedores, podian caer en pocas horas sobre Cartago; al paso que si resultaban vencidos aseguraban la retirada al desierto á favor del conocimiento práctico del pais. El órden de combatir que observaban estos moros orientales diferia completamente del de los occidentales y númidas, y es demasiado notable para que no nos detengamos en él un instante. Colocados los camellos uno detrás de otro formaban un vasto círculo que servia de trinchera, (1) y la infantería armada de lanzas, escudos y espadas, completaba el círculo, en el centro del cual se agrupaban las mujeres, niños y bagajes. De las mujeres, unas se situaban de manera que pudiesen tomar parte en la refriega, en tanto que las otras levantaban las tiendas, cuidaban de las bestias de labor ó aguzaban las armas. En fin, en las alturas mas próximas distinguíanse muchos cuerpos de esa caballería salvage y casi enteramente desnuda que segun la ocasion acomete ó huye con igual rapidez.

El Hexarca condujo á sus tropas con prudente lentitud al asalto de semejante campo defendido por una muralla viviente; pero espantándose á vista de los camellos ó rechazados por su olor repugnante, los caballos se negaron á avanzar. Mandó entonces echar pié á tierra á los ginetes y concentrando todos sus esfuerzos en un solo punto logró romper la línea de los camellos; el ejército entero penetró por esta brecha, y la infantería enemiga fué hecha pedazos. Si hemos de dar crédito á los historiadores del bajo imperio quedaron tendidos en el campo mas de diez mil hombres, instruidos y aleccionados los moros por esta derrota, que en nada debilitó su habitual tenacidad, escogieron un nuevo campo de batalla, estableciéndolo esta vez, no en una llanura abierta, sino sobre una escarpada montaña. Por la

---

(1) Esta táctica se asemeja no poco á la de los cimbrios y teutones acampados entre sus carretas.

parte del Este se presentaba esta inaccesible, y lo hubiera sido en efecto para un ejército que hubiera avanzado en órden de batalla; pero no era imposible para soldados ágiles y osados, ganar uno á uno ó á la desfilada la cima de esta altura.

Por el lado del O. E. presentábase una pendiente bastante suave, flanqueada por dos rocas de gigantesca elevacion, entre las cuales serpenteaba un angostísimo camino y aquí fué donde se situaron. En cuanto á la altura que dominaba á esta posicion habian creido inútil ocuparla por considerarla inaccesible.

Llegado al pié de la montaña, detúvose Salomon á fin de reconocer el terreno. Hácia la caida de la tarde llamó á uno de sus segundos, cuyo valor y prudencia le eran bien conocidos, y dióle la órden de escoger entre las tropas mil peones vigorosos y resueltos. Saliendo en secreto del campamento, como para esplorar los alrededores á favor de las sombras de la noche, aproximose esta pequeña columna á la falda misma del monte, trepando por sus costados hasta ganar la cima sin ser apercibidos por el enemigo. Allí permaneció inmóvil sin desplegar las banderas, sin disparar un tiro ni lanzar un solo grito. Al romper el dia puso el Hexarca en movimiento el resto de sus tropas y las guió al asalto. Contando con una fácil victoria, aprestábanse los moros á rechazarlas vigorosamente cuando al levantar la cabeza vieron flotar sobre ella los pendones bizantinos y oyeron cánticos de triunfos seguido de una nube de flechas, y ante este imprevisto espectáculo sucedió á la confianza anterior un espanto indescriptible. Viendo interceptados ambos caminos del llano y de la montaña, precipitáronse en desórden peones y ginetes en las profundas hendiduras y sobre las escabrosas pendientes de las rocas colosales, con intencion de ganar otra montaña separada por un precipicio de la que abandonaban. Pero era tan grande la muchedumbre, que sirviéndose los unos á los otros de estorbo, rodaban todos mezclados al fondo del abismo. Dícese que perecieron en esta

funesta jornada cincuenta mil hombres, quedando estermina-das tribus enteras. La multitud de niños y mujeres á quienes cupo la triste suerte de cautivos fué tal, que un morillo se vendia en Cartago por el mismo precio que un carnero. Los bárbaros del Africa no pudieron ya reparar las consecuencias de este desastre, y la Orzacena respiró con mas libertad. La lucha continuó sin embargo en Numidia, pais en que la poblacion era mas numerosa y el terreno todavía mas escabroso.

La Numidia, tan floreciente bajo la dominacion romana se hallaba en la época de que vamos tratando dividida entre los griegos y los bárbaros; aunque los moros ó númidas se disputaban entre sí las ruinas de la civilizacion, sin lograr ponerse de acuerdo mas que en un solo punto, que consistía en amenazar constantemente con el pillage y la muerte á los habitantes de orígen europeo. El mas poderoso de sus príncipes era Jabdas, jefe de las tribus guerreras y populosas del Monte Aurazo (Aures). En tanto, que Salomon esterminaba en la Bizacena á los rebeldes, este Jabdas, seguido de treinta mil hombres á quienes la codicia del botin habia reunido bajo sus estandartes, se desquitaba por su parte en la Numidia. Obedecíanle las tribus todas de esta provincia, de grado ó por fuerza; porque aunque algunas se resistieron ó intentaron seguir á otros caudillos, fueron escarmentadas sin piedad y para mejor asegurar la supremacia que parecian negarle, obligó á sus rivales á buscar un asilo entre los Bizacenos.

Salomon preparó otra espedicion con las provisiones necesarias para no haber de volverse atrás antes de haber conseguido su objeto: pero por desgracia suya estalló una revolucion entre las tropas indígenas que formaban la mayor parte do su ejército, revolucion dirigida con todo espacio por el clero arriano y por las familias vandálicas que habian quedado en Cartago. Tratábase nada menos que de sacrificar al gobernador al pié de los altares y en medio de la solemnidad

de la Pascua. Fuera efecto del temor, ó fuéralo de los remordimientos, lo cierto es que el puñal de los asesinos no funcionó: pero la seguridad que demostró la víctima señalada, les dió mas valor; y estallando diez dias despues la revolucion en el circo, y estendiéndose por todas partes con la velocidad del rayo, ardieron de repente y á la vez todos los barrios de la ciudad, saquearónse todas las casas, asesinóse á todo el mundo sin distincion de sexo ni categoría ni edad, y hubo tan solo tregua á tan sangrientas escenas, durante el sueño ó la embriaguez de aquellos forágidos. Salomon tuvo que refugiarse en Sicilia con solo siete individuos, entre los cuales figuraba el historiador Procopio. Habian tomado parte en esta insurreccion las dos terceras partes del ejército, y habiéndose reunido como unos ocho mil de estos insurgentes en los campos de Bulla, allí mismo fué nombrado gefe un tal Stoza.

Reunia este improvisado gefe todas las circunstancias necesarias para imponer á las gentes: era valiente, activo, emprendedor y dotado de una fuerza hérculea: su hablar, aunque ordinario era persuasivo, y en todas sus acciones se veía impresa la brutal robustez que siempre ejerce la osadía de una mediana disposicion sobre las masas indisciplinadas. Con él creyeron los moros que podrían apoderarse de toda el Africa, y para realizar tan audaz designio, no tan solo apeló Stoza á la poca energía que quedaba á las vándalos, sino que ofreció dar libertad á los esclavos. Esto bastó para que todos los vagabundos, plagados de vicios que pululaban en las ciudades populosas, acudiesen en tropel al llamamiento y engrosaran las filas de su flaco ejército. Puesto á la cabeza de toda aquella gente perdida, se dirigió á Cartago en la firme persuasion de que entraria sin hacer uso de las armas, pero no fué así, porque el capitan de los guardias de Salomon llamado Teodoro era un bizarro oficial, y al encargarse de la defensa habia jurado morir antes que rendirse. De modo que cuando los rebeldes se presentaron, no tan solo no ha-

llaron las puertas abiertas, sino que se habian tomado todas las disposiciones necesarias al sostenimiento de un sitio formal.

A pesar de las instancias de Teodoro, á pesar de la serenidad y destreza que desplegó en tan grave ocasion, ya juzgaban los habitantes que seria conveniente capitular, y aun se hallaban decididos á verificarlo al dia siguiente, cuando Belisario entró en el puerto por la noche. No traía mas que el bastimento que le conducia con Salomon, y unos cien hombres escogidos. Hallábanse entregados al sueño los rebeldes en sus tiendas, esperando que al despertar se les presentarian los gefes de la ciudad; pero cuando al despuntar el alba supieron la llegada del célebre general, apoderóse de ellos tan espantoso pánico que echaron todos á huir despavoridos. Púsose Belisario al frente de dos mil hombres, y con tan escasas fuerzas los persiguió de muerte, alcanzándolos en Membrese, cerca del rio Bagrada á 17 leguas de Cartago. Allí, sin dejarlos tiempo de reunirse ni arreglarse arremetió con ellos y por cierto con no poca fortuna, porque el terreno le proporcionaba grandes ventajas y además el impetuoso viento sacudiendo de frente los rostros de sus contrarios les turbaba la vista con una nube de arena y polvo. Derrotados en aquel primer encuentro no pudieron rehacerse hasta pasar la Numidia, donde con el mayor asombro echaron de ver que habian perdido muy poca gente, y casi todos ellos vándalos. No juzgó conveniente Belisario continuar persiguiéndoles, y regresó á Cartago de donde partió para Sicilia con el objeto de sofocar otra insurreccion. Salomon dirigió su rumbo á Constantinopla.

Un tal Marcel á cuyas órdenes estaban otros tres generales, fué el encargado de vigilar á los insurgentes en Numidia, y Teodoro, en recompensa del servicio que acababa de prestar, fué nombrado gobernador de Cartago con toda su provincia. El tal Marcel era de arrogante personal, y habíase distinguido en los grados subalternos; pero carecia de las

circunstancias que se requieren para el mando superior de un pais en que el enemigo pone en juego cada dia nuevas estratagemas. Despues de haber estado algunos meses en observacion, supo que Stoza, retirado en Gazófilis, ciudad pequeña á dos jornadas de Constantina, reunia fuerzas con el objeto de sorprenderle antes que los moros se reconcentrasen, idea que por feliz que pareciese no produjo sino fatales resultados. Y así fué en efecto: Marcel consiguió embestir al enemigo, pero mientras ejecutaba el movimiento, Stoza por medio de hábiles emisarios conseguia sobornar á sus soldados, (1) apenas hubo comenzado la lucha y mientras Marcel exortaba á sus gentes para que arremetiesen con toda su alma sobre los enemigos: Stoza les gritaba por otro lado «¡Infelices! ¿habeis hechado en olvido que se os deben muchas pagas, único salario de vuestras fatigas y de vuestras cicatrices? ¿no veis que se os quieren arrebatar los despojos adquiridos en cambio de tantos peligros? ¿ignorais acaso que vuestros generales intentan gozar solos del fruto de vuestras victorias, enriquecerse á costa de vuestra miseria y engordar con vuestra sangre? no: ¡no sereis tan necios que querais servir á tan codiciosos y despiadados amos! Uníos á mí y todo será comun entre nosotros, lo mismo las fatigas que la gloria; uníos, y dividiremos como hermanos los esclavos, las tierras, el oro y la plata que conquistemos juntos. Seducidos por tan alhagüeñas palabras los soldados greco-bizantinos se pasaron á Stoza, le abrazaron con entu-

---

(1) En aquella época de degeneracion los ejércitos del emperador de Oriente no se componian sino de elementos heterogéneos que habian menester de una rigorosa disciplina. El prést les faltaba con frecuencia, siendo resultado inmediato de esta falta, el pillage, la desercion y la falta de cumplimiento en todo lo estipulado porque á aquellos hombres ni los encadenaba el honor de sus banderas ni menos el amor pátrio. A cada momento tropezamos con los deplorables efectos de tan viciosa organizacion.



siasmo llamándole padre, juraron morir defendiendo su causa, y el infortunado Marcel se vió abandonado de todos menos algunos oficiales griegos. Sin recursos, y sin medios de salvacion este puñado de hombres se ocultó en la iglesia de Gazófilis, donde cogidos todos fácilmente por Stoza, fueron degollados delante de los dos ejércitos reunidos. Todos estos triunfos, sin embargo, no saciaron la ambicion del felizaventurero; aun queria mas, queria apoderarse de Cartago.

Este era, y no otro el estado de las cosas de Africa, cuando Justiniano se decidió á enviar allí á su sobrino Germano, ocioso desde la brillante campaña con los antes. Apenas llegó este á Cartago y hubo pasado revista al ejército imperial, comprendió que estaba completamente desmembrado, que mas de una tercera parte se habia pasado á las filas de Stoza, y que entre los soldados que habian quedado fieles apenas habia uno que no contase en el bando contrario con algun pariente ó amigo. Ayudado por las escasas tropas que habia sacado de Constantinopla, se persuadió el nuevo general que en aquellas azarosas circunstancias era inútil echar mano del rigor y de la fuerza, siendo por muchos conceptos mas conveniente y oportuno usar las armas de la política. A todos cuantos querian oirle les decia que su mision no podia ser mas pacífica ni conciliadora, y que no habia ido á Africa para castigar á los soldados, sino para ampararlos y protejerlos contra la injusticia de sus opresores. Estos discursos, unidos á la destitucion de algunos gefes, no tardaron en dar fruto, cesó el descontento, y cada cual tornó á cumplir con su deber: presentáronse no pocos tránsfugas á las puertas de la ciudad, y todos fueron muy bien recibidos. Germano hizo que se les pagase corriente y hasta les abonó todo el tiempo que habian militado contra el emperador. Tan inesperada generosidad acabó de decidir á los que el temor de un merecido castigo hacia titubear y de allí á poco desertaron todos en masa rindiendo homenage á Germano.

Lo cierto es que por medio de esta conducta firme y moderada contaba ya este con un numeroso ejército muy capaz de entrar en campaña. Temiendo por otro lado Stoza la disolucion del suyo, se decidió por la ofensiva y marchó derecho á Cartago, y para animar á sus gentes les decia que obraba de acuerdo con el ejército enemigo, que todas aquellas deserciones eran simuladas y con su conocimiento, y que al llegar bajo los muros de la ciudad, ya verían como todos los que se habian marchado se ponian de su parte defendiendo siempre sus antiguos estandartes. Luego que vió algun tanto calmados los ánimos estableció su campo como á una legua de Cartago. Germano lo vió y colocó su gente en órden de batalla, y lejos de abandonarle ninguno de los que se le habian pasado gritaban: «¡viva el emperador! ¡muera Stoza!» al ver los partidarios del rebelde que ninguno se les pasaba sino que por el contrario reinaba la mayor armonía en las filas contrarias, huyeron hácia la Numidia donde habian dejado á sus mugeres, á sus hijos y sus mejores bagajes. Siguiólos con calor el vencedor, y apenas los hubo alcanzado en la llanura llamada de Escalas colocó sus tropas en posicion de batalla y formando una línea con sus carros con solo algunos huecos por donde pasase la infantería, se puso él mismo á la cabeza de la caballería y al frente del ala izquierda. Allí provocó Germano á los enemigos que no pudieron evitar la lucha. Contaban con el apoyo de numerosa caballería mora, mandada por los reyes Jabdas y Ortaias pero dudando estos príncipes del éxito de la contienda, no tomaron parte en ella y permanecieron á la espectativa hasta ver de que lado se inclinaba la victoria. Poco duró la duda, porque en cuanto vió derrotada la gente de su aliado, cargó con su caballería sobre los dispersos que poco antes queria auxiliar, y Stoza (1) á pesar del

(1) Uno de los príncipes del pais le dió la mano de su hija.



inaudito valor que desplegó en esta ocasion, dejó el campo de batalla con algunos vándalos, y se refugió en la Mauritania. Todos los rebeldes que pudieron librar la vida en tan deshecha degollina, se echaron á los pies de Germano, quien los perdonó la muerte disponiendo que ingresasen en sus filas.

De esta suerte quedó ahogada una revolucion que tan directamente amagaba á la preponderancia de los Bizantinos en Africa, sí bien por desgracia dejó perjudiciales gérmenes: porque avezados aquellos hombres á pasarse con la mayor facilidad de una fila á otra, y gozando de casi completa libertad no les acomodaba la sujecion que da la disciplina, y desde luego manifestaron su disgusto. Era Cartago el gran foco donde fermentaban intrigas sin cuento y donde se elaboraban las futuras insurrecciones; ideas trastornadoras y espíritu revolucionario sostenido por los arrianos, ofreciendo siempre nuevos auxiliares á los descontentos de la clase de tropa, pues respecto de los gefes era cosa segura. Hubo un guardia de Teodoro llamado Máximino que se ofreció á desempeñar el papel de Stoza, pero con menos suerte que aquel fué colgado en una puerta de Cartago mucho antes de haber comenzado á poner en práctica sus planes.

Esto aumentó el ascendiente moral de Germano, tanto sobre el ejército como sobre los habitantes, y al ver á un hombre que con tanto acierto sabia premiar y castigar, acabó por estinguirse del todo el pensamiento de insurreccionarse que tantas raices habia echado, así vemos que este hombre solo quiso aprovecharse de su victoria, de su afianzamiento y de su autoridad, para estinguir abusos é introducir en todos los ramos de la administracion la posible moralidad, y conseguir que los impuestos se pagasen con exactitud. Durante los dos años que estuvo en el poder reinaba en toda aquella parte de Africa la paz, el órden y la justicia mas severa; cesaron los pillages de las tribus indígenas, y

hubiera conseguido, á no dudarlo, hacer revivir en su seno la misma prosperidad que en tiempo de los romanos, á no ser por Teodora, (1) mujer de Justiniano, que tuvo la ocurrencia de mandar llamar al sobrino de su marido á quien aborrecia. Desde aquel momento Salomon ocupó el puesto tan codiciado y tan difícil que aquel dejaba vacante (2) (539 años de J. C.)

Al llegar á Cartago el antiguo lugar-teniente de Belisario, halló perfectamente restablecido el órden: quietas las facciones y los soldados ni aun atreviéndose á pronunciar el nombre de Stoza, tal era el rigor de su disciplina. No echó en olvido Salomon que tres años antes de aquellos sucesos habia empleado inútiles tentativas por apoderarse del monte Auras, donde con ilimitado poder mandaba Jabdas; trató pues en esta ocasion de reparar tan cruel contratiempo, y conociendo que la inaccion era muy perjudicial á la tropa, porque podría fácilmente engendrar de nuevo el espíritu revolucionario que con tanta habilidad su predecesor supo desterrar, decidióse á emprender una espedicion contra las tribus del monte Auras, y casi fué llevada á cabo al mismo tiempo que concebida.

Los montes Aures constituyen el trozo de la cadena del grande Atlas, que pertenece á la provincia de Constantina, y que se desarrolla entre esta ciudad y Biscara. Considerada esta imponente cadena en otro tiempo como el jardin de la Numidia, presenta en su vasta estension gran variedad de suelo y de clima. Las profundas florestas, los elevados planos de que se compone, contienen riquísimos pastos y dan

---

(1) Esta mujer era de baja estofa hija de uno de los encargados de dar de comer á las fieras del circo, Teodora fué prostituta y ocupada en este ejercicio se enamoró de ella Justiniano dividiendo con ella su trono.

(2) Los generales Rufin, Leoncio y Juan, hijos ambos de Sisiniole, fueron los que acompañaron á Salomon.

frutos de esquisito gusto y tamaño desmesurado. De lo mas alto de sus montañas saltan torrentes de imperecedera corriente, cuyas aguas despues de evaporadas por la accion del sol en la estacion calurosa, depositan á sus piés infinidad de rocas salinas Los dueños de estos amenos sitios son los antiguos súbditos de Boccus y de Yugurta: desde aquella época han cambiado muchas veces de nombre, pero nunca han mudado de carácter. Llámase *el pueblo libre* en su lengua salvaje (Imazigh) y lo son en efecto. Ni los cartagineses, ni los romanos, ni los vándalos, ni los griegos, ni árabes ni turcos, pudieron nunca avasallarle. Tras ellos está el desierto: un desierto abrasador y solitario, donde se guarecen los constantinos tan pronto como se ven perseguidos por un enemigo tornando luego á su fecunda querida y rústica tierra: aquel suelo está cuajado de ciudades, fortalezas y torreones que levantaron los romanos, hoy todos derruidos, no siendo raro el ver apacentar ganado sobre los tradicionales restos de un templo de Esculapio. Es un pueblo completamente salvage, que siempre anda en guerras entre sí y contra estraños, y que solo baja á la llanura para robar, incendiar ó verter sangre. He pues aquí cuales fueron los formidables adversarios contra los cuales Salomon puesto al frente de todas sus fuerzas emprendió una campaña decisiva.

El primer encuentro se efectuó al pié de aquellas adustas y calcinadas montañas, y por cierto que fué fatal para el general greco-bizantino, pues poco faltó para que toda su vanguardia quedase deshecha. Divididas las aguas de uno de sus rios en infinidad de pequeños canales, precipítanse por todas partes sirviendo de abundante riego á los campos; y aprovechándo esta circunstancia los indígenas, hicieron de todos aquellos canales una sola corriente que enderezaron al campo enemigo, el cual en menos de un instante hizo que se hallaran como en medio de un anchuroso lago, y viéndose sitiados por agua y por moros, de seguro que hubiera perecido la vanguardia de Salomon á no huir

con oportunidad. Persiguiólos el vencedor sin descanso hasta en sus mismas trincheras, y no los dejó hasta que los hubo destruido completamente. En vano se refugiaban en los precipicios ó cual águila descarriada que vuelve á su nido, trepaban hasta lo mas alto de las montañas, por que en todos estos puntos fueron sitiados cual pudieran serlo en otras tantas fortalezas, y hasta el postrer asilo de su gefe, descubierto por el enemigo, fué invadido por Salomon, quien se apoderó de las mujeres, hijos y tesoros del que no con poco trabajo consiguió fugarse á Sahara.

El general de Justiniano sentó sus reales con toda solidez en aquellas montañas donde desde tiempo inmemorial se interceptaba la comunicacion entre la Bizacena y la Numidía, y lo consiguió formando fuertes que defendian todos los desfiladeros por donde los habitantes bajaban al terreno llano de su país. Renaciendo la seguridad y el comercio, las antiguas ciudades de Adrumete y de Leptis, recobraron una buena parte de su antiguo esplendor, fortificóse y embellecióse Cartago, edificáronse baños aun en los pueblos de escasa importancia, construyéronse acueductos, templos y paseos, adornándose todo esto con multitud de árboles y los necesarios parapetos para no ser sorprendidos.

Lo mas particular de todo ello es que tan brillantes esperanzas de prosperidad iban á ser frustradas por el mismo que las habia promovido y llevado á cabo, pues queriendo favorecer los adelantos de sus oficiales casi todos incapaces y afeminados, comprometió su propia obra. Salomon era eunuco desde su mas tierna edad de resultas de un triste suceso y como esto le impidiese tener hijos llegó á querer á sus dos sobrinos Ciro y Sergio con el mismo amor que si lo fueran. Mandólos venir de Africa consiguiendo para el primero el gobierno de Pentápolis y para el segundo el de la Tripolitania. Sin méritos, sin esperiencia y orgullosos con el poder de su tio ambos jóvenes, se creyeron capaces de emprenderlo todo: presentóse una tribu de moros llamados

leucathes bajo los muros de Leptis donde residia Sergio, con pretensiones de renovar su alianza con los greco-romanos y recibir de su mano los acostumbrados presentes: entraron pues en la ciudad como unos cuatrocientos diputados. Hizo el gobernador que se sentaran en su propia mesa, donde acusados de traicion y cuando menos se lo aguardaban fueron víctimas del puñal asesino, librándose tan solo uno que no tardó en comunicar tan triste noticia á sus hermanos. Oyóse en seguida el grito de guerra por los valles del Atlas desde los syrtas hasta el Occéano atlántico, y los moros todos en masa se dirigieron á Leptis donde por falta de direccion fueron vencidos sin dificultad. Lejos de intimidarse con este primer revés, organizánse de nuevo, forman su numeroso ejército y se estienden por toda la Pentápolis: á todo esto Antalas gefe de una parte del pais, fiel hasta entonces á los greco-bizantinos abandona su causa y adhiriéndose á la de sus compatriotas, marcha sobre Cartago donde intenta saciar su ira contra Salomon por haber degollado á su hermano, por haberle acusado de traicion y negarle los subsidios naturales que debia recibir cada un año en premio de su neutralidad.

Sin embargo el exarca ó sea el enviado de los emperadores de Oriente habia salido ya de Cartago al frente de sus tropas y unido con sus sobrinos se decidió abiertamente á dar un severo castigo á los rebeldes: tropezó con ellos en efecto cerca de Sebeste pero habiéndole sorprendido no tan solo su escesivo número sino tambien su adusto continente se decidió á hacer proposiciones ofreciéndo unirse á ellos bajo los mas formales juramentos, y ¿cuales son, dijeron ellos, los juramentos de que puedas echar mano? ¿Serán por ventura los que se hacen sobre los evangelios, es decir, sobre ese libro que la religion cristiana considera como divinizado? ¡Pues sepase que puesta la mano sobre ese mismo libro tu sobrino Sergio comprometió su fé de cristiano á ochenta desgraciados é inocentes hermanos nuestros! Y si

ahora quieres que los evangelios sean capaces de inspirarnos algo de confianza, preciso será que comiences por darnos una prueba de su eficacia castigando al perjuro: no vemos otro medio de que puedas devolver á tu sagrado libro toda la honra que le quieres conceder.» Y por cierto que aquella honra fué devuelta en los campos mismos de Sebeste, muriendo Salomon precipitado con su caballo y completamente destruido su ejército que se batió flojamente por habersele negado parte en el botin cogido antes al enemigo.

Apenas llegó á oidos de Justiniano tan fatal noticia confió el mando de Africa á Sergio y en verdad que no pudo hacer mas desacertada eleccion, pues siendo un hombre incapaz, presuntuoso, lleno de vicios y perjuro, llegó á ser odiado de sus oficiales, de sus soldados y hasta del pueblo todo. Con la repeticion de sus crueldades y opresiones estalló la tormenta y la Mauritania se levantó en masa capitaneada por Antalas con ánimo decidido de hacerle desalojar á Cartago. Tambien Stoza dejó su retiro y ayudó el movimiento. En vano Antalas que emprendió aquella guerra con poco calor escribia repetidas veces al emperador su resolucion de deponer las armas tan pronto como fuese separado del mando aquel indigno general, pero nada escuchó porque Sergio estaba protegido por una voluntad mucho mas poderosa que la de Justiniano, tal era la que Teodora habia trazado y que el Africa debia esperimentar. De esta suerte se vió que introduciéndose en aquella desgraciada comarca todos los vicios de la corte Bizantina, se trató de poner un paliativo á tanto mal: como los soldados ya no recibian sus pagas ni menos se les daban víveres, robaban y saqueaban las viviendas de los particulares; los oficiales dejaban exausto el tesoro público; mientras los moros por otro lado llevaban sus correrías hasta cerca de los muros de Cartago y desolaban pueblos y campos. Tal era la suerte del Africa setentrional, cuando el emperador y sus indignos consejeros determinaron dar un cólega á Sergio; la eleccion

recayó en Areobindo senador de ilustre prosapia casado con Proyecta sobrina de Justiniano. Muy lejos estaba este personaje de llenar debidamente su mision; así es que se le agregaron tres individuos mas que fueron Atanasio, prefecto pretoriano, Juan el Arsacida y su hermano Artaban, dignos oficiales todos y muy esperimentados. Sergio quedó encargado de hacer frente á los moros de la Numidia y Areobindo hubo de combatir con los Bizantinos. Apenas llegó á Cartago el nuevo gobernador, supo que Stoza y Antalas estaban acampados á unas tres jornadas de aquella ciudad, cerca de Sicca Veneria y sin perder un momento dió órden á Juan de Sisiniole para que sobre la marcha les atacase mientras que él pedia un refuerzo á Sergio, y aunque este no quiso auxiliarle, contando él con sus propias fuerzas, se fué derecho y con valentía al enemigo, deseando por momentos habérselas mano á mano con Stoza á quien aborrecia de muerte. Apenas le hubo divisado á la cabeza de los suyos, corre á él y le provoca á singular combate, acepta el otro el reto y comienza la lucha entre los dos jefes á la vista de los dos ejércitos que esperan inmóviles el resultado del combate. Pero la suerte es contraria á Stoza que cae herido del caballo y arrojándose los moros sobre los greco-bizantinos, los rodean por todas partes, se apoderan del general y le matan. La derrota no pudo ser mas completa, allí perecieron todos los jefes incluso Juan el Arsacida; y Stoza al saber antes de morir la sorprendente victoria que vengaba su lucha esclamó: «Muero contento porque los enemigos de mi patria quedan vencidos.»

Cuando corrió por Constantinopla la noticia de esta derrota, conoció Justiniano la falta que habia cometido subdividiendo el gobierno del Africa; entonces llamó á Sergio y dejó que Areobindo dirigiera solo el destino de aquel pais. Pero por desgracia ninguno de estos dos era capaz de sujetar á las intrépidas é indomables tribus africanas harto avezadas de siglos atrás á las revueltas y siempre escitadas

por nuevos descontentos. Poco tiempo hacia que Areobindo desempeñaba el mando de gobernador cuando se le presentó otro nuevo jefe en reemplazo de Stoza. Era otro ambicioso, era Gontaris, antiguo oficial de Salomon comandante de Numidia á la sazon y que se habia distinguido en el ataque de los montes Aureos. Comunicó sus designios á Antalas y le prometió nada menos que la Bizacena si consentia segundarle; aceptó el otro la oferta y al momento se dirigieron los moros á Cartago, mientras el se internó en la ciudad para sublevar á los soldados y á los habitantes, «Contemplad, dijo, á ese cobarde gobernador que nos ha venido de Constantinopla, contempladle encerrado en su palacio, rodeado de mujeres, agotando todos los placeres y gastando en torpes orgías el dinero de vuestras pagas, miradle en tan punible molicie, mientras los enemigos llaman á nuestras puertas.» «Miradle como se dispone á huir en vez de prepararse al combate, apoderémonos pues de él y con los tesoros que ha robado, tendré yo de sobra para pagaros lo que se os debe.» Al oir estas capciosas palabras, los soldados entusiasmados levantaron en triunfo á Gontaris prorrumpiendo en gritos de ira contra el gobernador.

A los primores albores de esta revolucion trató Areobindo de huir, pero no pudo verificarlo porque se lo impedia una fuerte tempestad, lo cual dió tiempo para que Artaban, uno de sus mas intrépidos y arrojados oficiales pariente de Arsacides, reuniese de prisa y corriendo á sus armenios y para que los soldados griegos que habian permanecido fieles á sus banderas marchasen contra Gontaris. Viéndose acosados por todas partes, los conjurados comenzaban ya á emprender la fuga, cuando el pusilánime Areobindo que por primera vez entraba en batalla corrió á refugiarse en una iglesia situada á orilla del mar, donde de antemano tenia encerrados sus tesoros y su familia; al presenciar aquella fuga, hicieron otro tanto los soldados, á

pesar de los generosos esfuerzos de Artaban. Dueño Gontaris del palacio y del puerto, envia al obispo de Cartago cerca del gobernador espulsado, con órden de decirle que no se le hará daño alguno si se presenta inmediatamente: creyendo entonces aquel en la promesa de su feliz adversario, se arroja á sus pies vestido con el traje de esclavo, este le levanta con cariño, le convida á su mesa y le designa una habitacion en palacio; pero cuando aquel infeliz se entrega al sueño lleno de esperanza y de agradecimiento entran unos guardias en su alcoba y lo asesinan sin hacer caso de sus quejidos ni de sus lágrimas.

Gontaris remitió á Antalas la cabeza de la víctima y este le negó la Bizacena que tan solemnemente le habia prometido: semejante conducta, como es de presumir, indignó al jefe moro y uniendo sus tropas con las de Marcencio que mandaba aquella provincia en nombre del emperador, forman una liga á cuya mayor solidez fingió Artaban reconocer la autoridad de Gontaris á quien le habia confiado la direccion de la guerra. De esta suerte consiguió destruir el usurpador el mismo edificio que habia levantado á costa de tanta sangre y de tanto crímen. Sucedió, pues, que retirándose muchas veces Artaban al presentarse las tropas de Antalas y Marcencio, llegó á hacerles creer en una indudable superioridad, mientras que su intencion era la de obligarle á salir de Cartago para despues sacrificarle. Pero aprovechándose de una ocasion favorable le mandó dar de puñaladas en medio del festin que daba á sus generales y cortesanos la víspera de su partida. Artaban recibió en prémio de este servicio la mano de Proyecta viuda de Areobindo y pasó á ocupar el palacio de los emperadores de Constantinopla. El poder usurpado de Gontaris solo duró treinta y seis dias.

Juan Trógita hermano de Pappus el matemático, hombre ya diestro en el ramo militar, fué el elegido por la corte bizantina para reemplazar á los inhábiles ó ambiciosos repre-

sentantes. Este derrotó á los moros al primer encuentro, recuperó de ellos todas las enseñas perdidas en la batalla en que murió Salomon y terminó consiguiendo contra las tribus libias una série no interrumpida de triunfos decisivos que costaron la vida á diez y siete príncipes. Eran las postreras hazañas de los greco-bizantinos, (548), que fueron celebradas en Constantinopla con fiestas espléndidas y prestaron asunto para el poema titulado (*Johaneis la Joaneida*) (1). Pero aquella sumision era harto ficticia y pasagera, porque guarecidas las tribus en el desierto y demás partes inaccesibles del Atlas, acechaban tranquilas el momento propicio de empuñar las armas.

Obsérvese bien que en cada uno de los sucesos que minaban las fuerzas del bajo imperio, se conseguia en Africa una triste victoria del hombre salvage contra el hombre civilizado. Lejos de cejar los moros, ayudábales grandemente su vida errante por aquellos inmensos desiertos para burlarse del yugo conquistador. Así es que aun antes de que Justiniano bajara á la tumba, las repetidas escursiones de las tribus, habian mermado en gran manera el territorio africano, comparado con el que contaba cuando Roma le poseyó. La dominacion bizantina no se estendia en Numidia mas

(1) Parece haberse perdido este poema, escrito por Flavio Cresconio Corijio. Crispiniano que le vió en el monte Casino, cita alguno de sus trozos en su *historia de los Césares*, de donde infirió Barcio un siglo despues que uno de los manuscritos pudiese haber sido llevado á Viena. Con este motivo invitó á todos los sábios para que practicasen investigaciones, añadiendo que si á cualquier precio pudiese conseguir un ejemplar, suspenderia desde luego todas sus tareas, para dedicarse esclusivamente á publicar aquel poema añadiéndole algunos comentos. Leon Marcial le elogia mucho en la *crónica del monte Casino*, y el mismo Coripo en el *Panegírico de Justiniano*, alude á aquel trabajo en los siguientes versos:

Quid Libycas gentes, quid syrtia prælia, dicam
Iam libris complota meis?

que hasta las primeras cadenas del Atlas, y sobre el litoral apenas pasaba de las ciudades de Césarea, Tingis y Septem. En cuanto á la parte interior casi todas las ciudades hubieron de levantar nuevas fortalezas para libertarse de los frecuentes y rudos ataques de los nómadas, de modo que tanta precaucion revelaba la existencia de peligros positivos y acrecentados de dia en dia.

Llegó á tal estremo la devastacion de aquel pais á los últimos del reinado de Justiniano, que sucedia recorrer un viagero durante muchos dias varios cantones sin tropezar con alma viviente. La nacion vándala que llegó á contar sin mujeres, esclavos y niños, mas de diez y seis mil almas, quedó completamente destruida: tal fué la mortandad que sobre su suelo atrajo tan larga, tan desastrosa y encarnizada guerra, á cuya pérdida se agregó la influencia del clima y las divisiones intestinas que tanto disminuyeron á los habitantes greco-bizantinos. La vez primera que Procopio desembarcó en Africa, se admiraba de la gran poblacion de sus ciudades y campos, así como de la actividad que reinaba en el comercio y la agricultura, y aquel mismo territorio tan fértil, tan poblado y abundante en menos de 20 años, solo ostentaba una muda soledad, sus mas ricos habitantes habian huido á Sicilia y á Constantinopla, mientras los demás habian sido diezmados, bien por las guerras bien las persecuciones de todo género que sufrieron (1).

Y si á todas estas causas de disolucion se agrega la rapacidad del fisco imperial que cada dia se mostraba mas duro y mas ambicioso que lo fué el gobierno vándalo, apenas se concebirá la exageracion insana de las tribus separadas bajo los sucesores de Justiniano. Y para probarlo bastará recordar en este momento la idea de Anastasio cuando quiso

(1) Procopio asegura que la poblacion de Africa desde la invasion de Belisario y en el corto espacio de 20 años, disminuyó en mas de cinco millones de habitantes.

imponer un subsidio por el aire que se respirara: *ut quisque pro hausto aere penderet:* pues habiéndose perdido los registros de las antiguas contribuciones, los repartidores anduvieron poco escrupulosos en la formacion de otros nuevos. Muchos soldados se habian casado con las viudas y con las hijas de los vencidos, y reclamaban para sí los terrenos que antes habian pertenecido al imperio, terrenos que divididos entre los conquistadores, conservaban aun el nombre de *heredades de los vándalos*; necesario fué pues cuando fueron vencidos por los descendientes de los antiguos romanos, poner coto á los innumerables pleitos que se originaron con las tales pretensiones, y solo se consiguió por medio de un edicto imperial que condenaba á destierro á todas las mujeres de orígen vándalo.

Trascúrre mas de un siglo, y cinco emperadores ocupan el trono mientras duró aquel estado contínuo de opresion y de menoscabo: fueron Justino II, Tiberio II, Mauricio, Focas y Heraclio Cualquiera que haya sido el carácter privado de estos príncipes, cualesquiera que hayan sido sus vicios; todos ellos se propusieron establecer nuevos impuestos, razon por la que la poblacion europea en aquel punto disminuyó de un modo notable. Y el imperio greco-bizantino solo dá señales de vida hácia las riberas del Bósforo, pues en las otras partes no presenta mas que ruinas y escombros. Los gobernadores que fueron á Africa para sacar á aquel pueblo estenuado su última gota de sangre, apresuránse á devorar la presa que los moros les disputan, y que los visigodos españoles, dueños ya de Ceuta, quieren arrebatarles tambien. Horrible y desastrosa lucha que durará hasta que un nuevo pueblo, movido no menos por el fanatismo que por la sed del robo, salga de sus desiertos para conquistar la parte setentrional del Africa, imponiéndola sus costumbres y sus leyes.

CAPITULO VIII.

DOMINACION ÁRABE.

(622—1490 DE J. C.)

Los árabes.—Su orígen.—Mahoma y sus doctrinas.—Frecuentes y repetidas invasiones de los árabes en Africa.—Construyese la ciudad de Kairuán.—Toma y saqueo de Cartago.—Entrada de los árabes en España.—Su civilizacion, sus artes y ciencias.—Fijánse en Magreb.—Familias de soberanos que se forman allí.—Los omiadas —Los abasidas.—Los Edrisitas.—Los aglábitas.—Insurreccion de los Bereberes.—Decadencia del imperio árabe en España.—Sitio de Granada.—Los árabes son espulsados de España y vuelven á Africa.

La historia del Africa setentrional bajo la dominacion romana demuestra harto á las claras la importancia que el Senado y los emperadores daban á la posesion de aquel territorio: y no fué menor la de los griegos del bajo imperio; pero carecian para conservarle de la suficiente enerjia é ilustracion: asi es que el enflaquecimiento moral en que cayó la córte de Bizancio no la permitió conservar por mucho tiempo aquella posicion y mucho menos defenderla cual á sus interes cumplia contra los nuevos invasores.

La mas larga y mas dificultosa conquista de los árabes fué, sin la menor duda la de Africa; y si bien es cierto que los greco-bizantinos les opusieron una débil resistencia no lo

es menos que las tremendas tríbus del Atlas, que tantas veces hemos visto luchar con estrangeros conquistadores, no cedieron su terreno sino palmo á palmo. Nada menos que tres consecutivas espediciones fueron necesarias para que los árabes llegasen á consolidar su poder, y aun así lo consiguieron tan solo por la similaridad de orígen que existia entre ellos y los moros segun nos cuenta la tradicion.

Como el período de la dominacion árabe es uno de los mas importantes de la historia africana, necesario será remontarnos al nacimiento del mahometismo, decir algo acerca del origen de aquellos pueblos llamados á desempeñar tan importante papel en la escena del mundo, señalar los sitios que habitaron, esplicar su carácter, sus opiniones religiosas y finalmente sus trages y sus costumbres.

Forma la Arabia una península limitada al Este por el Golfo Pérsico, al Sur por el mar Indico y al Oeste por el mar Rojo: es un vasto territorio muy árido en atencion á que los pocos rios que le bañan son tan someros que se pierden entre su propia arena desde el mismo punto en que nacen. Los antiguos dividian la Arabia en tres partes principales á saber: la Arabia Petrea, la Arabia Desierta y la Arabia Feliz. (1)

Copiando los geógrafos modernos á Abul-Féda, la han dividido en seis regiones á saber: el Berriah ó sea el de-

(1) *La Arabia Petrea* situada al mediodia de la Palestina y en la parte occidental del golfo arábigo, fué habitada en otro tiempo por los madianistas, atacados más bien que sometidos en tiempo de David, y despues lo fué por los persas y los romanos. Su capital era Madian (*megar-el-Chuab*) nombre que significa *Gruta de Jetró*, porque segun dice la tradicion fué allí donde habitó el suegro de Moisés que era Jetró. Los idumeos, todos ellos pastores descendientes de Esaü, hermano de Jacob, ocuparon la region septentrional de esta parte de la Arabia: al lado Este de la Idumea, vivian los nabateos, pueblo numeroso de la raza de Nabajoth, hijo mayor de Ismael.—*La Arabia felix* se halla entre el golfo arábigo y

sierto situado al Norte: el Barkheim y el Oman distritos marítimos que están en frente de Persia: el Hedjaz y el Yémen al Occidente mirando á Africa y el Medjid gran terraplen que se levanta en el centro y que se asemeja á una isla rodeada de arenas y hondonadas. Estos mismos geógrafos clasifican la raza árabe en tres grandes familias que son: *árabes primitivos* ó sean los que despues del diluvio habitaron los primeros la Arabia y cuyos descendientes se unieron con los pueblos que despues se establecieron allí: los *árabes puros*, esto es los que despues de la confusion de las lenguas se fijaron en el Yemen desechando toda alianza estraña y por último los Muzarabes ó sean los árabes naturalizados ó cristianos que vivian entre los moros.

Elieno que vivió en tiempo de Adriano nos ha dejado un boceto de las costumbres árabes de su época y que por cierto conserva no escasa analogía con las de hoy. «Este pueblo, dice, es vecino de los nabatheos: todos ellos son guerreros medio desnudos que viven de la misma manera y solo gastan unas cortas túnicas: ora sobre briosos corceles ora montados en veloces camellos llevan una vida errante

---

el Pérsico: es el Yémen de los árabes y el pais donde crece el incienso: llámase asi por la feracidad de su suelo, y acaso tambien por el gran comercio de aromas que siempre ha hecho. Hállase en esta parte la Meca (*Macaroba* de los antiguos) cuya fundacion se atribuye á Abraham, y aun se divisan sobre el mar Rojo donde los romanos habian establecido una aduana, Medina ó sea la villa del Profeta y tambien la antigua Saba (*Sabbea*), la *Scheba* de los hebreos que fué en otro tiempo capital de toda la Arabia feliz. —La Arabia desierta que comprende una inmensa y árida region entre las otras dos Arabias, se estiende al Nordeste hácia la Mesopotamia y en todo tiempo ha sido habitada por distintas razas de árabes: allí estuvieron los beduinos ó árabes escénicos: los iturios, hombres dedicados al robo y al asesinato que habitaban los límites del desierto: los rubenitas, de la tribu de Ruben; y los ismaelitas, descendientes de Agar, cuya raza en tiempos posteriores ha sido designada bajo el nombre de sarracenos, ó agarenos.

unas veces en paz y otras en guerra. Ninguno de ellos toca con su mano al arado, ni cuida un solo árbol, ni pide su subsistencia á la tierra cultivada: siempre están en movimiento, no tienen casa ni hogar y para ellos puede decirse, que el viajar constituye su existencia.»

El gobierno de estos pueblos era un gobierno verdaderamente patriarcal: cada tribu contaba con el mas anciano de ciertas familias privilegiadas que revestido de ámplios poderes para la direccion ó defensa de los comunes intereses fallaba siempre sin apelacion y sus decisiones eran respetadas y obedecidas con fidelidad. Por lo tocante á las relaciones de tribu y tribu y sus controversias sobre posesion de terreno, robos de ganado y otras, eran falladas por un tribunal de ancianos (*cheiks*) cuya soberanía debia ser atendida, pero no lo era tanto como en el célebre tribunal de las aguas que aun hoy existe en Valencia con grande admiracion de nuestros legisladores; porque entre los antiguos árabes no faltaban díscolos que promovian disputas y se negaban al cumplimiento del fallo omnipotente dando lugar á deplorables escenas. Verdad es que en aquel tribunal se fallaban tambien las cuestiones religiosas y asi no son de estrañar las divergencias: unas tribus adoraban al sol, otras admitian la trasmigracion de las almas, otras suponian que estas gozan de sentimiento aun despues de la muerte: las habia que sacrificaban á sus ídolos corderos y camellos y otras que ensangrentaban sus altares con sangre humana. Cualquier gefe de familia gozando de alguna influencia se creia con derecho para modificar el culto á su manera y hasta para imponer otro nuevo. De aqui la complicada confusion de donde se originaban luchas sin cuento y no pocos odios y enemistades. Así vemos que aquel pueblo lleno de energía endurecido en el trabajo y tan admirablemente constituido para llevar á cabo colosales empresas, se hallaba á cada paso entorpecido en su marcha por intestinos disturbios. Preciso era para tornarle en conquistador, que un hom-

bre dotado de una gran fuerza de voluntad les obligase á aceptar una misma fé religiosa y pudiese de esta suerte arrastrar bajo una comun direccion sus voluntades y sus fuerzas.

Tan árdua empresa estaba reservada á Mahoma. (1) Pertenecia su familia á la tribu de Koraiseh que se decia descendiente en línea recta de Ismael hijo de Habraham. Muertos su padre y su abuelo el jóven huérfano fué recogido por un tio suyo que desempeñaba uno de los primeros puestos entre las autoridades de la Meca como gefe que era de los koraischitas. El tio que se llamaba Abu-Thaleb educó á su sobrino con el mayor esmero, iniciándole en todos los pormenores de su tráfico y hasta llevándole consigo varias veces á Siria donde sus asuntos de comercio le llamaban. Detuviéronse en uno de estos viajes en un monasterio de Bostra; donde cierto monge nestoriano los recibió con estraordinaria benevolencia: este monge conocido entre los árabes con el nombre de *Bohaira* y entre los griegos *Sérgio*, vaticinó, segun se dice, la futura grandeza de aquel niño que entonces frisaba en los 13 años pero ya conocido bajo el nombre de *amim* (el fiel) en atencion al mérito de sus discursos y á su irreprensible y ejemplar conducta.

Apenas habia cumplido Mahoma los 20 años cuando empuñó las armas bajo las órdenes de Abu-Thaleb quien á la manera de todos los gefes árabes desempeñaba los oficios de guerrero, comerciante y pontífice. Distinguióse por su valór en todas las espediciones y no tardó en señalarse como el mas intrépido y denodado de la tribu; y acaso se le hubiese dado el empleo de comandante á no ser para ello un obstáculo su corta edad: á los 25 años casó con una opulenta viuda llamada Khadidja cuyos bienes administraba,

(1) Segun los mas auténticos documentos nació Mahoma el 10 de noviembre de 570 de J. C.



y á los 55 años fué elegido para resolver una gran dificultad que habia surgido entre los koraischitas con motivo de la colocacion de la piedra negra, (1) en el templo de la Caabah. Pero si bien la suerte y la consideracion se empeñaron en alhagar á aquel hombre ya notable, reservábansele aun otras circunstancias mas propicias que habian de abrir ancho paso á la gran barrera que su ingenio le señalaba.

No era solamente la Arabia la que se veia afligida con la anarquía religiosa; tambien los cristianos de Oriente fraccionados en multitud de sectas se perseguian con encarnizamiento, mientras que ocupada la corte de Constantinopla con querellas teológicas, abandonaba el imperio á la devastacion de los persas enervados á su vez por largas guerras civiles y por las lejanas espediciones de su soberano. Tal era el estado de las cosas cuando Mahoma creyó llegado el momento de darse á conocer como inspirado de Dios; y fuerza es confesar que poseia cuantas dotes eran necesarias para desempeñar aquel papel sobre natural: tenia una fogosa imaginacion, persuasiva elocuencia, gran presencia de espíritu y un valor á toda prueba: poseia en alto grado el arte del disimulo indispensable á toda persona ambiciosa que necesita convertir en propio provecho la credulidad de los hombres y finalmente tan familiarizado se hallaba con los libros cristianos como con los de Moisés.

Mantúvose callado el futuro profeta y eso que contaba ya 40 años, y nada hizo que pudiese llamar la atencion de las masas; afectando la mayor austeridad de costumbres pasaba meses enteros en las vastas soledades

(1) Créese que esta piedra fuese un areolito. Mirábanla los musulmanes como la prenda de alianza que Dios hizo con los hombres y creen que sacada del paraiso terrenal por Adan cuando Dios le espulsó fué devuelta por el angel Gabriel á Abraham cuando edificó la Caabah. Esta piedra está colocada á la altura de un hombre en uno de los ángulos de dicho templo.

del monte Hara donde mas bien que del rezo se ocupara acaso en perfeccionar sus planes hasta que por último resolvió verificar en el seno de su misma familia un ensayo de su influencia religiosa. Dijo cierto dia á su mujer que el angel Gabriel se le habia aparecido por la noche, llamándole *Apóstol de Dios*, é intimándole en nombre del Eterno la órden de anunciar á los hombres las verdades que debian serle reveladas. Llena de gozo con la idea de ser la mujer de un profeta, Kharidja se inclinó ante su esposo, saludándole como á un enviado del Señor. El segundo discípulo de Mahoma fué Alí, primo hermano suyo de diez á doce años de edad, hijo del mismo Abu-Thaled que habia cuidado de su infancia. Despues de Alí el esclavo Zaid confesó públicamente la divina mision de su maestro, por lo cual fué puesto en libertad. Despues de esto ganó Mahoma á un hombre muy considerado entre los árabes y cuya influencia debia servir grandemente á sus proyectos: era este su suegro Abu-Bekr, magistrado civil y criminal de la Meca. Tratábase pues tan solo de dar un nombre á la nueva religion y la llamaron Islam, palabra árabe que espresa el acto de entregarse á Dios.

Nada diremos de las dificultades con que hubo Mahoma de tropezar cuando trató de anunciar públicamente su mision: sobrepúsose con valor á todos los obstáculos, continuó predicando su doctrina y llegó á contar con dos poderosos prosélitos; era uno Rammzah, tio suyo y el otro el famoso Omar, que de su mas ardiente adversario fué despues uno de sus mas fieles sectarios. Sin embargo, la hora del triunfo no habia sonado aun y el nuevo profeta era de continuo objeto de los sarcasmos de una multitud que le insultaba y le perseguia de mil maneras llegando el caso de que los habitantes de Tases trataran de matarle á pedradas.

Pero como siempre las persecuciones religiosas producen un efecto contrario al que se busca, resultó que los prosélitos de Mahoma crecian de dia en dia y si bien es

cierto que una parte del populacho lo maldecia, la otra mas ardiente acogia con mayor fervor sus palabras cual si fuesen una emanacion divina. Singularizáronse entre sus mas fanáticos partidarios seis habitantes de *Jahtreb* de la tribu judia de *Kharadj*, jurando defenderle á todo trance, y asi lo cumplieron. Apenas hubieron regresado á sus hogares, proclamaron públicamente la escelencia del Islamismo, determinando dos de las otras tribus unirse al profeta. A estos nuevos convertidos les llamaron ansarienos, es decir, auxiliares.

Pero mientras Mahoma propagaba abiertamente su nueva creencia, los *koraihitas* paisanos suyos fraguaron en secreto un plan para deshacerse de él. La ejecucion de esta criminal empresa fué confiada á hombres escogidos entre todas las tribus con el objeto de que una vez realizado el atentado, pudiesen ellos sustraerse á toda persecucion; pero Mahoma no era hombre que se dormia sobre sus laureles, y fué tal su vigilancia, que descubrió todo el complot y obrando con sobrada prudencia, se retiró de la Meca trasladándose á Jahtreb donde contaba con muchos amigos fieles. Llegó de allí á poco Alí con sus mejores discípulos, y señalóse en aquel momento una de las mas célebres épocas de los musulmanes, puesto que la designaron como el principio de su era, y la distinguieron con el nombre de *hedjrah*, (vulgarmente hégira), palabra árabe que significa *huida*. (1). La ciudad de *Jahtreb*, capital del distrito, recibió el nombre de *Medinah-al-Naby*, (ciudad del profeta), ó simplemente Medina, no habiendo cesado de ser para estos sectarios objeto de la mayor veneracion.

A partir de esta época, la vida de Mahoma no presen-

---

(1) Esta era tiene su principio en 1.° de Moharrem, primer mes del año musulman, dia que corresponde al viernes 16 de julio, 622 de J. C. Mahoma tenia entonces 54 años y llevaba ya 14 de su mision.

ta mas que una série no interrumpida de batallas y luchas sin cuento, cuya narracion fuera harto prolija. Nos limitaremos pues á decir que en el espacio de diez años realizó bien por sí mismo, bien por medio de sus lugar-tenientes un sin número de empresas guerreras que contribuyeron no poco á consolidar su poder, imponiendo además su religion á casi toda la Arabia. Cada una de sus victorias, como puede suponerse, se distinguia con algun prodigio como indicio cierto de la intervencion divina, consiguiendo de esta suerte que su ejército se mantuviese en la mayor exaltacion religiosa. «Hermanos mios, les decia de vez en cuan y en medio de los peligros, yo soy el hijo y el protegido de Aláh, soy el apóstol de la verdad; sed vosotros constantes en la fé y vereis como Dios nos ayuda.» Y rehaciéndose entonces los dispersos, se arrojaban sobre el enemigo con el ímpetu mas irresistible. Despues de la victoria, Mahoma se mostraba inexorable contra los vencidos que rehusaban abrazar el Islamismo; asi es que en la toma de Taief, cuando los habitantes de la ciudad solicitaron de él una tregua de tres años y el libre ejercicio de su culto, (eran idólatras:) no por cierto, les respondió, no os concederé ni un mes ni un dia. «Dispensádnos al menos la oracion.» — «La religion contestó Mahoma sin la oracion es de todo punto inútil.» —De aquí resultó que unos fueron convertidos y otros asesinados. (1)

No contento Mahoma de convertir por la fuerza de las armas, mandó emisarios á todas las comarcas limítrofes, á la Arabia, la Persia, la Siria y hasta Constantinopla, vieron en sus tierras á misioneros que lanzaron con todo des-

(1) A poco tiempo de una de sus espediciones, algunos soldados beodos decidieron matarle á traicion, prohibió Mahoma entonces á sus sectarios el uso del vino, de licores fuertes y de juegos de azar. Esta órden rigurosamente cumplida fué en lo sucesivo uno de los preceptos fundamentales del islamismo.



caro el anatema contra todos cuantos se mostraban sordos á su voz; en algunas ciudades los arrojaron como autores de disturbios y discordias; en otras les miraron con indiferencia y muchas les colmaron de obsequios. Y en medio de aquel enérgico movimiento de propaganda, la muerte sorprendió á Mahoma: era el año 11 de la hégira, lunes 12 de *rabieh*. (632 de J. C.)

Aumentáronse en los últimos dias de su vida la fé y el entusiasmo de sus sectarios. «Si existe un hombre, decia poco tiempo antes de morir, á quien haya tratado con injusticia, desde luego le autorizo para que lo diga y ejerza contra mí las represalias. Si he infamado la reputacion de algun musulman, que se presente y declare en alta voz la falta de que pueda yo ser culpable. Si he despojado de sus bienes á algun creyente, desde luego le ofrezco capital é interés y lo poco que poseo está á su disposicion. «Adelantóse uno de los que estaban presentes, reclamando tres dracmas de plata; entonces Mahoma mandó que se le diesen y se mostró agradecido por que lo hubiese acusado en este mundo en vez de hacerlo en el otro.» Mostró, dice Gibbon, la mas firme tranquilidad en la hora de su muerte; dió libertad á sus esclavos, (diez y siete hombres y once mujeres), ordenó sus funerales y repartió su bendicion á cuantos lo rodeaban, conservando hasta el postrer instante de su vida toda la dignidad de un apóstol y toda la confianza de un predestinado. En cierta ocasion habia dicho en conversacion familiar, que merced á una prerrogativa especial, el ángel de la muerte, no se apoderaria de su alma sino despues de haberle pedido permiso para ello: algunos instantes antes de espirar, manifestó que acababa de concederlo; despues con la cabeza apoyada en las rodillas de *Aicha*, la mas querida de sus mujeres, articuló con voz desfallecida estas entrecortadas palabras: «Dios mio... perdonadme mis pecados... Sí... quiero volver á reunirme á mis conciudadanos que están en el cielo .. »Y exhaló el último suspiro,

tendido sobre la alfombra que cubria el pavimento de su habitacion. Sus parientes mas cercanos dieron sepultura á su cuerpo en el mismo punto en que espiró. Su muerte y su tumba han prestado nombre inmortal á Medina, y los muchos peregrinos que todos los años van á la Meca suelen dar un rodeo tan solo por poder pronunciar algunas oraciones sobre la tumba del profeta.

A su muerte Mahoma entregó por decirlo así concluida la obra que con tanta fé habia acometido. La Arabia dejó de ser desgarrada por las facciones; y las diferentes tribus se hallaron animadas de un mismo espíritu, formando un gran cuerpo sometido á las mismas leyes religiosas y políticas. Al valor, al espíritu aventurero de sus antepasados, los sectarios del coran agregaron una nueva fuerza, la union, y desde entonces solo tuvieron un deseo que fué la propagacion del islamismo.

Necesitándose para sostener y fomentar aquel movimiento un hombre digno de suceder al profeta, se presentaron tres aspirantes á los sufragios de los árabes; Alí, que era el primero de los verdaderos creyentes; Omar, el mas valiente de los lugar-tenientes de Mahoma, y finalmente el venerable *Abu-Bekr*. Este último fué el elegido por unanimidad: comenzó exaltando al mas alto grado el entusiasmo de sus correligionarios, y uniéronse á sus banderas y á su voz los habitantes de los valles del *Yemen* y los pastores de las montañas *de Oman*, todas las tribus alumbradas por el sol desde el estremo septentrional de Belis, sobre el Eufrates hasta el estrecho de Bab-el-Manbeb y desde *Bassora* sobre el golfo Pérsico hasta Suez en los confines del mar Rojo, y crecia su entusiasmo de una admirable manera á los gritos mil veces repetidos de: *La Allah ill' Allah Mohammed ras sul Allah*, (No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.)

Confiados en el buen éxito y desdeñando la prudencia, lanzáronse los gefes árabes á atacar á todos sus vecinos á

la vez. *Yecid-ben-Ali* recibió la órden de ir á conquistar la Siria; *Khaled-ben-Walid*, conocido con el sobrenombre de *puñal de Dios*, tuvo el encargo de invadir la Persia; las ciudades de *Ctesiphon*, *Madáyn d'Hemadan*, *Caswin* y *Tauris* se sometieron. Nada pudo resistir á la turba invasora. Pasando en seguida los árabes el *Oxus*, redujeron las vastas regiones situadas entre este caudaloso rio, el *Yaxarta* y el mar Caspio y siguieron acorralando á sus enemigos hasta las fronteras de la China, y aunque murió Abu-Bekr en medio de sus triunfos, no por eso se detuvo ni un solo dia la marcha de su ejército.

Llamado al califato Omar prosiguió con igual actividad la guerra comenzada por su predecesor en Persia y Siria. Las ciudades de Gerusa de Filadelfia y Bosra, que los emperares habian rodeado de una línea de fuertes, cayeron en su poder; y Damasco, antigua capital de la Siria, abrió sus puertas despues de haber sostenido un sitio de setenta dias. La sumision de esta importante plaza, atrajo la rendicion de otras ciudades de la provincia, y en muy pocos años la Siria, la Persia y la Judea hubieron de someterse á la fé del profeta. Sin embargo, tan numerosas conquistas puede decirse que no fueron completas hasta que los ejércitos árabes se dirigieron sobre el Ejipto bajo las órdenes de Ameru-ben-el-Aasi.

Este general, uno de los mas célebres capitanes de los primeros tiempos del Islamismo, debia su ser á una cortesana, que de cinco Koraichitas que recibia en su casa, no podia decir cuál era el padre de su hijo; no obstante el mucho parecido que tenia con Aasi, le hacia creer que este, el mas anciano de sus amantes pudiese serlo. Ameru, en su juventud, habia demostrado un odio profundo hácia el Profeta, ridiculizándole mas de una vez con versos satíricos; pero esta por fin llegó á convertirlo trocándole en uno de sus campeones más intrépidos y haciéndole uno de los mas fieles sectarios del Coran. Abu-Bekr y Omar devieron á su valor y

talentos militares la conquista de la Palestina. Dícese que habiendo rogado Omar en cierta ocasion á *Ameru*, le enseñase la espada con que habia degollado á tantos cristianos, le presentó este una pequeña cimitarra cuya forma no tenia nada de estraordinario: el Califa pareció sorprendido: «ay¡ esclamó Ameru con modestia, sin el brazo de Dios, esta cimitarra no hubiera sido ni mas cortante ni mas pesada que el sable del poeta Jarezduk.

Nombrado gobernador de la Siria á cuya sumision habia contribuido, dirígiáse Ameru hácia el Ejipto, cuando recibió una carta de Omar, en que le ordenaba retrocediése si el ejército no habia entrado todavia. Hallándose en aquel momento á poca distancia de las fronteras, y receloso del contenido de la carta dispuso redoblasen el paso sus tropas, sin abrir el pliego del Califa hasta que las hubieron franqueado. Despues de leerla en presencia de sus oficiales «continuemos nuestra marcha, esclamó, toda vez que hemos pasado ya la frontera.» Y á pesar de que su ejército solo constaba de 4,000 hombres; se apoderó de Pelusa y de Merr en muy poco tiempo. Para arraigarse en el pais, *Ameru* echó los cimientos de una nueva ciudad que la llamó *Fortat*, hoy el antiguo Cairo; y sitió luego á Alejandría, de la cual se apoderó tras un cerco de los mas reñidos. A poco de este brillante éxito contestó al Califa del modo siguiente: «He tomado la gran ciudad del Occidente. Sería imposible enumerar las riquezas y los edificios que encierra: básteme pues decir que posee cuatro mil palacios, otros tantos baños, cuatrocientos teatros ó sitios de placer, doce mil tiendas de comestibles y cuarenta mil judíos tributarios. La poblacion está subyugada por la fuerza de las armas; no ha obtenido ni tratado, capitulacion, y mis soldados están impacientes por gozar del fruto de su victoria.» Conocida es de todos la respuesta que los escritores cristianos han puesto en boca de Omar cuando su gente le pregunto lo que debia hacer de la biblioteca de Alejandría. «*Si los escritos*

de los Griegos están acordes con el Corán inútiles son y no hay necesidad de conservarlos; si por el contrario se oponen á las proposiciones del libro santo, son peligrosos y deben quemarse. Los mismos autores añaden que los volúmenes encerrados en esta biblioteca cuya destruccion se deplorará eternamente, fueron distribuidos entre los cuatro mil baños de la ciudad y que apenas bastaron seis meses para consumirlos.

Sin embargo, celos profundos, y rivalidades ambiciosas, estallaron entre los conquistadores árabes. Ya hemos dicho que de los tres candidatos que se presentaron para suceder á Mahoma el elegido fué Abu-Bekr y que antes de morir, designó á Omar como califa; pero Alí, contaba con numerosos partidarios que sostenian sus pretensiones, y fraccionados en dos partidos rivales produjeron la secta de los esistas bajo el principio de *si Mahoma es el apóstol de Dios, Alí es el vicario de la Divinidad*, y la de los sonnitas, ó musulmanes ortodoxos. Omar murió asesinado, y Othman que le sucedió alcanzó igual fin. El partido vencedor proclamó entonces á Alí quien á pesar de su larga esperiencia y su conocimiento del corazon humano, no pudo calmar las discusiones de los dos rivales que empeñaron en Siria una batalla sangrienta. Alí fué muerto en ella, sucediéndole en el califato *Mahowiah-ben-Omunyah*, gefe de los musulmanes *Sonnitas*, que fijó su residencia en Damasco y espuso en la mezquita la túnica ensangrentada de Othman llamando á los orthodoxos á la defensa de su causa. Setenta mil sirios juraron serle fieles y morir por él.

Estas disensiones que herian al Mahometismo en su misma cuna hubiéranle sido fatales si los gefes árabes no hubiesen tenido de vez en cuando la suerte de contenerlas. El interés de su política, el peligro de su posicion y sobre todo la aficion al pillaje les aconsejaban estas repentinas reconciliaciones, puesto que el pais que habian conquistado lejos de aceptar su dominacion sin reserva aprovechaba todas

las circunstancias favorables para deshacerse de tan odioso yugo.

Realizada la total sumision del Egipto dirigióse la atencion de los árabes sobre el Africa Septentrional en donde el patricio *Gregorio* aprovechando los desórdenes del imperio de Bizancio, gobernaba mas bien á título de rey independiente que de lugar-teniente de su señor Abdallah, hijo de Said y hermano de leche del califa Othman: el mas hábil y mas valiente de los caballeros de la Arabia, fué encargado de esta espedicion á cuyo efecto partió de Egipto á la cabeza de cuarenta mil guerreros (647) penetró en las regiones que la dominacion romana habia invadido, y despues de algunos dias de una penosa marcha en el desierto, llegó á los muros de Trípoli, ciudad marítima cuyos habitantes habian huido con todas sus riquezas. Salieron á su encuentro ciento veinte mil griegos mandados por el patricio *Gregorio* y el general musulman le brindó en primer lugar con la paz á condicion de abrazar el Islamismo, el y sus subditos ó recoconocerse por lo menos tributario suyo; pero habiendo desechado estas proposiciones, vinieron á las manos. Ambos ejércitos desplegaron en este primer encuentro igual encarnizamiento. Cuéntase tambien que la hija del patricio, joven y hermosa combatia al lado de su padre y habia prometido su mano con cien mil monedas de oro al que le tragese la cabeza del general enemigo, seductora oferta que redobló el ardor de los Bizantinos y ya estaban casi perdidos cuando *Abdallah* mandó publicar entre ellos que cualquiera que le presentase la cabeza del patricio recibiria igual recompensa. Despues de una sangrienta lucha la victoria se decidió por los árabes: *Gregorio* murió en la pelea, y su hija cayó en poder del enemigo. Los vencidos se retiraron en desórden á *Sofaytala*, ciudad importante, situada á ciento cincuenta millas Sur de Cartago; cuya plaza hubieron de dejar bien pronto abriendo las puertas á los vencedores. De aquí resultó que los habitantes de la provincia hubieron unos de

abrazar el Islamismo mientras que otros se conformaron en pagar el tributo.

Esta jornada sin embargo distó mucho de ser decisiva, pues rendido de fatiga el ejército victorioso y agoviado por las enfermedades epidémicas se vió obligado á reconquistar el Egipto, lo cual aplazó la sumision definitiva del Africa septentrional. Emprendióse otra invasion bajo el califa *Mouwyah* (653) en cuya ocasion los árabes fueron llamados por los habitantes mismos que fatigados ya de tantos impuestos y del intolerable despotismo de los ministros de la corte de Bizancio querian deshacerse de ellos á toda costa habiendo mandado una diputacion á Damasco con objeto de invitar al califa para que volviese á entrar en Africa y someterla.

El ejército musulman compuesto de lo mas selecto de las tropas de Siria y Egipto se adelantó hasta el estremo de la Sentópolis, puso en fuga á los bizantinos y se apoderó de la antigua Cirene pero de allí á poco recibió una órden de Damasco que le detuvo en medio de tan próspero suceso y le forzó á retroceder; no obstante Moawyah no abandonó su proyecto de conquista, cediendo tan solo á la necesidad de reprimir á todo trance los síntomas de insurreccion que acababan de manifestarse en Egipto y en Siria.

Reprodújose bajo mejores auspicios la tercera invasion bajo las órdenes de Oukbah-ben-Nafy que habiendo ya tomado parte en la espedicion anterior y habitado largo tiempo en Barkah llevaba el doble objeto de contener los berberiscos y de convertirlos al mahometismo. Oukbah era uno de los mas intrépidos tenientes del califa á quien correspondió de derecho el sobrenombre de vencedor del Africa. Y este mismo fué el primero que entre los árabes obtuvo el título de *Onali* (gobernador) del Africa. (1) Despues de haber desecho en varios encuentros al ejército de los bizantinos, que demasiado débiles para resistirle se habian reu-

(1) Comprendian bajo esta denominacion casi todo el pais que forma en el dia las regencias de Tunez y de Trípoli.

nido á los berberiscos; sometió por completo á la Byzacena y dirigiéndose al Oeste se apoderó de Bugía y marchó hácia Tanger. En vano trataron los berberiscos de oponerse á su tránsito pues fueron completamente destruidos Oukbah les persiguió en todas direcciones y no paró hasta las orillas del Atlántico, donde con todo el entusiasmo de un creyente, metió su caballo en el Occéano, y esclamó blandiendo su cimitarra. «¡Gran Dios si no me detuviesen las olas, iria hasta los reinos desconocidos del Occidente. Yo predicaré en mi camino la unidad de tu santo nombre y esterminaré los pueblos que adoren á otro Dios que tu!»

Constituido en dueño absoluto de esta vasta comarca, Oukbah quiso asegurar la sumision fundando una gran ciudad que sirviese á los musulmanes de plaza de armas para ensanchar sus conquistas, ó de punto de apoyo en el caso de un revés; escogido el sitio, hizo levantar una fuerte muralla de ladrillo flanqueada por torreones sobre un círculo de legua y media, en donde construyó palacios y una basta mezquita con quinientas columnas de granito de pórfido ó de marmol de Numidia, agrupáronse muchos habitadores enderredor de aquellos edificios y Kairouan (pues así se llamaba la nueva ciudad) llegó á ser la residencia habitual de los gobernadores árabes en Africa; ciudad que si bien hoy no ofrece mas que ruinas, ha sido célebre durante muchos siglos por su esplendor y sus escuelas públicas. (1).

(1) Desde la frontera de Tunez al Occéano Atlántico, la mayor parte del litoral no ha cesado de pertenecer al imperio griego. La conquista árabe se dirigió en primer lugar á lo largo de la parte meridional del Altas, por medio de estas tribus salvages inmediatas al desierto, enemigas de las ciudades y de sus habitantes y aliadas naturales del islamismo vencedor. Asi pues los restos de las antiguas poblaciones griegas y cartaginesas veian estrecharse cada vez mas su territorio, encontrándose en fin mas y mas encerrados entre el mar y el desierto; la misma Cartago llamada por los árabes *Karthadjima,* centro y córte de las posesiones bizantinas se vió incesantemente amenazada por Kaironau situado á ocho jornadas de distancia.

Confiado en este resultado y creyendo además haber asentado definitivamente el poder del califa en el *Mahgreb* Oukbah no pensaba ya mas que en embellecer su ciudad y aumentar el número de sus habitantes. Aprovecháronse los berberiscos de su seguridad y descendieron en tropel de sus montañas en union con los bizantinos, á quienes la llegada de una flota y de un ejército habia reanimado con un rayo de esperanza, y marcharon juntos contra los musulmanes. En tan crítica situacion, lejos de acobardarse por el número, Oukbah salió al encuentro del enemigo, Decidido á coronar con una muerte honrosa la gloria de sus pasadas hazañas. Cuéntase que en el momento de dar la batalla, hizo llamar á un gefe árabe llamado Moneghir que marchaba con él y del cual estaba celoso: «Amigo, le dijo abrazándolo, hoy es el dia del martirio y de las palmas mas preciosas que pudiese alcanzar un musulman: no quiero privarte de tan bella ocasion.—Te doy las gracias por concederme este favor repuso *Moneghir*, pues tengo el mas vivo deseo de compartir tanta felicidad.» A estas palabras, blandiendo los aceros de sus cimitarras, se lanzaron juntos á la pelea larga y reñida fue la batalla, ambos gefes reconciliados combatian en primera línea llevando la muerte por todas partes. Los berberiscos y los bizantinos aterrorizados, parecian incapaces de defenderse, pero supliendo á su valor el número, cercaron á estos dos héroes, dispersaron á sus guardias y concluyeron por asesinarlos, Oukbah espiró sobre un monton de cadáveres. El campo de batalla que fué su tumba es aun hoy un monumento de su valor, conservando el nombre de campo de Oukbah (1).

Humillado bajo el peso de esta derrota, la invasion árabe retrocedió hasta Barkah; Zohair-ben-kais, huesos de

(1) La muerte de Oukbah se atribuye á Koseilah-ben-Behrain, gefe de los berberiscos convertido despues al islamismo.

Oukbah, trató de continuarla; pero despues de algunos ligeros encuentros, sucumbió bajo los esfuerzos reunidos de los berberiscos y bizantinos. Hacem el Gasanida, gobernador de Egipto, mandado al Africa con cuarenta mil hombres, consiguió por último decidir la victoria. Marcha en derechura hácia Cartago, dá el asalto y despues de haberla entregado al pillaje, la destruye por completo, desesperando sin duda de poderse mantener en ella. El sitio de la dominacion árabe siguió concentrado en Kaironau, por lo cual y á pesar de las vicisitudes por que habia pasado, este poder no cesó de engrandecerse en Africa. Despues *Hacem-Moussaben-Nosair*, con todos los poderes necesarios, llevó sus conquistas hasta Sus y constituyó definitivamente el gobierno de Magreb, y no teniendo ya nada que temer de los bizantinos ni de los moros, los musulmanes se aprestaron á esgrimir sus armas con otros adversarios.

Dueños los godos de la España y de algunas ciudades del litoral del Africa, eran por cierto muy malos huéspedes y aun habian prestado auxilio á Cartago cuando el sitio puesto por Hacem. Apoderarse pues de España era para los nuevos invasores una especie de represalia y aun el primer paso hácia la dominacion futura de Europa. Allá en sus sueños de conquista, se figuraban atravesar los Pirineos, someter la Galia y la Italia, reducir los pueblos de la Germania, seguir el curso del Danubio hasta el *Ponto-Euxino*, destruir el imperio de Constantinopla y pasando de Europa á Asia, unir todas estas conquistas al gobierno de las provincias de Siria y abrazando todo el Mediterráneo fundar un nuevo imperio romano.

Despues de haber paseado los árabes sus pendones victoriosos por la Persia, la Siria y el Ejipto en posesion de la Mauritania, subyugada por las armas del profeta como aquellas otras regiones, habíanse detenido sus estandartes ante las olas del mar que los separaba de España, pero no se habia estinguido ni el ardor bélico, ni el entusiasmo de

los triunfos ni el afan de la conquista. El gobernador de Africa, Muza-ben-Nosair desde las ventanas de su palacio de Tánger podia dirigir una mirada ambiciosa hácia las costas de la península, separadas por el Estrecho y en sus silenciosas meditaciones, acaso habria medido ya el tiempo y el espacio que necesitaría para franquear la barrera que habia contenido su marcha victoriosa. Un paso mas dice un moderno historiador, y acaso un nuevo mundo se abre á sus conquistas. Ya en tiempo de Wamba habian hecho los hijos del desierto una tentativa séria sobre las playas españolas: tentativa que la energía de aquel monarca godo habia logrado fustrar con la destruccion de la flota sarracena. No hubo de renunciar por esto el pueblo árabe, jóven, robusto y guerrero como entonces era, á sus designios sobre España, mucho mas cuando los moradores de Tánger y otros africanos no dejaban de ponderar á Muza la suave temperatura de España con todas sus demás buenas cualidades.

Y aquel jigantesco proyecto sonreia tanto mas á la imaginacion aventurera de los árabes, cuanto que la conquista de la península ibérica parecia no presentar mucha dificultad. Los godos no eran ya aquellos temidos bárbaros que despues de haber humillado el orgullo de Roma y enriquecidose con sus despojos, habian paseado sus armas triunfantes desde el Danubio al mar Atlántico; separados del resto de Europa por los Pirineos; los sucesores degenerados de Alarico se enervaron con las dulzuras de una larga paz; las fortificaciones de sus ciudades se convirtieron en ruinas y la discordia reinó entre ellos.

A consecuencia de un ultraje hecho á su hija por Rodrigo, rey de los godos, el conde Julian (1) uno de sus gene-

---

(1) No sabemos por qué algunos historiadores dan al último rey godo el título honorífiço de *Don* negado á todos sus predecesores. Segun Trelles historiador antiguo, este tratamiento fué dado por primera vez á Pelayo cuando reunió sus gentes para resistir á los sarracenos. *(N. del T.)*



rales, propuso un medio secreto á Tarik-ben-Zaid, lugar teniente de Muza, ofreciéndole introducir los árabes en el centro mismo de la España. (1) Tarik escogió quinientos caballos y atravesó sobre cuatro grandes barcos el estrecho que separa á Tanger de la opuesta orilla: á la cabeza de esta escasa fuerza, recorrió las costas de Andalucía sin tropezar con el menor obstáculo y regresó á Africa cargado con un inmenso botin y muchos prisioneros. (julio de 710). Animado con este resultado, Tarik preparó una espedicion mas considerable, que llevó á cabo al principio de la primavera del año siguiente, desembarcando al pié del monte *Calpe* al quedió su nombre, (Gebel-Tarik, montaña de Tarik).

Tres siglos hacia que los godos habian invadido por la opuesta frontera, esta misma España que ahora iban á perder en una de las catástrofes mas espantosas, una de las revoluciones mas terribles que ha sufrido España, y como dice Lafuente, revolucion mas repentina y mas completa en los anales de la humanidad. Porque caer derrumbada en un solo dia una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por estrañas gentes, que hablaban otra lengua, que profesaban otra religion, que vestian otro traje; llegar unos hombres de improviso y sin anunciarse, casi sin preparacion, apoderarse de un antiguo imperio, pelear unos dias para dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existia y sorprender la muerte á una nacion casi tan de repente como puede sorprender á un individuo, es cierta-

(1) Cuentan las crónicas que entre las damas que en su córte tenia el rey Rodrigo, habia una muy hermosa llamada Florinda ó la Cava, hija del conde Julian. Enamoróse de ella el rey y satisfizo su amor no de grado sino por fuerza. Informó ella á su padre de la deshonra que habia recibido y este juró vengar la afrenta de su hija y lavarla con la sangre del malvado forzador.

(*N. del T.*)

mente un suceso prodigioso de los que rarísima vez acontecen en el trascurso de los siglos.

Sabedor de esta nueva agresion, Rodrigo, (Ruderich), que se titulaba rey de los romanos, marchó al encuentro del enemigo con un ejército de cien mil hombres; el general árabe no contaba mas que con veinte mil, inclusos los descontentos que la influencia del conde Julian habia sembrado en sus filas. La batalla se empeñó en las inmediaciones de Cádiz cerca de la ciudad de Jerez de la frontera y de la pequeña ribera del Guadalete que separaba ambos campos; allí era donde iba á darse la batalla sangrienta que habia de decidir del destino de la nacion godo-hispana, godos y sarracenos, cristianos y musulmanes se miran de frente. La religion de Jesus se halla en presencia de la religion de Mahoma. ¿Por qué vá á permitir Dios, dice un historiador, que el acero haya de decidir cual de las dos ha de triunfar en España? Inescrutables son sus juicios y podemos á las veces presumirlos pero no penetrarlos.

La balanza parecia inclinarse del lado de los godos. La derrota de los árabes era eminente y ya iban á rendirse, cuando Tarik los detuvo gritándoles: «¡Oh, muslimes el enemigo está delante y el mar á la espalda! ¿Sereis capaces de retiraros? ¡seguidme Guallah, (por Dios)! yo he resuelto morir ó someter á mis piés al rey de los romanos.» A estas palabras los árabes hicieron mas compactas sus filas y se arrojaron con furor sobre el enemigo. La pérdida de Rodrigo muerto de un lanzazo por la mano misma de Tarik y ahogado en el Guadalete dejó á los árabes dueños de España. Esta batalla duró nueve dias con varia fortuna para ambas partas.

¿Qué fué lo que les infundió tanto aliento cuando iban ya de caida? ¿fué solo la arenga de Tarik ó fué acaso la defeccion de los hijos de Witiza, del prelado Oppas y sus parciales, que vieron llegado el caso de consumar su traicion y su venganza y abandonaron á Rodrigo ó se pasaron á los

árabes? Muchas son las crónicas que asi lo afirman é inducen á sospecharlo los antecedentes, aunque otras lo nieguen y algunas de los árabes lo omitan. Lo cierto es que en aquel momento se cumplió el destino fatal de España. Los árabes y berberiscos hicieron espantosa carniceria en los hispano-godos, cebáronse en ellos y murieron tantos, «que solo Dios que los crió, dice un escritor arábigo los podria contar.» La tierra quedó cubierta de cadáveres y las aguas del rio tintas de sangre noble. Por mucho tiempo se vieron en el campo los despojos, las rotas armaduras y los huesos blanquecinos de los godos, esclamando por ello Fr. Luis de Leon.

¡Cuanto yelmo quebrado!
¡Cuanto cuerpo de nobles destrozado!

Allí acabó la monarquía goda, allí se desplomó el trono de Ataulfo, de Recaredo y de Wamba perecieron, su libertad y sus leyes: el estandarte de Mahoma tremolará en los templos cristianos y costará ocho siglos de lucha el abatirle.

Despues de la victoria, Tarik dividió su ejército en tres cuerpos; el primero se apoderó de Córdova, el segundo sometió la Costa Bética ó reino de Granada, y con el tercero se trasladó del Betis al Tajo, atravesó la Sierra Morena que separa la Andalucía de Castilla, y no tardó en hallarse bajo los muros de Toledo. Entró sin resistencia en esta ciudad, respetó las propiedades de los habitantes, sus leyes y hasta sus templos, con la condicion empero de que no levantarían otros nuevos y se abstendrian de hacer procesiones públicas. Dueño de la capital, Tarik recorrió las provincias centrales de España destruyendo los restos esparcidos del ejército de los godos.

Tan grandes y rápidos acontecimientos escitaron al mas alto grado los celos de *Muza-ben-Nozair* y con ánimo resuel-

to de privar á su teniente del provecho y honor de aquella conquista, trató de abandonar su gobierno á pesar de que no carecia de fuerzas y pasó el estrecho. Componíase su ejército de diez mil árabes y ocho mil africanos, entre los cuales militaban lo mas distinguido de los korasitas. Muza tomó á Sevilla y algunas otras plazas que Tarik habia dejado á retaguardia y que despues de su partida habian sacudido el yugo. Carmona fue igualmente conquistada por asalto; Mérida se rindió despues de una larga resistencia y finalmente Portugal y Galicia sucumbieron en iguales términos.

Esto no obstante, los celos de Muza contra Tarik habian subido de punto, y en vano este, al salirle al encuentro le presentó una gran parte del botin; nada satisfecho Muza con aquella prueba de sumision, le dirigió las mas fuertes reconvenciones, acusándole de haber desconocido su autoridad y comprometido el ejército que puso á su cuidado: y finalmente fué tal el esceso de su injusticia que le exoneró del mando, le cargó de cadenas y hasta dicen que se propasó á pegarle. El califa Valid I, lo puso poco tiempo despues en libertad y aun le revistió con el mando de otro cuerpo de ejército á cuyo frente conquistó una buena parte de Aragon Cataluña y Valencia.

Ambos gefes parecian haber olvidado sus querellas, pero se hallaban unidos por una reconciliacion que habia de durar muy poco. Muza se apropiaba todo el botin cogido al enemigo, mientras Tarik por el contrario, dejaba el suyo á sus soldados reservando tan solo la quinta parte para el califa. En el entretanto, murió Valid I y le sucedió su hermano Soliman. Este nuevo califa llamó á ambos generales, haciéndolos comparecer ante sí: ordenó en seguida el destierro de Muza á la Meca donde murió, y Tarik como consecuencia inmediata cayó en desgracia poco tiempo despues.

No seguiremos á las tribus del Yemen en sus escursiones allende los Pirineos: antes por el contrario las dejaremos establecerse en Narbona, reclamar la provincia del Langue-

dec con escusa de depender de la monarquía española, inundar las provincias de la Aquitania despues de haber batido al intrépido Eudes, á pesar de tener casada una de sus hijas con un gefe árabe, los dejaremos enarbolar sus banderas victoriosas sobre los muros de la capital de Turena, y aun presenciaremos tranquilos la sangrienta derrota junto á los muros de *Poitiers*: lo que importa á nuestra narracion es examinar qué clase de civilizacion llevaron los nuevos conquistadores á la Magreb, y como pudieron dar sus costumbres y sus creencias religiosas á los diferentes pueblos del Africa septentrional.

Desdeñando la sencillez de los primeros musulmanes, los califas de Damasco y de Bagdad, pronto se dejaron rodear de la perfumada atmósfera que ofrece la pompa y el esplendor; y para convencernos de esta verdad bastará oir el siguiente relato del historiador árabe *Abul-Jeda*: «Todo el ejército del califa estaba sobre las armas, la infantería y la caballería, dice, formaban un cuerpo de 160,000 hombres. Los oficiales superiores, sus esclavos favoritos vestidos del modo mas espléndido, llevaban tahalís brillantes de oro y pedrería, y no se separaban de su persona: seguíanle además 7000 eunucos y 700 porteros ó sean aposentadores. Góndolas ricamente empavesadas paseaban sus banderolas y rompian con sus lujosas proas las aguas del Tigris, y la mas descarada suntuosidad reinaba en todo el interior del palacio. Hubiéranse podido contar 38,000 piezas de tapicería, entre las cuales 12,500 eran de seda recamadas de oro, y habia además 22,000 alfombras. El califa mantenia 100 leones, cada cual con su criado, y entre infinidad de objetos á cual mas maravillosos, citaremos un árbol de oro y plata cuyas 18 ramas se doblaban bajo el peso de pájaros de toda especie, oyéndose al agitarse los trinos del mas melodioso canto. No faltaron despues dignos imitadores en Damasco y Bagdad en el Kairo, Fez, Kaironau y España; siendo en este último punto donde el tercero y mayor de los

Abderramanes elevó á tres millas de Córdoba en honor de su sultana favorita, la ciudad, el palacio y los jardines de Zahara: los escultores y arquitectos mas hábiles de Bizancio acudieron al reto artístico y construyeron edificios sostenidos por 200 columnas de mármol de Africa, Grecia ó Italia. Veíanse incrustaciones de oro y perlas, y figuras de aves y cuadrúpedos, únicos seres vivientes que es dado reproducir en sus creaciones al artista musulman. Surcada el Africa sin cesar por los ejércitos que pasaban á España, no podia permanecer estraña á tanta magnificencia, y como en la época de la conquista del Magreb, los árabes habian encontrado numerosos restos de la grandeza romana, su espíritu pronto á inflamarse, debió naturalmente tratar de imitarles haciéndolos tomar parte como otros tantos elementos en sus producciones artísticas y arquitectónicas.

De aquí el brillo que alcanzaron en ciencias y letras Kaironau, Fez y Marruecos durante un gran período de años, llegando sus escuelas á rivalizar con las de Córdoba. El profeta mismo habia recomendado la cultura. «Enseñad la ciencia, dice un verso del Coran, por que enseñarla es glorificar á Dios. La disputa sobre la ciencia, es una disputa sagrada. Por la ciencia se distingue lo justo de lo injusto; es la luz sobre el camino del paraiso, un confidente en el desierto, un compañero en la soledad, un guia fiel así en la felicidad como en la desgracia. Los ángeles anhelan su amistad: todo lo que existe en la tierra ansía su favor: es el remedio de los corazones contra la muerte de la ignorancia, la luz de los ojos en medio de la oscuridad de la injusticia.»

La literatura árabe se dividia en dos partes distintas: la primera abrazaba las matemáticas, la astronomía, la física, y filosofía, es decir, todo lo que aquellos pueblos debian á los estrangeros, la segunda todo lo que les pertenecia como sus obras de historia, de geografía, poesía, fisiología. Los escritos de Eúclides, de Arquimedes, de Apolonio y Ptolomeo que formaban la base de sus estudios matemáti-

ces. La mas célebre de las versiones de Euclides es la de Nassir-Eddin impresa en Roma á fines del siglo XVI. La famosa obra astronómica de Ptolomeo adquirió tan grande autoridad entre los árabes que con frecuencia la apellidaban la ciencia d'Almedjisti (en idioma griego μεγίστη, muy grande). Dieron á conocer esta obra en Europa, y aun en el dia su título árabe (Almagest) nos es mas familiar que el de Σύνταξις μεγίστη que trae el original griego. No contentos con traducir y comentar los autores griegos, agregaron varias aclaraciones fundadas en sus mismos adelantos, simplificaron los métodos y abrieron ancho campo á los importantes descubrimientos de nuestras matemáticas modernas. A ellos debe la aritmética el uso de los guarismos y del sistema decimal, (1) á ellos los sábios modernos la introduccion del álgebra proporcionándoles uno de los mas grandes medios del análisis matemático. No con menos ardor vemos cultivarse la medicina y las ciencias naturales: en tiempo de Hipócrates, y sobre todo en el de Aristóteles, época notable en la que se crearon los rudimentos de los conocimientos físicos y medicinales. El precepto religioso les impedia dedicarse á la anatomía, pero en cambio hicieron grandes progresos en la terapeútica la farmacopea, la química y la botánica (2).

Importados en el Magreb por los nuevos conquistado-

(1) Los matemáticos árabes han simplificado las operaciones trigonométricas sustituyendo el cálculo de los *senos* por el de las *cuerdas*.

(2) Entre los autores que han escrito sobre la medicina y la historia natural, pueden citarse los siguientes: Abu-Beihr-Al-Rais (932) llamado el galeno árabe que escribió el primero sobre el virus varioloso; Isak-Ben-Soleiman, israelita de Kuramau (944) célebre por su obra acerca de las calenturas; Abu-Alí-Hosain-Ibn-Sinez, llamado Avicena (1036) cuyo nombre y escritos fueron largo tiempo considerados en Europa como la base de toda la ciencia médica; Abu-el-Kasi-Al-Zaravi (1106) autor de un método de medicina

res todos estos conocimientos, fruto de una alta civilizacion fácilmente se connaturalizaron, pero la propagacion en cambio, de las nuevas doctrinas religiosas tropezó con grandes obstáculos. Medio siglo despues de la espulsion de los Bizantinos, fué cuando Abderrahman, gobernador del Africa, pudo anunciar al califa Abul-Abbas la total conversion de los infieles; y á pesar de todo esto, necesario fué desplegar el mayor rigór para ver derribados los ídolos y destruido su culto.

Mahoma dijo en el Coran: «Combatid á los infieles hasta que ya no haya lugar á controversias: combatid hasta que la religion de Dios sea la única sobre la tierra.» Alguno que otro de sus sucesores siguieron á la letra este precepto, aplicable solo á poblaciones poco numerosas; pero cuando los musulmanes hubieron estendido sus conquistas, preciso les fué mostrarse mas tolerantes contentandose así en Africa como en España con atraerse á los idólatras á los judíos y á los cristianos hácia el islamismo si bien con la libertad necesaria para elegir entre el ejercicio de su culto ó el pago del tributo. Fácilmente se comprenderá que esto era reducir á los rebeldes á un verdadero aislamiento é impedirles el acceso á los cargos públicos; pero era tambien la barrera que separaba al vencido del vencedor barrera por otro lado harto frágil y que derribaba cualquiera que pronunciase la frase sacramental de «No hay mas Dios que Alá y Mahoma es su profeta:» en cuyo caso hallaba entrada en la so-

---

universal en el que sobre todo se distinguen escelentes tratados de cirujía. Puede aun mencionarse á Abu-El-Valed-Ibu-Rorchd, llamado Averroes (1198); su discípulo, el rabino Mussa-Ben Macinum (1208): Abdallah-Ibu-Beitar (1248), viagero y botánico; Abu-Yahya-Zacariyya-Al-Kuzwini (1283), el Plinio de los Orientales, célebre por su grande obra acerca de las maravillas de la naturaleza; y Kemaleddin-Moham-med-Ben-Muza-Damiri (1405) autor de una historia de los animales.

ciedad islaimica, tomando el puesto que correspondiese á sus talentos y valor. (1)

Tan interesadas conversiones no produjeron sin embargo al imperio de los califas los satisfactorios resultados que se habian prometido. Con el islamismo se intrudujo en las tribus berberiscas todo el cortejo de cismas y de heregías que mas tarde destruyeron la unidad musulmana. Bajo el título comun de sectarios de nombres y de creencias diversas (ibadis, sofris) sembraron en Africa el gérmen de disensiones parecidas á las que se habian sucedido en tiempo de los emperadores cristianos y ensangrentado su suelo con tanta frecuencia. Una vez convertidos al islamismo, las mismas tribus que habian suministrado á los donatistas y circunceliónes sus partidarios mas intrépidos se arrojaron con tal ardimiento en las disidencias de la nueva religion que en ello hallaron un pretesto para revelarse contra sus nuevos dueños. Bajo los primeros emires del Magreb, estallaron varias tentivas de insurreccion fácil y prontamente sofocadas, pero durante el gobierno de Obaid-Allah-Ben-el-Habab, reproduciéndose de nuevo tomaron tal carácter de gravedad que llegaron á comprometer la existencia misma de la dominacion árabe. El sofri Meisara-el-Medghari fue proclamado califa por los berberiscos heréticos. Su sucesor El-Khaled-Ben-Hamid el Zenatí, vencedor en un combate que le dió el nombre de Onakat-el-Ahraf (jornada de los jerifes) á causa del gran número de guerreros ilustres que en él sucumbieron logró volver á encerrar á los árabes en Kaironau, y todo el Magreb pareció por un instante abandonado á los *khuaxidy*.

El estado de las cosas en aquella parte del imperio re-

(1) He aqui esplicada la causa de haber los pueblos africanos adoptado sucesivamente la religion de Mahoma, escepto alguna que otra tribu del desierto.



clamaba un pronto y enérgico remedio: el califa Heschem hizo un llamamiento á las armas al que contestaron las milicias de Siria presentando un contingente de 12,000 caballos. Handala-ben-Safoiman-el-kelbí gobernador del Egipto, encargado de castigar á los rebeldes, se adelantó á su encuentro, los derrotó completamente bajo los muros de Kaironau é hizo prisionero á su gefe que fué condenado á muerte.

Estas repetidas rebeliones produjeron en la poblacion del Magreb un profundo mal estar: y es de admirar que cuanto mas el Africa se poblaba de árabes, tanto mas se acrecentaba el mal. El inmenso imperio del islamismo sucumbia de esta suerte bajo el peso de sus conquistas; pueblos y reyes parecian sentir á la vez el peligro de lejanas dominaciones y sobre todo echar de menos cualquiera otra constitucion que no emanase de la voluntad de su dueño. De esta suerte se preparó sordamente la escision que habia de minar las diferentes partes de aquel vasto cuerpo, siguiéndose la division y tras ella la caida del califato.

Alí habia sido vencido en Oriente por Moaviah fundador de la dinastía de los ommiadas (1) Y un siglo despues fué depuesta á su vez esta rama por el décimo cuarto y último califa muerto en una batalla en que los suyos le vieron ser descuartizado por Saffah, representante de los abbassidas. Saffah, fué proclamado califa, los ommiadas proscritos, y 80 individuos de la misma familia, harto confiados en la cle-

(1) Los ommiadas no tuvieron partidarios en ninguna otra parte mas que en Siria; los *Abbassidas* descendian en línea recta de Abbas tio del profeta. Mas tarde una tercera familia, la de *fatimitas* ó descendientes de Fátima hija de Mahoma fué no menos poderosa. Estos tres partidos ó sectas se distinguian no tan solo por los diferentes puntos del dogma y rito sino por el color de sus vestidos: los ommiadas adeptaron el blanco; los abbassidas el negro y los fatimitas el verde.



mencia del vencedor, que aceptaron un solemne festin en Damasco fueron degollados sin piedad esceptuandose tan solo el mas jóven de todos, Abderrhaman que pudo librarse de la matanza. Errante este largo tiempo en Siria, Egipto y en el desierto de Barkah perseguido de contínuo por el ódio de los abbassidas encontró por fin un asilo en un pueblo conocido entonces bajo el nombre de Tuliar cuyas ruinas están situadas á cuatro jornadas al Este de Tlemecen.

Tal fué el orígen de las funestas divisiones que destruyeron la grande unidad religiosa y política fundada por Mahoma. En Arabia y Persia fué reconocido el poder de los abbassidas: dejaron á Damasco y trasladaron la residencia de su califato unas cuatro millas mas abajo de las ruinas de Modain sobre la ribera oriental del Tigris en donde fundaron á Bagdad poblacion que segun los escritores árabes ascendió bien pronto á ochocientas mil almas llegando á ser una de las ciudades mas florecientes del islamismo. En España por el contrario, el partido de los ommiadas conservó todo su prestigio. Los abbassidas queriendo someter esta provincia á su obediencia, enviaron generales encargados de reemplazar á los gobernadores nombrados por sus adversarios, pero lejos estos de reconocer aquellas pretensiones, despacharon una diputacion al Africa ofreciendo el poder al jóven Abderrhaman, el cual pasó al instante el estrecho con 1000 africanos de la tribu de los zenetes. Su inesperada presencia intimidó á sus enemigos que en vano quisieron evitar los golpes de su furibundo brazo. Proclamado califa de Occidente, Abderrhaman (1) fijó su residencia en Córdoba. De nada sirvió que Almanzor, décimo califa de la raza de los abbassidas, hiciera pasar á España á Ali-ben Moguies emir de Africa, con su poderoso ejército. Conservada en Al-

(1) Descendiente de los ommiadas que reinaron en España durante dos siglos y medio.



canfor, la cabeza de su lugar-teniente vencido y muerto, fué remitida á Kaironau en prueba de lo respetable qué era ya el poder de Abderrhaman, hasta el estremo de merecer de sus partidarios el sobrenombre de Almanzor (el victorioso.)

Africa misma no tardó en ser el teatro de nuevos sucesos análogos á los que acaban de arrojar de España á los abbassidas; fracciónose en una porcion de pequeños estados independientes cuyos gefes solo trataron de consolidarse y estender sus dominios á costa de sus mas débiles vecinos. El Magreb no tuvo jamás Emir: cada pequeño Jeique se consideraba con derecho á este título; el poder político del califa de Bagdad dejó tambien de ser reconocido, considerándole como gefe espiritual de la religion y de ningun modo como soberano temporal. El establecimiento en el Magreb de dinastías puramente africanas, fué para aquel pais el principio de un nuevo período; pero tal estado de anarquía no podia menos de ser transitorio; y mucho mas fuertes y ambiciosos que todos aquellos Jeiques desunidos, los beni-edris (edrissitas) y en el Este los beni-aghlab (aghlabitas), lograron restablecer en cierto modo el órden en el Oeste.

El fundador de la dinastía de los edrissitas, edris-ben-edris, descendia de Alí, yerno de Mahoma y de Fatima su hija. Refugiado á la sazon en Africa huyendo de las persecuciones del abbasida Harun-el-Raschid, á quien hacian formidable las pretensiones rivales de su casa, hubo de huir á Tánger, donde mandaba el jeique Abd-el-Medjed-el-Enrubi. Recibido Edris con cordialidad se descubrió á su huésped, quien le presentó á su familia y á las tribus de El-Enrubi (las kabilas). Merced al ascendiente que su ilustre prosapia le daba llegó á entusiasmar de tal suerte á aquellas cabezas volcanizadas que los kabilas le proclamaron emir. Los zenetas y demás tribus berberiscas siguieron su ejemplo. Puesto entonces al frente de todos ellos, Edris se dirigió sobre Tlemcen de la que se apoderó, sometió algu-

nas otras provincias, y concluyó por conquistar por completo el Magreb.

Habiendo llegado hasta Bagdad el rumor de las hazañas del nuevo emir, alarmóse el califa y resolvió deshacerse de su rival por medio de la traicion: para ello envió á uno de sus adeptos con órden de captarse la benevolencia de Edris, y que aprovechándose de la mentida intimidad, le diese muerte. Este hombre cumplió su mision empleando un frasco envenenado. El emir no dejó hijos, pero su mujer se hallaba en cinta, y uno de sus lugar-tenientes propuso á los árabes esperar el parto de Kethira (tal era el nombre de la viuda). «Si Kethira dá á luz un niño, les dijo, nosotros le nombraremos nuestro gefe, si por el contrario es niña, daremos la soberanía á otro » Esta proposicion fué aceptada: y habiendo Kethira dado á luz un varon, el recien nacido fué proclamado gefe supremo de los creyentes del Magreb, con el nombre de Edris-ben-Edris, el mismo de su padre.

Llegado á la edad de doce años, el jóven emir empuñó las riendas del gobierno, jurándole de nuevo obediencia todas las tribus del Magreb. Poco tiempo despues concluyó con El-Hakem, califa de Córdoba, un tratado de alianza defensiva contra el califa de Oriente. Edris-ben-Edris quiso tambien ser el fundador de una nueva ciudad que recibió el nombre de Fez (1) (807). La dividió en diferentes cuarteles separados por murallas, siendo los principales el de los karawis y el de los andaluces. Ocho mil árabes que su aliado

(1) Fez, ciudad del imperio de Marruecos, lugar principal de la provincia y en otro tiempo del reino de Fez, á 375 kilómetros N. E. de Marruecos. Esta ciudad la mas importante del imperio, es la mas bonita de Berbería, pero no tiene buenos monumentos. Se fabrican mantas de lana, armas blancas y de fuego, tafilete, pólvora etc. Su comercio es activo. Tiene escuelas acreditadas entre los mahometanos, y posee una biblioteca considerable para el pais. Fué fundado en 808 por Edris II.

acababa de desterrar de Córdoba de resultas de una revolucion, formaron el núcleo de la poblacion. Desde entónces Edris-ben-Edris tomó el título de califa de Fez

Casi en la misma época se formaba otro califato en Kaironau, por un tal Ibrahim, hijo de Aghlab cuya ambicion le inspiró el deseo de imitar al jóven Aderrahman. Esta nueva tentativa fué coronada del mejor éxito. Para asegurar su poder, abolió una parte de los impuestos, creó un ejército de *esclavos negros*, edificó una fortaleza cerca de Kaironau, en una palabra, fundó sobre bases sólidas un imperio que pasó á sus hijos. Bajo el reinado de Ziad-el-Allah, el segundo de sus sucesores, los aghlabitas conquistaron la Sicilia, asolaron el reino de Nápoles, la Toscana y todas las costas de Italia y hasta la misma Francia no se vió exenta de sus insultos.

De acuerdo con los musulmanes de España, los aghlabitas y los edrissitas atacaron la Provenza y se establecieron en diferentes puntos del litoral, en donde construyeron varias fortalezas y castillos de los cuales aun existen algunos restos. Apoderáronse sucesivamente de Marsella de Aviñon, de Arlés de Sain-Tropez, y sobre todo se establecieron al Nordeste del golfo de Grimaud, á tres leguas de esta última ciudad en la cima de una alta montaña llamada Fraxinet (1), desde la que se descubre el mar y los Alpes. En el año 940, reforzados por socorros llegados del Africa sitiaron á Trejus, entregándola á todos los horrores de una poblacion tomada al asalto. En 942, Flugo, conde de Provenza

(1) Hicieron de esta posicion una formidable fortaleza construida sobre una inmensa roca que coronaba la montaña, y provista de una cisterna ahondada en la misma peña, pasaba por inespugnable. Debajo de la fortaleza principal y á la distancia de algunos centenares de pasos, construyeron otro castillo llamado la Guardia, coronando de torreones de vigia todas las alturas inmediatas desde las cuales por medio de señales se trasmitian todas las noticias.

y rey de Lombardía, cansado del pillage de tan incómodos huéspedes, acometió la empresa de arrojarlos de sus estados mas no pudo conseguirlo.

En 968 veinte y seis años mas tarde, Othon I, hizo tambien vanos esfuerzos, atacándoles simultáneamente por mar y tierra; pero ellos por el contrario, consiguieron apoderarse de los principales caminos de los Alpes, interceptando de esta suerte la comunicacion con Italia. Así pues, los árabes hallábanse establecidos á la sazon en las costas del Mediterráneo con mayor comodidad que lo está hoy tal vez la Francia; lo cual puede dar una idea del poder y del progreso de actividad y vida que aquellos desplegaran en Africa.

Las ciencias y las letras florecieron á la sombra de la proteccion que les dispensaran los califas aghlabitas y edrissitas mientras ocuparon el trono. Aunque separados de la unidad religiosa y política que profesaran los califas de Oriente, decidiéronse á imitar el movimiento literario y artístico que se observaba en Bagdad, esforzándose en rivalizar con ellos en riqueza y buen gusto. Esta emulacion convirtió á Fez y Kaironau en dos centros de erudiccion y buen gusto, donde la juventud musulmana pudo adquirir durante mucho tiempo los mas profundos conocimientos; pero esta prosperidad misma tocaba ya á su término.

Los pueblos indígenas del Africa conocidos generalmente por el nombre de *berberiscos*, (1), no se habian sometido enteramente al dominio árabe. Una tribu de los zenetas, los beni-mequineza, se sublevó, obligando á los califas de Fez

---

(1) Los maimudes habitaban la parte occidental y meridional del Atlas, ó sean las llanuras y valles que se estienden hácia las fronteras de Marruecos. Los gomerules ocupaban las montañas de la Mauritania inmediatas al Estrecho. Los zenetes, los nawarah y los sauhadjah residian en las regiones mas avanzadas; y estos últimos, los mas famosos, procedian de las tribus esparcidas á la parte opuesta de las cordilleras del Atlas.

á poner sus tropas en campaña; mas á pesar de este despliegue de fuerzas, los beni-mequineza obtuvieron ventajas que atrajeron á su causa un gran número de tribus. Todo cuanto habia fuera de las poblaciones era presa de los revolucionarios.

Un acontecimiento nuevo vino á complicar aun mas la situacion, un morabita de la provincia de Tlemecen, llamado Qein-Ben-Menul, que se anunciaba como profeta y pretendia ser el Mesías redentor de los pueblos, empezó á agitar la insurreccion en las tribus africanas. Los pueblos corrieron á las armas, y bien presto Qein-Ben-Menul pudo convencerse de que era ya bastante fuerte para declarar guerra al califa de Fez. Amenazado este al propio tiempo por el morabita y por la tribu de los mequineza, y viéndose en la imposibilidad de hacer frente á entrambos enemigos, juzgó prudente desembarazarse del primero por medio de capitulacion. La paz fué en efecto firmada, si bien con ello salió humillado el orgullo del califa, pues el morabita exigió una condicion, por la cual Tlemecen debia ser erigido en principado. Sucedió esto el año 935, desde cuya época la provincia de Tlemecen quedó libre de la soberanía de los califas de Fez, conservando su independencia hasta la dominacion de los almoravides.

El califa, desembarazado ya de un enemigo, creyó poder sojuzgar fácilmente al otro; pero sucedió lo contrario; los zenetes, lejos de someterse, redoblaron mas su ardor y lograron consolidar un principado independiente, estableciendo el trono en la antigua Sidda, á doce leguas de Fez, y que desde entonces cambió el nombre por el de Mequinez, aludiendo al de la tribu de los beni-mequineza.

La revolucion tenia en esta época imitadores en el E. del Africa septentrional: un nuevo morabita no menos ambicioso que el usurpador de Tlemecen, llamado Obeit-Allah-Abo-Mohammet y apellidado Mahadi, que se preciaba descender en línea recta de Fatima, hija del profeta, anunciábase como

el iman regenerador, encargado por los musulmanes ortodoxos de asociar á todos los pueblos á una sola creencia. Mohadi, dueño de un grande ejército, atacó con el á Kaironau, aprisionando al último de los aghlabitas. Despues de esta victoria edificó sobre la costa y á pocas leguas de Kaironau la ciudad de Mehedia, echando en esta parte del Africa los fundamentos del poderío de esos mismos califas fatimitas, que debian luego someter á su dominio todo el Egipto. Mahadi que habia atraido á su causa gran número de fanáticos y descontentos, al ver los considerables progresos de su influencia, marchó sobre Fez para batir á los edrissitas, que debilitados ya por la lucha que acababan de sostener contra los zenetes, no pudieron resistir. La capital fué tomada, así como tambien Ceuta, Tánger y otras poblaciones: el vencedor escribió entonces al gobernador de Isacor, ciudad que los musulmanes andaluces poseian en el Magreb, esta carta, nuevo rasgo de altivez y orgullo: «Si venis pacíficamente hácia mí, yo iré hácia vos con humanidad y clemencia; pero si quereis que midamos fuerzas en una batalla, estad seguro que mi espada victoriosa humillará la vuestra.»

En tal conflicto apresuráronse los edrissitas á despachar una embajada á Córdoba, pidiendo auxilio al califa Abderrhaman III hijo de Mohammet. Este príncipe, en quien cifraran los musulmanes todas sus esperanzas, y al cual miraban como el regenerador del Islamismo en España, acogió favorablemente á los embajadores, comprometiéndose á enviar los socorros solicitados y añadiendo que tambien él tenia una injuria personal que vengar; pues Mahadi habia tenido la osadía de atacar al gobernador andaluz del Magreb. Y en efecto, hizo marchar al Africa lo mejor de sus tropas apoderóse de Fez y Tlemecen (1) y obligó al califa

(1) Dicen que Abderrhaman mandó reparar á sus espensas la cúpula de la gran mezquita, y colocar en la parte mas elevada del

Fatimita á abandonar el O. del Africa y refujiarse en la parte oriental de Berbería. Congratulábanse ya los edrissitas por el triunfo militar de su aliado, cuando este declaró que se apropiaba sus estados por cuenta propia, haciéndose proclamar en Fez príncipe de los creyentes. (954) Su ambicion sin embargo no estaba todavía satisfecha, pues pretendia á cualquier costa estender su poder comercial y marítimo, y para ello mandó construir en Sevilla una gran nave, destinada á trasportar mercancias al Egipto y Siria. Este buque fué detenido en su primera salida por otro navío de los fatimitas en las aguas de Sicilia, empeñándose un combate, de cuyas resultas fué apresado este último, En represalias el califa de Kaironau armó una flota, á la cual se agregaron los sarracenos de Sicilia, persiguiendo á los buques andaluces y haciéndoles considerables presas.

La guerra volvió á encenderse con nuevo furor. Abderrhaman envió á Orán á Ahmed, uno de sus mas espertos generales con un ejército. Marchó este sobre Mehedia al frente de veinte y cinco mil hombres, y despues de varios choques en los cuales los fatimitas fueron constantemente batidos, puso sitio á Tunez, célebre ciudad entonces por su comercio con el Occidente y en la cual habia gran número de negociantes judios. La esperanza pues del pillaje estimuló á los andaluces y los zenetes sus aliados. Los tunecinos á vista del peligro que les amenazara y desesperados de recibir socorro, pidieron capitulacion, ofreciendo una suma considerable, que fué rechazada, viéndose obligados á rendirse á discrecion. Ahmed obtuvo un rico botin, apoderándose de una inmensa porcion de tejidos de oro, armas, esclavos y caballos: hasta los buques anclados en el puerto fueron presa del

---

edificio la espada del fundador de Fez, rindiendo con ello homenage á la memoria de aquel á cuyo último descendiente acababa de despojar él mismo.

vencedor, que los mandó incorporar á su armada, enviándolos luego á Sevilla. Los tesoros que produjo esta espedicion fueron tales, que despues de sacar el quinto reservado al califa, aun pudieron enriquecerse con el resto Ahmed, sus oficiales y soldados.

Despues de esta derrota, el califa fatimita se retiró á Kaironau, para devorar en silencio la afrenta que sufrieran sus armas, esperando la ocasion de tomar una ruidosa venganza. El poderoso Abderrhaman habia llegado á ser el mediador de los príncipes cristianos. El jóven Sancho, hijo de Tuda, reina de Navarra, arrojado de su reino de Leon, habíase retirado á su capital, y habiéndose granjeado la voluntad del soberano de Córdoba, obtuvo el mando de un ejército destinado á reponerle sobre el trono, lo cual obligó á aquel á hacer venir del Africa parte de sus tropas. Al mismo tiempo la parte del Magreb dependiente del califato de Córdoba, fué invadida. Djehwar-el-Rumy (el romano) que mandaba la armada fatimita, tenia órden de destronar á los gefes de la casa de los omniades, en España. Djalí-ben-Mohammet, lugar-teniente de Abderrhaman, salió al encuentro del Rumy, y los dos ejércitos se encontraron frente á frente cerca de Tlemecen. La jornada fué fatal para Djalí, á quien costó la vida. El Rumy puso entonces sitio á Fez, y se apoderó de ella, (960) así como tambien de Sigilmesa, plaza importante que se le rindió poco despues. La sumision de estos dos puntos, atrajo luego la de todo el Magreb, á escepcion únicamente de Ceuta, Tlemecen y Tánger, donde el vencedor no se atrevió á emprender el sitio.

En vista de tan infaustas nuevas, Abderrahman no supo reprimir su cólera, y para conjurar el daño, envió al Africa un poderoso ejército. Sus generales llegaron á Fez y se apoderaron de ella, haciendo un sangriento destrozo en los fatimitas y en las tribus africanas: sus aliados sometieron todo el pais hasta el Océano, y la autoridad del iman de Córdoba fué proclamada nuevamente en todas las mezquitas del

Magreb (961). Abderrhaman, reparada la gloria de sus armas, murió á la edad de setenta y dos años, habiendo ocupado el trono de Occidente cincuenta y dos años musulmanes. La paz se ajustó despues de esta espedicion, y las provincias españolas del Magreb pudieron disfrutar durante algun tiempo un completo reposo. La ambicion de los califas de Kaironau, vencidos en el O. del Africa, habiase humillado.

Los abassidas, desde su exaltacion al califato de Bagdad habian sido constantemene el blanco de los ataques de sus enemigos y su poder habia sufrido recientemente la prueba de crueles desgracias, y sus enemigos les provocaban dentro de su propio alcázar. Habiase visto á uno de estos príncipes destronado por sus rebeldes súbditos, su palacio entregado al pillaje y él mismo despojado de su armadura y de su púrpura, y encerrado en un calabozo, despues de haberle sacado los ojos. Esta misma decadencia de los abassidas despertó la ambicion de los fatimitas de Kaironau que resolvieron estender su imperio á costa del califato de Oriente. Decretóse una espedicion contra el Egipto y la Siria, y la suerte, favorable á tan atrevida empresa, sometió á su dominio á entrambas comarcas (972). De esta suerte cayó esta dinastía de los abassidas, que habia impreso un brillante rasgo en los anales arábigos. Aunque solo les quedaba Bagdad, aun se les vió largo tiempo ayunar, orar, estudiar el Coran y la tradicion, y desempeñar con dignidad y celo las funciones espirituales. Las naciones respetaron en ellos á los sucesores del Profeta y á los oráculos de las creencias musulmanas.

La guerra no tardó en estallar entre los califas de Kaironau y de Córdoba. Abderrhaman al morir, habia dejado la corona á su hijo El-Haken, que habia nombrado por gobernador de las provincias españolas del Magreb á Hacem, de la familia de los edrissitas. Un gefe de la tribu de los zanagas, llamado Balkin-ben-Zeire, sorprendió de improviso es-

tas provincias. Hacem salió al encuentro, y fué vencido; mas Balkin, no conceptuándose bastante fuerte para conservar su independencia, entró en negociaciones con él. Este descendiente de los edríssitas, recordando muy bien que sus predecesores habian reinado como dueños en un pais, del cual solo era él delegado del califa de Córdoba, intentó apoderarse de él por cuenta propia, sacudiendo el yugo de España; mas El-Hakem envió al Africa un poderoso ejército, al cual se unieron todos los berberiscos aliados á su causa. El-Gralib que le comandaba, encontró al de Hacem cerca de Ceuta. Antes de empeñar combate, el general andaluz repartió oro en profusion entre los gefes africanos de las tropas enemigas, y gracias á este talisman, consiguió atraerse gran número de ellos. Empeñada la accion, Hacem fué vencido y perseguido sin tregua, refugióse en el *castillo de las Aguilas*, ordinario asilo de los edrissitas en los momentos de peligro. Bloqueada esta fortaleza, la falta de agua le obligó á rendirse á discrecion. (973) El-Gralib le otorgó merced de la vida con el goce de todos sus bienes, á condicion de que habia de fijar su residencia en Córdoba, y despues emprendió la persecucion de Balkin, á quien arrojó del pais, apoderándose de Fez y restituyendo la autoridad de su soberano en todas las provincias sublevadas.

Sin embargo la guerra no estaba todavia terminada: el gefe de los zamagas que hemos visto fugitivo ante las armas victoriosas de El-Hakem, se apresuró á tomar la ofensiva, apenas su general la arrebatara el Africa. La ocasion se le ofrecia tanto mas propicia, cuanto que el califa de Córdoba se hallaba empeñado en guerra con los cristianos, guerra que absorvia todas sus fuerzas. El-Hakem se vió obligado entonces á concertarse con él; pero un nuevo suceso vino á complicar todavia mas la situacion. Habiéndose suscitado una contienda entre el califa y su prisionero Hacem, huyó este y despojado de todos sus bienes, logró refugiarse en Egipto cerca del califa fatimita, que le ofreció proteger su

causa y restablecerle en el trono. El resultado correspondió pronto á la oferta: Hacem que contaba aun en el Magreb numerosos partidarios, arribó con las tropas que le dió el califa de Egipto; pero vencido tambien y sin recursos, se vió obligado á rendirse.

Mientras tanto falleció El-Hakem, sucediéndole en el trono su hijo Almanzor; pero este principe que tenia bien presente el modo con que abusara Hacem de la generosidad de su padre, encargó á un asesino la órden de matarle. Esta órden fué cumplida, y la cabeza sangrienta del último de los edrissitas fué depositada á los pies de Almanzor. (985) (1). Cuenta la tradiccion que al tiempo del asesinato de Hacem. sobrevino un huracan violento que arrebató de sus espaldas el albornoz y que no pudo hallarse luego, aun á pesar de las mas activas diligencias. (2)

Antes de dejar el Africa, el vencedor de Hacem, Abd-el-Melek, hijo y lugar-teniente del nuevo califa, dejó á un gefe de la tribu de los zenetes llamado Zeiri-ben-Atia, el cargo de pacificar las provincias del Magreb, donde quedaban aun algunos gérmenes de insurreccion. Este caudillo que llegó á ser el tronco de la familia de los zeiritas, atacó al otro lado del Atlas al hijo y sucesor de Balkin, y sometió á toda el Africa occidental; acontecimiento que le dió tal idea de su poder, que se atrevió á declararse independiente.

---

(1) «El Hassan, dice un historiador de Fez, era cruel é inhumano: cuando se apoderaba de un enemigo, mandaba estrangularle y precipitarle desde lo mas elevado del castillo de las águilas. La elevacion de esta fortaleza era tal, que la víctima solia morir en medio de la caida y mucho antes de llegar al suelo.»

(2) Abd-el-Melek, hijo menor de El-Hakem, habia ofrecido á sus prisionero interceder en su favor ante el califa irritado; pero ignoraba al embarcarse con este objeto para España, el reciente fallecimiento de su abuelo paterno.

(997). A esta nueva Almanzor que preparaba una espedicion contra Santiago, dirigióse á Algeciras, confiando el mando del ejército reunido á Abd-el-Melek. Zeiri, al frente de todas las tribus africanas pertenecientes á la familia de los zenetes salió á su encuentro, hallándole en los confines de la provincia de Tanger. Empeñose la batalla, que duró todo el dia. Por la tarde, en lo mas fuerte de la accion, Zeiri recibió una herida gravísima, que le puso fuera de combate. Atacado por Abd-el-Melek con un nuevo ímpetu, el ejército de los zeiritas, en el cual se hizo sangriento destrozo, fué derrotado.

Zeiri logró ganar el desierto con su familia, y no pudo sobrevivir mucho tiempo á su derrota. Abd-el-Melek se confederó con Alman hijo de Zeiri, nombrándole emir del Magreb, antes de su regreso á España, para tomar posesion del trono de Córdoba. La sumision de Alman no se desmintió jamás.

El Africa se hallaba entonces dividida en dos grandes estados, el de los califas de Córdoba y el de los fatimitas, quienes, como hemos visto, habian trasportado al Cairo el trono del imperio, despues de haber conquistado el Egipto. Kaironau la antigua metrópoli, estaba á la sazon regida en su nombre por un gefe berberisco. Este lugar-teniente supo utilizar la ocasion en que se hallaba su soberano empeñado en una guerra lejana, para alzarse contra su autoridad. El califa, en la imposibilidad de distraer sus fuerzas para castigarle por si mismo, mandó publicar un edicto, ofreciendo cierta cantidad de dinero y el gasto del viage á todo el que quisiera marchar al Africa para combatir al rebelde. A este llamamiento respondió una multitud de árabes, cuya cifra eleva un escritor cœtaneo á cincuenta mil. Despues de un sitio que duró ocho meses, apoderáronse de Kaironau, haciendo perecer en un suplicio al gobernador berberisco. La ciudad pues fué destruida radicalmente por los sitiadores 347 años despues de su fundacion (392 de la hegira, 1001

de J. C.) (1). Las infinitas facciones que destrozaron luego el Africa, dividiéndola en mil pequeños estados independientes prepararon el triunfo de los lamtunes almoravides.

Debilitada por otro lado la España musulmana, á causa de la guerra civil, veia desaparecer degenerado ya y sin prestigio el principio de soberanía á precio de tantos combates adquirido en las provincias del Magreb. Hilkem, príncipe débil y apático, ocupaba el trono, y su primer ministro era el ambicioso Abderrhaman, segundo hijo de Mohammet-al-Mancour. Poco escrupuloso respecto de los medios de llegar á los fines, concibió el deseo de suceder á Hilkem, que no tenia descendencia y de quién logró al fin por la fuerza le reconociese por heredero. Formarónse entonces dos poderosas parcialidades, la de los alameris y la de los ommiades; que por esta eleccion veian problemáticos sus derechos. Ambos partidos vinieron á las manos, (2) convirtiendo á Córdoba en sangriento teatro de su lucha. La victoria se declaró al principio en favor de Abderraman, que asaltó el alcazar y se apoderó del califa; pero las masas populares le eran contrarias y el orgulloso ministro cayó al fin en poder de sus enemigos, que le mandaron ajusticiar y colgarle de un palo (1009). De allí nacieron esas interminables guerras, que debian estinguir la dinastía de los ommiades, y con ella el califato de Occidente, cuyo último soberano fué Hescham III que desposeido de la corona, terminó sus dias en 1036 á la edad de setenta y seis años.

---

(1) No fué reedificada hasta la dominacion de los almohades.

(2) Llamábase Alameris los partidarios de Abderraman del nombre de su padre el gran Almanzor, que se apellidaba tambien Abi-Amer.

DOMINACION BERBERISCA. (1)

(1070 á 1500 de J. C.)

Mientras que las disensiones civiles destrozaban la península española, levantábase allá al otro lado de la cadena atlántica, en los desiertos de la antigua Getulia un hombre que debia reconstruir y dar unidad un dia á los elementos desidentes de la dominacion musulmana, tanto de España como del Africa, y sostener con su poderosa mano el vacilante edificio de su imperio. Este hombre era Yussef-ben-Taschefin, berberisco de la tribu de Zanaga.

Los lamptunes, fraccion de esa poderosa tribu á que pertenecia Yussef, si bien habian reconocido con los primeros conquistadores la religion del islamismo, ignoraban casi completamente la interpretacion de su moral y de sus dogmas, cuando llegó Abd-Allah-ben-Yasim, santon de Suz, célebre por su sabiduría y santidad. (414 de la hégira, 1026 de J. C.) Abd-Allah, astuto é inteligente, al esplicar los ritos de una religion que prescribe la propaganda por la conquista, pudo despertar fácilmente el instinto guerrero de estas poblaciones groseras y bárbaras, y utilizando cauto el entusiasmo que escitara en ellos una fé vigorosa y ferviente, escitóles contra aquellas tribus circunvecinas, fieles todavía á las antiguas creencias. En el celo de una conviccion nueva, los lamptunes sufrieron constantes y resignados, indecibles fatigas, atrayéndose la volun-

(1) Todo el principio de este artículo sobre la dominacion berberisca está estractado de la escelente obra de Mr. Walsin Esterhacy sobre este asunto lleno de confusion y sobre el cual ha arrojado la misma una viva claridad,



tad de los montañeses á quienes obligaron á aceptar la religion del profeta guerrero. Abd-Allah, para recompensar entonces el valor que habían desplegado, los apellidó *hombres de Dios*, (Al-Moravit), profetizándoles la victoria y la conquista del Magreb sobre los musulmanes degenerados. Abd-Allah, comprendiendo toda la ventaja que podia sacar del entusiasmo de estos nuevos convèrsos, se apresuró á conducirles al otro lado del desierto, pasando con ellos el Atlas. La conquista de Sigilmesa y de todo el territorio del Darah fué el fruto de sus primeros triunfos. Los vencedores asentaron sus reales en Sahel, entre la montaña y la playa, en medio de las llanuras de Agmat, ocupando al paso la ciudad de este nombre. Algun tiempo despues murió Abd-Allah, dejando á Abu-Bekr-ben-Omar el cuidado de dirigir la regeneracion religiosa que él había empezado. Abu-Bekr supo mostrarse á la altura de esa mision delicada, (460 hég. 1068 de J. C.), logrando consolidar su poder en el país, tanto por la dulzura y ascendiente de su opinion, cuanto por la fuerza de las armas. La ciudad de Agmat, llegó á ser el centro de atraccion de todas las poblaciones estimuladas por la fama de justicia y de santidad de los almoravides, siendo tan considerable el número de los secuaces, que fué necesario pensar en construir una nueva ciudad y dar una capital á este moderno imperio. Abu-Bekr eligió al efecto una fértil y dilatada llanura nombrada el país Eylana; pero al tiempo de dar principio á las obras, los lamptunes que habian quedado al otro lado del Atlas, viéndose amenazados de guerra por sus vecinos, pidieron auxilio á su gefe, y Abu-Bekr sacrificando su naciente imperio á las exigencias de su antigua patria, emprendió el camino del desierto, sometiendo la direccion de la empresa durante su ausencia á Yussef-ben-Taschefin, que se habia dado á conocèr ya en la última guerra de los lamptunes y berberiscos.

Yussef no pertenecia á una distinguida familia entre los

lemptunes; solo á sus recomendables dotes y á la estimacion que gozara entre los suyos debió el honor de ser elejido para continuar el delicado cargo de la propaganda religiosa inaugurada por Abd-Allah y Abu-Bekr. Hijo de una familia pobre, nunca pudo aspirar á tanta honra. Su padre, alfarero de oficio, vagaba de tribu en tribu vendiendo las obras de arcilla, producto de su industria mecánica. Dicen las crónicas que cierto dia que viajaba en compañía de su esposa, segun costumbre del país, llevando en sus brazos á Yussef, todavia niño, un enjambre de abejas vino á posarse sobre este. Sus padres creyeron ver en ello un signo estraordinario, cuya esplicacion se atribuyeron y llegando á la tribu mas próxima, refirieron la aventura á un adivino, preguntándole la solucion del acontecimiento, á lo cual les respondió este que era una brillante manifestacion de la voluntad suprema, asegurándoles que su hijo estaba llamado á grandes destinos; que las abejas, miembros dispersos de una dilatada familia que se habian posado sobre él, eran partes divididas del vasto imperio que debia él reunir, grande entre los poderosos de la tierra, que su influencia abarcaria el Oriente y Occidente, y su poder seria grande y glorioso. Y en efecto, Yussef reunió luego en alto grado todas las cualidades que debieran realizar tan brillante horóscopo y que los pueblos desean hallar en sus dominadores.

Yussef era bravo, emprendedor y generoso y apenas se vió encumbrado, mostróse plácido y afable, aunque digno y rígido en sus funciones, sencillo en sus costumbres y maneras, si bien liberal y magnánimo cuando las circunstancias lo exigian; en una palabra, reunia todas las ventajes que forman las aspiraciones de los pueblos y sirven de atractivo á las masas, por lo cual no tardó en adquirirse numerosos adictos entre las poblaciones del Agmat. A fin de asegurar su autoridad interina hasta entonces; pero que anhelaba consolidar definitivamente, quiso sancionarla con

la gloria de las armas, para lo cual empezó por llevar la guerra á algunas tribus árabes circunvecinas, insubordinadas aun y á las cuales no tardó en imponer sus leyes. Obtenido este fácil triunfo, resolvió invadir la antigua herencia de los Edris, en el reino de Fez, para lo cual hizo un llamamiento á todas las tribus fieles á su autoridad y merced á la reputacion tan difundida de su sabiduría, ó mas bien á la debilidad de los pueblos trabajados por la anarquía, todas acudieron á la voz de un hombre que parecia poder acallar él solo todas las ambiciones que destrozaran el pais. Mas de veinte y cuatro mil ginetes acudieron á dicho llamamiento y al frente de esta formidable falange, el guerrero invadió como una tromba la provincia de Fez, apoderándose de la capital, despues de haber derrotado junto á la montaña de Orsegui, á doce leguas de Mequinez á los descendientes de Zeiri, que reinaban allí, independientes de España. De allí prosiguió hasta Tlemecen de donde arrojó á los zenetes, enseñoreándose de toda la provincia de este nombre, hasta Beni Mezegrenna, (Argel) y volvió triunfante á Agmat, para emprender la proyectada construccion de su capital, á la que dió luego el nombre de Mer-quec y que nosotros llamamos Marruecos. (1)

(1) Marruecos, situada á los 32° 5' N. junto á un riachuelo que desciende del Atlas, se halla rodeada de una fuerte muralla fortificada con grandes torres y de un ancho foso, ocupando un radio ó circunferencia de cerca de tres leguas. Entrase por bajo de grandes arcadas de estilo gótico, guarnecidas de puertas cuidadosamente cerradas todas las noches.—El palacio imperial parece una pequeña ciudad de una legua de estension y contiene además de los departamentos del soberano y de sus mujeres, los de su numerosa servidumbre y una hermosa mezquita construida por Muley-Abd-Allah—Varios palacios de funcionarios mas suntuosos que los de los particulares, muchas mezquitas de una majestuosa arquitectura... hé aquí lo que contiene la ciudad de mas notable. Un cuartel separado, que se titula El-Casseria, es el sitio destina-

Por esta época Abu-Bekr, despues de haber pacificado el pais de los lamptunes, dirigióse al Tell, y no tardó en tener noticia de las brillantes proezas de Yussef. Demasiado débil para tratar de disputar por medio de las armas un imperio que conquistara este casi entero, su cordura misma, su sagacidad, le hicieron desistir de tal empeño, si bien deseando ver y hablar antes de su partida al afortunado conquistador, le pidió una entrevista que al fin tuvo lugar entre Agmat y Fez en un bosque que se llamó luego de Burnus y en la cual Yussef tendió en tierra su manto para para que sirviese de alfombra y asiento al que habia sido su gefe y soberano. Abu-Bekr le felicitó por sus victorias añadiendo que habia abandonado sus desiertos solo por venir á aplaudir los triunfos de su discípulo, honor y apoyo sólido de los almoravides, que él por su parte habia cumplido ya su mision y que solo anhelaba retirarse á una vida sosegada y tranquila entre los suyos.

Satisfecho ya con la pacificacion que habia llevado á cabo enteramente de todas las provincias del Magreb sometidas á su dominio; dueño de Ceuta y de las poblaciones

---

do á la venta de mercancías preciosas, tales como joyas y telas. Este mercado forma una série de tiendas practicadas en la pared esterior de las casas, á semejanza de nichos, en los cuales el mercader se mantiene sentado, como en los bazares de todas las demás ciudades de Oriente.—Los judíos habitan un cuartel particular y no pueden entrar en la ciudad sino á pié descalzo. Por último, Marruecos contiene numerosos almacenes de granos y una poblacion de cincuenta mil habitantes.

En 1420 los oatassens se apoderaron de Marruecos, hasta que en 1512 fueron destronados por una familia que pretendia descender de Mahoma. Entre los príncipes que dicho linaje dió á Marruecos, el mas grande y clemente fué Muley-Ismael, que reinó al principio del siglo XVII. En 1630 la Francia estableció relaciones por la primera vez con Marruecos, y envió un consul á Salé.

de la costa, Yussef llevó sus armas hácia el E., haciendo una guerra implacable á los árabes rebeldes á su autoridad. En vano los antiguos conquistadores trataron de rechazar un yugo que les parecia odioso y que querian imponerles aquellos mismos á quienes sus predecesores subyugaran en otro tiempo; inútilmente lucharon bajo la poderosa mano del berberisco, dudando entre reconocer sus leyes ó ir á vivir bajo las de los califas fatimitas; porque mientras tanto las mismas fronteras del Ejipto fueron el límite de su conquista. Apoderóse de Bujía y de Tunez, de que eran dueños los descendientes de Abu-el-Hodjech, á los cuales por ser berberiscos de nacion y de la tribu de Zanaga, el vencedor Yussef se contentó con hacerles tributarios, dejándoles los estados, y al entrar victorioso en su capital de Marruecos, hízose proclamar príncipe de los musulmanes y defensor del islamismo.

Despues de la caida del califato de Córdoba, la España musulmana, entregada sin tregua á sus luchas intestinas, hallábase dividida en una multitud de pequeños estados. Sevilla, Toledo, Granada, Badajoz, Mérida, Almería, etc., tenian respectivamente su particular soberano; separados en diversos bandos por los intereses de sus gefes, los musulmanes españoles parecian olvidar que ocupaban un país conquistado, y que enervados con sus perpétuas disidencias, entregábanse por decirlo asi, á la discrecion de sus enemigos. Por el contrario, los cristianos de la península, aunque habian estado mucho tiempo poseidos del mismo vértigo, tenian por fin sus armas reunidas bajo una misma bandera. Castilla, Galicia y Leon obedecian á Alfonso VI, apellidado el bravo, dueño ya además de Toledo, Maqueda, Guadalajara y Madrid y que amenazaba á la ciudad de Córdoba, cuando Mahomet-ben Abd, vuelto á la prudencia por la fuerza de sus propios riesgos, reunió en un congreso á los reyes de Granada, Badajoz y Almería, en el cual, á fin de contener los rápidos y terribles progresos de

las armas cristianas, resolvióse llamar en auxilio de la España musulmana al soberano de Africa, Yussef-ben-Taschefin.

La paz reinaba en todos los ámbitos del gran imperio de Yussef. Conquistados por sus armas, organizados por su sabiduría, todos los paises desde el Atlas y los confines del desierto hasta el Océano y el Mediterráneo, habian reconocido sus leyes, cuando los embajadores de Mohamet llegaron á participarle el conflicto de los musulmanes de la península. Halagado por la esperanza de añadir á sus grandes conquistas la de un pais tan elogiado por los árabes, aun mas que por el deseo de socorrer á sus correligionarios, el heroe de Magreb les ofreció pasar la mar, si bien exigió desde luego la cesion de la plaza de Algeciras, con el fin de asegurar perpétuamente su dominio en el estrecho. (479 de la hég. 1086 de J. C.)

Dispuesto todo en el Africa, reunió de todas sus provincias un grande ejército y se preparó á la empresa. Las crónicas árabes pretenden que reproduciendo la atrevida idea que antiguamente concibiera uno de los césares en un rapto de entusiasmo, mandó echar un puente desde el cabo de Africa á Bab-el-Fetha, para pasar su numerosa caballería. En vano Alfonso de Aragon y Sancho de Navarra con sus fuerzas reunidas, trataron de oponer un dique á esta formidable invasion, porque vencidos en Zalaca, hubieron de retirarse á toda priesa hácia Toledo. (480 de la hég. 1087 de J C.)

Afortunadamente para la España cristiana, Yussef se vió obligado á partir al Africa, llamado por la muerte de su hijo que la regia en su nombre. El rey de Leon pudo entre tanto hallar con su génio activo, recursos para hacer frente al peligro: faltaba tambien entre los soberanos andaluces una voluntad firme y enérgica, una mano poderosa que supiesen reprimir sus ambiciones turbulentas y acallar sus celosas rivalidades. Apenas partió Yussef, la discordia surgió

entre ellos, separáronse de Sir-Ben-Abu-Bekr que mandaba el ejército de los almoravides, y Alfonso obtuvo á costa de ellos algunos triunfos. Estas luchas que se reproducian sin cesar, decidieron á Yussef á apoderarse definitivamente de toda la Andalucía, para lo cual empezó á preparar los medios, y cuando hubo madurado el proyecto, arrojó resueltamente la máscara. La toma de Granada, que consiguió personalmente, puso término á todos estos lances y despertó de su peligrosa indolencia á los príncipes andaluces, quienes comprendieron entonces que debian pagar con su independencia los arriesgados auxilios que solicitaran. Sevilla, Córdoba, Denia, Valencia, no tardaron á sucumbir ante las armas del general Yussef, proclamado bien presto soberano de la España musulmana. (489 de la hég. 1095 de J. C.) Mohamet-ben-Abd, llamado el conquistador africano, hizo expiar á Agmat en un cautiverio cruel su ciega confianza. Asi pues concluyeron los reyes de Andalucía despues de una borrascosa existencia de cerca de sesenta años. La guerra civil les habia colocado en el trono, la usurpacion estranjera alentada por sus propias discordias, les precipitó del mismo.

Llegado así á la cumbre del poder, dueño y pacificador de España, Yussef murió lleno de triunfos y de gloria al salir de Córdoba para regresar á su pais natal, (500 de la hég. 1107 de J. C.) Habia vivido cien años musulmanes; el mismo número de abejas, que segun las citadas crónicas, contara su madre, cuando siendo niño, se posó un enjambre sobre su cabeza. La memoria de Yussef, de sus conquistas y de su gloria existe todavía en las poblaciones del Africa. El es el Arun-er-Reschid de los pueblos de Occidente, y cuando allá en las veladas, bajo las tiendas de los árabes oís cantar los monótonos versos del zendani, es Yussef, son las fabulosas proezas del conquistador, lo que ellos celebran en sus canciones.

Ali-ben-Yussef, proclamado despues de la muerte de

su padre, tomó su título de emir, fijando al punto toda su atencion en España. Anhelando consolidar su autoridad, publicó la guerra santa y dispuso contra los cristianos, una formidable cruzada. Pero las circunstancias empezaban ya á prepararse críticas al otro lado del estrecho; los anduluces, descendientes en su mayor parte de los primeros árabes conquistadores del Africa, no podian sufrir sin repugnancia el yugo que les impusieran á su vez los que habian sido vencidos otras veces: asi que el dominio berberisco solo subsistia por la fuerza de las armas.

Alí-ben-Yussef que acababa de sofocar una revolucion que estallara en Córdoba contra los almoravides, (514 de la hég. 1120 de J. C.) fué llamado á toda priesa á la otra parte del estrecho. Sublevada á la voz de un nuevo fanático, la provincia de Suz venia á aumentar el violento incendio que amenazaba aniquilar el colosal poder fundado por el gran Yussef, haciendo renacer de sus cenizas un nuevo imperio. Esta revolucion que venia á cambiar otra vez la faz del Africa, fué obra de Mohamet-ben-Abd-Allah, hijo de un antiguo mutzlin (1) de la gran mezquita de Tlemecen y perteneciente á la tribu berberisca de Masmonda. Adb-Allah habia estudiado primeramente en Córdoba y luego en Bagdad, de donde habia traido los elementos de las doctrinas de los Schytas. Llegado á un pais que fuera siempre dócil á la voz de todo reformador religioso, Abd-Allah hizo al fanatismo instrumento de su ambicion, escitado á su voz en el seno de las poblaciones fieles á su llamamiento. Para ello empezó por declamar contra la herejía é impiedad de los almoravides (2) llamando á todo musulman á la verdadera religion del profeta y anunciando la

(1) Así se llama entre los árabes al que anuncia la oracion en lo alto de los minaretes.

(2) Los almoravides pertenecian á la secta de los sonnitas.

próxima venida del Iman-el-Mohdí, cuya severa justicia debiera caer bien presto sobre todos aquellos que desoyeran las exhortaciones de su precursor. Desde sus primeras misiones en Tlemecen, Abd-el-Muman, asociado á su empresa, fué su compañero y continuador de su obra, y heredero del poderío que iba á fundar. Habiendo hecho en esta ciudad el feliz ensayo de su obra, necesitaba ya un gran teatro donde poder desplegar sus recursos, para lo cual trasladóse de Tlemecen á Fez y á Marruecos, en compañía de Abd-el-Muman. Rechazado de estos dos puntos, donde sus doctrinas sediciosas adquirieran gran número de prosélitos, retiróse á Agmat, esa ciudad que fué cuna del poder de los almoravides, que engrandeció esa misma influencia rival, destinada á destruirla presto, Abd-Allah, seguido de una multitud entusiasta que se precipitaba en su seguimiento, no tardó en salir de Agmat para recorrer en triunfo toda la provincia de Suz. Los berberiscos de la tribu de Masmonda se apresuraron á reunírsele en gran número y desde luego pretendió ser el mismo Iman-el-Mohdí, llevando cual símbolo regenerador, un estandarte blanco, y al frente de sus mas fanáticos adeptos, salió al encuentro de la armada almoravide que contra él enviaba Alí. Los almohades, (así se llamaban los secuaces de El-Mohdi), semejantes á los primeros soldados del conquistador profeta, poseidos del mismo espíritu é inflamados como ellos del mismo ardor de proselitismo, debieron ser y fueron realmente tambien vencedores. (517 de la hég. 1123 de J. C.)

Abd-Allah suspendió los progresos de su empresa: satisfecho de sus primeros triunfos, resolvió construir un punto de refugio para el caso de una derrota, y retiróse efectivamente á Tinmal, pequeña poblacion situada sobre una elevada plataforma en una de las ramificaciones de la cadena atlántica. Dueño pues de esta posicion, la fortificó cuidadosamente, convirtiéndola en un asilo que desafiara todos los riesgos y decidió marchar á atacar á los almoravides

en el centro de su mayor fuerza, para lo cual reunió un respetable ejército.

Treinta mil ginetes bajo su mando descendieron como un torrente de las montañas de Darah, batiendo completamente en las llanuras de Agmat á Abu-Bekr, hijo segundo de Alí, que intentó oponerse, aunque en vano, y persiguieron los restos de las tropas almoravides hasta las mismas puertas de Marruecos. (526 de la hég. 1130 de J. C.) Abd-el-Muman, al tiempo de emprender el sitio de esta ciudad, fué llamado súbitamente á Timnal. Entonces Abd-Allah, enfermo ya largo tiempo y conociendo la proximidad de su fin, no quiso dejar á otro que á su querido discípulo, al que amaba como hijo, el cuidado de consolidar el edificio de esta empresa, cuyos fundamentos habia puesto en union del mismo; así fué que apenas llegó, le proclamó su sucesor y murió lleno de fé en el porvenir que debiera estar reservado á su naciente imperio.

Abd-el-Muman despues de la muerte de Abd-Allah conservó el mismo sistema de gobierno que adoptara este, hizo acuñar moneda con su busto, dándola forma cuadrada, para distinguirla de la de los almoravides y grabando en ella estas palabras: «Allah es nuestro Dios, Mohamet nuestro profeta y El-Mohodí nuestro Iman.»

Entretanto dueño de Fez y de todo el pais de Darah y de Teza, disponíase á emprender nuevas conquistas. Alí-ben-Yussef acababa de morir, y asaltado indudablemente en sus momentos últimos de tristes pensamientos, comparaba el floreciente estado del imperio colosal que le trasmitiera su padre con aquel trozo rasgado de provincias que dejaba él á su hijo: un ejército pusilánime y fugitivo al solo aspecto de los almohades, la España esperando solo la partida de Taschefin-ben-Alí, para sacudir el yugo de los almoravides, una autoridad vacilante, minada por do quier por la influencia siempre creciente de Abd-el-Muman...: tal era el triste legado que iba á recojer el hijo del gran

Yussef. Llegado al Africa, Taschefin-ben-Alí no fué mas feliz que su padre y solo sufrió derrotas. Vencido en todos los encuentros, resolvió intentar un golpe decisivo y habiendo reunido junto á Tlemecen todas las tropas de los almoravides, Abd-el-Muman vino á presentarle la batalla, que fué empeñada y sangrienta y la victoria tenazmente disputada. Taschefin, abandonado tambien por la fortuna, hubo de ceder ante su feliz enemigo: su ejército enteramente vencido, fué casi aniquilado y él mismo fugitivo y abandonado de todos, hubo de buscar asilo en Orán. Abd-el-Muman persiguió al vencido, que no teniendo ya esperanza alguna en Africa, se decidió á ir á ocultar su desgracia en Almería última plaza que poseyeran los almoravides en España.

Salió dicen las crónicas árabes, en una noche lóbrega, cabalgando en su bella yegua Rihana, (1) llevando á la grupa á una de sus mujeres, que habia sido siempre la compañera fiel de sus fatigas y peligros: dirigióse luego desde el castillo hácia el puerto, donde le esperaba un buque para trasportarle á España; pero no pudo escapar á la vigilancia de los centinelas. Descubierto por estos, prefiriendo antes morir que caer vivo en poder de sus enemigos, precipitóse desde la altura de una escarpada roca. «A la mañana siguiente su cadáver, el de su mujer Aziza (2) y el de su yegua encontráronse en la playa sangrientos y mutilados.»

El feroz Abd-el-Muman no perdonó ni aun el cuerpo de su enemigo: la cabeza de Taschefin llevó á las montañas de Darah la noticia del triunfo de los almohades y la derrota de sus adversarios, y Orán franqueó sus puertas al vencedor. Tlemecen intentó en vano resistir al ataque, porque asaltada la ciudad á viva fuerza, Abd-el Muman hizo pasar

(1) Veloz como el viento.
(2) *Aziza*, muy querida.

cuchillo sin piedad alguna á todos sus habitantes, imponiendo tambien sus leyes á Fez, Mequinez, Agmat y otras poblaciones. Marruecos obedecia aun á Ibraim-Abu-Ysehag, proclamado por los almoravides despues de la trágica muerte de su padre, y en quien los gefes de estas tribus resignaran su autoridad. Abd-el-Muman sitió esta plaza, y despues de una prolongada y heróica resistencia, durante la cual sus habitantes sufrieron todos los horrores del hambre, los muzárabes andaluces al servicio de Ibraim abrieron las puertas de Agmat á los almohades. La poblacion entera, Ibraim, los gefes militares, todos, como en Tlemecen, fueron entregados al acero del feroz vencedor, y si alguno pudo escapar al degüello, fué vendido como esclavo. Las tribus berberiscas del desierto vinieron por órden de Abd-el-Muman á repoblar la ciudad de Yussef, desierta. Sigilmessa, Ceuta y las demás poblaciones de la costa aterradas ante un ejemplar tan terrible, rindiéronse, por evitar su ruina. (542 de la hég. 1147 de J. C).

Los andaluces, apenas saliera Taschefin-ben-Alí de España, habian acudido de todas partes á las armas para sacudir el yugo de los almoravides. Aben-gania, uno de sus caudillos, trató inutilmente de luchar contra esta sublevacion general, y aunque pudo lograr sostenerse algun tiempo en Sevilla, Córdoba y Almería, al fin los almoravides fueron de todas partes espulsados. Ligadas mútuamente por un interés comun, todas las ambiciones se divorciaron, una vez conseguido el objeto: las mismas desidencias que despues de la muerte del último omniada entregaran á España al estrangero vinieron tambien á destrozar á este desventurado pais: la esperiencia del pasado fué tambien olvidada en el presente, y dividióse la presa en tantas partes cuantos hombres ambiciosos é influyentes habia, amenazando por consiguiente á los almohades, entonces las mismas causas que condujeran á los almoravides al seno de la esclavizada España.

Algunos de los gefes que brotaran en medio de la anarquía, al ver lo efímero de su poder, ese poder pujante un dia y que desaparecia luego sucediéndose rápidamente, resolvieron poner su usurpacion al abrigo del popular capricho y conservarlo á la sombra de una grande influencia protectora. Llamaron pues á España á los almohades; pero Abd-el-Muman no se apresuró á cojer una presa que estaba seguro no podia escapársele, ni quiso dejar tampoco su obra incompleta y pasar el estrecho antes de dejar terminada la pacificacion de todo el Magreb, que se sometiera á las leyes de los almoravides. Limitóse á enviar á España un ejército que se apoderó de Algeciras, mientras que él mismo, al frente de todas sus fuerzas, salió de Ceuta, costeando el Mediterráneo y sojuzgando durante su marcha triunfal á todos los puntos que no habian reconocido aun su autoridad. Apoderóse de Bugía: Tunez que quiso probar á resistir, fué tomada y entregada al saqueo, y Abd-el-Muman, dueño de toda el Africa occidental desde el Occéano hasta el desierto de Barcah, regresó triunfante á Marruecos el año 555 de la hégira y 1160 de J. C.

Mientras tanto sus partidarios victoriosos en España, habiánle proclamado soberano en el Algarbe, y él mismo á su llegada á Gibraltar, viendo que todos los príncipes musulmanes y cristianos, desunidos entre sí, sin liga ni interés comun habian dejado á España sin fuerza para resistir el empuje vigoroso de sus armas, creyó que era ya llegado el momento de dar el golpe decisivo y avasallarla enteramente. A su regreso al Africa, mandó publicar la guerra santa; pero al tiempo de trasladar á la otra parte del estrecho sus numerosas tropas aglomeradas en las llanuras de Sal, sorprendióle súbitamente la muerte á la edad de sesenta y tres años.

La gran figura de Abd-el-Muman brilla en la memoria de los pueblos del Africa al lado de la de Yussef-ben-Taschefin, aunque manchada de rasgos de sangre y crueldad.

Marruecos, Tlemecen, Tunez, entregados al pillaje, y sus moradores alevosamente asesinados, son el testimonio de la inflexibilidad del fiero sectario. Sin embargo, durante su reinado protegió altamente á los filósofos y á los sábios: Avicena, (Aben-Sina) el Hipócrates y Aristóteles de los Arabes, aun en medio de una época agitada por los desastres de la guerra que asolara la España, le enseñó la filosofía peripatética, y el célebre Aben-Rosch, (Averroes) gloria de la ciudad de Córdoba, tradujo y comentó á Aristóteles, y sus obras sirvieron de testo durante mucho tiempo en las escuelas de Occidente. Abd-el-Muman fundó ademas en varias ciudades del Africa universidades y escuelas, particularmente una en Marruecos, destinada á propagar y perpetuar las doctrinas de El-Mohdi.

Yussef-ben-Abu-Yacub, á quien designara Abd-el Muman por su sucesor y heredero, aun en perjuicio de su primogénito Mohamet, no pudo utilizar los grandes preparativos de invasion que reuniera su padre, porque un horrible azote que venia asolando todas las comarcas del Africa occidental le obligó á aplazar para mas adelante la ejecucion de sus proyectos respecto á la península. Este azote, esta calamidad era la peste que habia estallado en Marruecos, haciendo horrorosos estragos. (570 de la hég. 1175 de J. C.) Gran número de sus habitantes perecieron víctimas del contajio, y entre ellos tres hermanos del rey, quien pudo al fin salvarse del mismo. Al fin consiguió llevar la guerra á España, colocándose él al frente de numerosas tropas de caballería con las cuales invadió el Portugal, y puso sitio á Santarem, cuya posesion debiera haberle abierto el camino de Lisboa; pero cuando redoblaba mas sus esfuerzos para apoderarse de la plaza, fué herido mortalmente de una flecha cristiana, que le arrebató la vida. El ejército, viéndose sin caudillo en momentos tan críticos, levantó el sitio, y Yacub-ben-Yussef, apellidado luego Almanzor, sucedió á su padre. (584 de la hég. 1188 de J. C.)

Este príncipe se apresuró á ocurrir provisionalmente á los asuntos de España, pasando luego al Africa, donde le esperaban nuevos alborotos que comprimir. El gobernador de Tlemecen, bajo la soberanía de Yacub marchó contra él y le atacó, contentándose con desposeerle de sus estados, y trasportó al otro lado del Occéano á una gran parte de las tribus árabes, para poblar la provincia de Tlemecen, alejando con esta medida al propio tiempo sus peligrosas rivalidades. Algunas de estas tribus se negaron á resignarse á esta emigracion, prefiriendo internarse en el desierto, y confundidas con los pueblos indígenas, contribuyeron al aumento de esas tribus moriscas de raza mista que pueblan aun hoy la parte central del Djerid.

Cuando hubo pacificado el Africa, Yacub determinó atacar á los cristianos españoles, quienes habian invadido á su vez el territorio musulman, y Alfonso de Castilla asentaba sus reales unto á los muros de Algeciras. El grito de guerra sonó entonces: un númeroso ejército pasaba el estrecho y marchaba contra el enemigo, á quien encontró en las llanuras de Alarzon, obteniendo la célebre victoria de este nombre, la mas célebre de todas las que ganaran los musulmanes despues de la jornada de Zalaca, donde otro Alfonso habia sido tambien vencido. Vuelto á Marruecos, Yacub fué acometido de un ataque morboso que resistió á todos los recursos del arte, y fué enterrado en Rahbat, ciudad de su fundacion, donde puede verse aun su sepulcro. Murió de unos cuarenta años escasos, habiendo reinado quince, y nombró por su sucesor á su hijo Mohamet-Abu-Abd-Allah.

Tranquilo este en su capital, solo pensaba en disfrutar las delicias de la paz, cuando los emisarios de España vinieron á arrebatarle de la molicie del harem y á trasmitirle los gritos de angustia de los mulsumanes de ultramar. Las armas cristianas habian invadido de nuevo la Andalucía. Mohamed, sabedor de esta nueva, mandó publicar la guerra santa, y á su voz todo el Africa parece sublevarse

entera. Inocencio III respondió á esta amenaza, mandando predicar una cruzada en Europa. De Francia, de Alemania, de Italia, de todas partes corrióse á las armas: numerosos ejércitos traspusieron los Pirineos, para auxiliar á sus hermanos de España, y las llanuras de Tolosa, junto á las montañas de Sierra-Morena llegaron á ser el teatro del combate de dos naciones que iban á pelear por sus propios destinos. En esta última jornada los bárbaros de Oriente, impulsados sin cesar hácia el Occidente, cuya conquista era su sueño continuo, fueron definitivamente vencidos, (509 hég. 1212 J. C.) y el estandarte rojo de los almohades perseguido por la cruz fué la prenda del triunfo de la libertad sobre el fatalismo. Mohamet fué á ocultar en el haren su desesperacion y su afrenta, y de allí á poco murió envenenado, al parecer, para conjurar los arranques de su índole recelosa, esplotada por sus desgracias mismas. Sucedióle su hijo Abu-Yacub-Yussef.

Apenas contaba este príncipe 11 años de edad; su brazo juvenil era harto débil para afirmar el poder fundado por Abd-el-Muman, vacilante aun por el terrible golpe que habia sufrido. Despues de un corto reinado de diez años, la muerte vino á librarle del fatal destino que le persiguiera: enervado por los escesos, estinguióse en la flor de su edad, sin dejar sucesion alguna.

La muerte de esta sombra de rey fué la señal de la decadencia para el imperio de los almohades reemplazado por el de los Beni-Mericin, una de las tribus de los zenetes. Capitaneados por un caudillo intrépido y hábil llamado Yahya, los Beni-Mericin se apoderaron de Fez y de Tazza y ganaron una gran batalla á los almohades, cuyos últimos esfuerzos perecieron en esta jornada. De esta suerte los Beni-Mericin se hicieron dueños de la puerta occidental del Magreb, y estendieron su dominio sobre las provincias de Tlemecen y Tunez, donde se hallaban los Hafsyttas y Beni-zios. Sin embargo, los Hafsyttas lograron rechazar la invasion de los Beni-Mericin de Marruecos. En medio pues de

esta contienda tuvo lugar la sesta cruzada dirigida por San Luis: el ejército francés acampó delante de Tánger y despues de algunos dias de asedio, tomó la ciudadela por asalto. Pero la peste paralizó estos primeros triunfos, y San Luis murió en sus reales, sin haber podido entrar en la ciudad, el 25 de agosto de 1270 (1).

Imposible es enumerar todas las dinastías, todas las familias mas ó menos poderosas que se distribuyeron el África septentrional despues de la caida de los almohades. La historia respecto á este punto ofrece bastante oscuridad y confusion. Pero importa poco el conocimiento de todas estas dinastías y el seguirlas en sus espediciones guerreras por llevar todas impreso el mismo carácter y el mismo principio; la ambicion unida siempre al entusiasmo religioso. Los brillantes reinados de los almoravides y de los almohades que les sucedieron son los únicos hechos mencionados por los historiadores. Despues de ellos la mas perpétua instabilidad y la mas profunda anarquía envolvieron el mundo de las diferentes familias que se destruian mútuamente. Los Beni-Mericin cuyas armas habian sido durante tanto tiempo el terror del Africa, cayeron á su vez, á pesar del prestigio de su poder. «Los Beni-Mericin dicen las crónicas árabes, poseian el secreto de hacer el oro; leian en los astros, interpretaban la voz del trueno y predecian el destino de los hombres.»

El reinado de algunas de estas familias secundarias no dejó de trasmitir algun rasgo harto brillante: los soberanos de Tlemecen ostentaron una esplendorosa magnificencia, cuando dicha capital perteneció á los Beni-Ziani. La fama de sus riquezas habia concitado muchas veces contra ellos el antagonismo de los príncipes vecinos. El Sultan El-Khal

(1) Existe aun hoy una capilla consagrada á esta espedicion y esta muerte, ambas igualmente memorables.

tan célebre en los romances populares de los árabes, fué seducido por el deseo de apoderarse de los tesoros fabulosos de Tlemecen, á cuyo efecto dicen que una maravillosa aventura le condujo á las puertas mismas de dicha ciudad. Un dia que habia ido á orar á la mezquita, dejó, segun costumbre, su caballo á la puerta en poder de un palafrenero: este se durmió mientras el rey oraba, y un ladron, aprovechándose de su sueño, le quitó los estribos y las ricas correas que los sostenian. Al despertar, el palafrenero pudo apercibirse del hurto, y creyendo que su señor castigaría severamente su descuido, huyó. Despues de andar errante durante muchos dias, llegó cierta tarde á Tlemecen, en cuya ciudad entró y pidió hospitalidad, que le fué concedida por el gefe de caza ó montero mayor del rey quien le recibió afable, y le preguntó despues de la cena sobre su familia y el punto de su procedencia. Por una singular casualidad el gefe reconoció en el fugitivo á uno de sus parientes, y le tomó al punto bajo su proteccion, ofreciéndole templar la cólera del sultan, su dueño, y restituirle á su gracia. En efecto dos dias despues le entregó una carta, y conduciendole al sitio donde estaban encerrados los perros de caza del rey, y cuya guardia estaba á su cargo, quitó á uno de ellos su collar de oro fino engastado de rica pedrería y lo entregó á su pariente diciéndole: «toma ahí tienes el talisman que te servirá de introductor.» El palafrenero, cuando regresó á Mequinez, hizo á su dueño una maravillosa relacion de todo cuanto habia visto en Tlemecen relacion que inspiró en el ánimo del rey el deseo de apoderarse de una ciudad donde se encerraban tales tesoros. «Pero en vano la sitió, dice la crónica, porque tenia siete muros y otros tantos fosos, y sus dueños no durmieron ni una sola noche ni un dia.» Así que, despues de un asedio de tres años, hubo de levantarle al fin. Esta relacion, aunque fabulosa, no deja tampoco de revelar la importancia estratégica que tenia entonces la ciudad de Tlemecen.

Asi pues las tres principales dinastías que habian sustituido á los almohades, llegaron á la mas completa decadencia; pero en ninguna parte se dejó sentir mas vivamente la necesidad de un gobierno estable que en el Magreb-el-Ausath (futura regencia de Argel) dividido entonces en una multitud de pequeños estados é invadido contínuamente por los soberanos de Tunez y de Marruecos. La decadencia del poder de los moros de España y su espulsion de este pais produjeron y aceleraron esta revolucion.

Desde el dia en que los musulmanes dejaron el suelo africano para plantar sus pendones en la península, no habian podido á pesar de sus esfuerzos, sojuzgar completamente á sus enemigos, quiénes les habian disputado el territorio palmo á palmo desde el primer dia de la conquista: Pelayo, reuniendo los restos dispersos de un pueblo envilecido por la desgracia, dió la señal de una resistencia pertinaz y acérrima, ante la cual un dia debia hundirse la media luna. Durante este tiempo el califato de Córdoba seguia un movimiento inverso y se fraccionaba en una multitud de estados independientes. En medio pues de estas revoluciones sucesivas los musulmanes no cesaban de perder terreno, y aun hubieran sido espulsados totalmente de España desde el siglo XII á no ocurrir entre los príncipes cristianos esa serie de discordias civiles que los debilitaban. Sin embargo, en tiempo de Fernando é Isabel de Castilla fueron por fin arrojados de la Península española. Solo el reino de Granada, fundado en 1235 por Mohamet-Aben-al-Hahmar I, era el único estado musulman que quedaba todavía en España á fines del siglo XIII. Las disensiones intestinas le habian reducido solamente á la capital y algunas poblaciones inmediatas, cuando sucumbió al fin en 1492. Abd-Allah, último rey de Granada, refugióse á Fez, mientras que la mayor parte de sus parciales marcharon al Africa.

Pero una plaga imprevista, cuyos funestos efectos llegaron á ser ya insufribles, fué la consecuencia inmediata de

esta victoria. Los moros se convirtieron en los mas implacables enemigos de esta patria que se habian visto obligados á abandonar; así fué que jamás las costas españolas fueron tan ostigadas como en aquella época. Parecia que los musulmanes querian reconquistar por partes ese pais que no habian podido defender, y sus piratas, encarnizándose en hostilizar las riberas andaluzas, parecian esforzarse por arrancar y trasportar al Africa los restos y hasta las ruinas de sus hogares destruidos. Estos vanos esfuerzos de un pueblo degenerado atrajeron sobre él nuevos desastres y llamaron al Africa los ejércitos de sus enemigos antiguos y de otros aliados todavia mas temibles, los cuales no tardaron en destronar á los soberanos indígenas y hacerse dueños del pais.



CAPITULO IX.

DOMINIO TURCO.

FUNDACION DEL ODJACK DE ARGEL. (1500 á 1541.)

Arribo de los hermanos Barbarroja á las costas de Africa.—Fundacion del Odjack de Argel.—Guerra contra los árabes y españoles.—Espedicion de Carlos V.

Las épocas que acabamos de recorrer, aunque notables para el movimiento general de la historia del Africa del Norte, solo tienen un interés secundario para la que especialmente nos ocupa. Hasta aquí solo hemos visto figurar á Argel como una pequeña fracoion de esa vasta comarca designada sucesivamente con los nombres de Numidia, Mauritania ó el pais del Magreb, por manera que los verdaderos anales de Argel no empiezan hasta el siglo XVI; asi es que únicamente bajo el influjo de dos estrangeros, los hermanos Barbarroja, Argel vino á ser la capital de esa especie de república militar y religiosa que se levantó contra la cristiandad, como Rodas lo fué un siglo antes contra el islamismo; asi es que solo entonces se formó ese terrible gobierno llamado el *Odjack de Argel* que en pocos años invadió los principados limítrofes. Mostaganam, Medeah, Tenez, Tlemecen y Constantina reconocieron su

soberania; hasta el mismo Túnez, fué subyugado un tiempo y Argel concluyó por imponer sus leyes á todo el territorio que se estiende desde Tabarea hasta Milonia. En el esterior el ruido de sus conquistas y la influencia de sus gefes estendiase con menos rapidez. Argel, desde su principio ha sido sucesivamente el ausiliar ó el terror de los estados mas poderosos de Europa. En 1518 el sultan Selim se dignó tomar á Argel bajo su proteccion; en 1534, Soliman, conquistador de Belgrado, de Rodas y de Ungría, llamó á su aliado el gefe supremo del odjack, á quien cometió el mando de sus flotas contra el gran almirante de la cristiandad Andrés Doria. Francisco I, en medio de su ardiente sed de conquistas, solicitó á su vez el apoyo de este grande hombre que tenia en jaque á las armadas de Venecia, Génova y España y pagó por su ayuda ochocientos mil escudos de oro á Barbarroja. Las galeras francesas abatian su pabellon ante la capitana del rey de los piratas. Tolon y Marsella, le acogian en sus puertos como á un soberano, y el hijo del duque de Vendome, conde de Enghien, hizose su lugar-teniente en el sitio de Niza. Enemigos naturales los españoles del nuevo estado, vieron tres veces humilladas sus armas delante de Argel, y Carlos V mismo, vencedor en Pavía y en Túnez vióse obligado á doblar la frente ante la fatalidad que destrozó sus bajeles y esparció el espanto en sus ejércitos. Este período en que tienen lugar tantos insignes acontecimientos no hay duda que forma las mas brillante y notable página de la historia de Argel presenciemos ahora y en menos de medio siglo la formacion de este estado, las memorables luchas que tuvo que sostener y veamos de que manera llegó al apogeo de su poder.

Espulsados los moros de España por las armas victoriosas de Isabel y Fernando, buscaron refujio en las mismas playas del Africa, de donde salieran ocho siglos antes sus predecesores, para conquistar la Europa occidental; En vano confiaran hallar entre sus correligionarios fraternal ausilio; aque-

llos desventurados bien lejos de escitar las simpatías de los árabes, solo consiguieron despertar su ambicion: despojados del resto de su fortuna, los emigrados hubieron de internarse en el interior del continente, y apenas se les permitió habitar en alguna que otra poblacion del litoral, particularmente en Brescar, Cherchell, Tánger, Ceuta, Orán y Bugía, en cuyas ciudades se estableció el mayor número de aquellos. Tan indigna acojida solo sirvió para fomentar el odio de los moros contra sus vencedores: diseminados por la costa, vinieron á dar nueva actividad á los piratas africanos que cruzaran de una á otra parte el estrecho de Gibraltar Los asuntos comerciales y marítimos de España habian alcanzado un gran desarrollo por este tiempo: la conquista de América atraia á los puertos de Cádiz, Gibraltar y Málaga los navíos cargados de riquezas que tentaban la piratería de todos los mares. Para reprimir este pillage, España y Portugal verificaron desde luego algunos desembarcos en las costas de Berbería, si bien estas espediciones solo produjeron un remedio pasajero para el daño, y la piratería volvia de nuevo á su tenaz propósito, apenas los buques de guerra regresaban á Europa.

La ineficacia de estos medios obligó á pensar en un sistema de represion mas enérgico: España se vió obligada á ocupar varios puntos del litoral, con objeto de ejercer una vigilancia activa y contínua sobre sus intereses por aquella parte, á cuyo efecto el año de 1497 encargóse al duque de Medina-Sidonia para que se apoderara de Melilla; en 1505 establecióse en Mers-el-Kebir D. Diego de Córdova, marques de Comares; el cardenal Gimenez de Cisneros fué cuatro años despues á dirigir personalmente el sitio de Orán y á tomar luego posesion de esta importante plaza, encargando tambien á su lugar-teniente Pedro de Navarra el sitio de Bugía, para hacer de este punto el centro de la ocupacion española. Los deseos del cardenal tuvieron exacto cumplimiento, pues en el año 1510 Pedro de Navarra era ya dueño

de Bugía, estableciéndose militarmente en dicha ciudad. Estas sucesivas conquistas esparcieron el terror en las costas berberiscas: Tunez, Tenez Argel, Mostaganam y Arzew rindieron sumision y vasallaje á España espontáneamente, y desde entonces pudo creerse estirpada ya radicalmente la piratería; pero ofrecia esta demasiado estímulo á los que la ejercian para que renunciasen á ella al primer golpe.

Los argelinos particularmente, protegidos por su distancia del centro de observacion elegido por Pedro de Navarra, continuaron preparando impunemente pequeñas naves que asaltaban sin cesar las costas españolas, apresando hasta los mismos habitantes, en defecto de otro botin. Para poner fin á esta violacion de los tratados, Fernando dispuso que Pedro de Navarra se dirigiera de nuevo contra Argel con su escuadra. A la vista de este despliegue de fuerzas, los piratas imploraron la piedad del vencedor, despachando para ello á Valencia una embajada con encargo de ofrecer al rey de España cincuenta esclavos cristianos, como primera prenda de sumision, prometiendo ademas pagar feudo durante diez años y comprometiéndose por fin á no armarse mas en corso; pero desconfiando los españoles de estas promesas y queriendo sujetar á todo trance á los argelinos, mandaron construir una gruesa torre en las islas Beni-Mezegrenna que se hallan delante del puerto y que unidas al continente por medio de una calzada, constituyen el muelle principal. Esta pequeña fortaleza, armada de piezas de grueso calibre, quedó guarnecida de doscientos soldados, y en disposicion de poder batir la ciudad con su artillería, toda vez que apenas mediaba la distancia de doscientos metros. Los españoles y los marinos que navegaban por aquellas aguas la dieron el nombre de el *Peñon de Argel*: hoy dia se eleva sobre sus ruinas el faro que indica desde lejos la entrada difícil del puerto.

Por este tiempo dos corsarios del archipiélago griego fueron á establecerse sobre las costas del africa: unos les tenian por oriundos de Sicilia, otros les atribuian por

patria á Medellin, la antigua Lesbos. Lo cierto es que eran verdaderos musulmanes, animados de un odio acérrimo é implacable contra los cristianos. Habíanse ya hecho célebres por sus correrías en las costas de Italia y del Egipto, y estimulados indudablemente por las noticias de las riquezas arrebatadas á los españoles, venian á instalarse cerca de su nueva presa. Tales eran Arudj y Khair-ed-Din, mas conocidos en Europa por el nombre de los hermanos Barbarroja.

Su padre, patron de navio, les habia dedicado desde niños, asi como á sus otros dos hijos, Elias é Isaac, á la penosa carrera de la marina: Isaac y Arudj se ejercitaron en el cabotage, mientras que Elias y Kair-ed-Din prefirieron ocuparse de la piratería. Batidos frecuentemente por las galeras de los caballeros de Rodas, Elias y Arudj concluyeron por caer al fin en sus manos: el primero pereció en el combate, y Arudj hecho prisionero, fué conducido á Rodas. Cuando Kair-ed-Din llegó á saber la triste situacion de su hermano, prometió mil dracmas por rescate; pero no fué admitida la oferta. Sin embargo, Arudj no se dejó abatir por su desgracia; deseando utilizar el tiempo de su cautiverio, dedicóse á aprender el idioma francés y el italiano, y se inició en ciertos pormenores de la orden. Su juventud, su naturalidad, su genio jovial, le habian granjeado la confianza de sus dueños, de la cual supo aprovecharse para burlar la vigilancia de ellos y huir á Castello-Rosso, pequeña ciudad marítima de Caramania, de donde fué á Lesbos á reunirse con su hermano Kair-ed-Din. Ambos contaban entonces de veinte y cuatro á veinte y seis años, que es la edad de las atrevidas empresas. El riesgo solo servia para realzar el mérito: ambos hermanos dedicáronse al punto de concierto á piratear los mares,

Arudj y Khair-ed-Din disponian ya en 1504 de cuatro pequeños navios y alentados por su propia reputacion, atreviéronse á pedir al bey de Túnez el derecho de ciudadanía, ofreciéndole pagar el diezmo de todas las presas. El bey les

acojió con entusiasmo, y puso el puerto á su disposicion. En su primera salida apresaron dos galeras del papa, cuya tripulacion era diez veces mayor que la suya. En 1505 navegaron con no menor fortuna por las costas de la Calabria. Desde 1505 á 1510 viérónse cruzar frecuentemente desde la embocadura del Guadalquivir hasta el golfo de Leon, y regresar á Túnez sus navíos cargados de esclavos sin número. En 1510 D. Garcia de Toledo que habia sido arrojado de las islas Gelves pertenecientes antes al bey, las entregó á los hermanos Barbarroja, sospechando que el rey de España no se resolvería á vengar este ultraje, y ellos fijaron allí el taller de construccion. La flotilla se componia entonces de doce navíos, de los cuales ocho eran de su propiedad, y los otros cuatro de sus camaradas. El eco de las hazañas de los Barbarroja resonaba por las costas de Berbería; por do quier se celebraba su arrojo; asi fué que cuando los españoles ocuparon á Bugía, los habitantes de esta ciudad acudieron á solicitar la influencia de ambos hermanos para que les ayudaran á desembarazarse del enemigo comun.

Arudj, consultando solo su valor, puso sitio á Bujía; pero las fuerzas de que disponia eran insuficientes; de suerte que se vió obligado á abandonar la empresa, despues de haber recibido una herida en un brazo, por lo cual hubo de sufrir la amputacion, restituyéndose luego á Túnez, mientras que Kair-ed-Din continuaba sus correrías. Despues del restablecimiento de Arudj, los Barbarroja se presentaron de nuevo delante de Bujía; pero fueron tambien rechazados esta vez, y entonces fué cuando determinaron establecerse en Gigel (1) Esta reducida poblacion hasta entonces independiente, pudo ofrecerles unicamente un puerto de mediana capacidad, aunque muy oportuno para sus proyectos. Sus

(1) Gigel ó Gigeri, á diez leguas de Bona y diez y seis de Constantina.

moradores en numero de mil á mil doscientos recibieron entre entusiastas aclamaciones á los dos hermanos, como previendo ya las ventajas que podian ofrecerles sus rapiñas: Gigel fué entonces el primer punto de la regencia ocupada por los Turcos; y ellos, por reconocimiento, creyeron deber otorgar á su favor durante su dominio grandes privilegios é inmuninidades.

Bien presto salieron del puerto de Gigel gran numero de corsarios que arrebataron considerables presas de las costas de España, Sicilia y Cerdeña. Las humildes chozas convirtiéronse insensiblemente en casas de lujo, poblóse la rada de bajeles, y el bienestar general reinaba en todas las familias. En medio pues de tal cuadro de prosperidad, los naturales ofrecieron á sus huespedes la soberanía de la ciudad y su territorio; Arudj y Kair-ed-Din no aceptaron con gran entusiasmo la oferta de aquellos hombres; porque esperaban todavía mas de su suerte.

En efecto, la muerte de Fernando el Católico (22 de enero 1516) vino á acrecentar la importancia de estos dos aventureros. Al morir este principe, solo habia dejado por sucesor á un niño, y los africanos confiaron desde luego que las oscilaciones inevitables durante una minoria les permitiría emanciparse del yugo á que estaban sujetos. Argel sobre todo estaba impaciente por conquistar esta independencia. La fortaleza del Peñon contenia todos sus movimientos, porque aun á pesar de los tratados, sus piratas proseguian en sus correrías por todos los mares cercanos. Para sustraerse á la vigilancia de los españoles, obligábaseles á abordar á la pequeña ensenada que esiste un poco hácia el E. de la puerta Bab-Azun ó á Matifux, ó bien á Sidi-Ferruch, en una playa erizada de escollos y combatida por las tempestades, cuyos riesgos y dificultades acarreaban notables perjuicios á sus espediciones. Además los argelinos conspiraban mucho tiempo ha, sordamente por su emancipacion, á cuya cabeza, con el fin de acrecentar sus fuerzas,

habian puesto á un gefe árabe, descendiente de una rica y poderosa familia de la Mitidja, llamado Selim-Eutémy, el cual no se atrevió á dar el golpe de mano; solo en el año 1516 resolvióse á llamar en su socorro al hermano mayor de los Barbarroja. Arudj abarcó de un golpe de vista el horizonte que se abria ante él, y apresuróse á admitir con entusiasmo la proposicion, si bien disfrazando en cierto modo la satisfaccion que le causara, y por si acaso algun obstáculo pudiera entorpecer sus proyectos, marchó al punto sobre Cherchell, donde habiase proclamado soberano uno de sus compañeros de piratería, llamado Cara Hassan, á quien acometió bruscamente, mandándole decapitar despues de apoderarse de la plaza.

Arudj hízose preceder por uno de sus lugar-tenientes al frente de mil doscientos turcos ó renegados, fieles largo tiempo habia á sus banderas. Despues de su espedicion á Cherchell, él mismo entró en el puerto de Argel con diez y ocho galeras y tres navíos cargados de artillería. Recibido como un libertador por el anciano Eutémy no tardó en reconocer en su huésped un carácter dulce y tímido, un hombre inepto para el ejercicio de las armas y dedicóse desde luego á crearse un poderoso ascendiente entre las masas. Algunas demostraciones hostiles contra la fortaleza española, el terror que los turcos alojados en las casas de los mas ricos habitantes inspiraban generalmente, las palabras altaneras que proferian, su mismo aspecto feroz, todo ello púsose en juego para realizar sus secretos propósitos. En fin, calculando preparados ya todos los medios, mandó estrangular al demasiado crédulo Eutémy, proclamándose al punto soberano, y aunque los magnates trataron de oponerse á esta usurpacion, la cimitarra de sus satélites se encargó de esterminarlos; de modo que la poblacion, amenazada por los españoles, sojuzgada por el ascendiente moral de Arudj é intimidada por la brutal violencia de los turcos, hubo de sucumbir toda ella ante este nuevo poder.

Desde este momento Arudj desplegó su papel; no era ya un simple pirata aventurero que surcaba los mares para aumentar sus riquezas, sino un diestro diplomático, un hábil estratégico que sin otro auxilio que el de sus turcos y renegados, rodeado de poblaciones contrarias, batido incesantemente por los árabes y españoles, conseguia sostener su enseña á fuerza de valor, de audacia y de perseverancia. Verdad es que Khair-ed-Din le prestó entonces un poderoso apoyo, siendo él quien despues de la muerte de su hermano vino á consolidar esta empresa tan atrevidamente comenzada. Algunos historiadores han creido que Arudj era ageno al gobierno interior del Odjack, asi como tambien á la administracion de los dominios dependientes del mismo; pero esto es un error: ocurrido el asesinato de Eutémy, ordenó al punto la organizacion de los diferentes poderes, tal como él mismo concibiera y que se perpetuaron con muy ligeras modificaciones hasta la completa destruccion del imperio turco.

Apenas Arudj fué reconocido soberano de Argel, despojó de sus destinos á los árabes, proveyéndolos en personas de su mayor confianza y mandando solemnemente que en lo sucesivo solo los individuos de su ejército tuvieran derecho á acercársele. A fin de estirpar mas radicalmente toda influencia local, escluyó á los hijos de los mismos soldados nacidos en el pais, del derecho de formar parte del Odjack, cuyo cuerpo quiso que se compusiera solo de musulmanes originarios de la Turquía ó de renegados estranjeros; este sistema de gobierno parecia imitar en cierto modo al de la república militar de los caballeros de San Juan de Jerusalen, y entre ambas instituciones habia aun otros puntos de semejanza: en Rodas los caballeros reasumian solos con el gran maestre la autoridad suprema, y el jefe del ejército era al propio tiempo el gefe tambien del ministerio de la guerra; en Argel el Divan ó sea el consejo de regencia componíase únicamente de oficiales militares y el agá llenaba

las dobles funciones de ministro y de general: fuera de esto, Arudj, para imprimir una sancion religiosa á su constitucion política, atribuyó el orígen de la primera idea á un morabita muy célebre en el pais, llamado Sid-Abd-er-Rhaman, cuya popularidad supo esplotar en provecho de su partido.

Mientras que Arudj se esforzaba en organizar su poder, Kair ed-Din no salia del mar. Llegado que hubo á Gigel, supo la brillante fortuna de su hermano y desde luego trató de aprovecharse de su poder y de su valor: y en verdad que esta alianza pudo servir de mucho al nuevo sultan en medio de las circunstancias difíciles en que debia hallarse pronto.

La usurpacion de Arudj habia introducido la mas viva alarma entre los españoles, que preveian todo el daño que el comercio de la península podia temer de tal vecindad, y el gabinete de Madrid, deseoso de abatir su naciente influencia, no perdonó medio para conseguirlo. El hijo de Eutémy, sucesor de su título y de sus estados, hallábase dispuesto entrar en Argel en el momento en que su padre y sus aliados cayeran sobre las tropas de Arudj; los ministros de Carlos V, le acojieron con interés y diligencia dispensándole su proteccion y deseando asegurar el concurso de los indígenas, anunciaron á los árabes de la Metidja y de Sahel su propósito de colocar al príncipe fugitivo en el patrimonio de sus antepasados.

Una armada compuesta de ochenta navíos y ocho mil soldados, salió del puerto de Cartajena el 30 de diciembre de 1516 al mando de Francisco de Vero, general de artillería, y gefe nombrado para la espedicion. Cuando esta llegó á Argel, nadie se opuso al desembarque, solo aparecieron en las alturas proximas varios grupos de árabes que se mantenian como simples espectadores. El general español avanzó al punto; mas en lugar de hacer marchar su ejército en un solo grupo, lo dividió en cuatro cuerpos demasiado débiles

para resistir tanto á la salida de las tropas que habia en la ciudad, cuanto á los ataques irregulares de los árabes. Arudj se apercibió al punto de este error, y dió á sus tropas la señal de ataque. Reunidos por la mancomunidad del riesgo, los turcos y los árabes se precipitaron con furor sobre los sitiadores, desordenándolos con la improvisacion del choque y cuya derrota completó la caballería de los beduinos. Los españoles halláronse al punto envueltos por una furiosa multitud que estrechándoles por todas partes, les impidió hacer uso de las armas. No pudiendo pues salvar la vida sino apelando á la fuga, lograron ganar de nuevo la playa; pero apenas embarcados, una terrible tempestad sorprendió á la flota y destrozó unos contra otros los bajeles, dispersando sus restos. Apenas entró en España la cuarta parte del ejército espedicionario; Francisco de Vero fué víctima del populacho que le motejaba por haberse dejado batir por un manco. El cardenal Jimenez de Cisneros dicen que esclamó cuando supo esta nueva: «¡A Dios gracias la España vá quedando libre de muchos bribones!» Imprudentes palabras, si eran la espresion real de su ánimo, porque era bien fácil preveer lo mucho que costaría reparar tan considerable golpe y que no podia menos de acrecentar el poder y el ascendiente moral de los Barbarrojas. (1)

(1) Es creíble, atendido el carácter del anciano cardenal, que este arranque fuese nacido de un sentimiento de amor propio y del recuerdo de su conquista de Oran, para cuya realizacion necesitó desplegar toda su energía. Contrariados sus proyectos por el almirante Pedro de Navarra, quien por complacer á Fernando el Católico, promovió el espíritu de insurreccion entre las tropas reunidas en Cartagena, Jimenez no pudo conseguir sosegar los ánimos, sino á trueque de conducir á bordo de la armada el dinero necesario para seis meses de sueldo: este dinero procedia de su propio caudal y de él debia reintegrarse, bien á espensas del tesoro ó bien de los productos futuros de la espedicion. En fin, su flota compuesta de ochenta velas, aparejó el dia 6 de mayo de 1509.

Arudj, vencedor de Francisco Vero, consagró su afan al engrandecimiento de su territorio, cuyo proyecto vino á favorecer un conjunto de circunstancias imprevistas. Los árabes de la Metidja no habian podido todavía olvidar el asesinato de su príncipe Eutémy y deseaban á cualquier costa esterminar á los Barbarrojas y á sus tropas. Hammit-el-Abid, rey de Tenez, de raza árabe como ellos, tomó parte en su resentimiento y ambos resolvieron de concierto acometer al usurpador. Los confederados al frente de seis ú ocho mil hombres marcharon contra Argel, profiriendo gritos de imprecacion contra los turcos: Arudj sabedor

---

Apenas saltó en tierra, el cardenal montó á caballo, revestido de sus hábitos sacerdotales y precedido de un religioso franciscano que llevaba su cruz arzobispal. «Animo, hijos mios, esclamó dirigiéndose á los soldados, yo marcho al frente de vosotros, es menester que un sacerdote sepa morir tambien por la religion.» A pesar de varias cargas sucesivas, la caballería morisca no pudo destrozar á la infantería española, privada del socorro de dos mil caballos que no habian podido desembarcar; mas cuando llegaron, el enemigo vencido y arrollado, volvió á entrar precipitadamente en la ciudad, donde el prelado mantenia ya inteligencias, y cuyas puertas le abrieron un judio y un moro. Terminada la batalla, esclamó contemplando los cadáveres que cubrian el suelo: «Eran infieles, pero podian haberse hecho cristianos; su muerte me ha arrebatado el principal laurel de la victoria.» El cardenal hizo de Oran una dependencia de su diócesis de Toledo, convirtió en iglesias varias mezquitas, dedicando la principal á Nuestra Señora, trazó el sistema de nuevas fortificaciones, y en una palabra, activó la organizacion del régimen civil y religioso. Habiendo repartido entre los oficiales y soldados todo el botin, sin reservarse para sí otra cosa que el lauro de la empresa; regresó al punto á España. Fernando salió á su encuentro hasta cuatro leguas de Sevilla, despues de haber escrito á Pedro de Navarra. «Impedid que ese buen hombre regrese pronto, porque necesitamos esplotar hasta donde podamos su persona y su caudal.» España conservó la posesion de Oran hasta el reinado de Felipe V.

ya de antemano de sus proyectos, dejó á cargo de su hermano Kair-ed-Din la defensa de la ciudad, mientras que marchaba él al encuentro de aquellos con mil y quinientos hombres escogidos. Alcanzó al enemigo junto á las orillas del Ued-Djer, á cuatro ó cinco leguas norte de Blidah; y dispersando aquella gente indisciplinada, entra en Tenez, cuyo territorio declara quedar definitivamente reunido al estado de Argel. Medeah y Milianah se someten tambien y le reconocen por soberano, y al punto este, aprovechándose de la enemistad que existia entre aquellos y el sultan, acercóse á las puertas de la ciudad en calidad de conciliador, arrojó al sultan y tomó posesion de la ciudad en nombre del gran señor. Esto solo le costó algunos dias de marcha.

Dueño de Tlemecen Arudj, prohibió á sus habitantes bajo las penas mas severas, toda comunicacion con los españoles de Oran, que hasta entonces habian abastecido aquella capital esclusivamente. Por su parte Bu-Hamud, el sultan desposeido, viendo cuan precaria sería la situacion de los españoles por causa de esta suspension de relaciones entre ambas ciudades, envió á decir al marqués de Comares, gobernador de Oran, que no tardaría en tener abundantes existencias en sus almacenes si le ayudaba á reconquistar su reino. Este funcionario admitió el partido, y envió al punto parte de sus tropas en auxilio de su confederado, que al frente de un numeroso cuerpo de árabes marchó sobre Tlemecen. A su llegada Arudj fortificó aceleradamente la plaza, retirándose luego á la ciudadela (*mechuar*), resuelto á oponer una resistencia tenaz. Los sitiadores plantaron el cerco, fijaron escrupulosamente las líneas de circunvalacion, hicieron jugar con actividad su artillería y consiguieron por fin reducir al último estremo á los turcos despues de veinte y seis dias de asedio. Arudj, en la imposibilidad de prolongar la resistencia, salió de su apatía, y con una débil escolta rompió las líneas enemigas, replegán-

dase sobre Arjel. Esta resolucion desesperada acarreó su perdicion; porque los españoles y árabes, en lugar de dirigirse á Tlemecen, lanzáronse en su persecucion, acosándole y estrechándole de cerca. En vano él hizo sembrar por el camino de distancia en distancia sus joyas, su vajilla y las monedas de oro y plata que llevara consigo; inútil astucia, el enemigo solo piensa en prenderle. Entonces, cual hombre que rehusa morir como un cobarde fugitivo, Arudj volvió cara al enemigo, formó en cuadro sus tropas y empéñó el combate. Tan terrible matanza continuó hasta que los turcos vieron sucumbir á su caudillo. Don Garcia de Tineo, lugarteniente del ejército español, le habia atravesado el corazon con un golpe de lanza. La cabeza de Arudj fué enviada á Oran y su caltan, (¡feliz destino!) se utilizó para hacer una capa ornamental de iglesia. Así murió á la edad de cuarenta y cinco años el fundador del Odjack de Arjel. Su brillante renombre es célebre todavía entre los árabes, por las anécdotas prodigiosas que le han atribuido. Arudj se hallaba dotado de una fuerza sobre natural, y aunque privado de un brazo, batíase como un leon. Bu-Hamud en fin, restablecido en el trono de Tlemecen, declaróse vasallo de la España obligándose á pagar doce mil ducados de oro y un tributo anual de seis cañones.

Si el marqués de Comares, aprovechándose del pánico que la derróta de los turcos y la muerte de Arudj habian introducido en sus vasallos hubiera continuado marchando hácia Argel, indudablemente se hubiese apoderado de aquella plaza; pero no queriendo arriesgar empresa alguna sin recibir instrucciones de Madrid, dió tiempo á Kair-ed-Din para hacerse reconocer y proclamar, y de organizar á la vez tiempo los medios necesarios de defensa. Dotado de una destreza simpática, supo granjearse la voluntad popular haciendo alarde y dando pruebas de su teson contra los cristianos y rodeándose de los morabitos mas notables por su piedad. Comprendiendo además la insuficiencia de sus

fuerzas por tener á la vista un enemigo poderoso y bien disciplinado, envió á Constantinopla, á uno de sus ayudantes, que poseia toda su confianza, el cual llevó para el gran señor un odre de ricos presentes, el homenage del odjack de Argel con la declaracion que su principal hacia de reconocerse tributario de la Súblime Puerta. Selim que reinaba entonces, calculando la ventaja de esta nueva posesion situada en cierto modo en el corazon de la cristiandad, aceptó la oferta de Kair-ed-Din, á quien nombró gobernador de la ciudad, con el título de bey remitiéndole la púrpura de investidura oficial, y un primer socorro de dos mil hombres, é hizo publicar un firman para que todos los que quisieran trasladarse á Argel pudieran verificarlo, abonándoseles los gastos de viage y un sueldo ó salario igual al que disfrutaban los genízaros en Constantinopla.

Kair-ed-Din recogió el fruto de su prevision. El dia 15 de mayo de 1418 Cárlos V, apenas supo por las cartas de Comares sus victorias y la muerte de Arudj, resolvió arrojar definitivamente á los turcos del Africa septentrional, cometiendo tan importante empresa al marqués de Moncada, vi-rey de Sicilia. El 17 de agosto la nueva espedicion compuesta de siete mil y quinientos hombres, llegó á la bahía de Argel. Los españoles desembarcaron al dia siguiente y se apoderaron de unas alturas entre la ciudad y El-Harrach, que dejaron guarnecidas de quinientos hombres. Todo hasta entonces marchaba bien; pero en lugar de continuar con actividad las operaciones del sitio, las suspendieron mientras esperaban las tropas del sultan de Tlemecen, que habia ofrecido ayuda al emperador. Durante esta semana de inaccion una furiosa tormenta destrozó veinte y seis bajeles, habiendo perecido además ahogados cuatro mil hombres que contenian á bordo. Desesperado ante este siniestro, el marqués de Moncada abandonó el resto del material, embarcándose con el ejército que le quedaba, y tomó rumbo hácia Ibiza, una de las islas Baleares. Las armas y municiones

de todas clases que los arjelinos encontraron en la playa aumentaron considerablemente su arsenal y sus almacenes. Este suceso reasumia en sí una grande importancia para aquellos hombres dominados por el fanatismo; los turcos del Odjach y aun el mismo Kair-ed-Din considerándose como protejidos de Alá, y creyéronse con derecho á acometer cualquier empresa.

Libre de la inquietud que le inspiraba Cárlos V, y siguiendo la política de su hermano, Kair-ed-Din concibió el proyecto de estender el territorio de Argel. Bu-Amud habia muerto poco despues de la retirada de sus aliados, dejando dos hijos que se disputaban su herencia. Mulah-Abd-Allah, su primogénito, estaba protejido por los españoles: Barbarroja resolvió protejer al mas jóven, llamado Masaud. La suerte fué fatal al primero de los dos competidores; Mulah pereció en la fuga, asesinado por su misma escolta. Kair-ed-Din, bajo el pretesto de robustecer mas su intervencion é intimidar á los españoles que amenazaban á Maseaud, se instaló en Tlemecen. Insensiblemente las milicias del Odjack fueron apoderándose de las poblaciones mas importantes del reino y mientras el protejido creia de buena fé que aquello no pasaba de ser un franco apoyo que se le dispensaba, dejó de ser dueño de hecho de sus estados; y el jóven principe, por no quedar enteramente desposeido, se vió obligado á rendir tributo y vasallage á su astuto protector, interin las ciudades de Tenez, Mezonna y Mostaganam reconocian tambien á su vez la soberanía de Barbarroja.

Tan rápido acrecentamiento del poder argelino empezó á inspirar serios temores al soberano de Tunez, Moula-Mohammet, descendiente del antiguo linaje de los Beni-Hafsi, el cual empezó á escitar á los principales gefes de Odjack, asi como tambien á los árabes confederados para rebelarse contra Kair-ed-Din. Hamed-ben el-Cadí, caudillo árabe el mas antiguo amigo del difunto Arudj y el mismo que le

habia acompañado en todas sus espediciones, se adhirió tambien al alzamiento, y esta defeccion fué el preludio de una sublevacion general, por do quier los árabes empuñaban las armas y avanzaban apoyados por los tunecinos para establecer el sitio de Argel. Kair-ed-Din creyó derrotarlos, enviando contra ellos á su agá, Kara Hassan, pero seducido por los agentes de Mula-Mohammet, este mismo gefe dejó destrozar sus tropas é hizo causa comun con los insurjentes. Mientras tanto el eco de la revolucion penetraba hasta Argel cuyos principales habitantes hallábanse prontos á secundar al enemigo esterior, lo cual ignoraba Kair-ed-Din, hasta que vino un esclavo á revelarle lo que sucedia. Pero no es el peligro lo que asusta al gefe del Odjack, ni menos pretende conocer el plan de la traicion. Inmediatamente ordena una reunion de personas de su confianza en la mezquita, á donde concurre tambien él mismo, acompañado de los turcos que aun le permanecian adictos; las puertas del santuario se cerraron al punto y todo el que fué designado como traidor fué allí decapitado.

Kair-ed-Din protestó una sumision mas aparente que sincera, pues dos años despues de estos sucesos, á consecuencia de una vision ó mas bien obligado por las contínuas conspiraciones que se repetian, tomó el partido de retirarse á Gigel, teatro de sus primeras hazañas, y desde cuyo punto, durante tres años consecutivos sembró el terror por todas las playas del Mediterráneo, interceptando el comercio de casi todos los estados de Europa, saqueando una multitud de poblaciones considerables por sus riquezas y que por su grande poblacion parecian deber estar al abrigo de sus ataques. Una larga ausencia de este caudillo ocasionó la ruina de su poder, y durante la cual unos le creyeron muerto y otros se persuadieron de que habia renunciado ya á su política de conquista. Hamed-ben-el-Cadí supo esplotar hábilmente estos diversos rumores, apoderándose del gobierno de Argel, mientras que Kara Hassan se hizo reco-

nocer gefe supremo de las tribus de Occidente, ocupando tambien á Cherchell.

Dedicado á estas espediciones marítimas, Barbarroja hubiera dejado consolidar indudablemente estas usurpaciones, si un rasgo de inaudita insolencia no le hubiese advertido que habia llegado ya el caso de que todo tuviera un término. Una de sus galeras que volvia de piratear fué atacada al entrar en el puerto de Argel por las baterías marítimas, como si se tratara de un buque enemigo, y á la cual faltó poco para zozobrar. Irritado por este insulto, Kair-ed-Din reune todas sus fuerzas, desembarca secretamente en Sidi-Ferruch y marcha contra Argel. En vano Hamed-ben-el-Cadí quiso resistirse; sus tropas no supieron defenderse y al primer choque se desordenaron encerrándose en la ciudad de nuevo. Temerosos los rebeldes y á fin de aplacar la ira de su señor, presentáronle la cabeza de su gefe que fué admitida como ofrenda espiatoria, quedando todo tranquilo.

Kair-ed-Din, seguro por esta parte volvió de nuevo á Cherchell, donde el usurpador habia formado una alianza secreta con los españoles que tendia nada menos que á la destruccion del Odjack. Ninguna resistencia se opuso á su entrada, y Kara-Hassan, abandonado por sus mismos soldados, fué estrangulado á la vista de los mismos á quienes acababa de hacer traicion. El sultan de Tlemecen supo aprovecharse igualmente de la ausencia de Barbarroja, para sustraerse al pago de su feudo; pero una simple intimacion bastó para hacerle entrar en regla, y á los pocos dias Kair-ed-Din se halló en disposicion de restablecer su autoridad en un pais nada menos que de seiscientas millas de estension.

Para llevar á término esta sorpresa tan atrevida y rápida, concibió el proyecto de atacar y destruir el peñon. La ocasion no podia ofrecerse mas propicia: por descuido del gobernador español, la plaza carecia de víveres, y la guar-

nicion, que estaba mucho tiempo há sin renovar, se hallaba diezmada por las enfermedades. Kair-ed-Din, sabedor de todo esto, intimó la rendicion al gobernador. Don Martin de Vargas, valiente y pundonoroso oficial, contestó que mientras alentará un soplo de vida, el pabellon de Castilla ondearía en la cumbre del peñon, para lo cual empeñaba su palabra de honor. La plaza fué acometida el dia 6 de mayo de 1530. Durante diez dias consecutivos las galeras armadas de artillería, secundadas por las baterías de tierra, arrojáron sobre las fortificaciones un diluvio de proyectiles de todo género, y en varios puntos abriéronse brechas. Viendo Kair-ed-Din que la guarnicion se resistia, mandó dar el asalto, y mil trescientos turcos lanzáronse á porfía por las bocas abiertas sin hallar resistencia apenás. Por dó quier mutilados cadáveres, soldados espirantes de hambre ó aniquilados por la fiebre: Don Martin de Vargas, solo en la brecha permanecia defendiéndola, espada en mano; tal era pues el cuadro que se ofrecia á la vista. Otros enemigos mas humanitarios y generosos hubiéranse visto contenidos ante tan noble valor; pero aquellos hombres bárbaros se precipitan sobre el héroe, le desarman y le derriban sin piedad. Menos generoso que Soliman despues del sitio de Rodas, Kair-ed-Din hizo perecer á garrotazos á este venerable guerrero, por no haber querido abjurar la religion de sus padres. El peñon fué arrasado y los materiales producidos por esta demolicion sirvieron luego para construir el dique que enlaza aun hoy los islotes de Beni-Mezegrenna con el continente.

El socorro destinado á los intrépidos y desgraciados defensores de la fortaleza, llegaron demasiado tarde; Kair-ed-Din, cuya flota componíase de treinta galeras les cortó el camino y se apoderó de él.

Mientras que la fortuna coronaba todas las empresas de Kair-ed-Din, Cárlos V. secundado por los venecianos y por el célebre almirante Andrés Doria, hacia sufrir rudas

perdidas á la marina turca. Habíase despojado al gran señor de muchas islas del archipiélago y de un gran número de plazas fuertes de la Morea y Dalmacia. Irritado Soliman con la poca habilidad de sus capitanes-pachás y admirado de los maravillosos triunfos que obtenia su belicoso vasallo y que le revelaban tanto la voz pública como los ricos presentes que este le enviaba, resolvió confiarle el mando de sus flotas. Kair-ed-Din recibió con respeto el decreto que le llamaba á esta alta dignidad y se apresuró á cumplir la voluntad de su señor. Dejó á su hijo al cuidado de su pariente Celebi-Ramadan y el gobierno de Argel á Hasan-Agá, renegado sardo y oficial adicto que, criado con sus cuidados, le habia dado pruebas tan numerosas como constantes de su adhesion.

Kair-ed-Din fué á su destino acompañado de cuarenta galeras magníficamente armadas. En su camino saqueó las costas de Cerdeña y Sicilia y entró en el puerto de Constantinopla, llevando tras si diez y ocho presas y mil cuatrocientos esclavos cristianos. Su presencia bastó para disipar algunas intrigas urdidas en el serrallo, y se le confirió la dignidad de capitan-pachá que era la segunda del imperio. Bien pronto se le vió darse á la vela con una armada de ochenta navíos y dirigirse á Coru y Patras, conquistadas hacia poco por Andrés Doria. Nada resiste á Kair-ed-Din; todas las ciudades tomadas por los venecianos, pasan de nuevo al dominio del gran señor; hace muchos desembarcos en las costas de Italia (1) y esparce el espanto hasta Roma: despues se dirige, cambiando de direccion, á Túnez con intencion de satisfacer un antiguo rencor, porque no habia olvidado que Mula-Mohammet soberano de esta ciudad, ha-

(1) Sabedor Barbarroja de que Julia Gonzaga, muger de estraordinaria hermosura se hallaba en Fundi dirigió una sorpresa nocturna sobre aquel punto, pero no le fué posible apoderarse de la que con tanto afan queria coger para ofrecerla á su soberano, las mismas sombras de la noche facilitaron su fuga.

bia fomentado el desorden en sus estados y se habia mostrado uno de sus mas encarnizados enemigos. Entonces reinaba otro príncipe; pero pertenecia á la misma familia de los Beni-Hasp y esto era mas que suficiente para que justificase su agresion.

Tomadas por sorpresa Biserta y la Goleta. penetró Kair-ed-Din en Túnez con seis mil hombres y atrayéndose el espíritu popular por medio de su apacible é insidiosa política, tomó posesion de ésta ciudad á nombre del gran señor y se hizo nombrarse bey de ella, por aclamacion. Esta conquista consternó á la cristiandad. Malta y Sicilia imploraron la intervencion de Cárlos V. Temiendo este príncipe que sus posesiones de Italia fuesen presa de los piratas, resolvió ponerse á la cabeza de una poderosa armada para desalojar á los turcos de esta nueva posicion. Y para ello reunió, de los diversos puntos de sus estados, cuatro cientos navios montados por veinte y cinco mil hombres y cuando estuvieron todos en Cerdeña los dirigió en persona delante de Túnez.

Kair-ed-Din no estaba preparado para resistir á semejante armada: sin embargo, intrépido como siempre, quiso medir sus fuerzas con el mas poderoso rey de la cristiandad, marchó valerosamente á su encuentro y le dió un combate vivo y encarnizado; pero agobiado por el número, tuvo que abandonar la defensa de la Goleta para retirarse á Túnez. Allí le esperaba todavía una nueva pérdida: mientras que los turcos estaban en las murallas, ocupados en rechazar á los sitiadores, los cautivos cristianos rompieron sus cadenas y cayeron de improviso sobre ellos. Obligados los musulmanes, á hacer frente al enemigo de fuera al mismo tiempo que á sus esclavos interiormente, abandonaron la ciudad y fueron á refugiarse en los muros de Biserta. Dueño de Túnez, Cárlos V. entregó al pillage á esta desgraciada ciudad; y dió libertad á veinte y cinco mil esclavos: bello triunfo para un principe cristiano al que se agregaron otras ventajas, no menos positivas. Muley-Hacen el soberano depuesto que

con sus agentes habia preparado la derrota de Kair-ed-Din, volvió á subir al trono; pero se comprometió á pagar á España un tributo anual de doce mil ducados de oro; reconoció el feudo del emperador; renunció solemnemente á la pirateria y dejó ocupar la Goleta por una guarnicion española.

Por muy gloriosos que fuesen para el emperador los resultados de su espedicion, no se habia logrado el objeto mas importante, puesto que Kair-ed-Din, espanto de la cristiandad, escapándose por tierra con cuatro mil turcos y sus tesores, habia llegado á Bóna en donde ya se encontraban sus navíos.

El emperador envió á Andrés Doria con treinta galeras y dos mil hombres para que apresase á los navios del corsario; pero ya no era tiempo, pues Kair-ed-Din los habia hecho partir para Argel, dirigiéndose él mismo con su caballería á dicha plaza.

Una vez llegado á Argel, no le faltó nada para rehacer su armada, recómponer su material y aumentar su tropa. Habia formado el proyecto de permanecer algun tiempo en su capital; pero atormentado con el recuerdo de su reciente derrota, volvió bien pronto al mar para ejercer terribles represalias en toda la cristiandad y Hacen-Aga quedó encargado de nuevo del gobierno del Odjack. Kair-ed-Din empezó esta nueva campaña sorprendiendo á dos navíos portugueses en el puerto de Mahon y dirigiéndose en seguida al litoral de la península, incendió las casas y cosechas quitando cuanto le convenia. Despues de haberse saciado durante diez y ocho meses de botin y carnicería, fué cuando pensó en entrar en el puerto. Durante estas escursiones, se habia olvidado Kair-ed-Din que era el gefe supremo de la marina otomana, y debia abandonar su primitivo estado de corsario; pero imperiosas órdenes del Gran Señor le llamaron á hazañas de género mas elevado.

Cruzó á la cabeza de la armada turca, el golfo de Ná-

poles, efectuó muchos desembarcos en las costas de Albania; se apoderó de veinte y cinco islas que pertenecian á los venecianos; sometiéndo á doce á un tributo anual y arrasando trece sin dejar en ellas habitante alguno, condujo á Constantinopla cuatro mil esclavos. Al año siguiento fué á las aguas de Dorfú al encuentro de la flota mandada por Andrés Doria, á la que encontró en el golfo de Ambracia no lejos del promontorio de Actium, en donde Antonio y Augusto decidieran de nuevo la suerte del mundo. Kair-ed-Din ofreció el combate al ilustre genovés y por la habilidad de sus maniobras, quedó dueño del mar. La armada cristiana se componia, sin embargo de ciento sesenta y siete navíos de los que treinta y seis pertenecian al papa, cincuenta á los españoles y ochenta y uno á la república de Venécia. (1) Enviado poco despues por Soliman, para que sitiase á Castel-Nuovo, plaza fuerte de la Dalmacia, situada entre Ragusa y Cattaro, Kair-ed-Din tan feliz por tierra como por mar, ganó por asalto, al cabo de algunos dias de sitio, esta última conquista de los venecianos.

Un tratado glorioso para los otomanos vino á coronar tantas victorias: Venecia los cedió todas las islas pequeñas de que se habia apoderado Kair-ed-Din, con las plazas fuertes de Nápoli de Romania y Malvoisie, y los castillos de Urana y Nandin, obligándose además á pagar al Gran Señor una indemnizacion de trescientos mil ducados. Tales fueron los resultados en una sola campaña de la habilidad

(1) Algunas dudas manifestó Kair-ed-Din cuando se presentó el almirante en el golfo de Ambracia; y habiéndole amenazado cierto eunuco con la cólera de su amo, dijo volviéndose hácia su oficialidad: «Ya veo yo que habremos de empeñarnos en batalla desigual por no perecer al contemplar los clamores de ese hombrecillo.» Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la circunspeccion con que estos dos hombres se provocaron hizo recaer sobre Andrés Doria sospechas de haber sido sobrado complaciente y aun de haberse dejado ganar.

que el gefe supremo del Odjack habia puesto al servicio de Soliman.

Durante este tiempo los argelinos conducidos por Hacen Agá estaban muy lejos de permanecer inactivos; recorrian las costas de España con una audacia inaudita, el asesinato y el incendio marcaban por do quiera su paso y la península ibérica impotente ó absorta en otras guerras, vióse reducida á levantar en el litoral, de distancia en distancia, torres de vijía que servian para dar la alarma en cuanto se divisaba un corsario argelino. Llegaron á ser tan temibles estos atroces piratas, que interrumpian todo comercio en el mediterráneo. De todas partes llegaban al vencedor de Túnez, súplicas fervientes para que reprimiera una vez mas á estos bárbaros y el espíritu aventurero de Cárlos V, la gloria de vengar á la humanidad ultrajada y quizás tambien la necesidad de hacer olvidar las recientes derrotas con alguna brillante accion, le decidieron á dirigir en persona una espedicion decisiva.

A la vuelta de la dieta de Ratisbona, el mes de agosto de 1541 fué cuando el emperador dió á conocer al Consejo su resolucion. Ni la opinion contraria de Andrés Doria de que participaban el marqués del Vasto y el príncipe de Melphy y que hacia prevalecer el estado avanzado de la estacion, ni las exortaciones del mismo papa Paulo III pudieron separarle de ella: cuéntase que le preguntaron quien habia de ser capitan general en aquella guerra, y que enseñando un crucifijo levantado en alto respondió: «*éste, cuyo alferez soy yo.*» Ordenó á sus gobernadores de provincias que apresurasen el armamento de todos los navíos disponibles que se hallasen en los puertos de España y Sicilia y que los dirigiesen á Mallorca, lugar fijado para la cita general. Sesenta y cinco galeras y cuatrocientos cincuenta y un navíos de transporte montados por doce mil trescientos treinta marineros y veinte y dos mil hombres de desembarco, de los cuales seis mil eran alemanes, cinco mil italianos, seis mil

españoles ó sicilianos, tres mil voluntarios, quinientos ginetes, doscientos guardias de la casa del emperador, ciento cincuenta oficiales nobles, y ciento cincuenta caballeros de Malta: tal era el brillante personal de aquel formidable armamento. Entre sus principales gefes brillaban Hernan Cortés conquistador de Méjico con sus dos hijos: el duque de Alba: Don Fernando Alvarez de Toledo: el duque de Sessa, los príncipes Colonna y Virginio Urbino de Anguillara, que habian acompañado al emperador en la espedicion á Túnez; Don Gonzalo Fernandez de Córdova; el conde de Feria, el marqués de Cuellar, el conde de Luna, el de Alcaudete, el de Chinchon, el de Oñate, Bernardino de Mendoza, capitan general de las galeras españolas y el almirante Andrés Doria que mandaba la armada naval.

Despues de muchos retrasos, la flota aparejó á principios de octubre. Esto era tomar mal el tiempo, porque en esta época los vientos equinociales soplan con furor en Africa. A su vez Hassan-Agá hacia sus preparativos. Amenazado casi de improviso, añadió nuevas fortificaciones á las que habia hecho levantar Kair-ed-Din, hizo armar todas las baterías de la marina, flanquear de torres la cerca que rodeaba á Argel por el lado del campo, arrasar todos los jardines y cortar todos los árboles que hubieran podido favorecer la aproximacion á la plaza, prohibiendo bajo pena de muerte que nadie saliese de ella. En medio de todos estos cuidados afectaba la mayor tranquilidad, como un general que cuenta con un triunfo seguro. Las fuerzas de que podia disponer en este momento crítico, consistian en ochocientos turcos del Odjack, sostenidos por un cuerpo de cinco mil hombres formado apresuradamente y compuesto de argelinos, pero sobre todo de moros de Andalucía muy diestros en el tiro de escopeta y muy avezados al manejo de arcos de hierro; y además contaba en la llanura con los árabes y los kabilas. Por lo dicho se comprende fácilmente que sus medios de defensa eran muy

inferiores á los que los cristianos iban á emplear contra él.

Al fin el 19 de octubre, el Saheb el Nadir, (el oficial del anteojo), fue á anunciar á Muley Hacen que se descubría en el horizonte una armada formidable. En seguida, montó este á caballo, recorrió los diversos barrios de la ciudad, inspeccionó minuciosamente todos los preparativos y señaló á sus oficiales los puestos que debian ocupar; despues fué á la puerta Bab-Azum, por donde pensaba que empezaría el ataque y subió á la bateria que protegia aquella parte de las fortificaciones. Desde aquel punto elevado podia su vista abrazar toda la estension de la bahía, de la ribera y las primeras crestas del Sahel que empezaban ya á coronarse de albornoces blancos. En cuanto le reconocieron los diversos gefes de los puestos, le saludaron con una descarga general de armas de fuego y se desplegó majestuosamente sobre la puerta Bab-Azun, la gran bandera nacional de Argel compuesta de tres fajas de seda, roja, verde y amarilla, mientras que las torres, fortalezas y murallas se erizában de armas y se empavesaban con banderas de diversos colores y cargadas la mayor parte de símbolos místicos ó de versículos del Corán. Los argelinos estaban llenos de confianza porque existia entre ellos una prediccion segun la cual destruirian á los españoles en tres espediciones diferentes, una de las cuales seria mandada por un gran príncipe, y Argel sería tomado por soldados vestidos de rojo. (1)

El 21 de octubre se hallaba en la bahía la armada imperial, completamente reunida; pero no pudo efectuar su desembarque hasta el 23. A este efecto, se escogió la parte de la playa, cercana á la orilla izquierda del Harach, situada al pié de las alturas que dominan la llanura de Mustafá.

(1) La última parte de esta estraña prediccion debia cumplirse tres siglos despues; los pantalones garancé y vueltas encarnadas de los uniformes de los soldados franceses justificaron en 1830 á los ojos de esta poblacion fanática el pronóstico de la adivina.



Cárlos V, subido en la popa de *la Real* que llevaba el estandarte imperial, miraba con orgullo á sus galeras empavesadas con los colores nacionales, competir en ligereza, ya fuese desde los transportes anclados á lo ancho á los botes planos que conducian á los soldados para depositarlos en tierra, ó bien desde estos á los primeros. La playa estaba cubierta de una multitud compacta de árabes á pié y á caballo: unos desafiaban á los españoles levantando sus armas sobre su cabeza y otros agitando sus albornoces. Todavía aumentó su número durante el desembarco, al que tambien intentaron oponerse; pero muchas galeras que se habian aproximado á la costa, los obligaron á mantenerse á distancia por medio de andanadas muy nutridas. Cárlos V, que no soñaba sino con la conquista de Túnez, apenas hubo desembarcado la infantería, envió á Hasan un parlamentario para intimarle la rendicion. «Dí á tu señor, respondió este, que Argel se ha ilustrado ya con las derrotas sucesivas de Francisco Vero y de Hugo de Moncada y que espera adquirir una nueva gloria con la del mismo emperador.» Quedando sin efecto la intimacion, hubo que emplear la fuerza y el 24 de octubre, el ejército invasor, dividido en tres cuerpos se dirigió á Argel.

La primera division ó vanguardia se componia de españoles al mando de Fernando de Gonzaga, los alemanes mandados por el emperador en persona que llevaba por teniente al duque de Alba formaban el cuerpo de batalla y la retaguardia, en que se habian reunido la division italiana, los caballeros de Malta y los voluntarios, obedecia á Camilo Colonna. La vanguardia llevaba la izquierda, es decir lo alto de la llanura y la retaguardia seguia las orillas del mar: el cuerpo de batalla ocupaba el centro. Desde que se puso en movimiento el ejército imperial, no cesaron de provocarle los árabes con tan buen éxito que al cabo de seis horas de marcha no habian avanzado todavía una milla. Por la tarde se detuvo en el Hamma, donde las escara-

muzas renovadas durante toda la noche, le impidieron que reposase un solo momento.

El 23, despues de una marcha interrumpida constantemente por ataques parciales, logró sin embargo llegar á las alturas que dominan á Argel La vanguardia se colocó cerca del barranco de Bab el Ued y Carlos V con el cuerpo de batalla, sobre la colina de Cudiat-el-Sabun, el mismo sitio en que en 1518 habia establecido su campo Hugo de Moncada y despues se construyó el fuerte de el emperador. La retaguardia formaba el ala derecha y ocupaba todo el espacio comprendido desde el pié de las montañas hasta las orillas del mar en el cabo Tafurá en que hoy existe el fuer-Bab-Azun. La posicion no podia ser mas ventajosa; porque esta maniobra habia aislado á los árabes en la ciudad, y profundos barrancos los mantenian bastante lejos para que pudiesen llegar á turbar los trabajos del sitio. Cárlos V ordenó que se desembarcase la artillería de grueso calibre y que la flota fuese á anclar lo mas cerca posible de la costa, con objeto de poder cañonear simultáneamente á la plaza por tierra y por mar. Ni el emperador ni sus generales contaban con una larga resistencia, pues los muros que la rodeaban eran harto débiles y la artillería poco numerosa y mal servida; pero no pararon mientes en las terribles tempestades que por la mala eleccion de la estacion en que se habia ido á atacarla, eran otros tantos poderosos y seguros auxiliares para Argel.

Desde el medio dia del 25, se puso el cielo súbitamente tempestuoso y gruesas y pesadas gotas de agua humedecieron el suelo. Por la tarde se hizo la temperatura glacial y la lluvia que caia en abundancia, arruinó los caminos y engrosó los torrentes; los soldados que no tenian abrigo, se hallaban transidos de frio. En la noche sobrevino una violenta ráfaga; los cables se rompian con estrépito y los navios se inclinaban hácia atras, chocaban entre sí y acababan por irse á fondo. Era tan furiosa la tormenta tan fuerte

el viento y tan deshechos los aguaceros, que las tiendas y pabellones se desplomaban; las naves chocaban reciamente unas con otras; ni de la tierra se veia el mar, ni desde el mar se divisaba la tierra: los gritos y alaridos del campo se mezclaban con los estampidos de los truenos, ni sabian los cristianos si los acometian los moros ni por donde, ni podia desplegarse bandera ni dispararse arcabuz, ni los capitanes acertaban á mandar, ni los soldados veian á quien obedecer y todos corrian desatentados y ciegos. Esta terrible noche causó al emperador un punzante dolor; pero ni su cara ni su mirada hicieron traicion á sus emociones interiores; rodeado constantemente de sus generales y primeros oficiales, se esforzaba en tranquilizarlos, tanto con su calma cuanto con sus discursos.

Al rayar el dia, una espesa niebla cubria la playa y la plena mar; la lluvia no habia cesado y era muy difícil distinguir nada aun á una distancia muy corta. De pronto se oyeron, hácia la falda de la montaña y no lejos de los muros de la ciudad sitiada, gritos tumultuosos; eran los turcos y los moros que hallando favorable el momento, iban á atacar hasta sus trincheras á la retaguardia del ejército imperial, Estas tropas corrieron á las armas; pero el viento y la lluvia las azotaba la cara y las armas de fuego no los hacian ningun servicio. Los moros, al contrario, armados con sus arcos de hierro lanzaban casi certeramente una granizada de mortíferas flechas. Para hacer cesar esta desigual lucha los italianos y los caballeros de Malta, quisieron abordar cuerpo á cuerpo al enemigo; pero éste mas agil y mejor conocedor de los caminos, esquivaba su aproximacion replegándose á Argel. Esta especie de refriega continuó hasta las puertas de la ciudad. Entonces los turcos y los moros, viéndose en seguridad, subieron á las fortificaciones y á las nubes de flechas hicieron suceder las descargas de mosqueteria. Los italianos, poco celosos de imitar á los caballeros, que conservaron sus filas, se replegaron en buen

órden y á pesar de una nueva salida dirigida contra ellos, buscaron su salvacion en la fuga. El emperador que era el menos aturdido de todos, dicen que preguntó á los marineros que hora era, y como le respondiesen que las once y media, les dijo; «*Pues no desmayeis, que en España se levantan á las doce los frailes y las monjas á rogar á Dios por nosotros.*» La fé del César dice un autor era muy laudable; pero las preces de los frailes y monjas de España no alcanzaron á evitar el desastre de que pronto hablaremos.

Acudió presuroso el emperador con sus fieles alemanes al peligro que corria una noble parte de su ejército. Envalentonados los caballeros con tan poderoso refuerzo volvieron á tomar la ofensiva, cargaron aunque á pié á la caballería turca, precipitándola en las calles estrechas y tortuosas del arrabal Bab-Azun y atacáronla con tal vigor, que hubiesen entrado en la plaza con ellos si Hassan-Agá no hubiese sacrificado una parte de los suyos haciendo cerrar precipitadamente las puertas. (1)

---

(1) Cuéntase que en este momento el noble español Ponce de Balaguer que tenia desplegado el estandarte de la órden, furioso por verse detenido en su persecucion, se lanzó á la puerta y clavó en ella su puñal. El que quiera enterarse de todos los pormenores de esta célebre espedicion puede leer el tomo XII de la Historia de España por Lafuente, desde la página 180 hasta la 204. El autor de la presente obra trata muy someramente de las proezas de Cárlos V en Africa; nada dice de la famosa toma de la Goleta ni de la entrada de los españoles en Túnez: diríase que trata de reconcentrar todos los triunfos sobre el ejército francés. Sin embargo, bueno es saber que el resultado de aquella ruidosa espedicicion á pesar de su mal éxito, hizo subir de punto la fama de Cárlos V; que su gloria, como dice un entendido historiador «eclipsó la de todos los soberanos de Europa, pues mientras los demás príncipes no pensaban sino en sí mismos y en sus particulares intereses, Cárlos se mostró digno de ocupar el primer puesto entre los reyes de la cristiandad, toda vez que aparecia cifrar todo su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano y en asegurar el sosiego y la prosperidad de Europa.»

(N. del T.)



BARBARROJA.

Sin embargo, los turcos y los moros reunidos por Muley-Hacen se precipitaron de nuevo sobre esta valiente milicia que sostenia la retirada, en tanto que el resto del ejército cristiano volvia á sus trincheras. Los caballeros de Malta, aunque estenuados por la fatiga, eran demasiado orgullosos para huir ante este nuevo peligro, formáronse en batalla en las estrechas gargantas, próximas al puente de los Hornos; pero su valor no sirvió mas que para ilustrar este sitio, que desde entonces ha conservado el nombre de *Tumba de los caballeros*.

A la vuelta de este deplorable encuentro, fué cuando disipándose la bruma, descubrieron Cárlos V y su ejercito los desastres de la noche. Ciento cincuenta navios de diversos tamaños se habian estrellado ó ido á pique á alguna distancia, no dejando ver mas que la estremidad de sus mástiles. Casi todo lo que contenian se habia sumergido y las tripulaciones habian perecido ó en las olas ó bajo el yatagan de los árabes. La artillería de grueso calibre y todo el material de sitio se habian perdido porque se habian ido á pique los botes de transporte antes de poderse ejecutar las órdenes que se habian dado para conducirlos á tierra. Los soldados, que no tenian víveres ni tiendas, contemplaban con espanto este desastre; pero su dolor creció cuando vieron que los navios que habian escapado á la tempestad se daban á la vela y ganaban la alta mar. El almirante se dirigia al cabo Matifux. «Mi querido emperador é hijo, escribia á Cárlos V instruyéndole de esta maniobra, el amor que os tengo me obliga á anunciaros, que si no aprovechais para retiraros, el instante de calma que el cielo os concede, el ejército de mar y el de tierra espuestos al hambre á la sed y al furor del enemigo, están perdidos sin recursos. Os doy este aviso porque le creo de la mayor importancia. Sois mi señor, continuad dándome vuestras órdenes y perderé con alegría, obedeciéndoos los restos de una vida consagrada al servicio de vuestros antepasados

y de vuestra persona ». Esta carta decidió al emperador á levantar el sitio. He aquí las principales disposiciones que tomó para asegurar su retirada y en la que le honran á la vez como príncipe y como guerrero, la sangre fria y prevision que desplegó en los menores detalles de esta difícil operacion.

Despues de haber decidido que se abandonarían la artillería y bagages y que los caballos de tiro servirian de alimento á las tropas hasta el momento en que fuese posible recibir víveres de la flota, hizo reunir Cárlos V en el centro á los enfermos y heridos. En los flancos de esta larga columna, colocó las divisiones alemana é italiana y reservó para la retaguardia las tropas que habian conservado mas energía, es decir, los españoles y los despojos de los caballeros de Malta: tambien fué llamada la caballería á este sitio de honor. Tal fué el órden en que se encaminó al cabo Matifux una armada poco antes tan brillante y llena de esperanza; su marcha fué lenta, penosa y llena de obstáculos. Debilitados por el hambre, no podian apenas sostenerse los soldados en un terreno que se habia hecho fangoso, mientras que los vencedores caian con una alegria feroz, cual una bandada de aves de rapiña, sobre aquellos cuya marcha retardaban la fatiga ó los torrentes desbordados. Los turcos y moros no pasaron de la orilla de El Harach y dejando á los indígenas de la llanura y del Sahel el cuidado de perseguir y de inquietar al ejército cristiano, se volvieron á Argel donde los esperaban mas ricos despojos. Sus terribles auxiliares cumplieron tan bien esta tarea, que mas de dos mil cadáveres cubrieron el espacio que se estiende desde Tafura hasta Matifux. Cárlos V cuando se hubo vuelto á juntar á su flota, apresuró el embarque; pero perdió todavía mucha gente y solo llevó á España la mitad. Las consecuencias de esta espedicion han pesado por mas de tres siglos sobre el Occidente, pues no hay la menor duda que al terror que esparció en la cristiandad es preciso

atribuir la resignacion con que Europa soportó la insolencia de los berberiscos hasta el dia en que Francia, tomando en mano la causa de la civilizacion, consiguió echar á los piratas de su guarida y vengar al propio tiempo al gran emperador.

La noticia de un armamento considerable que preparaba el sultan de Constantinopla, para operar contra España en combinacion de la armada francesa, aumentó la alegría de los argelinos por la derrota de Cárlos V. No dudaban un instante que Barbarroja, ausiliado por la escuadra francesa, acabaría de destruir á un enemigo ya vencido y que gran parte de las presas vendrían á parar á la capital de Argelia. La escuadra turca, compuesta de ciento cincuenta buques de guerra de alto porte, se presentó delante de Reggio el 20 de mayo de 1543: Barbarroja se apoderó de la ciudad y la entregó á las llamas. Diego de Gaetan, gobernador de Reggio, tenia una hija de incomparable hermosura; Barbarroja la mandó robar, y se casó con ella despues de haberla obligado á mudar de religion. Pero el terrible capitan pachá consagró bien pocos dias á los placeres; muy poco despues se le vió volver al mar, ocupando las siete embocaduras del Tiber: desde allí pasaron sus representantes á Roma, y esparcieron en ella la consternacion y el espanto: en seguida llegó su escuadra á la rada de Marsella (el 5 de julio de 1542).

Barbarroja iba á aquel puerto para prestar apoyo á la Francia, amenazada entonces por Enrique VIII, y Cárlos V; así que fué recibido en Marsella con todos los honores. Admirábase el lujo y riqueza que desplegaba; «Se mostraba al «público, dice Vieille-Ville, acompañado de dos bajás, (por«que él se reservaba el título de rey) y otras doce personas «vestidas con largos mantos de tisú de oro. Seguíanle ade«más multitud de gentes y oficiales que le servian de intér«pretes y secretarios.» Kair ed-Din, aguardó impaciente la llegada de la escuadra francesa, que debia constar de veinte galeras y diez y ocho navíos de trasporte: á veces tambien

manifestó su descontento por el retraso que le hacian esperimentar, y aun amenazó retirarse si no se le cumplian brevemente las promesas que se le habian hecho. Habiéndose por último presentado el jóven conde de Enghien, que mandaba las fuerzas francesas, se apresuró á dar escusas á Barbarroja, y á ponerse bajo sus órdenes: le acompañaban muchos nobles que habian dejado la corte galante de Francisco I, mas bien por ver á los turcos que por batirse.

Barbarroja, considerando por lo serio la espedicion, organizó todos sus recursos y marchó inmediatamente sobre Niza, uno de los puntos mas vulnerables en las posesiones de Cárlos V. La ciudad se tomó por medio de un golpe de mano; mas para la ciudadela era preciso un sitio en regla. En medio de los preparativos, advirtieron los franceses, que no tenian pólvora ni balas de cañon; Barbarroja por otra parte, supo que Doria y del Vasto, llegaban con fuerzas considerables al socorro de Niza, y esta noticia sembró la consternacion entre los sitiadores, quienes abandonaron apresuradamente su campamento y su artillería, refugiándose á bordo de los navíos despues de haber prendido fuego á la ciudad. El conde Enghien se retiró con su escuadra detrás del Var, y Barbarroja al puerto de Tolon.

Este contratiempo que los Argelinos, estaban lejos de esperar, les hizo profunda impresion; pero sin embargo entrevieron dos compensaciones: una de ellas consistia en que en el momento mismo que supieron la retirada de ambas escuadras combinadas, entraba en el puerto de Argel una flota de veinte y cinco galeras cargadas de inmenso botin. Mandábala Hacen-Caleb, subalterno de Barbarroja, quien acababa de recorrer las costas de España. La otra fué, que al mismo tiempo y á consecuencia de una negociacion con Doria, Barbarroja habia conseguido que su ausiliar Dragut fuese puesto en libertad. Esta soltura de Dragut era para los argelinos de la mayor importancia, pues sabian cuanto consigue la intrepidez y el valor en las escursiones por mar, y

que Dragut poseia estas cualidades en grado eminente. Barbarroja para rescatarle, habia ofrecido en una negociacion anterior tres mil ducados, y el emperador, que lo rehusó al principio, se decidió por último á restituirle sin exijir precio alguno. La mayor parte de los historiadores contemporáneos opinan que Cárlos V, con aquel acto de generosidad, quiso hacer que los corsarios argelinos volviesen sus armas contra la Francia.

En este intermedio, estalló en Túnez una revolucion que puso en peligro el poder de los españoles sobre aquella ciudad. El gobierno de Argel creyó entrever en semejante acontecimiento la posibilidad de espulsar á los españoles de la Goleta, y hacer que el reino de Túnez volviese á la dominacion turca. Muley-Hacen aliado de Cárlos V, al ruido que causó la aparicion de la escuadra de Barbarroja en el mediterráneo, se apresuró á pasar á Italia, confiando sus tesoros al gobernador español de la Goleta, y dejando á su hijo Hamida, el cuidado de defender la capital de su reino, contra las tentativas de los turcos y de los árabes. Apenas llegó á Italia Muley Hacen, supo que su hijo se habia apoderado del trono, con lo cual precipitó su vuelta á Africa, y desembarcó á la cabeza de mil ochocientos hombres que le habia dado el rey de Nápoles, cerca de los pasos en que Cárlos V. habia puesto en fuga al ejército de Barbarroja. Avanzó sobre la capital, pero sin éxito, pues el perfume que exhalaba su ropaje hizo que le conociesen, cayó prisionero, y su hijo mandó que le sacaran los ojos.

La caida de Muley-Hacen era peligrosa para los españoles, porque estaban bloqueados en la Goleta, y ningun ausilio podian esperar de los amigos del rey destronado. Consultando pues á su desesperacion y nada mas, atacaron vigorosamente á Hamida, dispersaron sus tropas y le obligaron á renunciar el trono que acababa de usurpar. Abd-Malek, hermano de Muley Hacen, que vivia retirado en Biscarí, fué puesto en su lugar; este príncipe pagó sin dila-

cion tributo al emperador, y suministró seismil ducados para el entretenimiento de la guarnicion de la Goleta: pero al cabo de treinta y seis dias de reinado, le atacó una enfermedad que le llevó al sepulcro: presentándose de nuevo Hamida, sostenido por multitud de partidarios, y ofreciéndo reconocer la autoridad de Cárlos V. Sus proposiciones fueron aceptadas, y quedó en pacífica posesion del trono hasta el año 1570, en cuya época el reinado de Túnez, volvió á caer bajo la dominacion turca.

Durante aquel tiempo, Barbarroja aguardaba en Tolon las órdenes de Francisco 1.°, para devastar las costas de la península española, en combinacion con la armada francesa; pero no llegó órden alguna de aquella córte negligente, sumida siempre entre placeres, y Kair-ed-Din, salió de Francia descontento, aunque lleno de regalos y cargado de oro. «Las «sumas que recibieron entonces de Francia los bárbaros, «dice Vieille-Ville pasaron de ochocientos mil escudos: habia «en Tolon dos tesoreros que por espacio de tres dias, no «cesarón de arreglar sacos de á mil, dos mil y tres mil escu«dos; empleando tambien en este trabajo la mayor parte de «las noches.»

Desde Tolon, marchó Barbarroja á Génova, donde el senado le ofreció magníficos regalos, y despues se hizo á la vela para la isla de Elba. Cuando llegó delante de la isla, escribió al gobernador Jacobo de Apiano, pidiéndole que entregase un jóven judío, llamado Siman, á quien habia educado bajo su proteccion, y que habia caido prisionero en Túnez. Despues de muchas vacilaciones que irritaron al antiguo corsario y valieron á los habitantes de la isla, algunas depredaciones, el gobernador soltó á Siman. De la isla de Elba, se dirigió Barbarroja á las costas de Toscana: sorprendió las ciudades de Telamona, Monteano situada cerca de tres léguas tierra adentro, y Porto-Hércules, entrándolas á sangre y fuego, y llevándose cautivos á sus habitantes. Cayó inmediatamente despues sobre Ischia, y entregó al saqueo

los tres principales pueblos de la isla, luego penetró á toda vela en las aguas azules del golfo de Puzolo, cañoneo la ciudad de este nombre, y pasando con la rapidez del rayo á Carreoto y Lipari, robó en ellas mas de siete mil personas. Despues de tales correrías, volvió á entrar Barbarroja en Constantinopla, llevando en sus galeras un número tan considerable de esclavos cristianos, que oprimiéndose unos contra otros, perecian á centenares. «Los que componian «aquella armada, cuenta la crónica, refirieron despues ser «tan grande el botin de personas de todas clases, que mu«chos de estos cautivos morian de hambre, de sed y de tris«teza durante el curso de la navegacion; y como sus cuer«pos estaban muy apiñados en lo mas hondo de las carenas, «entre las inmundicias naturales, casi á todas horas se veia «arrojarlos al mar.»

Barbarroja, retirado á Constantinopla, olvidaba sus fatigas en la molicie y voluptuosidad del harem; mas esta vida afeminada fué para el bien fatal, y una enfermedad grave le condujo á la tumba, despues de algunos dias de padecimiento (1547): tenia entonces 80 años; y el de su muerte vió desaparecer tambien á otros tres hombres celébres Francisco I, Enrique VIII, y Lutero.

Los escritores cristianos de la época se complacen en pintar el carácter de Barbarroja con los mas odiosos colores: la opinion de los historiadores turcos, aunque exajerada en sentido contrario, parece mas justa. Remontándose con el pensamiento á la época y lugar en que vivia, es preciso reconocer que contribuyó mucho á sus actos de crueldad contra los cristianos, el fanatísmo religioso y político, identificados siempre en el ánimo de un musulman. Pero aquellos por su parte ¿eran mas humanos? ¿No concurrian igualmente en ellos la política y la religion para impulsarlos á todo género de escesos contra los musulmanes y los judios? En Africa, en América y aun en su propio pais, no eran tan crueles como los turcos? Barbarroja pues, tuvo los defectos de su

siglo y nada mas. Este caudillo fué enterrado en una mezquita ricamente adornada, donde él mismo habia mandado construir su tumba; y aquella mezquita, situada en el arrabal de Bisislak á cinco millas de Constantinopla fué por mucho tiempo objeto de veneracion para los marineros turcos. Todos los navios, al dejar, el Bósforo, tenian costumbre de saludar con descargas de artillería al sepulcro del capitan pachá, y los tripulantes llegaban á pie á cumplir allí sus devociones. (1).

(1) Los principales puntos de este capítulo estan tomados del notable trabajo de Moll Sander-Rang y Fernando Denis sobre la fundacion de la regencia de Argel, publicado segun un manuscrito que esistia en la biblioteca real: obra llena de interés, cuyas notas y observaciones críticas, añadidas al manuscrito prueban la prodigiosa sagacidad de sus autores.

CAPITULO X.

DOMINACION TURCA.—SEGUNDA EPOCA.

(1541.—1830.)

Pachás y Deys, sucesores de Barbarroja.—Guerras entre las tribus indígenas y los españoles.—Sitio de Malta.—Batalla de Lepanto.—Cervantes prisionero en Argel.—Pormenores acerca del tratado y rescate de los esclavos.—Origen de los establecimientos franceses en Argelia.—Reforma política del Odjack.—Bombardeo de Duquesne.—Espedicion de los españoles contra Argel.—Bombardeo de lor-Exmonth.—Advenimiento de Husein-Dey, último pachá de Arjel.

Ya hemos dicho que los argelinos se habian puesto de grado bajo la dependencia de los sultanes de Constantinopla. Accedió Selim á sus deseos permitiéndoles que tuvieran la oracion y batieran moneda en su nombre, reservándose por lo demás la investidura de gefe del Odjack, y manteniendo á sus espensas una guarnicion turca en su ciudad: pero este arreglo político, cuyo principal objeto, era defender á los musulmanes de Africa contra la cristiandad, no llegó á echar hondas raices en el pais. Las costumbres y hábitos de las diversas razas que forman la poblacion de la Argelia, se diferenciaban bajo demasiados aspectos de las costumbres turcas, para que de aquella combinacion pudiese resultar un todo homogéneo. Por otra parte los otomanos profesaban

creencias religiosas que no guardaban perfecta identidad con las de los pueblos que aspiraban á dominar. Y así era en efecto; los turcos seguian la tradicion *hamelita*, mientras los árabes y berberiscos seguian la tradiccion *malekita*: los negros profesaban la religion judaica, y algunas tribus eran todavia idólatras. Además, la arrogancia de aquellos recien venidos y la pretension que tenian de adjudicarse la mejor parte de las presas cojidas al enemigo, eran bien poco apropósito para conseguir que los indígenas se aficionasen á su dominacion. Hacen-Agá que llevaba entonces las riendas del gobierno de Argel, no encontraba otro medio de contener á los descontentos, sino el de cortar cabezas.

Preparába este mismo una espedicion contra Tlemecen cuando vino á sorprenderle la muerte (1544). En el momento, sin aguardar las órdenes del gran señor, un turco llamado Agí, fué proclamado gobernador en lugar suyo: los autores de este hecho atrevido eran los mismos genízaros, tropa turbulenta y siempre dispuesta á volver las armas contra sus gefes, en favor del que mas les ofrecía. Viva sensacion causó en Constantinopla esta noticia, y la Puerta se apresuró á destacar de su flota una escuadra de doce galeras, cuyo mando confió á Hacen hijo de Kair-ed-Din, despues de darle la investidura del gobierno de Argel. Muy pronto se presentó Hacen delante de la ciudad con tropas de desembarco, y su presencia redujo á los amotinados á la obediencia.

Este acontecimiento no tuvo mas consecuencias, y Hacen volvió á emprender el proyecto de espedicion contra Tlemecen que tenía formado su antecesor. La provincia de Tlemecen era presa entonces de discordias intestinas que mantenian vivo en los españoles, el designio de apoderarse del pais. Abd-Allah hijo de Abu-Hamu, tenia por competidor al trono á su hermano mayor Muley-Hamet: y el primero habia pedido auxilio al gobernador de Orán, quien le envió al conde de Alcaudete. Muley-Hamet por su parte, se habia

dirigido á los turcos: diversos encuentros se habian verificado yá entre ambos hermanos en los cuales quedó vencido el aliado de los últimos: Hacen acudió entonces con todas sus fuerzas para sostenerle; se apresuró á alcanzar á los españoles cerca de Mostaganam, les dió la batalla, y les obligó á levantar el campo durante la noche. Al dia siguiente, viendo que su presa se le escapaba, los persiguió con nuevo ardor, y quizás todo el ejército hubiera perecido, sino hubiese sido por el valor heróico del hijo del conde, quien tomando una partesana combatió á retaguardia y detuvo al enemigo: de este modo los españoles tuvieron tiempo de concluir su retirada y ganar la orilla del mar. Hasan tomó el camino de Tlemecen y restableció en el trono á Muley Hamet, á título de vasallo del gran señor.

Los motivos de division que quedan indicados, entre los indígenas y los turcos, tomaban mayores proporciónes de dia en dia: el estado de los ánimos era apropósito para suscitar graves dificultades á los gobernadores del sultan; y tal vez su dominacion en Africa habría sucumbido desde el principio de su establecimiento, sino hubieran contribuido á sostenerla los odios inveterados de tribu á tribu. La conducta de Hacen estaba pues marcada, y no descuidó el poner en práctica aquel adagio tan conocido «divide para mandar.»

Al este de Argel, hacia la estremidad de la llanura de la Mitidja, en medio de los muchos fuertes del Atlas, se hallaban concentradas dos tribus potentes é industriosas. Kuko y Calah eran sus ciudades principales, y formaban las capitales de estas dos tribus, á quienes habia dividido siempre un rencor implacable. Enemigas naturales de los turcos, su ódio recíproco era mayor que el que habian jurado á los Otomanos; y los habitantes de Calah, solicitaron la amistad de Haçen-Pachá, con el fin de dominar mas seguramente á sus enemigos. Este les prometió su apoyo, y desde entonces Abd-el-Asis, Cheik de Calah, se hizo hasta cierto punto

dueño de la tribu de Kuko. No tardó Hacen en sacar partido de la alianza de Abd-el-Asis. Muley-Hamet, á quien habia repuesto en el trono de Tlemecen, estaba amenazado por sus propios súbditos que conspiraban contra él para poner en su lugar al rey de Fez: juzgó pues favorables estas circunstancias para estender la dominacion turca á la provincia de Tlemecen, desposeyendo á Muley-Hamet, y se puso en campaña con un ejército de 10.000 hombres entre los cuales se contaban 5,000 renegados. Obedeciendo al llamamiento el Cheik de Calah, acudió en persona á engrosar las filas del turco, puesto á la cabeza de sus guerreros. Este ejército combinado alcanzó cerca de un rio al del rey de Fez mandado por Abd-el Asis, y le puso en completa derrota; su gefe quedó muerto en la accion; los vencedores le cortaron la cabeza; y á su vuelta á Argel colocaron aquel trofeo bajo la bóveda de la puerta Bab-Azun. Hasan continuando sus triunfos, cayó sobre Tlemecen que acababa de abandonar Muley-Hamet para acogerse á la proteccion de los españoles de Orán: se apoderó de la ciudad y la entregó al saqueo; despues, un consejo al cual concurrieron los principales gefes del ejército, resolvió que quedase abolida la autoridad de los príncipes moros en Tlemecen, y que aquella ciudad con sus dependencias se declarase aneja á la regencia de Argel. Se dejó allí una guarnicion compuesta de mil quinientos genízaros con diez piezas de artillería y suficiente provision de municiones de guerra, y se dió el mando de la plaza á Safer con título de Kaid; tal fué el origen del beilick de Tlemecen. (1).

Mientras que Hacen fomentaba la discordia y division

(1.) Este Beilick situado entre el mediterráneo, el Atlas, el Tittery y el reino de Fez, es montañoso y árido. Sin embargo, su parte Norte que está lindando con el mar, produce trigo, frutas y pastos. Su capital, que lleva el mismo nombre se halla á 90 leguas S. O. de Argel, y á 16 leguas S. de Orán.



entre las tribus guerreras de la Argelia, estendiendo así los límites del poder turco, se ocupaba tambien en embellecer á Argel por medio de obras útiles, desplegando en ellas un lujo que recordaba los mejores tiempos del califato. Bajo su mando, aquella ciudad que hasta entonces habia presentado el cuadro de un monton de guarida sinfectas, adquirió un nuevo aspecto. Tenia Hacen el mismo gusto que hizo designas á Selim su señor, con el sobrenombre de *magnífico*; era entusiasta del lujo y de las bellas artes: en su tiempo se levantaron como por encanto varios monumentos donde prodigó el mármol y los adornos fantásticos que caracterizan el estilo de la arquitectura oriental. Construyó tambien baños, un hospital para los genízaros pobres y enfermos, y una torre en el sitio que hoy ocupa el fuerte del emperador. Su residencia era suntuosa, y presentaba el aspecto de la córte de los sultanes. Y no faltaron imitadores á su ejemplo: los turcos de su comitiva y los moros quisieron tambien vivir y aposentarse de un modo mas suntuoso y cómodo.

Pero yá el gobierno de Argel, se convertia en un objeto de ambicion para los personages influyentes en Constantinopla: ya comenzaba entre los miembros del consejo una envidiosa rivalidad que dando de rechazo en Argel no podia menos de ser fatal para el nuevo poder. En tanto que Hacen aprovechaba el descanso de la paz para entregarse al fomento de las obras de ornato público, supo que se estaba intrigando en el serrallo para derribarle, y que el alma de aquella intriga, era Bustan-Pachá, el mismo yerno del sultan. En el momento llamó de Tlemecen al Kajr-Safer, y le dió el gobierno interino de Argel, haciéndose á la vela para el império con la esperanza de prevenir su desgracia: peró llegó tarde, pues sus enemigos habian triunfado yá contra él. Apenas habia divisado los elevados minaretes de Stambul y las resplandecientes cúpulas de santa Sofia, cuando recibió la noticia de su destitucion.

Era su sucesor Salah-Reis, hombre de gran valor, que

anhelaba empresas comprometidas y no retrocedía ante ningun peligro. Sus espediciones marítimas se habian hecho el terror del nombre cristiano: habia seguido á Barbarroja en sus campañas, y los turcos le consideraban como uno de los compañeros mas valientes del capitan pachá. Salah-Reis añadia al corazon mas bien templado, una prudencia consumada fruto de su edad y de su larga esperiencia. Tanto como era osado y temerario en un golpe de mano, se le veia reflexivo y grave cuando se trataba de algun negocio importante. Cuando llegó á Argel, comprendió desde luego que debia caminar por las huellas de su antecesor: es decir que debia hacer la guerra por medio de los indígenas, combatiendo al enemigo con el enemigo mismo, y manteniendo vivas las relaciones con aquellas tribus que por rivalidad entre sí buscaban apoyo en los turcos. Igualmente comprendió que le convenia imponer castigos ejemplares, para mantener á los descontentos dentro de los límites del respeto y del temor, inspirando al propio tiempo un terror saludable á cuantos pudieran inclinarse á la sublevacion.

Con este objeto Salah-Reis emprendió una espedicion contra el Cheik de Tricarta. La empresa era atrevida; porque el Cheik habitaba los confines del Sahara á cien leguas de Argel; distancia que parecia ponerle fuera del alcance de los turcos: mas era su delito de un ejemplo demasiado peligroso para que se le pudiese perdonar. En efecto el Cheik de Tricarta habia sacudido el yugo de sus aliados y se habia negado á pagarles tributo despues de reclamar su proteccion contra los árabes. Salah-Reis resolvió pues castigarle, y reuniendo un ejército de doce mil hombres en que apenas se contaban tres mil turcos ó renegados, partió de Argel. Llevaba los víveres y municiones de guerra á lomo de camello; y los bereberes arrastraban la artillería. Despues de veinte dias de penosa marcha, la espedicion alcanzó á la tribu de Tricarta. Su victoria no quedó por mucho tiempo indecisa; se tomó la ciudad por asalto y Salah-Reis mandó pasar á cu-

chillo á sus habitantes. Desde Tricarta, cayó el pachá sobre Herjuela, ciudad que igualmente se negaba á reconocer su autoridad y pagarle tributo: los habitantes huyeron al acercarse al vencedor, y solo encontró en Herjuela cuarenta mercaderes negros, á los cuales impuso una contribucion de dos mil escudos de oro. Tomó la vuelta á Argel, dejando guarnicion en la ciudadela de cada poblacion, y llevándose cinco mil esclavos negros y mil quinientos camellos cargados de botin. Se vé pues, que el espíritu de independencia y de sublevacion que siempre caracterizó á las tribus indígenas, estaba muy lejos de aplacarse bajo la dominacion turca.

Los triunfos que Salah-Reis acababa de conseguir, se debian principalmente á los árabes, puesto que entre los doce mil hombres que componian el efectivo del ejército de operaciones, se contaban nueve mil, figurando en ellos Abd-el-Asis con su tribu. Envidioso este gefe, de un poder cuyos golpes alcanzaban tan lejos, y contando por otra parte con fuerzas superiores á las de sus nuevos aliados, resolvió con los suyos sacudir el yugo: así fué, que mientras Salah-Reis se felicitaba por la victoria, y creia haber doblegado bajo el peso de su autoridad á los mas audaces é independientes con aquel atrevido golpe, el gefe bereber levantó la bandera de sedicion. El enemigo era tanto mas temible, cuanto que desde su alianza con los turcos habia adquirido grande influencia sobre las tribus. Muchas de ellas le apoyaban secretamente, le impulsaban á romper, y hasta los bereberes de Kuko, olvidando sus antiguos rencores, se le habian acercado y prometido su auxilio contra el enemigo comun.

Salah-Reis, sin perder momento salió de Argel al frente de un ejército y se adelantó hasta una legua próximamente de Calah: pero una fuerte nevada que cubria el suelo, no le permitia maniobrar, y asi despues de varios encuentros poco importantes, en que las ventajas estuvieron de parte de los berberiscos, se vió precisado á retirarse. Abd-el-Asis aprovechó aquella retirada del enemigo para reparar la

ciudadela y fortificar las gargantas de las montañas que daban paso á su territorio. Cuando Mohamed-Bey hijo de Salah-Reis, avanzó á la cabeza de un nuevo ejército, Abd-el-Asis, pudo oponerle una vigorosa resistencia; y los turcos, despues de sufrir pérdidas considerables, se vieron obligados á abandonar el campo de batalla á su adversario que se hizo entonces mas temible que nunca.

El viejo pachá cuya prudencia se habia equivocado en esta ocasion, solo confió á su hijo el mando de las tropas destinadas á operar contra los sublevados, suponiendo que el Cheik de Calah, era un enemigo fácil de vencer. En cuanto á sí propio, abandonándose á la actividad que le era natural, salió del puerto de Argel, al frente de una escuadra de cuarenta velas para cruzar por el estrecho de Gibraltar. Allí se encontró con otra portuguesa y se apoderó de ella. A bordo de uno de sus navíos se hallaba Muley-Buacon ex-rey de Fez, que se habia dirigido á la córte de Portugal para que le ayudase á recobrar la posesion de su reino. Esta captura importante, que la casualidad acababa de poner en sus manos, le sugirió la idea de constituir al reino de Fez en tributario del pachalik de Argel. Para conseguirlo, Salah-Reis, ofreció al rey caido que le ayudaría á volver al trono, con condicion que reconociese la soberanía de la puerta: pero con el fin de que el Cheik de Calah cuyo castigo habia diferido, no aprovechara su ausencia para tomar preponderancia entre los árabes y bereberes, tuvo la habilidad de atraer al territorio de Fez las tribus de amistad dudosa, presentándolas el cebo de una campaña en que todos debian enriquecerse Aquellas tribus corrieron con júbilo á ponerse á sus órdenes: el mismo gefe de Kuko, el enemigo declarado de los turcos, rompió la alianza recientemente contraida con el Cheik de Calah, para formar bajo las banderas del pachá.

El ejército de Salah-Reis emprendió el camino del reino de Fez. Al tiempo mismo que salia de Argel, partia tambien del puerto una flota de veinte y dos velas con direccion á

Melilla, para apoyar los movimientos del ejercito de tierra, y ofrecerle un abrigo en caso de que tuviese algun revés: pero la victoria seguia por todas partes al pachá cuando mandaba él en persona. El Cherif que habia desposeido á Muley-Buacon, fué vencido; Fez quedó entregado al saqueo y al pillage; los judíos, que habian tenido la precaucion de tratar con los turcos y pagarles una fuerte suma fueron los únicos que alcanzaron el perdon.

Muley-Buacon, quedó restablecido en su trono por Salah-Reis, quien despues de recibir de su protegido gruesas cantidades y la promesa de una obediencia pasiva, tomó de nuevo el camino de Argel, deteniéndose al paso en Mostaganan, Tenez y Tlemecen, y tomando medidas en todos los puntos para asegurar la perfecta sumision del pais

Abd-el-Asis aprovechando la ausencia, habia conseguido nuevas ventajas. El pachá al retirarse, habia confiado á un subalterno un cuerpo de cinco mil doscientos árabes, tomados de las tribus mas sumisas, con órden de observar todos sus movimientos; pero Abd-el-Asis, salió audazmente al encuentro de aquel ejército, y despues de diseminarle en derrota, mandó matar á cuantos turcos cayerón en sus manos. Este segundo contratiempo, lejos de amedrentar al pachá, le impulsó á seguir con mayor vigor el sistema político de division que tan buenos resultados le habia dado en el reino de Fez. Volvió sus pensamientos hácia Bugía; (1) pues los españoles que la ocupaban, retirados entonces detrás de sus murallas se creian seguros, y asi se decia que desafiaban impunemente á los turcos, y fomentaban contra ellos la discordia de las tribus africanas, creándoles sin cesar enemigos nuevos. El pachá en tal supuesto, comprendió que no podia afirmarse la dominacion turca en Africa,

(1) Ciudad situada á 45 leguas de Argel, 30 de Constantina y 55 de Bona.



sino quitando á Bugía de manos de los españoles, y así resolvió desalojarlos de allí.

Difícil era la empresa y escasos los medios con que contaba para llevarla á cabo: sin embargo, procuró vencer estos obstáculos haciendo causa comun con gran número de tribus, aun de aquellas que no habia podido someter hasta entonces. Con efecto, apenas se esparció la noticia de una guerra contra los cristianos, infantes y ginetes corrieron en turbas á engrosar sus filas. En pocos dias reunió un ejército de treinta mil combatientes, con el cual marchó sin dilacion sobre Bugía, en tanto que dos galeras argelinas y una carabela francesa, trasportaban por mar doce cañones de grueso calibre y dos pedreros: el resto de la flota argelina, reunida con la de Dragut, estaba ocupada en aquel momento en operaciones contra la isla de Córcega, de concierto con la escuadra francesa. Esta combinacion de las dos escuadras, obliga á interrumpir la narracion del sitio de Bugía, para hablar de los sucesos esteriores que ocurrian en Europa y de la parte que tomaban en ellos los argelinos.

Siete años habian trascurrido desde la muerte de Barbarroja. En consecuencia de aquel acontecimiento, Cárlos V habia firmado una tregua con el sultan; mas á pesar de esta suspension de hostilidades, los navios españoles se veian apresados á cada momento en el mediterráneo y sus tripulantes reducidos al cautiverio. El autor de tales depravaciones era Dragut. Emulo digno del famoso capitan pachá, Dragut se habia presentado en el golfo de Nápoles, apoderándose en el puerto de Puzzoles de una galera de Malta, sorprendiendo de noche la ciudad de Castelamaro y llevándolo todo á fuego y sangre en las costas de Calabria. Este intrépido corsario, escapando en seguida de los cruceros de Doria, se estableció en la isla de Gelves para pasar allí la mala estacion y preparar al propio tiempo la conquista de Mehedia.

Esta ciudad que se cree ser la antigua y opulenta Adru-

meta, se halla edificada sobre una roca baja y llana que se estiende mar adentro en forma de istmo. Estaba á la sazon circuida de una nueva muralla y la lengua de tierra que la unia al continente, se veia fortificada con particular esmero. Aunque quedó arruinada por la invasion de los árabes, el califa Kairuan, Mahady la habia reconstruido despues, poniéndola su nombre. Cuando decayó el imperio de los califas, se apoderaron de ella los corsarios de Sicilia; despues volvió á caer en manos de los turcos, que la hicieron dependencia de Túnez. Los habitantes de Mehedia, eran como todos los moros, inconstantes; ligeros é inclinados á la sedicion. Cuando la toma de Túnez por Cárlos V, se habian constituido en república, y desde aquella época, celosos de su libertad, toleraban con trabajo á los estranjeros en su puerto, llegando á veces á denegar la entrada en él á los buques de la marina turca.

Dragut resolvió someter de nuevo aquella plaza á la dominacion del sultan, y asegurar por este medio á sus navíos un puerto de refugio que les faltaba en aquellos mares. Veamos los medios de que se valió. Desde que Mehedia se habia erijido en república, vivia destrozada por sus disensiones intestinas y sus diversas fracciones. Dragut ganó á precio de oro á uno de los principales magistrados de Mehedia llamado Ibraim-Brambarac, quien le abrió las puertas, haciendo desde aquel momento que se reconociese su soberanía y confiando el mando de la ciudad á su sobrino Hez-Reis con cuatrocientos turcos; con la cual dió á la vela, llevándose como en rehenes á varios habitantes de los mas ricos. Pero antes de partir mandó matar á Brambarac, desconfiando, y con razon, de la fidelidad de un hombre que habia sido traidor á su patria.

Este acontecimiento llevó el espanto á las costas de Italia y de Sicilia. Cárlos V mandó al instante á Doria que se hiciese á la mar para reconquistar á Mehedia. El almirante genovés reunió una flota de cincuenta velas, á las que se

agregaron las galeras del gran duque de Toscana, y las del papa. Doria tomó á bordo de sus navíos en Nápoles, ochocientos españoles que llevaban á su frente á D. García de Toledo, hijo del virey. En Palermo, D. Juan de Vega, proporcionó como virey de Sicilia, otras cinco galeras mandadas por Alvarez su hijo: y la órden de Malta, á invitacion del emperador, equipó cuatro navíos, montados por ciento cuarenta caballeros, y un batallon de cuatrocientas plazas. La flota así arreglada, fué á escalar en la isla Fabiana, donde encontró á Perez de Vargas, gobernador de la Goleta, que tambien habia venido á reunirse con algunos navíos; y desde allí aparejó para Mehedia.

Mas nada era comparable con la actividad de Dragut. En tanto que Doria reunia su flota introducia él en Mehedia, tres navíos cargados de víveres y municiones de guerra; mandaba prender á todos los sospechosos, y recorriendo en persona los mares, trataba de interceptar convoyes y coger los buques sueltos. Despues, abandonando repentinamente la isla de Gelves, al frente de siete fustas y cuatro bergantines, desembarcó de noche en las inmediaciones de Mehedia con mil doscientos soldados turcos ó moros, y cerca de dos mil africanos. Por la mañana, atacó á los imperiales en un bosque donde acudian hábitualmente á cortar faginas para las trincheras: el encuentro fué encarnizado por una y otra parte: Perez de Vargas, gobernador de la Goleta, habiéndose lanzado en medio de las filas enemigas, por salvar á un oficial á quien amenazaba un yatagan turco, cayó atravesado el pecho de un balazo; acrecióse entonces la lucha en vez de ceder, porque el rico trage de Perez de Vargas y el brillo de sus armas, aumentaron la furia de los enemigos que querian apoderarse de su cadáver, y así hubiera sucedido á no ser por una descarga bien dirigida que les hizo dejar la presa, obligándoles á batirse en retirada. La victoria quedó por los imperiales, costando aquella jornada á los turcos quinientos hombres fuera de combate; al paso que

los cristianos no tuvieron mas que setenta muertos y noventa heridos. Mehedia fué tomada por asalto dos meses despues.

La pérdida de esta ciudad irritó vivamente á Soliman, quien inmediatamente hizo salir del puerto de Constantinopla ciento doce galeras y tres galeones. Sinaú-Pachá que las mandaba, llevó á Dragut bajo sus órdenes; y la flota se presentó á la vista de Sicilia, desembarcando las tropas en la isla de Malta. Pero se vieron obligadas á reembarcarse por la heróica resistencia que opusieron los caballeros de la órden. Entonces la escuadra otomana, se dirigió á la isla de Gozo (1), y obligó á su gobernador á capitular. No tardó en sufrir igual suerte Trípoli, una de las ciudades mas importantes del litoral africano.

Estos triunfos, aunque no eran decisivos, exaltaron no obstante la ambicion del impetuoso Soliman; concibió, segun se dice, el proyecto de conquistar entonces la Europa, y aun algunos historiadores atribuyen al empeño en esta idea gigantesca, la alianza íntima que se formó en aquella época entre Francia y Turquía. Semejante alianza, presentaba un aspecto bien singular y estraordinario: por una parte la Turquía, enemiga natural de los Estados cristianos, imponia silencio á su rencor y á su desprecio hácia los infieles, y unia sus intereses á los de la monarquia francesa: por otra la Francia, nacion cristianísima, hacia causa comun con el islamismo y favorecia sus proyectos de conquista. Pero la Francia en aquellos momentos necesitaba de un apoyo, porque su lucha con el imperio continuaba; lucha sangrienta que dividia á todos los demás estados de Europa. Siendo la misma la situacion política de Francia despues de la muerte de Francisco I, su sucesor Enrique II,

(1) A dos leguas N. O. de Malta, pertenecia tambien á la órden.

vió en la alianza de Soliman, que pesaba con fuerza inmensa en la balanza de Europa, un arma poderosa contra la casa de Austria, y siguió los errores de la política de su antecesor.

Enrique II, dió pues la órden á Polin, baron de la Garde, para que combinase la escuadra otomana, con veinte y seis galeras francesas. Aquel príncipe meditaba desde entonces el proyecto de conquistar la isla de Córcega, que situada en el Mediterráneo, entre Marsella y las costas de Italia, interceptaba el camino de la Toscana y de Nápoles, y dominaba el golfo de Génova, del cual no habia perdido la esperanza de hacerse dueño. Dragut, al frente de la escuadra turca atacó á Bonifacio, mientras el baron de la Garde se presentaba delante de Bastía. Esta última ciudad se rindió casi sin resistencia; pero Dragut, despues de haber perdido seiscientos hombres contra Bonifacio, se vió en la precision de recurrir á un ardid. Cierto oficial que habia enviado el baron de la Garde al almirante otomano, pidió y obtuvo una entrevista con algunos habitantes, y les hizo ver todos los peligros á que se esponia la ciudad si continuaba defendiéndose. El oficial añadió, que para salvar sus vidas y sus fortunas, no les quedaba mas recurso que ponerse bajo la proteccion de Francia. Estas palabras surtieron el efecto esperado, y Bonifacio abrió sus puertas: mas como la sumision voluntaria privaba á los turcos de un inmenso botin, no por eso dejó de ser entregada á saco la ciudad, y pasados á cuchillo varios habitantes con una parte de la guarnicion, faltando á lo capitulado. Esta indigna violacion del derecho de gentes, hizo estallar disensiones entre turcos y franceses, en cuya consecuencia Dragut se separó de sus aliados, comprometiendo con su partida el éxito de la espedicion. Pasados algunos meses, Doria volvió á tomar la ofensiva y entró nuevamente en Bastía. Enrique II, envió inmediatamente un embajador á Constantinopla para esponer sus quejas al sultan y reclamar la ejecucion del tratado.

Soliman, fiel á su palabra, dispuso que las fuerzas navales del imperio se pusieran otra vez á disposicion del monarca francés para operar contra la isla de Córcega. Su flota se componia de cien galeras, además de veinte navíos de todos tamaños que debia suministrar el pachá de Argel. Dióse la órden á Salah-Reis para que tuviese prontos aquellos navíos, que fueron á alcanzar á las galeras de Constantinopla delante de Piombino. Desde allí, la escuadra otomana marchó á unirse al baron de la Garde, que se habia dirigido á Córcega con veintiocho galeras, y todo el material necesario para un asedio. Los navíos turcos mandados por Dragut, y aun los argelinos, llevaban á bordo equipajes compuestos de hombres resueltos; pero una guerra de la índole de la que se iba á emprender en combinacion con los franceses, no podia agradar á Dragut ni á sus gentes, porque no habia de reportarles ningun botin. Así fué, que en Bastía, Dragut rehusó dar tropas para el ataque, lo cual obligó al baron de la Garde, á que renunciase al sitio de la ciudad: en Calvi, queriendo tambien los franceses apoderarse de él, combatieron los turcos con repugnancia, y se retiraron dando grandes alaridos, señal ordinaria de su descontento.

Tal era el carácter de los sucesos que habia ocasionado la cooperacion de las fuerzas marítimas de Argel con la flota francesa: y aun cuando esta cooperacion solo fuera negativa, por decirlo así, puesto que los turcos tenian un interés secundario en la espedicion, se comprende por este mero hecho, la inmensa importancia que entonces se daba á la posesion de aquel puerto.

Pero si las escuadras turca y argelina, operaron débilmente en la espedicion contra la Córcega, en cambio Salah-Reis en Bugía (Junio de 1555) mostraba un vigor y una actividad, que iban á devolver su prestigio á las armas otomanas, dando un golpe fatal á los españoles. Bugía fué atacada por mar y tierra: una batería colocada en el declive de la montaña, inutilizó bien pronto el fuerte imperial: el

del mar, situado á la entrada del puerto, fué tambien desmantelado; y la guarnicion, viéndose sin mas refugio que el fuerte grande, pidió capitulacion. A la guarnicion y á los habitantes se les concedió la vida; pero á escepcion del gobernador y otras veinte personas á quienes se permitió salir de la ciudad, todos los cristianos, hombres, mujeres y niños, en número de seiscientos, quedaron prisioneros, es decir, esclavos en poder del vencedor. El gobernador español, partió en una caravela francesa, pero en el momento de poner el pie en España, Cárlos V le mandó prender, y le condenó á perder la vida en la plaza de Valladolid.

A pesar de sus brillantes hechos de armas, los españoles veían menguar cada dia su territorio en el litoral africano; y á la verdad, no les quedaba mas en aquella prolongada costa que los dos puntos estremos Orán y Túnez. Por el contrario los turcos no habian cesado de hacer progresos desde que pisaron aquel pais. Salah-Reis, alentado con la toma de Bugía, concibió el proyecto de quitar á los españoles la ciudad de Orán: para esta importante empresa, solicitó el valeroso pachá el auvilio de la Puerta, que le ofreció seis mil turcos y cuarenta galeras; mas antes que llegase aquella fuerza, vino á sorprenderle la muerte: fué atacado de la peste, y sucumbió en menos de 24 horas (1556). Tenia entonces Salah-Reis setenta años; su cuerpo fué depositado cerca de la puerta Bab-el-lled; un moro y un esclavo cristiano quedaron encargados de mantener viva la luz de una lámpara sobre su sepulcro, y adornarle de flores segun costumbre de los ricos musulmanes.

Aquella muerte imprevista no paralizó los preparativos de la espedicion contra Orán. La Puerta no habia nombrado aun sucesor de Salah-Reis, y ya Hacen-Kaid, renegado corso, á quien las tropas habian elegido para gobernador interino, marchaba sobre la ciudad con una division compuesta de tres mil turcos, y gran número de árabes y bereberes. Hacen-Kaid empezó atacando, y muy pronto la *Torre de*

los Santos, edificio construido estramuros para defender los manantiales de las fuentes, cayó en su poder. Mas habiendo sabido que el sucesor de Salah-Reis habia salido de Constantinopla para tomar posesion del gobierno de Argel, Hacen-Kaid, que era muy querido de las tropas y de los jenízaros, resolvió retener el mando á despecho de la voluntad de la Puerta. Dió órden á los alcaides de Bugía y de Bona, para que rechazasen á cañonazos al nuevo pachá, llamado Tekeli si no se retiraba á su intimacion; ellos obedecieron; y Tekeli no pudo abordar á ninguna de las dos ciudades. Continuó pues su rumbo, y cuando llegó al cabo Matifux, disparó un cañonazo segun costumbre de los navíos enviados por el sultan, pero la batería del cabo no le devolvió el saludo.

De esta suerte, la autoridad del divan, se habia desconocido segunda vez por los jenízaros; mas no tardó sin embargo en verificarse una reaccion. Sus autores fueron los marinos que dotaban las galeras para marchar en corso: vivian en mala inteligencia desde tiempo atrás con la milicia turca, no veían ventaja alguna en conservar á Hacen-Kaid en el gobierno de Argel, y temian que sosteniéndole atraerian sobre sí la cólera del sultan. Se decidieron por tanto á tomar el partido de Tekeli, y aprovechando una noche oscura le introdujeron en la ciudad. Recibióle una guardia de dos mil arcabuceros, y adelantándose con ella hasta el palacio, se apoderó de Hasan-Kaid, mandándole poner preso. Un suplicio atroz le estaba reservado, como tambien al alcaide de Bugía, que menos feliz que su compañero el de Bona, no habia podido fugarse de la ciudad. Hacen-Kaid fué precipitado sobre puntas de hierro, en las cuales quedó colgado por espacio de tres dias, aguardando la muerte en medio de los mas horribles sufrimientos: y el alcalde fué cubierto con un casco de hierro candente, y empalado despues.

Aquí empieza á desarrollarse entre los jenízaros y los re-

presentantes de la Puerta, esa constante lucha que caracteriza aquel período de la historia de Argel. Para comprender mejor su espíritu, conviene echar una ojeada retropectiva sobre el orígen y naturaleza de los jenízaros; de aquella milicia turbulenta que no se abolió hasta el reinado del sultan Mahmud.

El jenizariado fué instituido por Ocran en 1347. Los soldados que le componian en un principio, eran esclavos cristianos que apresaba el sultan en sus diversas espediciones; pero posteriormente se admitieron tambien turcos (1). Los jenízaros, escogidos entre los esclavos mas jóvenes y mejores mozos, recibian una educacion completamente militar en los jardines del gran Señor. Sus armas eran el mosquete y la espada; pero en Constantinopla, cuya policía estaba á su cargo, llevaban largos bastones de caña. Su soldada era mayor que la del resto de tropas; tenian un agá ó general que era uno de los cinco grandes oficiales del imperio, y no reconocian mas jueces que sus propios oficiales, en ningun caso que ocurriese.

En Argel tenian los jenízaros la misma organizacion, y gozaban de idénticos privilegios: así pues, la regencia fué muchas veces teatro de esas sangrientas peripecias, tan comunes en los anales de la Turquía. La muerte de Hacen-Kaid fué en esta ocasion el pretesto de una de ellas. Irritados por la crueldad que con él se habia ejercido, los jenízaros resolvieron vengarle, y al efecto se abocaron con un renegado calabrés llamado Yusuf, alcalde de Tlemecen, que

(1) El derviok Haji-Rektas, que vivia bajo el reinado de Amurat I, dió á aquel cuerpo el nombre de *yengiscehri* (jenízaro ó soldado nuevo), y le colmó de votos por la felicidad de sus individuos: «Que sea su marchar vivo y altivo! sus manos victoriosas, su espada cortante, y su lanza siempre dispuesta á castigar al enemigo! á cualquier punto que vayan, veáseles tornar con la salud en el semblante!».

se hizo el alma del complot. Reinaba entonces la peste en Argel, y Tekeli se habia retirado á una casa de campo situada á orillas del mar para huir del contagio. Yusuf sabedor de esta circunstancia, salió secretamente de Tlemecen á la cabeza de sus soldados, y se encaminó á la casa donde habitaba el pachá. Este, solo tuvo tiempo para montar á caballo y volverse á Argel, cuyas puertas encontró cerradas. Los jenízaros estaban en completa sedicion; buscó refugio en un marabut, ó convento, y aun allí fué perseguido por Yusuf á pesar de la santidad del lugar; recibió pues una lanzada que le dió aquel gefe, echándole al mismo tiempo en cara las crueldades que habia ejercido con el desgraciado Hacen-Kaid. En el acto quedó Yusuf proclamado gobernador interino, pero murió de la peste á los pocos dias, y los jenízaros le dieron por sucesor á uno de sus gefes, llamado Jaga (Enero de 1557.)

Seis meses despues envió Constantinopla por segunda vez á Hacen-Pachá, hijo de Kair-ed-Din á que tomase el mando del Odjack de Argel. Hacén ó Hassan fué recibido sin resistencia y pareció dispuesto á olvidar el ultraje que acababa de sufrir la autoridad de la Puerta; pero esta indulgencia era solo aparente. Con todo eso, como hubiera sido imprudente atacar de frente á un cuerpo tan temible como el de los jenízaros, resolvió minar y debilitar su influencia poco á poco, con objeto de hacerse dueño de él con mas seguridad. A este efecto se rodeó de gefes bereberes y árabes que hasta entonces habian tratado los turcos con altivez y desden; se dedicó á favorecer con preferencia á los jenízaros, y aun se casó con la hija del Cheik de Kuko, que por algun tiempo fué el enemigo mas encarnizado de los turcos: en fin, permitió á los árabes y bereberes en oposicion á las medidas adoptadas por sus predecesores, que se proveyesen en Argel de todas las armas ofensivas y defensivas que necesitasen.

Sin embargo, en medio de estas disensiones intestinas,

los representantes de la Puerta no perdian de vista á los cristianos, sus enemigos naturales, y la administracion de Hassan-Pachá no fué esteril bajo este aspecto. Despues de pasados los primeros meses de su llegada á Argel, se habia apresurado á volar al socorro de Tlemecen amenazada por el rey de Fez, y habia sido bastante feliz para hacerle levantar el sitio. Desde allí habia ido á Mostaganan, de la que se habia querido apoderar el conde de Alcaudete. En efecto, á principios de Agosto de 1558 salió de Oran el conde á la cabeza de un ejército de seis á siete mil hombres para sorprender esta plaza; pero los turcos estaban prevenidos de sus movimientos, y cuando se presentó delante de Mostaganan, la encontró ocupada por una fuerte guarnicion. Entónces se empeñó una sangrienta lucha, y los españoles fueron puestos en derrota. El conde de Alcaudete intentó en vano rehacer sus tropas, pues ni sus ruegos ni sus amenazas, pudieron detener á los fugitivos. Caido y atropellado á los pies de su caballo, recibió de sus soldados la muerte que buscaba en las filas enemigas. Hassan-Pachá se mostró generoso en esta ocasion, pues dió el cuerpo del conde á su hijo D. Martin que habia caido tambien en poder de los turcos. El pachá, despues de haber reunido provisiones en Mostaganan, se apoderó de Mazagran y entró en Argel cubierto de gloria.

Despues de la victoria de Mostaganan, se dedicó Hacen-Pachá á arruinar á Abd-el-Asis, el temible cheik de Callah, qué no habia podido dominar Salah-Reis, y que no cesaba de inquietar á los turcos. Su audacia era estremada: exigia contribuciones en comarcas que los estaban sometidas, y en muchos encuentros habia llevado ventajas señaladas sobre ellos. Hacen-Pachá resolvió vengar todas estas afrentas, y formó un ejército en que entraron todos los cristianos que estaban en los baños y que consintieran en abrazar el islamismo; despues invadió el pais de los bereberes de Callah. Pero esta vez abandonó la suerte Abd-el-Asis, quien murió

combatiendo; y los bereberes huyeron á sus montañas, en donde eligieron por cheik á su hermano; este se apresuró á deponer las armas y á entrar en tratos con el pachá.

Por este tiempo estalló una nueva revolucion entre los jenízaros. Esta milicia indisciplinada habia visto con secreta irritacion el permiso dado por Hacen-Pachá á los árabes y bereberes para que se proporcionasen armas defensivas y ofensivas en Argel, y esperaban ocasion de vengarse. Su agá reunió ocultamente á los gefes de la milicia, que decidieron se prohibiria á los árabes y bereberes, bajo pena de muerte, el que comprasen armas en Argel. Al mismo Hassan-Pachá se le colocó cargado de hierro, á bordo de un navío, y se le envió á Constantinopla. En seguida eligieron los jenízaros para gobernadores á Hacen, su agá, y á Cussa-Mohamed.

La deposicion de Hacen-Pachá era ciertamente un acto de revolucion demasiado grave para que un hombre de carácter tan absoluto como Soliman, le pudiese tolerar: pero hay gran distancia de Constantinopla á Argel, y esta circunstancia hacia costosa y difícil toda empresa contra el último punto. Por otra parte, las galeras argelinas habian hecho grandes servicios á la Puerta, y todavía podian hacérselos en sus diferencias con los estados de la cristiandad. Todas estas consideraciones determinaron al divan á proceder con tiento. Contentóse con enviar á Hamet-Pachá quien llevaba órden de prender á los dos califas que interinamente habian nombrado para gobernadores los jenízaros. Este volvió llevando consigo á los dos prisioneros, á quienes se cortó la cabeza á la puerta del serrallo. Con objeto de imponer mas á los genízaros, nombró Soliman por tercera vez á el hijo de Kair-ed-Din para el pachalik de Argel.

Hacen-Pachá volvió pues, y encontró el gobierno ocupado por un califa interino que dejó en seguida sus funciones. Viendo que los jenízaros, á pesar de su aparente sumi-

sion estaban prontos á levantarse, comprendió la necesidad de dejar para mas adelante la ejecucion de sus proyectos de venganza. En tanto, para alimentar su actividad, y quizás tambien para desembarazarse de los mas turbulentos, resolvió acabar la obra empezada por sus predecesores y espulsar á los españoles de la ciudad de Orán. Los preparativos de esta espedicion, bien que hechos en grande escala, estuvieron rodeados de un profundo misterio. Argel no habia visto jamás un armamento tan considerable. Hacen logró tambien acallar por un momento las rivalidades que separaban al cheik de Kuko y al de Calah, y cada uno de ellos proporcionó seis mil combatientes para la espedicion.

Hacen-Pachá salió de Argel el 15 de Abril de 1563, y tomó el camino de Orán. El trayecto tiene cerca de veinticuatro leguas. El ejército atravesó la llanura de Mitidja, algunas cadenas pequeñas de montañas y despues vastas llanuras que se estienden hasta el imperio de Marruecos. En el camino no se encuentra ninguna poblacion, pero se hallan ruinas de ciudades romanas. Despues de haber pasado muchos rios y entre otros el Cheliff, y de haber aumentado su fuerza con una multitud de tribus nómadas, que por odio á los cristianos se asociaron con ardor á esta espedicion, llegó el ejército á los muros de Orán. Durante este tiempo se aparejaba en Argel y se daba á la vela para Arzeu, una armada compuesta de treinta y dos galeras y tres caravelas francesas, cargadas de artillería, municiones y provisiones, que debia recibir órdenes del pachá.

Hacen estableció su campamento á corta distancia de *la Torre de los Santos* que tomó sin dificultad. Despues, queriendo apoderarse de Mers-el-Kebir, con objeto de tener una rada segura para sus embarcaciones: dirigió parte de su ejército al fuerte de San Miguel, que se elevaba en una colina y protegia la plaza. Este estaba defendido por una guarnicion que sostuvo el asalto de los turcos con valor estraordinario. Sin embargo, el esfuerzo de los sitiados tuvo

que ceder al número de los sitiadores, y el fuerte quedó evacuado. Dueño ya de este reducto, Hacen-Pachá se aproximó á Mers-el-Kebir y arruinó prontamente sus murallas. Esta ciudad tenia solo una guarnicion de cuatrocientos hombres mandada por D. Martin de Córdoba. Habiéndole Hassan intimado que se rindiera, y representándole la inutilidad de una larga resistencia, se contentó con responder «me estraña que siendo tan fácil la brecha, vacile el pachá en dar el asalto.» Resolvióse que el ataque se efectuaria al otro dia por la mañana. Doce mil árabes y beraberes se pusieron á la cabeza para sufrir el primer fuego del enemigo, mientras que los jenízaros apoyaban su movimiento. El choque fué terrible; sitiados y sitiadores hicieron prodigios de valor, y bien pronto se llenaron de cádaveres los fosos de la plaza. Sin embargo, la ventaja quedó por parte de los españoles, pues habiéndose declarado una violenta tempestad, se apresuraron los argelinos á volver á sus navíos despues de haber perdido sus mas bravos soldados.

En tanto supo Hacen-Pachá que una armada española, compuesta de treinta y cinco galeras y mandada por Francisco Mendoza, se acercaba á toda vela. Los navíos argelinos, batidos por la tempestad, estaban la mayor parte desmantelados y fuera de estado de rechazar al enemigo. Lejos de desanimar á Hacen estas dos circunstacias, le obligaron á apresurar el momento de un nuevo asalto. Pero los españoles, noticiosos del socorro que los llegaba, redoblaron su ardor y obstinacion en la defensa. Hassan furioso al ver la inutilidad de sus esfuerzos, avanzó hasta el pie de las murallas, y esclamó echando en el foso su turbante: »Qué vergüenza para los musulmanes ser rechazado por el puñado de hombres que encierra esa bicoca:» Despues lanzándose á la brecha, dijo á sus soldados: «Yo moriré, yo moriré para vuestra eterna deshonra.» A la voz de su gefe recobraban su audacia los turcos, mas un cañonazo anunció la llegada de la armada española. Las galeras argelinas que

estaban en el cabo Falcon, se apresuraron á ganar la alta mar dejando detrás cinco galeras desamparadas, y las tres carabelas francesas que cayeron en poder del enemigo. A su vez Hassan-Pachá, perdiendo enteramente el valor, levantó el sitio de Mers-el-Kebir, y tomó el camino de Mostaganan con los despojos de su ejército. Así concluyó la segunda empresa de los argelinos contra Orán.

Si el gobierno militar establecido en Argel sufria algunas veces perdidas por tierra, ya viniesen de parte de los españoles ó ya de los árabes, en compensacion su poder marítimo se aumentaba todos los dias. La regencia cubria con sus navíos todos los puertos del Mediterráneo, y no ya solo el Odjack sino tambien los particulares los armaban en corso. Toda la poblacion de Argel vivia de la piratería. Los navíos estaban por lo regular bien equipados, provistos de armas y pólvora en abundancia: el personal se componia de turcos ú otros soldados mandados por un baluch-bachi. El rais (capitan) despues de haber obtenido del diván el permiso de salir del puerto, visitaba á algun religioso de los mas nombrados por su santidad, le consultaba sobre su viaje y se recomendaba á sus oraciones. Despues de cumplir estos actos piadosos se daba á la vela el navío, llevando en la popa un rico estandarte, y se dirigia á los parages en que esperaba hallar un botin fácil y rico. Los piratas argelinos unian el valor á la prudencia: no atacaban á los navíos sino despues de haber examinado con atencion su fuerza y tamaño, y huian con remos y velas á la menor apariencia de peligro. Despues cuando habian hecho importantes presas entraban en el puerto, donde se procedia al reparto del botin segun el rango y derecho de cada uno. Al pachá le daban el doce por ciento del valor total, el uno por ciento estaba destinado al entretenimiento del muelle, y otra cantidad igual para los sacerdotes que servian las mezquitas. Despues de este descuento se dividia el resto en dos mitades, una de ellas se repartia entre los rais y armadores, segun las pro-

porciones convenidas y la otra era para los jenízaros oficiales y soldados que montaban el navío apresador.

La marina argelina cooperaba á todas las espediciones marítimas en que se hallaba comprometida la Puerta. Ya se han visto las armadas de Argel y Constantinopla combinadas operando de concierto con la francesa ante la isla de Córcega: y hé aquí otra vez en que tambien aparecian juntas. Despues de la toma de Trípoli, habia obtenido Dragut el mando de esta ciudad, con título de pachá. Algun tiempo despues, los habitantes de Kernen y de la isla de Gelves se sublevaron contra él y pidieron auxilio al virey de Nápoles y á Juan Andrés Doria, sobrino del célebre almirante genovés. Estos se apresuraron á reunir una armada numerosa y á hacer una demostracion en favor de los sublevados. Dicha armada se presentó delante de la isla y se apoderó de ella; pero una flota turca y argelina, mandada por Piali-Pachá, cayó de improviso sobre la cristiana, apresó la mayor parte de los navíos y dispersó á los demás. En seguida fué asaltada la guarnicion cristiana que habia quedado en Gelves, por Piali y Dragut que acababa de llegar con un refuerzo de once galeras y muchos escuadrones de caballeria. Intimóse á Alvaro de Sande que mandaba la plaza, la rendicion; y en seguida desembarcaron los turcos su artillería, dirigieron al fuerte el fuego de veinticuatro piezas, y abrieron una ancha brecha. Alvaro de Sande, que solo podia oponer doce piezas de mediano calibre, reunió á sus soldados, escogió los mas intrépidos, y á su cabeza, se echó durante la noche sobre el campo de los infieles para obligarlos á levantar el sitio. Entonces empezó una lucha terrible en la oscuridad, y los turcos, que en gran número acudian, rodearon á los españoles y los obligaron á retirarse. Alvaro de Sande cubierto de heridas y quebrantado de fatiga cayó en su poder. Admirado del valor del español, le acogió Piali-Pachá con distincion y le hizo las mas brillantes proposiciones para engancharle en el servicio del sultan;

pero este intrépido oficial desechó estas ofertas y fué conducido á Constantinopla.

Así es como aseguraban los turcos la posesion de los puntos mas importantes del litoral de Africa, y tenian sugetas á las potencias cristianas. Despues de derrotar á los españoles en la isla de Gelves se dirigió la atencion de Soliman á Malta; pues la ocupacion de esta isla era importante para él y por su situacion ofrecia á sus navíos un seguro refugio contra las tempestades y los cruceros enemigos. Malta estaba entonces en poder de los caballeros, que despues han conservado su nombre y que siempre se habian mostrado adversarios los mas encarnizados de la media luna. De Malta era de donde partian esas galeras tan veleras que se adherian á los flancos de los convoyes turcos, inquietaban á sus navíos de comercio, visitaban las costas del imperio y reclutaban en ellas esclavos para sus chusmas. Desde el estrecho de Gibraltar hasta la entrada de los dardanelos se los encontraba en todos lados, y sus marinos en todas partes daban pruebas de valor y audacia. Los caballeros de Malta eran tambien los que por sus frecuentes relaciones con las diferentes naciones de Europa, llamaban la atencion de las demás potencias sobre los negocios de los estados berberiscos, y las escitaban á empresas atrevidas contra la Puerta. El interés mas apremiante de esta, era pues el de echar de la isla de Malta á los caballeros, como ya lo habia hecho de la de Rodas. Soliman resolvió emprender una espedicion contra ellos, y reunió una flota de ciento cincuenta y nueve galeras, y un ejército de treinta mil soldados. Pialí fué nombrado capitan-pachá y Mustafá, uno de los mejores generales del sultan, obtuvo el mando del ejército. Al mismo tiempo, reunia Hassan-pachá de Argel, dos mil quinientos soldados veteranos que se llamaban así mismos con orgullo los *valientes de Argel*, y se dirigia con veinte y ocho velas á Malta, donde estaba ya la flota musulmana (18 de Mayo, 1565.)

El sitio de Malta es uno de los mas famosos que se mencionan en la historia. Juan de la Valette, gran maestre entonces de la órden, tenia dispuesto todo para una resistencia vigorosa. Setecientos caballeros y doce mil soldados componian sus fuerzas; pero contando mas con el valor que con el número, se lisongeaba de obligar á los turcos á que se embarcasen bien pronto. Distribuyó las tropas en los diferentes puestos y él mismo se alojó en el Gran-Burgo punto de los mas importantes y menos fortificados. Los turcos resolvieron atacar desde luego el fuerte de San Telmo; persuadidos de que su toma arrastraria la de las demás plazas. (1) En seguida colocaron sus baterías é hicieron un fuego tan terrible que ninguno de los sitiados osaba ponerse á descubierto. En tanto llegó á Malta, Dragut-pachá de Trípoli con refuerzo para el ejército otomano y desaprobó el ataque

(1) Malta situada entre Sicilia y Africa tiene cerca de doce leguas de circunferencia. Al Este se encuentra la isla de Candia y al Oeste la de Pantaleria; el Norte mira á Sicilia, y el Mediodia al reino de Túnez; este lado está rodeado de rocas y escollos. Un poco mas léjos, al Occidente está la isla de Gozo separada de Malta por un canal de cuatro millas de ancho; avanzando hácia el Norte se encuentran dos grandes puertos, de los cuales uno llamado *puerto Muiset*, encierra una islita; el otro se llama el *gran puerto*. Están separados por una lengua de tierra en cuya punta se halla construido el fuerte de San Telmo que defiende la entrada de los dos puertos. En el mayor, son dos las lenguas de tierra que se estienden de levante á poniente: en la estremidad de la primera que es la mas cercana á la entrada del puerto está situado el castillo del Santo Angel detrás del cual se vé una pequeña ciudad llamada el *gran lugar*; y en la otra punta está el fuerte de San Miguel con otro lugar: esta segunda lengua de tierra tenia tambien el nombre de *isla de la Cincha*, aunque solo era una península. En cuanto á la ciudad notable ó Malta, está situada en una colina á seis ó siete millas de los dos grandes puertos. Entonces era la capital de la isla; pero hoy se le llama ciudad Vieja y la verdadera capital es la ciudad Valete.

del castillo de San Telmo; pero declarando ante todo que el honor del Sultan exigia que se prosiguiese lo empezado, fué á reconocer por sí mismo las obras; y el 24 de Mayo de 1565, dia de la Ascension, hizo colocar dos nuevas baterías que destruyeron bien pronto cuanto habia delante de ellas.

Envalentonados por este suceso se precipitaron tumultuosamente los sitiadores hacia la brecha, plantaron sus escalas en las murallas y aunque aquellas eran un poco cortas intentaron subir. Este terrible ataque duró desde la mañana hasta las dos de la tarde en que se vieron obligados á retirarse. Entonces hicieron ir á un gran número de peones, y esclavos cristianos que emplearon en llevar tierra, madera y faginas para llenar el foso. No dudando ya del buen éxito, dieron un nuevo asalto que duró seis horas. En lo mas fuerte de la pelea se retiraron de pronto para dejar jugar á su artillería, y todos los sitiados, que se habian presentado para defender la brecha fueron víctimas de esta estratagema, pues pereció gran número de ellos y los demás enteramente desanimados enviaron al caballero de Medran para que representase al gran maestre la inutilidad de la defensa. La Valette respondió, que puesto que tenian miedo á la muerte iba á enviar tropas en su lugar. Esta respuesta hizo una impresion profunda en el espíritu de los caballeros, que juraron, enterrarse en sus ruinas antes que rendirse.

Hacia un mes que duraba sin interrupcion el sitio, cuando se fijó un asalto general para el 16 de Junio; pero esta vez encontraron tambien los turcos una resistencia obstinada. Los sitiados hacian llover sobre ellos una granizada de piedras y dardos, y los lanzaban con pinzas de hierro, círculos de madera forrados de algodon ó de estopa y empapados en aceite y betun hirviendo, con lo cual los enemigos se veian obligados á precipitarse al mar, por no quemarse vivos. Despues de seis horas de un combate encarnizado, viendo los generales turcos perecer á sus mas valientes soldados dieron la señal de retirada. Sin embargo los sitiados

habian sufrido pérdidas considerables, pues el caballero de Medran y casi todos sus compañeros habian muerto.

A la mañana siguiente habian ido los pachás á visitar los trabajos y se hallaban en esta operacion, cuando una bala de cañon que partió del castillo del Santo Angel, cayó á algunos pasos de ellos, é hizo volar un trozo de piedra que hirió mortalmente á Dragut, otra bala dió á Soliman-Agá que estaba al lado de Mustafá. Este general sin mostrar la menor emocion continúo dando sus órdenes é hizo empezar á su vista un terraplen para poner á sus tropas al abrigo de las baterías del castillo del Santo Angel. En este momento un soldado cristiano que se escapaba del fuerte, dió parte á mustafá de que los sitiados se defendian con tanto valor, porque venian á reforzarles contínuamente socorros que les llegaban del gran lugar. Con ayuda de un camino cubierto que se levantó en seguida, cortaron los turcos las comunicaciones; dieron el tercer ataque al fuerte de San Telmo y en fin al cuarto ganaron la plaza.

Despues de tomar el fuerte de San Telmo, establecieron los turcos seis baterías contra el castillo del Santo Angel, y contra el lugar é isla de la Cincha, y adelantaron sus trincheras hasta la orilla del foso San Miguel. Al mismo tiempo llegaba á Malta Hassan pachá de Argel, con su armada y dos mil quinientos hombres. Este, á quien habia precedido una gran reputacion de valor, se encargó del ataque del espolon San Miguel. Tres veces plantaron su estandarte sobre la brecha los argelinos; pero despues de cinco horas de esfuerzos inútiles, fueron rechazados y Hacen ordenó la retirada. Dos mil genízaros perdieron la vida en este asalto, y por parte de los sitiados quedaron muertos los caballeros de Guiney de Simiana y mas de doscientos soldados.

En tanto que se daba este terrible asalto, una parte de los argelinos mandados por Candelissu, califa de Hacen, atacaban el espolon San Miguel por el lado del mar., y lograban á pesar de la resistencia de los caballeros plantar siete es-

tandartes en el parapeto. El gran maestre vió desde el Gran Lugar el peligro de los sitiados y envió en barcas al comendador de Gion en su socorro. Este valiente caballero cayó con su tropa sobre los argelinos ya vencedores, los precipitó desde lo alto del parapeto y persiguiéndolos hasta la playa acuchilló á todos los que no se podian embarcar prontamente. Los pachás reunieron entonces un consejo estraordinario y despues de muchas deliberaciones tumultuosas y cansados de tanta resistencia concluyeron por abandonar el sitio. Sin embargo antes de embarcarse definitivamente, hicieron una bajada en otro punto de la isla y abanzaron hasta la ciudad notable; pero habiendo encontrado al ejército cristiano, fueron otra vez derrotados y ganaron sus navíos apresuradamente. La armada otomana se dió entonces á la vela para Constantinopla en cuyo puerto entró durante la noche, vergonzosa por su derrota. A su vez Hacen tomó el camino de Argel, y durante algunos años gozó el Mediterráneo de una paz que hacia mucho tiempo no conocia.

Desde su restablecimiento en las funciones de gobernador, se habia dedicado Hacen Pachá á arruinar el poder de los genízaros, tanto adoptando contra ellos medidas severas como favoreciendo á los bereberes ó al cuerpo de marina. Este sistema solo sirvió para irritarlos y le depusieron por tercera vez. (1567) Selim II sucesor de Soliman y príncipe afeminado no se atrevió á castigar este acto de rebelion y Mohamed, hijo de Salah-Reis nombrado gobernador de Argel en reemplazo de Hacen, les hizo nuevas concesiones.

Antes de llegar los turcos á Argel los *rais*, patrones ó capitanes, eran los únicos gefes de las fuerzas de mar y tierra, porque Arudj y Khair-ed-Din mandaban á la vez ambos ejercitos: pero desde que Argelia se habia colocado bajo la dominacion turca, se habia establecido una línea divisoria entre los genízaros y los rais. De aqui resultaban envidias y disensiones perpétuas que frecuentemente degeneraban en luchas á mano armada pues los genízaros envidiaban á

los marinos porque estos sacaban de sus escursiones provechos mas considerables que los de aquellos quedándose en tierra. Mohamed Pachá cambió este órden de cosas prescribiendo que en lo sucesivo, los genízaros turcos ó renegados fuesen admitidos como soldados á bordo de los navíos que hacian el corso. Desde este momento no se conoció en la regencia mas que una milicia para tierra y mar; la terrible milicia argelina.

Despues de una administracion que duró cerca de cinco meses, Mohamed-Pachá fué reemplazado por Alí, renegado de Córcega. (1568) Alí, llamado *Fartas* (el tiñoso,) era de los mejores generales que tenia el sultan Selim. Su valor le habia valido el sobrenombre de *Rilidj* (hombre de espada) y pasaba por el marino mas hábil que habia navegado en el mediterráneo desde el famoso Barbarroja. Fué recibido con aclamacion: dos galeras salieron á su encuentro: los gefes de los genízaros con el agá á su cabeza avanzaron hasta el puerto; desde los fuertes tiraron quinientos cañonazos y en cuanto desembarcó le presentaron un magnífico caballo ricamente ensillado y con brida y estribos de oro adornados con turquesas. Vestido con una vesta blanca, símbolo de paz, se adelantó en su noble corcel hacia el palacio á través de una multitud, ávida de considerar sus facciones. Pero á pesar de estas demostraciones con que acogian á los pachás enviados por la Puerta, la autoridad del gran turco empezaba á ser cosa perdida.

En cuanto tomó posesion del gobierno de la regencia, fijó Alí-Pachá su atencion en Túnez, que queria poner bajo el dominio del sultan. Por órden suya se dirigió un ejército de seis mil hombres á esta ciudad, que fué tomada casi sin asalto, por medio de inteligencias secretas que supo proporcionarse en ella. Las demás plazas cayeron tambien en su poder, á escepcion del fuerte de la Goleta, cuyo sitio estrechó con estremado vigor: pero el gobernador español Pacheitel le oponia una resistencia no ménos enérgica. Durante

este tiempo, Felipe II sucesor de Cárlos V, envió socorros de hombres y municiones de guerra y la Goleta se salvó; pero Túnez quedó en poder de los Argelinos.

La situacion de la Puerta, respecto á los estados de la cristiandad no habia cambiado desde la muerte de Soliman. Su sucesor Selim, buscando un pretesto de ruptura, se quejaba á los venecianos de la piratería de los uscoscos, que perjudicaban, decia, á el comercio del golfo Adriático. Tambien pedia la isla de Chipre en que pretendia tener derecho, pues habia pertenecido en otro tiempo á Egipto. Para sostener estas pretensiones, salió de los Dardanelos la flota otomana en la primavera del año 1571, y se dió á la vela hácia la isla de Chipre. Mustafá mandaba las tropas de desembarco y Piali era el gran almirante. Alí, pachá de Argel, reunió en el archipiélago la flota del sultan. El primer ataque de los turcos se dirigió á Busa que encontraron indefensa; y despues de haberse apoderado de ella, fueron á embestir á Nicosia. Todas las riquezas de la isla estaban encerradas en esta plaza bien fortificada y provista de una numerosa guarnicion mandada por Nicolás Dandolo. Los turcos colocaron sus baterías, abrieron la trinchera y estrecharon vivamente la plaza. La guarnicion hizo una salida vigorosa y rechazó á los sitiadores; pero habiendo avanzado demasiado lejos, la cargaron á su vez y sufrió considerables pérdidas.

En tan difícil situacion enviaron los sitiados á pedir socorro á Zune, comandante de la armada veneciana, por cuya negacion cayó Nicosia en poder de los turcos. Fué tanta su barbarie y tanto su afan de pillaje, que asesinaron á veinticinco mil habitantes, embarcando á bordo de sus navíos una considerable cantidad de oro, plata y despojos preciosos con quince mil prisioneros, no tardando el resto de la isla en sufrir igual suerte, si se esceptúa Jamagusta, cuyo sitio costó á Mustafá seis meses.

Habíase rehecho durante este tiempo la armada cristia-

na, que compuesta de trescientas velas salió de Mesina á fines de Agosto, al mando de D. Juan de Austria, y encontró al enemigo en el golfo de Lepanto. La armada otomana se componia de trescientos venticuatro navíos, montados por los mejores soldados y mas hábiles oficiales del imperio. (1) El mar cubierto de un bosque de palos parecia plegarse al peso de los navíos. La armada otomana fué dispuesta en forma de media luna, cuyo centro ocupaba el capitan pachá. Sirocco, sangiac de Alejandría, mandaba el ala derecha, y el valiento Alí-Kilidj, pachá de Argel, la izquierda. En la armada cristiana, D. Juan, asistido de los generales Colonna, Venieri y Pedro Justiniani, comandante de las galeras de Malta, mandaba el cuerpo de batalla, Doria el ala derecha, y Barbarigo, noble veneciano, la izquierda.

La batalla empezó el domingo 7 de Octubre de 1571. D. Juan hizo enarbolar en su galera el estandarte de la cruz, y bien pronto se hizo general la refriega, combatiéndose con furor en todos lados. El ruido de los cañones, el silvido de la mosquetería y el humo que quitaba á los combatientes la claridad del dia, formaban una espantosa confusion. Por parte de los cristianos, fué Barbarigo quien obtuvo la primera victoria echando á pique la galera de Sirocco, sangiac de Alejandría, muerte que esparció el espanto en el ala derecha de los turcos. D. Juan de Austria abordaba en este momento al navío almirante, y hacia sobre él un fuego terrible. El capitan pachá murió de un balazo, y los españoles se precipitaron en seguida al abordaje y saltaron á la galera enemiga: despues, arrancando la bandera

(1) Mahomet, sangiac de Trípoli, hijo de Salah-Reis, Hacen-Pachá hijo de Kair-ed-Din, Pertan, general nombrado por su prudencia y valor, Carey-Alí, marino intrépido, y sobre todo Alí-Kilidj pachá de Argel.

imperial, enarbolaron el estandarte de la cruz. A este espectáculo partieron gritos de victoria de la armada cristiana, y los turcos, llenos de estupor, se dejaron degollar sin defenderse.

Sin embargo, la victoria no era completa, porque el ala derecha de la flota cristiana, mandada por Doria, que tenia por adversaria al ala izquierda en que estaba el pachá de Argel, se hallaba seriamente comprometida; pues este, valiéndose de una falsa maniobra, atacó á las galeras enemigas con ímpetu, y diez de ellas, en cuyo número estaba la capitana de Malta, cayeron en su poder. Pero á vista del peligro que corria Doria, avanzó D. Juan de Austria hácia el teatro de la accion á la cabeza de sus victoriosas galeras. Entonces Ali-Kilidj reuniendo sus navíos, pasó por medio de la armada cristiana y ganó la plena mar: despues de su partida todo fué horrible derrota y asesinato general en la armada turca. Los cristianos tuvieron cinco mil de los suyos fuera de combate; pero los turcos perdieron trescientas piezas y treinta mil hombres. Desde la derrota de Bayazeto por Tamerlan, no habian sufrido perdida tan grande ni dado batalla tan sangrienta. Espantóse Constantinopla, y cuando llegó á ella Ali-Kilidj con los despojos de la flota, le recibieron los turcos como á su libertador y única esperanza. Selim le hizo una brillante acogida y le nombró gran almirante. Sin embargo, los cristianos no supieron aprovecharse de su victoria, y despues de haber empleado quince dias en repartir los despojos, se volvieron cada cual á sus respectivos puestos.

La parte que la marina argelina tomaba en estas memorables luchas, puede dar idea de la importancia del pachalik de Argel en esta época. Pero á pesar de su poder y lustre, resultaba un grave inconveniente para el gobierno de la regencia, de la continua ausencia de los pachaes que teniendo ya bastante que hacer con conservarse en el poder, confiaban la administracion de los negocios públicos á gefes



Cervantes y sus compañeros cautivos en las prisiones de Argel.

interinos, ó iban á mandar las armadas del sultan ó á vivir en Constantinopla; y espuestos sin cesar á mil intrigas, no hacian mas que sostenerse en el mando, sin ejecutar ninguna grán empresa. Asi en el espacio de catorce años, desde 1568, época del advenimiento á la regencia de Ali-Kilidj, hasta 1582, se cuentan nueve gobernadores, tanto pachaes titulares, como interinos.

Sin embargo, bajo el imperio de estos efímeros gobernadores, se hicieron cada vez mas terribles los corsarios argelinos, y no siendo bastante grande para ellos el Mediterráneo, buscaron otro teatro para sus depredaciones, avanzando hasta las islas Canarias, á donde llevaron la desolacion. Solo en el espacio de un año, en 1582 se vendieron en Argel dos mil esclavos cristianos, y en las diferentes partes de la regencia se contaban ya treinta mil. Miguel Cervantes, que estuvo prisionero en ella por esta época, nos ha dejado curiosos detalles sobre la manera con que trataban los argelinos á sus esclavos: vamos á contarla refiriendo la cautividad del célebre novelista español.

Detenido Miguel Cervantes en Mesina para curarse de la herida que recibiera en la batalla de Lepanto, pasó á Nápoles tan pronto como se vió restablecido, aunque manco de la mano izquierda, y de allí salió el 26 de Setiembre de 1575 á bordo de la galera del rey *el Sol* con ánimo de volver á España. Este navío fué cautivado en la travesía por el famoso Arnaute Mami, el mas terrible corsario de su tiempo. La cautividad en Argel, considerada entonces por los españoles como la mas espantosa desgracia, era sin embargo algo mas llevadera para los que caian en manos de dueños menos crueles ó mas interesados para cuidar de la existencia de sus esclavos; pero la fortuna rehusó este triste consuelo al desgraciado Cervantes, puesto que quiso que cayese en poder del terrible Mami en persona. Era este un renegado albanés, enemigo mortal de los cristianos, y en particular de los españoles, y tan señalado por sus

muchas atrocidades, que aun entre los argelinos pasaba por un amo despiadado y bárbaro. Esta terrible situacion, si bien parecia no dejar recurso alguno al valor mas resuelto, no abatió sin embargo al intrépido Cervantes, y lejos de rendirse al horrible peso de sus cadenas, halló la suficiente fuerza en su alma para intentar romperlas.

Un argelino, renegado griego, tenia á tres millas de Argel un jardin que hacia cultivar por un cristiano navarro, esclavo suyo. Este navarro, despues de muchos años de trabajo, habia logrado hacer en el sitio menos frecuentado del jardin, un subterráneo cuya estremidad terminaba á orillas del mar. Cervantes consiguió evadirse de casa de su amo, y llegó el primero al subterráneo á fines de Febrero de 1577. La esperanza de recobrar la libertad, llamó á el bien pronto á otros esclavos, y á fines de Agosto del mismo año ascendian á quince, españoles y mallorquines, hombres de honor y resolucion todos ellos. La seguridad, los medios de subsistencia, y en una palabra, el gobierno de esta pequeña república, estaban confiados á la vigilancia y sabiduría de Cervantes, que frecuentemente se espuso solo, por la salvacion de los demás: el jardinero estaba encargado de velar fuera y dar la voz de alarma al menor peligro. Otro esclavo, llamado el Dorador, y que por su empleo en la casa del amo podia salir y entrar con cierta libertad, era el encargado de buscar víveres y llevarlos secretamente al jardin. Por otra parte estaba espresamente prohibido á los demás dejarse ver fuera del subterráneo, y solo á favor de las tinieblas de la noche podian estos desgraciados salir algunas horas de las entrañas de la tierra.

A principios de Setiembre del mismo año supo Cervantes que un esclavo mallorquin, llamado Viana debia volver á su patria muy pronto. Este Viana era hombre de honor, valeroso, escelente marino y conocia perfectamente las costas de Argel. Cervantes le decidió á que se interesase en la suerte de sus compañeros, y le dió una carta para el virey

de Mallorca en que esponia los sufrimientos de los desgraciados cautivos. Viana se comprometió á volver por Cervantes y sus amigos en una embarcacion pequeña que esperaba obtener de la benevolencia del virey.

Cumplió en efecto su palabra, porque el 28 de Setiembre por la tarde estaba ya de vuelta, maniobrando en las aguas de Argel con un bergantin que el virey se habia apresurado á confiarle. A la caida de la tarde se aproximó Viana á la costa donde llegó felizmente, y se lanzaba lleno de ardor y alegría á la orilla para volar al subterráneo, cuando le percibieron algunos moros. Estos cundieron la alarma, llamaron á los guarda-costas, y Viana volvió á ganar la alta mar, decidido á hacer otra tentativa cuando se hubiese apaciguado el movimiento que se acababa de producir. En tanto Cervantes y sus compañeros que ignoraban estuviese tan cerca, le esperaban con confianza: pero la suerte, con otro golpe mas cruel todavía y que estaban lejos de preveer, fué á arrancarlos al afan de su libertador en el mismo momento en que al fin este creía poderlos salvar.

El dorador, el esclavo en quien habia puesto Cervantes su confianza y que se habia mostrado tan lleno de celo por los intereses comunes era, á su vez un traidor. Al dia siguiente de la aparicion de Viana, se presentó este esclavo ante el pachá de Argel, declarándole que deseaba abrazar la religion musulmana: y con objeto de manifestar la sinceridad de su conversion, denunció á los quince esclavos ocultos en el subterráneo. En seguida envió el pachá un piquete de soldados con órden de conducir á todos los esclavos y de cargar de cadenas al desgraciado Cervantes. Temiendo este por sus compañeros los primeros impulsos de cólera del pachá, resolvió arriesgar su vida por salvarlos y le dijo con noble fiereza: «Si es un crímen á tus ojos, el que hayamos «querido romper nuestros hierros; yo únicamente soy cul«pable. Debes disculpar á mis hermanos puesto que yo soy «quien los ha seducido y entregado á discrecion del infame

que nos ha vendido.» Hacen-Pachá tenia grandeza de alma y conmovido con la noble audacia de Cervantes le guardó para su palacio. Quizás tambien esperaba conseguir un fuerte rescate de un hombre que mostrándose tan grande en la desgracia no podia dejar de pertenecer á una familia distinguida. Así pues le compró al corsario Mami; por quinientos escudos de oro y le trató siempre con mucha consideracion.

A pesar de sus contínuos esfuerzos por romper sus cadenas, no habia descuidado Cervantes el medio mucho mas seguro de recobrar la libertad por rescate. A consecuencia de las gestiones hechas cerca de su familia, su madre, que habia enviudado y doña Andrea Cervantes hermana suya, fueron por julio de 1579, á Madrid á entregar á los padres Juan Gil, y Antonio de la Vela, trinitarios encargados de un próximo rescate de cautivos de Argel; trescientos ducados que habian podido procurarse vendiendo cuanto poseian. En cuanto llegaron á Argel se presentaron estos dos religiosos á tratar el rescate de Cervantes; pero como pertenecia al pachá, que pedia mil escudos de oro, por doblar el precio que habia pagado al corsario Mami, encontró esta negociacion muchas dificultades y quizás hubiera abortado á no ser por una circunstancia imprevista. El gran señor acababa de llamar á Hacen-Pachá confiando el gobierno de Argel á Safer-Pachá (24 Agosto 1580) quien obedeciendo las órdenes del sultan redujo á quinientos escudos de oro el rescate de Cervantes; pero para demostrar que era el último precio fingió querer llevar á Cervantes y le hizo embarcar en su galera. Entonces el padre Juan Gil se decidió á completar el rescate exigido con algunos fondos destinados á otros, que tomó á su cuenta el diferir. Se desembarcó á Cervantes y quedó en Argel en entera libertad, hasta que pudo volver á España. Este momento feliz llegó algunos meses despues y pudo al fin poner el pié en el suelo natal (Enero 1581) despues de haber estado ausente de su pais mas de doce años y de haber pasado mas de cinco en las mazmorras argelinas. Debemos

agregar á este interesante episodio otros detalles mas circunstanciados acerca de la condicion general de los esclavos cristianos en Argel. Los desgraciados prisioneros cogidos por los corsarios se dividian en dos clases: la primera comprendia al capitan, oficiales del barco cautivado y pasageros con sus mugeres é hijos: á quienes se sometia á un trabajo menos duro que á los simples marineros que se vendian públicamente al que mas ofrecia ó al mayor postor: los niños eran enviados casi todos al palacio del dey ó á las casas de las primeras familias, y las mujeres servian á las señoras moras ó entraban en los harenes. En cuanto al tratamiento de los esclavos en general; Leweso, secretario del consulado dinamarqués que publicó un libro acerca de Argel ha hecho, una pintura por demas irritante.

«Los mas desgraciados, dice, eran los que se destinaban «á los trabajos públicos. Estaban alimentados con pan negro, »harina de avena, aceite rancio y unas pocas aceitunas, pu«diendo tan solo los mas listos, trabajando á sus espensas «despues de puesto el sol, proporcionarse mejor alimento y «un poco de vino. El estado los daba por vestidura una ca«misa, una túnica de lana con mangas largas y una capa.»

Al principio solo habia un baño (mazmorra) destinado para alojamiento de los esclavos y pertenecia al pachá; pero habiéndose aumentado las presas hubieron de construirse otros cinco. Cada baño formaba un vasto edificio distribuido en celdas ahogadas y oscuras, que contenian quince ó diez y seis esclavos. Una estera ó la tierra húmeda servia para todos de cama, sitios hediondos infestados y llenos de gusanos, de insectos y escorpiones. Alojábanse á veces allí quinientos ó seis cientos esclavos y cuando no se los podia ya colocar en las celdas, por falta de sitio se los hacia acostar en los patios ó terrados del edificio entre los esclavos llamados de *almacen* es decir los que pertenecian al estado. Estos eran los que mas podian quejarse porque, no teniendo dueños particulares con quien tra-

tar su rescate, les era sumamente difícil recobrar la libertad aun con dinero. Un bachi en gefe (guardiano) estaba encargado de vigilarlos y responder de ellos, vigilancia que ejercia á veces de una manera cruel. Los esclavos que pertenecian á los particulares eran por lo general mejor tratados, sobre todo cuando creian que podrian ser rescatados. Servian en la ciudad como criados y trabajaban las tierras en el campo: algunas veces no se les obligaba á trabajar á menos que su rescate tardase mucho en efectuarse, en cuyo caso y con objeto de obligarlos á que instasen á sus parientes ó amigos los empleaban en las mas penosas servidumbres. Alguna que otra vez, conseguian los esclavos cristianos el poder poner una taberna mediante cierto censo que pagaban á sus dueños; pero hasta que se rescataban llevaban por mas arriba del tobillo de la pierna izquierda un anillo de cobre que recordaba su condicion.

La venta de los esclavos se hacia en un bazar particular llamado *el Batistan*. El valor en venta de cada esclavo dependia de su edad, del lugar de su nacimiento, fortuna que presumian, posicion social en Európa, estado de su salud y fuerzas físicas: oigamos á don Manuel Arande, escritor español que estubo largo tiempo cautivo en Argel, y veamos las principales circunstancias que acompañaban á tan abominable tráfico. «El doce de Setiembre (1574) dice, nos »llevaron al mercado en que se acostumbra á vender á los »cristianos.»

«Un viejo caduco, con un palo en la mano, me hizo dar »muchas vueltas al mercado, y los que tenian gana de com»prarme, preguntaban de que pais era, mi nombre y mi »profesion: á cuyas preguntas respondia yo con mentiras »estudiadas, que era natural del pais de Dunkerque y sol»dado de profesion. Entonces me tocaban las manos para »ver si estaban duras y cubiertas de callos y además me »hacian abrir la boca por ver si mis dientes eran buenos para »romper el bizcocho en las galeras. Despues de lo cual me

»hicieron sentar con todos mis compañeros y cogiendo el »viejo al primero de la fila dió dos ó tres vueltas con él al »rededor del mercado gritando: *quién ofrece mas.* Despues »de vendido el primero pasó al segundo, luego al tercero y »así continúo hasta el último.» Estos esclavos pertenecian á todas las naciones cristianas y aun á la francesa, sin embargo que de su alianza con la puerta otomana, debia ponerla al abrigo de semejantes ultrages.

El rescate de los esclavos se obtenia de tres maneras: primero por la redencion pública que era la que se hacia á espensas del estado á que pertenecian aquellos: luego habia el que se ejecutaba por medio de los religiosos de la Merced que recogian colectas cuyo importe estaba destinado á esta obra de caridad: y por último el rescate hecho directamente por los parientes ó amigos de los cautivos. Despues de pagado el rescate al propietario del esclavo se exijian una multitud de cargas suplementarias á título de derechos diversos, como por ejemplo, el derecho del cafetáu para el pachá, el derecho del secretario de estado, el derecho del capitan del puerto, el del bachí, ó guardian de las puertas de los calabozos y otros mil mas que reunidos acababan por doblar el precio del rescate convenido. Para dar una verdadera idea del importe á que podian hacer subir todas estas exacciones el precio del rescate diremos que en 1719 habiendo sido capturada una niña de doce años nieta del general Bourk, gobernador de la castellanía de Bonchain, con un tio suyo y dos doncellas, se vieron obligados sus parientes á pagar setenta y cinco mil libras para obtener la libertad de estas cuatro personas.

Por lo demás, la solicitud de los padres de la Merced no se limitaba á hacer colectas en los diversos estados de la cristiandad para subvenir al rescate de los desgraciados esclavos, pues consolaban en su cautiverio á los que no habian podido libertar, oian su confesion y los mantenian en su fé: cuando estaban enfermos, los cuidaban en un hospi-

talito que habian construido á sus espensas ó impedian que cayesen en los vicios vergonzosos á que frecuentemente los arrastraban la pasion brutal de sus dueños. Tal era la desgraciada condicion de los esclavos que la suerte de la guerra hacia caer en manos de los temibles corsarios argelinos.

Concluida la batalla de Lepanto, hemos visto al famoso Ali-Kilidj elevado á las funciones de capitan pachá: y despues de haber recorrido todo el Mediterráneo, Ali-Kilidj, que todavía gobernaba á Argel por medio del interino Mami, resolvió espulsar á los cristianos de la Goleta. Este proyecto fué tambien secundado por la Puerta, y la flota otomana se presentó delante de Túnez el 13 de Julio de 1574, llevando á bordo cuarenta mil hombres de desembarco. En seguida se embistió y atacó á la Goleta. Los sitiadores sufrieron primero una resistencia vigorosa; pero su número y perseverancia los hicieron triunfar de todos los obstáculos, y al cabo de muchos asaltos quedaron dueños de la plaza. Esta importante toma que quitaba á los españoles su última posicion en la costa tunecina, solo costó á los otomanos treinta dias de esfuerzos. Sin embargo, Túnez no fué dependencia de Argel, pues se formó un estado á parte que dependia directamente de Constantinopla (1).

(1) Hacen-Pachá y Ali-Kilidj comprendieron que un pais que tenia sus costumbres, usos é intereses particulares, necesitaba estar gobernado por una autoridad inmediata: así pues, organizaron una administracion y establecieron una milicia compuesta de cinco mil turcos distribuidos en doscientos pabellones, es decir, en compañías de veinticinco hombres cada una, que se llamaba *Odjac* al mando de un capitan llamado *odjac-bachi*. Los *odjac-bachi* en número de doscientos, estaban escogidos entre los soldados mas antiguos. Los cuatro *odjac bachi* mas antiguos, eran promovidos á la autoridad de *odjaquies* ó consejeros del pachá, despues pasaban á la de *bachi-odolar* ó miembro del divan y despues de seis meses de servicio eran elevados al cargo bolue-bachi ó agá. A estos últimos se los enviaba á mandar las guarniciones lejanas de Túnez. El *Chaus*

Dediquemos ahora algunos renglones á las relaciones políticas ó comerciales que habia entablado el Odjack con los diversos estados de la cristiandad, relaciones que rozándose con la historia, no carecen hoy de interés para alguno de aquellos estados. No contaba la regencia con mas relaciones esteriores que las de la Francia, que por alianza hecha entre sus reyes y los sultanes del imperio otomano, era en Argel el objeto especial del protectorado de los últimos. España al contrario, como dueña que continuaba siendo de Orán y de Mers-el-Kebir, escitaba el odio de los argelinos, y el Odjack dirigia ya por costumbre sus corsarios contra ella. En cuanto á Inglaterra, no empezó á entrar en relaciones con la regencia hasta 1581, y al mismo tiempo que se notan la preferencia y consideraciones que se daban á la Francia en Argel, fuerza es reconocer que la regencia faltó mas de una vez á los deberes que la imponian la voluntad del gran señor, y la amistad de que se decia penetrada hácia aquella potencia. Los actos de barbárie cometidos por sus corsarios en las tripulaciones y pasajeros de buques mercantes franceses, los insultos que hubieron de sufrir los comerciantes que traficaban en sus puertos, fueron muchos; y á buen seguro que hubieran merecido ser reprimidos severamente, si la Francia en aquella época se hubiese encontrado en disposicion de hacerlo.

---

bachi era elegido entre los agáes y tenia el derecho de presidirlos, siendo una de las principales dignidades del estado. Encargóse á un *divan* ó gran consejo el conocimiento de los negocios que concernian al estado. Esta asamblea solo contaba en su seno gentes de guerra, y estaba presidida por un *agá* que tenia para coadjutor á un *caya* ó teniente general, componiéndose de ocho *chaus* cuatro *boluc-bachi* ó agáes y veinte *odjac-bachi* Hasan-Pachá y Alí-Kilidj crearon tambien el empleo de bey ó gran tesorero. Este empleo se daba cada seis meses al que mas ofrecia, y no podia egercerse por mas de un año. Como sé vé esta organizacion era casi la misma de Argel.

Entre los puertos del Mediterráneo se distinguia Marsella por la actividad de sus relaciones con los estados berberiscos, y especialmente con Argel. En 1561, dos armadores de aquella ciudad, Linche y Didier establecieron una factoría en la Cala; y este es el orígen de la fundacion de establecimientos franceses en el norte de Africa. (1) La casa de la Cala prosperó, y pasados algunos años, los marselleses trabajaron por tener un cónsul en Argel. Igual tentativa habian hecho ya bajo el reinado de Cárlos IX, por mediacion de M. Petremol de Norvoie, agente del rey de Francia en Constantinopla. Este príncipe nombró á Bertholle natural de Marsella, para que ejerciese las funciones de cónsul en Argel; Bertholle prestó juramento en manos del conde de Teudes gobernador de la Provenza, pero nunca llegó á ser admitido en el punto de su residencia. En 1579, reinando Enrique III, los marselleses no habian podido conseguir todavía esta gracia, como lo demuestra la siguiente carta, escrita por Hacen-Pachá, llamado el veneciano, cuyo documento ha podido conservarse original.

---

(1) Hé aquí, segun el baron de Baude cuál ha sido el orígen de los establecimientos franceses en las costas de Argelia. «En 1520 »los negociantes provenzales trataron con las tribus de la Mazula, »para hacer esclusivamente la pesca del coral desde Tabarca hasta »Bona. En el reinado de Cárlos IX, Selim II hizo cesion á la Fran»cia del comercio de las plazas, puertos y ensenadas del Malfaca»rel, la Cala, Collo, Cabo Rosa y Bona. En 1560 se concluyó el »Bastion (baluarte) de Francia; en 1604 los vínculos de amistad »que existian entre Enrique IV y los sultanes de Constantinopla, »promovieron la confirmacion de cuantas concesiones se habian »hecho anteriormente; mas languidecieron hasta el último punto »de desorden y debilidad en tiempo de los Guisas, y solo volvie»ron á realzarse bajo la potente voz de Richelieu; en 1624, tres »meses despues de que el rey habia mudado su cónsul, Amurat IV »cedió á la Francia en plena propiedad la plazas llamadas Bastion »de Francia, Cala, Cabo Rosa, Bona y Cabo Negro.» (*La Argelia.* tom. I, pág. 172.)

«Magníficos señores:»

»Aquí se ha presentado un tal Francisco Giugigotto, »portador de una credencial de cónsul en favor del capitan »Mauricio Sauron, de quien ha de ser sustituto: pero nos, »que queremos marchar acordes con las antiguas confede»raciones y con el afectos que profesamos á la majestad de »Enrique nuestro caro amigo y vuestro rey, no hallamos »medio alguno de ponerle en posesion de su cargo, por ser »cosa que repugna al espíritu del comercio, del pueblo y »de todos. Se resisten á admitir esa nueva autoridad que »deseais imponerles, y que causaria perjuicios á la escala »en Argel. Si llegase á establecerse allí por fuerza, queda»riamos muy sorprendidos de que lo hubiéseis permitido, »cuando vuestros antecesores no tuvieron jamás el atrevi»miento de hacerlo, y seria un paso de graves consecuen»cias para vos y daño nuestro. Cuando nos pidais cosas »que se avengan con nuestras costumbres y esten confor»mes con nuestros deberes, nunca dejaremos de manifes»taros la buena voluntad que tenemos de complaceros. »Dios os dé toda clase de satisfacciones.»

Vuestro buen amigo

HACEN-PACHÁ DE ARGEL.

Argel 28 *Abril* 1579.

Establecióse á pesar de todo, el consulado francés de Argel. Los frailes de la Trinidad en Marsella, que se dedicaban con especialidad al rescate de cautivos, adquirieron su propiedad y el primer cónsul en ejercicio fué M. Boinneau: datando su toma de posesion, del año 1581. Cuatro años despues fué preso de órden del pachá y las turbulencias que entonces aquejaban á la Francia, no la dejaron pedir reparacion de aquel insulto, ignorándose todavía si por consecuencia de tal incidente, fué reemplazado M. Boinneau. Sea como quiera, desde 1581 á 1597, los acontecimientos de la regencia, fueron en general poco im-

portantes: Jefer-Pachá cedió el puesto al mismo que le habia precedido, á Hasan el veneciano, cuyas intrigas, ayudándole la fortuna, consiguieron abrirle por segunda vez el camino del pachalik. Manú-Arnaute, renegado albanés le sustituyó, mostrándose tan ardiente como él en las empresas marítimas. Vino despues Mehmet, luego Heder, en cuyo gobierno los corsarios de Argel recibieron órden del gran señor para ejercer sus correrías sobre los navios de Marsella, «con objeto, decia el firman, de castigar á aquella ciudad por haberse hecho partidaria de la Liga contra su legítimo monarca,» Parécenos curioso el consignar con la mayor exactitud las primeras relaciones diplomáticas que hubo entre Francia y Argel; siguiendo su progresiva marcha por espacio de algunos años, puesto que en definitiva, reasumen los sucesos mas importantes del Odjack.

En 1597, M. de Vias (maitre de requetes de Catalina de Médicis), fué puesto al frente del consulado. En esa época los argelinos elevaron vivas recriminaciones contra la Francia, porque el rey, decian ellos, concediendo á algunos navios el privilegio de navegar bajo su pabellon, les frustraba su derecho de corseo y les privaba por consiguiente de sus utilidades. Esta reclamacion quedó sin resultado· la Francia no quiso abdicar un privilegio que habia adquirido por su poder y que el tiempo habia sancionado: los argelinos irritados con la negativa, se dieron á corsear desde luego sobre los navios de Marsella y causaron grandes pérdidas á los armadores de esta ciudad. Enrique IV que reinaba entonces, no se dejó intimidar por tales demostraciones, mandó á sus galeras que usasen de represalias contra la marina de Argel, en tanto que su embajador en Constantinopla, pedia á la Puerta una pronta represion de semejantes hostilidades. El gran señor reconoció la justicia con que reclamaba la Francia; mandó pues devolver los buques capturados y entregar 60.000 zequies además á los negociantes franceses que habian esperimentado perjuicios.

«Este es el primer ejemplo dice Hamer, de una reparacion »dada por la Puerta á una potencia estranjera.» Heder ocupaba entonces el pachalik; y furioso con aquella sentencia quiso continuar sus correrias contra las embarcaciones francesas; pero fué castigada su desobediencia y murió estrangulado (1604) en su palacio por órden del sultan.

«En aquella época, dice el capitan Sonder-Rang, á quien se deben curiosas noticias sobre la historia del pachalik de Argel, en aquella época fué cuando M. de Breve recibió de Enrique IV órden para renovar las capitulaciones, con objeto de añadir en ellas algunos artículos relativos á asegurar la tranquilidad del comercio marítimo y remediar el mal que causaban los berberiscos.» Aquel digno representante cumplió su mision con honra de la Francia y satisfaccion de su soberano. Un artículo de la capitulacion autorizaba al rey «para tomarse la justicia por sí mismo en »el caso de nuevas contravenciones por parte de los corsa»rios de Argel.» Despues de la conclusion del tratado, un chiaus, (emisario) de la Puerta, Mustafá-Agá marchó al Africa acompañado de M. de Castellane, delegado por la ciudad de Marsella para notificar á los argelinos la voluntad de su alteza. Se les intimó que dejasen reconstruir el baluarte de Francia, demolido poco tiempo antes por la milicia de Argel y que devolviesen todos los esclavos franceses detenidos en las mazmorras. Pero esta negociacion quedó sin efecto, y no se firmó la paz entre Francia y el Odjack hasta 1628, durante cuyo espacio de tiempo, el comercio francés tuvo que sufrir frecuentes injurias.

En 1606, un corsario flamenco, Simon Danser, vino á envalentonar á los argelinos, enseñándoles á sustituir sus galeras con buques redondos de puente y velas. Este cambio de sistema dió nuevo desarrollo á su marina, y sus corsos se hicieron desde entonces mucho mas temibles para el comercio del Mediterráneo. Los marselleses fueron los primeros que sintieron sus efectos, pues en el trascurso de

siete ú ocho meses se vieron robados en mas de dos millones de mercancías; en revancha armaron contra los piratas ó retuvieron prisioneros á algunos argelinos escapados de las galeras de España, que habian ido á refugiarse en Marsella. Tan luego como la milicia de Argel, que queria reinar sin limitacion en el Mediterráneo, tuvo conocimientos de estos hechos, robó al cónsul francés de su propia habitacion y le cargó de cadenas: M. de Vias no pudo conseguir su libertad sino pagando una fuerte suma; asi fué que quedaron definitivamente rotas las buenas relaciones que habian existido hasta allí, entre la Francia y el Odjack.

La Francia pidió satisfaccion de todos aquellos ultrajes, pero el cambio brusco de los pachaes y las agresiones ó represalias que ejercian ambas partes en medio de las negociaciones, dilataron por largo tiempo la conclusion de un tratado. Por fin en 1616, Mustafá-Pachá envió chiaus (emisarios) al rey de Francia para pedirle la libertad de los esclavos turcos; y se le concedió bajo la condicion de que el Odjack no volveria á hacer armas contra buques franceses. Desgraciadamente aquellos esclavos se encontraban en su mayor parte á bordo de las galeras que mantenia el duque de Guisa en las costas de Provenza y solo se pudieron enviar á Argel, unos cuarenta turcos á quienes acompañó el hijo de M. Vias; con lo cual la milicia no quedó satisfecha, y continuó sus depredaciones.

En 1618, fué enviado nuevamente á Argel el baron de Alemania para negociar con la regencia. No mejor partido hubiera recavado este embajador que sus antecesores, á no esperimentar los argelinos cierta alarma con motivo de los armamentos considerables que el duque de Guisa preparaba en Marsella y en Tolon; concluyóse pues casi del todo un tratado de paz; pero en 1622, los habitantes de Marsella habiendo sabido que un corsario argelino habia matado á todos los tripulantes de un buque suyo, quisieron tomar represalias, y asesinaron al enviado de Argel que estaba

en su ciudad con cuarenta turcos de su comitiva. Este acto de venganza, hizo que se suspendiera todavía la ratificacion del tratado.

Por aquel mismo tiempo, la Holanda que tambien tenia quejas de los berberiscos, envió una espedicion de seis navíos contra Argel, que fué rápida y decisiva. El capitan Lambert, comandante de la escuadra, habia capturado en su travesía varios buques pertenecientes al Odjak: cuando llegó delante de Argel, pidió una satisfaccion; el divan despidió á su parlamentario, y él por toda respuesta mandó ahorcar á los prisioneros en las bergas de sus navíos. Pocos dias despues se presentó de nuevo el capitan Lambert delante de Argel, con otros prisioneros decidido á hacerles sufrir la misma suerte si el divan rehusaba concederle la reparacion que pedia: su enérgica perseverancia obtuvo un completo éxito, mientras que la Francia mas generosa, aguardaba eternamente el resultado de sus negociaciones.

En 1624, Sidi-Saref que habia dirigido los negocios bajo el gobierno de Mustafá, fué llamado á sucederle. Sidi-Saref era un hombre de capacidad, que al principio habia mostrado simpatías por los franceses; pero bien fuese debilidad ó política, lo cierto es que permitió á los corsarios apresar y despojar las embarcaciones de aquel pais. Sin embargo la córte de Francia esperaba obtener de él un tratado favorable, y dió encargo para que le negociase á Sanson Napollon. Cuando este llegó á Argel (9 Junio 1626) habia muerto el pachá y reinaba en la poblacion la mas completa anarquía. Napollon se volvió á Francia y decidió al comercio de Marsella á que reuniese una cantidad de 72,000 libras, para rescatar á los turcos que estaban en las galeras del duque de Guisa y llevarlos á Argel. En 1628, se presentó segunda vez en la ciudad con los esclavos rescatados por su mediacion, y en 19 de Setiembre del propio año concluyó un tratado de paz con el divan y el nuevo pachá Husen. Esta negociacion costó 272,435 libras: se recompuso el Bastion, y la pesca del co-

rál volvió á tomar su curso primitivo. El tratado ratificaba entre otras condiciones, la concesion ya hecha del Bastion de Francia con la escala en Bona; y la Francia en cambio se obligaba á pagar 26,000 doblas; 16,000 para la milicia y 10,000 para el tesoro de la Kasbah. Además, se estipulaba en el tratado, que los buques de la compañía, podrían navegar libremente por las costas de Africa dependientes de la regencia; que podrian vender, comprar, contratar, cargar cueros, cera, lana etc , con esclusion de los buques de otras potencias; que dichos buques no serian molestados por los corsarios argelinos; que si los barcos de pesca eran llevados por el viento contrario ó la mar gruesa á los diferentes puntos de la costa, y especialmente á Gigelly y á Bona, no se les haría ningun mal: y que los tripulantes serian respetados y no se les podria vender como esclavos. (1).

(1) A este tratado iba anejo un estado de lo que era necesario para el entretenimiento del Bastion de Francia, de la cala del Cabo Rosa, y de la factoría de Bona. Aquel estado, cuyas principales disposiciones merecen reproducirse porque dán idea de la importancia de los establecimientos franceses en la época que se vá recorriendo, establecía que la fortaleza de Rosa estaría mandada por un cabo con sueldo de 30 libras mensuales, y ocho soldados con 9 libras cada uno al mes: que habria un intérprete con 18 libras por mes: que la guarnicion pequeña recibiría sus víveres del Bastion de Francia; que en el sitio llamado la Cala habria una guarnicion de catorce hombres mandada por un capitan en tiempos normales, y que podría ser reforzada en caso necesario: que el Bastion de Francia, como plaza mas fuerte y lugar de depósito para las municiones de guerra, serviría de residencia habítual á un capitan y su teniente, dos cabos, veinte y ocho soldados, y un tambor: que dicho establecimiento tendria además un encargado de la administracion del comercío, un escribiente para la contabilidad, un capitan y cuarenta marineros, dos carpinteros de arsenal, un panadero, y dos sacerdotes para el servicio de la iglesia: que se emplearian en la pesca veinte y un barcos, llevando cada uno siete hombres etc. Finalmente este documento establecia que todos los muebles y utensilios que se hallaran en el fuerte del Bastion, eran propiedad de la compañia.

Al formar este tratado, declaró el Pachá que castigaría con la muerte á cualquier rais que cometiese el menor desman contra buques franceses; mas fueron impotentes sus amenazas, continuaron las correrías y los navíos del rey de Francia se apoderaron de un corsario de Argel á quien sorprendieron cruzando el golfo de Lyon. Los marselleses por su parte habiendo sabido que se habia apresado uno de sus navíos, empezaron á degollar á cuantos argelinos estaban en su puerto. De esta manera, la paz tan dificil de concertar, se rompia á cada paso por actos de violencia que alejaban su fin. Cierto es que en aquella época, la marina de Argel había llegado á su apogeo, y se hacía intratable; los pacháes se titulaban con altivez *Reyes del mar*, y sus capitanes rugian de soberbia á la vista de los navíos que no pudiesen capturar. Los menos esperimentados cruzaban por las costas de España, Provenza é Italia; otros marchaban á Egipto para atisbar á los navíos que salian de Alejandría, y en fin los mas osados pasaban el estrecho de Gibraltar y cruzaban por la embocadura de la Mancha, y por las costas de Dinanamarca y de Inglaterra. El padre Dan calcula «que las presas de los de Argel, ascendian, en veinte y cinco ó treinta »años atrás, á mas de veinte millones.» Su marina segun el propio autor, testigo de los sucesos de la época, se componia de sesenta buques, tanto polacras como barcos de corso, armados de veinte y cinco á cuarenta cañones. Se cree que desde la paz de 1628 hasta 1634, los argelinos cogieron á la Francia ochenta navíos, de los cuales cincuenta y dos correspondian á los puertos del Occéano: su valor total ascendia á 4.752,600 libras tornesas. El numero de cautivos procedentes de estas presas, fué de 1,331, habiéndose hecho musulmanes 149: por aquel tiempo las mazmorras de Argel contenian mas de tres mil esclavos franceses.

Para remediar tan deplorable estado de cosas, Luis XIII, encargó á M. Sanson Lepage, primer heraldo de armas de Francia, que fuese á negociar un tratado de paz con la re-

gencia: mas la mision de aquel diplomático dió por único resultado, el rescate de algunos esclavos que fueron conducidos á Francia por el padre Dan. Viendo el rey que no podia conseguir su objeto por medios conciliatorios, resolvió apelar á las armas. En su consecuencia, partió una flota de los puertos de Marsella y Tolon, bajo las órdenes del almirante de Mantis, llevando la mision de obligar al divan á que ratificase la paz convenida hacía tanto tiempo y que hiciera cesar la piratería; pero desgraciadamente la dispersaron los vientos contrarios, y cuando llegó delante de Argel se hallaba fuera de estado de intentar ataque alguno. Aquella demostracion hostil, dió por resultado la ruina del Bastion que fué destruido por los argelinos á título de represalias: y seis cientos franceses fueron nuevamente cargados de cadenas.

Por fin, en 1640, se concluyó el tratado tan deseado, y el Bastion se levantó otra vez, bajo la inspeccion de Juan de Coquielle, gentíl hombre de Cámara del rey y del negociante Tomás Siguer: pero no por eso dejaron de continuar los actos de piratería: las mazmorras de Argel, se veian siempre llenas de esclavos franceses, convertidos en objeto de especulacion para sus patronos. Los gemidos de aquellos infelices llegaron hasta Francia, y los padres trinitarios redoblaban sus esfuerzos para rescatarlos. Un pastor protestante de la Rochela. M. Maistrezal, siguió tambien su ejemplo, é hizo requestas en los templos para sacar de la esclavitud á sus correligionarios que yacian abandonados por parte de los padres misioneros. Mas conviene apartar un momento la atencion de las relaciones esteriores de la regencia, para examinar su situacion interior.

Hémos espuesto el mucho esmero con que los fundadodores del Odjack trataron de separar toda influencia local; ningun indígena, ningun moro, ni aun los hijos de los turcos habidos en mujer argelina, podian formar parte de sus batallones. Sin embargo, despues de los terribles descalabros de Malta y de Lepanto, se habia relajado insensiblemente

la ley de la esclusion, concluyendo por admitir en la milicia á los moros y kuluglies (nombre que se daba á los nacidos de padre turco y madre africana.) Estos, que eran en su mayor parte ricos, instruidos y dotados de mayor inteligencia que los aventureros y renegados enviados de Constantinopla como genízaros, no tardaron en encumbrarse á los primeros puestos del Odjack, en invadir los empleos mejor retribuidos y ejercer una grande influencia en las deliberaciones del divan. Semejante supremacia, aunque tan legítimamente adquirida disgustó á los genízaros puros, hábiles siempre para buscar pretestos de insurreccion. En 1626, se reunieron mil ochocientos de entre ellos para hacer que se restableciesen los antíguos estatutos de la órden, y echar así de la milicia á todos los moros y kuluglíes que ocupaban algun grado: pretendian los conjurados para justificar su proposicion, que los moros ó kuluglíes trabajaban hacía tiempo por hacerse dueños soberanos del Odjack y sustraerse de la autoridad del sultan. Estas razones especiosas apoyadas en otras aun menos sólidas, atrajeron á la mayoría de los genízaros, y se resolvió la esclusion de los moros y kuluglies obligándoles ademas á salir inmediatamente del territorio de Argel.

Los moros y kuluglies abrumados por la fuerza, sufrieron sin quejarse el inícuo fallo que se acababa de pronunciar contra ellos, con la esperanza de que mas adelante podrian hacer que se revocase. Unos se retiraron á los contornos de Argel á esperar mejores tiempos, y otros se quedaron ocultos en la misma ciudad: todos contaban en la milicia con parientes y amigos, y pensaban que con su apoyo lograrian finalmente el perdon de sus feroces enemigos. Algunos meses despues de la espulsion estaban tan persuadidos de su próxima rehabilitacion, que habian abandonado su retiro, y se paseaban libremente por la ciudad: pero esta conducta que traia su origen de los sentimientos mas atendibles en el hombre, las afecciones de familia, fué considerada como

una audácia, como una rebelion contra los decretos del divan: solo la muerte podia espiar semejante crímen. Reuniéronse pues de nuevo los genízaros, y resolvieron que todos los moros y kuluglies condenados al destierro y encontrados en Argel, fuesen arrojados al mar: doscientos de aquellos desgraciados, cosidos en sacos pagaron debajo de las olas, su amor á la familia y á la ciudad natal.

Esta ejecucion bárbara esasperó á los kuluglies que no se habian hallado en Argel, ó habian podido escapar de la matanza; pero ahogaron su resentimiento en el fondo de sus corazones, aguardando una ocasion favorable para tomar venganza. No era fácil empresa: reunidos en una aldea del Sahel, háblaban sin cesar de su desdicha, y buscaban activamente los medios de repararla. En la ciudad contaban mucho con el auxilio de los moros que formaban la mayoría de la poblacion: estaban asimismo seguros de encontrar entre las filas del Odjak, amigos decididos; así pues con valor y osadía podian triunfar.

Tres años cerca llevaban ya de destierro, y sin embargo no habian intentado movimiento alguno, hasta que á mediados del año 1629, se deciden á poner en ejecucion su proyecto: entran en Argel con diversos disfrazes y bien armados, ganan la Kasbah por diferentes calles, dan de puñaladas á los centinelas que quieren impedirles la entrada, y se instalan allí en número de unos cincuenta, poniendo signos para los amigos que estaban en la ciudad, y llamando con el cañon á los que permanecian en el campo. Pero indecisos los moros acuden friamente al llamamiento de sus hermanos; por otra parte los kuluglies que se habian quedado en el campo, encuentran las puertas de la ciudad cerradas, mientras que los jenízaros marchan en todas direcciones por compañías, y viendo amenazada su existencia, redoblan su ardor para conjurar la suerte que les amenaza. Dirígense á su vez sobre la Kasbah: cincuenta hombres solos no podian defender una ciudadela tan vasta; simulan

ataques falsos por varios puntos mientras rompen á hachazos la puerta principal; y conseguido, intiman la rendicion á los kuluglies: responden estos á sus palabras con horribles imprecaciones y sangrientas amenazas; se dirigen pues contra ellos y les desalojan de los puntos avanzados, pero los sitiados bien resueltos á vender cara su vida, se retiran todos hácia el polvorin, y allí con hachones en la mano, piden á sus enemigos una capitulacion honrosa y su rehabilitacion en los antiguos derechos. Negada tan justa satisfaccion, continuaron los jenízaros implacables, y en su ciego furor se acercan al rededor de los infelices kuluglies, como para destrozarlos. Estos les miran aproximar con sangre fria, y cuando toda la Kasbah se encuentra atestada de jenízaros prenden fuego al polvorin. En un solo instante aquella inmensa ciudadela quedó reducida á un monton de escombros; quinientas casas de Argel vinieron á tierra con la esplosion, y mas de seis mil personas perecieron en la espantosa catástrofe. La conjuracion de los kuluglies, es sin disputa uno de los acontecimientos mas memorables de la historia de Argel: si hubiera triunfado, si aquel acuerdo bárbaro pronunciado contra ellos y los moros, se hubiese revocado, la civilizacion hubiera hecho en Argel muy diferentes progresos de los que ha visto bajo el despotismo brutal y estúpido de los genízaros.

Treinta años van á pasar todavía sin que haya que referir suceso alguno importante. De 1640 á 1658, nada notable ocurrió en la Argelia; y Sander-Rang, reasume así la historia de este período: «En 1646 Hamed-Pachá, vino á »reemplazar á Yusuf, cuyo gobierno habia durado cerca de »doce años; hecho bien estraño en la historia de los pachaes »argelinos. En 1652, los holandeses concluyeron un trata»do de paz y de comercio con el Odjack, estipulando en él »la completa franquicia de sus buques. En 1655 vino á Ar»gel una flota inglesa y tambien hizo un tratado: en 1657, »Hamed-Pachá, despues de un gobierno casi tan largo como

»el de Yusuf, fué reemplazado por Ibraim-Pachá.» Aquí termina el primer período del gobierno turco, tal como le habia constituido Barbarroja; es decir, el ejercicio del poder entre los pachaes y el divan.

En 1659, una revolucion importante vino á modificar en sus bases esenciales el gobierno de Argel. Mucho tiempo hacia que el divan, previendo la posibilidad de encontrarse en circunstancias difíciles, habia formado un tesoro en la Kasbah: este tesoro estaba bajo su custodia y responsabilidad, y el pachá no podia tocarle sin autorizacion de aquel consejo. Pero estos gefes no tardaron en aprovechar el prestigio de su título y el apoyo de Constantinopla para invadir todos los poderes y acumular grandes riquezas con detrimento ó perjuicio del Odjack.

Este imperio opresivo y absoluto se habia hecho odioso no solamente á los árabes, sino tambien á la soldadesca, cuyo descontento se manifestaba cada vez que el pago de su sueldo sufria algun retraso; en tal caso se sublevaba, encarcelaba al bajá y aun muchas veces le degollaba. Por último, en 1659 el consejo del Gran Señor se vió obligado á limitar la autoridad de aquellos gefes déspotas y transgresores. El bajá estaba entonces en la cárcel; un boulonkbaschi llamado Calil, gefe del partido reformador, solicitó y obtuvo del consejo del sultan esa determinacion que el padre Barreau refiere en estos términos: «En el mes de Ju»nio, prosiguiendo siempre el consejo de Estado en las bue»nas disposiciones que ha tomado para conservar la corres»pondencia con los paises estrangeros, y especialmente con »Marsella, habiéndose informado tanto por sus propios vasa»llos como por los mercaderes cristianos y otros, de las cau»sas porque parecia abandonado su puerto así como el pais »de su imperio, y habiéndosele manifestado que la demasia»da autoridad que insensiblemente se ha dejado tomar á los »bajás procediendo de la Puerta del gran Turco, les daba »ocasion de cometer muchas extorsiones pecuniarias y exac-

»ciones violentas; para bien y provecho de todos, se resol»vió á anular enteramente tan desmedida autoridad, á cuyo »efecto privó y prohibió á la que al presente tiene este car»go, que se mezclase en asunto alguno.»

Despues de esta determinacion, se envió una comision al sultan, para esponerle que la conducta de los bajás comprometia no solo la conservacion del Odjack en su creacion primitiva, sino que tambien amenazaba la existencia del imperio turco en la regencia. Admet I, que á la sazon reinaba, admitió quizá porque no podia pasar por otro punto, la validez de estas razones, y consintió en que se crease cerca del bajá un segundo gefe de la regencia comisionado por la Puerta, con el título de *monrul agá*. El agá ó sea el gefe turco, representaba particularmente los intereses de la milicia; era el encargado de la recaudacion de los tributos, de la administracion de las rentas y de la paga de las tropas. El bajá conservó sus títulos honoríficos; se le asignó un sueldo de 500 pesos mensuales, y el acopio de su casa quedó á cargo del Odjack, si bien su intervencion en el gobierno debió limitarse á una especie de derecho; su asistencia en el consejo no fué ya necesaria sino en las grandes ceremonias, y no apareció en ellas sino para confirmar providencias á que era casi completamente ageno.

Circunscrito en la milicia todo el poder ejecutivo, manifestóse esta mas altanera é indisciplinada que nunca. No hacia un año que Calil se habia puesto al frente del gobierno, cuando sucumbió á los golpes de sus propios secuaces. Baba-Ramadan que le sucedió y que habia sido uno de los mas vehementes promovedores de la reforma, fué asesinado poco tiempo despues en consejo pleno por sus ministros.

Era este un hombre muy inteligente; habia organizado no pocos ramos de la administracion, y firmó un tratado de paz con Cárlos II rey de Inglaterra: pero su valimiento no le libró del yatagán de sus enemigos.

En medio de todos estos conflictos, la pirateria prose-

guia cada dia con mas audacia: y los corsarios de Argel empezaron á atacar á todas las banderas y á multiplicarse por todos lados, sin hallar enemigos que de veras les ostigaran; hasta el comendador Paul, enviado en su persecucion con quince buqûes, aunque hizo algunas presas, volvió á entrar sin haberse presentado delante de Argel: fueron tambien los caballeros d'Hocquincourt y de Tourville, y despues los holandeses, pero el almirante Ruyter, que mandaba estos últimos, tan pronto como estuvo á la vista de Argel, solicitó una tregua de nueve meses, y autorizó la visita de los navíos de su nacion. Muy lejos estaban los Estados de Holanda de aprobar dicha cláusula; así es que despacharon á Ruyter para conseguir otras condiciones: comision que solo sirvió para rescatar algunos esclavos. En esta época tan deplorable para las naciones marítimas de la Europa, el cónsul inglés esperimentaba los mas duros trabajos en un presidio.

Tanta audacia por parte de los corsarios argelinos, merecia, no hay duda, una severa represion: pero las guerras en que las potencias europeas se hallaban empeñadas entre sí, y quizá tambien la memoria aun reciente de la última espedicion fatal de Cárlos V, habian impedido desde un siglo atrás, toda medida de rigor. Tocábale á la Francia abrir de nuevo la senda que tan gloriosamente debia cerrar en 1830: y así fué en efecto: Luis XIV envió un armamento considerable contra los argelinos; y el duque de Beaufort que le mandaba, les hizo arrepentir en mas de un encuentro de su atrevimiento. El gabinete de Versalles, animado por este primer triunfo, resolvió al año siguiente ocupar de un modo permanente un punto del litoral, de donde se pudiera tener constantemente en atencion á los berberiscos, vigilar las costas, y prevenir toda agresion. Despues de haber vacilado entre Bugía y Gigelli, se decidió por este último punto, siendo el duque de Beaufort en esta ocasion el encargado de dirigir la empresa; y por cierto que sobrepu-

jó á todas las esperanzas, pues á la cabeza de un cuerpo de cinco mil doscientos hombres, se apoderó de Gigelly el 23 de Julio de 1664, donde sentó sus reales. Pero pronto la discordia que estalló entre los gefes del ejército, la debilidad de los recursos que se habian puesto á su disposicion, y por último el descuido que se tuvo en fortificar la plaza, faltando en ella todo lo necesario para la manutencion de las tropas, precisó á la Francia á renunciar á esta conquista.

Este contratiempo sirvió para que los argelinos fueran mas audaces: sus corsarios persiguieron á los navíos franceses con tal encarnizamiento, que el duque de Beaufort hubo derecobrar la alta mar donde pudiera darlos otra leccion. El 24 de Junio de 1665, alcanzóá la escuadra argelina á la vista del fuerte de la Goleta; la estrechó en la bahia, se apoderó de tres grandes navíos é incendió los demás. Ali, hombre enérgico y de un mérito singular, segun dice el caballero d'Avrieux, que era entonces agá, se apresuró á concluir un tratado de paz con la Francia, y le hizo observar con la exactitud mas rígida (1666). Fué el último agá, y como sus predecesores, murió asesinado, colocándose su cabeza en una plaza pública, y convirtiéndose en juguete del populacho; y su mujer, cosa inaudita en las resoluciones turcas, sufrió los mas atroces tormentos para que declarase el sitio en que ocultaba segun decian los tesoros de su marido. Desde la muerte de Alí data una modificacion nueva en el gobierno del Odjack. Hastiada ya la milicia del gobierno de los agás, abolió este título si bien no suprimió su ejercicio, y copiando á los tunecinos, dieron los jenízaros de Argel á su nuevo gefe el título de dey (señor, y segun algunos escritores, generalisimo de la milicia) conservándole todos los atributos de agá. El primer dey que tuvo fué un viejo rais llamado Hadji-Mohamed Trick, quien compartió la autoridad con su yerno Baba-Hacen, á quien habia elegido para su lugar-teniente, y asaz diestro para hacerse querer de los soldados.

Bajo el gobierno de Mohamed-Trick y de Baba-Hacen, muchas potencias entablaron negociaciones con la regencia si bien en su mayor parte no lograron gran resultado. Diez años hacia que el anciano Trick gobernaba, y el temor de sufrir la misma suerte que sus antecesores le obligó á huir secretamente de Argel, y refugiarse en Trípoli. Baba-Hacen fué elegido en su lugar. Este nuevo dey hizo equipar sobre la marcha considerables armamentos: habiendo mandado llamar al cónsul de Francia, y mostrándole la escuadra que estaba dispuesta á aparejar, le dijo: «La paz está rota con »tu pais; desdichado de tu señor! ¡dentro de algunos dias »habrán aniquilado estos navíos su marina y comercio!» Insolente provocacion que decidió la espedicion de Duquesne.

La Inglaterra se apresuró á aprovechar la efervescencia de la Francia y de Argel, para conseguir un tratado que el padre Levacher califica de *vergonzoso*. En efecto, el almirante Herbert nada pidió por las trescientas cincuenta embarcaciones de comercio que los argelinos habian apresado á los ingleses; devolvió los turcos que estaban en la flota, y no reclamó los muchos compatriotas suyos que estaban encerrados en las mazmorras de Argel, abandonando además un considerable material de guerra (1682).

Hallábase á la sazon Luis XIV en el apogéo de su gloria, puesto que despues de brillantes hechos acababa de concluir el famoso tratado de Nimega, ciudad de Gueldres; tenia un ejército numeroso y aguerrido, y sus flotas, mandadas por Estrés, Martel, Vivonne, Duquesne y Tourville, se habian cubierto de gloria en repetidos encuentros con el enemigo. No podia, pues demostrarse el castigo á que se habian hecho acreedores los argelinos. La espedicion de que el valiente Duquesne se encargó, se componía de once navíos de línea, de quince galeras, cinco lanchas bombarderas, dos brulotes y algunas embarcaciones menores de vela latina: era la primera vez que en el mar se iba á hacer uso

de los morteros; idea debida al jóven navarro llamado Reynaldo de Elicagarray. «Segun Voltaire, no podian emplear»se los morteros mas que sobre un terreno sólido, así es »que el pensamiento del inventor causó no poco asombro: »pero Reynaldo sufrió con paciencia las contradicciones y »zumbas que todo inventor debe esperar, y su firmeza y »elocuencia decidieron al rajá á permitir el ensayo de esta »novedad.» Las Galeotas propuestas por Reynaldo, eran unas embarcaciones de la fuerza de los navíos de cincuenta cañones, pero tenian un fondo plano y estaban muy guarnecidas de madera para resistir la reaccion de la bomba. Cada una de estas galeotas estaba armada de dos morteros colocados delante del palo mayor, y de ocho cañones colocados detrás de la embarcacion, cuatro á cada bordada, de modo que presentaban en el combate la punta al enemigo, de forma que ofreciese una superficie menor á sus golpes. Los morteros de doce ó quince pulgadas, estaban colocados sobre una plataforma de madera sostenida por capas de tablones y maromas.

Apareció la flota delante de Argel hácia el fin de agosto de 1682; pero la gruesa mar impidió el ataque durante algunos dias y fué necesario esperar la calma para que los navíos pudieran tomar su sitio de combate. Rompióse el fuego y harto mal dirigido desde luego, causó poco daño al enemigo: un mortero cargado con una bomba dejó tambien caer su proyectil inflamado en lo interior de la embarcacion misma de dónde habia sido lanzado. Duquesne mandó entonces avanzar las galeotas á la ciudad, y la puntería volvió á empezar de nuevo con mas precision y viveza que la vez primera. Este ataque duró toda la noche y causó estragos considerables tanto en la ciudad como en el puerto. Al dia siguiente, el mal temporal obligó al almirante á romper sus líneas; pero el 3 de setiembre, hubo un nuevo bombardeo mas terrible y sostenido que los anteriores. Al otro dia apareció el padre Levacher, vicario apostólico que desempeña-

ba en Argel las funciones de cónsul de Francia, y se acercó al navio almirante para hacer proposiciones de paz; pero Duquesne no quiso recibirle: «Si los argelinos le dijo, desean »la paz, que vengan á bordo para pedirla;» y el bombardeo volvió á continuar con nuevo vigor. El 5 se presentaron los enviados del dey; el almirante exijió ante todo se entregaran todos los esclavos franceses y no se le hizo caso; pero habiéndose puesto malo el temporal y estando la estacion muy avanzada, Duquesne dió la vela el 12 de setiembre regresando al puerto de Tolon.

Esta espedicion cuyo suceso estaba lejos de ser completo, tuvo sin embargo mucho eco en Europa tanto á causa de la innovacion de los morteros empleados á bordo de las galeotas como por las pérdidas que sufrieron los argelinos, cuya ciudad estaba por decirlo asi enteramente destruida. Audaces sin embargo, hasta el último estremo; se vanagloriaban de ser bastante ricos para reedificarla de nuevo. Esto dió lugar á que Luis XIV resolviese volver al ataque en la primavera del año siguiente, y el invierno todo se empleó en reparar y perfeccionar las galeotas.

Hízose á la mar la nueva espedicion hácia fines de junio de 1683. A su llegada delante de Argel, reunió cinco navios franceses mandados por el marqués d'Amfreville. Ancladas delante de Argel el 28 de junio, las galeotas comenzaron el bombardeo y arrojaron un gran número de proyectiles en la ciudad. La consternacion de los argelinos fué de tal magnitud, que el consejo envió sin pérdida de tiempo al padre Levacher para solicitar la paz: era el mismo á quien el almirante habia rehusado recibir á su bordo el año anterior, y esta vez iba acompañado de un turco y de un intérprete. El mediador, antes de entablar ninguna negociacion solicitó que todos los esclavos franceses y estranjeros tomados á bordo de las embarcaciones francesas le fuesen entregados, amenazando volver á empezar el bombardeo si no era aceptada esta condicion preliminar. El consejo

á quien el enviado turco trasmitió la peticion del almirante, se apresuró á concederle este derecho, y en la mañana del dia siguiente, una partida de esclavos franceses que estaba en Argel, le fué desde luego entregada; Duquesne pidió enseguida que se le entregasen como rehenes á Mezzomorte, almirante de la flota argelina, y Alí, rais de la marina. Y tambien le fué concedido con tanta mas diligencia cuanto que el dey estaba celoso de la influencia de Mezzomorte.

La condicion mas rigorosa para los argelinos era el pago de la indemnizacion de 1.500,000 francos que Duquesne reclamaba, verificada en presas á sus compatriotas. Baba-Hacen, declaró al almirante francés que le seria imposible llenar esta última condicion; pero Mezzomorte, que queria á toda costa salir de la posicion en que se hallaba, les obligó á dejarle ir á tierra, diciéndole: «En una hora haré yo »mas que Baba-Hacen en quince dias.» No comprendiendo Duquesne el doble sentido de sus palabras, le concedió el favor que pedia. En el momento en que abandonaba el navio frances, estrechó la mano del almirante, y ofreció darle en brebe noticias suyas. En efecto, luego que fué á tierra, Mezzomorte se aproximó al dey y le hizo matar á puñaladas por cuatro de sus confidentes; vistió su caftan, mandó publicar su eleccion, enarbolaron banderas encarnadas sobre todos los fuertes y todas las baterias hicieron fuego sobre la flota enemiga; envió despues un oficial francés, M. Hayet, al almirante con encargo de decirle que si lanzaba de nuevo bombas, mandaria poner á los cristianos á la boca de los cañones.

Rotas ya las negociaciones, comenzó otra vez el bombardeo: pero los nuevos estragos que hacian las galeotas irritaron hasta tal punto á la milicia y al pueblo, que un inglés, hombre influyente, se aprovechó de ella para promover los sangrientos suplicios con que Mezzomorte habia amenazado al almirante. Los criados del padre Levacher habian tendido ropa blanca en la azotea de la casa consu-

lar, el ingles aprovechándose de aquella circunstancia, hizo creer falsamente al pueblo que eran las señales que se hacian á la flota: con este motivo se echaron abajo las puertas y se saqueó cuanto contenia. El cónsul estaba baldado desde que pasó la epidemiá en Túnez; y viéndole asi los furiosos le llevaron en su silla, á lo cual añade cierta obra de aquel tiempo; «llevaron esta inocente víctima para hacerla sufrir la »muerte sin la menor formalidad; porque conducido sobre »el muelle, la espalda vuelta á la mar, cargaron un cañon »de pólvora y despues de haber puesto al ministro de Dios »á la boca, sentado como estaba en su silla, y de dirigirle »mil denuestos é infamias, dieron fuego al cañon, y de esta »suerte sacrificaron á este santo varon á su rabia y deses»peracion. El cañon estalló, y con todo el efecto que aque»llos miserables esperaban, porque deshizo todo el cuerpo »de la víctima; algunos de sus restos y los de su vestido »fueron recogidos por los cristianos que los conservaron co»mo preciosas reliquias; y no faltaron turcos que quisieron »tambien tenerlos, como recuerdo de un hombre cuyas »virtudes y rara prudencia habian admirado durante toda »su vida.» Este asesinato fué seguido del de otros veinte cristianos que perecieron del mismo modo. Entre los prisioneros franceses que llevaban al lugar del suplicio habia un jóven llamado Choiseul lleno de calma y de resignacion, el cual en tiempos mas felices, habia hecho prisionero á un rais argelino y le habia tratado con muchos miramientos: puesto en libertad, conservó el recuerdo de tan buen proceder; habiendo conocido á Choiseul cuando le colocaron á la boca del cañon, abalanzóse á él con frenesí y abrazado al desgraciado francés, declaró que moriria con él si no se le perdonaba. Este acto de fraternal sacrificio debiera de haber salvado á los dos; pero la ferocidad de los argelinos se hallaba á tal punto escitada por la mortandad, que no escucharon las súplicas de su compatrióta y en vez de una víctima, fueron dos las que produjo el cañonazo.



El padre Levacher, cónsul francés en Argel, es asesinado de un cañonazo por el pueblo, durante el bombardeo de la ciudad por Duquesna.

Tal era el estado de las cosas, cuando llegaron á faltar las bombas. Unas sesenta casas y algunas mezquitas habian sido derribadas; las calles estaban llenas de escombros; cuatrocientas personas habian perecido, y tres grandes corsarios se habian introducido en el puerto; pero los argelinos resistian aun, y ni hacian ni admitian proposiciones. M. de Seignelay envió á M. Dussault cerca del dey para sondear sus disposiciones y este declaró que no habiendo hecho proposiciones el almirante Duquesne despues de la entrega de los esclavos, estaba decidido á sepultarse bajo las ruinas de Argel antes que entablar nuevas negociaciones con él. Despues de tan categórica respuesta, y no hallándose la escuadra francesa en estado de obrar, partió y entró de nuevo en Tolon el 25 de octubre, cargada con gran número de cautivos.

El año siguiente, M. Dussault fué enviado á Argel para ajustar un arreglo con Mezzomorte, espuesto entónces á ser el blanco de diversas conspiraciones, y herido gravemente á la sazon de resultas de una provocacion por parte de los ajentes del bey de Túnez. Hallábase de tal modo dispuesto á hacer la paz, que confesó á M. Dussault que si el rey la quería una vez, él diez; pero el consejo ponia siempre trabas á las negociaciones; hasta que por último, el 1.° de Abril, M. de Toursille llegó á Argel con una escuadra numerosa para acelerar la terminacion del tratado. Despues de veinte y tres dias de negociaciones, se pusieron de acuerdo sobre las condiciones, y se firmó la paz el 25 de Abril de 1684, á despecho de los ingleses y holandeses, que pusieron en juego toda clase de intrigas para entorpecerla. Los esclavos se entregaron de una y otra parte, y el dey envió un embajador á París.

Este tratado contenia en definitiva que el comercio internacional de ambos paises se haría líbremente y sin obstáculo; que todos los esclavos franceses recogidos en Argel serian entregados; que todos los buques que navegasen bajo el

pabellon francés serían respetados por los navíos argelinos, los que, á su vez serían respetados por los navíos del rey de Francia; que viniendo las embarcaciones mercantes francesas á buscar un asilo contra el enemigo en el puerto de Argel serian defendidas por los mismos argelinos; que todos los franceses apresados por los enemigos de la Francia y conducidos á Argel serían puestos en libertad; que si alguna embarcacion mercante se perdiese sobre las costas, sería socorrida por los argelinos como si fuera propia; que el cónsul francés establecido en Argel tendría en su casa el libre ejércicio del culto católico, tanto para sí como para sus correligionarios; que las cuestiones que sucedieran entre un francés y un turco no se debatirían ante los jueces ordinarios, sino ante el consejo, y finalmente que un buque de guerra francés que viniese á fondear en Argel, recibiría del dey prévio aviso del cónsul francés, el saludo de costumbre, etc., etc.

Mas los corsarios argelinos no pudieron permanecer mucho tiempo en inaccion; algunos meses despues de firmarse este tratado, seguian ya los buques ingleses, y desde 1686 apresaron sin el menor escrúpulo embarcaciones francesas. Hacia último de este año fueron sus espediciones tan numerosas y las pérdidas del comercio francés tan considerables, que el ministro de marina se vió precisado á mandar una caza, sin dar cuartel, contra todo corsario argelino que se encontrase en el Mediterráneo concediéndose una suma considerable por cada presa. El bajá que gobernaba entonces en ausencia del dey, hizo saquear, á título de represalias, la casa consular de Francia, y el cónsul M. Piolle fué encerrado en las mazmorras. El bajá hacia formalmente sus aprestos de guerra; comenzó la construccion de un fuerte en el cabo Matifus; pero para ganar tiempo, escribia á M. Vanoré, intendente de marina en Tolon, en demanda de proposiciones de paz; el gobierno francés no se dejó sorprender y cuando llegaron sus cartas, una escuadra iba

á darse á la vela, bajo el mando del mariscal d'Estreés, cuya partida nada pudo estorbar. La escuadra fondeó delante de Argel á fines del mes de Junio de 1688 dirigiendo en el acto al bajá la siguiente declaracion.

«El mariscal d'Estreés, vice-almirante de Francia, virey »de America, comandante de la armada del emperador de »Francia, declara á las autoridades y milicias del reino de »Argel que si mientras dure esta guerra llegasen á verificarse »las mismas crueldades que en otros tiempos contra los »vasallos del emperador, su señor, él hará lo mismo con »los de Argel, empezando por los mas importantes que tiene »entre sus manos, y que ha recibido órden de traer consigo »para este efecto. El 29 de Junio de 1688.»

El uso de las bombas habia llamado por lo visto la atencion de los Argelinos, pues Mezzomorte contestó al dorso de este escrito. «Decis que si ponemos los cristianos á la boca »del cañon, pondreis los nuestros al disparo de las bombas; »y bien! si tirais bombas, pondremos al rey de los vuestros »al cañon; y si me decis: ¿quién es el rey? os diremos que »es el cónsul. Esto no es porque estamos bajo pié de guerra, »es porque tirais bombas. Si sois bastante fuertes, venid á »tierra ó disparad solo cañonazos.»

Durante quince dias, no se interrumpió el fuego de las galeotas, que causó horribles estragos en Argel: lanzáronse diez mil bombas, que destruyeron un gran número de casas, mataron muchos habitantes, echaron á pique cinco corsarios importantes, desmontaron la mayor parte de las baterías, y arrasaron la torre del fanal. El mismo Mezzomorte fué herido en la cabeza de casco de bomba: pero estos estragos, en vez de aplacar á los argelinos, sirvieron tan solo para acarrear nuevas crueldades. El padre Motmason, vicario apostólico, antiguo cura párroco de Versalles, fué su primera víctima: siguieron despues á la boca de los cañones el cónsul Piolle, un religioso, siete capitanes y treinta marineros. Sabedor el mariscal d'Estreés de tan horrorosa mortandad,

no pudo reprimir su indignacion: mandó degollar diez y siete de los principales turcos que tenia á bordo, y colocar sus cadáveres sobre una balsa que se empujó hácia el puerto; regresando despues á Tolon con su escuadra.

Sin embargo estas crueldades estaban lejos de proporcionar la paz y la confianza que tan vivamente reclamaba el comercio marítimo francés, y una prueba de que lo sabia el gobierno, es, que aprovechándose al año siguiente de las cartas escritas, al intendente de marina en Tolon, promó nuevas tentativas y por cierto que tuvieron un éxito completo. Ajustóse un tratado de paz, y Mohamed-el-Emin-Cogea pasó á París en calidad de embajador del dey con la comision de pedir al rey la ratificacion de este tratado: presentóse en efectó á Luis XIV el 26 de Julio de 1690, en cuyo acto le dirigió el siguiente discurso, que reproducimos como una de las memorias mas curiosas de las correspondencias diplomáticas de la Francia con el odjak.

»Muy poderoso, muy grandioso y muy temible emperador, quiera Dios conservar á vuestra Magestad con los »príncipes de su sangre, y aumentar de uno á mil los dias »de vuestro reinado. Yo soy enviado, ó muy espléndido »emperador, siempre victorioso, de parte de los señores del »consejo de Argel y del muy ilustre dey, para humillarme »ante el trono imperial de vuestra magestad, y manifestarle »la escesiva alegría que han esperimentado de que haya te»nido la benignidad de aprobar la publicacion de la paz que »acaba de concluirse entre sus vasallos y los del reino de »Argel.»

»Los generales y capitanes, tanto de tierra como de »mar, me han elegido, señor, de comun acuerdo, á pesar »de mi insuficiencia, para oir de la augusta boca de vuestra »magestad la ratificacion de esta paz, persuadido de que de »esta real palabra es de quien depende su lucimiento y du»racion, que será, Dios mediante, eterna. Me han mandado »asegurar á vuestra magestad de su mas profundo respecto

»y le diga que no hay nada en el mundo que no hagan para »procurar hacerse dignos de su benevolencia. Piden á Dios »que le den la victoria sobre los enemigos de todas las na»ciones que se hayan ligado contra ella, y que sean confun»didos por la virtud de los milagros de Jesus y María, por »cuyo derecho sabemos que combatis. Me tomo la libertad »señor, de decir á vuestra magestad, que habiendo tenido »el honor de servir largo tiempo á la Puerta otomana, á la »vista del emperador de los musulmanes, no me restaba »mas para llenar mis deseos que saludar al monarca que ha »llegado á ser el mas grande y poderoso príncipe de toda la »cristiandad, no solamente por su heróico valor, sino tam»bien por su consumada prudencia, el Alejándro y el Salo»mon de su siglo y por último la admiracion de todo el uni»verso.»

»Para desempeñar pues esta comision y despues de ha»ber pedido perdon á vuestra magestad, con las lágrimas en »los ojos y con entera sumision, en nombre de nuestro gefe »y de toda nuestra milicia, por los escesos cometidos du»rante la última guerra, y de haberle rogado honrarlos con »su primitiva benignidad, me atrevo á levantar la vista y »presentarle la credencial de los gefes de nuestro consejo, »añadiéndola sus humildes súplicas, de que estoy encargado »y como esperan que aquella querrá concederles sus ruegos, »de seguro que no empañarán el brillo en los climas mas »remotos de vuestra gloria, la grandeza y generosidad con »el objeto de que penetrados los soldados y pueblos, de su »escelente poder, se mantengan firmes y constantes en la »observancia hasta el fin de los siglos, de todas las condi»ciones de paz que les ha dado.»

«Yo no dejaré tambien, si vuestra magestad me lo per»mite, de dar cuenta por medio de una carta al emperador »otomano, mi señor, de quien tengo el honor de ser conocido, »de las victorias que he sabido han conseguido vuestros ejér»citos de mar y tierra sobre todos vuestros enemigos, y para

»dirá Dios que prosigan vuestros triunfos. Por lo demás, toda »nuestra esperanza despues de las órdenes favorables de »vuestra magestad.»

Hé aquí la contestacion algun tanto activa que dió Luis XIV á este mensage.

»Admito con gusto las seguridades que me dás de las »buenas intenciones de tus señores. Estoy contento de oir »lo que acabas de decirme, y revalido de nuevo el tratado »de paz que les ha sido concedido en mi nombre. Olvido »cuanto ha pasado; y con tal que se conduzcan del modo »que deben, pueden estar seguros que la amistad y buena »inteligencia se aumentarán cada dia mas y que ellos verán sus frutos.»

Despues de firmado este tratado cansado ya Mezzomorte de sus cargos y no atreviéndose á renunciarlos en público, abandonó de secreto la regencia, siendo Chaaban elegido dey en su lugar (1689). Este nuevo gefe del Odjack escribió en el acto al gobierno francés dandole cuenta de sus buenas disposiciones en favor de la paz.

En esta época de disensiones y de agitacion en Europa, la Francia buscó un punto de apoyo en Argel; queria que el dey declarase la guerra á la Holanda y á la Inglaterra; mas el cónsul inglés fué tan hábil y distribuyó el oro tan apropósito, que M. de Seignelay no pudo conseguir del consejo mas que un rompimiento con aquella primera potencia, y la seguridad de que sus corsarios apresaran todas las embarcaciones inglesas no autorizadas con un pasaporte de Jaime II. de donde se deduce que la cooperacion del Odjack no fué muy estensa; si bien es verdad que en el mismo momento se proyectaban en Argel grandes espediciones que habrian de ensanchar los límites de la regencia.

Tal sucedió con el rey de Marruecos que acostumbraba de vez en cuando á devastar su territorio, y á quien el nuevo dey Chaaban declaró la guerra, situándose al efecto en la frontera del Oeste con diez mil jenízaros y tres mil solda-

dos de á caballo. Hallaron los argelinos el ejército enemigo con una fuerza de catorce mil infantes y ocho mil caballos, y apesar de la inferioridad de su número, atacaron vigorosamente á los marroquíes, á quienes mataron cinco mil hombres; mientras que los argelinos solo perdieron un centenar. Despues se situó Chaaban sobre Fez, protegido por un ejército de ventieuatro mil infantes y veinte mil caballos, y á pesar de que Ismael, rey de Marruecos, le mandaba en persona, no se atrevió á empeñar el combate. La victoria inesperada que acababan de conseguir los argelinos, habia difundido el terror entre sus soldados, y apesar de su superioridad numérica se vieron precisados á hacer proposiciones de paz: colocáronse ambos gefes bajo una tienda de campaña levantada entre los dos campos, y la paz se firmó. Ismael fué presentado en la conferencia con las manos atadas en señal de sumision, y besando tres veces la tierra, se acogió á la proteccion del gran Turco; poco despues dijo al dey: «Tú eres el cuchillo y yo la cárcel, y »ya puedes cortar.» Chaaban no descuartizó al rey de Marruecos, pero le impuso tan duras condiciones que no le fué posible cumplirlas.

Terminada tan feliz espedicion, Chaaban dirigió sus fuerzas contra Túnez (1694), del que se hizo dueño tras repetidos asaltos: impuso á los habitantes un fuerte rescate, les dejó por gobernador á Hamed-ben-Chuquer, uno de sus favoritos, y volvió á Argel con ricos despojos; pero apénas hubo dejado á Túnez, cuando los habitantes depusieron á Hamed-ben-Chuquer; la milicia del Odjack se opuso á que el privado de Chaaban se refugiase en Argel, y aun amenazó sublevarse en el caso de que el dey quisiera hacer la guerra á los tunecinos. Chaaban, no teniendo en cuenta estas disposiciones, trató de emprender otra campaña, resultando que el campo del Levante, se sublevó en un momento y marchó sobre Argel. El dey envió al encuentro de los sediciosos al bajá, al cadí y al muftí, que no pudieron

aquietarlos, y abriendo entonces Chaabán los tesoros de la Kasbah, distribuyó no poco dinero á los soldados de milicias de la ciudad, con objeto de provocar su celo; pero fué aprehendido, aprisionado, y ahogado tres dias despues. Díjose que no habia querido declarar el sitio en que estaban encerrados sus tesoros, y que por esta negativa sufrió con estraordinario valor los crueles tormentos que se le dieron para arrancarle aquella confesion.

Esta sublevacion produjo además nuevos cambios en el gobierno del Odjack. Hadji-Hamet fué el elegido por la milicia para reemplazar á Chaaban: era un anciano achacoso, de carácter dulce, y á quien se acababa de sorprender sentado á su puerta y remendando sus babuchas. Se convino en que el consejo daria conocimiento de sus decisiones al dey, y que este no tendria otro cargo que hacerlas ejecutar; que ni saldria de su palacio, ni daria en él ninguna audiencia sobre los asuntos del gobierno. El consejo debia reunirse regularmente dos dias por semana en la Kasbah, disfrutaba de soberana autoridad y debia componerse del gefe de la milicia, del chiaia, de venticuatro bulus-bachis, venticuatro yasbachis, de venticuatro odabachis y doce madanagas.

El anciano Hadji-Hamet, nombrado tan solo hasta hallarse otra persona mas apropósito, ofreció cuanto se quiso, pero una vez instalado en su empleo, consiguió apoderarse de una buena parte del poder que los jenízaros habian borrado de sus atribuciones, y murió tranquilamente en 1698: Hassan-Chiaux le reemplazó.

Siendo el nuevo dey un hombre de mucho talento y de grande actividad, no tardó en ratificar el tratado de 1690 con la Francia, haciendo entender al consejo que la subsistencia de las buenas relaciones con esta potencia era muy necesaria para la prosperidad del Odjack: renovó la paz con Inglaterra, é hizo el presente de algunos animales monteses para la Torre de Lóndres al almirante de Almeros, que

mandaba ocho navíos delante de Argel; pero por lo que toca á los estados accesorios de la cristiandad, su marina no fué mas respetada que en los tiempos anteriores.

Aprovechóse el bey de Túnez de la solicitud que mostraba el nuevo gobernador en el arreglo de sus negocios interiores para atacarle de improviso. Degolló la guarnicion de un fuerte, y puso el sitio delante de Constantina; Murad se vanagloriaba de ser pronto dueño de Argel, y aun designaba el dey que gobernaria aquella regencia bajo su eminente dominio. A esta noticia, la milicia murmuró, y Hacen Chiaux, horrorizado á la vista de tanta efervescencia, se retiró á la Kasbah y declaró que renunciaba el poder. El consejo eligió al momento á Hadji-Mustafá, y aunque raro en los anales argelinos, Hacen pudo retirarse libremente á Trípoli en una barca que se puso á su disposicion, saludándole los cañones de la ciudad y de los fuertes. La milicia marchó á toda prisa contra Murad: los turcos mordieron sus gorras en señal de coraje, y se arrojaron con una impetuosidad tal contra las tropas tunecinas, que la derrota de estas fué la mas completa; dos mil prisioneros fueron degollados.

Desde que ingresaron las tropas en Argel, colócose á su cabeza el dey, dirigiéndolas contra el rey de Marruecos, que no pudiendo pagar el tributo que le habia sido impuesto en 1694, hizo confederacion con el bey de Túnez, ambos dispuestos á usurpar cada cual por su lado la regencia de Argel. Seguro Mustafá de la victoria, se adelantó animoso contra un enemigo que ya habia batido en otras ocasiones, y á pesar de no contar mas que con seis mil infantes y mil caballos, mientras que Ismael tenia cincuenta mil combatientes, la mayor parte á caballo, era tal el terror que los turcos inspiraban á los árabes indisciplinados, que aquel puñado de argelinos deshizo en cuatro horas un ejército ocho veces mas fuerte, no perdiendo mas que diez hombres, y quitando tres mil cabezas y cinco mil caballos al

enemigo. El troton de Ismael quedó en poder de los turcos, y fué ofrecido á Luis XIV, pero por desgracia la alegría de este triunfo fué de corta duracion; porque la epidemia de 1701 segun la relacion del cónsul de Francia, arrebató á Argel mas de cuarenta y cinco mil habitantes.

Para terminar el dey en 1702 las luchas que existian entre él y sus vecinos, concluyó un tratado de paz con el bey de Túnez, Ibrahim-Shérif, sucesor de Murad, que murió asesinado con toda su familia. Hadji resolvió entonces dirigirse contra los españoles y apoderarse de Orán; pero el cónsul francés le hizo desistir, diciéndole que Orán en manos de los españoles le era mas útil que en las suyas; «es, le dijo, el rico manantial que abastece de plata vuestro pais; ¡Dios os libre de cegarle!» Hadji se adhirió al consejo.

Al año siguiente, el almirante Bing fué enviado á Argel por la reina Ana con ricos presentes. La Inglaterra queria un tratado especial que la pusiera bajo el mismo pie que la Francia en sus relaciones comerciales con la regencia; y lo consiguió del consejo, derramando el oro á manos llenas: el oro, que en aquella época todo lo podia en Argel, porque su erario estaba exhausto: penuria que decidió al Odjack á emprender una nueva guerra contra Túnez, á pesar del tratado que acababa de firmarse. El gran Señor separó la isla de Zerbi del bajalato de Túnez, confiriendo el cumplimiento de sus órdenes al dey de Argel y al bey de Trípoli. Mustafá se aproximó á la frontera del Este, y batió á Ibrahim-Shérif á una jornada de Keff, haciéndole prisionero: pero los habitantes de Túnez, que no habian echado aun en olvido el último saqueo de la ciudad, ofrecieron ciento cincuenta mil pesos en cambio de la paz, é hicieron observar al dey, que si habia logrado su fin, habia sido desposeyendo al dey; pero como Mustafá queria á todo trance entrar en la ciudad para robarla, desechó las proposiciones que se le hacian, y dió comienzo al sitio. Los tunecinos por

su parte, estaban determinados á defenderse hasta el último estremo, así es que fueron mortíferas sus salidas, tanto que habiendo perdido los argelinos setecientos hombres en cuarenta dias, solicitó entonces el bey la paz; y los habitantes, en lugar de ofrecer dinero, pidieron una indemnizacion por los gastos de la guerra. Tomó pues Mustafá el partido de levantar el sitio, abandonando una parte de su material, y el ejército argelino en su retirada, fué atacado por los árabes; muerto de hambre, rendido de fatiga y desalentado, perdió mucha gente, quedándole tan solo al bey los restos de sus batallones. Esto le intimidó para entrar en la ciudad, y se acogió á su casa de campo; pero el consejo no perdió tiempo: en aquella misma noche eligió otro bey que fué Hussein-Cogea Shérif, y al propio tiempo Mustafá fué estrangulado, sirviendo el producto de sus bienes para pagar la milicia. El bey de Túnez fué puesto en libertad, bajo promesa de enviar ciento cincuenta mil pesos, dejando á su familia como garantía de aquella oferta, pero de nada le sirvió, pues apenas entró en la capital fué asesinado.

Hussein encontró el tesoro casi vacío, lo cual era en aquel tiempo el mayor escollo que pudiera hallar un dey, y en el que se estrellaron muchos de sus antecesores. La milicia manifestó su disgusto desde luego, toleró la destitucion del bey por cuatro turcos que este habia desterrado del Odjack (1707), y eligiendo en su lugar á uno de ellos llamado Pectache-Cogea. Su primer objeto fué el detener ocupada á la milicia, y para ello proyectó la conquista de Orán, y envió al Oeste á su yerno Baba-Hacen con un cuerpo de ejército.

Agitada la España en esta época, así por las sangrientas discordias que habian sobrevenido á la muerte de Cárlos II, como por su conocida guerra de sucesion, no tuvo el tiempo suficiente para fijar su atencion en las posesiones del Norte africano. Orán, que entonces era el único punto que ocupaba, se hallaba desprovista de toda especie de

acopios, y no podia resistirse largo tiempo: sin embargo, frustrada la primera tentativa de los argelinos, y sostenidos los españoles por la poderosa tribu de los Beni-Amers, rechazaron á los sitiadores: pero esto no desanimó á los argelinos, que no tardaron en reaparecer bajo los muros de la ciudad. Resistióse Orán todavia por espacio de un año, pero no recibiendo los españoles ningun socorro de fuera, pidieron capitulacion (1708). El fuerte San Felipe fué el primero que se rindió, pidiendo que su guarnicion fuese libre; pero no lo consiguió y fué sumida en la esclavitud. Por medio de un tratado, los turcos consiguieron poseer el fuerte de Santa Cruz; el de San Gregorio defendido por un monge, resistió con inaudito valor, y el enemigo no le tomó sino á costa del mas obstinado asalto, siendo sacrificada toda su guarnicion. Por último, la ciudad capituló. Mers-el-Kebir, que contaba una guarnicion de doce mil hombres, hubiera podido resistir largo tiempo; pero estrechados sus defensores por el hambre, se vieron precisados á rendirse. La pérdida de esta posesion fué vivamente sentida por la corte de España, que débil y aniquilada, no pudo pensar por entonces en recobrarla.

Despues de esta espedicion, la historia de Argel no va á ofrecernos mas que estériles revoluciones, cobardes asesinatos y hazañas de piratas: resintióse el Odjack de la decadencia del imperio otomano, y parecia esperar su última hora. Orgulloso Pectache por sus últimos hechos, remitió al gran Señor, tres llaves de oro, y solicitó el caftan de bajá para su yerno, pero no lo consiguió; se vengó de ello disminuyendo por mitad las utilidades del bajá; pero no habiendo podido pagar á la milicia en Marzo de 1760, fué asesinado por Deh-Ibraim, quien se hizo proclamar en su lugar y tomó el ensangrentado caftan. Baba-Hacen que se habia distinguido en la toma de Orán, fué ajusticiado á su regreso porque hacia sombra al nuevo dey: mas el gobierno de Deh-Ibraim no pasó de seis meses, siendo asesinado el 14 de

Agosto de 1710, y sustituido por Ali Chiaux. Para consolidar su poder, desplegó este último una ferocidad inaudita; hizo perecer una tras otra mas de mil setecientas personas, y gobernó despues con rectitud: lo que mas importancia dió á su elevacion, fué la espulsion definitiva de los bajás y la reunion de su dignidad á la del bey. Ali fué el autor de esta gran disposicion que dió fin con la revolucion del año anterior.

»Decidido» Alí-Chiaux, dice M. Rotalier, á ejercer á todo trance el poder que la suerte le habia deparado, y quejoso del bajá, mandó prender á este funcionario, y le despachó á Constantinopla amenazandole, que si se atrevía á volver á Argel mandaría le cortasen la cabeza. Si Alí se hubiese limitado á esta sola violencia, hubiera perdido la habilidad é inteligencia necesarias á los hombres que quieren disputar el poder á las parcialidades, ó realizar variaciones grandes en el estado; porque limitándose á destruir hubiera comprometido el resto del edificio que con tanto cuidado quería conservar; y dotado de la penetracion que siempre acompaña á los hábiles innovadores comprendió que era necesario alhagar por un lado al sultan que ultrajaba, y por otro, no destruir los últimos vínculos que unian á Argel con Constantinopla, conservando las ventajas de esta union, mientras que él se desembarazaba de los últimos cargos que le imponia; y en una palabra, despreciando al hombre queria conservar una dignidad cuyo solo nombre era de gran valia. Un embajador precedió al bajá á Constantinopla. Las sultanas, los visires, los principales oficiales del serrallo, fueron todos ganados por medio de suntuoso regalos; y el enviado del bey pudo con facilidad hacer agradables al sultan las escusas ó disculpas de Alí.

»El bajá, le dijo se habia singularizado de tal modo por »sus intrigas que hubieran podido causar desorden en el »estado, y solo la muerte hubiera sido un castigo digno de »semejante crimen. Por respeto hácia el sultan, la milicia se

»habia contentado con espulsarle del beylato: pero la coleta
»de los genízaros habia llegado á su colmo; y aburrian á los
»bájás: por cuya razon suplicaba al sultan que no espusiera
»su autoridad, y se dignase conceder á Alí el glorioso título
«de bajá.» (1).

A pesar de lo atrevido de esta peticion que bajo formas obsequiosas podria parecer una órden espresa, el sultan juzgó político y prudente escuchar el consejo; el dominio de un solo gefe, abandonado á la eleccion de aquella, solo añadió por parte del Sultan una especie de sancion que casi no podia rehusar, realizándose de esta suerte la gran reforma, concentradas sobre una sola cabeza la doble dignidad de bey y de bajá. Admed III, aprobó la rebelion de Alí nombrándole bey-bajá; se le enviaron las tres colas, y hasta la época de la conquista de Argel por los franceses, los beys reinaron sin division: poderes reunidos que en manos de un solo gefe no trocó á los genízaros ni en mas sumisos ni en menos temibles. Pero Alí fué el primero que consiguió reunir en su persona ambas dignidades, y llegó á ser muy venerado; mirábanle como á un santo, y mucho tiempo despues de su muerte se le imploraba tanto como á los morabitos mas afamados.

Habiendo asegurado el tratado de Utrech á Felipe V, en el trono de España no tardó en dar á conocer su idea de conquistar á Orán, tanto para ilustrar su reinado, cuanto para agradar á la santa sede. Publicando con este objeto en Sevilla el 7 de Junio de 1732, un manifiesto en el que daba parte á Europa de su proyecto. Nada se descuidó para el éxito de la espedicion: formóse una escuadra de doce navíos dos fragatas, dos galeotas y quinientos buques de trasporte: partió de Alicante el 14 de Junio, y veinti cinco mil

(1) El caballero Rotalier ha dado á luz un libro del mayor interés acerca de la historia de Argel y la piratería de los turcos en el Mediterráneo.

hombres desembarcaron cerca del cabo falcon mandados por el conde de Montemar. Hallábase ocupado el generalísimo en sus preparativos de ataque, cuando un suceso de vanguardia decidió de la suerte de la plaza. Los turcos perseguian el ala derecha del ejército, cuando los granaderos del ala izquierda, mandados por el Marqués de Villa Darias, aparecieron sobre la cumbre de una columna que dominaba la ciudad. La guarnicion que se hallaba en los fuertes se vió sorprendida con tan inesperada aparicion, y se replegó en tropel hacia dentro, difundiendo en ella la alarma, y quedando desiertos durante aquella noche todos los fuertes de Orán. Los españoles solo perdieron en este ataque ciento cincuenta hombres y recojieron dentro de la ciudad y de los fuertes, ciento cuarenta y seis cañones, muchos morteros y víveres en abundancia.

Apresuráronse pues los españoles á reparar las fortificaciones y á construir otras nuevas, desde cuya época, data el fuerte de San Andrés y el castillo nuevo. Orán era para ellos de la mayor importáncia, porque allí se abastecian de esclavos negros, y recogian cueros, cera y aceite. Dueños de aquella ciudad y de Mers-el-Kebir, alimentaban la esperanza de estender despues sus conquistas sobre el suelo africano: pero los árabes que les habian quedado fieles cuando la toma de Orán, habian sido atacados en las montañas, y los turcos los habian reemplazado con una porcion de tribus hóstiles que impidieron á los españoles renovar sus antiguas relaciones con los indígenas. La guarnicion de Orán estuvo desde entonces como prisionera en la ciudad y en los fuertes.

Durante el reinado de Luis XV, los Argelinos continuaron sus rapiñas marítimas, y así los convenios como los tratados, y las renovaciones se repitieron á las mil maravillas. El 10 de Enero 1764, el caballero de Fabry mandando la escuadra fondeada en Argel, terminó con el dey Alí agá un tratado compuesto de seis artículos, á saber: que todos los pasados agravios fuesen olvidados, que se diese un término de tres meses á los mercaderes franceses residentes en Ar-

gel en caso de rompimiento; que habiendo colision entre dos embarcaciones, la culpable sería severamente castigada por el bey si fuese argelina, y por el cónsul, si fuese francesa; que los piratas de Salé no pudieran ni vender sus presas, ni residir en Argel; que una embarcacion abandonada en la mar, por temor de los Saletinos, conducida á Argel por los corsarios del secuestro le seria entregada al cónsul francés, si lo pedia, y el navío devuelto despues si era reconocido por estrangero; finalmente, que si se verificase un combate entre los corsarios de Argel y los buques franceses, no se molestaría en lo mas mínimo á los franceses residentes en las ciudades de la regencia. Estas claúsulas eran por cierto de poca entidad, pero fuerza es confesar que á falta de otras mejoras proporcionaban el único medio para sugetar la piratería.

En 1770 para sustraerse Dinamarca, al pago de un tributo arbitrario que la habia impuesto el gefe del Odjuck envió una flota bastante considerable á Argel, cuyos ataques fracasaron completamente, y el gobierno dinamarqués hubo de comprar la paz mediante cien mil escudos y dos navíos cargados de municiones de guerra. ¡Desgraciados de los vencidos! tal era el gran axioma de los Argelinos.

La mayor parte de los estados que en esta época sostenian cónsules en Argel, se hallaban comprometidos al pago de tributos de diversa especie para con la regencia. El reino de las dos Sicilias pagaba al bey un censo anual de 24,000 pesos fuertes y además por via de regalo 20,000 pesos. La Toscana no estaba sometida á ningun tributo, pero sí á un regalo consular de 25,000 pesos. La Cerdeña habia conseguido, por mediacion de la Inglaterra, ser libre de todo tributo; pero pagaba una considerable suma á cada cambio de cónsul. Los estados de la Iglesia debian á la proteccion del rey de Francia la escepcion de todo tributo y regalo consular. El Portugal habia concluido un tratado con las mismas condiciones que las dos Sicilias. La España habia llegado

á librarse del tributo, pero tenia que enviar regalos á cada renovacion del cónsul. El Austria, por mediacion de la Puerta otomana, habia logrado eximirse tambien de los tributos y obsequios consulares; si bien continuaba haciendo regalos. La Inglaterra, aun despues del bombardeo de Argel por lord Exmouth, en 1816, se vió obligada á proponer un presente de 600 libras esterlinas (150.000 francos) á cada renovacion consular. La Holanda, por consecuencia de su cooperacion en el bombardeo de 1816 fué comprendida en las estipulaciones del tratado. Los Estados-Unidos concluido el tratado del comodoro Decatur, adoptaron el mismo arreglo que la Inglaterra. El Hannover y los estados de Brema, se habian obligado á pagar una suma considerable cada vez que se mudase de cónsul. La Suecia y la Dinamarca pagaban anualmente un tributo consistente en municiones de guerra por valor de cerca de 4000 pesos fuertes. Además de eso, estos diferentes estados pagaban de diez en diez años, á la renovacion de los tratados, un censo de 10,000 pesos fuertes, y al tomar sus cónsules posesion, hacian agasajos. La Francia segun la letra de sus tratados nada debia pagar, pero conservaba la costumbre de hacer regalos á cada instalacion de un nuevo cónsul.

Apesar de estos tratados, las embarcaciones de los diversos estados européos se hallaban cada dia espuestas á los ataques de los argelinos, los que de contínuo provocaban nuevas contiendas tan solo por poder justificar sus fechorías, y por cierto que la marina española las sufria mas que todas las otras.

Indignado Cárlos III, principe esclarecido y hábil administrador, que á la sazon ocupaba el trono español, de aquellos ultrages contínuos y sobre todo la audaz tentativa que los argelinos habian dirigido contra el Peñon de Velez, uno de los presidios de España sobre la costa de África, resolvió tomar de ello venganza, y al efecto mandó preparar contra ellos una espedicion considerable. Un oficial aventu-

rero irlandés, O'Reilly, que habia servido con alguna distincion en los ejércitos de Francia y Austria, recibió el mando de ella y se presentó á la vista de Argel el 1.° de Julio de 1775. Componíase su armada de mas de trescientos navíos de todas clases; conducia veintidos mil hombres de tropas de desembarco, y un tren de sitio considerable. En lugar de dirigir inmediatamente su ejército sobre la costa, O'Reilly hizo ostentar la armada durante ocho dias delante de Argel para atemorizar al enemigo: lo que dió lugar para que los beys de Constantina, de Medeah, Titery y Mascara, aprovecharan aquel tiempo perdido en vanas demostraciones y acudiesen con sus contingentes al socorro de Argel. Verificóse por último el desembarco (8 de Julio), sin la menor resistencia de parte de los argelinos que aparentaban huír á la vista de los españoles, dejándolos enredarse en medio de los caminos cubiertos que surcan la campiña; y cuando todo el ejército se hallaba desparramado fuera, y sin esperanzas de poderse rehacer, arrojáronse sobre él y le diezmaron, de modo que una sola jornada bastó para hastiar á los españoles de su empresa; de donde resultó que O'Reilly y su consejo fijaron el reembarque del ejército para el dia siguiente. Todo el material quedó abandonado al enemigo así como los enfermos y heridos que no pudieron tornar á sus navíos. El gobierno español quiso reparar este descalabro, y nuevas tentativas de bombardeo sucedieron á la espedicion de 1775, pero ninguna de ellas alcanzó mejor éxito, y España se vió obligada á estipular con Argel una paz que no habia de servir para ponerla al abrigo de sus insultos (1785).

A Cárlos III habia sucedido un príncipe débil incapaz, y que consideró desde luego la ocupacion de Orán como una carga sin compensacion, y aprovechándose de cierta catástrofe, halló un pretesto para soltar la carga. En Orán y en sus inmediaciones se esperimentó en la noche del 8 al 9 de Octubre de 1790, un horroroso terremoto: los edificios to-

dos, las casas, las fortificaciones se desplomaron; pereciendo un tercio de la guarnicion bajo los escombros; hallábanse los demás sin víveres ni municiones y desprovistos de tiendas, de hospitales y de botiquines con que socorrer á los heridos. Aprovechándose el bey de Mascara de aquella consternacion general, se presentó delante de Argel con treinta mil hombres; pero habiendo recibido el comandante algunos refuerzos, defendió sus ruinas hasta el mes de Agosto del año siguiente: entabláronse entonces las negociaciones, y en 1792 se estipuló por un convenio celebrado entre el gobernador de Orán y Mohamet-el-Kebir, que la España cederia Orán al bey de Argel; que los españoles recojerian sus cañones de bronce y sus provisiones; que los habitantes musulmanes podrian volverse á Ceuta ó á Melilla ó quedarse en la ciudad; que sus propiedades serian respetadas, y de ninguna manera molestados por hechos anteriores á la toma de posesion de los turcos. La mayor parte de sus habitantes abandonaron á Orán con los españoles, y la ciudad fué repoblada de familias moras y judías de Mascara, Tlemecen, de Mostaganam y de Mazagran. Este abandono de Orán, demuestra harto á las claras el estado de abatimiento y la postracion en que habia caido nuestra España. A tener mas perseverancia no nos hubiera sido difícil conservar aquella posicion y dificultar mas y mas las espediciones de los corsarios, hasta que tiempos mas felices nos hubiesen permitido reprimirlas por completo.

He aquí pues á los turcos dueños absolutos de Argel; ninguna potencia se lo disputa; pero los naturales protestan siempre contra aquella soberanía usurpada. Tres siglos de posesion no bastaron para legitimar y consolidar su poder, y vénse obligados á sufrir la ley que ha pesado constantemente sobre los conquistadores del Africa septentrional; cartagineses, romanos, vándalos, bizantinos, todos se vieron precisados á combatir para mantenerse; y el dia en que creyeron poder deponer las armas y disfrutar en fin las

dulzuras de la paz, sublevándose los naturales en masa, les hicieron arrepentir de su creida seguridad. Fatal condicion que no hemos dejado de justificar en el curso de nuestra historia, y á la que la Francia, no lo dudamos, merced á su conocida civilizacion y su táctica militar, sabrá de hoy mas sustraerse.

La revolucion de 1789 no causó desde luego ningun cambio en las relaciones de la Francia con la regencia de Argel; renováronse las relaciones renováronse los tratados de paz y armonía en 1791 y 1795; pero en tiempo de la espedicion de Egipto, los corsarios argelinos, conformandose con las órdenes del gran Señor que hablaba en nombre del islamismo amenazado, hicieron una guerra encarnizada á la marina y al comercio francés. El establecimiento de la Cala fué tambien otra vez incendiado; los europeos se salvaron; pero el cónsul quedó prisionero en Argel. Accedió despues la Turquía en 1800 al tratado de Amiens, obligando á los corsarios á entrar en sus puertos; hasta que por último (30 de setiembre), por un nuevo tratado de paz y de comercio entre el bey de Argel y la república francesa, se restituyeron á la Francia las donaciones de Africa, así como el dinero, las mercancías y los efectos que habian sido secuestrados. Este tratado fué renovado y ratificado con mas amplitud el 17 de diciembre de 1801, por Dubois-Thainville, encargado de negocios de la república; pero como en todas épocas, la paz no fué muy fielmente observada por los berberiscos; proseguian estos robando y quemando sus casas como siempre. Entonces fué cuando para reprimir estas vejaciones (1803), el primer cónsul dirijió á Mustafá-Bajá, bey de Argel, el siguiente mensaje: «Bonaparte, primer cónsul, al muy alto y muy espléndido dey de Argel; á quien Dios conserve en prosperidad y en gloria!—Os escribo esta carta directamente, porque sé que algunos de vuestros ministros os engañan y os guian de un modo que pudiera acarrearos grandes desgracias. Esta carta os será en-

tregada en propia mano por un ayudante de mi palacio: tiene por objeto el pediros reparacion pronta, y tal como tengo derecho á esperar de los sentimientos que siempre habeis manifestado respecto á mí. Un oficial francés ha sido apaleado en la rada de Túnez por uno de vuestros rais; el agente de la república ha pedido de ello satisfaccion y se le ha dado. Dos bricks han sido apresados por vuestros corsarios, que los han llevado á Argel y atrasado en su viaje. Un buque napolitano ha sido apresado por vuestros corsarios en la rada de Hyeres, y por esta parte ha sido violado el territorio francés. En fin, del navio que ha naufragado este invierno en vuestras costas, me faltan todavía mas de 150 hombres que están en poder de los bárbaros. Os demando pues reparacion por todos estos agravios, y no dudando que sabreis tomar las mismas medidas que yo pudiera en iguales circunstancias; os envio una embarcacion para que regresen á Francia los 150 hombres que me faltan. Os ruego desconfieis tambien de vuestros ministros que son enemigos de la Francia, y lo son tambien vuestros; y si deseo vivir en paz con vos, no os es menos necesario sostener la buena inteligencia que acaba de restablecerse; ella sola puede manteneros en el rango y posicion en que estais; porque Dios ha determinado que todos aquellos que fueran injustos para conmigo sean castigados. Si vos quereis vivir conmigo en buena armonía, es preciso que no me considereis como una potencia débil, sino que hagais respetar el pabellon francés asi como el de la república italiana que me ha nombrado su gefe, y que me deis satisfaccion de cuantos ultrajes he recibido.—Bonaparte, primer cónsul.»

He aquí la templada contestacion que recibió el primer cónsul. La cortesania de este despacho es tanto mas notable, cuanto que contrasta con el tono de insolencia que la regencia manifestó desde 1815 en sus relaciones diplomáticas con la Francia. Pero bajo el consulado, la campaña de Egipto habia engrandecido el nombre francés en el entendi-

miento de los musulmanes y se humillaban sumisos ante el hombre del destino, ante el vencedor de Abukir y de las Pirámides.

«A nuestro amigo Bonaparte, primer cónsul de la república francesa, presidente de la república italiana.—Os saludo: la paz de Dios sea con vos. Despues, amigo nuestro, os advierto que he recibido vuestra carta fechada el 20 del mesidor; la he leido, y respondo á ella artículo por artículo:—Os quejais del rais Ali Tatar: á quien he prendido para quitarle la vida; pero en el momento de la ejecucion, vuestro cónsul ha solicitado el perdon en vuestro nombre, y por vos se le ha concedido. Me pedís la polacra napolitana apresada, segun decís, bajo el cañon de Francia; los pormenores que se os han comunicado sobre el particular no son exactos; pero la he puesto en libertad, he librado segun lo deseabais los diez y ocho cristianos que constituian su equipaje. Pedís un buque napolitano que se dice habia salido de Corfú con las espediciones francesas; no se ha hallado ningun papel francés, pero segun vuestros deseos, he dado libertad á la tripulacion. Pedís tambien el castigo del rais que trajo aquí dos buques de la república francesa, y tambien los he devuelto, segun queriais; pero debo advertiros que mis rais no entienden la letra europea ni conocen mas que el pasaporte de costumbre, por todo lo cual conviene que los buques de la república francesa hagan alguna señal para ser conocidos de mis corsarios. Me pedís 150 hombres que decís estar en mis estados; no existe uno de ellos; Dios ha querido que estas gentes se hayan perdido, y ciertamente lo siento. Decís que hay hombres que me aconsejan para malquistarnos; nuestra amistad es sólida y antigua, y los que quisieran enemistarnos no lo conseguirán. Me pedís que sea amigo de la república y respete su pabellon como el vuestro: si otro que vos me hiciera semejante proposicion, no la habria aceptado por un millon de pesos, y sin embargo aunque no habeis querido

darme los 200,000 pesos que os habia pedido cómo indemnizacion de las pérdidas que por vos he sufrido, siempre seremos buenos amigos. He finalizado con mi amigo Dubois-Thainville, vuestro cónsul, todos los negocios de la Cala, y se podrá hacer la pesca del coral; la compañia de Africa disfrutará las mismas prerogativas de que disfrutaba antiguamente, á cuyo efecto tengo dadas las órdenes oportunas al bey de Constantina para que les conceda todo género de proteccion. Si en lo sucesivo sobreviniére alguna cuestion entre nosotros, escribidme directamente y todo se arreglará amistosamente.—Mustafá *Bajá de Argel.*»

Esta influencia casi soberana de la Francia sobre Argel debia sin embargo tener pronto término. El desastre de Trafalgar dió el último golpe á su marina y á su comercio; el pabellon francés no aparecia mas que de tarde en tarde en el Mediterráneo y la Inglaterra se habia hecho dueña de Malta. A instigacion de esta potencia, el bey de Constantina admitió en 1806 la competencia de los malteses, los judíos y españoles, en los mercados donde solo los franceses tenian derecho de comprar: y como de una gran transgresion á la abolicion de un tratado solo hay un paso, el bey le dió, y mediante un censo anual de 267,000 francos, cedió en 1807 á la Inglaterra la investidura de aquellas donaciones. Entonces fué cuando Napoleon encargó al capitan Boutin esplorase todo el litoral de la Argelia, quien con su dedo profético indicó el sitio en que veinte y tres años mas tarde, la Francia debia hallar un abordaje facil y triunfar de los berberiscos. (1) Hácia esta época fué cuando uno de los sabios mas ilustres que honran la Francia, entraba

(1) El imperio fué sin disputa quien preparó la conquista de 1830. Todas las indicaciones del lugarteniente de Napoleon han sido exactamente seguidas respecto al sitio del desembarco, á la marcha sobre Argel y hasta á la fuerza misma del ejército.



cautivo en Argel. Detengámonos un momento en este interesante episodio.

La muerte de Mechain así como los errores que habia cometido en las operaciones concernientes, á la medida de arco del meridiano terrestre, dejaban incompletos los cálculos relativos al espacio comprendido entre Barcelona y Rodas: el gobierno francés encargó á MM. Biot y Arago que pasaran á las islas Baleares, á dirigir y completar este gran trabajo. En Abril de 1807 terminaron las principales operaciones, y M. Biot, gefe de la espedicion, partió para París á fin de redactar las tablas que debian dar el resultado definitivo. Detenido en España para terminar los trabajos, M. Arago se trasladó pronto á Mallorca, y fué á establecerse sobre la cumbre de la montaña de Galatzo, con el fin de comunicar con Ibiza y medir el arco del paralelo comprendido entre estas dos estaciones. Sin embargo, la guerra acababa de estallar entre España y Francia; y mientras que M. Arago proseguia tranquilamente sus operaciones, se estendió el rumor en el pueblo de que los fuegos y señales del sábio y jóven francés, tenian por objeto hacer señas al enemigo. Sublevánse los mallorquines y corren armados hácia Galatzo, dando gritos de muerte. M. Arago no tuvo mas que el tiempo preciso para disfrazarse de campesino, y coger los papeles de sus apuntes, hasta que despues, gracias á algunos amigos, logró pasar á Argel, donde llegó con su bagaje de astrónomo, en una barca de pescador conducida por un solo marinero.

El consul de Francia en Argel, M. Dubis-Thainville, acogió á M. Arago con la mas afectuosa cordialidad y consiguió ponerle á bordo de una fragata argelina que daba la vela para Marsella. Ya estaba á la vista de las costas de Francia, cuando un corsario español famoso ya en aquellos sitios, se acerca á la fragata, se apodera de ella, y lleva prisioneros á España á cuantos halla á bordo. Noticioso empero el dey del insulto inferido á su pabellon, exije y logra

que dé libertad á la tripulacion, por cuyo motivo algunos dias despues de esta notificacion, el navío argelino daba la vela para el Africa. Alzase de repente una horrible borrasca y en medio del contínuo vaiven de las olas el buque es arrojado sobre las costas de Cerdeña; pero allí se presentaba un nuevo peligro. Era la época en que los sardos y argelinos andaban en guerra: abordar hubiera sido volver á caer en otra cautividad: así es que se decidió apesar de un horrible aguacero arrostrar todos los peligros y dirigirse hácia el Africa. El navío desamparado y dispuesto á irse á fondo, tocó por último en Bugía.

Allí supo M. Arago, que el bey que en otra ocasion le habia acogido con bondad, acababa de ser muerto en un motin. Hallóse pues, solo y sin apoyo en medio de los bárbaros que se apoderaron de las cajas que encierran sus instrumentos, porque las creen llenas de oro; le registraron, le amenazaron y ejercieron con él los mas duros tratamientos; pero un morabito indignado del proceder de sus compatriotas, recibe al jóven Arago bajo su proteccion y ambos se dirigen á Argel. Cubierto con el albornoz de los árabes, M. Arago, atraviesa á pié el Atlas protegido por su libertador, y cuando los viageros arribaron á Argel, el nuevo gefe del Odjack que andaba en diferencias con la Francia rehusa recibirlos, y por toda respuesta á las súplicas que le dirige M. Arago, le hace inscribir en la lista de los esclavos y le envía á servir á bordo de los corsarios de la regencia en calidad de intérprete. M. Nordesling, cónsul de Suecia, consiguió algun tiempo despues permiso para hospedar en su casa á el desgraciado cautivo, hasta que por último, el 1.º de Julio de 1809, M. Arago, ya del todo libre se embarcó para Francia.

Volvamos ahora á los negocios interiores del Odjack ¿qué es lo que allí pasa? siempre rebeliones, homicidios, alevosías. Los kabilas continuan furiosos su guerra de esterminio contra los turcos, y los genízaros siempre descontentos con sus gefes los deponen ó estrangulan. Mustafá, á quien hemos

visto nombrarse *el amigo de Bonaparte*, sucumbe bajo sus golpes; Ahmed que le sucede, ocupa con bastante tranquilidad el poder durante tres años, pero el 23 de Julio de 1808, estalla una revolucion y es depuesto. Por fortuna suya, el nuevo dey fué degollado el mismo dia de su eleccion; de suerte que á la mañana siguiente se recurrió á Ahmed para que tomase otra vez las riendas del Estado. Honor bien efímero por cierto, porque el 7 de Noviembre siguiente hubo él mismo de entregar su cuello al verdugo. Alí-Khoadjá que le sucede, muere al poco tiempo en una guerra contra los tunecinos. Hadji-Alí- promovido en 1809, no subsistió cuatro años en el poder, sino ostentando la mas horrible crueldad; logró intimidar á los genízaros, pero nunca consiguió hacerse amar. Viéndo pues que no era posible sorprenderle, recurriose á la perfidia; ganaron al cocinero del palacio, y Hadji-Alí murió envenenado (22 de Marzo de 1815.) Inclinóse la milicia entonces á Omar, agá de los genízaros, pero este conocia demasiado bien las mañas de sus soldados; conoció que no bastaría un solo asesinato para satisfacer su sed de sangre, y no admitió. Un anciano alguacil turco, Mohamed fué elegido dey y en efecto murió asesinado á los catorce dias. Sucedióle Omar renegado griego y por cierto que dió pruebas de habilidad y valor durante los tres años que conservó el poder.

Habiáse reunido ya por este tiempo el congreso de Viena: los plenipotenciarios que le componian volvieron toda su atencion sobre la Argelia, y manifestaron su deseo de unirse para oponer un dique á las rapiñas de los corsarios, pero temiendo la Inglaterra que esta represion pudiese dar á la Francia la influencia que ella misma habia tenido en otro tiempo en Berbería, se opuso á ello. Dirigióse en quel mismo momento á Argel una escuadra americana, compuesta de tres fragatas, una goleta, un brick, y tres shooners, mandada por el capitan Decatu, con ánimo resuelto de libertar á la union del vergonzoso tributo que la habia impuesto el

dey, y obtener la mas pronta y completa satisfaccion. Mucho antes de llegar al frente de la ciudad, los americanos apresaron tres navíos argelinos, lo cual impuso y desconcertó al consejo, del gran turco, y le hizo firmar casi sin reclamacion todo cuanto exijian sus enemigos decididos como estaban á hacer triunfar sus derechos.

No dejó el éxito de esta espedicion de llamar la atencion de las potencias europeas sobre Argel, y desde aquel momento resolvieron abolir la esclavitud de los cristianos en los estados berberíscos. En Abril de 1816, lord Exmouth recibió del gobierno inglés el encargo de tratar con las varias regencias para conseguirlo; al mismo tiempo debia obtener que las islas Jónicas fuesen tratadas lo mismo que las demás posiones británicas. Veinte y seis bajeles de guerra acompañaban al plenipotenciario, cuya comision tuvo buen éxito en Túnez y en Tripoli; pero Argel se mostró intratable. Omar declaró que no consentiria jamás en renunciar á los derechos que tenia de aherrojar á todo enemigo del Odjack si bien prometió consultarlo con el gran señor y atenerse á su decision. El almirante consintió, antes de efectuar ningun acto de hostilidad, que un comunicado del consejo pasase á Constantinopla para saber el parecer de la sublime Puerta; pero el comisionado argelino no trajo respuesta favorable. Además de eso, durante el armisticio, el cónsul se habia visto ultrajado ignominiosamente en las calles de Argel; en Orán y Bona, habian sido además asesinadas las tripulaciones de muchos navíos de su nacion. Lord Exmouth apareció pues de nuevo ante Argel (26 de agosto de 1816) con intencion bien resuelta de concluir de una vez. Aumentada su armada con seis fragatas holandesas, constaba de treinta y dos velas y apenas llegó mandó que comunicasen al dey las siguientes condiciones, ó cláusulas.

1.ª La libertad sin rescate de todos los esclavos cristianos

2.ª Restitucion de cantidades pagadas por los estados sardos y napolitanos para el rescate de sus esclavos.

3.ª Abolicion de la esclavitud.

4.ª Paz con los Paises-Bajos con las mismas cláusulas que con la Inglaterra.

No quiso el consejo acceder á estas cláusulas, y el bombardeo comenzó. Una maniobra atrevida, por la que los ingleses consiguieron dar la vuelta al muelle y anclarse á la entrada del puerto, infundió la consternacion entre los argelinos; el fuego causó horribles estragos, y pronto se comunicó el incendio en el puerto, abrasando una parte de los navíos que contenia. Lord Exmouth escribió entonces al dey que si no se daba prisa á adherirse á las cláusulas ya propuestas, continuaria el bombardeo sin la menor interrupcion.

Omar, que durante todo el tiempo del combate habia ostentado el mayor valor, rehusó desde luego someterse; pero viendo los oficiales de la milicia que la resistencia era cada vez mas imposible, le hicieron ceder. Aprobáronse los cuatro artículos firmados, constituyendo desde luego la base de un tratado definitivo entre la regencia y la Inglaterra.

Luego que Lord Exmouth hubo partido, se maquinó una sorda conspiracion contra el gefe de la regencia: tachábanle los genízaros de traidor y cobarde, á el que si no hubiera escuchado mas que su valor, de seguro se hubiera sepultado bajo las ruinas de Argel; á él que, sabedor de cuanto se maquinaba contra su persona, ocupábase activamente en armar muchos bajeles y hacer reparar las fortificaciones, y todo por evitar un nuevo ataque. Pero ni la habilidad de Omar ni sus buenas intenciones, fueron bastante á conjurar la tormenta: insultado de improviso dentro de su mismo palacio, vióse obligado á tender su cuello al cordon, no sin haber antes hecho inútiles esfuerzos para tratar de aplacar á los sediciosos y hacerlos entrar en razon.

Su competidor y sucesor fué Ali-Khodja, nombre ya afamado en la regencia toda por la crueldad de su carácter.

Los cónsules estrangeros, dice Shaler, que marchaban á su lado en las ceremonias públicas, no llegaban á su sala de audiencia sin haber antes pasado sobre una veintena de cadáveres: rodeado de guardias y vestido con magnificencia, afectaba tener siempre un libro en la mano, y manifestaba en efecto algun gusto por la literatura, pero tan voluptuoso como cruel, ni conocia freno ni obstáculo á sus pasiones; mandaba robar para sí y sin escrúpulo, cuantas mujeres tenian el fatal privilegio de agradarle: y si entre ellas pudieron escapar la mujer y la hija del cónsul de Holanda, fué tan solo por haber sobrevenido la muerte de Alí. Este mónstruo atacado de la epilepsia, esperimentó una muerte horrorosa, mas nunca lo fuera tanto como los tormentos y dolores que causó. Habia segado mas de mil quinientas cabezas, en el corto espacio de algunos meses que duró su reinado; vigilante hasta el estremo, seguia con su mirada inquieta todas las tramas de los genízaros. Hizo mudar el tesoro público á la Kasbah, donde estableció su residencia, y al apoderarse de aquella fortaleza, esclamó: «¡Ahora sí que soy amo!» Y así fué en efecto, porque habiendo tratado los genízaros de oponerse á tal innovacion, Alí los hizo ametrallar inhumanamente, desde cuya época una guardia compuesta de moros indígenas, estuvo dedicada á su persona, y veló por su seguridad.

Alí-Khodja tuvo por sucesor á Hussein-Khodja, último bey de Argel. Llamado al trono por la postrer voluntad de Alí, negóse Hussein al principio, pero fueron tantas las instancias del consejo, que se vió obligado á aceptar. «Me iba en ello la cabeza,» decia él mismo refiriendo su elevacion al bajalato, y aludiendo á su viage á París en 1835; «porque los miembros del consejo cuyos sufragios recayeron »sobre mi persona, me hubieran pedido cuenta del despre»cio que yo parecia hacer de su voto, hubiéranme echado »en cara que habia defraudado altas esperanzas, y debido »reconocer como enemigos á todos cuantos pretendientes

»pude yo ganar. Habiendo además uno de estos candida»tos escalado el trono, fácil le hubiese sido desembarazarse »de un hombre que poseia el afecto del pueblo; pues nada »mas sencillo que ocultarle que este hombre habia sido »nombrado por el testamento del bajá, y despues elegido »por el consejo. Podia pues hacerme peligroso para el dey, »puesto que era la sola garantía de mis electores; fuerza »me fué aceptar.» Por muchas y grandes que sean las disposiciones y generosidad que se haya podido conceder á este, así como su mucha justicia y sagacidad, preciso es confesar que al propio tiempo Hussein fué blanco de las caprichosas violencias de los genízaros. Habiendo cierto dia salido de la Kasbah para recorrer las fortificaciones que se levantaban sobre la orilla del mar, estuvo á punto de ser asesinado por estos revoltosos. Nacia esta enemistad no de que tuviesen agravios que vengar en él, puesto que su elevacion era de corta fecha, sino de que creian poder esperar al verificarse nueva eleccion que el dey recien nombrado les otorgase mayor número de ventajas. Persuadido Hussein de que su persona estorbaba, se refugió mas que deprisa en su palacio de la Kasbah, donde tuvo la paciencia de permanecer hasta que doce años despues el general Bourmond paseó victoriosamente sus tropas por Argel.

CAPITULO XI.

DOMINACION FRANCESA.

Motivos que ocasionaron la espedicion de 1830.—Hussein-Pachá.—Bloqueo de Argel.—Partida de la armada y del ejército.—Naufragio de los bricks *Aventura* y *Silene*.—Escala en Palma.—Sidi-Ferruch.—Desembarco.—Batallas de Staoueli y de Sidi-Khalef.—Marcha sobre Argel.—Cerco de la plaza.—Sitio del fuerte el emperador.—Capitulacion de Argel.

Hénos por fin en la época mas interesante de nuestra historia; la Francia á su vez, despues de tantos pueblos célebres, impone tambien sus leyes al Africa septentrional: cábela pues de derecho la tan difícil cuanto arriesgada mision, de prestar nueva vida á aquella tierra, tornándola todo el brillo, todo el esplendor y toda la civilizacion con que Roma la engalanara en otros tiempos. Semejante tarea nunca hubiera podido ser desempeñada por su último gobierno; impotente hasta el estremo, la administracion de Cárlos X para llevar á cabo tan magna empresa, aun estaban recientes las llagas que la espedicion de Lord Exmouth le habia hecho en 1816, apenas palpitaba aquel corazon herido de muerte, y no tan solo se hallaba desprovisto de todo medio de accion, sino que agobiado por otra parte el isla-

mismo, bajo el peso de una deplorable caducidad, hallábase incapacitado de producir una obra grande. Necesitábase pues, un pueblo nuevo de robusta musculatura, y animado de ideas grandes y generosas, necesitábase un principio humanitario capaz de sacar al Africa del estado de embrutecimiento en que la habian sumido veinte eternos siglos de opresion, de guerras, de luchas y de invasiones; los mismos que nos separan de este período tan sublime y floreciente, y en el que la hemos visto bajo el patronazgo de Roma, tomar tan activa parte en el movimiento general de la civilizacion.

Confesémoslo de una vez: la espedicion que ha dado á Francia la posesion de Argel, no fué desde luego comprendida bajo ámplias y sociales miras, y menos aun con ánimo de llegar á un establecimiento duradero. No por cierto; queríase tan sólo conseguir una reparacion por particulares agravios, destruyendo además la piratería, dando un golpe de muerte á la esclavitud de los cristianos, y aboliendo para siempre el vergonzoso tributo que las potencias marítimas de Europa pagaban á la regencia.

Tan vagas eran estas ideas, que Cárlos X y el príncipe de Polignac, su primer ministro, concibieron el proyecto de confiar á Mehemet-Ali la venganza de la injuria hecha á la Francia, ofreciéronsé para ello al bajá de Egipto diez millones de francos, todos los medios de trasporte necesarios, y cuatro navíos de línea montados y dirigidos por marinos franceses; con este socorro Mehemet-Ali se encargó de destruir á Argel, cortando de raiz la piratería, si bien Mr. de Bourmon y muchos de sus colegas se opusieron desde luego á la ratificacion del tratado. Cárlos X manifestó en esta ocasion sentimientos dignos de la Francia; y como sus consejeros conociesen lo importante que era contener los embates de la política interior, puesto que la monarquía ya vacilante bajo los golpes repetidos del liberalismo, requeria ser defendida con energía, necesitaba de una reciente conquista

cuyo brillo fascinador hiciera menos peligroso un golpe dado á las instituciones. La espedicion de Argel fué considerada por Cárlos X y su gobierno, como una de las muchas medidas ilegales meditadas con madurez, y que debian á la larga producir para el trono un nuevo elemento de fuerza.

Fuera del gobierno y por el descontento que inspiraba á las masas, la conquista del Africa fué mirada con indiferencia por los unos, y con fatal descrédito por los otros. Convencidos de que este ímpetu guerrero ocultaba tras las gradas del trono un pensamiento funesto, los diversos órganos de la opinion pública pusieron todo su conato en desviar las opiniones. Circulaban con este motivo las especies mas alarmantes; decíase que faltaba el agua en los alrededores de Argel; que el calor era allí intolerable; que no se hallaban bosques para los trabajos de sitio, y finalmente; que el ejército seria destruido antes de haber combatido. Por otra parte, no faltaban hombres á propósito que abultaban esas inquietudes presagiando la imposibilidad del desembarque. Encerrados por el contrario en sus opiniones los señores Dupetit-Thouars y Guy de Teradel, que se habian hallado en el bloqueo de Argel, manifestaron que el desembarque era no solamente practicable, sino fácil. Calcúlese pues, si eran pocos los pareceres bajo cuya influencia fueron acogidos los primeros proyectos de espedicion francesa en Africa. Veamos ahora cuales fueron los motivos de esta espedicion.

Así las relaciones de buena inteligencia que existian entre la Francia y la república argelina desde el reinado de Luis XIV, como el terror que Napoleon habia inspirado á las regencias berberiscas, cesaron con la restauracion como todos saben. La política observada en 1815 por el representante de Francia en Argel, tenia tal carácter de debilidad, que no podia infundir ni confianza ni respeto. M. Deval que habia nacido en el Levante, gran conocedor de la lengua turca y de los usos orientales, fué nombrado cónsul general en Turquía en 1815. Habia desempeñado durante

largos años las funciones de dragoman en Pera, donde se habia familiarizado con las formas suaves y obsequiosas que las autoridades musulmanas exigen siempre por parte de los agentes inferiores. De esta suerte habia consentido, sin violencia en que el censo anual de la compañía de Africa fuese cargado con 60,000 á 200,000 francos; y habia dejado imponer á la Francia la condicion de no construir en los límites de sus dominaciones, ni fuerte ni recinto dotados de artillería; privilegio reservado en los antiguos tratados.

Al ver tanta debilidad el dey de Argel, publicó resueltamente el proyecto de espulsar la compañía de Africa de sus posesiones y arruinar sus establecimientos: violó el privilegio de la pesca del coral, exigiendo por ella un enorme tributo, y negó despues su conformidad al derecho marítimo internacional: de esta suerte intentaba proseguir su sistema de piratería, cometiendo de continuo contravenciones en los reglamentos fijados para la visita de las embarcaciones, y autorizando y animando por último, bajo diferentes pretestos, el robo de las embarcaciones que navegaban bajo la proteccion del pabellon francés. Pero hubo un insulto, hácia el representante de Francia, que produjo un pronto rompimiento. Veamos cómo pasó: admitido M. Deval el 27 de Abril de 1827 en la audiencia del dey, para felicitarle y ofrecerle segun costumbre sus homenages y los de su soberano, la víspera de las fiestas del Beyram, Hussein le preguntó si no habia recibido contestacion á la carta que él habia escrito al ministro de negocios estrangeros, y como el cónsul le respondiese negativamente, entonces el dey le sacudió fuertemente con el espanta moscas, mandándole en seguida que se retirase. Tal es la narracion oficial que existe en la chancillería francesa.

Si hubiésemos de dar crédito al moro Sidi-Hamdan, la respuesta de M. Deval estuvo muy lejos de ser templada. «Mi gobierno, dice que dijo, no se digna contestar á un hombre como vos.» Palabras que pronunciadas ante toda la



El Dey de Argel sacude fuertemente en la cara con el espantamoscas al consul de Francia Mr. Deval, en presencia de toda la corte, el 27 de abril de 1827.

corte, hubieron de herir de tal modo el amor propio de Hussein, dice Sidi-Hamdam que no siendo dueño de sí mismo y ahogado por la cólera, le sacudió un golpe con el espanta moscas (formado de paja de dátiles). De este modo. aun adoptando de las dos versiones la que es mas favorable al dey de Argel, se ve que en esto rompimiento de la Francia con la regencia; las primeras faltas procedieron de la parte del dey: pues si abrigaba alguna razon para odiar al cónsul, lo cual ignoramos, nunca pudo tenerla para golpearle.

Referíanse las reclamaciones del bajá á un crédito que debia el gobierno francés á la casa Bacri, de Argel; á cuyo gobierno ella misma era deudora. En tiempos de la república, el judío Jacob Bacri habia hecho para la Francia algunos acopios de trigo: es decir, si hemos de creer á M. Labbey de Pompieres, la casa Busnach y Bacri vendia á la Francia trigos que fletaba en Berbería en embarcaciones neutrales; los corsarios, prevenidos con tiempo, arrebataban los navíos á su salida del puerto, y los volvian á llevar á Argel ó á Gibraltar, donde los trigos eran rescatados á bajo precio por los Bacri que los revendian á la Francia: lo cual daba lugar á que llegasen dichos granos á Tolon de tal manera averiados, que no servian sino para ser arrojados al mar. El 15 de Febrero de 1798, recibieron los Bacri en pago, del ministro de marina, M. Pleville de Peyey una suma de 1.589,748 francos, y municiones navales de toda especie en gran cantidad; pero todo ello no formaba mas que una pequeña fraccion, puesto que el guarismo total de su crédito ascendia á 14 000.000 de francos. Determinaron pues los Bacri hacer valer sus nuevas reclamaciones por medio de uno de sus comisionados llamado Simon-Abucalla, á quien hicieron pasar por un amigo del dey y hermano de una de sus mujeres: el tal Simon ocupó un puesto entre los embajadores; iba á casa de los ministros, recorria sus oficinas, y á todos amagaba con la cólera de su supues-

to cuñado, cuando descubierta su trama en el jardin de Tortorio, fué encerrado en el Temple con Jacob Cohem-Bacri, su señor. Algun tiempo despues se les puso en libertad. El negocio estaba entorpecido, y las exigencias parecian haberse enfriado.

Derrúmbase el imperio, y entonces los Bacri reanimaron sus mortecinas reclamaciones; mas no era la ocasion propicia, y volvieron á aplazarlas. Sobrevino la restauracion, y las comenzaron de nuevo, consiguiendo que se verificase un convenio el 28 de Octubre de 1819, con las casas argelinas Bacri y Busnach, aprobado y ratificado por el dey; y acordaron que el total del débito francés á estas casas, era el de 7.000,000 de francos. El artículo cuarto de aquel arreglo, concedia desde luego á los súbditos franceses que se hallaren en el caso de ser por sí mismos acreedores de Bacri y Busnach, el derecho de reclamar al real tesoro, cantidad equivalente á sus créditos, segun dictámen prévio de los tribunales de comercio de París ó de Aix, encargados ya de despachar los espedientes. Habiendo probado los súbditos franceses la legitimidad de 2.000,000 y medio de títulos, se pagaron 4.000,000 y medio por Bacri, y el resto fué colocado en la caja de depósitos hasta que recayese el fallo definitivo de los tribunales. Trascurriéron los años de 1824 y 1825 en el exámen de estos títulos, pero el dey, impaciente por apoderarse del resto de los siete millones, dirigió en Octubre de 1826 al ministro de negocios estrangeros una carta en la que le amonestaba que á la mayor brevedad remesase á Argel los 2.000,000 y medio, añadiendo que los acreedores franceses debian probarlo á él y á nadie mas, la exactitud y legitimidad de sus reclamaciones. El baron de Damas, ministro á la sazon de negocios estranjeros, no juzgó oportuno responder por sí mismo á tan inconveniente ó embarazosa carta, y se limitó á manifestar al cónsul general que la peticion del dey era inadmisible en atencion á que se oponia directamente al con-

venio de 28 de Octubre de 1819. De aquí las recriminaciones y los insultos que ya saben nuestros lectores.

El gobierno francés no vaciló en esta ocasion, y tomando partido por su representante, el Monitor del 5 de Junio de 1827, anunció á la Europa toda, que habia salido de Tolon una escuadra, para pedir satisfaccion del insulto hecho á la Francia por el dey de Argel, así como por otros muchos agravios de que tenia queja.

Hussein-Dey, que dirigia entonces las riendas del gobierno de la regencia, no era un hombre vulgar. Veamos sus antecedentes. Habia nacido en Vourla, pequeña ciudad del Asia menor (1); otros dicen que en Esmirna. Su padre, oficial de artilleria al servicio de la Puerta otomana, puso especial cuidado en su educacion, y enviándole oportunamen á Constantinopla para que allí se alistase en el cuerpo de los Topjis, ó artilleros del sultan, fué tal su aptitud y su celo por el buen servicio, que el jóven Hussein no tardó en ser estimado de sus gefes, alcanzando al poco tiempo un grado superior en este ejército. Pero era pertinaz é irascible, defectos que no podia vencer, y que sirvieron para darle mas fijeza en su carrera militar, al propio tiempo que le abrian el anchuroso campo que debia conducirle á su futura grandeza.

Castigado con severidad cierto dia por haber faltado á la disciplina militar, concibió el proyecto de eximirse de ella, y partió secretamente para Argel, donde se alistó en los jenízaros (2). Luego que vistió el uniforme de la milicia

---

(1) Vurla está situada sobre la orilla de la mar, á 53 kilómetros de Esmirna. Algunos biógrafos pretenden que Hussein nació en Esmirna hácia el año de 1773; otros hacen remontar su nacimiento á 1767.

(2) Tan luego como un individuo formaba parte de esta milicia, la justicia turca no tenia ya ningun dominio sobre él. El mayor culpable, aunque fuese un asesino perseguido, si conseguia in-



argelina, renunció la gloria de las armas para entregarse ó dedicarse al comercio, creándose de este modo una posicion independiente. Todo soldado perteneciente al Odjack, podia á su antojo elegir su ocupacion: érale permitido ejercer un oficio cualquiera, si le tuviere, y aun podia retirarse, con tal de estar siempre listo tan luego como el servicio del estado reclamase su presencia. Comenzó Hussein con una tienda de prendería en Asonaka, parte baja de la ciudad: con su actividad, con su órden y economía, no tardó en juntar considerables ganancias, con las cuales pudo solicitar y conseguir el empleo de director del depósito de trigo. En esta nueva posicion, demostró la aptitud y talentos económicos de que estaba dotado para la administracion de los negocios, y entonces Omar-Pachá, bey de Argel, le distinguió y nombró para desempeñar las funciones de secretario de la regencia, y de *mir-akhor* ó sea caballerizo mayor; confiándole despues la administracion de todos los dominios pertenecientes al Estado, con el rango de Kodja-el-key (director de fincas del Estado) y miembro del consejo. Alí, sucesor de Omar-Pachá, manifestó por su parte las mismas benévolas disposiciones respecto de Hussein, y añadió nuevos honores á los que ya se le habian conferido.

Hemos dicho que el reinado de Ali fué de corta duracion; que á su muerte legó el poder á Hussein, considerado como el solo hombre de la regencia digno de sucederle, y en fin, hemos manifestado la sorpresa de Hussein cuando el consejo ratificó la última voluntad de Alí, así como los motivos que le impidieron dimitir. No faltan escritores que quieren esplicar de otro modo su elevacion, diciendo que Hussein llegó al empleo supremo de gefe del Odjacck, ca-

---

troducirse en casa de un reclutador de la regencia, diciéndole: «Yo me alisto» quedaba libre al momento mismo; pudiendo presentarse en la calle, y decir á los que le perseguian: «Soy jenízaro de Argel:» con lo cual le dejaban libre y tranquilo.



llando el secreto de la muerte de Alí por algun tiempo, y consiguiendo durante este interregno, los medios que debian conducirle al poder. Nosotros no nos decidimos por ninguna de estas versiones, si bien la primera se halla comprobada por las palabras mismas de Hussein; pero creemos que tuvo necesidad el nuevo dey, de tanto talento como habilidad para elevarse y mantenerse en tan elevado empleo. Y si necesitaramos corroborar nuestra opinion, apelariamos á la buena administracion de que dió tantas pruebas durante el tiempo de su reinado. Los argelinos que le conocieron, aseguran que su administracion se distinguió por cierto sello de justicia y firmeza de que carecian sus antecesores. Profesaba la mas viva admiracion hácia el sultan Mahmud así como hacia Mehemet-Alí, regenerador del Egipto; estudiaba los progresos de la civilizacion europea; dícese que se proponia iniciar á la regencia en algunos de sus beneficios. Quizás habria conseguido su objeto á no cometer contra la Francia la grave falta en que incurrió.

Sintióse hondamente en Francia el ultraje inferido á Mr. Deval, y apesar de la fuerte oposicion que existia entonces contra el gobierno, viéronse con júbilo partir las embarcaciones que debian vengar el insulto hecho á aquella nacion. La division naval, cuya partida habia publicado el Monitor, iba mandada por el capitan de navío Collet; componiase del navío *Diadema*, de las fragatas *Aurora*, *Cibeles*, *Vestal*, *Constancia*, y *Maria Teresa*, mandadas por los señores Villaret-Joyeuse, Maret d'Oysonville, Lenormand de Kergrist y Fouque, capitanes de navío; de los bricks *Corsaro*, *Fauno*, *Adonis*, de la gabarra *Volcan*, de las goletas *Antorcha*, *Alsaciana* y *Centella*; en junto, treinta embarcaciones.

La goleta *Antorcha*, mandada por Faure, capitan de fragata, fondeó en la rada de Argel el 11 de Junio de 1827, y remitió al cónsul Deval los despachos del gobierno francés, que le intimaban dejase su habitacion, pero este pasó

á bordo el 15, é hizo publicar una disposicion, que mandaba á todos los franceses residentes en Argel, abandonar aquella ciudad y embarcarse inmediatamente. En vano se apresuró el dey á advertirlos que no habia sido su intencion insultar á la Francia, ni estar en guerra con ella, que sus cuestiones con el cónsul eran puramente personales, y que podian permanecer pacíficamente en sus estados, donde los protegeria con todo su poder; á pesar de estas protestas, se puso por obra la órden del cónsul: M. Fobert y su familia, así como un sacerdote y cinco personas mas, pasaron á bordo de la escuadra, remitiéndose en seguida al dey, por conducto del cónsul de Cerdeña una nota diplomática. El comandante Collet espresaba en ella un lenguaje digno de la Francia; pero fuerza es decirlo, Luis XIV, vencedor de los argelinos, les impuso condiciones menos humillantes, cuando tuvo necesidad de vengar, no tan solo un insulto, sino tambien la muerte de su cónsul, destrozado á la boca de un cañon. Júzguese por el testo mismo de esta nota.

1.° «Los principales personages de la regencia, á escepcion del dey, pasarán á bordo del comandante para dar, en nombre de ese príncipe, las disculpas al cónsul francés.»

2.° «A una señal convenida, el palacio del dey y todos los fuertes deberán enarbolar la bandera francesa y saludarla con cien disparos de cañon.»

3.° «Los objetos de toda clase como propiedad francesa, embarcados en los navíos enemigos de la regencia, no podrán ser secuestrados.»

4.° «Los buques que lleven pabellon francés no podrán ser visitados por los corsarios de Argel.»

5.° «El dey, por un artículo especial, mandará se lleven á efecto en el reino de Argel las capitulaciones entre la Francia y la Puerta otomana.»

6.° «Los vasallos y navíos de los estados de Toscana, de Luca, de Piombino y de la Santa Sede, serán considera-

dos y tratados cuál si fuesen súbditos del rey de Francia.»

La lectura de esta nota irritó sobremanera al dey pero su contestacion fué muy comedida. Recordaba solamente:

1.° El negocio Bacri y los siete millones pagados por el gobierno francés, de los cuales ni la regencia ni sus súbditos habian aun recibido nada.

2.° Las fortificaciones levantadas por los franceses en la Cala.

3.° La violacion de los tratados por parte de la Francia, que concedia banderas, pasaportes y proteccion á súbditos de potencias estrangeras que no tenian tratado alguno con la regencia. Aquí dió principio el bloqueo de Argel y de sus costas. Aumentóse la division naval con los navíos la *Provenza*, *Tridente* y *Breslaw*. Y el dey por su parte, mandó al bey de Constantina que destruyese los establecimientos franceses en Africa, comenzando por el fuerte de la Cala que fué arruinado enteramente, el 21 de Junio, tan luego como los franceses lo hubieran evacuado.

Ocupóse desde luego la escuadra en estrechar hacia el puerto de Argel á los corsarios argelinos, apesar de que algunas faltas consiguieron merced á la oscuridad de la noche y á su débil calado sustraerse á la vigilancia de los guarda-costas causando no poco cuidado al comercio francés. El brick *Arlequin* fué apresado por ellas á la altura de Atra Y el 3 de Setiembre, el navio *Macabeo*, que salió de Marsella con un convoy que regresaba al Senegal separado de él por un fuerte huracan fué atacado á la altura del cabo de Gata, por una balandra argelina, que haciéndole presa le condujo á Orán. El dia siguiente, el brick de guerra *Coracero* tropezó con el corsario y el navío capturado; la balandra, que estaba bien dispuesta para la marcha, logró refugiarse en el puerto de Orán; pero el *Macabeo* fué recuperado con los nueve piratas que le montaban.

El 14 y el 16 de Setiembre, la corbeta *Cornelia* la gabarra *Hecla* y el brick *Fauno*, destruyeron unos barcos ar-

gelinos cargados de granos y de sal, apesar del recio fuego que desde la costa se les dirigia. Algun tiempo despues la division naval encargada del bloqueo se desmembró por la partida de los navíos *Provenza*, *Tridente* y *Breslaw*, que se despacharon al Levante, y Collet endosó su pabellon de mando sobre la fragata anfitrides.

Cansado del bloqueo, determinó el consejo que la division fondeada en el puerto de Argel aventurase salir de él; empresa que á tener el éxito esperado, de seguro que Francia hubiera tenido que moderar sus pretensiones y concluir antes y con antes un tratado con el dey. Por fortuna para la Francia el comandante Collet hizo fracasar la empresa, y su conducta, en aquellas circunstancias coronó á su brillante carrera.

Once buques de guerra argelinos, entre los que se contaba una fragata de 44 cañones, con el pabellon de gran almirante; cuatro corbetas de veinte y veinticuatro, seis brick ó goletas de diez y seis y diez y ocho, componiendo todo tres mil doscientos sesenta hombres de equipage, salieron del puerto de Argel en la noche del 4 de Octubre de 1827, con intencion de ejercer la pirateria en el Mediterráneo y en el Océano: dirigiéndose hácia el Oeste, pero guardaba de cerca la costa el comandante Collet, quien replegó á si la fragata *Galatea*; los bricks *Fauno*, y *Cigüeña* y la goleta *la Champenoise*, y atacó á la escuadra argelina en el puerto, despues de haberla dado no poco que hacer. El viento era fuerte y apesar de que la marejada llevaba á tierra la fragata del comandante acompañó al enemigo á cañonazos hasta bajo las baterías de la bahia. Trabóse el combate con fuerza á las doce y media; dos veces el enemigo retrocedió completamente, hasta que á las dos horas y media, se guareció de sus baterías, y por la noche volvió á entrar en el puerto. Sin la gruesa mar y la prosimidad de las costas, Collet hubiera destruido enteramente aquella division, pero á pesar de todo quedó inhabilitada para ocasionar en lo sucesivo ningun perjuicio al comercio francés.

Apreciando como debia el dey, toda la importancia de esta tentativa, ofreció cien mil pesos á la tripulacion que se apoderase de una de las fragatas francesas, y mil pesos fuertes por cañon, dejando á parte un rico caftan y un sable de gran valor para el comandante: ofrecimientos que fueron inútiles, porque los argelinos fueron rechazados y reconocieron catorce muertos y sesenta y dos heridos.

No se presentaba el año de 1828 bajo mas risueños auspicios; los negocios de Oriente habian absorvido toda la atencion del gobierno, que apenas se ocupaba del bloqueo de Argel, donde los marinos franceses soportaban con valor los trabajos del mas penoso crucero. La escuadra argelina estaba desarmada, es cierto; pero siempre habia que temer los escollos de la costa, las borrascas y las enfermedades, que causaban grandes estragos á bordo de sus barcos cruceros.

Por lo demás aquel año no fué fecundo en sucesos, y únicamente merece citarse el hecho siguiente: M Ropert, comandante del brick *Adonis* y de la subdivision encargada del bloqueo de Orán, resolvió apoderarse del navio *Arlequin* que los piratas habian capturado y amarrado al fuerte Mers-el-Kebir. Este atrevido golpe de mano, se llevó á cabo perfectamente. El tiempo era favorable y M. Ropert hizo armar para guerra el 28 de Mayo por la tarde, las chalupas *Adonis* y *Alerta*, las cuales abordaron al brick una hora despues de la media noche, sin responder al fuego del enemigo y le remolcaron hacia el *Adonis* y *el Alerta* que estaban cerca de las fortificaciones dispuestos, en caso de necesidad á entrar en el puerto y emboscarse en él.

Al abrir la sesion de 1828, recordó Cárlos X las quejas de la Francia contra la regencia de Argel y amenazó al dey con un ejemplar castigo; pero no estando todavía preparada la opinion pública para un grande acontecimiento militar, y siendo entonces la economía el único objeto á que para popularizarse, tendia la cámara electiva, hizo poco caso de las

palabras de la corona. El gobierno sin embargo no habia echado en olvido el proyecto de la espedicion contra Argel concebido en 1827 y una comision, presidida por el genera Loverdo, preparaba para el ministerio de la guerra, un plan de ataque y los medios de ejecucion. Tambien á fines de Mayo de 1828 se dieron órdenes para efectuar una reunion de tropas en el medio dia de Francia; mas prevaleció de nuevo el sistema de irresoluciones, se continuó el bloqueo por mar y se tornó á echar mano de las negociaciones.

Ninguna importancia tenia en 1829 la cuestion de Africa en los debates parlamentarios, pues la política interior del gabinete era la sola que estaba á la órden del dia, si bien es cierto, que á la apertura de la sesion, empezó á tomarse en consideracion. El 5 de Febrero decia el rey á los pares y diputados. «Un bloqueo rigoroso, cuyo término »está fijado, en el dia en que haya recibido la satisfaccion »que se me debe, contiene y castiga á Argel protegiendo al »comercio francés.» A su vez el ministro de marina se expresaba del modo siguiente en los bancos de la cámara de diputados; «Respecto á los berberiscos, estamos informados de »que la regencia y poblacion de Argel están fatigadas con el »bloqueo rigoroso que nuestra marina ha sabido mantener »estrechamente á pesar de los rigores del invierno. Diez em»barcaciones entre las cuales se cuentan un navío y cinco »fragatas, estan destinadas á aquel objeto, al propio tiempo »que otras veinte y cinco van á escoltar las espediciones del »comercio, y debemos creer que por ahora con solo el blo»queo tendremos las satisfacciones exigidas, sin que haya »necesidad de recurrir á otros medios, que en todo caso »deberían discutirse con madurez.» La cámara de los diputados manteniéndose en una tímida reserva contestó á esta comunicacion así; «Razones de justa queja han armado con»tra Argel las fuerzas de vuestra magestad, y nosotros des»cansamos en el vigor de las medidas que ha tomado para »proteger eficazmente á nuestro comercio y vengar el pabellon

»francés, unido siempre en su honor con la fortuna de nues-
»tros reyes.»

Se vé pues que la cuestion de Argel entraba solo incidentalmente en las discusiones políticas. Preveian como por instinto que algun dia podrian tener importantes establecimientos en las costas septentrionales de Africa; pero nadie se hallaba dispuesto á tratar á fondo tan grave asunto. Con motivo de un proyecto de empréstito habló M. Rous de la Argelia, é invitaba al gobierno á que tomase algun partido; porque el bloqueo sin perjudicar directamente á los argelinos no daba bastante seguridad á los armadores; y le pedia que no perdiese esta ocasion de defender la causa de toda Europa, limpiando de piratas al Mediterráneo, y libertando para siempre á la cristiandad de los tributos que les pagaba. «La cesion de algunos puertos fortificados sobre la »costa, añadia al final de su discurso, nos ofreceria garan»tías, al mismo tiempo que nos pondria en relaciones con »los beduinos, á quienes podiamos ser útiles con ventaja »nuestra. No nos entreguemos al deseo de apropiarnos las »mejores tierras que cercan el Mediterráneo, pero tampoco »descuidemos las ventajas que presenta un magnífico suelo »que casi distinguimos desde nuestras casas, con el que nos »podriamos comunicar en quatro dias, y que es apropósito »para producir los géneros mas preciosos que vamos á bus»car á comarcas lejanas. En lugar de probar á sujetarlos, »tratemos como amigos á los naturales del país; enséñemos»los á gobernarse por medio de leyes que los convengan: »no los contrariemos en el ejercicio de su religion, y volva»mos á llevar á aquellas comarcas la civilizacion que los ha »distinguido tan eminentemente en otros tiempos; asi vere»mos á los africanos, dejando sus costumbres nómadas, reu»nirse sucesivamente en poblaciones permanentes. Demos »los instrumentos de agricultura y no tardarán ellos mismos »en admirarse al ofrecernos en cambio las producciones de »los dos mundos. No dudemos que no tardarían en ser nues-

» tros amigos, si nos conociesen solo por nuestros beneficios.»

No se debe olvidar que estas opiniones se remontan á 1829, época en que no se habia aprendido á conocer el carácter árabe y por consiguiente era lícita la ilusion. Este discurso fué escuchado con indiferencia, pues queriendo la cámara derribar al ministerio, pasaba desapercibido todo lo que no tendia á este objeto.

Desde la vuelta de M. Deval á Francia, habian tenido lugar algunas conferencias entre el dey y los negociadores franceses, con objeto de que cesase un estado tan perjudicial para ambas partes. Estas negociaciones no produjeron ninguna solucion y se llegó asi al año de 1829. Habíase promovido á M. Collet al grado de contra almirante; pero su salud quebrantada por veinte meses de un penoso crucero, le obligó á dejarlo y entró en Tolon donde murió un mes despues de su llegada. El capitan de navío de la Bretonniere le habia reemplazado en el mando de la estacion. Hasta entonces no habia sufrido la marina francesa ninguno de los siniestros tan frecuentes en la costa de Africa, que despues causaron á la Francia pérdidas bien sensibles.

El 17 de junio de 1829 se enviaron al cabo Delis seis chalupas armadas de las fragatas *Ifigenia* y *Duquesa de Berry* para que se apoderasen de un corsario argelino anclado cerca de la costa. Tres de estas chalupas se acercaron al navío, é intentaron algunas embestidas; pero á las otras las echaron á tierra las marejadas y la fuerza del viento no permitió que las volvieran á poner en flete. Viéndose perdidos los hombres que las montaban, en número de ochenta, cojieron sus armas decididos á vender bien cara su vida á los inumerables beduinos que se habian reunido en la playa. El combate fué mortífero y los marinos franceses hicieron prodigios de valor, batiéndose como desesperados bajo la direccion de los discípulos de primera clase, Cassius y Barginac, que en esta accion desplegaron mucho valor y grande energía. ¿Pero qué podia un puñado de va-

tientes contra mil doscientos ó mil quinientos indígenas animados por la sed de venganza y pillaje? Así es que sucumbieron al número; sin embargo, la mayor parte logró salvarse á nado y fué recogida por las otras embarcaciones. Cassius y Barginac con otros veinte marineros fueron asesinados despiadadamente! Unicamente fué conducido á Argel el marinero Martin de la *Duquesa de Berry*: que herido gravemente en la cabeza, solo debió la vida á la bravura y generosidad de un árabe que habiéndole hecho prisionero, le defendió de la ferocidad de sus compatriotas y le presentó al dey. Debemos decir en alabanza de Hussein-Pachá, que para recompensar aquella buena accion y hacerlas mas frecuentes en adelante, dió una gratificacion de 200 piastras á este árabe, mientras que solo dió 100 por cada cabeza que se le presentó. En cuanto á la inaccion en que quedaron las dos fragatas y tres chalupas que no fueron echadas á la playa, no se puede censurar, pues hay en ella una cuestion de táctica naval que no puede juzgar un historiador. Este desastre esparció algunos gérmenes de desaliento en los tripulantes de los navíos cruceros. Por otra parte el gobierno deseaba concluir una transaccion con el dey, porque el bloqueo era cada dia mas oneroso á la Francia. Conforme á las instrucciones que recibió M. de la Bretonniere solicitó una entrevista con el dey, y el 30 de julio de 1829 el navío *Provenza* que mandaba él mismo y el brik *Alerta*, fueron á anclar como parlamentarios en la rada de Argel. Una embarcacion condujo á tierra á MM. de la Bretonniere á Gabié su secretario, á Bianchi su intérprete, á Andrés de Nerciat, capitan de fragata, y á una guardia de honor. Los oficiales fueron introducidos en casa del ministro de marina, que al mismo tiempo tenia la cartera de los negocios estranjeros, y convinieron en que el dey los recibiria en audiencia á la mañana siguiente en su palacio. El 31 al medio dia, se hallaba el enviado francés y su comitiva en el muelle, acudiendo tambien á la cita el cónsul de Cerdeña y el intérprete

del dey. Mientras aguardaba su introduccion en la Kasbah descansó el cortejo en la casa de la marina, en la sala del *divan kané* (sala del consejo). Esta sala hecha segun el gusto morisco, hacia poco tiempo, era muy bonita y probaba que los argelinos no habian perdido del todo la gracia para la arquitectura: fuentes de mármol y juegos de agua mantenian en ella una frescura agradable. En la entrada de la sala habia un elevado kiosco desde el cual se estendia la vista por el puerto y todo lo largo del muelle.

Un espectáculo bien aflictivo, parecia haber sido dispuesto para los parlamentarios franceses: las tres chalupas de *la Ifigenia* y de *la Duquesa de Berry*, tristes despojos de la desgraciada tentativa del 17 de junio, habia sido puestas á su paso de manera que no pudiesen escapar á sus miradas y muchos muchachuelos se agrupaban al rededor de ellas, esforzándose con sus voces y gritos en atraer sobre estos objetos, que los argelinos consideraban como trofeos de una gran victoria, la atencion de los franceses.

Introducidos en el primer patio del palacio del dey, esperaron M. de la Bretonniere y su comitiva á que volviese un oficial que habia ido á prevenir á S. A. su llegada. En este sitio, que formaba un rectángulo, era donde algunas veces acostumbraba á dar audiencias públicas el dey. El trono, especie de sofá colocado en un estrado pequeño de madera cubierto de paño encarnado, se elevaba bajo una galería que le servia de dosel. Despues de algunos minutos de espera, vinieron á anunciar que S. A. se dignaba admitir en su presencia al enviado del rey de Francia. M. de la Bretonniere y M. de Nerciat, precedidos de sus guardias llegaron á una galería larga y estrecha, á cuya estremidad percibieron al dey sentado y rodeado de sus oficiales superiores. Antes obligaba la etiqueta á los cónsules y comandantes de navíos europeos á que besasen la mano al dey y hacia algunos años que se limitaban á un simple saludo y á tocar la mano que el pachá los alargaba

en señal de amistad; pero estaba absolutamente prohibido á los estranjeros presentarse ante él con armas. Habiendo rechazado altivamente M. de la Bretonnière algunas observaciones hechas sobre este punto, conservó su espada como tambien los oficiales que le acompañaban; pero no se les permitió sentar, y se vieron obligados á estar en pié durante la conferencia que duró mas de tres horas. Despues de una discusion muy animada, en que el dey formuló exorbitantes pretensiones, se aplazó para la mañana siguiente.

En esta segunda conferencia, que tuvo lugar el 2 de agosto, no queriendo el dey rebajar en nada sus pretensiones, el negociador francés se escusó dignamente de la imposibilidad en que se hallaba de concluir un convenio con las condiciones propuestas y se despidió de S. A. Entonces esclamó Hussein: «Yo tengo pólvora y cañones; y puesto que »no podemos entendernos, sois libre de retiraros. Habeis »venido bajo la fé del salvo conducto y os permito salir bajo »la misma garantía.»

Al medio dia, M. de la Bretonnière, de vuelta ya en su navío, ordenó al brik *Alerta*, que aparejase y saliese de la bahía cubierto con el pabellon parlamentario. Aunque obligado por el viento á pasar bajo las baterías de la ciudad, el capitan Nerciat ejecutó este movimiento con habilidad y ganó la alta mar sin que le turbaran en su maniobra. A la una siguió el mismo camino *la Provenza* llevando en el mástil de mesana el pabellon parlamentario, en el cuerno la bandera blanca y el estandarte de mando en el gran mástil. Navegaba para salir de la bahía, cuando un cañonazo con pólvora sola, partió de la batería del fanal: poco despues se oyó un segundo y tercer tiro y luego hicieron fuego simultáneamente todas las baterías de la ciudad y del muelle tomando al barco por punto de mira.

Ya no habia que dudarlo; era uno de los mas infames atentados contra el derecho de gentes. *La Provenza*, sufrió impasible durante media hora el fuego de la artillería arge-

lina. Once balas la alcanzaron, de las cuales tres penetraron en el casco, una rompió la verga grande, y las demás causaron perjuicios en el velámen y maniobra: en fin á corta distancia de la popa cayeron unas bombas. Felizmente á nadie lastimaron; pero sí los hombres del equipage hubiesen sido colocados en el puesto de combate, hubiesen hallado muchos la muerte, porque las balas penetraron en la batería 18 y el barco se hubiera perdido infaliblemente si se hubiese perdido un solo mástil. M. de la Bretonniere podia haber respondido con una andanada; pero le pareció que sería comprometer sin utilidad ni gloria, su carácter de parlamentario, la existencia de los valientes colocados bajo sus órdenes y el hermoso navío que se le habia confiado: conducta tanto mas admirable cuanto que necesitó de gran energía para dominar á la vez su indignacion y la de sus subordinados. Preciso es decir que, si bien en el primero movimiento de exaltacion algunos marineros se precipitaron sobre las piezas y quisieron hacer fuego, todos escucharon la voz de sus gefes y se limitaron á lanzar á los agresores, miradas que espresaban á la vez el desprecio y la esperanza de una venganza pronta y ruidosa. De esta infraccion de las leyes de guerra fueron testigos, la corbeta inglesa *Pilorus* y la goleta española *Guadalete* ancladas en la bahía.

Para escusarse, pretendió Hussein que los cañones del muelle habian tirado sin órden al navío francés y para dar mas peso á su aserto, destituyó al comandante del muelle é hizo apalear á los artilleros que habian servido las piezas. Mala escusa; pues si el dey no hubiese sido cómplice al menos, habiendo durado el tiroteo mas de media hora le hubiese sido muy fácil detenerlo antes de ese tiempo.

El moro Sidi-Hamdam que desempeñaba un papel muy importante en el gobierno de la regencia ha dado sobre estos sucesos las esplicaciones siguientes, que sin embargo no contribuyeron á rehabilitar á su señor. «Acerca de los des»graciados cañonazos disparados al navío *la Provenza*, puedo

»asegurar, dices que lo fueron sin licencia de Hussein-Pachá: »pero decimos los árabes que el dueño es responsable de »las faltas de su servidor.» «Si el dey hubiese nombrado »para el cargo de ministro de marina á un hombre digno »de este empleo, no se hubiera violado el sagrado derecho »de parlamento.» «Este ministro fué destituido; mas para la»var esta mancha que luego nos imputarian debia haber en»viado el pachá un embajador á Francia para que espusiese »los hechos, que confesase públicamente nuestros yerros y »diese á conócer la destitucion del ministro y el castigo del »gefe de los cañones.»

«Este enviado hubiese declarado que el dey estaba per»suadido de que el gobierno se hallaría satisfecho con las »reparaciones que estaba encargado de darles, y que espe»raba poder entenderse acerca del negocio principal, que M. »Deval habia complicado, comprometiendo á su gobierno con »actos de corrupcion é inteceptando los despachos del dey. »Pero este consejo no se siguió.»

Desde aquel momento cesaron las conferencias y se estrechó mas el bloqueo. La Francia dió á conocer á los gabinetes de Europa, oficialmente, el acto de perfidia de que, á sus ojos, se habia hecho culpable el dey de Argel como tambien la intencion que tenia de obtener una ruidosa reparacion de este ultraje. Un grito unánime de aprobacion la animó á perseverar en esta generosa determinacion. El Austria y la Prusia fueron sinceramente favorables á este proyecto, y la Rusia veia con placer que Francia ocupase algunos puntos en las costas de Africa porque esperaba que su marina tendría á raya en el Mediterráneo á la de Inglaterra. Los pequeños estados de Italia y sobre todo Cerdeña, veian en esto una garantía para su comercio; la Holanda no habia olvidado que en 1808 su cónsul en Argel habia sido puesto insolentemente en la cadena de órden del dey, por un ligero retraso en el pago del tributo anual; y España á pesar de la contrariedad que sufria de las armas francesas,

no manifestó ningun mal deseo. Solo la Inglaterra sintió á esta noticia despertarse todos sus rencores antiguos: mostrándose sorprendida é indignada, pidió esplicaciones dió quejas y aun recurrió á las amenazas. Lord Stuart embajador de S. M. Britanica quiso intimidar primero al ministro de marina M. d' Haussez, y despues al presidente del consejo M. de Polignac. El primero le rechazó con alguna vehemencia y el segundo le opuso una política fria y desdeñosa. Por último el gabinete se decidió á dirigir el siguiente despacho á la córte de Saint-James en respuesta de sus urgentes instancias. «No limitando el rey sus deseos á obtener »la reparacion de las quejas particulares de Francia, ha resuel»to que resulte en provecho de toda la cristiandad la espedi»cion cuyos preparativos ordena; y ha adoptado por objeto y »precio de sus esfuerzos, la destruccion definitiva de la pira»tería, la absoluta cesacion de la esclavitud de los cristianos »y la abolicion del tributo que las potencias cristianas pagan »á la regencia.»

Así pues la espedicion estaba definitivamente resuelta y nada podia detenerla ya. Los preparativos de guerra se continuaban con ardor, el ejército de tierra se organizó rapidadamente y en todos los puertos del reino se dobló el trabajo y el jornal á los operarios. El éxito del plan concebido por el ministerio dependia principalmente del celo que la marina desplegase; y como estaba bastante avanzada la estacion, nó habia que perder un momento para poder aprovechar el instante favorable y los vientos propicios.

El 9 de Febrero de 1830 recibieron Tolon, Brest, Cherburgo, Bayona y Lorient, órden de armar inmediatamente 11 navíos, 24 fragatas, 7 corbetas 27 bricks, 7 corbetas de carga, 9 gabarras, 8 bombardas, 7 barcos de vapor, 2 goletas, 1 trasporte y una balancela; cuyo total ascendia á 104 embarcaciones de guerra, debiendo esta formidable escuadra vomitar 40,000 hombres en la costa de Argel. En todos lados se apresuraron á secundar las intenciones del gobierno;

la mayor parte de las embarcaciones designadas se hallaban en sus sitios el 10 de Febrero, y la última que debia armar el puerto de Tolon estaba en la rada el 14 de Mayo siguiente. Al mismo tiempo los oficiales de la marina militar comisionados al efecto, fletaban en Marsella, Cataluña é Italia navios de comercio destinados á trasportar el inmenso material del ejército.

La eleccion del gefe superior de tan formidable espedicion, una de las mayores que han salido de los puertos de Francia, era de muy alta importancia. Generalmente se pensaba que en una campaña lejana en que la autoridad debia tener mucha fuerza era preciso que el gefe estuviese revestido del grado militar mas elevado. El duque de Ragusa fué el único entre los mariscales que sostuvo altamente sus pretensiones, pues ávido de celebridad y facilmente accesible á la seduccion de las ideas caballerescas hubiera deseado vivamente ejecutar lo que Cárlos V y Luis XIV, habian intentado en vano; pero fué desechado por no inspirar su nombre bastante confianza. Tambien los tenientes generales Gerard, Bellle y Clausel se disputaban la preferencia y quizás hubiese solicitado M. Bourmont el nombramiento del primero si no hubiese aspirado á mandar el ejército. La delfina que en los sucesos de Burdeos en 1815 habia podido apreciar el carácter del general Clausel no disimulaba la ventajosa opinion que tenia de su talento y capacidad. Pero Cárlos X, hizo cesar todas estas vacilaciones decidiéndose formalmente por su ministro de la guerra; eleccion impopular pero justificada á los ojos de la córte por las numerosas pruebas de abnegacion que M. Bourmont habia dado á la causa de los Borbones.

Tampoco era ménos importante ni difícil la eleccion de comandante en gefe de la armada naval, pues la mayor parte de los almirantes habian declarado imposible el desembarque y como Jacob, Verhuel y Roussin, se habian opuesto formalmente á la espedicion bajo el aspecto marítimo, no se les

podia confiar el mando de la flota. Algunos cortesanos pensaron en M. de Rigny en quien se habia fijado la atencion pública por la reciente victoria de Navarino, pero entonces estaba M. de Rigny en el Archipiélago, y por otra parte, ¿no habia rehusado el honor de ser cólega de M. de Polignac? Esta escusa bastó para hacerle imposible. En medio de este embarazo, pensó M. de Bourmont en el vice almirante Duperré, prefecto marítimo de Brest entonces, y cuyo nombre, ya popular en la marina, estaba lleno de gloria por sus grandes hechos de armas. El vice almirante Duperré se habia distinguido en muchos encuentros sobre la costa de Francia, con los ingleses; y en la India les habia hecho sufrir pérdidas considerables; el era quién en 1812 habia puesto el Adriático en un estado de defensa formidable y en 1823 habia dirigido los preparativos del ataque por mar proyectado contra la isla de Leon; ataque que impidió la capitulacion de Cádiz. M. de Bourmont, que mandaba las tropas destinadas al sitio de esta plaza, habia pasado muchos dias á bordo del almirante Duperré y el recuerdo de las buenas relaciones que habian mantenido en aquellas circunstancias le decidió á asociarse con él. El almirante, recibió las órdenes del rey, y no presentó objecion alguna al principio: despues mostró menos seguridad, ya fuese porque las influencias de que no se habia dado bien cuenta hubiesen vencido en él, ó ya porque un exámen profundo de la empresa le hubiese revelado sus obstáculos y peligros. Sin embargo aceptó; pero como su exactitud y relaciones inspirasen á la córte alguna desconfianza, obtuvo el general Bourmont una órden que le daba plenos poderes sobre los ejércitos de mar y tierra.

A estos dos gefes principales se agregaron como lugar tenientes, otros de mérito reconocido hacía mucho tiempo. Asi en el ejército de tierra estaban, el general Valazé que habia dirigido muchos sitios memorables entre otros los de Zaragoza y Astorga el teniente general Loverdo nacido en

la isla de Cefalonia; pero asociado desde 1791 á todas las glorias de Francia, y que habia hecho un estudio especial del Africa septentrional; el baron de Berthecene cuyas hojas de servicios se remontaban al sitio de Tolon y cuyos títulos y grados datan todos de alguna campaña; y el teniente general Desprez mayor general del ejercito que ya habia desempeñado este cargo en Cataluña con el mariscal Moncey. En la armada estaban el contra almirante Rosamel, segundo comandante, ilustre por sus combates en la espedicion á Irlanda y en el Adriático: el contra almirante Mallet, mayor general: el baron Hugon, cuya prudencia no se desmintió jamás: Villaret Joyeuse descendiente de una familia de célebres marinos, y Cosmas Dumanoir, noble despojo de Trafalgar. Mas adelante habrá que señalar otros nombres al reconocimiento de la Francia.

Diez y seis regimientos de infantería de línea y dos de infantería ligera debian componer la fuerza principal del ejército espedicionario. Decidióse que estos regimientos estarían divididos en dos batallones de setecientos cincuenta hombres entre sargentos, cabos y soldados. La organizacion de batallones de tan numeroso efectivo presentaba grandes dificultades; pues los cuerpos estaban sumamente disminuidos, desde principio de año, por la salida de gran número de licenciados enviados á sus hogares por un año; así es que se dudaba generalmente, que fuese posible reunir antes de Mayo fuerzas suficientes para la espedicion. Mas esto era no hacer justicia al carácter francés.

La señal de una guerra aventurera habia despertado el ardor que parecia estinguido durante la paz. La perspectiva de unos mares que atravesar, turcos que combatir y esclavos cristianos que libertar, era suficiente para inflamar la imaginacion de soldados jóvenes: todos abandonaban con gozo el hogar paterno, y únicamente los enfermos no acudieron al llamamiento. Gran número de militares que habian cumplido el plazo de su servicio, se contrataban por

nuevo enganche; los subalternos renunciaban sus grados y galones para ser incorporados en los batallones de guerra: y se vieron oficiales de todas categorías solicitando el favor de hacer la campaña á sus espensas. Entre ellos se contaba un jóven subteniente de ingenieros, ignorado entonces, y que llegó despues á ser una de las glorias mejor justificadas del ejército francés en Africa. Llamábase M. de Lamoriciere.

Varios personages distinguidos obtuvieron igualmente el favor de tomar parte en la campaña. Tales fueron el príncipe Schwartzemberg, hijo mayor del feld mariscal que mandaba en 1815 las tropas de la coalicion; el príncipe de Carignan, el príncipe Poniatowski, el hijo de un magnate de Hungría, el baron Leclerc, de Berlin, el coronel Filosof, ayudante de campo del gran duque Miguel de Rusia, y Sir W. Mansell, capitan de navío de la marina inglesa, que habia formado parte de la espedicion de lord Exmouth en 1816; valiente oficial que en todos los asuntos dió pruebas de gran valor.

La dificultad del trasporte, y la incertidumbre que habia de encontrar forrages en Africa, decidieron al gobierno á reducir la caballería al menor efectivo posible. Creyóse que tres escuadrones, con el número cada uno de ciento cincuenta caballos, bastarian para una guerra en que la principal operacion habia de ser un sitio; así pues se destinaron dos mil quinientos caballos al servicio de la artillería y al tren de los equipages.

Antes del fin de Marzo, diversos regimientos de infantería que debian formar parte de la espedicion, habian salido de sus guarniciones y se dirigian hácia la Provenza. En todas partes fueron recibidos los soldados franceses con la mas viva cordialidad; aun no llegaban sus víveres de campaña, y la hospitalidad provenzal los suplió, haciéndoles gratis varias distribuciones de vino. Con efecto, los habitantes de las comarcas meridionales de Francia, miraban

con el mayor interés aquellos preparativos, impulsados unos por la exaltacion religiosa, y otros por el odio contra los berberiscos; odio que habian reanimado las trabas que venia sufriendo el comercio por espacio de tres años. Calculaban que un establecimiento francés en el litoral argelino, les ofreceria grandes ventajas. La pérdida del Egipto, y de las concesiones africanas, habian causado grandes perturbaciones en las fortunas particulares, y les parecia que era llegado el momento de repararlas. ¡Jamás los puertos de la Provenza habian visto desplegarse un aparato tan imponente!

El 30 de Abril se hallaban reunidas todas las tropas de la espedicion en sus cantones. Se las ejercitó desde luego en la rectificacion del tiro, y en tomar las disposiciones convenientes contra la caballería; se las enseñó á formar rápidamente el cuadro, y á cubrir su frente y flancos con una especie de caballos de frisa, formados por lanzas agrupadas de tres en tres. Finalmente el heredero presunto de la corona, que por su doble carácter de gran almirante y generalísimo, hubiera debido tal vez tomar el mando superior de aquel bravo ejército, vino á pasarle revista. Los regimientos se presentaron magníficamente, y maniobraron con admirable precision en el glasis de la plaza de Tolon y en el campo de Marte. Por otro lado la flota, completamente empavesada, ejecutó un simulacro de desembarque, cuyo buen desempeño hizo concebir las mas lisonjeras esperanzas respecto al éxito de la espedicion. La indiferencia flemática del príncipe, produjo un doloroso contraste con el entusiasmo que brillaba en los soldados y en todos los semblantes provenzales, tan animados y llenos de espresion: hubiérase dicho que presentía ya la tempestad que amenazaba á su familia, y que muy pronto iba á sumergir en un solo abismo tres generaciones de reyes.

El 10 de Mayo, cuando estaban ya tomadas las disposiciones para el embarque de tropas, la primera division

hizo la maniobra de romperse, y al dia siguiente se hallaba otra vez reunida en los alrededores de Tolon con varios destacamentos de artillería y de ingenieros. Mas antes de describir ésta operacion, conviene dar á conocer en detalle este ejército valiente y jóven, que tantos títulos supo adquirir al reconocimiento de la Francia y á la estimacion de Europa.

ESTADO DEL EJÉRCITO DE AFRICA

AL TIEMPO DE SU EMBARQUE, EL 11 DE MAYO DE 1830.

EFECTIVO TOTAL.

DESIGNACION DE LOS CUERPOS.	HOMBRES.	CABALLOS.
Estados mayores.	110	246
Infantería.	30,410	219
Caballería.	530	493
Artillería.	2,815	1,246
Ingenieros.	1,345	117
Tren de equipajes militares.	882	1,302
Obreros de administracion.	688	»
Gendarmes.	113	31
Oficiales de administracion.	429	354
Totales.	37,322	4,008

Composicion del ejército.

ESTADO MAYOR GENERAL.

Teniente general conde de Bourmont par de Francia, comandante en gefe: De Trelan, gefe de batallon: Bour-

mont, capitan ayudante de campo: Delamyre, D'Arthes, capitanes: Biencourt y Maillé, subtenientes, oficiales de órdenes.

Teniente general Desprez, gefe de estado mayor general: Montcarville, gefe de batallon: Mirangoy, capitan, ayudante de campo: Fournier de Trelo, oficial de órdenes: mariscal de campo Tolozé, segundo gefe de estado mayor general: Sol, capitan, ayudante de campo: Bernard, subteniente, oficial de órdenes.

Maubert de Nerully, teniente coronel de la gendarmería, gran preboste: Bartillac, comandante del cuartel general: Carné, gefe de batallon burgo-maestre general.

Juchereau de Saint-Denis, coronel: Auvray, teniente coronel: Montlivault, gefe de batallon: Fernel, id: Lerminier, id: Perrin Solliers, id: Ligniville, capitan: Chapelier, id: Berger de Castelnau, id: Pelissier, id: Maussion, id: Boyer, id: oficiales agregados al estado mayor: el príncipe de Chalais, subteniente: Bellevue, id: Bethisy, id: Enrique de Noailles, id: oficiales que seguian al cuartel general.

ARTILLERIA.—ESTADO MAYOR.

Mariscal de campo vizconde de Lahitte, comandante: Maleschard, capitan ayudante de campo: Sulle, teniente oficial de órdenes: Desclaibes, coronel, gefe de estado mayor: Egerlé, teniente coronel, comandante del equipaje de sitio: Julvecourt, Legrand, Foucault, Romestin, Molin y Buisson, gefes de batallon: Camoin, Labaume, Sainte-Foix, Admirault, Legagneur, Bonnet, y Marey, capitanes.

INGENIEROS.—ESTADO MAYOR.

Mariscal de campo, baron de Valazé, comandante: Guy, capitan, ayudante de campo: Dumont, teniente coronel, gefe de estado mayor: Lemercier, gefe de batallon, direc-

tor del parque: Chambaud y Vaillant, gefes de batallon: Gallice, Beurnier, Duvivier, Gueze, Gaultier Despremenie, Rousel, Foureau, Collac, d'Oussie, Morin, Dufour, Montfort, Chabaud-Latour, Ribot, Desessart y Reville, capitanes: Bigot y Bouscaren, tenientes.

INTENDENCIA MILITAR.

Baron Denniee, intendente general: Lambert, Evrard, y Saint-Jean, sub-intendentes: Dubois, adjunto: baron de Sermet, sub-intendente encargado del servicio del cuartel general y de la policía superior: Raynal, adjunto: Brugniere, sub-intendente encargado del tesoro, puestos y hospitales militares: Limoge, adjunto: Ferrand de Saligny, sub intendente encargado del campamento, vestido y fornituras: Fontenay y Charpienter, sub-intendentes encargados de los equipajes militares, artillería é ingenieros: Dorville, sub-intendente encargado del parque general de las cuadras: Forsté, sub-intendente cerca del gefe de estado mayor general: Firino, pagador general: Roux, médico gefe del servicio de sanidad de los hospitales: Beaupré, cirujano mayor: Charpentier, farmaceútico mayor: Michel, oficial mayor de administracion.

BRIGADA TOPOGRAFICA.

Filhon, capitan: Levret, teniente: Rozet, id: Ollivier, id: ingenieros geógrafos.

BRIGADA DE LOS INTÉRPRETES.

Girardin, d'Aubignosc, Jacob Habaiby, antiguo coronel de mamelucos, Cárlos Zaccard y Pouessick, intérpretes de primera clase, con categoría de coroneles: Vincent, Muller, y Eusebio Desalle, intérpretes de segunda clase, con cate-

goría de gefes de escuadron: Abithal, Boyer, Abdallah d'Asbonne, Gautier, Bourcet, y Dumesnil, intérpretes de tercera clase con categoría de capitanes: Joséfo Habaiby, Dudud Habaiby, Lemanne, Salem, Montv-Eathan, Asaria de Sutzos y Abd-el-Malack, guias intérpretes con categoría de tenientes.

Primera division.

ESTADO MAYOR.

El baron Berthezene, teniente general, comandante: Letier y Barchou, capitanes, ayudantes de campo: Crevel, capitan, oficial de órdenes: Brossard, coronel, gefe de estado mayor: Reveux, gefe de batallon, segundo gefe: Riviere, Guyot, Duhamel, y Destabenrath, capitanes de estado mayor: Sergent de Champigny, sub-intendente militar: Barbier, adjunto.

PRIMERA BRIGADA.

Poret de Morvan, mariscal de campo, comandante: Beauguet, capitan, ayudante de campo: Cerfber, subteniente, oficial de órdenes.—1.er regimiento de marcha, un batallon del 2.° y otro del 4.° ligeros: coronel Bosquillon de Frescheville: teniente coronel d'Orsanne: gefes de batallon Loyré d'Arbouville y Cousin.—.3er regimiento de infantería de línea; coronel Rousel: teniente coronel Aubepin: gefes de batallon Delavau y Menni.

SEGUNDA BRIGADA.

El baron Achard, mariscal de campo, comandante: Bospiec, capitan, ayudante de campo: Gardon de la Place, teniente, oficial de órdenes.—Regimiento 14 de infantería de línea: coronel vizconde Laforest d'Armaillé: teniente coro-

nel Petil d'Auterive: gefes de batallon Mongelas y Gasquet. —Regimiento 37 de infantería de línea: coronel, baron Feucheres: teniente coronel Lamarque: gefes de batallon, Tremeaux y Ducros.

TERCERA BRIGADA.

El baron, Clouet, mariscal de campo, comandante: Senilhes, capitan, ayudante de campo: Bearn, teniente, oficial de órdenes.—Regimiento 20 de línea: coronel Horrie de Lamotte: teniente coronel Beaucaire: gefes de batallon, Poupelle y Chaussoy.—Regimiento 28 de infantería de línea: coronel Mounier: teniente coronel, el caballero de Mutrecy: gefes de batallon, de la Brigue y Chalmeton.

Segunda division.

ESTADO MAYOR.

El conde Loverdo, teniente general, comandante: Courcenet, gefe de batallon, y Dubreton, capitan, ayudantes de campo: Saint-Mars, capitan, oficial de órdenes: Jacobi, coronel, gefe de estado mayor: Aupick, gefe de batallon, segundo gefe: Perrot, Conrad y Eynard, capitanes de estado mayor: Behaghel, sub-intendente militar.

PRIMERA BRIGADA.

El conde Damremont, mariscal de campo, comandante: Foy, capitan, ayudante de campo: de Vogué, subteniente, oficial de órdenes.—6.° regimiento de infantería de línea: coronel Villegille: teniente coronel Boullé: gefes de batallon, Carcenac y Lavoyrie.—Regimiento 49 de infantería de línea: coronel Magnan: teniente coronel Ferrand de Sundricourt: gefes de batallon Buart y Achpie.

SEGUNDA BRIGADA.

Monk d'Uzer, mariscal de campo, comandante: Sicard, teniente, ayudante de campo: Riberet, capitan, oficial de órdenes.—Regimiento 15 de infantería de línea: coronel Mangin: teniente coronel Durris: gefes de batallon Laurent y Allain.—Regimiento 48 de infantería de línea: coronel Leridant: teniente coronel Lefol: gefes de batallon Blanchard-Duval y Marcel.

TERCERA BRIGADA.

Colomb d'Aroine, mariscal de campo, comandante: Gotschilk, capitan, ayudante de campo: Jezensac, subteniente, oficial de órdenes.—Regimiento 21 de infantería de línea: coronel Berard de Contefrey: teniente coronel Augousteaux: gefes de batallon, Lugnot y Petiljean.—Regimiento 29 de infantería de línea: coronel Delachaux: teniente coronel, el vizconde Dupuy Melgueil: gefes de batallon, Delachaux y Tardieu de Colombier.

Tercera division.

ESTADO MAYOR.

El duque de Escars, teniente general, comandante: Born, gefe de batallon, y Surineau, capitan, ayudantes de campo: Lorges, capitan, oficial de órdenes: el baron Petit, coronel, gefe de estado mayor: Phetol, gefe de batallon, segundo gefe: Sallonier de Tamnay, Boyer de la Bouere y Demalet de la Vedrine, capitanes de estado mayor: d' Armand, sub-intendente militar: Merle, adjunto.

PRIMERA BRIGADA.

El vizconde Berthier de Sauvigny, mariscal de campo,

comandante: Le Carron, capitan, ayudante de campo: Bertier, teniente, oficial de órdenes.—Segundo regimiento de marcha: un batallon del 1.°, y otro del 9 ligeros: coronel, el marqués de Neuchese: teniente coronel Baraguay d' Hilliers: gefes de batallon, Kleber y Bruno de la Grange.—Regimiento 35 de infantería de línea: coronel Rulliere: teniente coronel, Rostolan: gefes de batallon, Ballon y Lapeyre.

SEGUNDA BRIGADA.

El baron Hurel, mariscal de campo, comandante: la Motte, capitan, ayudante de campo: Curial, subteniente, oficial de órdenes.—Regimiento 17 de línea: coronel Duprat: teniente coronel Hormann: gefes de batallon, Escaude y Gallimardet.—Regimiento 30 de línea: coronel Beaupré: teniente coronel d'Albenas, gefes de batallon, Daguzan y Revest.

TERCERA BRIGADA.

Montlivault, mariscal de campo, comandante: Le Barbier de Tinan, capitan, ayudante de campo: Rougé, subteniente, oficial de órdenes.—Regimiento 23 de infantería de línea: coronel, el conde de Montboissier: teniente coronel Guillemeau de Preval: gefes de batallon, Rognat y Wilhelm.—Regimiento 34 de infantería de línea: coronel, el conde de Roucy: teniente coronel Hurault de Sorbé: gefes de batallon, Esnaultdes Moulins, y Corbin.

CABALLERIA.

1.er escuadron del 13 de cazadores, y 2.° escuadron del 17 de la misma arma: coronel Bontems Dubarry.

GENDARMERIA.

El caballero Despinay, teniente,

ARTILLERIA DE MARINA.

Gobert de Neufmoulins, coronel: Preaux, gefe de batallon: Cabaret, Lefevre, Laprairie y Mercier, capitanes gefes de compañia: Dehuy, ayudante mayor: Bourré, gefe de batallon, encargado de la dirreccion de proyectiles.

SERVICIO DE SANIDAD.

Roux, médico mayor: Stephanopoli, primer médico: Peysson, Vimiguerra, Vignes, Vignard, Jourdan, Monard, (Pascual), Monard (C.) y Pallas, médicos de número: doce médicos supernumerarios.

Beaupré, cirujano en gefe: Chevreau, primer cirujano: Pointís, Demeyer, Pierron, Fleschut, Girardin, Devaux, Huet, Brée, Delesalle, Durand, Guerin, Molinard, Chambolle Renucci, y Chandron, cirujanos mayores: veinte y cuatro cirujanos ayudantes, y ciento doce auxiliares.

Charpentier, farmaceútico en gefe: Juveny, farmaceútico principal: Herbin, Borde, Frosté, Sauret, Bougleux, Desbrieres, farmaceúticos mayores; veinte y dos farmaceúticos ayudantes, y cincuenta y dos auxiliares.

SERVICIO RELIGIOSO.

Un limosnero general con 15 limosneros, y un sacerdote Sirio.

MATERIAL.

El material de artillería constaba de 28 piezas de batir, 48 piezas de campaña, 24 de montaña, 18 morteros y 150 fusiles de rampa.

Las principales provisiones de guerra eran 2,000 fusiles de infantería de reserva, 172,000 balas rasas, 3,000 cohetes á la congreve, 5.000,000 de cartuchos y 28,500 kilógramos de pólvora de cañon. El material de campamento y

vivaques, se habia formado en grande escala: llevaban 4,840 tiendas, 30 hangares para cincuenta enfermos cada uno: 3,000 camas de hierro con sábanas y mantas, 21 hornos de hierro fundido, y 6 forjas de campaña.

COMPOSICION DE LA FLOTA.

El número de buques del estado, ascendia á 103, que llevaban en total 2,968 bocas de fuego: 350 buques mercantes, destinados al trasporte del material y víveres que habia alquilado el gobierno, como tambien 130 barcos catalanes y genoveses, 55 chalupas y 30 bateles planos. El encargado general de las municiones, M. Sellieres, habia alquilado además por su cuenta 100 buques mercantes: de manera que el total de embarcaciones empleadas en la espedicion, subia á 708 y el número de hombres trasportados en ellas, incluso el ejército espedicionario, llegaba á 70,450.

Hé aquí la enumeracion de los buques del Estado, con el nombre de los capitanes que los mandaban.

NAVÍOS DE GUERRA.

La Provenza, mandado por M. Villaret Joyeuse, que llevaba el pabellon del vice-almirante Duperre, comandante en gefe de la espedicion.

El Tridente, mandado por M. Casy, capitan de fragata, que llevaba al contra-almirante Rosamel, segundo comandante.

El Breslaw, mandado por M. Maillard de Liscourt.

NAVÍOS ARMADOS EN FUSTA.

La Duquesne, Basoche, capitan de navío. *La Algeciras*: Ponee, id. *La ciudad de Marsella*: Robert, id. *El Escipion*, Emeric, id. *El Nestor*: Latreite, id. *El Marengo*: Duplessis-Parseau, id. *El Soberbio*: Cuvillier, id. *La Corona*: Rossy, id.

FRAGATAS DE GUERRA.

La guerrera: Rabaudy, capitan de navío. *La Anfitrite:* Le Serec, id. *La Pallas:* Forsans, id. *La Ifigenia:* Christy de la Palliere, id. *La Dido:* Villeneuve Bargemont, id. *La Vigilante:* Trotel, id. *La Bella Gabriela:* Laurens de Choisy, id. *La Herminia:* Le Blanc, id. *La Sirena:* Massieu de Clerval, id. *La Melpomene:* Lamarche, id. *La Juana de Arco:* Lettrés, id. *La Venus:* Russel de Bedfort, id. *La Maria Teresa:* Billard, id. *La Artemisa:* Cosmao Dumanoir, id. *La Circe:* Rigodit, id. *La Duquesa de Berry:* Kerdrain, id. *La Belona:* Gallois, id.

FRAGATAS EN PUSTA.

La Proserpina: Reverseaux, capitan de navío. *La Cibeles:* Robillard, id. *La Temis:* Legoarant, id. *La Tetis:* Lemoine, id. *La Medea:* Plantys, id. *La Aretusa:* de Moges, id. *La Maga:* Begué, id.

CORBETAS DE GUERRA.

La Criolla: mandada por M. Peronne, capitan de fragata, y montada por el capitan de navío, baron de Hugon, comandante superior de la flotilla. *El Eco:* Groeb, capitan de fragata. *La Bayonesa:* Ferrin, capitan de navío. *La Oritia:* Lunean, id. *La Victoriosa:* Guerin des Essarts, id. *La Cornelia:* Savy de Mondiol, id. *La Perla:* Villeneau, id.

BRIKS.

El Acteon: Hamelin, capitan de fragata. *El Adonis:* Huguet, id. *El Coracero:* la Rouvraye, id. *El Voltigeur:* Ropert, id. *El Husar:* Thoulon, id. *El Dragon:* Le Blanc, id. *El Alerta:* Andrea do Nerciat, id. *El D'Asas:* Pujol, id. *El Cuedic:* Gay de Taradel, id. *El Cisne:* Longer, id. *El Gri-

fo: Dupetit-Thouars, id. *El Endimion*: Nonay, id. *El Alacrity*: Lainé, id. *El Alcibiades*: Garnier, id. *La Zebra:* Leferec, id. *El Astuto*: Jouglas, id. *La Cometa*: Ricard, teniente de navío. *La Cigone*: Barbier, id. *La Juguetona*: Guindet, id. *El Lagarto*: Herpin de Fremont, id. *El Eurriales*: Parseval, capitan de fragata. *El Fauno*: Couhitte, id. *La Caprichosa*: Brindjone Treglodé, teniente de navío. *El Lince*: Armand, id. *La Alsacia*: Hanet-Clery, id.

La *Aventura* y el *Sileno*, que debian formar parte de la flota, se habian perdido.

GOLETAS.

La Dafne: Robert Dubreuil, teniente de navío. *El Iris:* Guerin, id.

BOMBARDAS.

El Vesubio: Mallet, teniente de navío. *El Hecla:* Ollivier, id. *El Volcan*: Brait, id. *El Ciclope:* Texier, id. *El Vulcano:* Baudin, id. *El Aqueronte*: Leveque, id. *El Finisterre:* Rolland, id. *La Dora:* Long, id.

CORBETAS EN FLETE.

La Bonita: Parnajon, capitan de fragata. *El Tarn:* Fleurine de Lagarde, id. *El Adur*: Lemaitre, id. *El Dordoña:* Mathieu, id. *La Caravana*: Denis, id. *El Libio:* Costes, id. *El Rhone:* Febvrier Despointes, teniente de navío.

GABARRAS.

La Vigoña: Sercey, teniente de navío. *El Robusto:* Delasseaux, id. *El Bayonés:* Lefebvre d'Abancourt, id. *El Camello:* Coudein, id. *La Garona:* Aubry de la Noé, id. *La Lamprea:* Dussault, id. *La Trucha:* Miegeville, id. *La Mar-*

sopa: Forget, id. *El Astrolabio:* Verninac Saint Maur, id. *La Deseada:* (trasporte): Daunac, gefe de timoneria. *La Africana:* (balancela): Lautier, id.

BARCOS DE VAPOR.

El Pelícano: Janvier, teniente de navío. *El Soplador:* Grandjean de Fouchy, id. *El Nadador:* Louvriet, id. *La Esfinge:* Sarlat, id. *El Corredor:* Lugeol, id. *El Rápido:* Gatier, id. *La Ciudad de Havre:* Turiault. id.

Para evitar la confusion, y con objeto de facilitar la marcha de tan crécido número de embarcaciones, de todos portes y movimientos, la flota de guerra se dividió en tres escuadras, que se denominaron de *batalla*, de *desembarque* y de *reserva*; con cuyas designaciones estaba bastante indicado el papel que debia hacer cada una. El convoy se componia de buques mercantes, destinados al trasporte de las diferentes provisiones, y equipados con una pequeña porcion de tropas que no habian cabido á bordo de las embarcaciones del estado; y se dividió tambien en tres secciones. Por último los buques destinados á tomar el ejército en los grandes navíos y trasladarle á tierra, formaron una secion especial, con el nombre de *flotilla de desembarque*. Luego que estuvieron tomadas estas disposiciones de orden, comenzó el embarque de tropas, y el general en gefe las dirigió la siguiente proclama:

«Soldados:»

«El insulto hecho al pabellon francés, os llama al otro »lado de los mares: para vengarle habeis corrido á las ar»mas, y habeis dejado muchos de vosotros el hogar pater»no, á la señal que partió de lo alto del trono.»

«No es la primera vez que los estandartes franceses han »ondeado en las playas africanas; y ni el calor del clima, »ni la fatiga de las marchas, ni las privaciones del desierto,

»nada, en fin, pudo rendir á los que os han precedido.»

»Su valor sereno bastó para rechazar los ataques tumul»tuosos de una caballería audaz, pero indisciplinada: voso»tros seguireis su glorioso ejemplo.»

«Soldados: las naciones civilizadas de ambos mundos »tienen la mirada fija en vosotros: sus votos os acompañan; »la causa de Francia es la causa de la humanidad; mostraos »dignos de tan noble mision. Que no venga esceso alguno á »empañar el brillo de vuestras hazañas: sed terribles en el »combate, pero justos y humanos en la victoria; así lo man»da vuestro interés y vuestra obligacion. El árabe oprimido »largo tiempo por una milicia avarienta y cruel, verá en »vosotros sus libertadores é implorará nuestra alianza: tran»quilizado al ver vuestra buena fé vendrá á traer á nues»tros campamentos los productos de su suelo. Este es el »modo de hacer la guerra menos sangrienta y menos larga, »y así es como debeis llenar los deseos de un príncipe tan »avaro de la sangre de sus súbditos, como celoso del honor »de la Francia.»

»Soldados: un príncipe augusto acaba de recorrer vues»tras filas; ha querido convencerse por sí mismo, de que »nada se ha descuidado para asegurarles el triunfo y pro»veer á vuestras necesidades. Su constante solicitud, os se»guirá en las comarcas inhospitalarias donde vais á combatir, »y vosotros os hareis dignos de ella, observando esa disci»plina severa que valió al ejército conducido por él á la vic»toria, la estimacion de España y de la Europa entera.»

El teniente general comandante en gefe de la espedicion,

«CONDE DE BOURMONT.»

El 11 de Mayo por la mañana empezó el embarque de la primera division: los regimientos llegaban al muelle de los marchantes, donde venian las embarcaciones á recogerlos para conducirlos á bordo. Formaba un golpe de vista admirable, un espectáculo encantador, aquel sin número de cha-

lupas erizadas de bayonetas que avanzaban hácia los magestuosos navíos de la rada, entre el estrépito de una música guerrera y las aclamaciones mil veces repetidas de ¡*Viva el rey! ¡viva la Francia!* La primera y segunda brigada, fueron colocadas á bordo de los buques de guerra que componian la segunda escuadra: la tercera brigada no pudo llegar á sus navíos hasta el 12. Al siguiente dia, no obstante una continua lluvia, se embarcó la segunda division en la primer escuadra denominada *de batalla*; la tercera division, no quedó completamente á bordo hasta el 17. El contra almirante Mallet, mayor general de la armada naval, dirigia esta importante operacion.

Los buques de guerra, cargaron el material de artillería, y una parte del de ingenieros, habiéndose embarcado lo restante desde Marsella en navíos de comercio. Los bagajes, efectos de campamento, tiendas, caballos de frisa, triples lanzas, cajones etc., se colocaron en el convoy; y los polvorines se instalaron en cinco barcos que ocupaban en rada un sitio aislado.

El 17 de Mayo, el brik *Euriales*, que mandaba como segundo al convoy, y la goleta *Iris*, aparejaron de la rada de Tolon, escoltando una division de la flotilla de desembarque, compuesta de bateles, y se dirigieron hacia las islas Baleares, donde debian aguardar á la armada naval. Las tres esquadras, hubieran podido marchar en el mismo dia; mas se esperaban de Portsmouth cables de hierro destinados á los navíos de guerra, para el anclage en las costas de Africa. Así hasta el 18, no pasó el estado mayor, de la armada naval, á bordo de la *Provenza* llevando con él al general en gefe del ejército de tierra, á los generales Desprezs, Valazé, Lahitte y al intendente general Denniée. El 19, la segunda division de la flotilla, aparejó escoltada por las gabarras *Trucha* y *Garona* dirigiéndose á Palma.

Durante el dia se mantuvo bueno el tiempo; los vientos eran favorables para salir, y las tropas, material y bagages

se encontraban á bordo, esperando cada cual con impaciencia el dia siguiente que estaba señalado para la partida. Reinaba una alegría franca en todas las embarcaciones, sin tumulto ni confusion á pesar del número y de la acumulacion; soldados y marinos cantaban á coro himnos guerreros que repetian las músicas de regimiento. La rada presentaba el aspecto de una ciudad movible con sus calles, sus palacios y una poblacion de 70,000 almas: las canoas circulando en todos sentidos, daban á aquel magnífico panorama, una vida y un movimiento estraordinarios: mas el 20, los vientos contrarios soplaron con violencia, y los navíos permanecieron durante seis dias mortales, amarrados á sus áncoras con gran descontento de la flota y del ejército.

Por fin, el 25 despues del medio dia, la brisa refrescó: el almirante dió la señal de partida, y repentinamente se cubrieron de velas todos los navíos. En aquel mismo instante se leia á sus equipages la siguiente proclama.

«**Oficiales y marinos.**»

«Estais llamados á tomar parte con vuestros hermanos »de armas del ejército espedicionario, en los azares de una »empresa que el honor y la humanidad reclaman; tambien »vosotros compartireis su gloria. De nuestros comunes esfuer»zos y de nuestra perfecta union esperan el rey, y la Francia »la reparacion del insulto hecho al pabellon nacional.

«Recojamos los recuerdos que en circunstancias análo»gas nos legaron nuestros padres; imitémosles; y el triunfo »es seguro. ¡Marchemos! ¡viva el rey!»

El vice-almirante, comandante de la armada naval,

DUPERRÉ.

Aquel mismo dia se supo en Tolon que el ministerio habia sufrido una modificacion importante, retirándose del gabinete Chabrol y Courvoisier, partidarios de una política

moderada y prudente, para dar entrada en él á Chantelauze y Peyronnet. La noticia era de funesto presagio, pero quedó concentrada en el círculo de los gefes superiores. Algunos generales la sintieron mucho, y lo demás del ejército continúo en sus sueños de gloria y de ventura. Imagínense trece grandes navíos de línea, veinte fragatas, ochenta buques ligeros, con sus largas banderolas de guerra, y un prodigioso número de barcas de trasporte vogando magestuosamente hácia la alta mar: imagínense cincuenta mil espectadores, que desde las alturas del fuerte Lamalgue, siguen con la vista y acompañan con sus votos á aquella flota que ocupa una estension de doce leguas: las músicas de diez y ocho regimientos embarcados respondiendo á las aclamaciones que saludan su despedida: los soldados subidos en las gabias, en los obenques y en las vergas, haciendo resonar el aire con sus cánticos de adios, y solo así se tendrá una idea del magnífico cuadro que se desarrollaba ante los ojos de todos, y cuyas gigantes proporciones, apenas puede bosquejar con dificultad la pluma ó el pincel.

Toda la flota siguió el órden natural en columna. La *Provenza* marchaba á la cabeza de la escuadra de batalla: la escuadra de desembarque y la de reserva, avanzaban en dos filas paralelas, y la primer seccion del convoy, escoltada por varios buques de guerra, hacia vela á la izquierda de la escuadra de batalla. A las tres habian pasado aquellos ciento treinta buques la garganta del puerto y se formaban en dos divisiones de á tres columnas cada una. Los barcos de vapor circulaban en todas direcciones, ya para llevar órdenes, ya para auxiliar á los navíos que podian necesitar de ellos. Un solo buque del convoy rompió su mástil de gabia y tuvo que volverse á la rada. A las ocho de la tarde, ya no se veian en lontananza mas que los puntos blancos que formaba el velamen.

El 26 se dió á la vela la segunda seccion del convoy, escoltada por el brik *La Cometa*: y el 27 otra division de

buques de trasporte dejó las islas de Hieres para dirigirse hácia las Baleares.

Al dia siguiente de la salida de Tolon, la armada naval, continuando su rumbo, reconoció al Este dos fragatas que venian del Sur; la una con pabellon francés y la otra con pabellon turco. El navío almirante las hizo señas, y al momento maniobraron para acercarse. El barco de vapor *Esfinge* salió á su encuentro para recoger los despachos de que se suponia portador al buque francés ó su comandante; y despues de ejecutar esta órden, el capitan de la *Esfinge* saltó á bordo de la *Provenza* para manifestar al almirante, que la fragata francesa que estaba á la vista (*Duquesa de Berry*, capitan Kerdrain) habia dejado la estacion de Africa el 21 de Mayo, para escoltar á la fragata turca donde venia Tahir-Pachá, almirante de la flota otomana. Este segun decia, habia recibido órdenes del gran señor para hacerse á la vela con direccion á Argel, y decidir al dey á que pidiese la paz. Hé aquí otra esplicacion mas cierta y mas completa de aquel acontecimiento.

Merced á las instigaciones apremiantes de Inglaterra, la Puerta, en uso de su derecho de soberanía, se habia decidido á enviar á Argel un pachá con el encargo de apoderarse del dey, hacerle ahorcar, y ofrecer despues á Francia las satisfacciones que pudiese desear. Esto era quitar todo pretesto á la espedicion francesa, haciendo triunfar la secreta rivalidad de Inglaterra. Tahir-Pachá, salió pues hácia Argel en una fragata que le proporcionaron los ingleses; mas el ministro de marina, prevenido oportunamente, habia mandado al crucero francés que impidiera la entrada en el puerto á toda especie de navíos. La fragata portadora del plenipotenciario turco, se encontró con un pequeño buque mandado por Dubruel, y este intrépido oficial declaró resueltamente que no la dejaría pasar sino despues de que la echára á pique. Tahir-Pachá, no se atrevió á infringir una órden que tan enérgicamente se le intimaba, y

que hubiera apoyado con todas sus fuerzas Massieu de Clerval, comandante superior del bloqueo; así pues manifestó el deseo de marchar á Tolon, con la esperanza de hacer aceptar al gobierno francés la mediacion de su soberano.

Tahir-Pachá, fué recibido á bordo de la *Provenza* con todos los honores debidos á su rango: el equipage estaba en órden de parada y la guardia sobre las armas. El almirante Duperré en persona aguardaba en el puente, precedido de su capitan de pabellon, y acompañado del estado mayor del ejército espedicionario. Veinte y un cañonazos saludaron á la fragata turca, y esta no tardó en corresponder al saludo: Tahir-Pachá aceptó el café que le ofrecía el almirante, y apenas dió detalles acerca de su mision. El imponente aspecto de la escuadra francesa le habia sorprendido no poco; su mirar indicaba una especie de preocupacion triste, y dos ó tres veces se le vió lanzar una ojeada á las ventanas del camarote, como para asegurarse de que su fragata no habia abandonado su posicion. Despues de aquella corta entrevista, Tahir-Pachá continúo su ruta á Tolon para esperar allí sin duda el resultado de aquel gran acontecimiento. Tal fué el éxito que tuvieron, gracias á tan laudable energía, las maquinaciones de la diplomacia británica.

El capitan Kerdrain, dió tambien al almirante Duperré una noticia que causó penosa impresion en todo el ejército; á saber, que los briks *Aventura* y *Sileno*, pertenecientes á la escuadra de bloqueo, habian naufragado en las costas de Africa, y las dos tripulaciones habian sido asesinadas por los indígenas. He aquí los pormenores circunstanciados de este suceso, uno de los mas desagradables que ocurrió á la espedicion.

El brik *Aventura*, mandado por M. d'Assigny, teniente de navío, estaba encargado de cruzar por la costa de Argel con objeto de vigilar todos los movimientos del enemigo, y navegaba en combinacion con la fragata *Belona*. En la noche del 14 al 15 de Mayo, estando la mar gruesa, y muy fuerte

el viento N. O., M. d'Assigny mandó recoger el segundo rizo en las gabias, y durante esta operacion, perdió de vista á la *Belona*. En la jornada del 15, le alcanzó en el cabo Bengut, el brik *Sileno* mandado por Bruat, teniente de navío, que venia de Mahon con despachos para Massieu de Clerval, comandante de las fuerzas del bloqueo. Dos horas despues, el *Aventura* se habia acostado, y el *Sileno* que le seguia, sufrió á muy poco, igual suerte. Cuando los dos comandantes reconocieron la imposibilidad de levantar sus navios, se ocuparon en establecer un vaiven para trasportar á tierra los hombres de ambas tripulaciones. La operacion se ejecutó con el mayor órden; los enfermos quedaron á salvo los primeros; despues fueron los marinos y el estado mayor: mas aquello era solo el principio de las desgracias que estaban reservadas á los infelices naúfragos. Apenas llegaron á tierra vieron correr hácia ellos una multitud de beduinos armados. Perdidos hubieran sido los marinos desde el primer momento, si no fuera por la presencia de ánimo de un maltés que pertenecía á la tripulacion del *Sileno*. Este hombre se arriesgó por salvar á los demás. Sabía el árabe y habia navegado mucho tiempo en los jabeques de la regencia; recomendó pues á sus compañeros de infortunio que no le contradijesen en la fábula que iba á inventar, y con esto se adelantó hácia los beduinos diciéndoles que los naúfragos eran ingleses. Pusieronle los puñales al cuello procurando asustarle para juzgar por su emocion de la verdad de lo que habia dicho; mas su firmeza de carácter no le abandonó: esto impuso un tanto á los árabes, y aun cuando no quedasen del todo convencidos, por lo menos introdujo la duda en sus ánimos. Esta duda salvó por entonces á las dos tripulaciones.

Como ambos navios habian volcado cerca del cabo Bengut, á treinta y seis millas del cabo Casino, la intencion de los oficiales era seguir la costa para caer en Argel; y con el pretesto de llevarles á dicha ciudad por el camino mas corto, los árabes les hicieron tomar la ruta por las montañas.

Despues de andar un cuarto de hora, llegaron á una aldea compuesta de escaso número de barracas, y allí sus feroces conductores se pusieron á robarles y les dejaron desnudos, espuestos al viento y sus frias oleadas del norte. En seguida volvieron á emprender el viaje, y despues de haber andado como unas cuatro leguas por el corazon de las montañas, los naúfragos se vieron en una poblacion bastante considerable, donde les dieron pan en muy corta cantidad. Varias veces, durante aquel penoso tránsito habian pasado á manos de diferentes tribus, y cada cambio de estos, daba lugar á gritos descompasados y amenazas las mas terribles.

Aquí los árabes comprendieron que el pueblo en donde acababan de hacer su último alto, no era bastante capaz para contener á todos los prisioneros, y resolvieron diseminarlos. M. Bruat, comandante del *Sileno* quedó en él con la mitad de sus compañeros, y la mitad restante, al mando de M. d'Assigny, se vió precisada á volver atrás en busca de una guarida. En el mismo trayecto quedaron distribuidos algunos marineros por las cabañas que se veian esparcidas, y la mayor parte de ellos, tuvieron que sufrir bien malos tratos de los habitantes dueños del alojamiento. El comandante d'Assigny que fué conducido con algunos de los suyos, á casa de un beduino que en un principio le habia acogido bajo su proteccion, se vió rechazado por la dueña de la barraca; se presentó en otra y fué recibido de igual modo por una beduina. Sin embargo, aquellas mujeres que se presentaron tan brutales, acabaron por compadecerse de la suerte desgraciada de los naúfragos, y la primer casa de donde fueron echados, les sirvió al cabo de asilo. Encendiéronles lumbre; les dieron de comer, y allí pasaron dos dias sin inquietud.

En este intermedio, varias fragatas francesas se habian destacado de la escuadra que bloqueaba á Argel, y llegando al sitio donde estaban acostados los dos briks, enviaron sus botes á reconocerlos. Esta circunstancia estuvo á punto de

ser fatal para los prisioneros; pues tomando sus disposiciones para un desembarco, los árabes al verlos, se armaron y bajaron de sus montañas dando furiosos alaridos: las mugeres cargaban á los hijuelos sobre su espalda, disponiéndose á huir; y por fin los naúfragos que componian la brigada de M. d'Assigny fueron encerrados estrechamente en las cabañas mas sólidas, privados de alimento, espuestos á todo género de ultrages y amenazados de muerte al menor movimiento que intentáran para evadirse.

Ya hemos dicho que el comandante Bruat habia quedado en distinto pueblo del que ocupaba d'Assigny: el maltés á quien todos debian la vida, estaba en su compañía, y formaba parte de su brigada. Al principio fué alojado este oficial con su gente en una sola casa, pero no siendo bastante grande para tantos, les hicieron salir de ella, y les colocaron en una especie de mezquita, abierta para todo transeunte.

Los dos dias primeros, decian los árabes que les habian capturado, que el arroyo de Buberak, crecido con las lluvias imposibilitaba el viage á Argel; y les invitaban á tener paciencia: el tercer dia, parecian no estar tan bien dispuestos, cuando vino un kulugli, atravesando el arroyo, y les trajo la noticia de que unos oficiales y el secretario del dey de Argel se aproximaban á proteger á los naúfragos; y concluyó esclamando: «¡Por Alá, que sois bien tontos, si tomais »por ingleses á estos hombres!»

El maltés partió entonces en busca de los oficiales turcos, y sin duda abogó con calor por la causa de sus compañeros, pues una hora despues de su marcha, los marines eran mejor tratados, y aun muchos árabes les devolvian los efectos que antes les habian robado. En aquel mismo tiempo uno de los guias hizo salir al capitan Bruat y le dió á entender que iba á conducirle hácia el arroyo: este rehusó separarse de sus camaradas y les instruyó al momento de la proposicion que le acababan de hacer: todos unánimes le hicieron presente, que su estancia entre ellos, no podia ser ni

con mucho tan útil, como cerca de los oficiales del dey; así que M. Bruat, se decidió á partir. Al pasar á nado el arroyo perdió sus ropas que fueron arrebatadas por la violencia de la corriente; mas en cuanto llegó á la ribera opuesta, un turco se despojó de las suyas para cubrirle con ellas. Entonces le condujeron á la tienda del secretario, quien le interrogó en español, y le dió las mayores seguridades para todos.

Las cosas iban tomando un aspecto favorable. El efendí habia enviado dos oficiales á las montañas, y aun habia permitido al comandante Bruat que escribiese una carta á su segundo, para garantizarle ambas tripulaciones; pero la imprudencia cometida por varios franceses que se escaparon de la barraca donde estaban detenidos, tuvo consecuencias bien terribles. Aquellos hombres, huyendo, hirieron á una muger: para vengar este ultrage los beduinos asesinaron parte de los prisioneros, y segun costumbre árabe, les cortaron las cabezas. Estos sangrientos trofeos, se enviaron inmediatamente á Argel, y fueron espuestos á las miradas ávidas del populacho.

El comandante Bruat, tambien fué enviado á Argel donde llegó sano y salvo. Condujéronle en el acto á presencia del agá, quien le hizo diversas preguntas respecto á su viaje, á la fuerza de su navío y á las causas de su naufragio. Poco despues, el comandante d'Assigny y los hombres que quedaban de los dos equipajes, fueron conducidos por los árabes al arroyo Buberak y entregados en manos de los oficiales del dey. Uno de estos que hablaba el francés, les dijo que habian tenido gran fortuna en salir de poder de los árabes: que ya habian llevado á Argel veinte cabezas, y que se hablaba de un número de ellas mucho mayor. Los náufragos pasaron la noche en el cabo Matifux entre mortales agonías, y al dia siguiente, como á las cuatro de la tarde, entraron en la ciudad, escoltados por soldados turcos y seguidos de un numeroso populacho. Hiciéronles pasar con intencion por delante del palacio del dey, donde estaban es-

puestas las cabezas de sus compañeros, y muchos de ellos, no pudiendo soportar tan sangriento espectáculo, cayeron desmayados. En seguida los encerraron, y aun cuando el cónsul de Inglaterra y el de Cerdeña quisieron recoger en sus casas á los oficiales, estos rehusaron sus afectuosos ofrecimientos, decididos como estaban á compartir la suerte de sus gentes. El dey á su vez, intentó que los náufragos le diesen algunas noticias sobre la espedicion, pero fueron inútiles sus esfuerzos, pues si la tempestad habia destruido los navíos, el honor al menos habia quedado á salvo en aquellos bravos marinos. (1).

Sin embargo, sabedor Hussein por sus agentes de lo que pasaba en Francia, hacia grandes preparativos para la defensa. Acababa de llamar en su auxilio á los gefes dependientes de su pachalato: Asan, bey de Orán, era acérrimo partidario suyo; pero agobiado por la edad, no podia ponerse en persona al frente de las tropas destinadas á reunirse con la fuerza argelina: Acmet, bey de Constantina, y Mustafá, bey de Títery, alimentaban de tiempo atrás proyectos de sublevacion contra el pachá; y este por su parte, conocedor de sus designios, pensaba en destituirlos: pero en aquel momento crítico, juzgó prudente remitir su venganza á mejores tiempos, y aun les hizo brillantes promesas. Fascinados ellos con los ofrecimientos, se comprometieron ambos á suministrarle todo su contingente. Por fin, Hussein habia entablado negociaciones con Marruecos, Túnez y Trípoli, para que le enviasen socorros: Túnez y Marruecos se limitaron á responder con protestas de adhesion, y votos harto estériles por el triunfo de la causa argelina. El bey de Trípoli tampoco hizo mas; pero escribió una carta

(1) La decision del maltés fué recompensada con la cruz de la Legion de Honor y con el donativo de un barco.—M. Bruat, fué nombrado mas adelante para el mando de las islas Marquesas.

que merece conservarse, porque se encuentran en aquel tipo de la cancillería musulmana hechos curiosos, acerca de la parte que habia de tomar Mehemet Alí en la guerra que se preparaba, sobre lo cual ya saben algo nuestros lectores.

«EXCELENTÍSIMO SEÑOR.»

«¡Alabanza á Dios! ¡Puedan sus bendiciones caer sobre »la criatura mas perfecta, luz que vivifica las tinieblas, Pro»feta á quien no seguirá otro profeta, nuestro Señor Maho»ma, su familia y compañeros!»

«Dios conserve al soberano fuerte, victorioso en tierras »y mares, ante cuyo poder tiemblan todas las naciones, »hasta el punto de llenarse de terror; el gefe de los guer»reros que combaten por la fé, el que eclipsa las virtudes »de los califas, cuyo talento es elevado y su aspecto gra»cioso, nuestro hermano Sidi-Hussein, pachá de Argel la »bien guardada, y morada de los enemigos de infieles! La »asistencia de Dios sea con él siempre, y la gloria y la pros»peridad guien sus pasos!»

»Despues de ofreceros nuestra mas sincera y perfecta »salutacion, (la misericordia de Dios y sus bendiciones os »visiten por mañana y tarde), tenemos el honor de manifes»taros, que estamos, y Dios sea por ello alabado, en una »situacion satisfactoria, como tambien que permanecemos »fieles á los sentimientos de amistad y afecto que desde re»motos tiempos unen tan estrechamente y en cualesquiera »circunstancias, á los dos soberanos de los dos odjacks »de Argel y Trípoli: sentimientos de los cuales no nos se»pararemos jamás.»

«Vuestra carta ha llegado; hemos roto el sello y hemos »leido las buenas nuevas que en ella nos dais, relativas á »vuestra persona. Tambien nos manifestais como ha llega»do á vuestro conocimiento, que hacemos preparativos en »mar y tierra, y nos disponemos á salir al encuentro del

»amo de los pachalatos de Oriente. Vuestra Excelencia se »admira y nos pide esplicacion de esto, no de un modo su»cinto, sino con detalles.»

«Bien sabeis que antes de esta carta, os tenemos escri»ta otra, en la cual os dábamos á conocer que las noticias, »causa de nuestros preparativos, han venido de todas par»tes; que están en los periódicos que reciben los cónsules, »y quedan suficientemente justificadas por los hechos. Que »los franceses, esos enemigos de Dios, eran segun se decia »los instigadores de Mehemet-Alí en este asunto: que le ha»bian escitado á apoderarse del pachalato de Occidente, »persuadiéndole de que los caminos son fáciles, y prome»tiéndole auxilio para llevar á cabo los proyectos que abri»ga de independencia: le estimulan á que se haga rey de »toda el Africa de los árabes, y le han ofrecido apoyarle en»viando una espedicion que irá á poner á su hijo Ibraim-Pa»chá en posesion de Argel.»

«Pues bien, apenas supimos tales nuevas, levantamos »y equipamos tropas, preparando todo lo necesario para »hacer la guerra. Al mismo tiempo hemos dado órden á los »habitantes de todos los puntos de nuestro Odjack para que »estén prontos á entrar en campaña, y que vivan alerta.»

«Ahora, si Dios permite que Mehemet-Alí se presente, »le recibiremos á la cabeza de nuestras tropas, sin salir no »obstante del límite de nuestras posesiones, y le haremos »que se arrepienta de su empresa. Si Dios quiere, volverá »sobre sus pasos con la vergüenza de una derrota, y con la »gracia del Todopoderoso le daremos el salario que merece »por su conducta. Las tramas pérfidas se vuelven siempre »contra los mismos que las urden.»

«Esto no quiere decir que no nos contentasemos, si Me»hemet-Alí, limitándose á sus estados, renunciara al pro»yecto de traer la guerra á los nuestros: porque nada desea»mos tanto como economizar la sangre de los musulmanes, »y ver el islamismo en una paz completa. La guerra entre

»los fieles es un fuego, y el que le enciende pertenece al »número de los miserables.»

«Si vuestra Señoría quiere noticias concernientes á nues»tra persona, le diremos que hemos estado muy apesadum»brados y afligidos, de que los franceses (Dios haga abor»tar su empresa) reuniesen tropas y trataran de dirigirse »contra vuestro Odjack. No hemos cesado de tener el espí»ritu acongojado y el alma triste, hasta que por fin tuvimos »conferencia con un santo de los que saben descubrir las »cosas mas ocultas, (este ha hecho sobre el particular, mi»lagros evidentes que sería inútil manifestar aquí), y yo le »consulté con respecto á vos. Me dió una respuesta favora»ble, que segun espero de la gracia de Dios, será mas se»gura que lo que el buril graba en la piedra. Su respuesta »ha sido que los franceses, (¡Dios los estermine!) se volve»rián sin haber obtenido ningun triunfo. Quedad pues sere»no fuera de toda inquietud y cavilacion; no temais, con la »asistencia de Dios, ni desgracia, ni revés, ni abuso, ni »violencia. Y por otra parte ¿cómo es posible que vos temais? »¿no sois de aquellos que Dios ha distinguido de los demás »por las ventajas que les tiene concedidas?.... Vuestras le»giones son numerosas y nunca han sido rotas por el cho»que de los enemigos: vuestros guerreros llevan lanzas que »descargan golpes temibles, y su fama se estiende por las »comarcas de Oriente y Occidente. Vuestra causa al propio »tiempo es completamente sagrada; vos no combatís ni por »sacar provechos, ni con la mira de alguna ventaja tempo»ral, sino unicamente para hacer que reine la voluntad de »Dios y su palabra.»

«En cuanto á nos, no somos bastante poderoso para enviа»ros socorros: solo podemos auxiliaros con buenas oraciones, »que nos y nuestros súbditos dirigiremos á Dios en las mezqui»tas. Tambien nos encomendamos á las vuestras en todo ins»tante: y Dios las escuchará por la intercesion del mas genero»so entre los intercesores y del mas grande entre los profetas.»

«Suplicamos á vuestra señoría que nos tenga al corrien-
»te de cuanto pase, pues aguardamos noticias con la mayor »impaciencia; y vos nos dejareis obligado haciéndonos sa»ber cuanto interesaros pueda. ¡Vivais eternamente en el »bien, la salud y la satisfaccion! Salud.»

El 24 del Kaadi del año 1245 (1830.)

YUSEF.

Hijo de Ali, pachá de Trípoli.

No pudiendo el dey de Argel contar con ningun aliado, se halló reducido á sus propias fuerzas desde el principio de la campaña; pero sigamos al presente la marcha del ejército francés.

En la noche del 27 al 28 de Mayo, fué asaltada la flota por una fuerte borrasca de E. S. E. en la altura de Mallorca y Menorca; pero en seguida se la condujo en direccion del viento de estas islas donde halló abrigo: hacia algunos dias que habia entrado la flotilla en Palma. Habiéndose vuelto á poner bueno el tiempo tomó otra vez todo el ejército el camino de Argel el 28 por la mañana, y el 30 se hallaba á cinco leguas norte del cabo Casino; pero un nuevo golpe de viento le obligó á que ganase la alta mar. El almirante Duperré, á pesar de la opinion contraria de muchos oficiales de marina, juzgó prudente conducir todas estas embarcaciones al viento de las Baleares, y escogió para puerto la bahía de Palma. Algunos publicistas han censurado esta maniobra; pero ténganse en cuenta las siniestras previsiones que habian precedido á la partida de la espedicion, y se verá si no estaba sujeto á proceder con una escesiva prudencia el comandante de la armada.

Por fin el 10 de Junio se puso en marcha la flota, despues de once dias de tiempo contrario, y el 12 por la mañana se hallaban en la costa de Africa; pero un viento

fresco de E. N. E. que se levantó repentinamente, la obligó por segunda vez á volver á alta mar. El 13 soplaba el viento todavia con violencia en la parte del Este; pero estando el mar menos agitado que el dia anterior pudo aproximarse la flota á tierra y al salir el sol, solo distaba dos leguas de Argel. Entonces se percibió distintamente esta ciudad con sus casas de blancura deslumbradora, colocadas en anfiteatro á orillas del mar, y su forma triangular que se destacaba entre los bosques de verdor que la rodean. Una larga cadena de montañas muy elevadas y despues otra de color azulado, mas lejana (el grande y pequeño Atlas,) formaban los límites de este brillante panorama. A medio dia se hallaban en la rada de Argel trescientas velas con el almirante á la cabeza, y el navío *La Provenza* al cual hacia poco tiempo, habian osado hacer fuego las baterias argelinas, se veia allí majestuoso, y parecia que iba á anunciar al dey, con su numeroso cortejo, el castigo terrible que pronto habria de llevar por el ultraje hecho al pabellon francés. El ejército, vestido de gala, con el entusiasmo en el corazon y la alegría en el semblante, estaba sobre el puente de los navíos contemplando el magnífico espectáculo que se desplegaba ante sus ojos y atestiguando con sus gritos el vivo deseo que tenia de medir sus fuerzas con el enemigo.

El almirante Duperré, despues de haber permanecido en la rada un breve rato, como para dar tiempo al dey para que contase las velas de su flota, dobló el cabo Casino, hizo rumbo á Sidi-Ferruch y toda la armada se dirigió á este punto. Imponente espectáculo fué el que se presentó cuando todos los navíos de guerra desfilaron magestuosamente á los ojos de los argelinos, haciéndoles presentir con su noble actitud todo el peligro que corrian por haber insultado á una nacion tan poderosa como Francia; pero estos, cegados con su fanatismo, miraban con indiferencia aquel temible alarde de fuerzas, y en su obstinada ignorancia grita-

ban «Alá, Sidi-Abd-el-Raman é Isaalebi salvarán como tantas veces lo han hecho á la bien guardaba Argel». El 13 por la tarde echaba la flota francesa sus anclas en la playa de Sidi-Ferruch. Esta bahía se habia escogido á causa de su estension, de su playa baja y arenosa que es de fácil acceso, y de estar al abrigo de los vientos del Este que en los meses de Julio y Agosto reinan casi siempre en aquellos sitios.

Eseid-Efrudj, que por corrupcion llaman Sidi-Ferruch toma su nombre de un sacerdote, cuya tumba se venera en aquel lugar, y es un promontorio pequeño que avanza en el mar once metros, formando la punta occidental de la roca en que está resguardada esta ciudad. Hállase unido á la costa por una lengua de tierra, baja y cubierta de arena rojiza en que crecen lentiscos, arbustos y multitud de plantas rastreras: su anchura varia de seis á ochocientos metros; de manera que por medio de una trinchera de cerca de mil metros, era posible aislar la península de la tierra firme y hacer en ella una plaza de armas inexpugnable. La extremidad de esta lengua de tierra, está terminada por un banco de rocas en forma de T, que se prolonga en islotes y forma en la costa dos abrigos escelentes. En la cúspide se percibe una torre blanca llamada por los marinos españoles *Torre chica*, un minarete y algunas habitaciones que rodean la tumba del santo. En la parte baja de la roca hay un jardin, un pozo sombreado por una magnífica palmera, y por último, una batería circular con doce troneras. Las ventajas de esta posicion habian determinado al capitan de ingenieros Boutin á designarla como la mas favorable para el desembarco; y el americano Shaler en su escelente obra sobre la Argelia, habia confirmado la opinion del capitan Boutin; por eso hacia ya mucho tiempo que se habia decidido que, si la espedicion se verificaba, las tropas desembarcarian en Sidi-Ferruch. Dos bahías se estienden á cada lado de la península, una al Este y otra al Oeste; pero

viendo el almirante que el viento soplaba del Este, juzgó que habia que desembarcar en la occidental.

Esperábase una vigorosa resistencia; pero sucedió todo lo contrario: y tal fué el inconcebible descuido del dey ó de sus gefes militares, que ni aun pensaron en establecer baterías por algunos puntos de la costa, que habiendo dirigido bien su fuego, hubiesen hecho un daño considerable en el momento de la concentracion de la flota. Se reconoció que la Torre-Chica no estaba armada y que los cañones estaban groseramente figurados en ella por medio de piezas de madera. Cuando doblaron la punta de Sidi-Ferruch, la batería baja presentó sus doce troneras; pero en ellas no habia una sola boca de fuego, pues el comandante de Sidi-Ferruch, en vez de disputar, como hubiera podido hacer, este punto importante, se contentó con establecer al lado de allá de la península muchos morteros y cañones y lanzar á la flota algunas bombas y balas mal dirigidas, que no dieron casi á nadie y que solo sirvieron para estropear un poco á el *Breslaw*.

El almirante Duperré hizo que se aproximase rápidamente á la playa el vapor *Nadador* que presentó sucesivamente sus dos flancos á la batería turca, y rompió el fuego. En seguida, la escuadra de reserva, que bordeaba esperando á que la llamasen las señas del almirante, viró de bordo y se preparó al combate. A los últimos rayos del sol calló de pronto el cañon de las dunas de Sidi-Ferruch, y las malezas en que poco antes se veian ondear las capas de los turcos y albornoces de los árabes, quedaron desiertas: despues se destacó sobre las cimas del Atlas la luna en su creciente, las hogueras de los vivaques enemigos brillaron en medio de los pinos verdes y de las higueras de Berbería, los barcos encendieron sus fanales, y bien pronto reinó un silencio profundo que solo interrumpia á intérvalos el ruido de las olas y el grito de los jacales. ¡Estábase en vísperas de una gran jornada!

El 14 al amanecer los navios de la segunda escuadra, que tenian á bordo la primera division del ejército, se formaron en línea paralela á la ribera; la primera escuadra y la reserva se colocaron detrás, y el convoy y la flotilla se agruparon entre las escuadras y la ribera. A la señal de desembarcó dada por el navío almirante, se echaron todas las barcas al agua, ejecutándose esta maniobra sin confusion y en un instante se colocaron en las chalupas la primera y segunda division, compuesta de veinte mil hombres: al mismo tiempo se instalaban en barcas diez piezas de campaña y una batería de montaña, dispuestas todas para colocarse en batería con cuatro cañoneras: los ingenieros embarcados en seis bateles genoveses ó catalanes, ocupaban las dos alas de la flotilla. Todos estos preparativos se efectuaron con una precision admirable; el baron Hugon, capitan de navio, estaba encargado de la direccion superior del desembarco: M. Remquet capitan de fragata y mayor de la armada, tenia á su cargo la conduccion particular de la primera línea: M. Salvy capitan de fragata y segundo del navio almirante, estaba encargado de la segunda: M. Casy capitan de fragata, dirigia la tercera; y la cuarta estaba á las órdenes de M. Lefebre, teniente de navio. Cada chalupa remolcadora estaba mandada por un aspirante, y cada bote que transportaba tropas, montado por un cadete de marina.

Cuando todo estuvo dispuesto, los remolcadores llevaron hácia la ribera los botes cargados de soldados y artillería; el aspecto de estas falanges era majestuoso, pues avanzaban lentamente y unidas, observando un profundo silencio que hacian mas solemne todavía los ligeros vapores que los rodeaban; no oyéndose mas que el cadencioso ruido que hacian los remos al azotar las olas; y bien pronto se distinguieron solo confusas masas que se perdian en medio de la niebla. Cuando llegó la flotilla á corta distancia de tierra rompió el fuego en direccion á las baterías enemigas y contra todos los accidentes de terreno que podian favorecer

una emboscada, empezándole algunas piezas de artillería y cohetes á la congreve: despues los marinos, con el agua hasta la cintura se pusieron á tirar de los botes para hacerlos encallar en la arena; pero los soldados impacientes por llegar á la ribera, se echaron al agua en cuanto pudieron hacerlo sin mojar sus cartucheras, y gracias á esta laudable emulacion, la playa se erizó en un momento de bayonetas. Las brigadas de Achard y Ponet, de Morvan fueron las primeras que formaron en línea, al mismo tiempo que dos valientes marinos, Sion gefe de la gran gavia de la fragata *Temis* y Brunon marinero de la *Vigilante*, se lanzaron á la torre de Sidi-Ferruch, la escalaron y enarbolaron en ella el pabellon francés. Esta accion solemne fué saludada por unánimes aclamaciones del ejército y por el cañon de la flota. En este momento el general en gefe y su estado mayor abordaron á la playa argelina. La primera division, una vez formada, se dispuso á marchar casi inmediatamente contra las dunas ocupadas por los árabes, cuya artillería hacia un fuego bastante nutrido. El enemigo habia tomado fuera de la península una posicion defendida por tres baterías escalonadas, y ostentaba de siete á ocho mil hombres, casi todos árabes: las bocas de fuego estaban servidas por turcos. Diferir el ataque hubiese sido esponer al ejército á pérdidas considerables; asi que el general Berthezene dió órden de que avanzasen por batallones en masa, y volviesen sus baterías hacia la izquierda de la posicion que el enemigo ocupaba. El terreno tenia pocos accidentes; pero las grandes malezas de que estaba cubierto, hacian difícil la marcha; sin embargo, el ardimiento de los soldados franceses triunfó de estos obstáculos, pues se lanzaron á paso acelerado, arrollando ante sí una horda de ginetes árabes que intentaban oponerse á su paso, y que en un momento se hallaron al pié de los reductos. Para secundar este movimiento el almirante Duperré mandó que se atacase á las baterías enemigas con la artillería de los barcos de vapor *Nadador* y *Es-*

finge, que estaban en la bahía del Oeste, y con la de la corbeta *Bayonesa* y de los bricks *la Juguetona* y *el Acteon*, anclados en la bahía oriental. Los fuegos combinados de los cinco navíos que partian de los dos lados de la península, hicieron grandes estragos en las filas enemigas y esparcieron en ellas el espanto. Los reductos de este modo atacados, fueron rodeados y ganados en un instante: dos jóvenes oficiales, Bourmont y Bessieres, entraron en ellos los primeros, y todos los hombres que los defendian, horda confusa é indisciplinada, se retiraron precipitadamente y en el mayor desórden. Este primer triunfo de presagio tan favorable y que tanta confianza inspiró á las tropas francesas solo costó una centena de hombres fuera de combate. Los trofeos de esta jornada fueron once cañones y dos morteros ricamente cincelados que habian pertenecido al ejército de Carlos V.

Mientras la primera division avanzaba de este modo, la segunda efectuaba su desembarco y cada brigada iba á colocarse sucesivamente detrás de la precedente, para sostener á la division empeñada en el combate. Gracias á la infatigable actividad que desplegaron los marinos, se habian reunido en la península, dos horas despues del medio dia, las tres divisiones de infantería, una parte de zapadores y bomberos, toda la artillería de campaña, gran cantidad de víveres y sesenta y cuatro caballos. Mucho antes del desembarco, se habia concebido el proyecto de hacer de Sidi-Ferruch una plaza de depósito, cerrada por el lado de tierra con una línea contínua de fortificaciones, y el general Valazé se puso en seguida á la obra, ocupando dos mil quinientos hombres en abrir los fosos, en levantar las paredes y en plantar empalizadas.

Despues de haberse apoderado de las baterías enemigas, la primera division tomó posicion á la altura de la batería mas lejana del punto de desembarco, y recibió órden de volver las piezas contra el enemigo. Su izquierda se es-

tendia hasta el mar, y el espacio que quedó vacío en la cinta, lo ocupó la division de Loverdo. La division de D'Escars se estableció parte en la península, y parte mas allá del trazado de las obras. El cuartel general se instaló en la torre de Sidi-Ferruch y sus dependencias.

La posesion Sidi-Efrudj es una de las mas bellas en las cercanías de Arjel; entonces era objeto de una veneracion muy particular por parte de los fieles musulmanes, que atribuian á las reliquias que encierra un poder ilimitado para atraer ó conjurar las tempestades; considerándole así como el mejor auxiliar para rechazar á la flota francesa; y sin contradiccion hay que atribuir á esta estúpida creencia la poca resistencia que encontraron los franceses al desembarcar en una playa tan bien guardada. Los despojos del santon reposan en una gran sala, cubierta con una cúpula octógona, en que se penetra á través de otras salas y de un patio formado con elevados muros. La urna que encierra sus restos, está artísticamente incrustada de maderas preciosas; pero se halla enteramente cubierta de amuletos de coral, plata y abalorio. Banderas y piezas de seda de diferentes colores, ofrenda de los piadosos peregrinos, adornan las paredes de la sala. El general hizo respetar religiosamente todos estos objetos, y se alojó en la capilla, única pieza habitable; y en la torre mandó establecer un telégrafo para comunicarse con la flota.

Hé aquí pues un ejército francés acampado en esa Africa, donde tantas naciones habian querido á su vez imponer sus leyes. Los pies de los victoriosos soldados huellan ya el territorio de esa Mauritania cesariana tan floreciente bajo el reinado semi romano de Juba II, y ahora tan desierto, bárbaro é inculto! ¿Está la Francia destinada acaso á reanimar el gérmen de civilizacion que la sociedad antigua habia depositado y desarrollado con tanta felicidad en Africa? ¿Levantará en ella sus altares el Cristianismo bajo su dominacion? Las sillas episcopales que fueron una de

las glorias de la primitiva iglesia hallarán pastores tan fervientes y esclarecidos como aquellos cuyo nombre trasmite la historia? ¿Volverá á cubrirse el suelo africano de ricas cosechas bajo la dominacion francesa? Sus magníficas ciudades de que solo quedan ruinas, ¿volverán á ver oprimirse dentro de sus murallas á la multitud? ¿Se verá cruzado el interior del país de caminos semejantes á aquellas anchas vías romanas cuya descripcion casi ha costado una historia? y por último, ¿tendrán las costas de África tan próximas hoy á Francia por el vapor, el poder de atraer como en tiempo de Augusto, á lo mas selecto de nuestras poblaciones? A todas estas preguntas se encargará el porvenir de responder; ahora hay que limitarse á repetir que una nacion poderosa, y capaz de concebir y emprender grandes cosas, acaba de abordar en África.

La playa de Sidi-Ferruch tan sombría y desierta, cambió de aspecto desde el primer dia, despojóse de sus malezas al suelo, se improvisaron cabañas de follaje, se estendieron las tiendas, las mercancías se establecieron y cada servicio administrativo formó un cuartel distinto. Se abrieron pozos y se construyeron hornos para el alimento del ejército, y cosa maravillosa, tres dias despues del desembarco, recibieron los soldados pan tierno fabricado en África. En seguida, se estableció una imprenta, instrumento indispensable de los pueblos civilizados, y lanzó por millares las proclamas escritas en los diversos dialectos usados en Argelia. Por todos lados reinaba la vida y el movimiento. Cuarenta batallones se agitan en este estrecho espacio, impacientes con los retrasos que los detienen en él: los acentos del clarin y el ruido del tambor se mezclan al canto de los soldados; los carpinteros y herreros establecen sus talleres, mientras que las cantineras y vendedores proporcionan á todos provisiones de lujo en abundancia. Los carruajes que todavía no se conocian en la regencia, andan ya por el campamento y los oficiales de ingenieros trazan ca-

minos. Cuando los fuegos de los vivaques y las sombras de la noche, dieron relieve á estas improvisadas construcciones, se hubiese dicho, al verlas desde las alturas de Sidi-Ferruch ó desde alta mar, que parecia una inmensa ciudad salida de repente del seno de las olas.

El 15, continuó el desembarco del material, trasladando á tierra todos los carros de la artillería de campaña, algunas piezas de sitio, doscientos caballos, una cantidad considerable de útiles y parte de la provision de víveres. En tanto la tropa de la primera division sostenia un fuego vivo con los árabes y los soldados de la trinchera, trabajaban en las fortificaciones que debian poner á Sidi-Ferruch al abrigo de todo ataque. La conclusion de estos trabajos era indispensable para que pudiese pensar el ejército en avanzar. Así el almirante Duperré deseoso de secundar las intenciones del general en gefe, y queriendo dejarle disponible toda su infantería, ofreció defender el campamento con tres mil hombres de marina; útil cooperacion que se aceptó con apresuramiento y que estableció un vínculo mas entre los ejércitos de tierra y mar.

El 16 al salir el sol estaba el tiempo en calma; pero poco despues se vieron caer gotas de un tamaño extraordinario. Este fenómeno bastante frecuente en las comarcas equinocciales era señal precursora de una tempestad violenta. De repente se levantó un impetuoso viento del Oeste, la atmósfera se oscureció, y los estallidos del trueno se sucedieron con espantosa rapidez, siendo cada vez mas terribles las ráfagas. Se habia suspendido el desembarco y cada embarcacion se vió obligada á pensar en su propia seguridad; casi todas echaron otra áncora, porque estaban tan cerca unas de otras que corrian peligro de chocar. La gabarra *Cigüeña* que estaba muy próxima á tierra, zozobraba á cada golpe de mar que recibia, y acabó por perder el timon. Por todos lados reinaba la mas viva ansiedad, pues el ejército solo tenia víveres para cinco dias y muy pocas municiones;

y se temia ver renovados los desastres que deshicieron la espedicion de Cárlos V. Por último se despejó el tiempo á las once, y el viento pasó del N. O. al E. disipando todas las alarmas. Las maniobras mandadas por el almirante Duperré y hábilmente egecutadas por todos los comandantes, salvaron á la flota, siendo tan grande el peligro, que el almirante escribió á Francia, que si la tempestad hubiese durado dos horas mas, no hubiese respondido de los navíos. Despues del medio dia se volvió á cubrir la playa de trabajadores y la bahía de chalupas y barcas, que trasportaron á tierra, caballos, forrage y cajones: bien pronto se descubrió en el horizonte la segunda division del convoy que llevaba el regimiento de caballería y parte de los caballos de la artillería; pero el huracan la dispersó y se vió obligada á ganar la alta mar. Esta jornada fué espantosa; mas sin embargo las tropas francesas sostuvieron con una calma admirable los repetidos ataques del enemigo, cuyo valor habia despertado la actitud pasiva de los franceses.

Durante estas primeras jornadas, consagradas enteramente á asentar el campamento y á concentrar todos los recursos, sólo hubo escaramuzas y tiroteo en las avanzadas; pero en medio de estas acciones sin importancia hubo algunas escenas llenas de interés y dignas de contarse porque tienen cierto color local útil de conocer desde los primeros pasos de los franceses en Argelia.

Los largos fusiles de los árabes alcanzan mas que los de los franceses, de manera que estos tenian rara vez ventaja en los combates de tiradores, y el enemigo se aprovechaba para cortar las cabezas á los desgraciados soldados que quedaban muertos ó heridos en el campo. Los franceses por el contrario llevaban á sus puestos ambulantes los árabes que no habian podido recojer en la fuga sus compañeros. Sin embargo se habian esparcido en todas las tribus siniestros rumores acerca de la ferocidad del ejército espedicionario, y se le representaba degollando á sus prisioneros sin piedad.

y alimentándose con su palpitante carne. Bajo esta impresion se presentó un anciano cheik á las avanzadas del general Berthier el dia 16. Habiendo sabido el desgraciado que habian herido y llevado preso al campo de los franceses á un hijo suyo, iba á reclamarle ó á saber al menos lo que le habia sucedido. El dolor paternal le habia inspirado esta generosa resolucion y le daba valor para arrostrar el fuego de los centinelas y el espanto que le inspiraban los franceses. En cuanto llegó á presencia del general en gefe esclamó prosternándose: «Por el recuerdo de tu hijo, te pido el mio: »dámele.» M. de Bourmont no le comprendia; pero los intérpretes le esplicaron el sentido de estas palabras: el hijo del cheik estaba en los puestos gravemente herido y á punto de sufrir la amputacion de una pierna.

Condujeron al anciano cerca del jóven herido y entonces tuvo lugar una escena mas tierna y afectuosa: el padre dirigia inquietas miradas á su hijo para asegurarse que no se engañaba y este ébrio de alegría llevaba respetuosamente la mano de su padre á sus lábios y la besaba con efusion. Cuando el cheik reconoció la gravedad de la herida, le digeron que los cirujanos habian juzgado indispensable la amputacion: «Por Alá esclamó en seguida, que no suceda tal: »lo prohibo. El cuerpo que recibimos de Dios no nos perte»nece como tampoco la vida que nos ha dado y no podemos »disponer ni de uno ni de otra. Cortar una parte de nuestro »cuerpo es un sacrilegio, del cual no podemos hacer depen»der nuestra vida. Dios no ha dado á los hombres el dere»cho de prolongarla ni abreviarla.» La voluntad del anciano fué respetada, y algunos dias despues su hijo espiaba con horribles sufrimientos los deplorables errores del fatalismo.

A la mañana siguiente se presentó á las avanzadas otro árabe de tanta edad como el primero; pero lleno de fuerza y vigor todavia. Estaba en ayunas y parecia muy fatigado «Dios es grande decía á cada momento, Dios lo ha querido »cúmplase su voluntad.» Se le preguntó lo que quería y

dijo. «Tengo que cumplir una mision divina y quiero hablar »con vuestro gefe.» En seguida le presentaron algunas naranjas y limones que agarró y comió con avidez. Habiendo sacado un oficial superior su bolsillo para dárselo le rechazó con indignacion haciendo el gesto de un hombre mas dispuesto á dar dinero que á recibirle. Por último conducido ante el general en gefe se espresó sin embarazo alguno: «Aunque me ves vestido con este desgarrado trage, dijo, »soy cheik de una tribu numerosa y vengo aquí voluntaria»mente para ver de cerca á los estrangeros que invaden »nuestro pais, y conocer sus sentimientos respecto á los tur»cos y árabes.» El general le hizo responder que su deseo era restablecer la paz entre los franceses y los árabes y librarlos del yugo de los turcos que los oprimian. El viejo pareció satisfecho con esta respuesta y añadió que puesto que era así esperaba determinar bien pronto á su tribu á que tratase con los franceses: despues pidió volverse entre los suyos: «Porque yo no soy prisionero vuestro, decia á »todos los que se le acercaban, pues he venido voluntaria»mente entre vosotros.»

Hiciéronle presente que su vuelta le iba á esponer á grandes peligros; pero estas palabras no le intimidaron: «Ya soy viejo y la conservacion de mi vida no tiene impor»tancia alguna: he recibido de los franceses una generosa »hospitalidad y quiero probarles mi adhesion y reconoci»miento.» M. de Bourmont consintió en dejarle partir; pero despues se supo que habia sido vendido por los árabes, á quienes se habia confiado, y que el dey le habia hecho cortar la cabeza en su presencia.

Todas estas escenas de abnegacion y adhesion, exaltaron de tal manera la imaginacion de un intérprete francés, que el mismo dia en que el anciano salia del campamento, Jorge Garué, sirio de nacimiento, en otro tiempo tesorero del pachá de Damasco, y que habia salido de Paris agregado al estado mayor del ejército en calidad de intérprete,

fué á pedir al general en gefe permiso para avistarse con los árabes, del mismo modo que ellos lo habian hecho con los franceses. «Los franceses, dijo, han sido calumniados en el espíritu de las tribus, pintándolos como enemigos declarados de su patria y del islamismo. Hay que desengañarlas; hay que hacer que los árabes formen causa comun con nosotros y sirvan á los intereses de Francia contra los turcos sus opresores. Yo estoy criado entre árabes y como conozco su lengua, costumbres y usos, lograré persuadirlos.»

—«Pero desgraciado, estais loco, le respondieron, lo que pedís es la muerte!

—¿Que importa, si esta muerte os ahorra millares de soldados? Soy viejo, mi vida vale poco y para mi será una ocasion de pagar mi deuda á la hospitalaria Francia, en que fugitivo y sin recursos he encontrado proteccion, simpatía y asistencia.» Partió para cumplir su peligrosa mision y despues se supo que su cabeza habia aumentado el número de las que durante el sitio de Argel, se espusieron en el pórtico de la Kasbah.

El dia 18 no hubo tempestad y el desembarco continuó; pero emisarios secretos llegados al cuartel general, llevaron la noticia de que los argelinos se disponian para la mañana siguiente á un ataque decisivo; pues atribuian la aparente inaccion de los franceses, al miedo que su ejército les inspiraba, y esperaban poderlos echar al mar. Sin embargo, en el campamento francés estaban todos preparados á recibir al enemigo.

A distancia de seis kilómetros, poco mas ó menos de la península de Sidi-Ferruch, se eleva una llanura de bastante estension cubierta de una vegetacion lozana, y en la cual se reunen muchos manantiales cuyas aguas forman un arroyo que se dirige hácia la bahía oriental. Desde tiempo inmemorial, los pastores árabes habian escogido esta especie de oasis para establecer en él sus cabañas durante el buen

tiempo. En 1808 reconoció el capitan Boutin este sitio, y le dió el nombre de *tiendas*; pero á causa de la confusion que presentaban las cartas geográficas de la regencia en tiempo de la espedicion de 1830, se dió á esta misma llanura el de *Estaueli* que le ha quedado. (1) En él debia efectuarse la reunion de las fuerzas argelinas, á las órdenes de Ibraim, agá de los genízaros y yerno del dey. El bey de Constantina y el de Titeri, estaban en persona á la cabeza de sus tropas; el califa de la provincia de Orán reemplazaba á su gefe que no podia ir por razon de su edad; y en fin, muchos cheiks kabilas á las órdenes del famoso Ben-Zamun (2) se habian reunido con los contingentes de sus tribus. Estas fuerzas reunidas subian á veinte y cinco ó treinta mil hombres, inclusos tres mil turcos de la milicia de Argel. Gran parte de los árabes y kabilas estaban montados. El campo de Ibraim-Agá presentaba la forma de una media luna, apoyando su derecha en *Madiffla* torrente que se convierte en rio en tiempo de tempestad. Delante de la llanura en una pendiente bastante rápida, habian construido los argelinos un reducto armado con piezas de grueso calibre, y ocupado por fuertes destacamentos: por último, en las ondulaciones del terreno que precedian á este reducto habian colocado millares de tiradores árabes, encargados de inquietar á las avanzadas francesas.

La disposicion del ejército francés no era tan ventajosa, quizás, pues sus alas presentaban muchos huecos, y el frente de batalla estaba demasiado lejos de la reserva. Las dos primeras divisiones, protegidas por dos baterías que el enemigo habia abandonado el 14, estaban escalonadas en

---

(1) La llanura de Estaueli se eleva á 150 metros sobre el nivel del mar.

(2) Ben-Zamun antes del desembarco habia prometido al dey llevarle ciento setenta mil hombres, y solo habia podido reunir de seis á siete mil.

los terrenos accidentados de colinas, que se estienden hasta las dunas de Sidi-Ferruch, antes de llegar á la llanura de Estaueli. La tercera division estaba en segunda línea y ocupaba un antiguo cementerio llamado *Fuentes y Tumbas*. El plan de ataque del enemigo, era envolver la izquierda del ejército francés y separarla de la península, maniobrando en su retaguardia. Al mismo tiempo el cañon del reducto debia incomodar al centro, y el bey de Constantina, á la cabeza de sus tropas, tenia órden de atacar la derecha, colocando así al ejército francés entre muchos fuegos. Este plan estaba bien concebido; mas para que hubiese tenido buen éxito se hubieran necesitado gefes mas hábiles que los que habia á la cabeza de las fuerzas argelinas.

La noche fué tranquila; pero al amanecer empezaron los kabilas á coronar las alturas de Estaueli; despues los tiradores arabes guiados por ginetes turcos, avanzaron hácia las líneas del ejército francés y finalmente la vanguardia del bey de Constantina atravesó el Madiffla á las cuatro de la mañana, yendo á atacar el ala derecha del ejército francés. Las elevadas colinas de la orilla izquierda del torrente estaban cubiertas de beduinos que bajaban unidos y tumultuosos, haciendo desaparecer el verdor bajo sus capas blancas, como si le ocultase una espesa capa de nieve. El cuerpo de los genízaros, mandado por el mismo Ibraim-Agá se ponia á su vez en movimiento, y ejecutaba una evolucion hácia adelante.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, empezó el fuego de fusilería y se estendió en toda la longitud de esta inmensa línea: los ginetes árabes que habian franqueado el torrente se arrojaron audazmente con la lanza en ristre sobre las trincheras francesas; pero los soldados los recibieron con un vigor y serenidad admirables. En vano intentaban esparcir el terror dando salvages gritos, pues los jóvenes soldados permanecian quietos y les oponian siempre con buen éxito sus terribles bayonetas. El

general Monck d'Uzer habia designado una posicion favorable á los obuses de montaña, y su fuego acabó de introducir el espanto en los enemigos, que huyeron todos volviendo á pasar el barranco y dejando á sus orillas mas de cien cadáveres. Los soldados franceses no dieron cuartel, pues la vista de los camaradas que habian sucumbido y cuyos cuerpos estaban horriblemente mutilados les exasperaba en alto grado.

Sin embargo, el fuego de fusilería continuaba cada vez mas vivo, y el cañon mezclaba á él su formidable voz. La division de Loverdo, vivamente atacada desde el principio de la jornada, y que luchaba con la mayor parte de las fuerzas argelinas, hacia entre tanto un buen destrozo: el general Berthezene, á su vez, se mantenia en sus posiciones y rechazaba todos los ataques. En el estremo izquierdo los tiradores del general Clouet llevados de su ardor y habiendo rechazado con demasiado empeño al enemigo, se vieron obligados á tomar posicion en las alturas de que acababan de desalojar á los árabes; por manera que formaban una punta saliente en el ejército. El 20 de línea y el primer batallon del 28, que formaban esta brigada, recibieron órden de situarse á algunos cientos de metros detrás; pero antes que pudiesen ejecutar el movimiento, fué duramente maltratada la brigada por los fuegos del enemigo. El primer batallon del 28, sufrió sobre todo grandes pérdidas, y su bandera acabó á manos de los árabes. Estos últimos mostraban tanta mas audacia cuanto que imaginaban que los franceses huian ante ellos; otra circunstancia les animaba mas todavía, y era que los soldados del 28 habian consumido sus cartuchos y estaban demasiado apretados en aquella confusion para poderse servir de sus bayonetas. En medio de este peligro estremo, se oyó al coronel Mounier que gritaba con voz vibrante: «¡Hijos mios, á la bandera!» Estas mágicas palabras bastaron para rehacer en un instante el batallon, y los oficiales y soldados se agru-

paron al rededor de la bandera, jurando todos salvarla ó morir. Ya habian pensado en enterrarla en la arena, donde quizás los hubiese servido de sábana, cuando la llegada del general en gefe al campo de batalla, decidió un ataque que los salvó. El general Arcine y el coronel Lachan á la cabeza del 29 de línea, contribuyeron poderosamente con su valor y prontitud á libertar al 28.

El general en gefe, al ver por sí mismo de un lado el buen estado y ardor de las tropas francesas y de otro la irresolucion y poca perseverancia del enemigo, aunque su intencion no era continuar esta accion, porque no estaba bastante adelantado el desembarco del material, tomó una súbita resolucion; se colocó á la cabeza de su estado mayor en el centro del ejército y dió la señal de ataque. En este momento llegaban tres regimientos de la division de Escars á aquel terreno tan valientemente disputado. En seguida que la cabeza de sus columnas apareció á la altura de las demás divisiones, se lanzaron todas las tropas á paso de carga y á los gritos de ¡*viva el rey*! llegando á su colmo el entusiasmo de los soldados.

El ejército francés incomodado hasta entonces en sus trincheras, contenia por fin al enemigo en campo raso; y así ¡con cuanto ardor se precipitó sobre aquellas masas confusas! Los turcos y beduinos perseguidos á la bayoneta se arremolinan, titubean, son desalojados de sus posiciones y puestos en completa derrota: los obuses dirigidos con maravillosa destreza, esparcen el espanto donde quiera que se presentan grupos numerosos. Las baterías argelinas que tiraban por el contrario sin precision, no producian efecto alguno; y aun cuando hubiesen estado dirigidas por los mejores artilleros, su fuego no hubiera desconcertado á las tropas por la regularidad con que ejecutaban sus movimientos. Desde este instante comprendió el enemigo su debilidad y sin esperar el choque que le amenazaba, huyó precipitadamente á su campamento, que tambien atravesó sin cui-

darse de defenderle. La milicia turca no paró hasta el interior de Argel, los árabes espantados se agruparon bajo las baterías de la plaza, y si se hubiera dejado á los franceses seguir su impulso, hubiesen entrado en la ciudad confundidos con el enemigo.

Todo anunciaba en los turcos y árabes desde el principio de la jornada la mayor confianza. Ibraim-Agá se habia mostrado á su ejército vestido con su trage mas rico, prometiendo á todos un botin considerable y la derrota completa de los cristianos. En su campamento estaba todo dispuesto para festejar y recompensar á los genízaros victoriosos, teniendo preparadas abundantes comidas y encontrándose en las tiendas de muchos gefes, considerables sumas, destinadas sin duda á premiar los altos hechos de la invencible milicia, ó á pagar las cabezas francesas que los árabes ofreciesen á su general en gefe. En medio de este pánico no pensaron los turcos ni en llevarse los tesoros, ni en destruir sus provisiones, y aun abandonaron los bagages.

Las divisiones de Berthezéne y Loverdo se establecieron en el campamento de los árabes y las tiendas que quedaban todavia en él las sirvieron de abrigo. Muchas de ellas y entre otras las del agá y del bey de Orán y de Constantina, eran de notable riqueza; la de Ibraim sobre todo llamó la atencion de los jóvenes soldados por su magnificencia, y el lujo oriental con que estaba adornada. El interior dividido en muchos departamentos, estaba forrado de terciopelo carmesí guarnecido de franjas y bellotas de oro, tapíces de Turquía de gran belleza, adornados con graciosos dibujos, y de brillantes y variados colores, cubrian el suelo; y la esencia pura de la rosa y jazmin estaba esparcida con profusion, mientras que las corrientes de aire distribuidas con arte mantenian una frescura constante. Las tiendas de los demás gefes no eran tan ricas; pero si, muy notables por la gran variedad de sus adornos y de las telas con que estaban hechas. El campamento de Estaueli contenia en la totalidad

doscientas setenta tiendas reservadas, casi esclusivamente á los turcos y á los gefes de las tribus, pues los árabes vivaqueaban en el campo.

Hacía mas de un mes que el ejército se alimentaba solo con carne salada; de manera que las provisiones de toda especie que encerraba el campamento de Ibraim le proporcionó diversion agradable y útil. La toma de los camellos llenó sobre todo de alegría á los soldados, pues desde el principio de la campaña fueron estos cuadrúpedos el objeto de sus chanzas y codicia. Se los repartieron porque se creyó que los servirian de gran auxilio para el trasporte de los bagajes; pero esta esperanza fué vana pues como eran estraños al modo de conducir y cuidar aquellos escelentes animales de carga, no pudieron servirse de ellos: los pegaban escesivamente creyendo, por este medio, obligarlos á obecer; pero los pobres animales acostumbrados á que los condugesen con dulzura, se agachaban y se dejaban despedazar, á golpes; de manera que se vieron obligados á abandonarlos.

La batalla de Estaueli es, sin contradiccion, de las mas brillantes y decisivas que los ejércitos franceses han dado despues de las grandes batallas de Napoleon, pues abría el pais á los franceses, aseguraba, por decirlo así, el éxito de la espedicion, inspiraba á los soldados una ilimitada confianza y los daba un inmenso ascendiente sobre el espíritu de los árabes. Todas estas ventajas costaron solo siete oficiales y quinientos hombres muertos ó heridos.

Cuando llegó á Argel la primera noticia de esta espantosa derrota, el populacho indignado fué gritando á asaltar las puertas de la Kasbah pidiendo la deposicion, muerte y suplicio del dey, pues hacia responsable al gefe del odjak del desastre de la jornada. Al mismo tiempo multitud de genízaros desembocando por las callejuelas cercanas á la Kasbah, cargados con cabezas y uniformes de soldados franceses, iban á pedir el precio de sus trofeos. Pero las puertas de la

Kasbah (1) no se abrieron á los amotinados ni á los falsos valientes y únicamente se introdujo á Ibraim-Agá. Este fué el que aconsejó al pachá que dejase desembarcar á los franceses «con objeto de que ninguno de ellos volviese á su patria». Una relacion dirigida por el á su suegro, que se halló entre los papeles del último, atestigua esta baladronada. «Yo creo que quieren estos infelices, escribía, atacarnos »por tierra, pero si desembarcan perecerán todos.» Sin embargo este feroz esterminador se presentaba con la cabeza baja y el rubor en el rostro á dar cuenta de su derrota. Llegó ante el dey con el aire turbado é inquieto de un criminal que comparece ante su juez.

»Y bien! esclamó Hussein, con una voz que temblaba »de cólera, en cuanto percibió á su yerno; ¿qué noticias »trae nuestro invencible agá? Los franceses sin duda, habrán »vuelto á sus navíos á menos que no los hayas precipitado »en el mar, como tantas veces nos has prometido. Será bas»tante ancha la Kasbah, para contener sus despojos, y los »baños bastante grandes para encerar á todos los esclavos.»

Aterrado con esta profunda ironía, guardó el Agá un profundo silencio.

—»¡Habla pues! habla, le decía el pachá: ¿Es verdad que »mi yerno, el generalísimo de nuestra santa milicia ha huido »vergonzosamente ante ese ejército de infieles?»

—«¿Y que querias que hiciese? respondió al fin el agá »haciendo un esfuerzo. Tres veces me he precipitado con »furia, sobre esos malditos cristianos, y siempre han estado »firmes. ¡Por Alá! ó un poderoso genio los protege ó estaban »atados unos á otros.» (2)

---

(1) El dey de Argel, al principio de la campaña, habia anunciado que daria cinco piastras por cada cabeza de francés que le llevasen

(2) En efecto el aspecto de las líneas francesas, siempre compactas y que no podian romper, ni el fuego de los tiradores ni las cargas de caballeria, hizo decir á los árabes que el sultan de Francia habia encadenado á sus soldados: para impedir que huyesen. El dey participaba tambien de esta creencia.

El furor del dey, concentrado hasta entonces, lejos de apaciguarse con esta escusa, estalló en terribles injurias.

»¡Pero esclavo, poltron! esclamó con rábia lanzándose »al agá y escupiéndole en la cara, vete, sal de mi presencia »miserable. Si no fueses esposo de mi hija te haría ahorcar »en seguida.» Ibraim aterrado se inclinó respetuosamente y fué á ocultar su vergüenza al fondo de su ciudad morisca donde no tardó en recibir la noticia del perdon obtenido por intercesion de su mujer, tan influyente en el ánimo del dey.

Los franceses, dueños de la posicion de Estaueli, se apresuraron á fortificarla. El general la Hidte habia resuelto concentrar en este punto todo el material de sitio necesario para el ataque del fuerte del emperador, por lo cual abrió un espacioso camino que uniese el nuevo campamento á la península de Sidi-Ferruch: algunas trincheras y reductos colocados á cortas distancias protegieron á la vez el camino y la estacion: en fin un telégrafo que correspondia con Sidi-Ferruch y el navio la *Provenza* completó la toma de posesion de los franceses. La faltá de material de sitio, de caballería y de caballos de tiro, imponia al general en gefe la mayor circumspeccion: pues al penetrar en el pais sin caballería ni medios de trasporte, temia que se cortasen las comunicaciones con la península, y que el ejército se viera espuesto á carecer de víveres y municiones.

El 22 de Junio se hallaban reunidos en la península la artillería de sitio y todo lo que habia embarcado en la primera y segunda seccion del convoy, como tambien tres escuadrones de caballería; y el 25 se distinguia ya la tercera seccion que llevaba los caballos de parque. Pero una brisa de Oeste y la corriente que constantemente reina en aquella costa con la misma direccion, la habia echado al Este y la mantenia á nueve leguas del puerto.

Semejantes retrasos dieron nuevo valor á los árabes, é Ibraim-Agá, que á pesar de su derrota habia conservado el mando en gefe de las fuerzas argelinas, se puso á la cabeza

de las tropas regulares, reunió á los beduinos, que despues de la batalla de Estaueli se habian dispersado, y se dispuso otra vez á tomar la ofensiva. Durante algunos dias solo hubo contínuos tiroteos y escaramuzas que fatigaban en estremo á los franceses; pero al fin el 24 por la mañana se vió á los turcos en número de ocho mil, y escoltados con innumerables bandas de beduínos; coronar las colinas que terminan por el Este la llanura de Estaueli, y despues bajar en buen órden presentando una línea de batalla muy estensa. En cuanto empezaron los primeros fuegos de las avanzadas, quiso el general en gefe hacer cesar esta clase de combate en que sus pérdidas igualaban sino escedian á las del enemigo; y mandó al general Berthezéne que se dirigiese con sus tres brigadas y una batería de campaña al camino de Argel. Al general Damremont se le confió el ataque de la derecha y el general Loverdo quedó en el campamento con las brigadas, segunda y tercera de su division.

En cuanto los batallones franceses formados en columna desembocaron en la llanura, los enemigos huyeron por todos lados y solo algunos grupos de caballería que se hallaban en las alas intentaron romper las líneas: pero el general Damremont creyó por un instante al verlos reunirse, que su derecha estaba seriamente amenazada, y para resistir el choque formó al 6.° de línea en cuadros por batallones. Entónces la caballería árabe perdiendo la esperanza de poderlos deshacer, se dirigió al campamento que creia estaba sin tropa; pero el buen continente de la brigada Monck d'Uzer y las buenas disposiciones de su gefe la hicieron abandonar todo proyecto de ataque y se alejó. Sin embargo, como esta caballería pertenecía á las tribus inmediatas, quedó á la vista constantemente y pronta á echarse encima al menor descuido. El general Damremont conoció bien pronto que no habia que temer nada de semejantes enemigos y siguió el movimiento de la division Berthezéne. El pais que atravesaron primero las cuatro brigadas, estaba descubierto y poco

accidentado. Despues de una hora de marcha, la primera brigada atravesó sucesivamente dos pequeñas corrientes que se dirigen al Norte, reuniéndose á la izquierda del camino y desembocando en la bahia oriental de Sidi-Ferruch, cerca de media legua de la embocadura del arroyo de Estaueli. A orillas de la primera corriente se hallan dos ó tres casas casi arruinadas y chozas construidas con piedra y tierra gredosa, á la sombra de algunos árboles: este es el prestazgo de Sidi-Kalef que dió despues su nombre á la segunda batalla de las victoriosas tropas francesas en Argelia. Los árabes, ocultos en sus arboledas hacian un fuego muy vivo; pero en cuanto los franceses lograban atacarlos á la bayoneta, los desalojaban casi sin resistencia. Su fuga, á través de los vergeles, fué tan rápida que la caballería mandada por el coronel Bontenos Dubarry, que cargaba por vez primera, no pudo alcanzarlos.

Sin embargo por la tarde el ejército argelino, al mando del bey de Tittery, logró reunirse en una llanura cuyo acceso estaba defendido por un barranco llamado Beleschedere. El camino de Argel, resto de la antigua via romana pasa muy cerca de él. El general en gefe no titubeó un momento en dar la órden de apoderarse de esta posicion. «Avanzar el »ejército, decía, es aumentar las dificultades del servicio »de trasportes, ahora que no tenemos carretas ni bestias de »carga.» Pero otra consideracion le decidió, pues era verosímil que atacando bruscamente al enemigo, batido y desanimado desde el principio de la jornada, cedería sin mucha resistencia el terreno cubierto que tenian que franquear; y si, por el contrario se le dejaba establecer en él, era de temer que le defendiese palmo á palmo, é hiciese comprar cara esta tardía ventaja.

Así pues la primera division avanzó. Los tiradores enemigos, aunque protegidos por la altura y por el espesor de los setos, se replegaban al grueso de sus gentes, en cuanto hacian la primer descarga; pero la artillería francesa que

habia vencido con maravillosa rapidéz todas las dificultades del terreno, se puso en batería y algunos obuses bien dirigidos bastaron para dispersar las masas que intentaban mantenerse en la altura. Las tres brigadas del general Berthezéne no hicieron alto hasta que llegaron al límite de los vergeles; distando entonces del fuerte del Emperador nada mas que 6000 metros. En el momento en que el estado mayor llegaba á la cúspide de la meseta, se oyó una fuerte detonacion y la division se vió envuelta en una espesa nube que la cubrió de arena: se hubiera dicho que era la erupcion de un volcan; mas era la esplosion de un depósito de pólvora que acababan de prender los árabes, temiendo que cayese en poder de los franceses. La brigada Damremont que habia tenido que atravesar un terreno montuoso cortado por profundos barrancos, no alcanzó al cuerpo principal hasta el fin del dia.

Con esta nueva victoria ganaron los franceses dos leguas de terreno y solo les costó un corto número de hombres: »Un solo oficial, decía el general en gefe, en su relacion: »ha sido herido peligrosamente en esta jornada; y es el segun»do de los cuatro hijos que me han seguido á Africa. Tengo »esperanza de que vivirá para servir con abnegacion al rey »y á la patria.» ¡Mas ay! no sucedió así el jóven Amadeo de Bourmont, teniente del 38 de línea habia recibido una herida mortal al cargar á los árabes en medio de los vergeles próximos á Sidi-Kalef y trasportado á los hospitales ambulantes de Sidi-Ferruch murió á la mañana siguiente de la toma de Argel.

El aspecto del país que iba descubriendo el ejército segun avanzaba, en nada se parecia al que vió en un principio. No eran ya, como en Sidi-Ferruch y en Estaueli, tierras incultas y sin casas, sino que estaba el suelo cubierto de olivos, higueras y frutales de todas clases; los naranjos esparcian por la atmósfera el perfume suave de sus flores; lindos caseríos, defendidos por el verde follage contra los

abrasadores rayos del sol, ofrecian acá y allá, encantadores sitios de descanso; así fué, que los oficiales y soldados, luego que cesó el combate, se dieron á visitar las cercanias del campo; pero un enemigo implacable espiaba todos sus movimientos y al volver de una senda, ó desde el centro de un bosque de naranjos, salia á lo mejor una bala asesina que hacia arrepentir al esplorador de su imprudente curiosidad. En el número de víctimas que sucumbieron á tan cobarde alevosía, se contó un jóven oficial de artilleros, llamado Amoros, hijo del fundador de los establecimientos gimnásticos en Francia. Paseábase á muy corta distancia del campo con un amigo, empleado en provisiones, cuando se vió repentinamente atacado por un grupo de árabes; el comisionado de víveres se metió por las malezas y pudo asi escapar de la muerte; el teniente Amoros por el contrario, quiso resistir á los que acometian: ¡valor inutil! Los árabes le cercan, le acosan por todos lados, le destrozan con sus puñales, hasta que en fin, uno de ellos, trayéndole de los cabellos hácia el pomo de su silla, le cortó la cabeza. Un momento despues y en el mismo paraje, sufrian igual suerte dos soldados artilleros; cuatro gendarmes se encontraron tambien sin cabeza, y el baron Hugon, y M. Villaret-Joyeuse, solo debieron su salvacion á la ligereza de sus caballos.

En tanto que el ejército combatia y avanzaba hácia el interior, cesaron los vientos de Oeste, que detenian á lo lejos el convoy que salió de Palma. Dióse vista á la escuadra en Sidi-Ferruch el dia 24 y el 25 empezó el desembarco. A pesar de algunos golpes de viento del Oeste que tumbaron varios buques, el 28 habia terminado aquella dificil operacion; los caballos de artillería, los cajones, las municiones de sitio, todo se hallaba ya en tierra; y asi no habia motivo que pudiese retardar la marcha sobre Argel ni las obras del sitio. La península de Sidi-Ferruch, verdadero arsenal del ejército franco, estaba perfectamente

atrincherada. Separábala del continente una línea de fortificacion, armada con 24 cañones y la ponia en estado de desafiar á todas las fuerzas de la regencia. Mil quinientos hombres de marina, un batallon de infantería y varios destacamentos de artilleros é ingenieros, formaban la guarnicion de aquella importante plaza de armas. La comunicacion establecida en un principio desde Sidi-Ferruch á Estaueli, se estendió hasta Sidi-Abderraman ó Fuente-Capilla, en los confines de los primeros escalones del monte Budjareah, en el cual fijaron las tropas francesas su campamento despues de la batalla de Sidi-Kalef. Toda esta línea de comunicacion se fortificó con ocho reductos que servian para proteger á los convoyes contra los ataques de los árabes. No faltaba pues, sino hacer que llegase la artillería de batir, y acometer la plaza. Hé aquí cual fué la situacion de las tropas durante los cuatro dias del desembarque.

En frente de la llanura que ocupaba el ejército francés, estaba uno de los contrafuertes de Budjareah, en el cual concentraron los argelinos todas sus fuerzas despues de la batalla de Sidi-Kalef, apoyándolas con muchas bocas de fuego de grueso calibre. Desde aquel punto enviaban contra la línea francesa, nubes de tiradores, que aprovechando los barrancos y ondulaciones del terreno, la causaban terrible daño con sus disparos de emboscada. Era imposible poner en movimiento el menor destacamento, sin que en el acto se viese envuelto por los beduinos, y maltratado y diezmado por su mosquetería; por otra parte, el retraso en el desembarque de material, ocasionado por el mal tiempo, obligaba á los franceses á permanecer en la inaccion. Los regimientos 17 y 30 de línea, fueron particularmente los que mas estragos tuvieron en esta guerra de avanzadas.

Los dias 25 al 28 se consumieron en rechazar estas miserables escaramuzas; mil setecientos hombres quedaron fuera de combate desde que se abrió la campaña, y en su número, ademas de los oficiales que se han citado antes,

se contaban M. Borne, gefe de escuadron, ayudante del duque de Escars; los capitanes Rachepelle y Limoges, del 9 de línea, tocados ambos de bala en la frente, y en fin el jóven teniente Bigot de Morogues, herido de bala en el cuello al tiempo de apoderarse de una bandera enemiga. Estas bajas y los enfermos que se encontraban en los hospitales ambulantes, hicieron sentir al general en gefe la necesidad de llamar á la cuarta division del ejército que permanecia de reserva en Tolon. Dióse pues la órden; pero los triunfos ulteriores de la campaña, tan rápidos como decisivos, vinieron á hacer inútil semejante precaucion.

Durante la jornada del 28, se renovó el fuego en todo el frente de la línea, siendo la causa de este ataque un movimiento efectuado por la division del duque de Escars, para colocarse en primer término. El batallon 2.º de ligeros uno de los que componian el primer regimiento de marcha, (division Berthezéne), estaba acampado á la estrema derecha de Fuente-Capilla; delante de él en direccion tambien á la derecha, presentaba el terreno muchos accidentes, y el enemigo le atravesó El batallon, sorprendido por un ataque tan vivo é inesperado, no se pudo formar, sino haciendo primero un movimiento retrógado; pero esta maniobra se efectuó con algun desórden y ocasionó la pérdida de sesenta hombres. Sin embargo, el triunfo de los árabes no duró mucho tiempo, pues los tres batallones restantes de la brigada Poret de Morvan, corrieron á las armas, cargaron con vigor sobre el enemigo y haciendo en él gran carnicería le pusieron en derrota. A la izquierda, la compañía del primer batallon del 35 se encontraba destacada como puesto de observacion, teniendo á su espalda dos brigadas de la division de Escars; mas se vió precisada á abandonarle por el trazado erróneo de la trinchera en que se habia parapetado y que la dejó espuesta completamente al fuego de los tiradores enemigos. En la retirada sufrió un vivo ataque; pero las demás compañías del batallon, á cuya ca-

beza marchaba el valiente coronel Rulliere, vinieron al momento en su socorro, y despues de un obstinado combate, rechazaron al enemigo salvando á sus granaderos. El regimiento 35 compró bien cara esta victoria, pues tuvo ochenta hombres fuera de combate.

La noticia de haber desembarcado ya todo el material de sitio, decidió al general en gefe á que hiciera cesar aquellos encuentros parciales, tomando enérgicamente la ofensiva. El 28 por la noche se trasladó el cuartel general á Fuente-Capilla, y se resolvió escalar desde el siguiente dia al amanecer las alturas que ocupaba el enemigo, quitárselas y embestir inmediatamente despues á Argel y el fuerte del Emperador. El general Monk de Uzer recibió órden de ocupar el campo de Estaueli con su brigada y asegurar las comunicaciones entre aquel punto y la península; la brigada Poret de Morvan quedó encargada de guardar el parque de artillería de sitio en la posicion Fuente-Capilla; y el 23 y 34 de línea fueron colocados en escalones entre dicha posicion y el campo Estaueli.

El 29 al despuntar el alba, se puso el ejército en movimiento formando tres columnas que marchaban á nivel; atravesó desde luego el valle intermedio que le separaba del enemigo; despues sin perder momento, subió la elevada colina que estaba coronada por la artillería de Argel; el ala derecha estaba á las órdenes del general Loverdo; en el centro iba la division Berthezéne, y la de Escars formaba el ala izquierda. En segunda línea iba colocada una brigada de la segunda division, formando la reserva, y la artilleria de montaña; los obuses iban intercalados entre todos estos cuerpos.

Las brigadas de la tercera division no tardaron mucho tiempo en encontrar al enemigo, como se habia previsto; y se lanzaron á él sin disparar un solo tiro, al grito repetido de *¡viva el rey!* La inmovilidad en que forzosamente habian estado las tropas francesas durante algunos dias, las daba

mayor ardor, y pocos momentos bastaron para que se apoderasen de todas las posiciones.

Ninguna formal resistencia detuvo la marcha de las divisiones Berthezéne y Loverdo. La direccion que llevaba la primera, la hubiera conducido por una pendiente rápida á la rada de Argel y lejos del fuerte del emperador; además hubiera tenido que cruzar un terreno surcado de profundos barrancos y erizado de obstáculos de toda especie; mas el general en gefe dió órden al general Berthezéne de suspender su marcha. La brigada Achard fué enviada hácia el Budjaroah que domina todo el pais de su alrededor; la ocupacion de este punto estratégico era de la mayor importancia.

Sin embargo las dos brigadas de division, habian continuado su marcha hacia el castillo del Emperador, aun cuando los árboles y ondulaciones del terreno no las permitian descubrirle. Temiendo que se estraviasen, tomó M. Bourmont el partido de detener su movimiento hasta que llegando él en persona á la izquierda, adquiriese un esacto conocimiento, tanto de lo que allí ocurria, cuanto de la posicion del fuerte. Las brigadas de la division de Escars acababan de hacer alto cuando las alcanzó: y habiendo divisado el castillo del Emperador en la parte que aquellas ocupaban, el general en gefe, creyó llegado el momento de dirigir contra la fortaleza las tropas de la segunda y tercera division. Con tal obgeto fué enviado el general Tholozé cerca del general Loverdo, llevándole la órden de que avanzáse rápidamente: mas la confusion era suma en aquel punto, y solo despues de varias contramarchas muy penosas pudo la division volver á ocupar su puesto.

Por lo demás, durante todo aquel dia 29, estuvo espuesto el ejército francés á grandes peligros. Las divisiones de brigada, en la necesidad de avanzar sin guia ni carta estratégica, por un pais herizado de montecillos surcado de barrancos y anfractuosidades sin cuento, se perdieron muchas

veces en aquel vasto laberinto. Andaban repetidamente un mismo camino: el espejeismo producido por los vapores del Mitidja, hizo suponer á varios gefes de cuerpo, que se hallaban frente al mar, y por consiguiente que llevaban un camino contrario al que debian tomar. Los regimientos se confundian: sus banderas flotaban mezcladas en un mismo peloton; y por todas partes se oía el tambor tocando llamada para reunir los destacamentos, como sucede despues de un ataque violento. El escesivo calor que hacia en medio de aquellas gargantas y valles estrechos, aumentaba la angustia de las contramarchas y estravíos: faltaba el agua en todas partes, y el soldado caia abrumado de cansancio, ó estenuado de necesidad. Si en aquella jornada de desorden y de imprudencia Hussein hubiera tomado las principales avenidas y coronado algunas alturas con sus árabes y milicianos, el ejército francés hubiese perecido: un puñado de hombres habria bastado para aniquilarle ú obligarle á rendir armas sin haber combatido. Pero Dios en aquel momento protegía á la Francia.

Por último se restableció el órden, y el ejército despues de limpiar las cercanías del Budjareah, coronó su cima. Entonces vió desplegarse á su vista toda la espalda de Argel el fuerte del Emperador, y en el horizonte la mar, donde se descubría la escuadra avanzando para combinar un ataque doble. Este grandioso espectáculo escitó el entusiasmo de las tropas, y por un movimiento unánime y espontáneo se las oyó saludar, repitiendo mil veces el grito de *¡viva el rey!*, á la rampa de aquella ciudad orgullosa, donde muy pronto iba á ondear triunfante la bandera que habia osado ultrajar en otro tiempo. En las alturas del Budjareah, es principalmente donde el puerto de Argel, la ciudad y las campiñas que la rodean, forman un aspecto mas delicioso y un magnífico panorama. Aqui debe suspenderse un momento la narracion, para dar á conocer los sitios en que van á tener lugar las últimas escenas de la invasion francesa.

El terreno del Budjareah, ocupa delante de la llanura del Mitidja, un área casi elíptica de treinta y tres mil hectáreas: su punto culminante está á tres mil seiscientos metros de distancia horizontal de Argel, y á cuatrocientos dos metros de elevacion sobre el nivel del mar. La superficie que la vista alcanza desde aquella altura, es inmensa: se estiende desde el mar hasta las costas del Atlas, y desde Delis á Cherchel, dividiéndose en tres porciones muy distintas; que son, el Sahel, ó terreno de Argel, la llanura del Mitidja, y los flancos del Atlas. La ciudad de Argel con sus anejos, ocupa una superficie de veinte y cinco leguas cuadradas; su base está bañada al Norte por el mar, al Este por el Harach, el Oeste por el Mazafran, y al Sud, baja rápidamente hacia el Mitidja.

Una red enmarañada de caminos sinuosos, cruza en todos sentidos la campiña que rodea á Argel, haciendo de ella un verdadero laberinto. En aquellos estrechos desfiladeros, los mas apropósito para la defensa, es donde las tropas españolas de O'Reilly, en 1775, llegaron á desconcertarse por el vivo fuego de emboscada que sufrian, y se reembarcaron despues de dejar en el campo de batalla mas gente de la que ha costado á los franceses la conquista de Argel. Todos aquellos senderos conducen á mil casetas, cuya blancura deslumbradora contrasta con la vegetacion que las circuye. El suelo está enteramente cubierto de viñas, sandias, melones, naranjos, acacias, madreselvas, álamos mezclados con nópalos, rosas amarillas, y todas las brillantes variedades de la flora númida. El cactus, con su follage tupido y sus fantásticos troncos, cerca los campos de impenetrable seto, y el agabe estiende sus inmensas ramas que semejan las cuchillas de una raza de gigantes. En medio de aquellas deliciosas poblacioncitas se notaban las casas de los cónsules europeos, por sus mayores dimensiones y las anchas banderas que flotaban sobre ellas.

En el centro de aquella alfombra de esmeraldas y de

ópalos se levanta Argel la victoriosa, la bien guardada; su recinto triangular tiene una estension de cerca de tres mil metros. El frente de mar, mira al Oriente; los otros dos, no tan grandes como el primero, caen al Noroeste y al Sudoeste. El punto de su reunion, que es el mas elevado del recinto, está á la altura de ciento veinte y cuatro metros sobre el nivel del mar. En los frentes Noroeste y Sudoeste, el recinto consiste en una muralla sin bastiones, cuyo pié solo está defendido por flancos sumamente cortos. No hay cañones mas que en muy pocos puntos, pues la rampa es demasiado estrecha para que se puedan colocar. En diversos parages las casas del interior están tan pegadas á ella por su espalda que no dejan espacio ni aun para los fusileros. En el frente Sudoeste, se advierte delante del recinto una gran cavidad, que no parece enteramente obra del hombre, y á su borde una pared ó muro paralelo al de la plaza, le dá el aspecto de foso. El otro frente está cubierto en casi toda su longitud por un barranco muy marcado. Por el lado del mar, el recinto no es mas en casi todas partes, que una simple pared. El puerto ó dársena, se halla formado por un muelle que une al continente los islotes que al parecer dieron el nombre á la ciudad, y su entrada está cerrada con una cadena. Algunas baterías de la isla, tienen almenas y estan dispuestas en escalones. La ciudad de Argel tiene cinco puertas; dos están situadas en el frente de mar, y otras dos en las estremidades inferiores de los frentes de tierra, y se llaman *Bab-Azun* la de Oeste y *Bab-el-lled* la del Este. La quinta puerta se halla en el mismo lienzo que la puerta Bab-Azun, y está como á ciento veinte metros de la Kasbah, la llaman *Puerta nueva*.

En el vértice del ángulo que forman los dos frentes de tierra, se eleva una especie de ciudadela cuyos muros son mas altos que los de la plaza: es la Kasbah, (voz árabe que significa *fortaleza*) Delante de estas obras y casi en la misma direccion que el camino de Argel á Sidi-Ferruch, se estiende una cadena de montecillos, cuya elevacion progresiva está



PUERTA BAB-AZOUN EN ARGEL.

en razon directa de su distancia de la plaza. A la derecha de la línea que forma la cumbre de esta cadena, afluyen las aguas hacia el arroyo que dá su nombre á la puerta *Bad-el-lled*; y por la izquierda, se dirigen hacia la rada ó hacia el *Harach*. En uno de estos montecillos fué donde Cárlos V, estableció sus cuarteles en 1541: despues que se retiró el ejército español, Hassan que gobernaba entonces el Odjach, quiso asegurar una posicion tan importante, contra nuevas tentativas: y para ello mandó construir en dicho punto un fuerte que se designó al principio con el nombre de su fundador, llamándole ciudadela de Muley Hassan (*Muley-Assan-Bordj*); pero despues de la muerte de aquel dey, se ha llamado generalmente *Sultan Calasi* (fuerte del Emperador), sin duda en conmemoracion de la victoria alcanzada contra el capitan cristiano que habia acampado en aquella punta.

El fuerte del Emperador, cuyo asedio iba á emprender el ejército francés, está situado sobre la roca viva, y presenta una forma casi rectangular; los lados mayores del rectángulo tienen ciento cincuenta metros de longitud, y los menores, ciento: la altura media de los muros es de nueve metros. En los cuatro ángulos se elevan los bastiones; y las cortinas que los unen, están construidas en cuarterones y revestidas de mampostería. No hay foso; pero delante de la obra, por el frente Noroeste, que parecía ser el indicado para el ataque, la roca presenta una honda escavacion. Domina todo el edificio una torre circular levantada en su centro, y forma como una especie de reducto circuido de almacenes abovedados. La elevacion del fuerte sobre el nivel del mar, es de doscientos treinta metros.

Las avenidas de la ciudad, estaban además defendidas al Sur, por multitud de baterías escalonadas en la playa; y al Norte, por el fuerte de las *veinte y cuatro horas*, situado á trescientos metros del *fuerte nuevo*. Mas allá todavia, á los mil quinientos metros, se levanta el fuerte de los ingleses, pero no obstante esta multiplicacion de construcciones, la de-

fensa de Argel era débil por la parte de tierra, pues no habia en aquel punto ninguna que pudiese oponer formal resistencia, sino el fuerte del Emperador; y aun este se encontraba dominado y registrado su interior, por la meseta mas alta del Budjareah. Asi, en cuanto los franceses coronaron aquellas montañas, el castillo del Emperador tiró el cañonazo de alarma: los argelinos no pudieron presumir que el ejército enemigo intentase escalarlas y establecerse en ellas.

Aunque en Argel reinaba la persuasion, y el mismo dey participaba de ella, de que los franceses nunca podrian tomar el castillo del Emperador, sino es construyendo antes otra ciudadela de fuerza superior y capaz de arruinarla, sin embargo, los rápidos progresos que habian hecho en una sola jornada, llegaron á introducir una grande alarma en la ciudad. Se encargó al mutfi que reanimara con sus exhortaciones el valor de las tropas y de los habitantes; se distribuyeron estandartes nuevos que tenian concedidas gracias especiales, y el *Khaznadji* (ministro de hacienda) que poseia toda la confianza del dey, tomó á su cargo la defensa del castillo del Emperador. Ochocientos *tobjis* (artilleros) escogidos entre los de mas certera puntería, y mil quinientos genízaros, fuéron á secundar sus esfuerzos jurando todos defender la plaza hasta el último estremo.

M. de Bourmout, despues de visitar las diferentes posiciones de sus tropas, y de reconocer un llano que en 1808 habia designado el capitan Boutin como el sitio mas apropósito para abrir brecha desde él, estableció su cuartel general á dos mil metros del fuerte. Apenas se hubo instalado allí, cuando los cónsules residentes en Argel pidieron ser presentados. Venian á cumplimentar al general en gefe del ejército francés, y espresarle sus deseos y ardientes votos por el buen éxito de la empresa. Aunque el pabellon de cada uno flotaba sobre su respectiva morada, sin embargo se habian reunido todas para mayor seguridad, en el consulado americano, situado á media cuesta del Budjareah. M. de Bourmout

les tranquilizó mas todavía, poniendo á su disposicion una guardia particular, compuesta de gendarmes y granaderos. A pesar del atroz cansancio de la jornada, se mandó que los trabajos de trinchera comenzasen desde aquella misma noche. Era preciso ante todo romper cinco casas, situadas á la distancia media de quinientos metros del castillo, y que formaban un cordon entre el consulado de Suecia á la derecha, y un pico opuesto al frente Oeste del fuerte, para que abierta calle, sirviese de primera paralela. El 30 por la mañana quedaron concluidas estas obras preliminares, y se habian roto mil metros de trinchera.

Luego que los artilleros del castillo descubrieron los trabajos, empezaron un fuego terrible, sobre todo contra la línea de Oeste que no estaba aun terminada en algunos parages, y por otra parte llegaba á muy corta distancia de la plaza. El gefe de batallon de ingenieros, Chambaud, perdió allí la vida. Los genízaros por su parte, fieles al compromiso contraido, hicieron una salida, pero fueron rechazados con gran pérdida. Estos ataques sin consecuencia, no detuvieron un solo momento los trabajos de asedio. Los generales comandantes de artillería y de ingenieros, reconocieron el fuerte en medio de las escaramuzas, y se ocuparon en fijar la colocacion de las baterías de sitio.

El ángulo Oeste del castillo, que tiene uno de sus lados hacia el Noroeste, y el otro hacia el Sudoeste, fué considerado como el punto que ofrecia mayores ventajas para el ataque, y cuya brecha podria hacerse abordable con mas facilidad. Al efecto, se creyó oportuno, que tres baterías, armadas la una con dos obuses de á ocho pulgadas, la otra con seis cañones de á veinte y cuatro, y la tercera con cuatro piezas de igual calibre, hiciesen converger sus fuegos sobre el lienzo del Sudoeste. Tambien se pensó que convendria colocar en la estremidad izquierda de la prolongacion del mismo lienzo, seis cañones de á diez y seis, para enfilar la cortina de aquel frente y batir de lleno el lado Noroeste.

Esta consideracion decidió el establecimiento de otra cuarta batería. Finalmente el general la Hitte despues de practicar nuevos estudios, resolvió que se construyesen otras dos baterías menos importantes, si bien capaces de responder á los fuegos de la Kasbah Casi todas las baterías estaban ocultas por los árboles, setos ó malezas, y dominaban en muchos metros á los parapetos del castillo.

Mientras se organizaban estos trabajos y las piezas de batir se ponian en marcha, el ejército francés rectificaba sus posiciones y se aproximaba á la plaza. El 6.° regimiento de infantería de línea acampó en los jardines del consulado de España á la derecha del camino de Estaueli; sus puestos avanzados llegaron hasta el consulado de Suecia. Se mandó colocar al 49 cerca del sitio designado para depósito de trinchera; los dos regimientos de la brigada de Arcine, se colocaron á cuatrocientos metros de la casa consular de los Paises Bajos, por su espalda; el campamento del segundo regimiento de marcha, (1.° y 2.° de ligeros) se encontraba á la línea del cuartel general; el 35, despues de haber permanecido dos dias en el lugar que se le habia designado, se reunió el 29 por la tarde con el segundo de marcha. La segunda brigada de la tercera division, compuesta del 17 y 30 de línea, acampó detrás de la primera. Señaláronse sitios para los parques de artillería y de ingenieros á derecha é izquierda del camino, y un poco á la espalda del cuartel general: allí fué tambien donde vino á tomar posicion el regimiento de cazadores á caballo. La division Berthezéne había sufrido pérdidas mas considerables que las otras, por haberse batido siempre en primera línea, y asi por consideracion, se la encargó que guardase la espalda al ejército sitiador, que escoltase los convoyes y que ocupase los puestos y reductos destinados á protegerlos. En consecuencia de esta disposicion, el 15 de línea y el primer batallon del 48, como tambien la brigada Montlivault, se reunieron con su division debajo de los muros de Argel.

El terreno en que habian de practicarse los trabajos de sitio, presentaba por todas partes dificultades; componíase de roca mista, donde apenas querian entrar las herramientas; inmediatamente debajo de la superficie, se encontraba la roca viva y para formar los baluartes, era preciso acudir á los sacos de arena. La decision y actividad de los soldados, venció todos los obstáculos; la trinchera habia quedado abierta en la noche del 29 al 30 de Junio y á la siguiente noche estaba ya coronada la colina en toda su estension. Durante la noche del 1.° al 2 de Julio, se ensancharon las comunicaciones y se empezaron á construir las baterias de costado; por fin, á la otra noche se llevaron las bocas de fuego á la trinchera, y se montaron en sus cureñas; mas todos estos trabajos que se hicieron sin descanso de dia y de noche, ocasionaron pérdidas considerables. Los cañones del fuerte del Emperador y los de la Kasbah, fijos incesantemente sobre las obras de los franceses, hacian un fuego vivo que destruia los parapetos, en tanto que los árabes, armados de sus largos fusiles, y buscando por la espalda las defensas ó fosos de trinchera, diezmaban á los trabajadores. Estos contínuos ataques fatigaban al soldado: y asi con objeto de distraer un instante la atencion del enemigo de los trabajos de sitio, quedó encargado el almirante de operar con la flota sobre el frente de mar. Con efecto, el 1.° de Julio, una brisa permitió el movimiento y el almirante Rosamel desfiló con su division desde la punta Pescade hasta el muelle que está á tiro de cañon, presentando todos los costados de sus buques á las baterias turcas. Esta maniobra produjo un completo éxito, pues al desfilar por delante de los fuertes, se reconoció que estaban desprovistos de artilleros, dado que ninguno respondió á los fuegos de los primeros navios. Despues se vieron acudir en tropel los tobjis, que destacándose de las baterias de tierra, venian á cargar los cañones de la marina y contestar con descargas regeladas á los últimos buques. Durante este cambio

de balas, poco mortífero, los soldados, menos acosados, pudieron activar sus obras. El dia 3, M. Duperré con su navío almirante á la cabeza, renovó la misma maniobra, y obtuvo resultados aun mas satisfactorios; con efecto la *Belona*, en combinacion con un destacamento del ejército de tierra, consiguió apoderarse de tres baterías con treinta y tres cañones.

El fuego dirigido contra los trabajadores, cesaba ordinariamente despues de ponerse el sol; porque los tobjis del fuerte del Emperador, como buenos musulmanes, no querian velar, ni combatir en medio de las tinieblas. La inminencia del peligro, hizo no obstante que derogasen esta costumbre en la noche que precedio á la ruina de Sultan-Calasy. Habiendo divisado á los trabajadores en diversos puntos, les dirigieron un fuego terrible de metralla, acompañado de bombas de obus, al mismo tiempo que algunas tropas de la milicia, valientes y decididas, se precipitaban sobre una batería francesa que estaba todavía sin desmantelar. Los soldados atacados de improviso, y con tal ímpetu por los árabes y turcos, que despues de escalar los antepechos y sacos de tierra, descargaban sobre ellos á quema ropa sus pistolas y fusiles, ó les degollaban á golpes de yatagan, se vieron obligados á defenderse con las herramientas del trabajo. El combate fué cuerpo á cuerpo; un sargento de artillería, derribó de un azadonazo á un beduino; los oficiales del arma, desenvainaron sus sables, y uno de ellos, el teniente Daru, recibió una herida leve; el capitan de ingenieros Villalier, menos feliz que él, sucumbió. Despues de haber descargado sobre los árabes sus pistolas, no pudiendo oponerles mas que su delgada espada, la multitud le acometió; un golpe de yatagan partió su corazon, y su cabeza fué á aumentar el número de las que ya colgaban en la Kasbah. Mas pronto la infantería que habia formado en batalla rompió un fuego de dos filas bien nutrido, y obligó á los árabes y genízaros á pronunciarse en rápida retirada.

Como media hora despues de esta alerta, los albores de la mañana dejaron ver las troneras del castillo; en el momento un cohete disparado desde el cuartel general, dió á la artillería francesa la señal de empezar el fuego, y en el mismo instante seis baterías lanzaron sus terribles proyectiles contra la plaza. Sultan Calasy, respondió vigorosamente á los primeros disparos; los dos pisos de sus baterías se iluminaban con claridad muy viva, y los tobjis, comprendiendo que se iba á empezar una lucha decisiva, redoblaban su actividad, á falta de precision, puesto que sus tiros se perdian casi siempre en vago. Al contrario, por parte de los franceses, los disparos guardaban una puntería admirable; casi todas sus balas tocaban en las almenas, y hacian saltar las piedras á pedazos. La direccion de las bombas no era tan acertada, mas el general La Hitte, se apresuró á rectificarla, y una hora despues de roto el fuego, todas las bombas sin escepcion, estallando en medio del fuerte, esparcieron el terror y la muerte entre los turcos que se habian replegado al interior. A las ocho empezó á ceder el fuego de la artillería enemiga, y en algunos parajes de los frentes atacados, la ruina casi completa de los parapetos, dejaba al descubierto á los que la servian. Sin embargo, guardaban sus puestos, y reemplazaban con bultos de lana y enramadas los lienzos de muralla derribados. ¡Esfuerzos inútiles! el valor de los tobjis turcos, no podia luchar contra la habilidad de los que apuntaban. Para hacer callar las piezas, que no obstante el general desórden del enemigo, no se habian apagado aun, se dirigieron muchas del ejército sitiador contra cada una de aquellas; y á las diez, el fuego del castillo, se habia estinguido por completo. En el instante mismo, el general La Hitte dá la órden de batir en brecha, las dos caras del bastion de Oeste: las balas francesas determinan bien pronto muchos boquetes: la guarnicion del castillo, aterrada en vista de los rápidos progresos que hace la artillería, intenta retirarse; mas el dey la manda que se de-

fienda. Entonces los jenízaros y los tobjis, consultando solo á su desesperacion, se precipitan furiosos hácia la ciudad, maldiciendo mil veces á Hussein, que queria segun ellos sacrificarlos inútilmente. Algunos hombres nada mas, quedaron entre los escombros para cumplir el último deber..... incendiar los polvorines.

Con efecto, pocos momentos despues de aquella evácuacion forzosa, se dejó oir una detonacion terrible: espesa nube de polvo y humo se eleva por encima del fuerte, estendiéndose rápida en todas direcciones: míranse lanzados al aire grandes trozos de mampostería, cuarterones de rampa, piedras enormes, cureñas y miembros de cadáveres que van á caer como una espantosa lluvia sobre las baterías francesas: la oscuridad, aun mas todavía que aquel terrible granizo, hace titubear el valor de algunos: varios trabajadores y centinelas abandonan sus puestos, pero los artilleros impasibles permanecen al pie de sus cañones, y los disparos que continuan haciendo, tranquilizan al ejército respecto al resultado de la esplosion. Era sin embargo inútil proseguir el fuego; y cuando el viento hubo disipado aquel velo lúgubre que ocultaba el fuerte del Emperador, se pudo reconocer que toda la parte Oeste habia caido, presentando una inmensa brecha. En seguida el general Hurel que mandaba la division de trinchera, dió la órden de avanzar. Una compañía del regimiento 17 de línea, cruzó rápidamente el espacio que la separaba del recinto de la fortaleza, escaló sin resistencia sus ruinas y enarboló la bandera blanca. Los carabineros del 9 ligeros con el general Hurel á su cabeza, siguieron el movimiento, y un cuarto de hora despues de la esplosion, las tropas francesas, como tambien su general en gefe, ocupaban el inespugnable castillo del Emperador.

Luego que los árabes, que se habian mantenido en las afueras de Argel, para molestar á los franceses, vieron que no existia yá el Sultan-Calasy, lanzaron gritos de espanto y huyeron en tumulto hacia la Mitidja. Casi todos los que for-

maban parte del contingente de Constantina y de Orán, se marcharon en aquel mismo dia. Sin embargo, la Kasbah y el fuerte Bab-Azun, no habian detenido sus disparos, y los dirigian entonces contra el fuerte del Emperador. La guardia de trinchera colocada tras el frente Sudoeste del castillo, no podia ser perjudicada por las balas de la Kasbah, pero llegaban hasta ella las del fuerte Bab-Azun, sin embargo que el punto de partida se hallaba 200 metros mas bajo. El general la Hitte hizo volver contra este fuerte dos piezas de campaña y tres bocas de fuego, de las que la esplosion habia dejado sobre sus cureñas. Estas piezas, bien dirigidas, bastaron para reducir al silencio á la artillería enemiga. El general Valazé por su parte, se ocupó activamente en formar nueva trinchera delante de la ciudad, á fin de no dar tiempo al enemigo para que se repusiera.

M. de Bourmont apenas acababa de establecerse en el fuerte del Emperador, cuando un parlamento enviado por el dey se presentó en los puestos avanzados. Era Sidi-Mustafá, primer secretario de Hussein: el general en gefe le recibió en medio de los escombros. Al llegar á él se prosternó el enviado turco segun la costumbre oriental pero M. de Bourmont le levantó bondadosamente, y un intérprete trasmitió las siguientes palabras.

«¡Oh invencible cabeza de los ejércitos del sultan mas »grande de nuestro siglo! Dios está por tí y por tus banderas; »pero la clemencia de Dios manda que haya moderacion »despues de la victoria. La prudencia humana tambien la »aconseja como el medio mas seguro de desarmar completa»mente al enemigo vencido. Hussein-Pachá besa el polvo de »tus pies, y se arrepiente de haber roto sus antiguas relacio»nes con el grande y poderoso Melek Charal (el rey Cárlos X). »Hoy reconoce que cuando los Argelinos están en guerra con »el rey de Francia, no deben rezar la oracion de la tarde sin »haber obtenido la paz. El hace pública enmienda y te da sa»tisfaccion del insulto cometido en la persona de su cónsul;

»renuncia á pesar de la escasez de su tesoro á sus antiguos »créditos contra la Francia; y lo que es mas todavía, pagará »todos los gastos de la guerra. Mediante estas satisfacciones, »mi amo espera que le concederás la vida, y el trono de Ar»gel, y que retirarás tu ejército de este suelo, y tus navíos »de estas playas.»

Semejante lenguaje estuvo muy lejos de satisfacer al general en gefe: Caballero Bracewithz, dijo al intérprete, recomendad á ese parlamentario, que repita fielmente á su señor la respuesta que voy á dar á sus proposiciones.

«La suerte de la ciudad de Argel y de la Kasbah, está »en mis manos, porque soy dueño del fuerte del Empera»dor y de todas las posiciones inmediatas. En pocas horas »los cien cañones franceses, y los que he tomado á los ar»gelinos, convertirán la ciudad y la Kasbah en un monton »de ruinas, y entonces Hussein-Pachá y los argelinos, sufri»rán la suerte de las poblaciones y de las tropas que se en»cuentran dentro de las ciudades tomadas por asalto. Si Hus»sein quiere conservar su vida y la de los turcos y habi»tantes de la ciudad, que se rindan todos *á discrecion*, y »entreguen inmediatamente á las tropas francesas la Kas»bah, todos los fuertes de la ciudad, y los fuertes este»riores.»

Al oir esta fatal respuesta, una profunda tristeza sombreó el rostro varonil y hermoso del enviado del dey. Se mostró consternado, y declaró que jamás su boca osaria trasmitir á Hussein-Pachá tan duras condiciones. Fué preciso para que se decidiese, que M. de Bourmont las mandara escribir y pusiera su sello en aquel documento oficial.

Los diplomáticos de Argel, no se contentaron con una sola tentativa para salvar á su ciudad de la dominacion francesa. Al mismo tiempo que Sidi-Mustafá buscaba al general en gefe del ejército de tierra, el ministro de marina del Pachá, llegaba en calidad de parlamentario al navío *Provenza*, y pedia al almirante que cesaran las hostilidades. El dey le

mandaba decir por medio de su enviado, que «así como el »magnánimo emperador de Rusia, se habia detenido á las »puertas de Constantinopla, tambien los generales franceses »se detendrian á las puertas de Argel.» El almirante Duperré le despidió, diciéndole que podia dirigirse al general en gefe; mas sin embargo le entregó la siguiente nota. «El »almirante que suscribe, comandante en gefe de la armada »naval de S. M. cristianísima, respondiendo á las comuni»caciones que se le han hecho en nombre del dey de Argel, »y que han suspendido ya demasiado tiempo las hostilida»des, declara, que mientras ondee la bandera de la regencia »sobre los fuertes y la ciudad de Argel, no puede recibir »mas comunicaciones, y se considera siempre como en esta»do de guerra.» El parlamento al retirarse, se dirigia hácia un brick inglés que estaba fondeado en la rada; mas el almirante le envió al momento una canoa con un oficial, intimándole que entrase en el puerto, línea recta, lo que efectuó inmediatamente.

Por su parte, los genízaros que desde el principio de la campaña se habian manifestado muy descontentos de Hussein, querian sacrificarle en aquel momento supremo, con objeto de afianzarse la posesion del beilick. Por consecuencia de ello, se habian reunido en divan estraordinario, y habian resuelto enviar un parlamento al general en gefe, dándole parte del resultado de sus deliberaciones. Este enviado fué recibido como el anterior.

«Salud y gloria, dijo, al gran Sultan y Padischa Charal »(Cárlos X), el glorioso, el sublime, el auxiliado por Dios; »y al selictar (general) temible, ilustre y fiel contidi.—Los »grandes reyes que tienen inmensos dominios, no hacen la »guerra para agregar á ellos provincias pobres y lejanas. »Los reyes que poseen inmensos tesoros, desdeñan engro»sarlos con un poco mas de oro. Pero altivos é implacables, »no deponen las armas hasta que han hecho correr la san»gre de su enemigo; hasta que han lavado con ella el insul-

»to que fué la primera causa de la guerra. Sabé pues, oh
»valiente caudillo, que el insulto hecho al gran Melek Cha-
»ral, es culpa personal de Hussein-Pachá. El dinero que
»exigia de él y de su cónsul, en vez de ser propiedad del
»beilick y de sus hermanos é hijos de los milicianos turcos,
»era de su propiedad esclusiva, y de algunos perros judíos
»que le habian prestado su nombre y sus astucias en este
»asunto. El glorioso Melek Charal ha tenido razon al resis-
»tirse á pagar, y debe querer la muerte del insolente que
»se atrevió á insultarle en su embajador. Varias veces ya
»nuestros hermanos han intentado sublevarse por razon de
»aquella ofensa, contra Hussein, quien al cometerla, se ha
»mostrado traidor á sus deberes y al pais: por fin lo hemos
»conseguido, y le tenemos preso en su palacio. Deje caer
»tu boca una sola palabra, y corremos á enviarte su cabeza
»en reparacion de sus desmanes. Esperamos que esta satis-
»faccion hará cesar la guerra, y que tu ejército se retirará.
»Nosotros nos apresuraremos á poner en el sólio otro pachá
»que busque y cultive por todos los medios posibles, la
»amistad y buena gracia de Melek Charal, y que proteja á
»los cónsules, mercaderes y los navíos en nuestros puertos.
»Entretanto....»

Basta! basta! esclamó el general en gefe cuya indignacion apenas podia contenerse: intérprete, decid á ese hombre que lleve mis órdenes á sus ignorantes y feroces hermanos. Decidle muy claro, que estoy en que ese divan estraordinario de la milicia argelina, cese en sus deliberaciones desde este mismo instante. Hasta que yo mande en la Kasbah, Hussein es su soberano, y le deben sumision y obediencia. Mi voluntad es no tratar sino con él solo. Los miembros de ese divan me responden con sus cabezas del menor ataque que se dirija contra la Kasbah, la ciudad ó la persona del dey. Que sepan que el ejército francés no ha venido aquí para hacer asesinar á un hombre, sino para vencer gloriosamente á un enemigo.

El diputado de la milicia, que habia contado de lleno con el buen éxito de su mision, esperimentó aun mas asombro que afliccion al escuchar semejantes amenazas. No comprendia como M. de Bourmont pudiera desperdiciar ocasion tan bella para deshacerse del dey. Cuando volvió á los cuarteles donde le esperaba el divan, refirió las palabras del general en gefe, que causaron en la asamblea una viva esplosion. Acordáronse las resoluciones mas estremadas: «Muerte á Hussein» gritaban á la vez muchas voces, y respondian las demás al unísono «Venga á nosotros su cabeza y el oro de la Kasbah!»

Sidi-Mustafá habia pedido dos horas para llevar la respuesta al dey: pero volvió al cuartel general antes que hubiesen transcurrido, acompañado del cónsul y vice-cónsul ingleses, en demanda de que el general se sirviese dulcificar un poco las condiciones que queria imponer. El cónsul inglés dijo á M. de Bourmont que no se presentaba como agente del gobierno británico, sino que el dey con quien habia tenido relaciones amistosas, le habia suplicado se acercase á el: que al ceder á sus instancias, le determinaba sobre todo el deseo de paralizar la efusion de sangre: que la rendicion de la plaza era inevitable, y que el mismo Hussein Pachá lo sabia: pero que su exaltacion religiosa le disponía á tomar medidas estremas: y si se le imponia condiciones demasiado duras, seria posible que mandase volar la Kasbah, como habia volado el fuerte del Emperador. M. de Bourmont le oyó sin contestarle. A estos parlamentos, se habian agregado otros dos personages, cuya concurrencia contribuyó á facilitar los preliminares de capitulacion: eran dos moros, los mas ricos de Argel, que habian pedido acercarse al general en gefe para suplicarle mandase cesar el fuego que las baterías hacian sobre la ciudad. Esta gracia se les concedió en el acto. Uno de los moros, Sidi-Abu-Dervah, que fué despues síndico de Argel, hablaba muy bien el francés. Su posicion le habia puesto además en el

caso de estudiar y comprender perfectamente la situacion de los dos partidos, y su carácter de moro, le daba una especie de neutralidad; porque en el fondo, la guerra era solamente entre franceses y turcos. Así es que su intervencion allanó muchas dificultades.

Sidi-Abu-Dervah, hizo comprender fácilmente á M. de Bourmont que era preciso abandonar la exigencia de que se rindiese la plaza á discrecion, porque solo conducia á exasperar á unos hombres bárbaros, los cuales, como nunca perdonan al enemigo vencido, verian sin remedio en esta cláusula la perspectiva de una muerte cierta. A la verdad, las primeras condiciones dictadas por M. de Bourmont, habian causado gran fermentacion en Argel, lo mismo que en la Kasbah: no se formaban una idea precisa de lo que el general entendia por *rendirse á discrecion:* creían que los franceses traían ánimos de entregarse á los actos mas bárbaros, y de aquí los accesos de rabia y furor. Era pues indispensable tranquilizar á los habitantes, esplicar los artículos de la capitulacion, y hacer que los inculcase al divan algun intérprete del ejercito.

M. de Bourmont reunió su consejo, y con el concurso de los generales Desprez, Berthezéne, d'Escars, Valazé, La Hitte, Tholozé, etc., redactó otra convencion, cuidando de atenuar las condiciones que tanta alarma habia esparcido entre la poblacion y milicia argelinas: despues envió aquel documento, investido con su rúbrica, á los encargados de Hussein, haciendo que les acompañase M. Bracewithz, uno de los primeros intérpretes del ejército.

La mision de M. Bracewithz no carecia de peligro, y la relacion que ha dejado este funcionario, prueba que sus temores no carecian de fundamento. Las contínuas relaciones que habia mantenido con los orientales, pues habia sido primer intérprete de Bonaparte en la campaña de Egipto, le habian enseñado cuanto puede temblar un parlamento de la cólera de los turcos, siempre que es portador de des-

pachos contrarios á sus ideas ó á sus intereses. Justo es pues, trascribir esta relacion, no solo porque encierra curiosos detalles, sino porque consigna el último acto político que ejecutó el gobierno del Odjack en Argel.

«Cuando llegamos á la Puerta Nueva, la cual no abrie»ron sino despues de mil dificultades, me encontré, dice, M. »de Bracewithz, en medio de una tropa de genízaros furio»sos: los que me precedian, trabajaban mucho para hacer »que se apartase la turba de moros, judíos y árabes que se »apiñaba en torno nuestro. Mientras yo subia la estrecha »rampa que conduce á la Kasbah, solo oí gritos de espanto, »amenazas é imprecaciones que resonaban á lo lejos, y se au»mentaban segun íbamos llegando á la plaza; con gran tra»bajo pudimos vernos al cabo en el terraplen de la ciuda»dela: Sidi-Mustafá que iba delante de mí, hizo que le »abriesen las puertas, y tan luego como pasamos, se cerra»ron inmediatamente sobre las oleadas del populacho que »las asediaba. La sala del divan, donde me condujeron, »estaba llena de genízaros: Hussein se hallaba sentado en »el lugar de costumbre: tenia alrededor, en pié, á sus mi»nistros y algunos cónsules estrangeros. La irritacion era »violenta; solo el dey me pareció calmado, pero triste. Im»puso silencio con la mano, y sin demora me hizo señas »de que me acercase, con una espresion muy pronuncia»da de ansiedad y de impaciencia. Yo tenia en la mano las »condiciones escritas, dictando M. de Bourmont. Despues »de saludar al dey, y dirigirle algunas frases respetuosas »acerca de la mision que se me habia encomendado, leí en »árabe los siguientes artículos con un tono de voz que me »esforcé en sacar lo mas sereno posible. 1.° *El ejército »francés tomará posesion de la ciudad de Argel, de la Kas»bah, y de todas las fortalezas que dependen de ella, como »tambien de todas las propiedades públicas, mañana 5 de »Julio de 1830, á las diez del dia, hora francesa.*

»Las primeras palabras de este artículo promovieron un

»rumor sordo que se aumentó, cuando pronuncié la frase *á »las diez del dia*: mas un gesto del dey, reprimió aquel mo- »vimiento, y yo continué: 2.° *La religion y las costumbres »de los argelinos serán respetadas: ningun militar del ejército »podrá entrar en las mezquitas*. Este artículo escitó una sa- »tisfaccion general: el dey miró á todas las personas que le »rodeaban, como para gozar de su aprobacion, y me hizo »seña de que prosiguiese: 3.° *El dey y los turcos han de sa- »lir de Argel en el término mas breve que sea posible*. A estas »palabras un grito de rabia salió de todas partes: el dey se »puso pálido, se levantó y lanzó en torno suyo miradas in- »quietas: no se oian mas que estas voces repetidas con furor »por los genízaros *El mut! El mut!* (la muerte! la muerte!) »Yo me volví al ruido de los yataganes y de los puñales »que sacaban de sus vainas, y ví brillar sus hojas sobre mi »cabeza; pero me esforcé por conservar un continente fir- »me, y miré fijamente al dey. Este comprendió la espresion »de mis ojos, y previendo las desgracias que iban á resul- »tar, bajó de su divan, se lanzó con aire furioso entre aque- »lla multitud desenfrenada, ordenó el silencio con voz brio- »sa, y me hizo seña de que siguiese. Mucho trabajo me cos- »tó hacer que se oyera el resto del artículo, *se les garantiza »la conservacion de sus riquezas personales, y se les deja en »libertad de escoger el punto de su retiro*. Esto devolvió á »los espíritus un poco de calma.

»En el momento mismo se formaron grupos en la sala »del divan, y se suscitaron discusiones vivas y animadas »entre los oficiales turcos: los mas jóvenes querian que se »defendiese la ciudad. Con gran trabajo se restableció el »órden, y el agá, los miembros mas influyentes del divan, »y aun el mismo dey, les persuadieron de que la defensa »era imposible, y solo produciria la destruccion total de Ar- »gel, con la matanza de la poblacion. El dey dió órden para »que se hicieran evacuar las galerías de la Kasbah, y yo »quedé á solas con él y sus ministros. La alteracion de sus

»facciones era notoria. Sidi-Mustafá le enseñó entonces la »minuta de la convencion que nos habia entregado el gene»ral en gefe, cuyos artículos casi todos eran relativos á su »persona, y arreglaban sus asuntos particulares: habia de »quedar cangeada y ratificada al dia siguiente antes de las »diez. Esta nota fué objeto de largos debates entre el dey »y sus ministros: unos y otros manifestaron, tanto en la dis»cusion de los artículos, como en la eleccion de las pala»bras, toda esa desconfianza y sagacidad que caracteriza á »los turcos en sus transaciones. Bien se pueden conocer al »leerla las precauciones que tomaron para asegurar todas »las garantías apetecibles; las cosas y las palabras se repi»ten en ella intencionalmente y con afectacion; y estas re»peticiones que nada alteran el sentido, eran entre ellos pe»didas, exigidas ó solicitadas con las mas vivas instancias »por parte de los miembros del divan.

»Sidi-Mustafá copió en idioma árabe la convencion, y »la entregó al dey con su duplicado en francés que yo habia »traido. Como yo no tenia el encargo de tratar, sino solo el »de traducir y esplicar, pedí volverme con el general en ge»fe, para darle cuenta de la adhesion del dey, y de la pro»mesa que hacia de cangear las notas al dia siguiente bien »de mañana. Me pareció que Hussein quedaba muy satisfe»cho con la conclusion de aquel negocio: mientras los mi»nistros conferenciaban entre sí sobre los medios que debe»rían adoptar para la ejecucion de lo capitulado, el dey hizo »que un esclavo le trajese un gran bol de cristal, lleno de »limonada helada. Despues que hubo bebido, me lo presen»tó, y yo bebí tras él: me despedí, me dirigió algunas fra»ses afectuosas, y mandó que me llevasen hasta las puertas »de la Kasbah, el *baobichú*, y Sidi-Mustafá su secretario. »El último, con algunos genízaros, me acompañó hasta las »afueras de la puerta nueva, á poca distancia de nuestras »avanzadas.»

De esta suerte, el ejército francés, en veinte dias, habia

derrotado al enemigo en dos batallas decisivas, y le habia rechazado en multitud de encuentros parciales; habia revestido una plaza de gran estension, tenia ejecutados todos los trabajos de sitio, tomada una ciudadela importante, y para recompensar de tantos esfuerzos hechos con la mayor valentía, iba á entrar triunfante en una ciudad que hasta allí se habia tenido por inespugnable!

Hé aquí el testo del acta oficial que consignó la toma de posesion de los franceses.

CONVENCION

ENTRE EL GENERAL EN GEFE DEL EJÉRCITO FRANCÉS

Y SU ALTEZA EL DEY DE ARGEL.

«Hoy á las diez de la mañana, (hora francesa) se entre»garán á las tropas francesas, el fuerte de la Kasbäh, los »demás fuertes que dependan de Argel y el puerto de esta »ciudad. El general en gefe del ejército francés se compro»mete con S. A. el dey de Argel, á dejarlo la libertad y po»sesión de cuanto le pertenece personalmente. El dey queda »en libertad de retirarse con toda su familia al sitio que »fije, y miéntras permanezca en Argel, estarán él y toda su »familia bajo la proteccion del general en gefe del ejército »francés: una guardia velará por su seguridad, y la de su »familia. El general en gefe asegura á todos los soldados de »la milicia las mismas ventajas y proteccion. Será libre el »ejercicio de la religion mahometana; y ni la libertad de los »habitantes de todas clases, ni su religion, comercio ó in»dustria, recibirán modificacion alguna: sus mujeres serán »respetadas, comprometiéndose á ello bajo su palabra de ho-

»nor el general en gefe. La ratificacion de este convenio se »efectuará antes de las diez de esta mañana, y en seguida »entrarán las tropas francesas en la Kasbah y demás fuer»tes de la ciudad y marina.»

«CONDE DE BOURMONT.» (1)

En el campamento ante Argel, el 4 de Julio de 1830.



(1) Esta convencion fué completamente ratificada por Hussein-Pachá el 5 de Julio por la mañana. El dey solo obtuvo una prórroga de dos horas.



CAPITULO XII.

DOMINACION FRANCESA.

El ejército francés entra en Argel.—Aspecto y descripcion de la ciudad.—La Kasbah.—Inventario del tesoro de la Kasbah.—Entrevista de M. de Bourmont y Hussein-Pachá.—Embarque del dey y de los genízaros.—Organizacion civil y política de la regencia bajo la dominacion turca.—Clasificacion de los diferentes habitantes que componian la poblacion de Argel.

El 5 de Julio por la mañana, cuando en el campamento francés se preparaba todo el mundo á realzar con su brillante uniforme la solemnidad que se habia anunciado, llegó un enviado del dey á implorar, del general en gefe, una nueva dilacion. Pero habiendo dado la víspera órdenes las mas precisas para que el ejército egecutase su concentracion en Argel, hubiera sido cometer una grave falta el contraordenar este movimiento. Por otra parte se habian hecho al vencido todas las concesiones posibles y era preciso que se egecutase la capitulacion. «Por lo demas» dijo el general en gefe al enviado del dey: «Si vuestro señor no está satisfecho »con las ventajas que se le han concedido, que retire su »firma. Ya veis que aquí todo está pronto para batir á la »Kasbah.» En efecto, el general Lahitte, temiendo una sorpresa, habia aprovechado la noche del 4 al 5 para abrir nuevas trincheras y acercarse á la plaza; así pues, mientras el enviado del dey intentaba negociar, se colocaba una ba-

tería á cuatrocientos metros de la Kasbah. Por lo cual se consideró definitiva la respuesta del general en gefe y Hussein pensó solo en ejecutar la capitulacion.

Las tres divisiones del ejército francés se pusieron en marcha á las once para tomar posesion de los diferentes puestos que las habian asignado. La Puerta Nueva, que era la mas cercana á las trincheras, fué escogida para la entrada triunfal: el general Achord con su brigada, debia ocupar la puerta Bab-el-Ued, y los fuertes cercanos á ella; y el general Berthier de Savigny el fuerte de Bab-Azun y los diferentes puestos de la marina; porque la escuadra, desde el cañoneo del 3, estaba en alta mar á causa de los vientos contrarios.

El camino que conduce desde el fuerte del Emperador á la Puerta Nueva es estrecho, encajonado y lleno de rocas; ademas estaba obstruido con balas, cascos de bomba y despojos de todas clases que continuamente atascaban á los caballos y ruedas de los furgones. Una batería de campaña abria la marcha, en seguida iban los zapadores, gloria del ejército francés pero que habian sufrido mas que otros cuerpos, y luego el 6.º de línea que por su número de órden formaba la cabeza de columna de la 2.ª division. Estas tropas debian ocupar la Kasbah. El general en gefe rodeado de un numeroso y brillante estado mayor y escoltado por un escuadron de lanceros, cuyas lanzas y chacós estaban adornados con ramas de mirto y laurel, marchaba en seguida al ruido de los guerreros clarines.

El cielo estaba estremadamente limpio, y los rayos de luz que se introducian á través de aquellas masas de hombres y caballos realzaban el brillo de sus armas y el variado color de sus uniformes. Oficiales y soldados participaban del entusiasmo de su general, y todos saboreaban las delicias de la jornada. Sin embargo, cuando estuvieron cerca de las fortificaciones, un profundo sentimiento de tristeza reemplazó á estos ímpetus de felicidad, pues se hallaban amontonados en confusion los cadáveres horriblemente mutilados de todos

los prisioneros francesesque habian cogido los árabes durante el sitio: sus miembros estaban desgarrados y sus cabezas separadas del tronco. Era un espectáculo espantoso. Las banderas se inclinaron ante estos gloriosos despojos, los tambores tocaron la marcha fúnebre y el ejército desfiló con el arma á la funerala, franqueando en fin la Puerta Nueva.

Aquí aumentaron las dificultades del camino, porque desde la Puerta Nueva á la Kasbah solo hay una callejuela estrecha, guarnecida de malas casucas, edificadas sin alineacion y en la cual apenas podian pasar de frente tres hombres. Los eges de la artillería derriban á cada instante paredones y estas imprevistas demoliciones obstruian la marcha de la columna. Mientras que se ocupaban en desembarcar el camino, el general Bartillat, encargado de distribuir alojamiento, para el cuartel general, avanzó, venciendo obstáculos, hacia la Kasbah con un pequeño destacamento. El dey que estaba en ella todavía, salió precipitadamente en cuanto le vió aproximarse á las murallas, y sus criados moros y esclavos negros imitaron su ejemplo llevándose todo cuanto hallaban á la mano y dejando caer en su fuga la mayor parte de los obgetos que se llevaban; de manera que á primera vista, la entrada de la Kasbah, y sus cercanías parecian haber sido entregadas al pillage. Tan solo los judíos se aprovecharon del pánico, pues recogieron con gran avidez estos despojos: tambien los franceses recogieron algunos obgetos: pero no tanto por su valor como por su rareza.

Argel en los demas barrios, estaba lejos de presentar el aspecto triste y desolado de una ciudad en que acába de entrar victorioso el enemigo. Las tiendas estaban cerradas; pero los mercaderes, sentados tranquilamente ante sus puertas, parecian esperar el momento de abrirlas. Ni la armonía de una música que jamás habian oido, ni el ruido del vencedor impresionó á los argelinos que sentados ó echados en bancos de piedra, no se volvian siquiera para ver desfilar las tropas. En los arrabales se encontraban árabes montados

en sus borricos ó conduciendo á sus camellos, que hacian señas á los destacamentos franceses para que los dejasen pasar y que gritaban con toda su fuerza: *balak*! *balak*! paso! paso!. Esta imperturbable sangre fria tenía su esplicacion en la confianza que inspiraba la palabra de los franceses. En efecto todos los habitantes de Argel sabian que la capitulacion garantizaba á cada uno la inviolabilidad de sus propiedades, el respeto á sus mugeres y la seguridad individual; y no teniendo nada que temer, solo sentian indiferencia respectó á los recien llegados. Unicamente los moros, kuluglies y judíos sobre todo, acogieron su llegada con alegría; porqué esperaban que la larga opresion de los turcos iba á dejar su puesto á otro régimen mejor. Algunas musulmanas tapadas con sus velos se dejaban entrever á través del espeso enrejado de los balcones: las judías mas atrevidas, estaban en los terrados de sus casas sin mostrarse sorprendidas con el nuevo espectáculo que se desplegaba á sus ojos. «Nuestros »soldados por el contrario, dice el comandante Pelissier, »echaban á todos miradas ávidas y curiosas porque todo les »estrañaba en una ciudad en que solo su presencia parecia »no estrañar á nadie.»

Al mismo tiempo que la Puerta Nueva y la Kasbah, se ocuparon las puertas de Bab-Azun y Bab-el-Ued, los fuertes que las corresponden, y las baterías de la costa. En ninguna parte se encontraron genízaros; en ningun punto habia dejado retenes la guarnicion turca. Los milicianos solteros se habian retirado á los cuarteles, y los casados babian buscado asilo en las habitaciones de sus familias; pero á pesar de este abandono nunca se ha ocupado en Europa ciudad alguna con mas órden. El cuartel general se estableció, como ya se ha dicho, en la Kasbah, formando su guarnicion un batallon nada mas de la division de Loverdo y algunas compañias de artillería. Otros dos batallones de la misma division se instalaron cerca de la Puerta de Bab-Azun, y el resto acampó cerca de la Puerta Nueva y al rededor del castillo

del Emperador. Parte de la brigada Achard, formó la guarnicion del fuerte Bab-el-Ued y del de los ingleses, y otra parte acampó en los terrenos circunvecinos. Un batallon de la division Escars ocupó el fuerte Bab-Azun y el segundo regimiento de marcha habia tomado posicion, media legua mas adelante; á orillas del mar. Los demas cuerpos de esta division estaban repartidos en las alturas que dominan la playa oriental, y los zapadores con la mayor parte de los artilleros se alojaron en los edificios de la Marina.

El primer cuidado de los gefes que ocuparon los puestos de la Marina, fué ir al baño para sacar de él á los esclavos cristianos. Este baño era un antiguo edificio que, segun la tradicion habia servido en otro tiempo de capilla católica. Solo se hallaron en él ciento veinte y dos prisioneros, de los cuales ochenta pertenecian á los equipages del *Sileno* y de la *Aventura*: los demas eran soldados franceses, que acababan de caer en manos de los argelinos, y que los turcos habian salvado del yatagan de los kabilas: tambien habia algunos genoveses y un corto número de griegos. La mayor parte de los prisioneros que salieron de esta espantosa morada, parecian mas bien espectros, que seres vivientes y se esperimentaba un sentimiento doloroso al ver su andar vacilante trabajoso y lento. Muchos de aquellos desgraciados habian perdido la razon á fuerza de sufrimientos; otros casi no veian y algunos se habian quedado ciegos del todo. (1) Los capitanes del *Sileno* y la *Aventura*, admitidos cerca del general en gefe, dieron algunos detalles relativos al tratamiento en general de los prisioneros, y he aqui como reasumieron las diferentes fases de su cautividad. «El dey nos envió, cuando »llegamos, los obgetos que reclamaban nuestras primeras »necesidades; pero la aparicion de la flota francesa en la

(1). Entre los esclavos franceses habia uno de Tolon, llamado Berand, que estaba encerrado en el baño desde 1802.



»había, moderó de repente todos los ímpetus de generosidad »respecto á nosotros. Nuestra cautividad se hizo mas dura »cuando se supo el desembarco en Sidi-Ferruch; y desde »entonces el aumento del mal trato y los clamores populares »nos han indicado los progresos que hacía el ejército En »estos difíciles momentos adquirió derecho á nuestro reco»cimiento el embajador de Cerdeña, por el celo y abnega»cion que mostró en favor nuestro. Pero bien pronto la inmi»nencia de la catástrofe recordó á Huss in unos sentimientos »de dulzura y clemencia á que no estabamos acostumbrados »y adivinamos por el aumento de los buenos procederes. el »triunfo próximo del egército francés.»

Apenas ocuparon sus puestos respectivos las diferentes divisiones, cuando todo cambió de aspecto en Argel y sus cercanías. Las preocupaciones de los musulmanes se oponian á que se alojasen las tropas en las casas particulares y se observó rigorosamente cuanto bajo este punto se habia prescrito en la capitulacion. Los franceses no traspasaron el umbral de ninguna habitacion privada y centinelas ó meras consignas escritas, bastaron para impedir su entrada en las mezquitas. En fin, debemos decir para gloria del ejército francés, que su moderacion y circunspeccion probaron al mundo civilizado, que comprendia perfectamente la alta mision que se le acababa de confiar. Las brigadas que habian entrado en la ciudad, establecieron sus vivaques en las plazas, sin que su presencia escitase la menor alarma entre los habitantes. Gran número de ellos, por el contrario, corrian para verlos mas de cerca; los negros concluyeron por ponerse á bailar al son de la música de los regimientos, y parecia que era para ellos un verdadero dia de fiesta, La mayor parte iban á ofrecer sus servicios gratuitamente á los soldados y se prosternaban ante ellos gritando: «¡Alá!» En los vivaques del esterior era todavía mas animada la escena. Allí tenian por tiendas los soldados, palmeras, anchos plátanos ó bien setos de adelfas y de espinos de Alejandría.

Debajo de estas sombras reinaba una deliciosa frescura, mantenida por manantiales de agua corriente: mientras el humo gris y vaporoso de las cocinas, que se escapaba á través de aquellas tupidas masas, producia con el hermoso verde del follage y con el azul de cielo, un agradable contraste. Los vivaques estaban llenos de árabes que iban á ofrecer á los soldados legumbres, huevos y volatería y estrañaban mucho que se lo pagasen, prosternándose cuando recibian el dinero, dando con la frente en tierra y murmurando con gran volubilidad frases ininteligibles que provocaban grandes carcajadas.

El general en gefe en cuanto entró en la Kasbah, hizo cantar un *Te Deum*, para dar gracias á Dios por la victoria que acababa de conceder á las armas francesas. Los limosneros Combret, Bertrand, Gabrielli, Isacharuz y Dopigez, que durante el sitio habian prodigado consuelos á los moribundos y heridos, celebraron esta solemne accion de gracias; porque la toma de Argel por los franceses aseguraba á la vez en tierra de Africa el triunfo de la civilizacion y el del cristianismo. (1) Con algunas arcas sacadas de las habitaciones del dey se formó un altar, y de templo sirvió el gran patio del palacio.

Cumplido este deber religioso, dirigió M. de Bourmont al ejército la siguiente órden del dia:

Soldados:

«La toma de Argel era el objeto de la campaña, y la de»cision del ejército ha acelerado la época en que al parecer »debia lograrse, pues veinte dias han bastado para la des-

(1) El abate Dopigez á quien se deben interesantes detalles acerca de la campaña de 1830, refiere, y es una particularidad bastante curiosa, que en el número de personas que asistieron al *Te Deum*, se hallaba una bailarina de la Opera de Londres.



»truccion de un Estado cuya existencia fatigaba hace tantos »siglos á Europa. El reconocimiento de todas las naciones »será el fruto mas precioso de la victoria para el ejército »francés. El brillo que vá á tener el nombre francés hubiera »compensado ámpliamente los gastos de la guerra; pero ade»más estos serán pagados por la conquista; pues existe en »la Kasbah un tesoro considerable, y el general en gefe ha »encargado á una comision compuesta del intendente gene»ral del ejército, del general Tholozé y del pagador general, »que hagan inventario de él. Desde hoy se ocupará sin des»cansar en este trabajo, y muy pronto el tesoro conquistado »en la regencia irá á enriquecer el tesoro francés.»

»EL CONDE DE BOURMONT.»

Hácia el medio dia del 6 de julio, ancló bajo los muros de Argel el navio *Provenza*; y las demás embarcaciones de la armada, al mando del contra-almirante Rosamel y del capitan de navio Perrier, cruzaron al Oeste de las bahías de Argel y Sidi-Ferruch. El primer cuidado del almirante fué reconocer el material que habia en el puerto; se componia de una fragata y una corbeta fuera de servicio, siete bricks ó goletas y gran número de jabeques. Los almacenes contenian madera, tela y cordajes en abundancia: además habia en el arsenal una bella fragata. Las fortificaciones del muelle eran mucho mas considerables que las de la Kasbah y su armamento le formaban trescientas bocas de fuego. Todo este inmenso material fué reconocido é inventariado con esmero. La fragata y corbeta que estaban inservibles, fueron deshechas para proporcionar combustible á los soldados; se habilitaron cuatro bricks y por medio de los jabeques se estableció una comunicacion entre el puerto y la escuadra.

La Kasbah, que el general en gefe acababa de elegir para su residencia, no era un palacio, ni aun para las cos-

tumbres europeas, una casa aceptable: solo era un inmenso recinto cerrado por altas murallas almenadas á la morisca, en las que asomaban por profundas troneras largos cañones cuya boca estaba pintada de rojo. Dos callejuelas estrechas y tortuosas conducian á la entrada principal de esta especie de ciudadela, y un pórtico cerrado por el lado de la ciudad con una puerta de dos hojas, encima de la cual estaban pintados dos leones, emblema del poder de Argel, formaba su entrada. En el interior de este pórtico era donde estaban los negros, que en los últimos tiempos formaban la guardia del dey. Debajo de la bóveda habia un surtidor cuyas límpidas aguas caian en un estanque de mármol y á la derecha del juego de agua, se veian en un cuarto oscuro muchos montones de cabezas apiladas unas encima de otras, como balas de cañon: este sitio exhalaba un olor insufrible.

Despues de atravesar el pórtico, se llegaba á una avenida de descubierta que conduce al palacio del dey y á las baterias de la fortaleza; á la izquierda se veia el polvorin, cuya bóveda estaba hecha á prueba de bomba, con una doble capa de tierra y fardos de lana; y á la derecha se hallaba un patio enlosado de mármol, en que habia un salto de agua y algunos limoneros. A este patio tenian que ir los negociantes á dejar la carga de sus navíos, con objeto de que el dey pudiese tomar la parte que le convenia de las mercancias importadas, y bajo una galería que habia al mismo nivel del patio, estaban las salas que encerraban el tesoro.

El primer piso se componia de cuatro galerías; en una de ellas habia una especie de palanquin donde iba el dey á oir la música ó á dar órdenes á la milicia reunida en el patio. En él habia tenido lugar la fatal escena del espanta-moscas. Esta galería comunicaba con una batería que dominaba la ciudad y con una escalera de caracol que conducia á las habitaciones del dey. El pa-

bellon del gefe del Odjàc estaba formado por cinco piezas, de las cuales la mayor no escedia en dimensiones á una sala regular: la parte inferior de las paredes estaba revestida de azulejos y la superior blanqueada con cal ó adornada de dibujos toscos. El mueblage consistia en cojines y divanes cubiertos de ricas telas de Lyon: tambien habia arcas de maderas preciosas, péndulos ingleses, cuadrantes árabes, espejos y grandes vasos de cristal y porcelana. El salon en que daba audiencia el dey y la pieza inmediata, contenian objetos mas preciosos, como fusiles de curioso trabajo, y fabricados la mayor parte en España; sables de Damasco de diferentes hechuras, yataganes, pelisas forradas de marta zibelina, bridas cubiertas de nacar y oro y pistolas adornadas con bellas obras de cincel; tambien se hallaron en estas dos piezas un anteojo astronómico y aparatos que representaban el movimiento de los astros; objetos que provenian de regalos hechos por el gobierno inglés.

Al salir de las habitaciones del dey, se atravesaba una galería alumbrada por una rotonda con vidrios, que conducia á otra puerta sumamente baja; esta era la puerta del *harem* ó departamento de mujeres, subdividido en muchos departamentos que se distribuian á lo largo de la galería. Una gran sala enlosada de marmol distribuia la comunicacion interior entre todos los cuartos de las odaliscas. El harem recibia la luz solo por un patio interior cuyo suelo estaba á la altura del primer piso. Este estrecho espacio transformado en una especie de jardin, estaba cercado por altas paredes de deslumbradora blancura: Un cenador de jazmin y algunos arbustos formaban toda la decoracion de este parterre, único sitio en que se permitia tomar el airo á las mujeres. En algunos cuartos privilegiados se habian practicado ventanas en forma de troneras, que daban á la galería superior, donde iba á pasearse algunas veces el dey. Los departamentos del harem, ni estaban mejor adornados, ni

mas provistos de muebles que los del pachá; allí se encontraron confundidos y en desorden, tapices, telas de seda, vestidos y velos adornados de ricos bordados, cajas de palo de rosa, incrustadas con nacar y conchas, además lechos con columnas que sustentaban cortinas de gasa, llamadas mosquiteros, para librar á las bellas durmientes de las picaduras de los mosquitos. El olor de las esencias que las mujeres orientales usan sin moderacion, se derramaba profusamente en todas las partes de este misterioso santuario.

Contenia además el recinto de la Kasbah otro departamento de menor importancia: una mezquita de un órden de arquitectura muy elegante; almacenes en donde se custodiaban amontonados los diezmos que el dey cobraba de los comerciantes que frecuentaban el puerto de Argel: caballerizas desocupadas, cuadras infectas donde los tigres y leones eran presa del hambre y la miseria: salas de armas, una panadería ruinosa, y por todas partes numerosos patios en los que crecian sin órden alguno limoneros, parras, plátanos, higueras y sicómoros. Tal era la residencia ó mas bien la prision que Hussein Bajá acababa de abandonar, y en la que como ya hemos dicho, estuvo encerrado doce años, temeroso de los puñales de sus genízaros. Las azoteas estában herizadas de cañones; algunos de ellos que tenian grabadas las armas de Francia, fueron tomados por Cárlos V á Francisco I en la batalla de Pavía, y abandonados por el emperador en Africa cuando su desgraciada espedicion: Hussein-Bajá los enseñaba con vanidad á los cónsules y enviados de las potencias europeas, como glorioso testimonio del poder argelino (1). Creyendo el dia en que la escuadra francesa dió vista á Argel que el ejército iba á desembarcar en la bahía, mandó llevar á las baterías considerable abas-

(1) Segun el general Desprez, uno de estos cañones se fundió en Francia en el reinado de Luis XII y en el de Francisco I, uno en el de Enrique II y otro en el de Luis XIII.

to de pólvora y balerio, y apoyado en una pieza, dijo á los oficiales que le acompañaban «de aquí partirán los primeros »tiros que han de destruir la escuadra de los infieles.»— Veinte dias despues, desde la misma muralla, partió la señal de rendicion. Solo los decretos de Dios son inmutables.

Desde las azoteas de la Kasbah se descubre un magnífico panorama: fíjese la vista primeramente en las casas de la ciudad, cuyas blancas monas de varia construccion, bajan rápidamente hasta la marina, y terminan en el muelle, y en la triple hilera de fuertes y reductos que defienden las avenidas de la costa y del puerto. Al otro lado de los muros se ven solamente piedras blancas coronadas de turbantes, y una multitud de pequeños y estraños monumentos: son los cementerios de los turcos, moros, indios y negros que habitan en Argel: lugares privilegiados para el paseo de las mujeres, por lo que se hallan muy cercanos á la poblacion. Recorriendo despues un horizonte mas vasto, la vista abarca á la vez las eminencias del Budjareah y del fuerte inglés hasta el cabo Matifux, donde termina esta ancha bahía que sirve de límite por la parte del mar á la rica y fecunda llanura de la Mitidja: finalmente, tendiendo la mirada hácia el *Fahs* aparecen millares de alquerías circundadas de bosques de naranjos y limoneros, donde los argelinos acostumbran á pasar el verano, pero que en Julio de 1830 se hallaban ocupados por los vivaques del ejército francés: á la falda del Boudjareah se estendia el jardin del dey, hoy trasformado en hospital militar, y en todas las ginebras de esta verde colina se alzaban numerosas granjas como perlas salpicadas sobre un manto de esmeralda.

Túrbase la vista cuando repentinamente se tiende sobre las cuatro ó cinco mil casas que componen la ciudad de Argel: solo se ve una masa confusa y compacta, sin entradas ni salidas; pero irremisiblemente el caos se desenmaraña, y el espectador reconoce las vias principales que conservan la circulacion en aquel distrito de casas, bazares, cuarteles

y mezquitas. Dos grandes calles (Bab-Azum y Bab-el-Oned) que vienen á juntarse en una plaza irregular, atraviesan la ciudad de Norte á Sur con una longitud de 940 metros. De la misma plaza y entre las dos calles sale la que guia al puerto, y es una de los mas importantes. En direccion opuesta, la calle de la Kasbah, larga, tortuosa y estrecha, se eleva rápidamente en forma de rampa, y conduce desde la mezquita de Ali-Bedjuen á la plaza de la victoria situada al mismo pie de la ciudadela: estas calles solo tienen 6 ó 7 metros en su parte mas ancha: las demás son tan estrechas que no pueden en ellas entrar dos hombres al frente. En el barrio de la marina, cerca del puerto, están dispuestas con mas regularidad las vias de comunicacion, pues frecuentemente se cruzan formando ángulos rectos, pero en los demás sitios, y sobre todo en la parte alta de la ciudad forman un verdadero laberinto: tortuosas, escarpadas, hay que subir numerosos escalones, y á cada paso se hallan callejones sin salida, y á veces se trasforman en sombríos límites donde la luz del sol penetra solamente por las dos entradas. A escepcion de las de Bab-Azum y la Kasbah, ninguna estaba empedrada, y en todas se hallaban de vez en cuando inmensas charcas llenas de perros muertos y de todo género de inmundicias.

Lo que impide conocer á primera vista, los detalles de este conjunto de edificios, es que todas las casas están construidas por el mismo modelo, que ninguna tiene fachada esterior, y no se distingue por ningun adorno arquitéctonico particular: la única diferencia que entre ellas existe se halla en las dimensiones, porque constantemente la casa del pobre como la del rico, es un cuadrilátero de un piso con una azótea ó un techo plano. Algunas casas tienen sobre la puerta de entrada una celosía de hierro ó madera pintada de verde, que impide distinguir desde la calle las facciones de la persona que está detrás de ella: en las habitaciones de la clase rica, el patio interior es espacioso, embaldosa-

do de mármol blanco, y contiene en medio una fuente de surtidor, columnas góticas y troncos de estátuas tambien de mármol, sostienen una galería que sirve de comunicacion á los departamentos del piso superior: en un portal cuadrilongo que se halla despues de la puerta de entrada, recibe á sus amigos el amo de la casa, antes de admitirlos en los aposentos interiores: los escalones para subir á la galería, son muy altos y están embaldosados de azulejos con dibujos de diferentes colores: los cuartos de las mujeres están adornados con gusto: el techo es de madera labrada con adornos de escultura y pintura, y rosetones de un dibujo á veces muy puro y muy original. Estos ornamentos pintados de color rojo ó azul, ó dorados, producen al recibir oblicuamente la luz, mil caprichosos reflejos que realzan su mérito. No se ven cuadros ni grabados, ni colgaduras, solo se encuentra algun espejo que otro, pero alrededor del aposento hay un ancho divan cubierto de telas de seda que sirve de asiento por el dia, y de lecho por la noche. En la clase inferior todo está distribuido del mismo modo, solo que el ladrillo sustituye al mármol, la estera de junco al mullido tapiz, y los bancos de madera ó piedra á los elásticos divanes; los pobres, sobre todo los de los arrabales, viven en miserables chozas sucias y repugnantes.

En las tiendas de Argel, por que es imposible dar el nombre de almacenes á los miserables tabucos donde viven acurrucados los que los ocupan, no entran los compradores; tienen una ventana que da á la calle, y dentro están sentados los mercaderes con las piernas cruzadas, teniendo siempre al alcance de la mano, y sin necesidad de levantarse, los géneros que despachan: no se busque allí ningun artículo de lujo ni de gusto: tabaco, pipas, azúcar, café, especería, telas de lana y tejidos de algodon, gorros encarnados de Túnez, esencias, abalorios de Italia, algunas blondas de seda de Esmirna, cinturones de brocado de flor y galon de oro fabricado en Argel, es todo lo que se encuentra. Imagi-

pese el lector, una mezcla de sucias tablas de comercio, puestos de frutas, zapaterías, ropavegeros que venden los mas asquerosos harapos, y formará una idea cabal de la mayor parte de los barrios del comercio.

La parte mas alta de la ciudad, la que está entre la Kasbab, y la calle Bab-Azun parecia casi desierta. Solo se encontraban algunas viejas enteramente cubiertas con largos mantos de lana, ó jóvenes negras que iban á la fuente llevando por todo traje una gran pieza de tela de Guinea, de cuadros blancos y azules, en la que se envolvian de pies á cabeza de un modo gracioso é incitante. Tal era Argel en 1830: despues indicaremos el notable cambio que ha esperimentado.

La capitulacion como ya hemos dicho fué ejecutada con todo rigor, y los habitantes parecian aceptar la conquista, sino con regocijo, al menos con tranquila resignacion: lo que sobre todo les agradaba, era el ver que los franceses se habian impuesto la prohibicion escrupulosa de entrar en las casas particulares: las únicas que se ocuparon se aplicaron á las diversas administraciones públicas, y solo se dió alojamiento á los generales y á los oficiales de Estado mayor. Pero si fueron respetadas las habitaciones de los moros y de los turcos, aquellos oficiales se aprovecharon sin escrúpulo alguno de las que se pusieron á su disposicion, y sobre todo de las azoteas que constituyen la parte mas cómoda: los europeos no pueden soportar las habitaciones sin ventanas á la calle, y como por la tarde solo se encuentra viento y frescura en las azoteas, se subian á ellas. Ahora bien, las mujeres turcas tenian la costumbre de salir á las azoteas despues de puesto el sol, conservando el esclusivo dominio de ellas: los franceses ignoraban esta costumbre, y además nada se habia estipulado en la capitulacion sobre este asunto, de modo que paseaban sin reparo por las azoteas con gran sentimiento de las mujeres de la vecindad, que en los primeros dias no salieron ó lo hicieron tan tarde,

que la sombra de la noche les ocultaba casi completamente de las miradas indiscretas. Sin embargo, pasados algunos dias, se decidieron á salir mas temprano, pues el sofocante calor hacia desear las brisas de la mar. Viéronse entonces las judías argelinas ocultarse detrás de las negras, y procurar por todos los medios posibles sustraerse de la indiscrecion de los lentes y anteojos de larga vista fijos en ellas: la sencillez casi diáfana de su traje, compuesto únicamente de una camisa de lana muy fina, ó de percal, esplica la costumbre que los maridos se han impuesto de no salir á las azoteas en las horas en que permiten á sus mujeres ponerse con tan sencillo negligé: la indiscrecion de los oficiales no solo continuó, sino que se hizo mas activa, y este acto, reprensible es cierto, pero el único culpable que cometieron los dominadores de la ciudad, irritó á los habitantes hasta tal punto, que tuvo que intervenir el general en gefe.

Empero mas graves cuidados ocupaban á la sazon á los dueños de la Kasbah: uno de los deberes mas delicados del general en gefe, era la formacion del inventario del tesoro público: por eso desde su entrada en Argel nombró una comision compuesta de tres personas de alta categoría, con encargo de actuar las investigaciones. A pesar de la especie de solemnidad conque se revistió la comision para cumplir su encargo, y del gran número de oficiales que tomaron parte en él, corrieron rumores tan estraños, tan contradictorios y malévolos acerca de la importancia del tesoro custodiado en la ciudadela, y de las dilapidaciones que tuvieron lugar, que no nos creemos dispensados de narrar con detalles todos los hechos concernientes á esta parte de la conquista.

Mr. Firino, pagador general del ejército, entró en la Kasbah al mismo tiempo que los primeros soldados: en medio de la confusion general; percibió á la entrada de la galería debajo de la que se halla la puerta del tesoro al

Khasnadji (tesorero en gefe) solitario, impasible, con un manojo de llaves en la mano. Cuando Mr. Firino se enteró de las funciones que desempeñaba y de la mision de que estaba encargado, el oficial del dey se apresuró á darle las llaves, cuando se reunió la comision y le hizo algunas preguntas sobre el estado económico del Odjack, declaró que el tesoro de la regencia habia quedado intacto, que nunca habia habido libros de entrada y salida, que los ingresos se verificaban sin que ninguna formalidad indicase su procedencia ni su importancia, que las monedas de oro y plata estaban amontonadas sin órden ni distincion de valor distinto ni orígen: que por el contrario las salidas de fondos nunca tenian lugar sin órden del divan, y que ni el mismo dey tenia derecho á entrar en el tesoro á no ser acompañado del Khasnadji.

Despues de dar estas noticias, el ex-tesorero condujo á la comision al estremo de la galería, abrió las puertas de una sala baja que estaba cortada por medio por un tabique de tres piés de altura, dividido en dos departamentos que contenian bayrcos (moneda argelina de 3 francos, 60 céntimos de valor). Cerrada la puerta y puestos los sellos, abrió otra que formaba escuadra con la primera, y estaba tambien situada debajo de la galería. Despues de haber pasado tres salas el Khasnadji, abrió otra puerta que daba entrada á una sala transversal, la cual recibia la luz de una ventana armada de barras de hierro; tenia de 20 á 25 pies de longitud por 8 de anchura, y dentro habia tres arcas, dos de ellas contenian bayrcos y moneda de vellon, y la tercera, barras de plata: tres puertas á igual distancia una de otra, se abrian con una misma llave, y se entraba en tres piezas oscuras, cortadas como la primera sala por divisiones de madera: en la de en medio estaban amontonadas sin órden alguno, las monedas de oro desde el roboa solteni (3 francos, 80 céntimos), hasta la onza mejicana: las dos piezas laterales contenian una mo-

llos, ó duros portugueses, otra pesos fuertes españoles.

Despues de haber adquirido la seguridad de que no habia mas salida que la de las puertas principales, la comision puso triples sellos y colocó en la galería una guardia permanente de gendarmes mandada por un oficial. El general Desprez añade á estos detalles las siguientes observaciones: «No bastaba decir que los gendarmes hubiesen cedido á la corrupcion, para que hubiese tenido lugar una sustraccion criminal; porque la puerta del tesoro daba al patio principal que era el lugar mas frecuentado de la Kasbah, donde de dia y de noche habia soldados y oficiales, de modo que el ejército tenia una especie de vigilancia y registro en los actos de la comision.

El Khasnadji condujo despues á los comisarios á la casa de moneda: las barras que allí se hallaron valian de 25 á 30,000 francos; pusiéronse los sellos á la puerta, y se colocó en ella un centinela, pero habiéndose practicado una abertura en un paseo la noche del 5 al 6, hizo inútiles estas precauciones y las barras desaparecieron: ningun resultado dieron las pesquisas hechas para descubrir los autores de este delito.

Entre los objetos de todas clases abandonados en el patio principal, se encontró una cajita, cuya tapa habia sido rota: dentro se hallaron dos sacos de moneda: entregada á Mr. Firino, fué depositada por él en el tesoro, despues de haberse hecho contar, que en los sacos habia unos 50,000 francos en cequíes de oro: la rotura de la tapa inducia á presumir que se habia cometido una sustraccion, pero ¿á quien podrá imputarse, á los soldados franceses ó á los individuos que huyeron á su llegada? Habíase visto á varios moros y negros que llevaban dinero, pero no se les puso obstáculo alguno por respeto á la capitulacion. Llamamos la atencion sobre este acontecimiento, porque una reclamacion inmediata del agá, hizo presumir que la caja le pertenecia.»

Al recorrer las piezas del aposento del dey para proceder al inventario de los objetos preciosos que se hallaban en ellas, los miembros de la comision observaron que habian dejado una cajita llena de cequíes de oro: contenia 30,000 cequíes argelinos, que próximamente equivalen á 170,000 francos: aunque evidentemente aquella suma era una propiedad particular del dey, Mr. Firmo dispuso que ingresara en el Tesoro: despues veremos que su contenido fué reclamado y recibido por Hussein-Bajá.

Habia llamado la atencion del Intendente Denniée, la gran cantidad de oro y plata que habia visto en las diferentes salas del Tesoro, y habia calculado que su valor total debia ascender á ochenta millones: el pagador general mas idóneo para esta clase de cálculos por la especialidad de sus funciones, escribió al Ministro de Hacienda que el tesoro contendría próximamente cincuenta millones. Sin embargo, el general en gefe que por los cálculos de Mr. Denniée y el escrito del cónsul inglés, confirmado por el testimonio del judío Ben-Durand, consideraba bajo la evaluacion de Mr. Firmo, escribió al presidente del consejo que la conquista del Tesoro, de la artillería y de los almacenes de todas clases que habia en Argel, ascendia á una suma de ochenta millones. Esta cifra le sirvió de base para proponer al rey que destinase cincuenta millones á sufragar los gastos de la guerra: tres millones para gratificar al ejército espedicionario, y el resto á pagar los atrasos de las pensiones de la legion de honor, noble inspiracion que de haber sido atendida, hubiera establecido una fraternidad mas íntima entre el ejército antiguo y el moderno, pues la reciente conquista de nuestros jóvenes soldados, hubiera reparado la injusticia cometida por sus predecesores consagrada por las desgracias de la Francia.

Los tres millones pedidos para el ejército, debian repartirse del modo siguiente:

A los tenientes generales. . . . . 24,000 francos.

A los mariscales de campo.	16,000
A los coroneles.	8,000
A los tenientes coroneles.	6,000
A los comandantes.	4,000

Los demás oficiales, los subtenientes y soldados, debian recibir tres pagas.—Preocupado el Presidente del Consejo con el golpe de Estado, no dió contestacion alguna á estas proposiciones.

Por una feliz casualidad la conquista de Argel, lejos de grabar á la Francia, cubrió sus propios gastos, haciendo ingresar en las cajas públicas muchos millones; porque además de las riquezas metálicas encontradas en la Kasbah, se hallaron cantidades considerables de lana, pieles, cueros, cera, plomo, cobres, y los almacenes de la Marina estaban abundantemente provistos de trigo, sal, hierro, cuerdas, ferretería y cáñamo: en resúmen el estado de ingresos y gastos de la espedicion hasta el retorno de las fuerzas navales á Tolon es el siguiente:

El Khasnadji consignó á la comision francesa de Hacienda en Julio de 1830.	48.684,527 francos.
Valor de lanas y varios géneros. . .	3.000,000
Tren de las piezas de artillería de bronce.	4.000,000
Total.	55.684,527 francos.
Los gastos de toda clase de la espedicion, los de la marina y guerra ascendieron á.	48.500,000 francos.
Demás en ingresos.	7.184,527 francos.

Durante algunos dias, el ex-dey de Argel creyó que Mr. Bourmont iria á hacerle una visita, y esperaba tranquilo en una casa particular esta muestra de deferencia: hízosele

comprender que el general en gefe nunca se la daria y que teniendo aun muchos objetos preciosos que reclamar, á él le tocaba provocar una entrevista. Estas consideraciones decidieron á Hussein á reprimir su orgullo y á pedir una audiencia: Mr. Bourmont se la concedió de buena voluntad.

El dia designado, muchos ayudantes de campo del general en gefe, el cónsul y vice-cónsul de Francia fueron á buscar al dey, y le acompañaron á pie hasta la Kasbah, á donde llegó montado en un soberbio caballo árabe ricamente enjaezado: cincuenta turcos, moros ó negros, formaban su escolta: Hussein aparentaba sufrir su desgracia con resignacion: aunque tenia 63 años de edad, estaba todavía lleno de vigor, su traje era en estremo sencillo: no llevaba en él bordado alguno: un albornoz blanco caia negligentemente sobre sus hombros, y un turbante de cachemira carmesí cubria su cabeza. En todo el camino se le hicieron honores militares: cuando entró en la Kasbah, la guardia presentó las armas, y los tambores tocaron marcha.

El general en gefe le recibió en el patio grande: despues de haberle abrazado afectuosamente, le convidó á almorzar y le hizo sentar el primero á la mesa: Hussein comió poco, y no bebió vino á pesar de las reiteradas instancias de su huésped. Al empezar la comida esperimentó una leve emocion, y habiéndole preguntado la causa de ella, dijo sonriéndose: ¿qué quereis? estoy poco acostumbrado á esta clase de reuniones, pero ya me iré haciendo á ellas. En efecto, en el resto de la comida demostró una completa serenidad: habláronle de su próxima partida sin que pareciera sorprenderse: dijo que deseaba retirarse á la isla de Malta, pero una carta del Presidente del Consejo, habia hecho entender á Mr. Bourmont que las relaciones de la Francia con el gabinete británico se habian entibiado, por lo que no podia consentirse que el dey eligiese por residencia un pais sugeto á la dominacion inglesa: cuando le dijeron que tenia que renunciar á su proyecto, no insistió y designó á Liorna.

Mr. Bourmont le aseguró que inmediatamente sería trasladado á aquella ciudad.

Hussein reclamó despues una suma de 30,000 cequíes que se habia quedado en sus aposentos: esperaba que con arreglo á la capitulacion, no le seria negada esta suma; habia sido depositada en las bóvedas de la Kasbah, ignorábalo el general en gefe, y le respondió que dispondria que se hiciesen las pesquisas necesarias, y que se cumplirian fielmente todas las condiciones estipuladas: esta benévola contestacion ganó la confianza del dey, y le hizo ser mas comunicativo: hizo á Mr. de Bourmont algunas indicaciones relativas á las rentas de la regencia y á las sumas que le debian los beyes. «Porque añadió, aunque tributarios mios, »han recibido de mí mas dinero que el que ellos me han »dado.» Añadió á estos detalles algunas noticias sobre el carácter de las diversas razas que existen en la regencia, y sobre la fé que debia tenerse en sus promesas.

«Libraos lo mas pronto posible, le dijo, de los genízaros »turcos; acostumbrados á mandar, nunca podrán sufrir la »obediencia y sumision: los moros son tímidos, los gober»nareis sin trabajo, mas no os fieis completamente de ellos: »los judíos establecidos en este país son aun mas cobardes »y mas corrompidos que los de Constantinopla: empleadlos, »porque son muy inteligentes en los negocios fiscales y de »comercio, pero no los perdais de vista: tened siempre la »cuchilla suspendida sobre sus cabezas: los árabes nómadas »no deben inspiraros temor: el buen trato les atrae y les »hace dóciles y adictos: no los persigais, porque se retira»rian con sus rebaños á las mas altas montañas, ó pasarian »á los estados de Túnez. Por lo que toca á los kabilas nun»ca han amado á los estrangeros, se detestan entre ellos: »evitad una guerra general con esa poblacion tan guerrera »como numerosa, porque no sacariais ventaja alguna, adop»tad con ellos el plan constantemente seguido por los deyes »de Argel: divididlos y aprovechaos de sus discordias, seria

»una gran imprudencia el conservar á los gobernadores de »las tres provincias» sobre todo os recomiendo que os cuideis »mucho de Mustafá-ben-Merrag bey de Títery, es un trai»dor: se os ofrecerá, os prometerá fidelidad, y os venderá »á la primera ocasion. Hacia tiempo que habia resuelto cor»tarle la cabeza: vuestra llegada le ha salvado de mi enojo. »El bey de Constantina es menos pérfido y menos peligroso »hábil hacendista, administraba muy bien los pueblos de su »provincia y pagaba los tributos con exactitud: pero carece »de valor y de carácter, y hombres de este temperamento »no pueden convenir en circunstancias difíciles: acabo de »tener de ello una triste prueba. El bey de Orán es un »hombre honrado, virtuoso y de palabra, pero rígido ma»hometano, no querrá serviros: le aman en su provincia, y »vuestro interés exige que le alejeis del país.» A pesar de su estrema exactitud, no si siguieron sus consejos.

Antes de abandonar por última vez su antigua morada, el dey manifestó deseos de entrar en la sala de audiencia: condújole á ella Mr. de Bourmont, y le autorizó para tomar tanto de aquella pieza como de todas las de la Kasbah, los objetos que deseara conservar. Hussein eligió las mejores armas, y dispuso de varias piezas de paño de Lyon, así como de las cubiertas de terciopelo de los cojines y divanes: en aquel dia y en los dos siguientes, sus criados se aprovecharon ámpliamente en provecho suyo de la autorizacion concedida: casi todos los objetos que se llevaron fueron vendidos á los judios y comprados despues por los franceses.

La visita de Hussein duró cerca de cuatro horas: comprendió que no era conveniente prolongarla por mas tiempo, y dió á conocer su deseo de retirarse. Mr. de Bourmont le apretó la mano, y los oficiales de E. M. general le acompañaron hasta la puerta esterior de la Kasbah. Antes de partir, Hussein le dió gracias con afabilidad, y aun le dirigió algunas palabras corteses, pero cuando se halló solo con su escolta, flaqueó la firmeza de su alma, y se arrasaron sus

ojos en llanto: cubrióse el rostro con su albornoz, y volvió á su mansion triste, pensativo y lleno el corazon de amargura.

Dias despues el general en gefe devolvió la vista al dey. Este habia cambiado de parecer con respecto al lugar de su retiro: se habia decidido por Nápoles definitivamente: no se hizo objeccion alguna á su nuevo proyecto: volvió á reclamar los 30,000 cequíes que quedaron en la Kasbah, y Mr. Bourmont prometió enviarselos al dia siguiente: habiéndole preguntado despues si lo que poseía era suficiente para asegurar en Italia su existencia y la de su familia, contestó: «Veo tranquilo mi porvenir, porque sé que el rey de Francia »es demasiado generoso para dejarme morir de hambre.»

El 10 de Julio, dia señalado para el embarque de Hussein, se puso á su disposicion desde por la mañana la fragata *Juana de Arco*, pero por motivos religiosos, manifestó el deseo de no partir sino despues de puesto el sol: 110 personas componian su comitiva, entre las que habia 55 mujeres de las que solo cuatro tenian título de esposas: acompañábales su yerno con toda su familia: como Nápoles no tenia lazareto, se decidió que los pasageros pasarian preventivamente la cuarentena en Mahon. A las ocho de la noche Hussein salió á pie de la casa, precediendo á sus mujeres que iban en palanquines cerrados; á continuacion iban los esclavos en dos filas guardando el mas profundo silencio: En este momento solemne, los habitantes de Argel no demostraron simpatía alguna por su antiguo soberano: ninguno fue á saludarle á su paso: solo algunos moros se asomaron al dintel de sus puerta mas por curiosidad que por adhesion. En todo el trayecto de su casa al puerto, el rostro del bajá estubo tranquilo y severo: continente noble y digno; parecia superior á su desgracia; pero cuando se halló á bordo de la fragata que debia conducirle á Nápoles solo con su familia, sin guardia, sin oficiales, y viendo á su alrededor solo un corto número de esclavos, al par que las baterías enmudecian,

esta soledad, este inusitado silencio le hizo sentir amargamente la inmensidad de su caida: derramó abundantes lágrimas, y dirigió muchas veces dolorosas miradas á aquella Kasbah, desde donde habia mandado durante doce años, como absoluto señor.

Con Hussein se estingue la larga série de deyes y bajás que desde 1517 gobernaron la Argelia, y cuya historia completa no hemos podido narrar, porque sin cesar la hemos visto interrumpida por violentas destituciones, muertes, asesinatos y conspiraciones: Hussein fué sin contradiccion de aquellos efímeros gefes uno de los mas capaces, y que por mas tiempo se mantuvieron en el poder. La duracion media de los reinados de sus predecesores no pasa de tres años y nueve meses: él gobernó 12 años (1). Algunos deyes en verdad, fueron mas privilegiados, pues Mahomet reinó 25 años (1766-1791) Ali-Agá 14 (1752-1766) Baba-Ibrahim 13 (1732-1745) pero el mayor número de ellos no tubo mas que un reinado momentáneo. En tres siglos que duró la regencia, se cuentan 86 bajás ó deyes: la Francia en el mismo período solo tuvo 16 reyes.

Al siguiente dia de la salida de Hussein, tuvo lugar la de los genízaros. Esta milicia tan turbulenta y temida, dió en esta circunstancia el ejemplo de la mas perfecta sumision y obediencia: cuando la toma de Argel contaba 3092 hombres, de los que 891 eran artilleros: cerca de la mitad eran solteros, los demás ó estaban casados ó vivian amancebados con mujeres moras; los primeros habitaban en los cuarteles, los segundos en casas particulares. El general en gefe habia juzgado prudente desarmarlos; no opusieron resistencia alguna, y á la primera intimacion se apresuraron á entregar sus fusiles y yataganes en el sitio designado para recibirlos:

(1) Despues de haber residido algun tiempo en Nápoles, Hussein se estableció en Norma desde allí fué á París, y despues se dirigió á Alejandría, donde murio en 1838.



terminada que fué esta operacion, se les notificó que los padres de familia podrian quedarse en la regencia, pero los célibes serian conducidos por mar al sitio que escogiesen, decision que no produjo en ellos impresion alguna dolorosa: la mayor parte habian nacido en el Asia menor, pidieron pues que se les condujese á ella, sin estipular la menor indemnizacion, y sin elevar reclamacion alguna. Embarcáronse 2500, y cuando en el momento de la partida se les dió dos mensualidades, manifestaron el mayor reconocimiento por tan generoso proceder. Aquel terrible Odjack argelino que durante tres siglos habia sido el espanto del Mediterráneo con sus depredaciones, estaba completamente disuelto, solo en unos pocos dias se habia conseguido tan gloriosa conquista.

De todos modos en cuanto entraron en la ciudad, nuestras tropas, el general en gefe estableció una comision encargada bajo su inmediata autoridad de acudir á las primeras necesidades, y de evitar los desórdenes.

Pocas tierras pertenecian en propiedad á las personas: salvo las cercanías de las ciudades, donde habia algunas propiedades particulares trasmisibles por herencia ó donacion, el suelo era considerado como propiedad del Estado, y se daba en arrendamiento. Los derechos de las tribus sobre ciertas partes del territorio, pueden ser asimilados á los usos que disfrutan los comunes (municipios) en Francia. Estos derechos sufrian todos los años una imposicion llamada *garrama*, y que era generalmente de 10 bayrcos, (18 francos 80 céntimos) por tienda. Las tribus establecidas á corta distancia de las ciudades, pagaban de 15 á 25 bayrcos por tienda, en razon al mayor valor del terreno. La cobranza é ingreso de la garrama se hacia por los kaides, que pagaban tambien un censo personal por los presuntos beneficios de su empleo. Las tribus pagaban además otro impuesto designado con la palabra *el-Kebchi* (el carnero) generalmente evaluado en un carnero por habitante: se paga-

ba en especie, pero las tribus lejanas le reducian á media tres á razon de dos bayrcos (3 francos 60 céntimos) por carnero.

La importancia de Argel ha sido considerablemente exagerada por los geógrafos y viajeros que han escrito acerca de la regencia. Malte-Brun y Shales elevan su poblacion hasta 70,000 almas, y la atribuyen edificios mas importantes de lo que en realidad son. Así desde los primeros dias los oficiales que habian estudiado la Argelia por los libros, esperimentaron numerosas y frecuentes decepciones. En 1830 Argel con sus 4,000 casas la mayor parte estrechas y de un solo piso, no tenia mas de 30,000 habitantes, á saber: 16,000 turcos moros y kuluglies, 7,000 judíos, 2,000 kabilas, 1,200 negros, 6,000 morabitas, y 4,000 biskris.

Los genízaros fueron embarcados: los turcos que no pertenecian al Odjack, demasiado altivos para deber á la compañía del vencedor la residencia en una ciudad donde habian sido señores, se retiraron á diferentes partes de la regencia, donde esperaban que no irian á inquietarlos nuestras armas: los pocos que quedaron eran viejos ó estaban enfermos. A estos últimos pueden añadirse algunos renegados corsos, albaneses, griegos, circasianos y malteses, que atraidos á Argel por la piratería, solo deseaban acabar sus dias en aquella tierra adoptiva. Desde el primer momento de la ocupacion, la importancia de los turcos fué nula, acabóse su influencia, y los últimos que quedaron de esta raza solo pensaron en hacer olvidar su presencia, viviendo en un completo retiro.

Los kuluglies (hijos de soldado) nacidos de la union de los turcos con las moriscas, constituian una clase separada: no siguieron á los turcos en la emigracion; dueños la mayor parte de grandes propiedades, descendientes de oficiales y de dignatarios del Odjack, contando algunos de ellos á deyes entre sus antecesores, no vieron ventaja alguna en seguir la suerte de los genízaros que los despreciaban, y se quedaron en su pais natal. Los kuluglíes son notables por sus

costumbres afeminadas, su escesiva vanidad, y su rara ignorancia. Reconócese en su persona la mezcla de la sangre europea con la sangre africana; á la indolencia de los turcos unen el temperamento linfático de las moriscas. Son sin embargo bellos, de facciones regulares, ojos vivos, cútis blanco y fino, tienen los músculos muy pronunciados, y una gordura debida tal vez á su filiacion materna. Casi todos son bastante ricos para vivir en la holganza, no ejercen profesion alguna, ó las que adoptan son desarmadas y de poco trabajo: sus esclavos les cultivan sus heras, y se quedan con placer en su casa todo el dia, en medio de la ociosidad, ó pasan el tiempo en los cafés y barberías.

Los moros casi todos concentrados en las ciudades, son los pueblos mas antiguos de Africa: habitaban en ella mucho tiempo antes de la invasion de los árabes, y algunos historiadores remontan su orígen á los mauritanos, de la antigüedad. En el dia el mayor número desciende de los antiguos dominadores de España.—Cada vez mas estraños no solo á la gloria, sino á las artes, sobre todo á la agricultura, sin union entre ellos, sin amistad, despreciados por las tribus generosas, flojos, crueles, afeminados, intolerantes, egoistas, embrutecidos por el fanatismo, sepultando toda su existencia en las preocupaciones religiosas, los moros de nuestro tiempo han perdido las brillantes cualidades que el mahometanismo habia comunicado á sus antepasados. El ardor del proselitismo les inspiró la pasion de la guerra y el valor que da la victoria: establecidos por espacio de muchos siglos en España, vióseles defender con valentía sus conquistas contra los cristianos, pero una vez lanzados al otro lado del Estrecho, una vez amortiguado el fervor de su santo celo, solo ofrecieron al mundo el espectáculo de un pueblo sumido en la indolencia y enteramente entregado á la sensualidad. Si aun conservan un amor escesivo á las creencias, fáltales brazo y valor para defenderlas. Entre los moros de Granada y los de la regencia, hay la distancia que

separa á los pueblos avanzados de los pueblos retrógrados: la guerra les inspiró el amor á las cosas grandes; la paz les tornó á la barbárie. Hoy no tienen la industria necesaria para vivir en las ciudades, ni la actividad indispensable para dedicarse á la agricultura.

Varios geógrafos creen que los judíos que hoy habitan en la Argelia, han salido todos de Palestina en la época de la toma de Jerusalen por Vespasiano y Tito. Lo que les afirma en esta opinion es el formal aserto de algunos historiadores árabes que pretenden que en el siglo VIII la mayor parte de los berberiscos y árabes africanos, profesaban el judaismo, y que la predicacion musulmana no pudo obrar una conversion universal. Esta opresion tan absoluta se repite con facilidad. No hay duda de que despues de la dispersion, algunos judios se dirigieron al África septentrional, como otros lo hicieron á diferentes puntos del globo, pero la mayor parte de los que habitan hoy en la Argelia, descienden de los fugitivos que lanzó la persecucion española algun tiempo despues de la espulsion de los moros. Bajo la dominacion turca se vieron cruelmente oprimidos con malos tratos é injurias, obligados á llevar un traje de color oscuro, relegados á un barrio especial, no podian poseer finca alguna, y cuando pasaban por delante de una mezquita ó marabut, debían inclinar la cabeza en señal de sumision. Cuando la ley del dey obligaba á todo musulman á llevar por la noche una linterna encendida, un artículo especial forzaba á los judíos á llevar una luz, pero no linterna, á riesgo de quemarse los dedos para librarla del viento, porque la policía se divertia dando de palos ó imponiendo multas al pobre discípulo de Moisés, á quien se le apagaba la luz. Un judío que atacado por un turco ó por un moro, tuviese el atrevimiento de levantar la mano, era castigado con pena capital.

Los judíos de Argel como los de Europa, tienen una fisonomía característica; su nariz aguileña, su barba negra,

sus ojos magníficos, pero circundados de una línea cóncava, su tez pálida, les distinguen perfectamente de las demás naciones. Es inútil decir que son como en todas partes corredores y mercaderes. Los superiores entre ellos se ocupan de los asuntos de los negociantes europeos, los de la clase inferior trabajan para los turcos y los moros, y sobre todo para los campesinos. A escepcion de la agricultura, que les inspira una gran repugnancia, los judíos esplotan todas las clases de comercio é industria, sobresalen en las artes delicadas como la relojería. Sobradamente activos revoltosos é intrigantes, forman un notable contraste con los moros, cuya indolencia y apatía son estremadas. Los de la clase baja ejercen las profesiones de sastres, zapateros, tenderos, hojalateros: trabajan admirablemente en pasamanería y en bordados. Antes de la abolicion de las correrías de los puntos, uno de los ramos de comercio mas lucrativo para los capitalistas judíos, era la compra de las presas hechas por los corsarios.

A medida que los presidios se desocupaban de esclavos cristianos, los kabilas que habitan en las montañas del pequeño Atlas, fueron á ofrecer sus servicios á los argelinos y á establecerse en la ciudad. Oriunda de la familia berberisca esta raza del Africa septentrional ruda y vigorosa, desempeñaba los fatigosos trabajos de jornaleros, braceros, jardineros ó labradores. La sed de la guarnicion adormecia por algun tiempo en su alma la profunda antipatía á los estranjeros que entre ellos se trasmite de generacion en generacion. Todos los kabilas residentes en Argel tenian una conducta ejemplar, pero esta especie de abnegacion de su carácter nacional solo duraba el tiempo necesario para reunir un pequeño peculio: en cuanto hacian su fortuna se volvian á las montañas sin haber perdido nada de su primitiva aspereza.

Los negros, llamados por los blancos indígenas, *soldan* (negros) y *adyo* (esclavos), forman una clase muy limitada

de la poblacion de Argel: la mayor parte provienen del comercio que los árabes hacen con los habitantes del gran desierto: estos cazan á los negros cuando llevan la sal que los lagos de agua salitrosa depositan en las orillas, ó bien los compran á los principes de las fuentes del Niger que se los entregan por miles, pero á esto se limita su accion: no importan ellos sus cautivos en la regencia; los venden á los *tuathi* (la mas meridional de las naciones berberiscas) que comercian con los morabitas del Belad-el-Djerid. El precio ordinario de estos desgraciados vendidos al por mayor y sin distincion de edad ni secso, es la carga de dátiles de cuatro camellos, (un camello lleva comunmente cuatro quintales) ó el equivalente en quincalla: estos diez y siete quintales de dátiles que importan segun dicen 16 francos en el Belad-el-Djerid, pueden llegar en el acto del cambio por efecto del trasporte á un valor de 40 francos; valor que representa entonces el del esclavo trasladado á una larga distancia del lugar de su nacimiento. La caravana hace 17 dias de camino por el desierto para llegar al pais de los morabitas: esta parte de su viaje no es sin embargo la que mas les inquieta: en el desierto está segura; pero cuanto mas se acerca á la costa mas riesgo corre de ser robada. Solo á fuerza de valor, de esfuerzos diplomáticos y de sacrificios en mercaderías y dinero, llega á su última estacion. Por lo regular elije á Medeah donde está el principal mercado de esclavos de la regencia.

Los negros jóvenes de buena presencia y robustos, se venden de 100 á 200 reales bayocos (185 á 370 francos) los niños de 50 á 80 baycos, las mujeres de 100 á 500 cuando son jóvenes y saben coser y dirigir una casa. Apesar del mal trato que reciben, los negros se aficionan singularmente á sus amos. Pueden redimir su esclavitud con dinero ó servicios; algunas veces recobran su libertad á la muerte de su dueño y se hacen ciudadanos despues de haber abrazado el islamismo. De este modo la poblacion ne-

gra se ha establecido en lo interior de la regencia. Los naturales se distinguen de los emancipados en una incision que estos últimos llevan en cada mejilla especie de probatura que les hace sufrir el primer mercader en cuyas manos caen.

La costumbre de vivir con los moros ha dado á los negros los mismos sentimientos religiosos. Los hombres llevan turbantes; las mujeres libres se visten como las moriscas, y como ellas se tapan el rostro pero sin tanto cuidado. Si son pobres no abandonan su traje que consiste en una camisa de tela blanca y mangas cortas, unos pantalones anchos atados á la cintura, y una pieza de tela que se ponen en la cabeza. Los negros en Argel se han apoderado esclusivamente de la profesion de carniceros y por un privilegio singular son los solos encargados de blanquear con cal las paredes y terrados de las casas.

Los mozabitas oriundos de un distrito del desierto á 20 dias de camino al Sur de Argel, son de un carácter tranquilo activo y mercantil. Aunque blancos tienen el tipo y facciones de los árabes, siguen la ley de Mahoma pero se separan de ella en muchos detalles y se niegan á cumplir las ceremonias de su culto en las mezquitas públicas.

Los biskris, venidos de Biscara en los últimos límites de la provincia de Constantina al Sur del gran lago llamado el *Chott*, eran braceros y guardas de tienda cuya vigilancia egercian con mucha perfeccion. Los biskris tienen la tez morena, el carácter formal, sus costumbres y su carácter se diferencian esencialmente de los de los árabes: sin embargo por su lengua que es un dialecto corrompido del árabe parecen pertenecer á aquel pueblo y que sus costumbres hayan sido alteradas por el frecuente roce con los indígenas: los biskris hacen en Argel el oficio de serenos, es decir, que vigilan por las noches y las pasan arrimados á una puerta atentos á la menor voz que les pida ausilio. Si llegase á verificarse un robo, lo cual es un acontecimiento, el cuerpo de serenos pagaba daños y perjuicios y los encargados aquella

noche de vigilar la calle donde se hubiere efectuado el robo sufrirán una solemne paliza, y acaso serian condenados á muerte.

Por lo dicho se colegirá que aquella poblacion no podia inspirar sérios temores al ejército francés: ademas de que muchos cuentos acreditados por los moros y los judíos de Argel respecto de los árabes y de los kabilas, aumentaban la confianza y daban á entender que el papel de los franceses en Argel, era del todo pasivo. Oficiales y soldados, en medio de una ciudad monótona, bajo un sol abrasador, y sorprendidos con la presencia de costumbres enteramente distintas de las suyas, desde luego comprendieron todos que no podian esperar relacion alguna con los habitantes de Argel y mucho menos aspirar á otro género de distracciones: así es que todos se acordaban mucho de su país y algunos hubo que solicitaron ir al hospital tan solo por tener un pretesto para volver á Francia.

El generalísimo se creía tambien muy seguro, y así lo demuestra en el siguiente escrito que remitió al gobierno: »La toma de Argel parece llamar en pos de sí la sumision de »las demás partes de la Regencia. Los africanos han juzgado »de la fuerza de nuestro ejército por lo temible que para »ellos habia sido siempre la milicia turca. El bey de Títery »ha sido el primero en reconocer la imposibilidad en que se »hallaba de prolongar la lucha. Al siguiente dia en que las »tropas francesas se posesionaron de Argel, se me presentó »su hijo, que apenas ha cumplido 16 años, anunciándome »que estaba dispuesto á rendirse, y que si yo queria, se »presentaría él mismo en persona, (1) aquel jóven desem-

---

(1) Este lenguaje no estaba en armonía con la carta que llevó el jóven, pues una de sus frases encerraba cierto sentido amenazador, y cuando se le hubo hecho notar aquella contradiccion, afirmó del modo mas solemne, que su padre anhelaba de buena fé nuestra alianza, y que si efectivamente habia en la carta algunas



»peñó su cometido con una sencillez que recordaba los an-
»tiguos tiempos: le dí un salvo-conducto para su padre, y
»este se presentó en Argel al dia siguiente. Le dejé al fren-
»te del gobierno de la provincia con tal que nos pagase igual
»tributo que al dey, condicion que fué aceptada con agra-
»decimiento. Parecian hallarse persuadidos los habitantes
»de que los beys de Orán y de Constantina seguirian pron-
»to el ejemplo del de Títery: establecióse la confianza, abrie-
»rónse muchas tiendas, y los mercados se abastecieron:
»verdad es que los precios de los géneros han subido bas-
»tante, pero es de esperar que la misma abundancia resta-
»blezca pronto el equilibrio antiguo. En una palabra: todo
»nos hace creer que el ejército ha cumplido con su mision.»

Vanas ilusiones, que se desvanecieron al poco tiempo.



* espresivos que pudiesen ocasionarnos dudas, consistiria sin duda en que el secretario que escribió lo que se le dictaba, no hubiera tal vez comprendido bien el sentido de las espresiones. Estos pormenores atestiguan la mala fé del bey de Títery, y justifican de la manera mas completa la opinion que Hussein habia formado de él.

CAPITULO XIII.

DOMINACION FRANCESA.

Sensacion que produjo en Francia la noticia de la toma de Argel.—Bourmont es ascendido á mariscal de Francia.—Espedicion de Blidah.—Conspiracion de los turcos y de los árabes contra los franceses.—Ocupacion de Bona y de Orán.—Impresion de los acontecimientos de julio en el ejército.—Sus temores.—El conde Clausel recibe el nombramiento de general en gefe.—Partida del mariscal Bourmont.

Llegó á París la noticia de la toma de Argel el 9 de julio, la que á pesar de las graves preocupaciones de Francia y su capital, produjo en todas partes agradable sensacion. La Cámara, que á la sazon se hallaba en abierta oposicion con la corona, acababa de ser disuelta: 221 diputados esplicaban á sus comitentes tan repentina suspension, mientras los electores, acérrimos enemigos del poder, se aprestaban á reelegir los mismos representantes. Cesáron las recriminaciones de los partidos al estampido del primer cañonazo y saludaron todos con efusion la victoria del ejército francés: pero el tono de amenaza que adoptaron los periódicos ministeriales, paralizó casi de repente la pública alegría y la nacion llegó á comprender que el gobierno trataba de aprovechar la ocasion y poner en práctica lo que poco antes tanto le asustara.

Los órganos del poder, sin el menor miramiento hácia

los periódicos de la oposicion, burlábanse de los temores que aquellos mostraran al comienzo de la campaña, asi como del engrandecimiento del poder marítimo francés, tan solo, segun decian, por odio al ministerio; y aquellos respondian con razon: «¿Pues qué? ¿serán acaso mas populares los ministros porque nuestras armas hayan triunfado en Africa? ¿Se nos querrá acaso decir que si contamos con un ejército valiente, oficiales denodados y admirable marina se lo debemos á ellos? Si el ejército ha sabido cumplir con su deber, al gobierno le toca hacer otro tanto á su vez.» Pero en vano levantaban su voz aquellos órganos, en vano se establecian debates; porque deslumbrados por los triunfos asi la córte como el ministerio, no alteraron ni un ápice su marcha retrógrada. Comenzaron oponiéndose á la eleccion del general Mateo Dumas que se presentó candidato por el primer distrito de París, sustituyéndole con M. Duperré sin haber siquiera contado para ello con el almirante. Rechazaron los electores al candidato ministerial, si bien manifestaron la alta consideracion que como hombre les merecia Duperré. «Bien quisieran los electores de este distrito, decian ellos, poder dar al comandante de nuestras fuerzas navales un verdadero testimonio de su aprecio y de su admiracion, pero creen que prestándose á una intriga ministerial no será el mejor medio de hacerlo, ni que podrian de esa suerte ofrecerle un homenage digno de él.

El golpe electoral que acababa de sufrir el gabinete con esta repulsa, no bastó para ilustrarle sobre su verdadera posicion; juzgando como juzgaba que la toma de Argel bastaba por sí sola para vencer á todos sus enemigos, hubo periódico ministerial que quiso aplicar á los 221 la calificacion irrisoria de aliados del dey, añadiendo que era preciso deshacerse de ellos como de los piratas.

Cuando Cárlos X asistió á la iglesia de Nuestra Señora de París para dar gracias al Todopoderoso por el triunfo

que acababa de conceder á sus armas, el arzobispo introdujo entre sus alabanzas y sus votos por el triunfo del cristianismo en Africa las siguientes palabras, por cierto asaz significativas: ¡Quiera Dios asegurar mas y mas el alma de V. M. en el divino auxilio y en el poder de María no será ilusoria! y ¡quiera el cielo concederos una nueva prueba de ello! ¡quiera el cielo que esa misma confianza haga que agradezcamos á Dios otras maravillas no menos gratas, ni menos brillantes!» La vaguedad de estas místicas palabras, y la arrogancia de las hojas ministeriales, hacia surgir toda clase de comentarios al propio tiempo que mantenian el espíritu público en la mayor ansiedad.

Aun hay mas, esta inquietud se agravó con las amenazas de la Inglaterra, que apostaba á la Francia que no se atreveria á conservar la Argelia sin su consentimiento; consentimiento que jamás la concederia. Fácilmente se comprenderá que en medio de tal complicacion la victoria de los franceses que debió ser motivo de general alegría, lo fué tan solo de las mas sérias alarmas.

Mientras tanto, un sordo malestar agitaba al ejército de Africa. Bourmont habia dirigido al presidente del Consejo una lista proponiendo promociones y recompensas entre las que figuraban cuatro mariscales de campo ascendidos á la tenencia general: ocho coroneles á mariscales de campo y finalmente recomendando á oficiales, á soldados y cuantos se habian distinguido en aquella campaña. Pedia además el general en gefe doscientos cuarenta despachos de caballero de la legion de honor, cuarenta condecoraciones mas entre bandas, placas y encomiendas: cien cruces de caballero de San Luis y seis de comendador de esta misma órden. La peticion pareció exorbitante, y se le invitó á que rebajase del número pedido, como si las hazañas y el valor de los soldados no se hubiesen siempre visto al nivel de los peligros que hubieron de correr; como si en realidad una cinta mas ó menos ancha fuese un premio relativo á la se-

posicion del militar y al bien que esponiendo su vida hace á su pátria; Bourmont se negó á la reforma de la lista: pero sin tener en cuenta el gabinete el objeto de aquella insistencia, solo envió el baston de mariscal al gefe del ejército de tierra y dos cruces de San Luis, una para Don Luis de Bourmont y la otra para Besiere, en premio de lo mucho que se habian distinguido en Staoneli; pero indignados á la vista de tanta parcialidad, ambos agraciados juraron no ponerse las insignias hasta que sus demás compañeros de glórias y fatigas hubiesen conseguido igual recompensa. De esta manera premiaba el gobierno francés al ejército que acababa de conquistar el mas rico floron de la corona de Francia y por cierto el último de que podia vanagloriarse la rama primogénita de los Borbones en aquel país!

Unióse á la ingratitud la mas indisculpable incuria, pues Bourmont partió sin haber recibido instrucciones sobre el mejor medio de utilizar la conquista; pero por no faltar á la verdad histórica, diremos que en el curso de doce dias llegaron á sus manos dos despachos. En el primero, se le encargaba con instancia que enviase á Francia sesenta camellos para aclimatarlos en los arsenales de Burdeos; y en el otro se le instaba para que sin pérdida de tiempo mandase formar colecciones de plantas é insectos con destino al gabinete de historia natural ¡objetos por cierto que correspondian grandemente á la magnitud de la conquista! Su misma nimiedad atestigua en toda su fuerza hasta donde rayaban las miras del gobierno francés relativas al brillante resultado de la espedicion. Asi es que abandonado el general á sus propias inspiraciones proveyó lo mejor que pudo á las necesidades de tan escepcional situacion.

Se habia constituido un jurado municipal compuesto de los síndicos mas influyentes de la ciudad, creóse despues un inspector del mercado de granos, un intendente de inhumaciones y un aga árabe cuya jurisdiccion debia abrazar como en tiempo de la regencia todas las tribus circunvecinas

de Argel. Reorganizóse igualmente la administracion de justicia ocupando sus puestos los *cadís* moros y los *rabinos*, pero se suprimieron los tribunales turcos especiales con el objeto de que desprovistos de toda señal de autoridad se viesen obligados á retirarse. Sometiéronse las principales decisiones de aquellos tribunales al *exequatur* de la autoridad francesa. Reglamentóse la cobranza de los derechos de aduana y de puertos con tarifas discutidas en el seno mismo de la comision, y por último, otro juzgado especial, tomó bajo su responsabilidad la vigilancia y direccion de los dominios del Estado. Aunque imperfectas todas estas creaciones, honran sobre manera á Bourmont para que lo mas importante tras de la victoria, porque sus frutos no se pierdan, es saber conservar lo que la guerra no pudo destruir.

Dedicábase el jurado municipal sin levantar mano á las muchas mejoras que habia menester una ciudad sugeta por espacio de tres siglos al yugo y á la ignorante administracion de los turcos. Agregóse á la policía de la ciudad y del puerto una guardia urbana, compuesta de doscientos hombres escogidos: ensancháronse las calles que conducian desde la marina á las puertas de Bab-el-Ued y Bab-Azun, con el obgeto de que por ellas pudieran transitar los coches de cuatro ruedas: en los almacenes mismos de la marina, se estableció una manutencion de víveres, y de allí á poco pudieron muchos batallones dejar los vivaques y trasladarse al interior de Argel: aislóse del todo la Kasbah de lo demás de la plaza; abrióse comunicacion entre esta ciudadela y el campo y por último, se instituyó una oficina de salud por el estilo de la de Marsella, precaucion de las mas útiles por cuanto preservaba al ejército de las enfermedades pestilenciales tan frecuentes en la parte oriental del estanque del Mediterráneo. Algunas de las casas que estaban en las afueras de la ciudad fueron trasformadas en hospitales: tomando en todos estos trabajos una buena parte los oficiales

y soldados, logrando de este modo, hacer notables sus primeros dias en Argel.

Las avanzadas francesas no habian sido hostilizadas desde el dia 5 de Julio, y tanto los árabes de la llanura de Mitidja como los habitadores de las montañas, llegaban en tropel donde estaban las tropas francesas, ofreciéndolos todos los productos de su suelo: la abundancia reinaba por doquier, y la circunstancia de ignorarse el carácter rencoroso, solapado y sanguinario de los árabes, inclinaba á la esperanza de la pacificacion mas completa. Sin embargo, habiéndose sabido el 18 que una faccion habia sustraido en la Mitídja, casi todos los bueyes que el bey de Títery remesaba al ejército, creyó el mariscal que sería muy conveniente una batida por el interior del pais, escursion que de paso podría egercer grande influjo en sus habitantes, facilitando al propio tiempo, el medio de averiguar el verdadero estado de los espíritus. (1) Y no era solo esto: Bourmont tenia otras razones mas para avanzar hasta el Atlas, siendo una de ellas la de que habiendo sido indicada la llanura de la Mitidja como el punto mas apropósito para establecerse una colonia, convenía sobre manera esplorar el local, estudiarle y ver si efectivamente era asi: y otra era la de que los kabilas de las montañas cercanas, habian solicitado su proteccion. Los enviados que hicieron esta demanda, dieron á entender que bastaría tan solo la presencia de los soldados franceses para disipar la tempestad, que rugía sobre sus cabezas, digeron que apenas habia 7 horas de camino desde Argel á Blidah añadiendo que muchos ginetes solian hacer el viage dos veces al dia, y finalmente presentáronse dos judios que llegaban de Orán, asegurando que el bey de aquella provincia

(1) Ya creian los árabes que debilitado el egército francés, por las pérdidas que habia esperimentado en los campos de batalla y en los hospitales, no tenia mas arbitrio que acampar bajo los cañones mismos de Argel.



habia resuelto declararse vasallo del rey de Francia. Tales fueron las razones que determinaron al mariscal para trasladarse á Blidah, mientras que su hijo mayor pasaba á Orán á bordo del brick *el Dragon*, á tomar el juramento del bey y hacer la entrega del diploma de investidura. El consejo municipal de Argel en el que habia varios moros muy entendidos en las cosas de aquel pais, desaprobó altamente la espedicion de Blidah, asegurando que todas aquellas peticiones encerraban algun ardid del bey de Titery; por lo cual sería muy prudente aplazarla, pero Bourmont no escuchó ninguno de aquellos avisos, y mandó hacer todos los preparativos, para que el proyecto se pusiese en egecucion.

El 22 de julio era el dia señalado para la partida. El duque de Escars recibió órden de formar en su division un destacamento de mil hombres de infantería, número que se juzgaba suficiente: á este efecto se compuso de un batallon del primer regimiento de marcha y 8 compañías de infantería de línea sacadas de las brigadas 2.ª y 3.ª; de un escuadron de cazadores de á caballo, dos piezas de á 8 dos obuses de montaña y una compañía de zapadores, cuyo destacamento mandaría el general Hurel. Partió poco despues del medio dia la infantería con las cuatro bocas de fuego, y fué avivaquear á tres leguas de Argel, tras el Ued-Kerma para volver á emprender la marcha el 23 á las cuatro de la mañana. El conde Bourmont, escoltado por dos compañías de granaderos, la de zapadores y algunos cazadores de á caballo partió de Argel á la misma hora: los generales d'Escars, Desprez y Lahitte, el subteniente coronel Filósofo, el capitan de navío Mancel el príncipe de Schwarzenberg, muchos estrangeros voluntarios y no pocos oficiales del estado mayor, le acompañaban impacientes todos por ver una ciudad que hasta entonces habia sido visitada por escaso número de europeos. El síndico Hamden-ben secca, dos individuos del consejo municipal, y diez ó doce moros se agregaron tambien á su acompañamiento ya numeroso y brillante.

Adelantáronse por la via romana, donde en la estension de dos leguas no podia penetrar el sol, en razon de los muchos y copudos árboles y altos vallados que la circundan.

Por toda esta via pudieron pasar sin dificultad los carros, pero no así al llegar á la orilla izquierda del Ued-Kerma donde las grandes avenidas estorbaban de tal modo su tránsito que en muchos parages hubieron los soldados de cargar con ellos. Dejólos el mariscal ocupados en estas faenas y adelantándose con un destacamento de cazadores, atravesó el rio por un puente de ladrillo que estaba casi enfrente de la Mitidja. La vista de esta inmensa llanura, sin cultivo y destruida cual dehesa esquilmada por el ganado, produjo la impresion mas triste; pues cuando todos esperaban hallar un terreno verde, igual y florido, cuajado de lindos caseríos se encontraron con una naturaleza selvática, un terreno desordenado en el que era raro divisar un palmo cultivado. Sin embargo ha de saberse que á pesar de aquel triste aspecto, producido por la incuria de sus moradores, el terreno no puede ser mas rico y feraz; y por cierto que no fué alhagüeño el aspecto que presentaron á los primeros plantadores los vasallos del Ohio, del Misuri, y del Delavare que hoy forman el ornamento de la América del Norte.

El mariscal y su escolta alcanzaron la columna del general Hurel cerca de Buffarick sitio en que antiguamente solian reunirse muchas tribus árabes para hacer los cambios acostumbrados y que desde la ocupacion francesa llegó á ser el centro de sus establecimientos. Juzgóse conveniente hacer alto en aquel sitio para dar lugar á que llegasen los rezagados, espuestos á cada momento á la barbaridad de los kabilas.

Y así fué en efecto, pues cuantos iban llegando contaban cosas horrorosas y en sus mismas personas se veia la huella de los malos tratamientos que habian sufrido. Uno de los intérpretes del mariscal debió tan solo su salvacion á lo bien que poseia el árabe, y despues de haber sido hecho prisionero

poniendo en práctica sus conocimientos, consiguió su libertad y hubo de volver pies atrás dirigiéndose hácia Argel.

Cuando la columna se puso otra vez en marcha llegó una diputacion de Blidah y ofreciendo al mariscal la sumision de sus habitantes, le dió á entender la satisfaccion que todos tenian al ver llegar las tropas francesas; y ciertamente que la manera con que fueron recibidas en nada desmintió aquellas protestas.

Circunda la ciudad, una muralla de tierra blanqueada con cal, capaz solo de resistir á un ejército sin artillería; y sus casas todas, están construidas por el mismo estilo que las de Argel: casi todas las calles son rectas y cada barrio tenia una fuente. Uno tan solo hay entre los edificios religiosos, que sea digno de ser mencionado, y es una mezquita. Blidah era para los árabes un sitio de recreo, de lujo y de placeres, al propio tiempo que era el punto de confluencia de las poblaciones interiores con las de la costa, donde se reunia casi todo el comercio de la llanura de la montaña, de la provincia de Títery, y hasta de la del alto Chelif. Las aguas del Ued-el-Kebir, economizadas con inteligencia, movian hasta unos quince molinos harineros, y finalmente contaba con muchas tenerías, cuyos talleres de tinte eran ya célebres en la fabricacion del tafilete y demás artículos del trage y calzado, de monturas y sobre todo de instrumentos de labranza.

Apenas se hubieron establecido los vivaques franceses, se les acercaron muchos habitadores de Blidah ofreciéndoles refuerzos y víveres de toda clase. Una vaca valía cinco duros y por tres cuartos se compraba una docena de ricas naranjas hallándose en igual proporcion los precios de la cebada y paja. Algunos oficiales que visitaron la ciudad volvieron poco satisfechos de ella y su aspecto les pareció mucho mas feo que el de sus contornos. Esto consistió en que no se habian levantado las casas derruidas por el terremoto de 1825, y si bien en las mal provistas tiendas no mostraban sus

dueños la menor inquietud á la vista de los uniformes franceses, parecian en cambio no poco preocupados con el regreso de los kabilas.

El dia 24 por la mañana practicó un reconocimiento el general Bourmont con un batallon de infantería y un destacamento de cazadores y habiéndo recorrido un terreno de mas de legua y media hacia el Oeste pudo cerciorarse de que todo estaba tranquilo. Trabóse á su vuelta una ligera escaramuza entre la retaguardia y algunos kabilas, de la que resultó gravemente herido un soldado francés de infantería: y á las diez el general Desprez, con dos oficiales del estado mayor y cuatro cazadores de á caballo subió costeando el rio Ued-el-Kebir, hasta cerca de media legua de distancia y aun que en aquel trayecto no divisó ningun enemigo, vió algunos hombres armados que parecian espiar todos sus movimientos, cuyos síntomas hóstiles, unidos á la general alarma de los habitantes le decidieron á replegarse sobre Argel.

Oyéronse como á cosa de la una algunos disparos de fusil á corta distancia del campamento, y no tardó en saberse que habian sido muertos dos artilleros en el momento en que llevaban á beber sus caballos en un arroyo que baña los muros de Blidah: casi al mismo tiempo, algunos que se paseaban tranquilos por los jardines, fueron insultados y apaleados, y por último, un edecan del general llamado Trelan, recibió un balazo en el vientre apenas se hubo presentado para enterarse de lo ocurrido. Oíase por todos lados el fuego de fusilería, pero no se divisaba al enemigo. Viendo pues los franceses, que con tan corto destacamento no podian verificar formales batidas por los alrededores, decidiéronse á dejar una posicion en que los árboles, los vallados y los zarzales, ocultaban numerosas emboscadas.

Llego la columna sin obstáculo hasta la llanura, pero se acercó de repente un gran tropel de árabes y kabilas á pie y á caballo, que dividiéndose por ambos lados, trataron de

estrecharla y romperla, y entonces la vanguardia caló bayoneta, y comenzó la lucha El príncipe de Schwarzenberg habia echado pie á tierra, y él mismo mató á un árabe: los cazadores de á caballo, que por la vez primera se les presentaba la ocasion de dar una carga, la dieron y tan buena, que dejaron tendidos en el suelo mas de cuarenta hombres, lo cual visto por los enemigos, huyeron todos en el mayor desórden. Con el objeto de evitar otra sorpresa, mandó el mariscal poner en los flancos una doble línea de tiradores; de esta suerte cuando el enemigo se mostraba mas atrevido, la caballería cargaba sobre él y le desbarataba. Tomaron parte en estas repulsas, no tan solo algunos oficiales sueltos que iban á sus órdenes, sino tambien algunos de los moros que le acompañaban, distinguiéndose el jóven Poniatowski que hacia la campaña en calidad de aposentador mayor. El mismo Bourmont desenvainó su espada y libertó al gefe del Estado mayor rodeado ya de una porcion de árabes. Viendo los enemigos que con aquella constante aunque pequeña lucha, se habian cansado los caballos franceses, determinaron atacar en masa á la principal columna, pero la metralla se encargó de recibirlos, y dejó el campo lleno de cadáveres, mision que no hubo de agradar mucho á los árabes, pues en seguida echaron á correr hácia las montañas, y la columna francesa llegó tranquila bajo los muros de Argel, no sin haber perdido unos ochenta hombres.

Esta corta espedicion hizo á los franceses mas circunspectos, pues en ella tuvieron ocasion de conocer toda la astucia y ferocidad de los árabes, observando al propio tiempo con minuciosa atencion la conducta de los habitantes de Argel, y descubriendo los hilos de la conspiracion que contra ellos se tramaba.

Entre los turcos célibes que recibieron órden de embarcarse, consiguieron unos doscientos burlarse de la policía militar, y en cuanto á los turcos casados, se les permitió salir fuera de la ciudad, siempre que viviesen en el mas ri-

goroso retiro. Pero tan luego como pasó el peligro, descontentos de aquella abyeccion, comenzaron á intrigar por dentro y fuera, anduvieron en secreta inteligencia con los kabilas y árabes, dispuestos todos ellos á aprovechar la primera ocasion de atacar á los franceses. Presentóse á su vista la espedicion de Blidah como propicia á sus planes, en razon á que los motivos que la habian provocado no podian ser comprendidos por aquella gente ignorante. El precipitado regreso de las tropas fué considerado por ellos como una retirada forzada, y creciendo las esperanzas de las tribus, comenzaron sordas maquinaciones: activáronse desde aquel momento las relaciones entre los habitantes de la ciudad y los de fuera, y á cada momento cogian los franceses á las puertas mismas de Argel á kabilas y árabes que llevaban bajo sus capas armas ó municiones. Interrogados acerca del orígen de aquel contrabando, contestaban que los turcos se lo daban, pero nunca dijeron cuales pudiesen ser. La administracion francesa debia pues sofocar en su orígen una conspiracion que podia adquirir visos muy formales, y determinó que todo turco casado y de influencia, fuese conducido á bordo del *Alcibiades*, donde se les haria saber que habian faltado á su juramento, y que habiéndose unido á los enemigos de los franceses, no podian permanecer mas tiempo á su lado. Casi todos ellos fueron llevados al Asia menor, y los árabes cogidos con armas y municiones, fueron sometidos á una comision militar que mandó fusilar á dos de ellos. Con tales medidas de rigor se consiguió la tranquilidad por algun tiempo.

El gobierno francés dió órden á Bourmont para que en los primeros dias de Julio dirigiese sobre Bona un cuerpo de tropas que obligase á reconocer los derechos de la Francia. Púsose la órden en planta, pero apesar de todos sus esfuerzos, hasta el dia 25 de dicho mes la escuadra que debia trasportar el destacamento no pudo aparejar; el dia en que el mariscal llegó á Blidah, componíase la escuadrilla de las dos

fragatas la *Vigilancia* y la *Guerrera* y un brick, y la mandaba el contra-almirante Rosamel. Hállabase al frente de las tropas de tierra compuestas de la 1.ª brigada de la 2.ª division (6.° y 49 de línea), una batería de campaña y una compañía de zapadores, el general Damremont, pero contrariado por el viento, no pudo llegar al puerto de Bona hasta el 2 de Agosto, donde ya habia llegado Rimbert, antiguo agente de las concesiones. Trabajó este sugeto con teson y apoyadas sus razones por algunos moros de distincion que con él iban, unido todo á la alta opinion que la toma de Argel prestaba á los franceses, y temiendo sobre todo ser saqueados por los árabes, fueron causas de que los habitantes hiciesen las mas vivas instancias, porque la ocupacion se llevase á cabo lo mas pronto posible. Hízose así en efecto, y unos dias antes de verificarse, se presentó uno de los tenientes del bey de Constantina para encargarse del mando de la ciudad, pero habiendo sido desechada su pretension, solicitó la devolucion de la pólvora de los almacenes, lo cual negado tambien, el mariscal Rosamel ordenó el desembarque, y el general Damremont entró en Bona á la cabeza de su brigada.

El puerto de Bona está en un bajo de feo aspecto y malamente defendido en su parte mas ancha por la puerta del Leon, y mas allá por la de la Cigüeña, la cual avanza sobre el mar como unos 60 metros. Arrojada el áncora cae sobre una capa de arena estendida sobre roca, y sin ofrecer la menor resistencia, por cuya razon raro es el año en que no ocurre algun naufragio. Sin embargo, hácia la parte Norte de esta peligrosa estacion, corre una costa elevada, que termina en el cabo de Guardia como unas dos leguas en direccion Nordeste, en cuyas escotaduras presenta dos buenos fondeaderos, que son el de Caroubiers y el del fuerte Genovés. Contaba la ciudad en otro tiempo numerosa poblacion muy enriquecida por el comercio, y abundante recoleccion producida por los campos de sus cercanías, pero todo cam-

bió algunos años despues, y con la guerra de los franceses fué la decadencia mas palpable y rápida. La poblacion que en 1810 era de 6,000 almas, en 1830 solo contaba unas 1,500: desanimados además por la imposibilidad de esportar sus productos, y bajo precio de los cereales de Crimea, no trabajaban sus habitantes la tierra sino para sacar tan solo lo que era estrictamente necesario para su manutencion; miseria que dicho sea de paso, debió contribuir no poco á la amistosa acogida que hicieron á las tropas francesas.

Rodea la plaza un murallon guarnecido de torres, y aunque en no muy buen estado, hallábase aun en el caso de resistir á los árabes. A 350 metros de la muralla y sobre una altura que se estiende en la direccion Sudoeste, y desciende á la llanura por una sucesiva série de gradas, se levanta la ciudadela ó sea la Kasbah.

Apenas hubo entrado el general Danremont en Bona, dispuso la reparacion de todas las fortificaciones de la Kasbah, haciendo que la ocupase un batallon del 6.° de línea: construyó dos reductos ante la puerta que da al camino de Constantina, y levantó todos los trozos que el trascurso del tiempo ó los movimientos oscilatorios de los terremotos habian destruido. Intentóse establecer relacion con los gefes de las tribus vecinas, y solo se recibió contestacion de la tribu de los Beni-Jacob, la cual escribió al general francés que no tan solo estaban dispuestos los árabes á desechar todo género de tratados, sino que por el contrario disponian las armas para darles un ataque que no tardaría en realizarse, añadiendo que contaban por gefe nada menos que al bey de Constantina. No habia pues que perder un momento si las tropas francesas habian de aprestarse á la defensa, así es que el general á todo proveyó: aumentó el número de los trabajadores en todos los puntos, y el dia 4 cuando se presentaron numerosas masas de árabes por todas partes, cortando el paso á los víveres llegó á temer que su inaccion

fuese traducida por miedo, y el 6 se decidió por la ofensiva. Habíanse situado los árabes en el convento de S. Agustin, y enterado de ello el general, envió algunos pelotones de infantería, que apoyados por dos obuses, consiguieron con facilidad desalojarlos de aquel punto. Aquel puesto elevado, y desde el cual se podia fácilmente batir el camino de Constantina, no carecia de importancia: pero la escesiva pendiente de las cuestas, hacia casi insuperable el paso de la artillería, por lo cual dispuso el general que no se ocupase. Mientras unos y otros se batian alrededor del convento, numerosas hordas de árabes atacaban á los que trabajaban en los reductos, pero todos ellos fueron rechazados con poco esfuerzo.

En la noche del 6 al 7, recibió el enemigo algunos refuerzos, y resolvió tomar la revancha, dirigiendo sus ataques desde el amanecer sobre muchos puntos á la vez, pero las balas rasas, y sobre todo algunas descargas de metralla le puso en fuga: renovaron los árabes sus esfuerzos á cosa del medio dia, pero sin mejor éxito, y habíase ya terminado el fuego por ambas partes, cuando llegó por la noche el gefe de la Calle, y dirigiéndose por el camino de Constantina con parte de su tribu, consiguió reanimar el valor de los sitiadores, disponiéndose todos para la noche siguiente. El gefe y sus gentes, que á fuer de verdaderos árabes sabian emplear la astucia y la falsía como poderosos medios de vencer, fingieron querer capitular, pero enterado el general de todo, comprendió muy bien que se trataba de atacarle con toda formalidad, y lejos de dejarse engañar, se aprestó al combate. Las once y media de la noche acababan de dar, cuando estalló una fuerte descarga de fusilería, y todo el frente de la línea francesa se vió de repente iluminado y envuelto en humo, y no faltaron árabes intrépidos que despreciando el mortífero fuego de la artillería, llevaron su osadía hasta acercarse á los reductos, pero la pagaron bien cara.

Despues de aquella refriega, permanecieron quietos los árabes durante dos dias, hasta que el 10 á las cinco de la mañana volvieron á dirigirse á los reductos, donde dejaron el campo lleno de muertos y heridos que recogieron: pero incansables en su propósito, nótose en la jornada del 11 cierto movimiento en el campamento árabe, lo cual dependia de que habiendo ingresado entre ellos la tribu de Beni-Mhamed, habíase decidido á despecho de las costumbres árabes que se verificase un ataque durante la noche. A cosa de las once manifestaron algunos disparos de fusil la proximidad del enemigo. Entre los dos reductos habia uno que parecía deber ser el que primero se atacara, y era el que estaba concluido y en completo estado de defensa, por lo cual el general se situó en él y aguardó al enemigo; pero los árabes se dirigieron al otro que estaba sin rehabilitar, y lanzándose sobre sus parapetos, soltaron descompasados gritos y tremolaron entusiasmados sus banderas. Pero en mala hora faltaron á sus rancias costumbres, porque al poco tiempo hubieron de huir, merced al nutrido fuego de artillería y fusilería con que les recibieron los franceses. Cualquiera creeria que tras de tantos reveses hubieron de desistir, pues nada menos que eso y á la una de la mañana asaltaron á la vez ambos reductos con doble vigor que la vez primera: atravesaron algunos los fosos del en que estaba el general, y aun llegaron á penetrar en el interior de las trincheras donde encontraron la muerte. Se contaron alrededor de los reductos unos 85 cadáveres, entre los que los moros reconocieron uno que digeron ser el del cuñado del bey de Constantina.

Estas dos acciones no dejaron de hacer mella en la gente africana, y desde luego se moderaron sus ímpetus guerreros, pero si bien se abstuvieron de repetir los ataques grandes, no por eso dejaron de hacer alarde de sus fuerzas por todos los alrededores, sirviendo aquel descanso para que el general Damremont organizase su nueva administra-

cion en Bona. En el seno de un consejo de notables, indicó los medios de introducir las grandes mejoras en el régimen civil que poco antes habian prevalecido en tiempo de los turcos, pero por desgracia no pudieron cogerse los frutos de tan sábias disposiciones por el repentino llamamiento que en 18 de agosto se hizo al cuerpo espedicionario, mandando que regresase á Argel. Dejó el general con sentimiento los fieles habitantes de Bona por las muchas y repetidas pruebas que desde su llegada le habian dado de adhesion y confianza. Dejóles toda clase de municiones, algunos consejos para mejor defenderse de los árabes, y como complemento de este recíproco cambio de testimonios de aprecio, recibió de ellos la promesa de que se defenderían hasta lo último.

Fijemos ahora nuestra atencion sobre la espedicion de Orán. Llegó á aquella plaza Mr. Luis de Bourmont el 24 julio, con dos bricks para el bloqueo, *el Voltigeur y el Endymion*. Era el bey todavía dueño de aquel territorio, así como de los fuertes cercanos: 800 turcos quedaban adheridos á su causa, pero su autoridad no estaba reconocida en el esterior. Sabedores los árabes de las negociaciones del bey con el gefe del ejército francés, habíanse declarado contra él, sin atreverse sin embargo á acometer ninguna empresa hóstil en atencion á lo mucho que les imponia la artillería. Nada podia hacer mejor rendir á Hassan, que la falta de víveres y poco faltaba ya para este caso, cuando arribó la escuadra francesa; asi es que apenas pudo comunicarse con el *Dragon* dió á entender lo mucho que deseaba ser socorrido. Habia proyectado entregar Orán á los franceses con todas sus fortalezas y tropas pasando en seguida al Asia menor donde pudiera finalizar su larga carrera. El capitan del *Dragon* que se llamaba Blanc no juzgó necesario esperar el término de las negociaciones comenzadas para apoderarse de tan ventajosa posicion, sobre todo la de Mers-el-kebir ocupado como estaba tan solo por 60 turcos. Apenas hu-

bieron desaparecido los enviados del bey, desembarcó 110 hombres de las tripulaciones del *Voltigeur* y del *Endymion*, que dirigiéndose á buen paso hácia el fuerte, echaron abajo la débil puerta que le guardaba y enarbolaron la bandera.



CAPITULO XIV.

GOBIERNO DEL MARISCAL CLAUSEL Y DEL CONDE DAMREMONT.

(8 DE JULIO DE 1835.—22 DE OCTUBRE 1837.)

El mariscal Clausel llega á Africa.—Espedicion de Mascara.—Parte que toma en ella el duque de Orleans.—Espedicion de Tlemecen.—El general Bugeaud, llega á Orán.—Combate de la Sikack.—Primera espedicion de Constantina.—El duque de Nemours asiste á ella.—Primeros ataques.—Retirada.—El comandante Changarnier y el 2.º de ligeros.—Gobernador general.—Vuelta del general Bugeaud á Orán.—Tratado del Tafna.—Segunda espedicion de Costantina.—El sitio.—Muerte del conde Damremont.—Le sucede el general Valie.—Asalto y toma de Costantina.

El desastre de la Macta resonó sombríamente en todos los ángulos de Francia, donde se indignaban de que se hubiese visto obligado un valiente general á combatir con dos mil quinientos hombres contra el único enemigo de los franceses en Argelia, para defender su honor, mientras el gobernador general tenia á sus órdenes veinticinco mil; y sobre todo se indignaban, mas de que despues de tantos sacrificios hubiese adelantado, tan poco su dominacion. Quince meses de guerra equívoca en el Oeste, habian separado de los franceses á las poblaciones del centro, y un solo revés

animaba á sus mas miserables adversarios. Poi todas partes se despertaba el fanatismo y acogian con entusiasmo á Abd-el-Kader bajo el título de príncipe de los fieles (*Emir el mumenhin*) ó protector de la religion. Las ciudades y tribus desde Meca á Tlemecen parecia que solo á él querian reconocer por gefe; el mismo Blidah no temia á los franceses y aceptaba un hakeru enviado por aquel, y si bien Colea resistia todavia el ímpetu general, su aparente sumision provenia sobre todo de la cercanía amenazadora de Dueira y Maelma.

El ministerio, para sustraerse á estas quejas, demasiado fundadas por cierto, se decidió á dar una ruidosa reparacion á la opinion pública, y nombró gobernador general al mariscal Clausel: esto era decir que queria buscar al emir y vengar la derrota de la Macta. Entónces se volvieron todas las esperanzas hacia el hombre que habia dado tantas pruebas de su adhesion á la colonia, y el viage que hizo á Africa el mariscal, el año 1833 para estudiar y juzgar el estado del pais, inspiraba la mayor confianza á los colonos. Todos creian que esta vez agregaría á las admirables cualidades que habia mostrado en 1830, un sistema de administracion madurado por el estudio y la reflexion, y la poblacion de Argel salió en masa á recibir al gobernador y le saludó con unánimes aclamacionas á pesar de la epidemia que ya empezaba á hacer sus estragos. Sin embargo en Francia esta ovacion tan característica no hizo mas que suspender los ataques de los antagonistas á la colonizacion, hábiles siempre para aprovechar las menores circunstancias que pudiesen perjudicar su desarrollo, sirviéndoles esta vez el cólera de pretesto, para aplazar la espedicion contra Abd-el-Kader.

Hallóse por fin reunida en Orán á principios de Noviembre la mayor parte de la fuerza destinada á entrar en campaña, que se componia de el 12 y 47 de linea, el 2.° y 17 de ligeros, una compañía de minadores, tres de zapadores, ocho obuses y una batería de campaña. El mariscal debia dirigir en persona la operacion, llegó el 21 escoltado por



CABALLEROS ROJOS DE ABD-EL-KADER.

un batallon de zuavos y tres compañías escogidas, sacadas del 10 de ligeros y el 13 y 65 de línea. Entre los oficiales generales que le acompañaban, se distinguia sobre todos al duque de Orleans que, sensible tambien al revés de la Macta, quiso tomar parte en la espedicion que tenia por objeto vengarle.

El ejército, compuesto de once mil hombres salió de Orán el 25 de noviembre siendo su destino dirigirse á Mascara, capital del emir, echar de ella á sus partidarios y proclamar un bey vasallo de Francia. Aunque la estacion estaba muy avanzada para abrir una campaña, el sol, por una inaudita felicidad hizo sentir bastantes dias sus rayos bien hechores y los franceses atravesaron llanuras, selvas y gargantas de montañas sin encontrar al enemigo, ó al menos sin que este los inquietase. El tiempo estaba hermosísimo y el ejército bien provisto de víveres y municiones, solo esperaba combatir.

Tropezó por fin con la caballería del emir el 1.º de diciembre en las pendientes del Atlas que bordean el Sig y despues de una obstinada lucha quedó su campamento en poder de los franceses. La jornada del 3 fué mas viva todavia: el ejército atravesó el Sig por un puente de caballetes, y se lanzó á carrera al bosque de Habran, donde estaban los árabes, empezando un combate cuerpo á cuerpo, en que se distinguió el duque de Orleans por su intrepidez. La accion que se comenzó al rayar el alba, se prolongó hasta el medio dia en que el mariscal mandó egecutar un cambio de direccion á la derecha para dirigirse á las montañas. La artillería apoyada por la infantería y dirigida por el duque de Orleans, tomó posicion en seguida en un repecho mas elevado, que dominaba el valle de separacion entre las montañas, haciendo sufrir grandes pérdidas al enemigo desde aquel terreno que era favorable al tiro de rebote. Esta maniobra tan atrevida como vigorosamente egecutada alejó á la caballería árabe y permitió al ejército que volviese á emprender tran-

quilamente su marcha. Sin embargo en la altura de los cuatro marabuts de Sidi-Embarack, encontró el ejército un profundo barranco que atraviesa el valle donde iba á empeñarse la accion, y fué recibido en él con un fuego de mosquetería muy vivo, acompañado de horrible gritería: era la infantería de Abd-el-Kader que, emboscada á orillas del barranco, le anunciaba su presencia. Algunos cañones colocados en el primer repecho de la derecha, apoyaban este ataque súbito, mientras que en la izquierda atacaban por el flanco con un fuego muy nutrido y mas mortífero.

Esta posicion formidable, no intimidó á los franceses. Ver al enemigo lanzarse á la carrera, y atacarle á la bayoneta fué obra de un instante siguiendo una sangrienta confusion. Los franceses vencieron en la izquierda, donde lograron apagar la artillería árabe; pero sufrian á su derecha la resistencia mas obstinada. Viendo el príncipe real, que no producia resultado, le envió algunos obuses, confiado en su valor abrazó el partido de ganar á viva fuerza el paso: entonces dirigió á los bosques en guerrillas, la tercera compañía del 17 de ligeros, mientras que él mismo, á la cabeza de dos compañias de los batallones de Africa marchaba intrépidamente sobre el enemigo que le esperaba á pie firme: las tropas árabes regulares, opusieron sus bayonetas á las de los franceses y su valor y destreza, al valor y destreza de estos; pero al fin cedieron á la superioridad de táctica, perdieron terreno, y huyeron con direccion al desierto.

Al dia siguiente de esta brillante accion, las cuatro brigadas atravesaron el Habrach por un puente de caballetes, y se pusieron en marcha bajo el mismo órden que la víspera. Despues de seguir algun tiempo la direccion al Este, el mariscal mandó volver bruscamente á la derecha, entró en las montañas y tomó el camino de Mascara. Este camino perfectamente trazado y liso en ciertos sitios, hállase cortado en otros puntos por profundos y escarpados barrancos. El ejército se introdujo en él y vivaqueó en Ain-Kebira sin



Abd-El-Kader.

que nadie le inquietase. El 6 continuó su marcha por la aldea de El-Bordj y pensaba que seria atacado en la jornada; pero solo encontró á un judío de Mascara que dijo al mariscal habia sido abandonada la ciudad por Abd-el-Kader y la poblacion musulmana, y que solo quedaban los judíos. A esta nueva, hizo el mariscal redoblar el paso á los auxiliares, zmelas y duares, y él mismo siguió á corta distancia á esta vanguardia. Asi llegó el cuartel general casi solo á Mascara al cerrar la noche, no juntándose á él las brigadas hasta dos horas despues. El estado mayor, zuavos, artillería y algunas compañías se establecieron en la ciudad y el resto ocupó los arrabales. El mariscal y el príncipe se alojaron en la misma casa de Abd-el-Kader.

Abd-el-Kader hizo á su advenimiento de Mascara su capital y plaza de armas; se levantaron talleres de todas clases, y acudieron á ellos gran número de obreros. Antes de retirarse cediendo á los franceses, mandó que destruyesen todo; mas sin embargo, se hallaron todavía en los almacenes provisiones considerables; los jardines que rodean la ciudad, proporcionaron legumbres en abundancia, y los aldeanos árabes llevaron desde el dia siguiente vacas y carneros: Abd-el-Kader, desconcertado por dos derrotas sucesivas, no pensó ni aun en defender á Mascara, y se retiró apresuradamente con la poblacion fugitiva á Cachero, que está tres leguas al Sud. El general Clausel á su vez, no supo aprovecharse del pánico que la repentina llegada de los franceses á la capital del emir, esparció entre sus adictos y despues de una rápida inspeccion de la plaza, ordenó la retirada, sin ocuparse de la investidura del bey Ibraim que parecia fué su principal objeto. Si hubiese permanecido allí, hubiese recibido las diputaciones de gran número de tribus que decian estaban descontentas del emir entonces que le veian vencido, y tratando con ellas, las hubiese reunido al rededor de Ibraim; pero su política habia cambiado repentinamente y la salida se ejecutó el 9 de diciem-

bre. Apenas se puso en marcha el ejército, cuando un vasto incendio devoró las construcciones y materiales que el emir no tuvo tiempo de derribar y dispersar. Espesos torbellinos de humo le rodearon durante muchas horas como para acusarle del acto de barbarie que acababa de ejecutar, espiacion que hacian mas punzante todavía los gritos de los infelices judios que á la fuerza abandonaban la ciudad. El 12 llegó á Mostaganan sin haber tenido otro obstáculo que vencer sino el lodo y la lluvia. A consecuencia de la humedad de las noches pasadas en el vivac, le dió al príncipe una de esas ardientes calenturas que destruyen al individuo con tanta rapidez, y salió el 18 de Africa, dando conmovedores adioses á sus compañeros de armas.

La toma de Mascara acababa de destruir el prestigio que pareció rodear al emir hasta entonces, y separó de su partido algunos hombres influyentes, sobre todo á su agá El-Mezary sobrino de Mustafá-Ben-Ismael. El Mezary quiso servir como califa (lugar teniente) bajo el gobierno del cadí Ibraim, instituido bey del distrito de Mostaganan, cuya capital se volvió á poblar y renovó sus relaciones con las tribus cercanas. Los árabes reunidos se afirmaron en su adhesion y los compañeros que se habian separado de ellos, fueron á ponerse al servicio de la misma causa.

Abd-el-Kader, aunque vencido, no estaba subyugado, y refugiándose en las tribus amigas, solo parecia esperar el momento de retirada de los franceses para reparar sus pérdidas: en efecto bien pronto avanzó hácia Hemcen con esperanza de paralizar por la toma de esta ciudad, el efecto moral que produjo la destruccion de Mascara. Habia llegado el momento para los franceses de prestar á los kuluglies el apoyo que hasta entonces los habia faltado; pero la necesidad de procurarse en el mismo país los medios de transporte en que no habia pensado el ministerio, ó mejor dicho, que habia negado, hizo que se perdiesen otras tres semanas, las cuales aprovechó el emir en derrotar á los

habitantes de Angad que acababan de declararse en favor de los franceses y avanzaban á Hemcen para hacer levantar el bloqueo del Mechnar.

El mariscal salió al fin de Orán el 8 de enero á la cabeza del mismo cuerpo que hizo con él la espedicion de Mascara; pero reducido á siete mil quinientos hombres, porque el ministerio habia tenido ya la precaucion de mandar volver á Francia un regimiento. Le acompañaban los generales Arlanges y Perregaux. El ejército hizo alto el dia de su partida en Bridja y el 9 á orillas del Ued-Malah ó Rio Salado en el mismo sitio en que mataron los españoles á Barbaroja I en 1517; el 10 llegó al Uad-Senan, y pasó allí la noche. El 11 vivaqueó en Ain-el-Bridja, donde se ven muchas ruinas romanas, y el 12 á orillas del Aamiguer, á dos horas de marcha de Hemcen. Abd-el-Kader á pesar de todos sus esfuerzos por sublevar á las tribus, no pudo reunir bastante tropa para esperar á los franceses; y se alejó de noche despues de haber persuadido para que le siguiese á toda la poblacion mora. Estos desgraciados se habian dejado convencer de que las tropas francesas no permanecerian en Hemcen mas de tres dias y que despues de una ausencia pasagera, volverian á entrar en sus hogares.

Los kuluglies del Mechnar recibieron á los franceses como á sus libertadores y no se hallaron en la ciudad mas que pobres judios, pues el resto de la poblacion estaba acampado dos leguas mas allá en la llanura de Auchba. El mariscal dispuso que persiguiesen al enemigo en retirada dos brigadas, á las cuales añadió los turcos y kuluglies de Mustafá-Ben-Ismael, cuatrocientos ginetes duares y zmelas mandadas por El-Mezary y otros cuatrocientos del desierto de Angad, nuevos auxiliares que habia llevado á las filas francesas el odio que tenian á Abd-el-Kader. El emir abandonó su campo y bagages para libertarse una vez mas por medio de la fuga, de una persecucion tan activa; sin embargo, los auxiliares musulmanes alcanzaron á su infantería

y la pusieron en completa derrota; su caballería fué la primera que se debilitó de modo que estuvo siempre fuera de combate: el mismo gefe, vivamente perseguido por algunos indígenas, debió su salvacion á la velocidad de su caballo y fué á pedir asilo á los Beni-Amer seguido de cinco ó seis oficiales principales.

Ben-Nuna, antiguo cadí de Hemcen se habia refugiado con un buen número de moros en las montañas de Beni-Ismael entre los kabilas que habitan la orilla izquierda del Tafna. Asi intentó organizar nuevas legiones; pero perseguido activamente, concluyó por abandonar esta posicion. El 17 entraron en Hemcen los franceses llevando consigo dos mil individuos de todos sexos y edades, entre los cuales se contaban en verdad mas muchachos que hombres.

El ejército habia recorrido constantemente desde que salió de Orán un país triste y monótono, de modo que se sorprendió agradablemente con el delicioso aspecto de las cercanías de Hemcen, pues la vegetacion no se presenta en ninguna parte de la regencia con tanta fuerza y frescura. La ciudad está abrigada al sud por el *Djibel*, *Tierné* y el *Haniff* que se elevan ó mas de seiscientos metros sobre el nivel del agua; el obstáculo que oponen estas montañas al viento del desierto y la elevacion de la llanura modifican la temperatura del clima y mantienen una salubridad constante.

El mariscal se dirigió con el grueso del ejército al Tafna, donde queria establecer una comunicacion entre Hemcen y la isla de Harogun, situada en la embocadura de este rio.

Abd-el-Kader resolvió impedir este reconocimiento, pues ya se habian reunido á su bandera nuevos contingentes, y esperaba tomar una brillante revancha; pero las orillas del Tafna le fueron tan funestas como las del Sig. Dos veces quiso medir sus fuerzas con los franceses y dos veces fué batido. El general, no obstante esto, juzgó que con tan

poca gente era imposible la ejecucion de su proyecto, y se contentó con esplorar las cercanías del Tafna, volviéndose luego á Hemcen.

Allí le esperaban violentas recriminaciones contra los recaudadores de la contribucion de guerra, que habian empleado sucesivamente el apaleo, la prision y las amenazas de muerte. En vano habian despachado los habitantes dos emisarios para esponer al conde Clausel su situacion, pues no habian obtenido ninguna respuesta. Cuando llegó á la ciudad, se vió obligado á examinar atentamente sus reclamaciones: estos desgraciados habian entregado sus alhajas, vendido sus muebles, y grabado sus propiedades, y sin embargo la contribucion no habia producido mas que 94,000 francos. A fin de detener el curso de tan vergonzosas malversaciones, se suspendió el cobro de contribuciones de guerra, y aun se acabó por abandonarle del todo. Este suceso fué singularmente esplotado en Francia por la exageracion de los partidos políticos y las enemistades personales: pero aquí bastará decir que el mariscal Clausel, separándose de las reglas trazadas por la ley militar para la leva de contribuciones, se puso á tiro de los ataques de sus adversarios. Sus *esplicaciones* han servido solo para demostrar las irregularidades de la forma de percepcion adoptada.

El mariscal, despues de haber consagrado algunos dias á este deplorable incidente, instituyó un nuevo bey en Hemcen, envió provisiones al Mechuar, y confió al intrépido capitan Cavaignac el mando de un batallon que dejaba allí, tanto para mantener el órden entre los habitantes, como para rechazar al enemigo. El cuerpo espedicionario volvió á tomar el camino de Orán el 7 de febrero. Esta partida precipitada era una nueva falta, pues hubiese sido necesario asegurar desde luego la alianza de las tribus vecinas á Hemcen, y los beni-oznid los krossel, y Hussan habian ofrecido á los franceses su concurso así como las gentes de Angad; pero unos y otros fueron torpemente rechazados.

En cuanto supo Abd-el-Kader el movimiento de retirada de los franceses, se dirigió á sus columnas con fuerzas tan considerables como los dias anteriores, y las encontró en los manantiales del Ued-el-Malah (rio Salado); pero sus cuatro mil caballos no intentaron ni aun oponerse á su paso, y el ejército entró en en sus cuarteles sin haber sido inquietado de nuevo. El mariscal volvió á Argel á fines de febrero; habia estado ausente tres meses.

La provincia de Bona continuaba en paz; pero se observaba atentamente la conducta de Ahmed á fin de prevenir que volviesen sus agresiones sobre Bona y Bugía: habiánse tomado medidas para impedir el arribo de armas y municiones de guerra, compradas por él en Livorna, y su impotencia era mayor todavía por el estado de hostilidad de gran número de tribus.

Las dificultades de la situacion condugeron á que se esaminase de nuevo en Francia si las causas que habian motivado la ocupacion de la Argelia eran de tal naturaleza que la hiciesen proseguir, ó si se podria continuar en adelante bajo otro sistema, empleando fuezas menos considerables, ó diferentes medios. El ministerio temió las disposiciones de la cámara de diputados acerca de la cuestion de Africa, y pensó que nadie podria defenderla mejor que el gobernador general por lo cual se decidió á llamar al general Clausel á París.

El mariscal preparaba en esta época una espedicion al Atlas, y se vió obligado á dilatar la partida. El objeto de la espedicion era consolidar el poder de Mohamed-ben-Husen que habia logrado al fin darse á reconocer en Medeah; pero fué infrutuosa, pues prevalecia en todas las tribus la infuencia de Hadj-el-Sghyr, y los franceses no pudieron atraer ninguno á su causa. Mohamed hubiera necesitado una guarnicion francesa para sostenerse, pero el ejército estaba demasiado debilitado para destacar ni un solo batallon; de modo que se contentaron con dejarle seiscientos fusiles y sesenta

mil cartuchos. El cuerpo espedicionario se replegó á Argel despues de haber tenido trescientos hombres fuera de combate tanto por la fatiga, como por la emboscada de los árabes y kabilas. En fin el conde Clausel salió de Africa el 14 de Abril, dejando el mando al teniente general Rapatel, hombre de guerra, inteligente y lleno de valor; pero demasiado confiado en la espontaneidad de sus inspiraciones.

En la provincia de Orán los zmelas atacados por los garabas que eran mas numerosos, habian ido á buscar refugio bajo el cañon de la plaza en que el mariscal dejó al general Perregano á la cabeza de una columna volante encargado de vigilar á las tribus enemigas y proteger á las que se habian sometido. El general Perregano salió de Orán con cinco mil hombres sorprendió en sus tiendas á los garabas y los castigó severamente: despues se dirigió al Habrah y al valle del Schelif. Durante este largo reconocimiento recibió la sumision de aquellas tribus, homenage que rara vez rehusaban á la fuerza; pero la pronta llamada de gran parte de las tropas que componian la division de Orán, no permitió sacar una utilidad real de esta correría tan fácilmente hecha en pais enemigo, y bien pronto se vieron los franceses reducidos á mantenerse en la defensa.

El gobernador general habia creido conveniente establecer un campamento en la embocadura del Tafna, con objeto de proporcionar á la guarnicion francesa de Hemcen comunicaciones mas prontas con el mar: el general Arlanges pasó allí con tres mil hombres para proteger las obras, y tuvo que sostener antes de su llegada un combate en que causó fuertes pérdidas al enemigo. Los trabajos se empezaron con ardor é hicieron rápidos progresos. En el momento de volver á tomar el camino de Hemcen, cuya guarnicion esperaba impaciente su regreso, supo el general que un grupo considerable, compuesto en su mayor parte de marroquíes, á las órdenes de Abd-el-Kader, se disponia á disputarle el paso; y juzgó prudente ir á reconocer al enemi-

go. Encontróle á dos leguas del campo, en número de diez mil hombres por lo menos; las tropas francesas asaltadas con furor poco comun, opusieron una heróica resistencia; pero fueron heridos el mismo general, el teniente coronel Maussion, su gefe de estado mayor y el capitan Lagondie su ayudante. La retaguardia que se habia quedado un tanto separada de la columna principal, no pudo salir del conflicto, sino haciendo prodigios de valor; por fin, á la una consiguió felizmente la division volverse á entrar en el campo, no sin haber perdido mas de trescientos hombres. Las pérdidas del emir, fueron tambien considerables; pero habia conseguido sin disputa una victoria, puesto que consiguió encerrar al ejército en su campamento, donde le tuvo estrechamente bloqueado.

En tan molesta situacion, no podia el general Arlanges ni comunicarse con Hemcen, ni volverse por tierra á Orán; los soldados carecian de víveres, los caballos de forrages, y de ninguna parte se podian esperar auxilios inmediatos. Escribió á Argel; pero la posicion de los franceses no era allí mejor; pues los hadjutas, aprovechando la escasez de fuerza de las tropas, salian por todos lados: llegaron á sorprender á los colonos de Dely-Ibraim, matando algunos y robando sus caballerías; se apoderaron del rebaño de la administracion, en Duera, y penetraron hasta Budjareah; finalmente varios soldados franceses cayeron bajo sus golpes entre el fuerte del Emperador y Dely-Ibraim, y se robó ganado en la punta Pescada. Nunca, desde los primeros tiempos de la ocupacion, habian llevado los indígenas sus incursiones tan cerca de Argel. El general Rapatel, no pudiendo socorrer eficazmente á la division de Orán, se limitó á enviar un batallon del 63.

Cuando se supo en Francia la posicion crítica de las tropas en el Tafna, nada se descuidó para sacarlas prontamente de ella. Se encargó esta honrosa mision, al 23, 24 y 62 de línea, bajo las órdenes del general Bugeaud y se

embarcaron en Port-Vendre, en los buques *Nestor*, *Ciudad de Marsella* y *Escipion*.

El general Bugeaud llegó el 6 de junio al campamento del Tafna, al frente de seis mil hombres y empezó por recorrer el país en varias direcciones. Fué sucesivamente á Orán á Hemcen, dejando guarnicion de refresco, y entró en el campamento despues de encontrar y batir dos veces al enemigo. En otra nueva marcha que hizo á Hemcen, (6 de julio) se vió atacado en el paso de la Sickack por Abd-el Kader que se le presentó con unos siete mil hombres, entre ellos mil ó mil doscientos de infantería regular. Aprovechando el momento de desembocar el ejército en el valle de Sefsif, quiso el emir rodearle y atacar á un tiempo por el frente y por la espalda; pero mientras operaba aquel doble movimiento, los batallones franceses rompieron su centro y le separaron de las alas; mediante esta hábil maniobra, sus gentes fueron precipitadas en una especie de embudo que forman las sinuosidades del Iser, y puestas en completa derrota. En el campo quedaron mil doscientos á mil quinientos árabes y kabilas y prisioneros ciento treinta hombres de la infantería regular. Esta batalla fué sin duda el golpe mas sensible que se habia dado hasta entonces á Abd-el-Kader; su influencia se rebajó en muchas tribus, le faltó el dinero, y si no hubiese recibido algunos auxilios de Marruecos, se hubiera encontrado en la mayor penuría. Volvióse precipitadamente á su capital Mascara; pero no creyéndose aun allí en completa seguridad, formó el proyecto de centralizar sus fuerzas y sus recursos en Tekedan, antigua ciudad romana situada á ochenta kilómetros mas allá.

A fines de julio, el general Bugeaud dejó la Argelia, y recibió muy poco despues el despacho de teniente general.

Ningun otro acontecimiento importante se señaló por la parte de Orán.

El general Clausel llegó á Argel á fines de agosto; ya sus lugartenientes, instruidos de su proyecto, habian concluido importantes trabajos y llevado á efecto varios movimientos estratégicos para preparar el triunfo, cuando repentinamente (8 de setiembre) vino de Francia un ayudante suyo, M. de Rancé, con la noticia de haber caido el gabinete en que era presidente M. Thiers. Poco despues se supo que el mariscal Maison, ministro de la guerra, que habia acogido favorablemente su plan de espedicion, habia sido reemplazado por el teniente general Bernard, carácter frio, calculador, reservado en sus actos y partidario del principio de no dejar nada á la casualidad.

El nuevo ministerio menos entusiasta que su antecesor, creyó debia diferir el envio de los refuerzos prometidos, y aun discutió con el conde Clausel el mérito de sus planes de campaña.

La concentracion de las tropas destinadas á la espedicion de Constantina, debia tener lugar en Bona que no dista de aquella, mas que cuarenta leguas. Allí dirigió Francia todos los refuerzos que el ministerio queria poner á disposicion del mariscal y allí tambien era donde habia prometido Yussuf reunir medios de trasporte y víveres. Hacia fines de Octubre se sucedieron rápidamente las arribadas y todos los dias desembarcaban nuevas tropas, provisiones ó material. El duque de Nemours, llegó el 29, y el 1.° de Noviembre tomó el mando superior el conde Clausel.

El primer cuidado del mariscal fué dar parte á Yussuf, pero cual fué su sorpresa, cuando supo que no habia podido realizar mas que una pequeña parte de las esperanzas que este le habia hecho concebir: los víveres se le concluian, y sus medios de trasporte, que debian ser considerables, hallabanse reducidos á cuatrocientos setenta y cinco mulos de carga; en cambio confiaba mucho en el concurso de las tribus que le habian prometido facilitar nuestra marcha. A esta decepcion vino á añadirse otra no menos cruel cual era

los estragos producidos por las enfermedades en esta aglomeracion de hombres mal alojados, sin leña y sin muebles de cuartel. Desde principio de noviembre, se contaban dos mil enfermos en los hospitales. Este contratiempo no detuvo un solo momento al mariscal, y apenas se organizaron los servicios de marcha y del material, dió la señal de partida.

Siete mil cuatrocientos diez hombres de tropas francesas y mil trescientos cincuenta y seis turcos é indígenas, componian el ejército. El ánimo se sorprende al pensar que en esta espedicion, cuyo principal obgeto era un sitio, la artillería no tenia mas que seis piezas de campaña, del calibre de á 8, y diez obuses de montaña: y todavia no se habian provisto mas que de cien tiros. En el parque habia piezas de á 12, pero no las quiso llevar el mariscal, por parecerle demasiado pesadas.

Todas estas fuerzas fueron divididas en cinco brigadas pequeñas: la primera brigada salió de Bona el 8 de Noviembre, y se dirigió al campo de Drean; del 9 al 12, efectuaron sucesivamente su movimiento las otras cuatro y el 15 se halló reunida la armada en Ghelma la antigua *Calama* de los romanos.

En medio de estas ruinas, se estableció un campo atrincherado, que despues se ha convertido en un puesto militar de bastante importancia. El 21 tomó posicion todo el cuerpo bajo los muros de Constantina. Estos ocho dias de marcha, fueron de los mas penosos: los caminos estaban llenos de barrancos, ó rotos por las lluvias y los arroyos convertidos en torrentes: el invierno que hasta entonces habia sido asaz, templado en Africa, anunciábase entonces con inusitados rigores: todos los dias un frio húmedo y vivo cercenaba el número de combatientes y todos los dias se veian tambien disminuir los medios materiales de egecucion. Despues de increibles fatigas y de inauditos sufrimientos llegaron debilitados con un material de guerra y provisiones insuficientes ó averiados, y contando en cierto modo, con el valor de

nuestros soldados y la fortuna de la Francia, mas bien que con fuerzas efectivas.

Cuando hubieron trepado á las alturas del Mansura el mariscal buscaba con la vista á las diputaciones que, segun los asertos de Yussuf, debian salirle al encuentro ya fuese para ofrecerle la sumision de las tribus ó ya para entregarle las llaves de Constantina; pero el fuego de una batería vino á disipar tan engañosa ilusion.

Esta súbita esplosion inauguraba el drama cuyas peripecias van á desarrollarse ante nuestra vista.

Constantina esta situada sobre una llanura que rodea por tres lados, el Ued-el-Rummel, barranco sumamente profundo y de orillas escarpadas y aun á veces verticales. Esta llanura esta unida por el lado del Sud, y por medio del istmo Cudiat Aty á las colinas de la orilla izquierda del Rummel en su ángulo N. E. hay sobre el rio un puente gigante de arcos sobrepuesto, obra de los romanos, restaurado últimamente por ingenieros españoles. Este puente une la villa á la llanura del Mansura en que desembarcaban los franceses, de suerte que las cabezas de columnas podian verse desde todos los barrios á la vez. Al triste silencio que causó su aparicion sucedieron voces en coro que elevaban al cielo una magestuosa plegaria y una bandera roja izada sobre la Kasbah, fué saludada por dos cañonazos; preludio que anunciaba una obstinada resistencia. La defensa estaba confiada á los turcos ó kuluglies y á los kabilas bajo las órdenes de Ben-Aissa, uno de los mas sólidos apoyos del bey, las tropas árabes y los contingentes de las tribus que nunca se baten tras los muros, estaban fuera de las fortificaciones dis-dispuestas á el ataque por retaguardia durante las operaciones del sitio: Ahmed-Bey en persona los mandaba.

Tiene Constantina cuatro puertas, de las cuales tres miran al Sud-Oeste: en la primera, llamada Bab-el-Djedid viene á terminar el camino de Argel: la del centro se llama Bab-el-Ued: la tercera, El-Babbia, comunica con

el Rummel: estas tres puertas están enlazadas por una antigua muralla de nueve á diez metros de alta Para llegar á la cuarta llamada de El-Cántara hay que atravesar un puente del mismo nombre: está en el ángulo N. E. de la villa que hace frente al valle comprendido entre el monte Mansura y el Mecid.

Así pues se ofrecian dos puntos de ataque: el uno por Cudiat-Aty dominando una puerta á que se llega fácilmente: el otro por Mansura, tomando la plaza por el lado de abajo, que estaba dominado por los sitiados. Evidentemente el primero era preferible: así cuando las tropas se hubieron reunido en Mansura, envió el mariscal á la brigada de Bigny para que se apoderase de ella; pero el terreno era tan malo y el paso de el Ued-Rummel tan difícil, que fué imposible transportar las piezas de á 8; por lo cual se halló reducido el general á sus obuses de montaña, arma demasiado débil para batir fortificaciones. Su vanguardia fué rechazada al principio por una masa de árabes que defendian la llanura; pero atacados vivamente á la bayoneta por los cazadores de Africa cedieron el terreno y entraron en la ciudad.

El dia 22 mandó cañonear el general la puerta de El-Cántara desde una distancia de cuatrocientos metros. No teniendo ya víveres, y quedando pocas municiones confiaba mas en un golpe de mano que en un ataque regular; y despues de haber destrozado la puerta á cañonazos, esperaba que los ingenieros la concluirian de abrir. Por la tarde estando ya casi destruidos la galería de almenas y los pies derechos, se deslizó el capitan Hackett á favor de las tinieblas seguido de algunos hombres escogidos hasta el centro de las obras atacadas, donde sufrió una descarga mortífera. La puerta estaba medio caida; pero habia detrás otra completamente intacta y que era preciso destruir por medio de un petardo. Esta operacion que exigía algunos preparativos fué diferida para el dia siguiente.

El 23 empezaron á hacer fuego las baterías del Mansura

contra la puerta de El-Cántara; pero tuvieron que suspenderle hacia el centro del dia para dar la cara á un ataque que los árabes acampados fuera de la villa dirigian simultáneamente. Cudiat-Aty y Mansura, las brillantes cargas de la caballería, y los tiros de rebote de los obuses franceses, dispersaron sin gran trabajo aquellas hordas tumultuosas. Por la noche cuando ya casi estaban agotadas las provisiones se dispusieron los ingenieros á hacer saltar las dos puertas. Los zapadores á quienes se habia confiado esta operacion avanzan intrépidamente por el puente; pero un rayo de luna los descubre al enemigo, que los recibe con un fuego de mosquetería á quema ropa, dejando tendidos á algunos. El general Trezel, encargado de apoyarlos con los destacamentos del 59 y 60 de línea, avanza entonces y tambien es recibido con una vigorosa descarga de fusilería. Amontonados en este estrecho paso, reciben los franceses, sin perder una, todas las balas del enemigo; el mismo general cae gravemente herido y esparcese entre ellos el desorden: no encuentran á los ingenieros encargados de las minas ni á los que llevaban los distintos instrumentos de zapa; tan mortífero es el fuego. En medio de esta confusion de hombres que pertenecian á dos armas diferentes, reina una vacilacion, tanto mas dolorosa cuanto que la herida del general Trezel le ha obligado á retirarse. El coronel Heckct del 63, le sucede, y reconociendo la imposibilidad de continuar el ataque manda que se retiren.

Con objeto de distraer la atencion del enemigo, habia dispuesto el mariscal un contra ataque sobre Cudiat-Aty en donde se trataba igualmente de derribar una de las puertas que dán á la llanura, operacion cometida al teniente coronel Duvivier. Lo mismo que en Mansura los minadores encargados de los hornillos caen heridos por las balas del enemigo, y cubren con sus cadáveres los sacos de pólvora. El batallon de Africa, que debia protegerlos, avanza con tanta precipitacion á su socorro que aumenta el tumulto.

Intentóse derribar la puerta con tiros de obús, y despues con el hacha, hasta que en fin Duvivier viendo que pierde mucha gente, órdena la retirada. Allí perdieron la vida el capitan de ingenieros Grand y el comandante Richepanse, hijo del ilustre general republicano del mismo nombre, que hacia la guerra en calidad de voluntario.

Habiendo salido mal los dos ataques, faltando del todo los víveres y estando reducidas las municiones de artillería á quince kilógramos de pólvora, se resignó el mariscal á ordenar la retirada. «Cuatro horas mas delante de la ciudad »enemiga, han dicho algunos oficiales, partidarios del conde »Clausel, y hubiera entrado vencedor; porque ya los habitan»tes estaban organizando la diputacion que debia entregarle »las llaves. Cuatro horas mas y por la centésima vez de su »vida hubiese sido proclamado un gran capitan». Sea por lo que fuese, el movimiento retrógrado empezó con una deplorable precipitacion; el material que no se pudo llevar fué destruido, se tiraron á los barrancos las tiendas, los bagages, los cajones de artillería, y lo que es aun mas horroroso hasta se abandonaron carros cargados de heridos. La brigada de Rigny recibió desde luego la órden de volver á la llanura del Mansura, á donde llegó el primero el general con los cazadores de Africa. Pero por desgracia se habian quedado olvidadas muchas avanzadas en Cudiat-Aty, donde tambien habia algunos bagages; el comandante Changarnier del 2.° de ligeros, volvió atrás para retirarlos y libertarlos de una muerte cierta; asi es como inauguraba este valiente oficial una jornada que tan gloriosa debia ser para él. En fin, á las ocho se dió la señal de partida por el general: los spahis abren la marcha; el 17 de ligeros los sigue, y el convoy flanqueado por el 59 y el 62 toma en órden el camino que ya habia seguido, en tanto que el 63 en columna cerrada contiene á los enemigos, que en gran número, habian salido por la puerta de El-Cántara. En fin, el ejército avanzó lentamente en medio del fuego graneado de los soldados de

Ahmed, conteniendo á estos por medio de sus tiradores y poniéndoles en fuga cuando los hizo cara un batallon.

En uno de estos momentos en que se hallaba rodeado por un enemigo implacable, superior en número y exaltado por la victoria, le sacó del peligro la bravura y sangre fria de Changarnier, gefe de batallon. Llegado á Mansura en el instante en que el 63 emprendia su marcha, el 2.° de ligeros, reducido á poco menos de trescientos hombres, se hallaba solo para formar la última retaguardia y cargar con la responsabilidad de los carros atascados de heridos. Al divisar tan débil puñado de hombres, decídense los árabes á cargar á fondo y destruyen y acuchillan en parte á la línea de tiradores; pero el comandante Changarnier comprende la intencion, reune su tropa á la carrera, hace que formen cuadro y espera á pié firme. «Son seis mil, dice y vosotros »trescientos; la partida es pues igual. Mirádlos de frente y »apuntar bien.» Los soldados oyen la voz de su gefe; dejan llegar á estas bandas sanguinarias hasta un tiro de pistola y entonces las acogen con un fuego de dos filas de los mas mortíferos. Renunciando los árabes á la esperanza de dispersar á esta tropa heróica, vuelven á adoptar su sistema de escaramuzas, contenidas siempre á bastante distancia por el batallon Changarnier, el 63 de línea y algunos escuadrones de cazadores.

Aunque el órden de la marcha se restableció, la idea de una larga retirada, sin víveres, con pocas municiones y casi sin medios de transporte para los heridos, se presentaba espantosa á todos los ánimos. Felizmente la presencia del sol sobre el horizonte vino á reanimar los espíritus abatidos: el benéfico calor de sus rayos impidió que pereciese el ejército en los pantanos. Por eso los soldados saludaron al astro protector con una esclamacion de las mas singulares. «Por fin Mahoma, no está ya de semana, decian, y ahora empieza la de Jesucristo.» Los dias anteriores habian muerto muchos hombres de hambre y frio y tambien se

habian visto obligados á abandonar á los que ya no podian sostenerse: estos desgraciados se tendian en tierra y se cubrian la cabeza esperando el golpe que debia poner fin á sus sufrimientos. Estimulados con un premio de diez piastras por cada cabeza de francés, decapitaban á los muertos, á los moribundos y á los heridos.

La armada vivaqueó el 24 cerca de Soama en donde se hallan las ruinas de un monumento que algunos arqueólogos pretenden fué elevado en honor de Constantino; allí se descubrieron algunos silos, y el grano de que estaban llenos, fué una buena fortuna para los hambrientos soldados; unos le comieron crudo, y los que tuvieron la felicidad de procurarse fuego, hicieron galletas cocidas al rescoldo ó le comieron tostado. El 25 llegaron al Oued-Talaga, uno de los afluentes del Oued-Zéhati; los árabes no habian dejado de perseguirnos con encarnizamiento durante todo el dia. Al desfilar por Bou-Berda que Ahmed en persona ocupaba con su artillería, hubo un instante en que se pensó en un combate formal; pero una sola demostracion de nuestra infantería, hizo que el dey se retirara bien lejos de nuestro camino y tan solo algunas balas vinieron á morir al pié de las columnas francesas.

Por la tarde, en el crepúsculo, yendo el conde Clausel al paso de su caballo, se halló en medio de las tropas mas avanzadas. El general Rigny que mandaba la retaguardia, viendo á los grupos de árabes caracolear por los costados, temió ser atacado y envió apresuradamente la noticia al mariscal; pero bien pronto impaciente de no verle llegar se encaminó á su encuentro, profiriendo al paso palabras inconvenientes que las circunstancias hacian mas culpables todavía. «¿Dónde está el mariscal? no ha parecido ni á vanguardia cuando íbamos á Constantina ni á retaguardia desde la retirada... Marchamos en desórden...» El mariscal llegó al fin á recorrer el peligro que se le designaba, despues, hallando muy exagerados los temores de M. de

Rigny; volvió á la cabeza de la columna y creció su descontento al oir las inconsideradas espresiones pronunciadas por el general. En el primer movimiento de cólera, queria quitárle su mando; pero se contentó con reprender severamente su imprudente conducta en la órden del dia. «¡Honor á vuestro valor, soldados! habeis soportado con una constancia admirable los sufrimientos mas crueles de la guerra, solo uno ha mostrado debilidad; pero los demás han tenido el buen talento de hacer justicia á las imprudentes ó culpables espresiones que jamás debieron salir de su boca. Soldados, en cualquier ocasion que nos hallemos juntos, siempre os sacaré con honor; estad seguros de vuestro general en gefe.»

En efecto, ninguna retirada se ordenó con mas solicitud; no se abandonaba una posicion sino despues de haber ocupado alguna otra que la dominase de frente ó de costado; los árabes estaban contenidos por una línea de tiradores á los que apoyaban reservas prontas siempre á recogerlos. Por medio de estas precauciones no se interrumpió un solo instante la marcha del ejército y ganó una jornada en el trayecto de Constantina á Metjed-Amar. Los enfermos y heridos fueron objeto de los cuidados mas minuciosos; la mayor parte de los generales abandonaron sus cantinas para aumentar los medios de transporte; y viéronse tambien oficiales superiores conduciendo por la brida á sus caballos cargados con algun soldado herido, ó demasiado débil.

Al pasar por el Ghelma, dejó el mariscal un batallon y dió órdenes para aumentar las fortificaciones. Queria presentar este punto como de gran importancia con objeto de atenuar la pérdida que acababa de sufrir; debilidad bien perdonable por cierto á un viejo general habituado tanto tiempo al triunfo. El 29 vivaqueó el ejército en Mu-Elfa el 30 en el campo de Dreau: y al fin entró en Bona el 1.° de diciembre.

Los resultados de esta molesta espedicion fueron oscurecidos singularmente tanto por la malevolencia de los enemigos personales del mariscal, como por el ódio de los partidos contrarios al gobierno; y hasta se llegó á decir que los franceses habian perdido la mitad de su ejército y que la Francia debia renunciar á asentar su dominio en Africa. Debemos hoy hacer justicia de estas exageraciones y aun así será suficientemente triste la verdad. Durante aquellos diez y siete dias de una corta campaña, se habian perdido cuatrocientos cincuenta y siete hombres, de los cuales habian muerto en el campo á consecuencia de las heridas doscientos diez y nueve, ciento sesenta y cuatro por el frio, el hambre y la fatiga; y setenta y cuatro perdidos, es decir, que habian caido debilitados ó enfermos en el camino, y habian sido decapitados por los árabes. En un efectivo de ocho mil setecientos sesenta y seis hombres era aproximadamente la vigésima parte la que habia sucumbido bajo la influencia deletérea de las lluvias, de las heladas y en medio de las contínuas escaramuzas. «Ahora bien, dice el maris»cal en sus *esplicaciones* no hay un combate en que no sea mayor la proporcion entre la pérdida y el número de combatientes.» Esto es exacto; pero hay que añadir que los hospitales de Bona y Argel se vieron atestados de enfermos, «pereció tan gran número, dice el comandante Pelisier, »que bien se puede elevar la pérdida total de esta espedicion »hasta cerca de dos mil hombres.» Estas cifras tan dolorosamente espresivas, demuestran bastante que la verdadera causa de aquel mal resultado fué la imprevision. La época escogida y la insuficiencia de material y víveres debian conducirnos al desenlace que acabamos de presenciar. Para esperar otro, era preciso concebir unas estrañas ilusiones ó contar con un gran favor de la fortuna y sabido es que en Africa, mas que en otra parte alguna, no debe fiarse nunca un general en las eventualidades de la suerte.

El 4 de diciembre fué disuelto el ejército espediciona-

rio y los regimientos que le componian regresaron á sus respectivas divisiones, de donde fueron dirigidos á Francia. Algunos dias despues de su vuelta de Constantina, juzgó el mariscal conveniente irse á París con objeto de calmar con su presencia las ansiedades de la opinion pública y hallarse á tiempo de conjurar la tempestad que le amenazaba: mas no se le dió lugar, pues el 12 de febrero estaba ya nombrado para gobernador de la Argelia el teniente general Damremont.

Cuando llegó, el general Bugeaud hizo sondear al emir acerca de sus intenciones. Este, no desechaba la paz; pero viendo que el negociador no se hallaba aun en disposicion de abrir la campaña, respondió con palabras evasivas, y se fué á las orillas del Cheliff, en seguida á Milianah, y despues á Medeah, donde hizo prender á ochenta kuluglis de los mas influyentes, enviándolos prisioneros á Milianah. Queriendo crear embarazos al gobernador general para impedirle que se juntase con el general Bugeaud, se puso en relacion con la mayor parte de las tribus que habitan las provincias de Argel y de Títery, las excitó á la guerra y muchas de estas tribus asi como la ciudad de Blidah, no titubearon en enviarle diputaciones. Habiendo logrado así suscitar un gran número de enemigos, dejó Abd-el-Kader á su hermano el bey de Milianah, como tambien á sus demás agentes el cuidado de fomentar y mantener las hostilidades y volvió á la provincia de Orán, en que se hacia necesaria su presencia.

El general Bugeaud dió un manifiesto en que amenazaba á las tribus que se mostrasen hostiles á la Francia; pero aunque preparándose á la guerra, abria, como hemos dicho, negociaciones con Abd-el-Kader. Sea que el emir desconfiase de su antiguo agente el judío Ben-Durand, ó sea que quisiera aumentar la mala inteligencia que reinaba entre los dos generales, tomó de pronto el partido de empezar á hacer directamente proposiciones al conde Damre-

mont. Este respondió que no estaba lejos de acogerlas é informó al ministerio de las bases bajo las cuales pensaba poder tratar; estas encerraban á Abd-el-Kader en los límites del Cheliff. Viendo el general Bugeaud en esta nueva marcha una usurpacion de sus derechos, dirigió quejas bastante vivas al gobernador general, el cual creyéndose en el suyo, le respondió en el mismo tono; pero reconoció pronto su error y escribió al emir que en lo sucesivo debia entenderse con el general que mandaba la division de Orán, no reservándose mas que el derecho de sancion. Las pretensiones elevadas por Abd-el-Kader le parecieron tan exorbitantes al general Bugeaud que no tardaron en suspenderse las entrevistas, y este último á la cabeza de nueve mil hombres se dirigió á Hemcen, lo volvió á abastecer y despues á Tafna donde llegó el 23 de mayo sin haber cruzado mas que algunos tiros con los árabes.

Intimidado quizás con estos movimientos estratégicos, encargó el emir á Ben-Durand, que anunciase á su antagonista que estaba dispuesto á tratar con él, respecto á la provincia de Orán; en cuanto á las de Tittery y Argel se reservaba el entenderse con el gobernador general. M. Bugeaud que empezaba ya á sospechar de la buena fé del judio, cambió de mediador y empleó á Sidi-Hamadi-Ben-Scal adicto suyo. Este último volvió trayendo proposiciones que parecieron al general bastante ventajosas para conducir á un arreglo conveniente.

Tales fueron los primeros preliminares de un tratado que ha hecho caer sobre su autor quejas de varios géneros. Al ocuparnos aquí esclusivamente del documento oficial y de las clausulas auténticas, podemos asegurar que no obedeciendo mas que á su propio impulso, el general Bugeaud estendió los artículos sin tener para nada en cuenta las instrucciones que recibió de su gobierno: se le habia recomendado que mantuviese á Abd-el-Kader mas allá del Cheliff y él le cedió la provincia de Tittery: á su vez anun-

ciaba que el emir se sometería á pagar un tributo á la Francia en señal de vasallage y esta cláusula virtual fué borrada por Abd-el-Kader. Habituado á cargar mucho sobre su responsabilidad, pensó el general que el ministerio no se detendría en estos pormenores y creyó poder pasar adelante, y á fé que no se engañaba, porque antes de la conclusion definitiva, un despacho ministerial le autorizaba á abandonar la provincia de Tittery si lo juzgaba conveniente. Hé aquí el testo de este tratado desastroso.

Artículo 1.° El emir reconoce la soberanía de la Francia.

Art. 2.° La Francia se reserva en la provincia de Orán á Mostaganan, Mazagran y sus territorios, á Orán, á Arzeu y un territorio cuyos límites sean al Este, el rio de la Macta y la laguna de donde sale; al Sud, una línea que partiendo de la laguna arriba mencionada, pase por la orilla Sud del lago Segha y se prolongue hasta el Oued-Malad; (Rio Salado), en la direccion de Sidi-Said; y desde este rio hasta el mar: de manera que todo el terreno comprendido en este perímetro sea territorio francés.

En la provincia de Argel se reserva á Argel, á el Sahel y la llanura de Metidjah, limitada al Este, hasta la llanura del Oued-Kádra y *mas allá*; al Sud, por la primera cresta de la primera cadena del pequeño Atlas hasta la Chiffa, comprendiendo en él á Blidah y su territorio, y al Oeste, por la Chiffa hasta el recodo de Mazagran, y desde allí por una línea recta hasta el mar que encierre á Coleah y su territorio, de manera que todo el terreno comprendido en este perímetro sea territorio francés.

Art. 3.° El emir administrará la provincia de Orán, la de Tittery y la parte Oeste de la de Argel que no está comprendida en los límites indicados en el artículo 2.° No podrá penetrar en ninguna parte de la regencia.

Art. 4.° El emir no tendrá autoridad alguna sobre los musulmanes que quieran habitar en el territorio reservado

á la Francia: pero estos quedarán libres de ir á vivir al territorio administrado por el emir asi como los habitantes del territorio del emir, podrán venir á establecerse en el territorio francés.

ART. 5.° Los árabes que vivan en el territorio francés ejercerán libremente su religion. Podrán edificar mezquitas y seguir en todo su disciplina religiosa bajo la autoridad de sus gefes espirituales.

ART. 6.° El emir dará al ejército francés treinta mil fanegas (de Oriente), de trigo, otras tantas de cebada y cinco mil vacas. La entrega de estos géneros se hará en Orán por tercios: la primera tendrá lugar del 1.° al 15 de setiembre de 1837 y las otras de dos en dos meses.

ART. 7.° El emir comprará en Francia la pólvora, azufre y armas que necesite.

ART. 8.° los kuluglis que quieran quedarse en Hemcen ó en otra parte poseerán libremente sus propiedades y serán tratados como los Hadars.

Los que quieran retirarse al territorio francés podrán vender ó alquilar libremente sus propiedades.

Art. 9.° La Francia cede al emir á Harshgoun, Hemcen, el Mechouar y los cañones que antiguamente estaban en esta ciudadela. El emir se obliga á hacer trasportar á Orán todos los efectos y tambien las municiones de boca y guerra de la guarnicion de Hemcen.

ART. 10. El comercio será libre entre los árabes y los franceses, que podrán establecerse en uno ú otro territorio.

ART. 11. Los franceses serán respetados por los árabes, como los árabes por los franceses. Las quintas y propiedades que los súbditos franceses hayan adquirido ó adquieran en el territorio árabe, les serán garantizadas: las gozarán libremente y el emir se obliga á reembolsarles los perjuicios que los hagan sufrir los árabes.

ART. 12. Se entregarán recíprocamente los criminales de los dos territorios.

Art. 13. El emir se obliga á no conceder ningun punto del litoral á otra potencia cualquiera, sin autorizacion de la Francia.

Art. 14. El comercio de la regencia no podrá hacerse mas que en los puertos ocupados por la Francia.

Art. 15. La Francia podrá mantener agentes cerca del emir y en las ciudades sometidas á su administracion, para que sirvan de mediadores cerca de aquel á los súbditos franceses en las contestaciones comerciales ú otras que pudiese haber con los árabes. El emir gozará de la misma facultad en las ciudades y puertos franceses.

Tafna 30 de mayo de 1837.

El teniente general comandante de la provincia de Orán.

firmado: Bugeaud.

Sello de Abd-el-Kader *Sello del general Bugeaud.*

Despues de cangeadas las ratificaciones, hizo el general Bugeaud que propusiesen á Abd-el-Kader una entrevista para el siguiente dia por la mañana á tres leguas de las orillas del Tafna. Hallábase desde las nueve de la mañana en el sitio indicado, acompañado de seis batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y algunas piezas de campaña. Abd-el-Kader no estaba allí; verdad es que le separaban siete leguas del lugar de la cita, mientras que el general francés no tenia que andar mas que tres. Cinco horas pasaron sin que nadie se presentase; en fin, dos horas despues del mediodía, anunciaron unos caballeros árabes que se habia puesto malo el emir y que no habia podido salir de su campo sino muy tarde, que marchaba despacio y que quizás seria conveniente que avanzase un poco mas el general. Todas estas escusas satisfacian poco á M. Bugeaud; pero ya era tarde, y como no queria volver á su campo sin ha-

ber visto á Abd-el-Kader, avanzó mas lejos. Despues de haber pasado por valles y colinas, le halló rodeado de un número considerable de caballeros y un contingente de diez mil árabes. La entrevista fué corta y de poca ó ninguna importancia.

La noticia de las negociaciones con la Tafna, ocasionó en Francia un profundo sentimiento de repulsion; así fué que el ministerio se apresuró á protestar ante las cámaras, que el tratado no estaba aun ratificado, y que se introducirian en él importantes modificaciones. Sin embargo por una singular coincidencia, el dia mismo en que Mr. Molé hacía esta declaracion solemne, el telégrafo anunciaba al gobernador general, que el rey aprobaba el convenio. Semejante equivocacion (por que así la calificó Mr. Molé al formal *mentis* que le daba el telégrafo,) denota gran ligereza por parte del gabinete, ó bien un gran descuido respecto á los negocios de Africa. Basta en efecto echar una ojeada sobre el mapa de la antigua regencia, para ver cuan poco se habia mirado por los intereses de la Francia; acinados como se hallaban sus soldados al rededor de Orán y de Argel, Abd-el-Kader y Ahmed-Bey, eran los verdaderos dueños del pais. Las censuras contra el tratado y sobre todo contra el que lo firmó, fueron tanto mas enérgicas cuanto se conocian las antipatías del general Bugeaud respecto á la colonia; él mismo las habia confesado en alta voz desde la tribuna. Por todas partes decian, que si habia tenido con el emir tanta condescendencia, habia sido para mejor aniquilar nuestra dominacion.

El gabinete marchó adelante. Los gastos, cada vez mayores que traía consigo la ocupacion de la regencia, le asustaban, y creyó sin duda, que concediendo á Abd-el-Kader mas de lo que podia esperar, hallaría en él un aliado agradecido, pero solo consiguió prolongar la guerra. Apartemos la vista de esta obra desastrosa, y figémosla en el conde Damremont que comienza la espedicion de Constantina.

Queriendo conformarse el conde Damremont, con las

instrucciones que le mandaba el gabinete, hizo que marchase á Túnez, el capitan Foltz, edecan suyo: este oficial, harto versado en las formas de la diplomacia oriental, debia intentar por medios indirectos, ponerse en relacion con el Bey de Constantina, quien al propio tiempo llamaba á su lado á Mr. Busnach, rico negociante israelita de Bona. El gobernador general autorizó á este judío para que accediese á la invitacion del bey, y desde aquel momento se empezaron negociaciones bastante activas en apariencia, pero que no produjeron resultado alguno. Dando así largas, Amed se lisongeaba de hacer que se aplazase la espedicion para el siguiente año, y aprovechar la tregua para conseguir el auxilio de Túnez, y quizá tambien el de la Puerta Otomana. El general Damremont no se dejó coger en el lazo; resolvió con precision y pureza todos los incidentes suscitados por el bey, hasta tal punto, que apurado este, aun cuando sin querer aparentar un rompimiento, propuso condiciones. pero tales que hicieron considerar como no hecho cuanto se habia trabajado, y pensar solo en la guerra.

Esta vez, el ejército espedicionario se hizo subir á diez mil hombres con un material de guerra y asalto que constaba de ocho piezas de grueso calibre, seis obuses, tres morteros y municiones considerables. El mando de las brigadas se encomendó al duque de Nemours, á los generales Trezel, y Bulliere, y al coronel Combes: la direccion de la artillería se dió de nuevo al teniente general Valée, conocido por la mayor capacidad de su arma, y la de ingenieros al teniente general Rohault de Fleury, célebre en la suya respectiva.

El 1.° de octubre á las siete y media de la mañana, partieron de Medje Amar las dos primeras brigadas, mandadas por el duque de Nemours y el general Trezel, bajo bajo las inmediatas órdenes del conde Damremont, llevando con ellas el material de sitio. La brigada primera acampó en la cumbre de Raz-el-Akba, y la segunda descansó en la altura de las ruinas romanas de Ancena. Durante esta

jornada, cayó abundante lluvia, que imprimió en el ejército un profundo sentimiento de tristeza: acordábanse de lo mucho que habia contribuido la intemperie de la estacion á la derrota del mariscal Clausel, y así echaban involuntariamente una mirada inquieta hacia el porvenir: mas como el tiempo aclarase muy pronto, la alegría reapareció en los semblantes y la confianza renació en los corazones.

El 2, las tropas que acompañaban al cuartel general, llegaron á la punta denominada Sidi-Tamtam, donde pasaron la noche: el mismo dia, las dos últimas brigadas hicieron rancho en Raz-el-Akba; el mismo sitio que habia ocupado la primera en la víspera. Este órden de marcha se observó hasta Constantina, y el ejército continuó avanzando siempre en dos columnas perfectamente distintas. Por lo demás, el tiempo seguia hermoso, el órden no se turbó y solo fueron menester pequeños esfuerzos para rechazar á los árabes.

El 6 de Octubre á las 9 de la mañana, la primer columna llegó á las llanuras del Mansura; y en el instante se adelantó el gobernador general á reconocer la ciudad y sus avenidas. Constantina se manifestaba, como el año anterior, decidida á oponer una resistencia enérgica. Ben-Aisa mandaba las tropas del interior, y Ahmed-Bey las del esterior: multitud de banderines rojos tremolaban orgullosamente en el aire, saludados por el grito agudo de las mugeres y por las varoniles aclamaciones de los defensores de la plaza. Los Toplis estaban en sus puestos, y tan pronto como un grupo de los nuestros salía al descubierto, lanzaban en aquella direccion, con una puntería admirable, alguna bala ó bomba. De esta suerte fueron recibidos en varios puntos el general Damremont y el jóven principe que caminaba á su lado.

Luego que los generales de artillería y de ingenieros hicieron la esploracion de la plaza, se resolvió que el ataque fuese por Cudiat-Aty, y que sobre el Mansura se establecieran solo tres baterías, destinadas á apagar los fuegos del

frente de ataque, y los de la Kasbah: esperábase que aquellas tres baterías descargando sobre la ciudad, la determinarían á capitular mas pronto. Dos batallones se colocaron en el cementerio, y el cuartel general se estableció en Sidi-Mabruk, quedando la esplanada del Mansura, guarnecida de baterías. En el de Cudiat-Aty, las dificultades del terreno impedian que los trabajos adelantasen tan rápidamente.

Estas disposiciones inquietaban á los sitiados, y el 7 intentaron interrumpirlas. Desde los primeros albores del dia, dirigieron una doble salida contra nuestras obras: la primera que se verificó por la puerta de El-Cántara, atacó la derecha del Mansura, pero fué rechazada con gran pérdida, por el segundo de ligeros y los zuavos: la segunda que fué mas importante, se hizo por las puertas que dan frente al Cudiat-Aty. Esta columna, con fuerza de ochocientos hombres turcos ó kuluglis, fué recibida por el 3.er batallon de Africa, la legion estrangera y el 26 de línea, cuyos certeros fuegos de peloton la deshicieron. Los árabes de afuera tambien quisieron molestarnos; mas el 47 de línea y los cazadores de Africa les pusieron en completa derrota. Sobre las 10 de la mañana se había ya retirado aquel flujo de combatientes; los hombres de infantería volvieron á ganar la ciudad, y la caballería se situó fuera del rádio de accion de la nuestra.

Al medio dia el general Valée vino á reconocer el Cudiat-Aty, y á fijar la colocacion de dos baterías mas, una de brecha y otra de obús. Tambien dispuso que se construyese una trinchera en el pico que se encuentra mas arriba de la confluencia de los dos rios, á fin de evitar cualquier sorpresa del enemigo en las comunicaciones entre Cudiat-Aty, y el Mansura. Estos diversos trabajos se empezaron de noche: tres compañias de zapadores y setecientos cincuenta hombres de infantería se emplearon en ellos; pero la lluvia que caia á torrentes contrarió sus esfuerzos; las rampas dispuestas para trasportar la artillería se desmoronaban, los cañones y

carros se atascaban á cada paso, los sacos de tierra empapados de agua, se convertian en masa fangosa sin consistencia. Condenados pues á la inaccion, llenos de lobo, transidos de frio, penetrados de humedad, los trabajadores sentian entorpecerse sus miembros y no tenian abrigo alguno: las hogueras se habian apagado y no se habia levantado ninguna tienda. En consecuencia de este enojoso contratiempo, se suspendió el armar las baterías del Mansura, quedando sin concluir las de Cudiat-Aty.

Se levantó una batería supletoria que fué construida con admirable rapidez, en la estremidad meridional del llano, durante el dia 8, y poniéndola por nombre *batería de Damremont*, se montó con tres piezas de á 24 y 2 dos obuses. Bien podia haber roto el fuego por la noche, porque interesaba que los tiros de nuestra artillería respondiendo á los de la ciudad sostuviesen el ánimo de las tropas; mas como el tiempo estuviera demasiado nevuloso para hacer buena puntería se suspendió hasta el dia siguiente el mandar funcionar. La noche estuvo aun mas terrible que la anterior, y la la lluvia descargo sin cesar.

Por fin el 9 hacia las siete de la mañana, empezó el fuego sin que las baterías del Mansura produjesen todo el efecto que de ellas se esperaba. Las de la Kasbah fueron á la verdad apagadas muy pronto, pero nuestras bombas y proyectiles no produjeron incendio en ninguna parte y los habitantes de la ciudad no se manifestaron dispuestos á abrir sus puertas. Asi pues, renunciando á una tentativa, que si se hubiese prolongado mas tiempo, habría consumido inutilmente y en pura pérdida nuestras municiones de sitio, el gobernador general dispuso que se desmantelaran las baterías del Mansura, y se llevaran sus piezas á las de Cudiat Aty. Es preciso haber visto los paragès, haber medido los precipicios que hay entre estos dos puntos, para poder apreciar todas las dificultades de semejante operacion: Sin camino hecho, con un terreno grueso y arcilloso, desmoronado por las

lluvias, con un torrente en medio, herizado de peñascos, y unos montes cortados á pico, el paso era casi imposible.

Pues á través de estos obstáculos era indispensable trasportar las piezas de á 24. Los caballos no bastaban; los hombres tenian que ayudar la marcha con palancas, tenian que llevar á hombros las piezas, y desafiar con aquella pesada carga el fuego redoblado del enemigo. Dos dias con sus noches se emplearon en aquella penosa maniobra.

El 11 por la mañana, las baterias de Cudiat-Aty, comenzaron á detonar, y en menos de tres horas fué destruida la guarnicion que coronaba las murallas, ó al menos se la puso en estado de no poder protejer eficazmente las baterías de la rampa. Hacia las dos y media, un obús, cuya puntería dirigió el comandante Malechard al punto que le designó el general Valée abrió la primera brecha: este golpe feliz fué saludado con un grito unánime de alegría por parte de los impacientes franceses: Constantina podia ya considerarse como suya, puesto que el triunfo dependia solo del valor personal, y de sus irresistibles bayonetas.

Sin embargo, el gobernador general que preferia á la gloria de una toma por asalto, el impedir que corriese sangre y que los vencidos se lanzaran á su ruina, creyó útil, antes de enviar las columnas de ataque, hacer una intimacion á los sitiados, demostrándoles el peligro de su situacion. La respuesta no llegó hasta la mañana siguiente, y rechazaba en términos casi insultantes unas proposiciones dictadas por la humanidad. «Tiene Constantina, decia, mu»chas provisiones de guerra y boca: si á los franceses »les faltan, se les enviarán. Aquí no sabemos lo que es una »brecha ni una capitulacion; defenderemos á todo trance »nuestra ciudad y nuestros hogares, y vosotros no os apo»derareís de Costantina, hasta que hayais degollado á su »último defensor.» Al leer esta baladronada, el conde Damremont esclamó: »Son gente de bríos; corriente; asi »será la victoria mas gloriosa para nosotros.» En el acto



Muerte del general conde Damremont en el sitio de Constantina.

montó á caballo y se encaminó á Cudiat Aty, seguido de su estado mayor.

Eran al rededor de las 8 de la mañana; el dia prometía estar hermoso; el sol se elevaba rádiante por el horizonte disipando las fatigas y penosas ideas que el mal tiempo habia producido: en pocas horas, la brecha abierta la víspera, iba á hacerse practicable: la animacion brillaba en todos los semblantes. El conde Damremont, feliz con la seguridad del triunfo, echó pié á tierra un poco antes de llegar á las obras, y se paró en un sitio demasiado descubierto, poniéndose á observar desde allí la brecha. El general Rulliere, conociendo el riesgo que corria, acudió en el momento, y le suplicó, que se retirase: »dejad, dejad» contestó con fria impasibilidad, y casi en el mismo instante, una bala de cañon que partió de la plaza, le derribó sin vida. El general Perregaux se lanzó á detenerle en su caida, pero tambien le alcanzó una bala de fusil, tocándole debajo de la frente, entre los ojos, y haciéndole caer en tierra gravemente herido. Los oficiales y soldados, sumidos en terrible estupor, acudieron presurosos al rededor de aquellos dos cuerpos exánimes: ¡esfuerzos impotentes, los socorros eran yá inútiles!.

El general Valée, cuando supo el golpe fatal que privaba al ejército de su gefe, corrió al sitio de la catástrofe desde la batería de la brecha en que se encontraba: mandó que se alejasen los espectadores, y que se trasportase en silencio el cadáver del conde Damremont sobre la espalda y cubierto con una capa. Pronto se esparció la triste noticia entre las tropas; pero estaba ya entonces demasiado asegurado el éxito de la empresa, para que pudiese producir otros sentimientos que el justo dolor de aquella pérdida, y el vivo deseo de una gloriosa venganza. El mando en gefe recaia de derecho en el general Valée, como mas antiguo en grado entre sus compañeros. Nuestros jóvenes soldados. aunque no conocian la vida militar del guerrero veterano, sabian vagamente que era uno de los mas distinguidos generales que

legó el imperio; así pues, aguardaron sus órdenes con confianza.

A las 9 todas las baterías empezaron de nuevo sus descargas, y derribaron fácilmente los sacos de lana, y los restos de cureña con que los sitiados, durante la noche, habian tratado de cegar la brecha, saltaron los terrones de la rampa, se formó el talud, y al caer la tarde se habia fijado el asalto para el siguiente dia, cuando vinieron á presentar un parlamento al general en gefe: Ahmed mandaba proponer que se suspendieran las hostilidades, y se abriesen otra vez las negociaciones. El general Valée, no viendo en este paso mas que uno de los mil medios dilatorios que frecuentemente pone en juego la diplomacia árabe, respondió que no estaba dispuesto á oir proposicion alguna sin que primero se le entregase la plaza: mas el bey se negó á someterse á esta condicion, y continuaron las obras de sitio.

Finalmente, el 13 á las tres y media de la mañana, el capitan de ingenieros, Butault; y el de zuavos, Garderens; salieron á reconocer la brecha; mision peligrosa que llenaron con la mayor serenidad, á pesar de las repetidas descargas de mosquetería que les hicieron. A su regreso declararon practicable la rotura, no habia pues que tratar mas que del asalto. Las tropas destinadas á subir á ella, se dividieron en tres columnas: la primera, mandada por el teniente coronel Lamoriciere, se componia de cuarenta zapadores, trescientos zuavos y dos compañías escogidas del segundo de ligeros: la segunda, á cargo del coronel Combes, comprendia la compañia de francos del segundo batallon de Africa, ochenta zapadores, cien hombres del tercer batallon de Africa, otros ciento de la legion estrangera, y trescientos del 47 de línea: la tercera, á las órdenes del coronel Corbin, se formó con dos batallones, compuestos de destacamentos que se tomaron de las cuatro brigadas; porque todos los cuerpos habian manifestado vehemente deseo de ir representados en aquella accion decisiva.

Dos horas antes de amanecer, se colocaron la primera y segunda columna de ataque en la plaza de armas y el foso, aguardando: la tercera estaba detras del Bordo, gran fortificacion ruinosa, situada á orillas del rio. A las siete se habian ya tomado todas las disposiciones, y el coronel Lamoriciere á la cabeza de sus zuavos, esperaba con impaciencia la señal de ataque: el duque de Nemours la dió. Estimulados por la voz de su gefe, aquellos valientes se precipitan entonces sobre la brecha, á través de un granizo de balas, y venciendo todos los obstáculos, coronan los terraplenes con sus bayonetas, ondeando por cima de ellas la bandera tricolor, que sostenia el capitan Garderens. Entusiastas aclamaciones saludan este primer triunfo. En el trayecto muchos zuavos caen mortalmente heridos; pero el número de los que llegan á dominar las murallas, es mas que suficiente para contener los esfuerzos de los sitiados. Al buscar en distintas direcciones un paso para internarse en la ciudad, solo encuentran por todas partes obstáculos, ó entradas sin salida, y en todos lados un fuego mortífero de fusilería. Entonces se empeña un combate encarnizado y terrible de casa en casa: el cañon al abrir brecha habia formado un suelo facticio, compuesto de terrenos removidos y de escombros, que sobrepuestos al verdadero piso, habian cerrado las calles, obstruido las puertas y desfigurado completamente las localidades: escaramuceaban sobre los tejados, tiroteaban á las ventanas y cargaban á la bayoneta en las tiendas y calles. Por fin despues de haber tanteado diversos caminos que parecian entradas de calles, pero que no salian á parte alguna, encontraron uno que ensanchando á cierta distancia, parecia ofrecer salida. Los zuavos se lanzan por él. Sería imposible referir en detalle los ataques parciales, las luchas, los asaltos que fué preciso dar y sostener antes de penetrar en la ciudad; las líneas tortuosas de las callejuelas, la construccion particular de las casas y el carácter obstinado de los árabes, solo alcanzan á dar una idea imperfecta de aquel difícil tránsito,

Sin embargo: á medida que la primer columna iba ganando terreno, el general en gefe, que permanecia en la batería de brecha con el duque de Nemours, enviaba tropas de refresco, tomándolas de las otras dos columnas. Estas tropas iban llegando solamente por destacamentos de á dos compañías: disposicion atinada y prudente que al propio tiempo de evitar la confusion, hizo menos considerable el número de muertos y heridos. Esto no obstante, una multitud de valientes, y entre ellos muchos oficiales, recibieron golpes mortales: el undimiento de una tapia aplastó á varios, entre otros al comandante Sevigny del segundo de ligeros. Tambien les causó grandes pérdidas, una terrible esplosion, que al principio creyeron ser de alguna mina reventada por los sitiados, peró procedió del incendió de un almacen de pólvora: el coronel Lamoriciere fué uno de los que dejó fuera de combate. Este intrépido y hábil gefe, quedó horriblemente abrasado; se temió por su vida ó cuando menos por su vista; mas felizmente conservó una y otra. El coronel Combes que le habia seguido de cerca en el asalto, tuvo peor fortuna pues recibió dos heridas mortales al tiempo de dirigir una maniobra que entregaba á nuestras tropas el interior de la ciudad: pero conservó bastante energía para asegurarse del triunfo, y vino á dar cuenta de él, con calma estoica, al duque de Nemours: »dichosos, dijo al concluir, los que no han »sido heridos mortalmente, porque gozarán de la victoria.» Despues de estas palabras, titubea y cae; entonces se advierte que una bala ha atravesado su pecho: á los dos dias habia dejado de existir. Los que le vieron en aquel momento supremo hablan aun hoy con religioso entusiasmo de su admirable serenidad.

Las tropas privadas de gefe, manifestaban cierta vacilacion; mas el coronel Corbin, del regimiento 17, que mandaba la tercer columna, llegó á tiempo para reanimar su valor y dirigir sus esfuerzos. Las repartió á derecha é izquierda, mandado á cada destacamento que operase un

movimiento concéntrico hacia el medio de la plaza. Muy pronto los zuavos encontraron antes que ningunos otros una de las grandes vias de comunicacion, la verdadera ruta estratégica, á través de aquel Dédalo de callejuelas, y callejones. Desde aquel punto, la defensa fué tímida y vacilante; mas sin embargo, hubo grandes edificios y almacenes públicos, que opusieron todavia una tenaz resistencia. Luego que las columnas de ataque se internaron lo bastante para quedar dueñas de la ciudad, el general Rulhieres tomó el mando superior de ellas. Cierto es que aun se batian; pero las autoridades se presentaban en acto de sumision, é imploraban la clemencia del vencedor. El general mandó cesar el fuego y se dirigió á la Kasbak, donde entró sin obstáculo.

Durante el asalto, mucha parte de la poblacion habia intentado huir por aquellos puntos de la ciudad que no estaban espuestos á nuestros tiros; pero un gran número de estos infelices se estrellaron en las escarpadas rocas que ciñen á Constantina; pues no podian bajar de ellas sino con el auxilio de largas cuerdas; y las rompia su propio peso. Los soldados franceses quedaron sobrecogidos de horror y de compasion, cuando tendiendo sus miradas al fondo de aquellos abismos, vieron aquella multitud de hombres, mugeres, y niños deshechos, mutilados, amontonados unos sobre otros, y debatiéndose todavia entre las angustias de la mas dolorosa agonía.

Ben-Aissa, el lugar teniente del bey, fué de los pocos que lograron escaparse. El Kaid-el-dar (intendente de palacio) que habia sido herido la víspera, quedó muerto en el asalto: uno de los cadís, habia seguido al bey; el otro aunque herido se habia fugado tan luego como pudo soportar la fatiga. No quedaba en Constantina á escepcion del cheik El-Belad, ninguna autoridad principal. Este venerable anciano, debilitado por la edad, no tenia suficiente energía para hacer frente á todas las necesidades de la situacion. Por fortuna su hijo se encargó de organizar una especie de poder,

una municipalidad compuesta de hombres decididos, con cuyo auxilio se obtuvo el conocer y poder clasificar los recursos que la ciudad ofrecia, como tambien el cobrar la contribucion de guerra impuesta á sus habitantes.

Las pérdidas ocasionadas por la guerra y las emigraciones considerables que hubo durante el asedio, habian reducido la poblacion de Constantina á diez y seis ó diez y ocho mil almas: mas luego que los habitantes volvieron de su estupor, no tardaron en restituirse á sus hogares, si bien abandonándonos casi esclusivamente la parte alta de la ciudad y las grandes calles. Por de pronto se mantuvieron lejos de la luz en las callejuelas tortuosas, y en los barrios bajos que se hallan situados á lo largo del Rumnel: despues alentados por nuestra conducta pacífica, fueron tomando poco á poco sus casas. Las autoridades francesas les estimulaban á hacerlo así por cuantos medios estaban á su alcance; hicieron que se respetase la propiedad; aseguraron por todas partes el libre ejercicio de las diversas industrias: así Constantina volvió muy pronto á tomar su aspecto de costumbre; se restablecieron los tráficos, y nuestros soldados, por tanto tiempo privados de las dulzuras de la civilizacion, compraban con un afan sin igual cuanto se ponia en pública venta.

El hijo del cheik El-Belad, Sidi- Hamudas que habia ofrecido su cooperacion á los franceses con tanto empeño, fue nombrado Kaid de la ciudad. La solicitud con que se dedicó á llenar sus funciones y á prevenir las causas de desorden, libertó la toma de posesion de todo acto violento. Esta actitud tranquila, permitió que se utilizasen cuantos recursos habia, que se conservaran los documentos administrativos, y se siguieran las tradiciones. Muy en breve, bajo la influencia de este prudente sistema, prestaron en gran número las tribus inmediatas su sumision; y el poder de Ahmed-Bey, quedó completamente aniquilado en lo interior y lo esterior. Vagaba errante y fugitivo por los montes aúreos, y los pueblos acostumbrados á reconocer el derecho del mas

fuerte, dirigian á los franceses sus votos y su esperanza.

Algunos dias despues de su instalacion en Costantina, vieron llegar, no sin alguna sopresa, al regimiento 12 de línea, mandado por el duque de Joinville. El jóven príncipe, embarcado en el Hércules, habia hecho escala en Bona el 4 de Octubre: sabedor de que se habia abierto la campaña quiso correr la misma suerte de su hermano; pero tuvo que diferir su salida, hasta cumplir la cuarentena prescrita. Esta repentina llegada introdujo una especie de pánico en el ejército; porque el regimiento traia detrás un gran número de coléricos y como en su tránsito desde Francia al Africa, muchos soldados de él habian sido atacados del cólera, se creyó que venia allí este fatal azote. Y con efecto, bien fuese que estaba verdaderamente tocado, ó bien que el miedo contribuyeran al desarrollo de la enfermedad, lo cierto es que hubo gran mortandad en los hospitales: las defunciones se sucedian en ellos con espantosa rapidez, no solo en la clase de tropa, sino tambien entre los oficiales. El general marqués de Caraman, sucumbió tambien á esta afeccion.

Para contener los progresos de la epidemia, el general Valée determinó salir de Constantina; la proximidad del invierno le imponia por otra parte este mismo deber. La primer columna, compuesta del parque de sitio y de varios batallones de infantería, se puso en marcha el 20 de Octubre, acompañando los restos mortales del general conde Damremont, que hoy yacen debajo de la media naranja de los Inválidos. La segunda columna partió el 26, á las órdenes del general Trezel, con un convoy de enfermos. Por último el 29 de Octubre el mismo general Valée salió de Constantina con la tercera, dejando en la plaza una guarnicion de dos mil quinientos hombres al mando del general Bernelle. Para el caso de ataque habia mandado construir un reducto en la Kasbah. Desde Constantina á Bona no se interrumpió la marcha del ejército un solo instante; por todas partes se veian

árabes y kabilas que se retiraban á sus tiendas, tristes y abatidos: sin embargo, por precaucion se ocuparon los puntos intermedios Medjéz-Amar, Ghelma, Nech-Maya y Drean, dejándolos convertidos en plazas fuertes. Al llegar el general Valée á Bona el 6 de Noviembre, recibió de manos de Mr. Lasalle, oficial de órdenes ó ayudante del rey, el baston de Mariscal y el titulo de gobernador general de las posesiones fracesas en Africa.

CAPITULO XV.

GOBIERNO DEL MARISCAL VALÉE.

(6 DE NOVIEMBRE 1837.—28 DE DICIEMBRE 1840.)

Resultados de la toma de Constantina.—Fundacion de Filippe-ville. Vuelta de las hostilidades.—Heróica defensa de Mazagran.—El príncipe real y el duque de Aumale en Teniah de Mouzaia.—Situacion.

El 23 de octubre, el cañon de los inválidos anunciaba á los habitantes de París la toma de Constantina, y ya esta nueva conquista como la de Argel, esparcia la ansiedad en los espíritus. Las irresoluciones que el gobierno mostraba de siete años atrás en todos los negocios de Africa daban pábulo á los rumores mas siniestros. ¿Se conservará á Constantina? preguntábanse en todas partes: y los dos principales órganos del ministerio respondian á esta cuestion de una manera enteramente opuesta. En las cámaras reinaba la misma solicitud y la misma indecision. El discurso de apertura habia anunciado en términos pomposos la conquista de Constantina. «Si la victoria, decia la corona, ha hecho algunas veces mas por el poder de Francia, nunca ha elevado á mayor altura la gloria y el honor de sus armas.» Pero como siempre, el ministerio tenia la falta de no precisar nada, ni de anunciar ninguna determinacion positiva sobre

la conservacion de la nueva conquista. «Tanto en el Este »como en el Oeste de Argelia, añadía, hemos querido la »paz; pero la terquedad del bey que mandaba á Constanti»na, nos ha obligado á probar otra vez á los indígenas que »debian renunciar á resistírsenos.» Hé aquí todo. En la cámara de los pares, M. Gasparin, sin temor de herir la susceptibilidad nacional, proclamaba con todas sus fuerzas la incapacidad de la Francia para colonizar, y proponia que se abandonase á Constantina despues de haberla desmantelado. M. Merillon por el contrario, requeria al gobierno para que conservase á Argelia, y pedia una ley que declarase á esta provincia definitivamente unida á la Francia.

El mariscal Valée regresó á Argel durante los primeros dias de noviembre, conduciendo con él tropas que escedian á las necesidades de la nueva ocupacion. Esta vuelta era bien necesaria, porque nuestras fuerzas habian sido disminuidas lo mismo en esta provincia que en todas partes y á instigacion de Abd-el-Kader corrian de nuevo las tribus á las armas. El hermano del emir el Hadji Mustafá se habia apoderado de Blidah, donde imponia contribuciones y los hadjutas se dedicaban á cometer robos en el territorio francés. Durante la ausencia del gobernador general, se habia confiado la administracion civil y militar á gefes esperimentados, primero al general Bro y luego al general Negrier; pero ¿de que servia contra tantos enemigos su habilidad, no teniendo mas que quinientos hombres en estado de hacer la campaña? Dirigiéronse vivas amonestaciones al bey de Milianah, uno de los principales autores de estos conflictos; pero conociendo toda su fuerza, respondió con estas irónicas palabras: «Si los franceses quieren asegurar »la tranquilidad del país, que confien la jurisdiccion á mi »señor y se limiten á ocupar á Argel.» De esta manera la victoria acababa apenas de inaugurar el poder francés en la provincia de Constantina, cuando nuevos conflictos germinaban en la de Argel.

La convencion del 30 de mayo, ó el tratado de Tafna, habia impedido al emir que saliese del país colocado bajo su gobierno; pero haciendo creer su carácter ambicioso y removedor que bajo el pretesto de perseguir fuera de su territorio á enemigos que no pudiese alcanzar de otra manera, intentase penetrar mas allá de las montañas que limitan las provincias de Argel y Tittery, se autorizó al general Valée para que tomase las medidas propias á paralizar toda tentativa de este género, en tanto que por otra parte se ensayase aclarar lo que en la carta del tratado podia presentarse equívoco con respecto á los límites al Este de Argel. El disentimiento entre los franceses y Abd-el-Kader consistia principalmente en el artículo 2.°; el emir pretendia que les detenia en el Ued-Kaddara, y que la palabra árabe *mas allá* que se halla colocada despues de el nombre de este rio, no tenia valor ninguno, ellos por el contrario, decian que le tenia y muy grande, puesto que significaba que no reconocian límites algunos en la direccion del Este.

En esta época, envió á París á su secretario último Sidi-Mulud-Ben-Arrach con la conocida mision de ofrecer regalos al rey; pero era en el fondo para obtener una solucion favorable á la interpretacion que queria dar al tratado del 20 de mayo. Por fortuna que se negaron los ministros y el emisario del emir recibió la invitacion de entenderse directamente en Argel con el gobernador general. Esta respuesta abrevió todas las dilaciones. Mulud-Ben-Arrach salió de Francia.

En la provincia de Constantina reinaba una calma á que estábamos poco acostumbrados en las demás partes de nuestra conquista.

Los gefes de las tribus y los gobernadores de las ciudades venian contínuamente á hacer su sumision; entre estos últimos se notó sobre todo al caid de Milah, pequeña villa colocada á doce leguas de Constantina en el camino del puerto Djidgellí y que domina tambien á las llanuras de

Medjanah. Dióse la investidura al mismo caid y mas tarde las tropas francesas fueron á formar un establecimiento permanente. Milah estaba destinado á ser un puesto importante, como base de operaciones, siempre que los intereses de nuestra política exigiesen la intervencion francesa por el lado de Stora ó en la direccion de las Puertas de Hierro.

Poco despues ordenó el gobernador general al general Negrier que hiciese un reconocimiento en Stora. Esta operacion emprendida para completar las pesquisas de un camino mas corto de Constantina al mar, debia efectuarse á través de un país enteramente desconocido, y en el que los mismos turcos no habian osado aventurarse hacia mucho tiempo. Sin embargo, fué coronada de un completo éxito y contra toda esperanza, pudo estendérsele hasta la ribera. La columna franqueó las montañas que separan al Rumnel del puerto de Stora, y no apercibiendo enemigos que combatir avanzó hasta las ruinas de *Rusicada*. Esta atrevida marcha inquietó á las kabilas, y á la vuelta algunas de sus tribus intentaron un ataque, al contrario de otras muchas cuyos gefes presentaban testimonios de amistad. En este encuentro los auxiliares indígenas combatieron con un vigor notable y fueron casi los únicos á quienes dirigió sus tiros el enemigo. La marcha estuvo exenta de toda dificultad formal, el país estaba lleno de leña y era fértil y hermoso: desde entonces quedó resuelto el establecimiento sobre las ruinas de la ciudad romana y tambien desde entonces se empezó el camino que por el campo de Smedon y el de Arrouch conduce en tres jornadas desde Constantina á su puerto natural.

Habia cesado la guerra en las provincias del centro y del Oeste; pero Abd-el-Kader siempre atento á las circunstancias que podian concurrir al engrandecimiento de su autoridad, fué en el mes de diciembre de 1837 á colocar su campo en el Outhan de Uannugan, cerca del Hamza. Allí no solo recibió el homenage de los gefes, cuyo mando le

habia sido dado, sino tambien el de los de las tribus del Este, situadas del otro lado de las montañas. Agentes, que él no desconocia, esparcian por todos los medios posibles, la incertidumbre entre los árabes que reconocian ó se preparaban á reconocer la autoridad de Francia, y estas comisiones se estendian tambien hasta las estremidades orientales de la Metidjah sometida. Como importaba hacerlas cesar, se estableció en la altura de Kamis, un campo de dos mil quinientos hombres, para observar los movimientos del emir, que se retiró á Medeah y despues de haber maniobrado algunos dias á lo largo del Atlas, entraron las tropas francesas en sus primitivas posiciones. Poco tiempo despues se trasladó Abd-el-Kader á Tekedempt, en donde se hacian los preparativos de una espedicion que él proyectaba por el lado del desierto.

Habiendo reservado el tratado del Tafna á la administracion francesa á Coleah, á Blida y á sus territorios llegó el momento de ocuparlos. El mariscal Valée tomo desde luego posesion de la primera de estas dos ciudades, al Oeste de la cual estableció un campamento en que se alojaron cuatro batallones de infantería, con artillería y algunos caballos. Al mismo tiempo conducia á la altura de Kamis imponentes fuerzas, hacia abrir el camino de la Casa Cuadrada en esta nueva posicion y acababa de hacer practicable el de Argel á Coleah. Teniendo por objeto estos preparativos asegurar á todo evento la ocupacion de Blida debió esperar el gobernador general para operar, á que cesasen las lluvias de la primavera.

El 1.° de mayo se puso el ejército en movimiento y el 3 se hallaba ante Blida. A la entrada de los hermosos jardines de que está rodeada la villa, encontró el mariscal Valée al haken, á los ulemas y á las personas notables, como tambien al caid de Beni-Salah á los que aseguró no haria daño alguno á los habitantes; despues confirmó á las autoridades en sus funciones y se ocupó en

escoger el sitio para los campos atrincherados que debian cubrir esta posicion importante.

Sin embargo el sitio de Ain-Madhy avanzaba muy lentamente. Acampado á cien leguas de las costas y absorvido en los cuidados de una guerra lejana y dificil, el emir, con el cual estaban siempre suspendidas las relaciones políticas, no podia en algun tiempo volver al centro de su mando. La provincia de Argel estaba tranquila, como tambien la de Orán; solo se señalaban á intérvalos, atentados aislados, producidos por algunos malhechores que lograban deslizarse entre nuestros puestos á favor de la noche.

La provincia de Constantina gozaba tambien de la mayor tranquilidad. El gobernador general creyó oportuno trasladarse allí á fin de regularizar los diferentes ramos de la administracion, y desde luego se ocupó en determinar el territorio que habia que someter inmediatamente ó en un tiempo dado á la administracion de la Francia.

El mariscal quiso aprovechar este estado de calma para echar los cimientos de una nueva poblacion. Segun estudios practicados en enero y abril precedentes, estaba abierto el camino de Stora y la cabeza del camino no distaba mas que nueve leguas del mar. El 6 de octubre se hallaban reunidos en el campo del Arruch cuatro mil hombres: al otro dia por la mañana salieron y fueron á acampar en las ruinas de *Rusicada*. Ninguna resistencia se les opuso y solo por la noche algunos tiros disparados á las avanzadas protestaron contra una toma de posesion, á que debieron resignarse bien pronto las kabilas. Desde entonces se trabajó sin descanso en fortificar la posicion que acababan de ocupar los franceses. Cuajado aquel suelo de ruinas romanas, proporcionó los primeros materiales, piedras cortadas hacia veinte siglos formaron nuevas murallas y la reunion de casas destinadas á estenderse por las vertientes de las colinas, cuyas crestas estaban co-

rodadas por las obras de defensas, recibió el nombre de *Filippeville.*

Diputaciones del Sahara y de la parte de Abd-el-Nour, que hasta entonces no se habian presentado, fueron á Constantina á ofrecer sus servicios á las tropas francesas. Empezando decian á conocer á los franceses y su manera de administrar, ofrecian de todo corazon, unirse á ellos.

Desde la primera aparicion de los franceses en Djummilah, las tribus de las cercanías esperaban siempre verlos volver y pedian el *aman.*

Habia vuelto á tomar Abd-el-Kader el camino de Medeao, estableciéndose en un lugar llamado Haza á alguna distancia de esta plaza, en cuyo sito pensaba fundar una ciudad. Cualquiera que fuese su disimulo, mostraban todas sus medidas deseo ó necesidad de llamar incesantemente á los árabes, á la guerra. Mantenia una agitacion constante en la provincia de Argel. En Orán escitaba á los indígenas á desertar de las filas francesas, los impedia que fuesen á sus mercados, imponia contribuciones exhorbitantes á todos los productos que les estaban destinados, afectaba no reconocer la validez de los pasaportes librados por las autoridades francesas y en la provincia de Constantina recibia la sumision de Farhat-Ben-Said el cheik-el-arab que sabia bien que estaba bajo la dependencia francesa y para justificar tanta infraccion á los tratados, suponian tener derecho á gobernar el desierto desde Túnez hasta Marruecos: y para colmo de su osadía llegó á rehusar el pago de las contribuciones que le imponia el tratado del 30 de mayo. Al honor francés tocaba el demandar una ruidosa reparacion á tanta injuria pero desgraciadamente el estado sanitario del ejército no les permitia entrar todavía en campaña. Los escesivos calores del estío habian desarrollado gran número de enfermedades y el efecti-

vó de tropas se hallaba considerablemente disminuido.

El emir no trató ya de disimular sus malas disposiciones. por otra parte, las noticias recibidas de Orán, no dejaban duda alguna sobre la probabilidad de una próxima ruptura, y se le veia poner allí en juego toda su actividad para provocar una insurreccion general. A fines de setiembre dejó á Thaza y pasó á aquella provincia, donde parecia haber decaido su autoridad por la larga ausencia: y muchas violencias indignas señalaron su vuelta al olvidado territorio; varios gefes que se habian manifestado poco celosos en su favor, fueron decapitados, y sus mujeres sufrieron los últimos ultrajes. Al mismo tiempo echaba hácia el interior aquellas poblaciones que le inspiraban dudas: los Medjahes entre otros, convictos de haber proporcionado caballos á los franceses en diversas ocasionos, fueron desalojados violentamente y obligados á establecerse entre las tribus que garantizaban su obediencia.

Semejantes disposiciones, eran presagio de una guerra de las mas sangrientas: sin embargo, el mariscal Valée no tomó medida alguna para conjurar la tempestad; dejó diseminadas sus tropas en puestos desfavorables para la defensa, y asi se le cogió de improviso. Repentinamente asaltado por un bando formidable, los habitantes de la llanura vieron degollados sus hijos, robados sus rebaños, destruidas sus cosechas y las casas arrasadas ó incendiadas. Eran los hadjutas, que fieles á sus bárbaras costumbres, señalaban su presencia con aquellas salvajes deprecaciones. Conforme á los secretos avisos que les habia pasado Abd-el-Kader, habian cruzado el Chifa en los primeros dias de octubre y caian sobre los aduares de los aliados á la Francia. Al mes siguiente, los hombres de la tribu de Bernú que quisieron rescatar sus ganados, pues se los habian llevado los invasores, cayeron en una emboscada, donde perdieron la vida mas de trescien-

tos y el comandante francés del campo Ued-el-Aleg, corrió en su auxilio, y envuelto por número muy superior de enemigos, sufrió la misma suerte.

Por todas partes se daban ataques imprevistos. El 20 de noviembre los beyes de Milianah y de Medea, atravesaron el Chifa á la cabeza de dos ó tres mil hombres y se esparcieron por el llano, guiados por los hadjutas, salvando los puestos franceses. En el propio dia, un convoy que salió de Bufárik para Ued-el-Aleg, fué sorprendido, y asesinada su escolta de treinta hombres: finalmente, el 21, un destacamento que se dirigia desde Ued-el-Aleg á Blida, con objeto de socorrer al convoy, fué asaltado por numerosas hordas, y las cabezas de los cincuenta soldados que le componian, se convirtiron en nuevos trofeos para los árabes. El comandante del campamento les salió al encuentro; pero estrechado de todos lados, por una multitud ciega y feroz, no tuvo tiempo mas que para formar cuadro con sus dos compañías del 24 de línea, y un batallon del primero de cazadores de Africa. La retirada que ejecutó con admirable serenidad é intrepidez, dignas de un teatro mas vasto, obligó al enemigo á guardar cierta prudencia.

Asi fué como Abd-el-Kader, aprovechando la incuria del mariscal Valée, rasgaba el velo con que se había ocultado hasta entonces.

Cuando llegaron tales noticias á la metrópoli, se dieron rápidas órdenes para el embarque de nuevas tropas, de manera que los primeros dias de diciembre, se encontró el mariscal con fuerzas suficientes para tomar con gloria la ofensiva. Una columna formada con el 62 de línea y el 1.° de cazadores, encontró á los hadjutas con fuerza de mil á mil doscientos caballos, entre el campamento del Arbas y la corriente del Arrach; los dió una carga vigorosa, los deshizo y les causó grandes pérdidas. Pocos dias despues, la misma columna, daba una leccion á Abd-

el-Kader, todavia mas dura. Habia salido un convoy de Bufarik para Blida, y mas allá de Mered fué atacado por los batallones regulares del emir: el primer regimiento de cazadores se avalanza y los arrojó en un barranco, les mata mucha gente y el convoy llega á su destino.

En 31 de diciembre, otro triunfo aun mas brillante vengaba las recientes injurias de los árabes. Todas las fuerzas reunidas de los kabilas de Medea y Milianah, tomaron posicion entre Blida y el Chifa; la infantería regular del emir, sostenida por numerosa caballería, ocupaba el barranco de Ued-el-Kebir. Despues de estudiar bien el terreno, el mariscal resolvió abordar al enemigo al arma blanca. El 2.° de ligeros, el 23 de línea y el 1.° de cazadores, subieron impetuosamente la pared del barranco que les separaba de los árabes, y estos espantados con aquel intrépido arrojo, volvieron la espalda á la primer embestida. Toda la línea francesa, se lanzó entonces en su persecucion calando bayoneta, y la derrota fué completa. Cogieron tres banderas, y un cañon, las cajas de tambores de los batallones regulares y cuatrocientos fusiles; quedando en el campo trescientos cadáveres de infantería y gran número de ginetes.

La provincia de Orán, permanecia bastante tranquila hasta entonces; pero á las tentativas dirigidas contra los duares y zmelas en los dias 17 y 22 de enero, siguió otra contra Mazagran. Este asunto se ha considerado con razon como uno de los mas gloriosos para las armas francesas; y bien merece por su importancia ser tratado con algun mayor detenimiento.

Habia un fortin levantado por el ejército para el momento, que quedó ocupado por la 10 compañía del batallon de Africa, en ciento veinte y tres plazas, á las órdenes del capitan Lelievre. El material de guerra se reducia á un cañon de á cuatro, cuarenta mil cartuchos y

un barril de pólvora. En la mañana del 1.º de febrero, un puesto avanzado, dió la señal de acercarse los esploradores del enemigo, cuyo grueso de tropas no llegó hasta el dia siguiente: componiase de los contingentes de ochenta y dos tribus que formaban un conjunto de doce á quince mil hombres. Mustafá-Ben-Tehamy, califa de Mascara, marchaba al frente de aquella masa, tan confusa como bárbara; á la cual apoyaban dos cañones y un batallon de infantería regular del emir. El 2 empezaron los árabes á amenazar la miserable fortificacion, rompiendo á quinientos metros, el fuego de artillería; despues corrieron á plantar en tierra, al pié de sus muros, catorce estandartes, y se precipitaron á cogerlos con ese furor que escitan á la vez, el fanatismo religioso y el cebo de las recompensas que sus gefes les prometian. Por espacio de cuatro dias y cuatro noches, fué igual el heroismo de la defensa, al furor del ataque.

El capitan Lelievre, dotado de un valor poco comun y de una serenidad á toda prueba, se mostró constantemente á la altura de su noble cargo. Viendo que desde la primer jornada se consumieron mas de la mitad de los cartuchos, recomienda á su gente, con objeto de ahorrar los que quedaban, que no hiciesen fuego, sirviéndose solo de la bayoneta para voltear á los que daban el asalto. Muchas veces la bandera francesa, enarbolada en aquel humilde reducto, vió su ástil tronchado; pero siempre fué reparado con entusiasmo, agitado como para un desafío caballeresco, su flama acribillada de balazos. El intrépido teniente Magnien, no abandonaba la brecha mas que para socorrer á los heridos; el subteniente Durad y los sargentos Villemont y Giroux, se multiplicaban en cierto modo para encontrarse en todas partes auxiliando á sus hermanos de armas. Seria imposible relatar los hechos heróicos aislados que dieron lustre á aquella memorable jornada, pero se tendrá una idea de ellos

por los dos siguientes pasages, tomados de un parte del capitan Lelievre.

Desde la aparicion de los árabes, el gefe de batallon Dubarrail que mandaba en Mostaganan, tuvo el pensamiento de enviar refuerzos á Mazagran pero no podia por la escasez de su guarnicion. Grande fué pues la zozobra en Mostaganan, mientras oyeron el fuego de cañon y fusilería. El capitan Lelievre, para hacer saber á su superior que se mantenia firme, enviaba por intérvalos algunos cohetes; pero esto no apaciguaba la viva inquietud del gefe; antes se aumentó cuando en la mañana del 7 vió la llanura desierta y notó que ningun ruido se sentia por el lado de Mazagran ¿Seria que el enemigo se hubiese apoderado del fuerte? ¿aquel silencio sombrío era un presagio del funesto destino de sus valerosos defensores? Para salir de aquella insufrible perplejidad, el comandante Dubarrail se dirigió allí con una partida; pero la bandera ondeante sobre la muralla medio destruida, le indicó que los árabes se habian retirado avergonzados y vencidos, no obstante su inmensa superioridad numérica. La alegría fué igual por una y otra parte: la 10 compañía abrumada de cansancio, fué llevada en triunfo, digámoslo así, por sus hermanos de armas, en quienes parecia brillar un rayo de su gloria.

La tranquilidad general se mantenia en la provincia de Constantina, á pesar de las intrigas de Abd-el-Kader. Los Beni-Abbes, custodios de las Puertas de Hierro, solicitaban ya como favor el comerciar con los franceses. Setif ocupada por estos y por indígenas, comenzaba á salir de sus ruinas: los Aamer-Cherabah ponian su caballería á disposicion del conquistador, entregando sus hijos en garantía de su fidelidad. No era eso todo: un suceso, cuya verdadera importancia es de órden mucho mas elevado, dió á conocer las profundas raices que habia echado la dominacion europea. Sabido es, que desde el principio

de la guerra, Abd-el-Kader trataba de sublevar contra el ejército, las tribus que habitan el Djerid, á la entrada del desierto. Su califa Bu-Azuz marchaba en direccion de Biscara con un batallon de infantería, ochocientos ginetes irregulares y dos cañones: el cheik el-arab, nombrado por los franceses en enero de 1839, es decir, Bu-Aziz-ben-Ganah, corrió á su encuentro, y le abordó con tal ímpetu que dejó en el campo cuatrocientos cincuenta infantes y sesenta ginetes de aquel: tambien cayeron en su poder dos cañones, tres banderas, dos tambores, diez tiendas, y todos los camellos y mulas, (24 de marzo, 1840.) Era la vez primera que un gefe árabe instituido por los franceses, salia por sí solo contra los enemigos de estos, á mas de ochenta leguas del centro de su dominacion. Poco tiempo despues, los Haractah, escitados por emisarios de Ahmed, atacaron á las tribus amigas del éjercito: pero salió de Constantina una columna francesa, penetró hasta los últimos confines de su territorio y les quitó gran cantidad de bestias y ganados. Los ginetes de aquella tribu numerosa fueron derrotados y sus gefes pidieron gracia.

Sin embargo, la infatigable actividad de Abd-el-Kader no cesaba de combinar operaciones nuevas. Invistió con el mando de Medea, al califa El-Barkaní, marabut de Cherchel. El de Mascara Mustafá-ben-Tehamy recibió órden para formar un campamento de ocho mil ginetes en la confluencia del Habra y del Sig, á cinco leguas de la costa y diez de Orán, con la mision de vigilar sobre esta ciudad, cortar las comunicaciones entre ella, Arzew y Mostaganam, y dirigir las tribus del Oeste, Hadjí, cheik de Tenez que se le nombró de adjunto, debia reunir diez mil montañeses kabilas: Bu-Hameidi, califa de Hemcen, gefe de la tribu de los Ulasas, ocupó dos puntos de observacion en Tesala y el Moria, cubriendo desde ellos el camino de Hemcen; tenia el encargo, lo mismo que Ben-

Tebamy, de atacar é inquietar á Orán: Hadjí-el-Seghir califa de Milianah, obtuvo la direccion de los hadjutas, mandados por su cheik Kadur-Bechir: Ben-Salem, gefe de los Flitas, á la cabeza de los ginetes de esta tribu, de los Iser y de algunos otros, debia de penetrar en la Metidja, llevando tras sí la devastacion para retardar ó contener la marcha del ejército; finalmente el califa Bu-Azuz, tenia tambien el encargo de operar en el país de los Beni-Mezah, avanzando en direccion de Biscara, y penetrar en la Medjana hasta Setif y en las montañas de Bujía.

Segun estas disposiciones, la campaña se anunciaba en términos de producir las mas séria consecuencias.

El duque de Orleans decia á su division en la órden del dia que la dirigió antes de dejarla: «En cualquier »parte donde me llame el servicio de la Francia, me ve»reis correr á ponerme en medio de vosotros, y donde »vaya vuestra bandera, allí estará mi pensamiento.» Pues bien, esa misma division se encontraba en Bufarik al frente del enemigo, y su general no habia olvidado aquella genorosa promesa, llegó con su jóven hermano el duque de Aumale, que iba á recoger tambien su parte de peligro y de gloria. El 24 de abril, pocos dias despues de su llegada, marchó el príncipe hácia el Afrun, á la cabeza de sus tropas, y al siguiente 25, se estableció en el Ued-Jer, cerca del sepulcro de la Cristiana. Hasta allí no se habian presentado los árabes; de repente salen gritos terribles de todos los barrancos que rodeaban á los franceses y un sin número de enemigos desembocan en en el llano. El príncipe se lanza á ellos, los deshace, los rechaza hasta sus guaridas, y en tanto el duque de Aumale con una sola compañia de cazadores dá una carga atrevida é impetuosa que contribuye mucho al triunfo.

El 1.° de mayo, al mismo tiempo que el príncipe llegaba al campamento del Chifa, se presentaba en él una masa considerable de caballería árabe dispuesta al pare-

cer á atravesar el rio: veíase flotar la bandera del emir y agruparse en su rededor las tropas regulares y los Spahis. En seguida dió el príncipe sus disposiciones: los zuavos se formaron en escalones á la derecha, el 23 á la izquierda y el general de Hondelot en el centro con la columna de ataque precedida de los tiradores. Pero Abd-el-Kader que no esperaba tal maniobra, se retiró despues de haber hecho algunas descargas de mosquetería. Los dias siguientes se emplearon en reunir en el campo de Muzaya las provisiones necesarias para la proyectada espedicion de Medea, y luego anunció el duque de Orleans á su division que iban á atravesar el Atlas. Todos los gefes de los diversos cuerpos solicitaron el honor de ser los primeros que atacasen los reductos árabes; pero S. A. quiso que la suerte lo decidiese, siendo el 2.° de ligeros el que obtuvo este favor.

El desfiladero de Muzaya, que habian pasado ya tantas veces los franceses, acababa de ser fortificado por Abd-el-Kader. Trincheras armadas de baterías le coronaban, y en el punto mas elevado habian construido un formidable reducto. El emir habia reclutado en su ejército gran número de fanáticos que llegaron de todos los puntos de Argelia. El duque de Orleans, para atacar esta posicion, distribuyó su fuerza en tres columnas: la primera, mandada por el general Duvivier, se componia de dos batallones del 2.° de ligeros, uno del 24 y otro del 48 y debia dirigirse al pico de la izquierda para apoderarse de las trincheras: la segunda, á las órdenes de M. de Lamoriciere, formada por dos batallones de zuavos y uno del 15 de ligeros, tenia la mision de subir por la derecha hasta el desfiladero, sorprendiendo de este modo los atrincheramientos árabes; y la tercera que conducia el general Houdelot, compuesta del 23 de línea y de un batallon del 48, estaba destinada á abordar de frente el desfiladero en cuanto hubiese ejecutado su movimiento la primera.

El príncipe dió la señal de ataque el 12 de mayo á las tres de la mañana: «¡Vamos, muchachos, dijo mos»trando la cresta del Muzaya, los árabes nos esperan y »Francia nos mira!» Los gritos de ¡viva el rey! ¡viva el rey! ¡viva el príncipe real! respondieron á estas palabras: las columnas empezaron á subir á la carrera el flanco escarpado de las rocas y avanzaron sin grandes dificultades hasta la primera plataforma donde hicieron alto, no empezando el escalamiento del pico hasta las doce y media. La resistencia fué encarnizada y terrible, porque solo se habia comprometido una columna. Espesas nubes rodeaban la montaña y robaban á las miradas la audaz marcha de los valientes, cuando una sonata de clarines anunció que el 2.° de ligeros acababa de ganar un repecho. El duque de Orleans juzgó entonces ser oportuno el momento y ordenó al resto del ejército que se separase. En el mismo instante disipó el sol las nubes y esparció torrentes de luz en las gargantas del Muzaya, en cuyas crestas se distinguia á los árabes con sus albornoces blancos que, puesta la mano en el seguro del fusil y la mirada atenta, se inclinaban hácia el abismo y pugnaban por precipitar en él á los que asaltaban, mientras los franceses resistian agarrándose á las asperezas de las rocas y á los arbustos que las cubrian: bien pronto dió órden el general Changarnier de que atacasen á la bayoneta y tomasen la ofensiva; entonces cargaron, se unieron las filas, ganaron los reductos y la bandera tricolor flotó en la cima mas alta del Atlas.

El príncipe á su vez subia á las alturas con las otras dos columnas bajo el fuego del enemigo, y á las tres de la tarde, es decir, despues de doce horas de marcha y combates llegó á una arista cubierta de bosque que nace á la derecha del pico. Entonces mandó que avanzasen, y el grito de *adelante* resonó en toda la línea.

Un batallon del 23 se precipitó á las pendientes ya

franqueadas por la segunda columna; pero encontró á los árabes fuertemente atrincherados tras un barranco de donde partieron vivas descargas de mosquetería. El príncipe prohibió que respondiesen al fuego del enemigo, y mandó que le atacasen á la bayoneta: los árabes opusieron á este ataque una vigorosa resistencia. El general Schramm, cayó herido al lado del príncipe, el comandante Grosbvis le mataron un caballo, é hirieron á otros muchos oficiales. La tropa á vista de estas pérdidas; redobló sus esfuerzos y logró barrer cuanto tenia delante, estando tan bien combinado el movimiento de las tres columnas, que llegaron casí juntas á la cúspide del desfiladero: un instante despues se hallaban en medio de ellas el príncipe y el duque Aumale rodeados de sus oficiales. Entonces hubo un momento de entusiasmo: tocaron los clarines, los tambores resonaron en los campos, y millares de voces saludaron al duque de Orleans á los gritos de: ¡viva el rey! ¡viva la Francia!

El gobernador general cuando volvió á Argel se ocupó inmediatamente en tomar disposiciones para la del otoño: y en efecto era urgente, por que las victorias no eran definitivas. Los árabes, segun su costumbre, volvieron á tomar la ofensiva en cuanto vieron que entró el ejército en sus acantonamientos: Medea y Miliana fueron vivamente atacadas por Abd-el-Kader, la caballería árabe se presentó de nuevo en la Metidjah, Cherchell se vió obligado á rechazar los ataques de El-Berkani y el campo de Kara-Mustafá, momentáneamente evacuada por medida de sanidad, fué teatro de un sangriento combate con las tropas de Ben-Salem.

CAPITULO XVI.

GOBIERNO DEL GENERAL BUGEAUD.

23 DICIEMBRE 1840.—14 AGOSTO 1844.

El general Bugeaud á sus soldados.—Toma de las plazas fuertes de Abd-el-Kader.—Cange de prisioneros.—Situacion de la Argelia en 1842.—Penuria del emir.—Campaña de 1843.—Movimiento combinado de las tropas francesas.—Toma de Smalah por el duque de Aumale.—Campaña de 1844.—Espedicion al Sud.—Contiendas con Marruecos.—Tánger.—Mogador.—Batalla de Isly.

Ya se habia hecho necesaria una nueva era administrativa, y todos los que tenian algun interés por la colonia francesa de Africa, la deseaban. El poco éxito que habian obtenido los ejércitos franceses, bajo el gobierno contemporizador del mariscal Valée, imponia al ministerio la obligacion de cambiar de sistema al cambiar de gefe: así lo comprendió y encargó á M. de Bugeaud que realizase esta revolucion. Aunque el nuevo gobernador no tenia todas las simpatías nacionales, esperábase sin embargo, que con su carácter enérgico y emprendedor, obtendría resultados muy diferentes de los que consiguió su predecesor. Todos los ojos estaban fijos en él, y él conocia que examinarían severamente su conducta, poderoso motivo que le obligaba á distinguirse, aun cuan-

do no hubiese conocido la necesidad de hacer olvidar con actos brillantes y útiles el tratado de Tafna.

Y para disipar temores mal fundados sin duda, resolvió cambiar la actitud de los franceses en Africa, aumentando el efectivo del ejército al principio de la campaña de primavera, hasta setenta y tres mil hombres de infantería y trece mil caballos, y anunció que le reforzaría con cuatro mil hombres para la campaña de otoño. Al mismo tiempo que ponia á disposicion del gobernador general fuerzas tan considerables, le prescribia que conservase las plazas de Medea, Milianah y Cherchell, y que diese el mayor desarrollo á las obras definitivas, con objeto de que las tropas pudieran entregarse al cultivo con seguridad. Ya no se podia dudar esta vez de las intenciones del gobierno; pues tantos sacrificios no podian concluir por abandonar aquella colonia, y bien pronto el mismo general Bugeaud, en su proclama al ejército, se encargó de disipar todas las incertidumbres.

Se trataba pues de dar nuevo impulso á la ofensiva y castigar con energía á las tribus rebeldes de Argel y de Titery: tambien era importante destruir todos los depósitos fortificados del enemigo, y arruinar la influencia que ejercia Abd-el-Kader en la provincia de Orán, de donde sacaba constantemente nuevos recursos.

Tal era el programa de la guerra, y así se tomaron las disposiciones necesarias para emprender las hostilidades con ventaja. El año 1841 empezó bien: la noche del 12 al 13 de enero la columna que habia salido de Orán, fuerte de tres á cuatro mil hombres, á las órdenes del comandante de la plaza, se dirigió al encuentro de Ben-Thamy; califa de Abd-el-Kader, y le puso en fuga. Al propio tiempo se habia dado un severo escarmiento á la tribu Beni-Ualban, por haber cometido diversos crímenes en el camino de Filipeville á Constantina; y algunas otras ventajas obtenidas en la misma época, se

podian considerar como feliz presagio de los triunfos que iban á seguirlas.

El general Bugeaud comenzó la campaña de primavera por el abastecimiento de Medea y de Milianah. En la segunda, la columna que escoltaba el convoy, tuvo en 1.º de mayo un encuentro fuerte con el enemigo. Dos dias despues, se vió precisada á sostener un combate todavía mas importante contra los kabilas, entre quienes se encontraba Abd-el-Kader con su numerosa caballería y tres batallones de regulares: estas fuerzas reunidas componian unos diez ó doce mil infantes y diez mil ginetes. El cuerpo espedicionario, mandado por el gobernador general en persona, apenas constaba de ocho mil hombres de todas armas. En él iban los duques de Nemours y de Aumale: el primero mandaba el ala izquierda y una porcion del centro; el segundo, dos batallones. El enemigo se lanzó furiosamente contra los franceses, pero fué muy pronto rechazado: los regulares de Abd-el-Kader, atacados por la columna que habia atravesado el Chelif, no pudieron resistir el ímpetu de los franceses y sufrieron una completa derrota. Tales preludios no eran á propósito para tranquilizar á los árabes con respecto á la disposicion del ejército invasor; la actividad que desplegaba el nuevo gobernador, les parecia estraordinaria en comparacion de los años anteriores: así que por todas partes se manifestaba entre los árabes cierta inquieta efervescencia.

Despues de abastecidas las plazas de Medea y Miliana, el gobernador confió al general Baraguay de Hilliers el mando de la division destinada á operar en el Bajo-Chelif, poniéndose él en persona á la cabeza de la espedicion que debia maniobrar en la provincia de Orán. La provincia de Argel y su capital fueron encomendadas durante su ausencia al mariscal de Bar.

Abd-el-Kader, noticioso de aquel proyecto, reunia tó-

dos sus recursos para defender las fortalezas de Bogar, Tekedan y Taza, pero se acercaba el dia en que aquellas murallas levantadas con tanto trabajo, cayesen á los golpes del enemigo. El 18 de Mayo, la columna mandada por el gobernador general y provista de un material imponente, salió de Mostaganan, y despues de varias escaramuzas con los árabes, llegó el 25 á los muros de Tekedan. La caballería enemiga se presentaba en gran número sobre las montañas del contorno, y parecia dispuesta á disputar formalmente el terreno, pero un encuentro muy vivo que se verificó entre ella y los zuavos, desanimó completamente al emir, y los franceses pudieron entrar en la ciudad sin emplear las armas. Los habitantes la habian abandonado; veíanse arder todavía aquí y allá algunas casas con techo de paja, y solo el estallido de las chispas de aquel incendio que habian causado los árabes al huir, turbaba el silencio de la soledad. Inmediatamente se dió órden para demoler las fortificaciones, y al dia siguiente pudo ver Abd-el-Kader desde las alturas donde se habia retirado, como caía aquella ciudadela levantada por él á fuerza de tantos sacrificios.

Este primer golpe comenzaba á debilitar la preponderancia del emir, y le hizo tratar con mas benignidad que en lo pasado á los prisioneros franceses.

Despues de la destruccion de Tekedan, la columna espedicionaria cayó sobre Mascara, entrando en la ciudad, sin que Abd-el-Kader hiciese el menor movimiento para oponerse, no obstante hallarse situado en las montañas circunvecinas. Mascara estaba completamente desierta lo mismo que Tekedan las puertas y los muebles se veian hechos pedazos, pero no se habia puesto fuego á los edificios, y en ellos se pudieron encontrar alojamiento para las tropas y almacenes para los víveres. Allí quedaron á las órdenes del coronel Tempoure, dos batallones del 15 de ligeros, uno del 41 de línea, y tres

compañías de ingenieros con dos medias baterías, y el resto del ejército volvió á emprender el camino de Mostaganan. Al atravesar el desfiladero de Abd-el-kreda, que se escogió por ser el camino mas directo, aun cuando por todas partes presenta un terreno escabroso, la retaguardia de la columna tuvo que sostener por sí sola un ataque de cinco á seis mil árabes, que hirieron y mataron algunos hombres; pero ellos dejaron en el campo cuatrocientos de los suyos, muchos caballos y siete gefes principales. Este fué el último encuentro que tuvo el ejército hasta llegar á Mostaganan. El 3 de Junio habian vuelto á entrar en él las tropas, sin gran cansancio; á pesar de las dificultades que tuvieron que vencer al cruzar las cadenas de montañas del Atlas.

El gobernador general, sabedor de las buenas disposiciones que manifestaba la poblacion árabe, quiso fomentarlas con su presencia, y partió nuevamente á Mostaganan. Desde allí podia infundir ánimos á una porcion de tribus, para que siguiesen el ejemplo de las que se habian ya sometido. Dado el impulso, convenía unir en punto central, todos los elementos de defeccion que amenazaban al emir en la provincia de Orán. Con este fin, se nombró á Hadj-Mustafá, hijo del antiguo bey Osman, bey de Mostaganan y de Mascara: semejante nombramiento fué un acto de acertada política, que surtió desde luego admirables resultados. Apenas se supo, cuando vinieron los Benj-Zerual, los Flitas, los Bordjia y las tríbus de Dará, á reclamar el apoyo del nuevo bey contra Abd-el-Kader. Los Sidi-Ahdallah, fraccion considerable de los Aledieheres, enviaron diputados con rehenes á Hadj-Mustafá, y un fuerte destacamento de los Uled-Bukamol, fué tambien á rendirle homenage en pleno dia y con todas armas. Abd-el-Kader era testigo de aquellas defecciones, y asistia impasible á su propia derrota.

Pocos meses habian transcurrido desde que cambió

la administracion; y ya contaba el general Bugeaud con muchos adelantos en todos los puntos de Argelia. Sus trofeos eran la invasion del país que aun no se habia ocupado, la destruccion de Tekedan, Bogar, y Taza; la captura de numerosos rebaños, la sumision de una multitud de tribus y finalmente la toma de Mascara.

En el mes de agosto, mientras se iban haciendo preparativos para la campaña de otoño, gran número de tribus, en la parte Oeste de la provincia de Orán, cansadas de guerra, abandonaron la causa de Abd-el-Kader, y se sometieron tambien. Al propio tiempo el general Lamoriciere llevaba á cabo el abastecimiento de Mascara; y la guarnicion de la plaza, quedó perfectamente instalada con abundancia de legumbres y frutos, completándose su provision para seis mil hombres por espacio de cuatro meses: de manera que podia una division pasar allí el invierno, y oponerse á que los Hachems, fuente y base del poder de Abd-el-Kader, cultivasen sus terrenos. Por éste medio, se corria la suerte de atraer aquella poderosa tribu á la obediencia, determinando así infaliblemente la sumision de todas las demás.

Durante su escursion al Sud de Mascara, el cuerpo espedicionario llegó á la aldea de la Guetna, cuna de la familia de Abd el-Kader, y la destruyó hasta los cimientos. La víspera de la invasion, el hermano mayor del emir, se hallaba todavía en la casa paterna, y faltó poco para que cayese en poder de las tropas. El fuerte de Saida, á diez y ocho leguas Sud de Mascara, fué tambien tomado y destruido: se habia construido en aquella posicion, para contener el país Yakubia, que deseaba sacudir el yugo de Abd-el-Kader, hacia mucho tiempo. Tan pronto como fué demolida la fortaleza, corrieron á hacer alianza con los franceses, seis tribus; los Ulad-Bragim, los Ulad-Kaled, los Hasaina, los Du-Zubet y parte de los Harar-Garaba; y su caballería fué despues constante-

mente auxiliar, del ejército en los ataques que dió contra la gran tríbu de los Hachems.

Luego que las tropas francesas se retiraron á la costa, el emir anunció á todos sus partidarios, que iban á pasar el invierno en sus acantonamientos, pues el único objeto de la espedicion, habia sido obtener de él la paz, con las condiciones menos desfavorables. Estas falsas noticias reanimaron la esperanza de los árabes, con lo cual, pudo reclutar algunos contingentes, é invadir con ellos á las tríbus aliadas de Yakubia. La guarnicion de Mascara demasiado débil para socorrerlas, las tuvo que abandonar á sus propias fuerzas, y aun se vió espuesta á las angustias del hambre por haberla robado su rebaño una emboscada de mil ochocientos ginetes.

En tal situacion, el gobernador general comprendió que se iban á perder todas las ventajas conseguidas en la campaña de primavera; y que al año siguiente sería preciso empezar la tarea con nuevos dispendios, si en Mascara no se establecian fuerzas suficientes para domin a la comarca.

Entonces fué cuando el general Lamoriciere recibió órden de instalarse en aquella plaza con su division, compuesta de diez batallones de infantería, dos escuadrones de Spahis, y una batería de obuses de montaña. Tambien consiguió fusiles de tronera, un hospital ambulante, y todo el material necesario para una estacion fija. Llevó en su compañía á Ibraim Ulled-Osman-bey, hermano y kalifa de Hadj-Mustafá nombrado por los franceses bey de Mascara en el anterior mes de agosto.

En el camino, sufrió algunas pérdidas la espedicion, por la mosquetería de los árabes en el paso de la garganta Bordj; el kalifa de Abd-el-Kader, Ben-Tamí, quiso detener á la columna con un grueso de cuatro mil hombres, dos batallones regulares, armados de fusiles con bayoneta, y cuatrocientos ginetes rojos, que mandaba,

Moctar Ben-Aisa, hombre de ferocidad salvage y de indómito valor. La division avanzába trabajosamente; los soldados iban cárgados de efectos y de víveres; los de caballeria machaban á pié, llevando de la brida sus caballos con carga de trigo y cebada, segun el nuevo sistema del general Bugeaud, quien utilizaba así la caballería para los trasportes. Al ver al enemigo, algunos batallones tiraron los sacos, y precipitándose sobre los árabes los arrollaron en un instante. Despues de aquel movimiento enérgico, la division no encontró más obstáculos, y entró en Mascara el 30 de noviembre.

Colocado así en el centro del país enemigo, el general Lamoriciere pudo acudir en todos sentidos y reprimir aun las mas pequeñas hostilidades. Aquella actitud, despues de una campaña de cincuenta y tres dias la mas larga que hasta allí se habia hecho, anunciaba á las poblaciones del Oeste la resolucion de abatir definitivamente la preponderancia de Abd-el-Kader. Conocedoras por este medio, de la falsedad de las noticias que habia propagado, podian comprender cuanto les interesaba ceder sin resistencia; y así fué que el aspecto de las cosas cambió súbitamente. Los Duares que habian abandonado á la Francia, volvieron á alistarse bajo sus banderas. Desde el cuarto dia de su instalacion en Mascara, empezó la division sus correrías por los alrededores de la ciudad; se dirigió al principio hacia el Sud, por la llanura de Egris, celebrada por sus ricas cosechas, y en esta salida, las tropas dejaron vacías todas las cámaras de las tribus que habian huido: á su vuelta, sufrieron un encarnizado ataque de los Hachems y los Flitas, mandados por el kalifa Ben-Tamy que venia á la cabeza de sus ginetes rojos; pero tuvieron que arrepentirse de su audacia. El general Lamoriciere llevó sus armas hacia el Norte y consiguió pacificar la comarca atrayéndose todas las poblaciones. En 31 de diciembre, ninguna tribu

de la provincia obedecia al emir fuera de los Hachems.

La libre comunicacion entre Mostaganan y Mascara, habia provisto el mercado de la segunda, de toda especie de abastos: allí venian los árabes á vender sus géneros, y consolidaban con su concurrencia la dominacion francesa. Los Garabas en Orán, lo mismo que los Beni-Amer se hallaban contenidos por la presencia de las tropas y no se atrevian á ehistar. Las tribus de Tafna y el agá de Gozel, aprovecharon esta coyuntura para alzar la bandera de la rebelion contra Abd-el-Kader, y proclamar por gefe al marabut Mohamet-Ben-Abdalla-Uld-Sidi-Chigr.

Ued-Sidi, como rival del emir, y por consiguiente enemigo natural suyo, manifestó desde luego disposiciones favorables respecto á los franceses: así se lo indicaba su propio interés, para no tener que combatir á dos enemigos. Envióse pues una columna mandada por el coronel Tempoure, que salió espresamente de Mostaganan para apoyarle: el general Mustafá iba tambien en la espedicion. En el camino recibieron diputaciones de un gran número de tribus; el hermano mismo de Uld-Sidi-Chigr, vino al campamento acompañado tan solo de una veintena de caballeros árabes. Finalmente, el 17, el competidor de Abd-el-Kader entró en comunicacion con el gefe de la columna francesa, y con el general Mustafá. La entrevista fué solemne; verificóse en una montaña cuyo pié baña el Iser y desde ella se descubre la ciudad de Hemcen. Uld-Sidi, traia una escolta compuesta de unos mil ginetes, la mayor parte gefes de las tribus sometidas á su autoridad. En aquella conferencia se discutieron los medios mas á propósito para asegurar la paz de Argelia; Abd-el-Kader fué considerado como causa permanente de la guerra, y se decidió su caida por el interés comun. El general Bugeaud continuó dando activo impulso á la colonizacion y redobló su afan por llegar al

fin que se habia propuesto, la pacificacion y la completa sumision del país. En todas partes se renovaron vigorosamente las operaciones militares desde los primeros dias de 1842. El general Lamoriciere habia empleado los meses de diciembre y enero en perseguir á los árabes en todas direcciones: el gobernador general pasó tambien de Orán á Hemcen, para dispersar á los partidarios armados que tenia el emir aun en torno suyo. Poco despues cayó en su poder el fuerte Sebdú, situado á cuarenta kilómetros Sud de Hemcen, y única plaza que quedaba á los árabes en segunda línea, con lo cual, se sometieron quince tribus. El gobernador tambien cuidó de dar nueva organizacion administrativa á las propiedades de los emigrados; por un bando de 14 de febrero, secuestró los bienes de todos los que habian huido declarando que se agregarían irrevocablemente al Beilik, sino volvian sus dueños en término de dos meses; y con objeto de evitar los entorpecimientos que habia tenido ya la administracion en Argel, prohibió á los europeos y judíos todo contrato sobre bienes raices.

El mes de setiembre empezó con una gran concentracion de tropas en Mascara y Mostaganan: operacion que presidió el gobernador en persona, debiendo reunirse en Mascara diezmil hombres, y en Mostaganan dos mil. Este movimiento se hizo porque habiendo perseguido el general Lamoriciere á Abd-el-Kader hasta mas allá de Tekedan, sin haber logrado hacerle aceptar el combate, se volvia á Mascara para abastecerse, cuando el emir, que habia recibido algunos refuerzos, quiso al parecer oponerse á su marcha, y aun pasó la Mina detrás de la columna francesa, diciendo por el país que los franceses huían delante de él. El general Lamoriciere, informado de los rumores que circulaban, quiso ponerles fin, y ordenó sus tropas para un ataque contra el enemigo; pero como el abasto necesitó un dia de inac-

cion, se aprovechó de él Abd-el-Kader para obtener, con ayuda de promesas y amenazas, el concurso de siete ú ocho tribus: al mismo tiempo le llevó el califa de Miliana un millar de ginetes; de suerte que, viéndose á la cabeza de tres mil hombres, tomó posicion á la orilla derecha de la Mina. El general Lamoriciere comprendió que no habia que perder momento para impedir que se unieran al emir los contingentes de otras tribus y marchó resueltamente contra él. Abd-el-Kader atacado súbitamente por las tropas francesas, á quienes creia entregadas al reposo, intentó en vano defenderse y se vió obligado á huir de nuevo ante la columna que siguió maniobrando en el Sud de Tekedan. Mas á pesar de su derrota se mantuvo en las cercanías de esta plaza con mil doscientos ó mil quinientos soldados, y una poblacion de siete á ocho mil almas que le seguia. Así este hombre, que parecia derrotado, se presentaba sin cesar en el momento en que creian los franceses no tener que volver á combatirle.

La columna francesa, compuesta de cerca de dos mil quinientos hombres, habia penetrado en el agalik de los Onaz, entre Miliana y Mascara, cuando los árabes y kabilas de la comarca, reforzados por las tropas del emir, la atacaron por todos lados con estraordinario furor. Los combates se sucedieron con tal rapidez, que estuvieron dos dias luchando con arma blanca ó á tiro de pistola. Aunque no pudieron deshacer á las tropas francesas, tampoco estas obtuvieron ninguna ventaja, elevándose sus pérdidas á una veintena de muertos y un centenar de heridos. Durante la obstinada lucha, el emir maniobraba en las llanuras del Illil y de la Mina; pero habiendo observado el círculo en que le querian encerrar las divisiones de Lamoriciere, Arbonville y Changarnier, efectuó un cambio de direccion á la derecha, despues de haber reunido las poblaciones que se halla-

ban á su paso, y se introdujo por los desfiladeros del pequeño Atlas, desde donde se dirigió al desierto por Tugurth.

Las ventajas que conseguian los franceses, eran otras tantas pérdidas para el poder de Abd-el-Kader, el cual no lo ignoraba, pues sabia que el árabe obedece ante todo por temor, y que su ley suprema es la fuerza. Así es que desde las primeras sumisiones de las tribus, Abd-el-Kader se proporcionó inteligencias con ellas para neutralizar el efecto de las victorias de los franceses. Algunas no ocultaban sus simpatías hácia él; pero las que estaban mejor dispuestas en su favor, eran las establecidas en la parte del Atlas que se estiende de Cherchell hasta cerca de Tenes. El emir se presentó seguido tan solo de un millar de caballos en el valle de Cheliff á fines de diciembre, y volvió á enarbolar el estandarte de la insurreccion. Las tribus se levantaron en seguida, y de todos lados llegaban fuerzas que engrosaban las de Abd-el-Kader, el cual invadió á la cabeza de dos mil ginetes y seiscientos infantes el agalik de Braz; este movimiento solo fue un preludio de otra sublevacion mayor. Abd-el-Kader ejecutó el 7 de enero siguiente una razzia contra los Alhaf, á una jornada de Miliana, y casi todas las tribus sometidas por las armas francesas en el mes de diciembre reconocieron de nuevo su autoridad.

El emir, queriendo asustar á los que hubiesen intentado abandonarle, desplegó la mayor crueldad con el cadí de los franceses en Braz y con sus tres hijos, haciendo decapitar despiadadamente á los cuatro. Además hizo mutilar á muchos gefes, sacar los ojos á otros y se llevó á todos los individuos que sospechaba eran favorables á la causa del enemigo, yendo despues á atrincherarse á las altas montañas de los Beni-Ziui, Zatima, Guraya y Larhulh; donde reclutó cerca de dos mil kabilas y poniéndose á la cabeza, avanzó bien pronto hácia los Beni-

Menacer con su califa el Berkani. Como su objeto era incitar á estas poblaciones á una demostracion contra Cherchell, tuvo cuidado de preparar con anticipacion este movimiento por medio de sus emisarios é intrigas.

Así pues, el año 1843 parecia que empezaba bajo malos auspicios. En el Oeste se suscitaban con nuevo vigor las hostilidades por todos lados; y el ejemplo de las sublevaciones podia hacerse contagioso y llevar la guerra hasta las puertas de Argel, por lo cual habia que prevenir esto con cuido. Al efecto y para acabar de arruinar al emir, habia que seguir obstinadamente sus pasos, paralizando todas sus tentativas. El general Bar, instruido á tiempo de los proyectos de Abd-el-Kader sobre Cherchell, marchó á su encuentro y tuvo con él muchos combates obligándole al fin á meterse en las montañas de Guraya. En tanto el general Changarnier que salió de Miliana el 22, se dirigió por medio de una marcha atrevida hácia su retaguardia, castigando al paso á muchas tribus rebeldes que habian cedido al cariño de su antiguo gefe. El duque de Aumale, por otro lado, habia hecho grandes presas al enemigo é indemnizaba á sus aliados de las pérdidas que los habian hecho sufrir las razzias de Abd-el-Kader.

El general Bugeaud, en cuanto supo estas nuevas é inesperadas hostilidades, envió al teatro de los sucesos á un oficial esperimentado para apreciar la verdadera situacion de las cosas. El coronel d' Almirault volvió el 27 de enero á las cuatro de la mañana á darle parte de la llegada de Abd-el-Kader á la provincia de Tittery y de los progresos que hacia la inserruccion en la parte occidental. El gobernador general se embarcó en seguida con dos batallones y llegó la misma noche á Cherchell; tres dias despues perseguia al emir y castigaba al pasar á las tribus que se habian inserruccionado. Solo el mal tiempo se opuso al completo éxito de esta campaña; pues

sorpredida la espedicion en medio de las montañas por un terrible huracan, tuvo que apresurarse á ganar prontamente las palyas en donde se habia estacionado un convoy. Torbellinos de nieve mezclada con granizo oscurecian la atmósfera y hacia escesivamente penosa la marcha. A pesar de estos obstáculos llegaron al convoy el 5 de febrero á las cuatro de la tarde. Hasta entonces no dejó de ser espantoso el tiempo y en la noche del 6 al 7 cayó tan gran cantidad de agua que todas las hogueras del campamento se apagaron. Felizmente el objeto que se proponian se ejecutó en gran parte; pues dos de las mas importantes tribus rebeldes, los Beni-Ferrak y Beni-Menacer fueron severamente castigadas; la horda de kabilas que se habian unido á Abd-el-Kader se dispersó, y este mismo, con su califa El-Berkani se vió obligado á buscar refugio en las montañas. En esta corta espedicion faltó poco para que el ejército no hubiese tenido que deplorar la pérdida del gobernador general que cayó en una emboscada y le tiraron á quema ropa seis tiros, pero ninguno le dió, aun que su caballo quedó gravemente herido.

En los meses de marzo y ablir de 1843 incesantes razzias, ejecutadas por los generales Changanier, Bedeau y Gentil hicieron que se sometiesen definitivamente gran número de tribus. Pero de todas estas operaciones ejecutadas con audacia y habilidad ninguna igual á la que dió por resultado la toma de la Smalah de Abd-el-Kader por el duque Aumale.

Cuando el emir se vió sin residencia fija, y reducido á vivir como gefe de hordas, buscando refugio en el limite del desierto, su familia y los pricipales personages unidos á su suerte, se reunieron con sus equipajes y riquezas y formaron una poblacion nómada que cambiaba sin cesar de sitio segun las mudanzas de la guerra. Esta multitud compuesta de doce á quince mil per-

sonas constituia la Smalah, que seguia todos los movimientos del gefe, avanzando por los terrenos cultivados cuando obtenia alguna ventaja ó en el caso contrario introduciendose en el Sahara. Abd-el-Kader tenia mucha solicitud en proveerla de mulas y camellos, necesarios para el trasporte de los bagages, enfermos, mujeres, viejos y niños; y con objeto de libertarla de los franceses confió su defensa á sus tropas regulares.

En gobernador general, informado de que la Smalah de Abd-el-Kader acampaba al Sudeste del Uarensis, encargó al duque de Aumale que se apoderase de ella. El jóven príncipe se puso en marcha el 10 de mayo á la cabeza de mil trescientas bayonetas y seiscientos caballos. Su pequeño ejército se habia abastecido para veinte dias y segun las instrucciones del gobernador general, debian hallarse el 13 cerca de la aldea de Gujilah á veinte y cinco leguas de Boghar; este dia el general Lamoriciere estaba á tres jornadas del príncipe. Los movimientos de los dos cuerpos estaban concertados de modo que la Smalah no pudiese pasar entre ellos para volver á Tell sin que la rodease la inmensa tribu de los Arars, desplegada como una vasta red hasta las cercamías de Tiaret.

El duque de Aumale llegó el 14 á la aldea de Gujilah y supo que la Smalah estaba en Uelseh-u-Bekai á quince leguas Sudoeste.

En seguida marchó en aquella direccion y se intodujo por llanuras incultas sin agua y de considerable estension; pero el ardor del soldado estaba escitado por la esperanza de una pronta victoria. Al cabo de veinte y cinco horas de marcha, la vanguardia de la columna percibió en Taguin el 16 por la mañana una especie de ciudad de tiendas que ocupaba una estension de mas de dos kilómetros, establecida á orillas del Oasis, que se estiende en medio de abundantes pasto: ¡era la Smalah! Este débil cuerpo, compuesto de quinientos caballos, sin pararse

á considerar su inferioridad numérica, se lanzó rápidamente al galope, siguiendo al duque de Aumale, á Yusuf coronel de spahis y al teniente coronel Morris. Ataque tan brusco, introdujo el espanto en aquella multitud de hombres mujeres, viejos y niños, que rodaron unos sobre otros, cayendo en confusion con las bestias de carga. La infantería regular de Abd-el-Kader, arrollada en este tumulto general, no pudo hacer uso de sus armas y los que se resistieron, fueron acuchillados por los spahis franceses ó arrastrados por la multitud que los pisoteaba: dos horas despues la derrota era completa. Los que podian huir corrian en todas direcciones hácia el desierto; llevando delante los rebaños, tan espantados como sus dueños.

El número de los prisioneros hechos en esta jornada se elevó á cerca de tres mil seiscientos, de los cuales trescientos eran personas de distincion que pertenecian á las familias de los principales representantes de Abd-el-Kader. Entre el botin se hallaban las tiendas del emir, su correspondencia, su tesoro, cuatro banderas, un cañon, dos cureñas y gran número de objetos preciosos.

El general Lamoriciere supo esta noticia el 19 por la mañana cuando iba á los manantiales del Cheliff para vigilar los desfiladeros; algunos fugitivos destacados de los Hachem le dieron todos los detalles de este suceso. En seguida hizo apresurar el paso y avanzar á su caballería, hallándose en pocas horas frente á una tribu que huia; el emir estaba en medio de ella. La multitud, espantada todavía en la catástrofe que acababa de sufrir, no hizo resistencia alguna. El emir y los regulares, indignados con semejante cobardía, en lugar de intentar defenderlos, los atacaron alejándose. Los ginetes franceses condujeron por la tarde una poblacion de dos mil quinientas almas con sus caballos, sus rebaños y todos los bagages que no habian podido salvar en el desórden de la fuga.

Todos estos triunfos debian ir seguidos bien pronto de una pérdida sensible para los franceses: la muerte del viejo y valiente Mustafá-ben Ismael vino á mezclar la pena con la alegría que causó la toma de la Smalah. Mustafá volvia á Orán con su markzen cargado del botin que cogió en la razzia del 19, cuando fué atacado en un bosque por los árabes y recibió casi á quema ropa una bala en medio del pecho que le tendió muerto. Terror pánico se apoderó de los ginetes que le acompañaban, en número de quinientos á seiscientos huyeron, dejando en poder del enemigo el cuerpo de su viejo general que reverenciaban casi tanto como á un patriarca.

El 22 de junio tuvo lugar el último ataque con los restos de la Smalah al pié de la llanura de Djeda; mas la victoria quedó tambien por parte de los franceses. El emir dejó sobre el terreno cerca de doscientos cincuenta muertos, y fueron presos mas de ciento cuarenta ginetes é infantes: entre los objetos que cayeron en manos de los franceses se contaban trescientos fusiles, armas de todas clases, cajas de tambores, ciento cincuenta camellos, caballos y una de las cinco banderas que se llevaban delante del emir; faltando poco para que cayese en su poder el mismo Abd-el-Kader. Al mismo tiempo una gran espedicion, dirigida por el general Bugeaud en persona al Uarensis sometia toda esta comarca á la dominacion francesa. El 11 de noviembre otro cuerpo espedicionario consiguió tambien una completa victoria cerca del Ued-Mala, contra las tropas regulares de Abd-el-Kader, que mandaba Sidi-Embarck, su califa mas poderoso. Este gefe quedó muerto y Abd-el-Kader no se volvió á presentar mas que errante y fugitivo. Finalmente. los nuevos triunfos obtenidos en diciembre contra varias tribus kabilas, hácia el Tafna y el Chot acabaron de reducir al emir á la impotencia y le obligaron á buscar un asilo en el territorio de Marruecos.

Tales eran los resultados de tres años de fatigas, batallas y marchas incesantes: pero estos sacrificios y esta política eran indispensables, y los únicos que podian afirmar la dominacion francesa en Africa. Asi se vió desde este momento cambiar la faz de las cosas. Las tribus mas remotas corrieron á prestar sumision; en lo interior de las ciudades reinaba una actividad desconocida hasta allí; en el esterior comenzaron las roturaciones, se levantaron pueblos, y los emigrantes de Europa corrieron en tropel á habitarlos. Desde entonces tambien tomaron muy distinto carácter las empresas militares: no se redujeron ya á simples razzias dirigidas contra tribus impotentes: no se limitaron á aquellas marchas tímidas en torno á los puntos de ocupacion; antes bien, todas las espediciones emprendidas en 1844, revelan un principio de fuerza y de organizacion notable.

La Francia, habiéndose situado á la inmediacion de Marruecos por su establecimiento en Argel, quedaba espuesta á sentir la malevolencia de aquel caduco imperio musulman, que proseguia oscuramente su carrera de decadencia hacia ya un siglo, sin llamar la atencion de la Europa. En 1831 y en 1836, fué preciso entablar representaciones enérgicas por sus hostilidades. El emperador fingió ceder á las amenazas de Francia; pero muy en breve continuó sus maniobras secretas, y favoreció con todo su poder la insurreccion de las tribus árabes. En tanto que Abd-el-Kader pudo sostener la campaña, molestar á las tropas invasoras y desbalijar sus convoyes, fué fácil para Abd-el-Rhaman el satisfacer sus rencores sin faltar ostensiblemente á su palabra: apoyaba con su influencia religiosa las empresas del emir; ponia á su disposicion tropas marroquíes, y le proporcionaba víveres, municiones, armas y dinero. A esto sin duda se habria limitado su intervencion, porque Abd-el-Rhaman era hombre pacífico, y no queria comprometer su trono en los aza-

res de las batallas. La Francia impuso al imperio de Marruecos, bombardeando sus puertos y derrotando sus tropas, librando á la Argelia de un aliado que en un caso dado podría haber hecho mucho daño á las tropas francesas.

De todas partes venian diputaciones ofreciendo su sumision á la Francia y la tranquilidad se estendia por todo el país.

El Duque de Aumale fué nombrado nuevamente gobernador de la Argelia al cual le estaba reservado un acontecimiento importante.

Estrechado Abd-el Kader por las tropas francesas que por todas partes le perseguian, ofreció su sumision que fué aceptada y recibido por los generales Lamoriciere, Cavaignac y el coronel Montauban. Presentado al Duque de Aumale le entregó sus armas y este le annunció que al dia siguiente debia embarcarse, lo que se efectuó despues.

A poco tiempo fué proclamada la república francesa y el Duque de Aumale abandonó el pais; siendo nombrado el general Cavaignac gobernador de la Argelia, varias sublevaciones ocurrieron en algunos puntos pero todas fueron sofocadas estendiendo mas su poder la Francia por todo el pais.

La espedicion emprendida por el General Randon puso de manifiesto el estado próspero en que iba entrando el pais. Aquella campaña se señaló mas por actos de buena politica ó trabajos de interés público, que por brillantes hechos de armas. De manera que el pabellon francés no solo ha ondeado sobre la cima de aquellas montañas inaccesibles, sino que ha hecho penetrar la civilizacion europea en un pais para el que esta era completamente estraña. Así tambien ha podido el general Randon al despedirse del ejército espedicionario, caracterizar aquella campaña en estos términos. «La guerra y el trabajo se han asociado en una misma empresa, se han unido en el mismo campo de batalla, y han cimentado su alianza con una conquista, en que les cabe á ambos igual parte.»





